



# DESEO

Verónica A. Fleitas Solich

zafiro♥

## Índice

Portada

Sinopsis

Dedicatoria

1. Feliz cumpleaños

2. El deseo

3. Besos en el exterior

4. Intensidad y definición

5. Ser y durar

6. Un festín de mentiras

7. Délice

8. Rompiendo los esquemas

9. Directo a mi cabeza

10. Todo lo que dijiste que sería

11. Alguien perdido y libre

12. Terreno inestable

13. Juntos en el lado oscuro

14. Cuanto más coraje tengas, más verás

15. Teatral

16. Dejarlo partir

17. Lo que quieras

18. Otro día

19. Todos esos años

20. Lanzándome a lo profundo

21. No digas que es lo mejor para mí

22. Tus huellas en mí

23. La luz que me diste

24. Flores marchitas

25. Convaleciente

26. Con vida otra vez

27. The Match

Epílogo

Referencias de las canciones

Biografía

Créditos

# SINOPSIS

Hugo y Alexia llevan un par de meses viviendo juntos, tienen planes para el futuro y sus vidas son lo que siempre imaginaron que serían: perfectas, ordenadas y exitosas. O eso creía Alexia, hasta el momento en que se encuentra frente a su tarta de cumpleaños a punto de soplar las velas y descubre unos ojos azules clavados en ella.

Alexia no tiene idea de quién es ese hombre, pero lo que desprende su mirada, lo que le hace sentir, la impulsa a desear una sola cosa: a él.

Leo, ese desconocido, acepta hacer realidad su deseo y Alexia acabará zambulléndose en su vida, obteniendo mucho más de lo que jamás se atrevió a imaginar.

*Para Red .*

*Si pudieses perder un deseo, ¿qué pedirías ?*

## 1. Feliz cumpleaños

Saludé al portero del turno de noche y entré en el edificio. Me dolían las piernas y tenía la nuca tan rígida que comenzaba a darme dolor de cabeza. Si hasta la mandíbula tenía un tanto tiesa de la tensión. Mi espalda no estaba mucho mejor y, de mi cintura, ni hablar. Sin importar cuánto entrenase, tres operaciones en un día acababan conmigo. Eso probablemente no fuese saludable ni para mí ni para mis pacientes, pero, cuando había urgencias, éstas debían ser atendidas, y ya.

El esfuerzo físico del trabajo, sumado a los nervios, era peor que tres sesiones de *crossfit* juntas.

En ese momento no tenía la sensación de ser alguien que está en su vigésimo noveno cumpleaños. Decir que me sentía como una anciana no era exagerar. Solamente me restaban ganas para desvestirme, ducharme y meterme en la cama. Hugo había dicho que podíamos ir a cenar fuera; la verdad era que, la mera idea de tener que cambiarme para salir, amenazaba con ponerme de mal humor y no quería terminar mi día así.

Después de todo, era viernes por la noche, el final de una agotadora semana de trabajo, y tenía derecho a sentirme un poco fastidiada y pasar del festejo de mi cumpleaños, que en realidad no significaba mucho para mí; al fin y al cabo, la noche siguiente lo celebraría en casa de mis padres. Mis dotes para la cocina siempre habían sido un desastre y mi madre era excelente en ese campo, además de ser una anfitriona de lujo; tal era así que, cuando me propuso que organizásemos la reunión en su casa, no opuse resistencia. La vivienda de mis padres era enorme y mi madre contaba con la ayuda de dos empleadas, de modo que me relajé.

—¡Feliz cumpleaños, Alexia!

—Gracias, Darío. ¿Todo tranquilo?

—Como un lago en un día sin una gota de viento.

Sonreí.

—Me alegro mucho.

Me paré delante de nuestro buzón. Lo revisaba siempre antes de subir al ascensor. Por regla general, Hugo, que llegaba siempre más temprano a casa —eso si salía—, recogía el correo, por lo que la casilla normalmente estaba vacía; esta vez no era así. Al abrirlo, encontré un montón de sobres y un par de revistas a las que estaba suscrita, todas ellas médicas. Si a mis manos llegaba un ejemplar de *Vogue* era porque, en un intento de desconectarme de la realidad, me la traía Hugo cuando iba en busca del periódico. Yo no hacía más que echarle un vistazo; sí me gustaba, pero apenas tenía tiempo de distenderme.

La mayoría de la correspondencia eran facturas por pagar; la gente ya no envía cartas por correo ordinario, para eso ahora tenemos el *mail* y otras aplicaciones. Bueno... a mi abuela continuaban gustándole las cartas escritas a mano y las tarjetas de cumpleaños, y por eso me topé con un sobre amarillo con su nombre en el remitente y el mío en el destinatario.

Mi abuela Alba era lo máximo de este mundo. Todavía recordaba el día en que me licencié en la universidad. Ella gritó y silbó cuando anunciaron mi nombre para que subiese a recibir mi diploma.

Entre la correspondencia también hallé un sobre azul, sin nombre ni ningún tipo de identificación.

—¿Qué planes tienes para esta noche? —preguntó Darío, devolviéndome a la realidad.

Apreté todos los sobres contra mi pecho y cerré la casilla.

—La verdad es que estoy molida. Apenas si puedo levantar los pies del suelo. Hoy hemos tenido un día complicado. Muy complicado.

—¿Todo bien? Pobres niños. Tienes un corazón de oro y una resistencia increíble. No sé cómo puedes...

Que un niño se te muera en la mesa de operaciones es la cosa más horrible que te puede suceder; por suerte eso no ocurre a menudo. De cualquier modo, las cosas no siempre salen bien. Uno de mis pacientes de ese día no tenía muy buen pronóstico.

Me obligué a mí misma, otra vez, a dejar mi trabajo en la calle. Cada vez que me lo traía a casa, acababa amargada y triste, cuando no llorando como una Magdalena, destrozada y planteándome en qué demonios pensaba cuando decidí dedicarme a la cirugía infantil.

—Nada de eso. Como cualquier otra persona, sólo intento hacer bien mi trabajo.

—Tú no haces bien tu trabajo. Intentas salvar vidas.

En mi estómago se me formó un nudo. Antes de salir había pasado por aquel box de la unidad de cuidados intensivos para acariciar, con una mano enguantada en látex, aquella cabeza sin cabello por culpa de la quimioterapia.

En momentos como esos, el mundo me parecía una verdadera mierda y menos ganas de celebrar mi cumpleaños me daban. ¿Cómo puedes estar feliz o beber una copa de vino cuando hay niños experimentando tanto dolor?

Yo sabía que el mundo no era solamente eso y que la gente se muere todo el tiempo, así como está la felicidad del nacimiento de nuevas vidas...

Nada, que seguro que toda esa angustia debía de ser culpa del cansancio.

—Mereces una buena fiesta de cumpleaños.

—Me conformo con un baño caliente y un tazón de sopa.

Ese 10 de julio no podía ser más invernal. Fuera soplaba un viento helado y todo el mundo iba por la calle cubierto hasta las orejas.

—Ánimo. Unas cervezas y lo verás todo con otros ojos.

No pude más que reírme. Darío sabía de mi pasión por la cerveza. El caso es que más de una vez habíamos pasado un par de horas de la madrugada jugando juntos al póquer con el chico de la limpieza, el guardia de seguridad y el portero del edificio de al lado, en el cuarto situado detrás del mostrador de recepción. Bien, en realidad, más

que jugar, contábamos chistes, comíamos cacahuètes, bebíamos y nos contábamos historias. Mi insomnio era el culpable de eso. Mi insomnio y los ronquidos de Hugo, y su modo de caer dormido cual tronco que yo tanto envidiaba.

Hugo no tenía ni idea de mis escapadas nocturnas, eso lo guardaba para mí. Llevábamos siete meses viviendo juntos y yo necesitaba, más que nunca, mis momentos de individualidad. Vivir en pareja no suponía un problema, sin embargo vivir con alguien que trabajaba desde casa a veces me resultaba un poco complicado. Supongo que sería porque él era todo lo que yo no soy. La casa era su santuario, su hábitat natural, y también su orgullo. Si teníamos muebles, una cocina bien organizada, sábanas en la cama y comida en la nevera era por él. Si la casa estaba ordenada y la ropa limpia, era por él. Yo no sé ni poner la lavadora a funcionar; la cafetera y el microondas los domino de toda la vida por necesidad. Todo lo demás, es un misterio para mí.

—Nada de eso. Vamos, que son tus últimos veintitantos.

Se me escapó una carcajada.

—Gracias por recordármelo.

—No, perdón, no lo decía por eso. —Puso cara de compungido—. Lo que quería decir es que... Mira el modo en que vas vestida. Esa apariencia es digna de un festejo.

—Que no te oiga tu mujer —bromeé. Darío tenía veinte años más que yo, una esposa adorable y tres hijos. Esas palabras eran parte de nuestros juegos tontos, aunque con él también podía hablar de asuntos muy serios. Si Darío tenía algo bueno era que sabía escuchar y que de la nada soltaba frases que te ponían en tu sitio.

—Sonríe. Te mereces tu noche de fiesta y diversión.

—Quedará para mañana.

Darío se sonrió.

—Disfruta de la noche, bonita.

—Gracias, Darío. Buenas noches.

—Buenas noches.

Entré en uno de los ascensores vacíos y presioné el botón de mi piso, el último, el octavo.

Las puertas se cerraron y me quedé sola.

Me entraron ganas de quitarme los zapatos, que me estaban matando. Hugo me los había regalado esa mañana. Eran unos estupendos *stilettos* de Dior que no podían ser más espectaculares, y al mismo tiempo, muy poco apropiados para una jornada de trabajo. Sabía que al final del día acabarían matándome... pero tampoco podía dejarlos allí en la caja debido a la mirada que me lanzó Hugo cuando le dije que los estrenaría en otra ocasión. En consecuencia, todo mi atuendo de ese día había cambiado para ir acorde con los zapatos. En vez de pantalones, vestía falda, una que llevaba una eternidad sin usar porque siempre me parecía como demasiado salida de París y no dejaba de sentirme un tanto disfrazada cada vez que me la ponía. Era a rayas blancas y negras.

De cualquier modo, cuando me miré al espejo esa mañana, me gustó lo que vi. Llevaba una camisa de seda blanca por debajo del suéter negro, medias negras y un abrigo entallado en la cintura. Quizá, la razón por la que cambié mi bolso negro por

uno lila, fuese porque era mi cumpleaños

Sí, había salido muy festiva para ir a trabajar; de todos modos, en cuanto llegué al hospital, cambié mis ropas por la camisa y el pantalón celeste, los zapatos por mis zuecos de goma azul, y me puse la bata blanca. Lo único que quedó de mi apariencia durante la jornada de trabajo fue la cola de caballo en la que llevaba recogido mi cabello castaño.

Nada de fiesta. Yo solamente quería mi cama. Mi cama y un tazón de caldo, y un buen beso de Hugo. Con eso me sentiría más que feliz.

Mi vida era todo lo que siempre pareció estar planeado. Lo tenía todo, incluso planes para el futuro. Con Hugo llevábamos un par de días conversando acerca de la posibilidad de contraer matrimonio pronto. También había salido a colación el tema «hijos», pero para eso yo no me sentía demasiado segura. Ni siquiera tenía muy claro si quería tenerlos; bueno, en realidad no es que no los quisiese, sino que...

Día a día veía demasiados niños sufrir.

Alcé la vista, faltaba sólo un piso para llegar a mi apartamento.

Bajé la mirada otra vez hasta la correspondencia apretujada contra mi pecho, mi bolso y mi brazo; había olvidado el sobre azul. Lo saqué del montón y le eché una ojeada de nuevo. Nada de nada.

Iba a abrirlo cuando las puertas del ascensor se abrieron.

Ante mí quedó el rellano privado de nuestro piso.

Saqué las llaves de mi bolsillo y busqué la de la puerta. Por Dios, cuántas ganas tenía de ponerme cómoda. Ya ni las medias soportaba.

Empujé la puerta con el codo. Lo primero que me llamó la atención fue la profunda oscuridad reinante. Nuestro apartamento era en gran parte ventanales que daban a la terraza que rodeaba casi todo el espacio, de modo que, a menos que se corriesen todas las cortinas, jamás estaba oscuro, y ni Hugo ni yo teníamos por costumbre privarnos de la vista del cielo y el paisaje. Si fuera había una luna llena hermosa, ¿por qué lo había cerrado todo así?

Me invadió la ansiedad. Olía raro y se oía...

—¡Sorpresa! —fue el grito unánime que del susto por poco hizo que se me cayese la correspondencia.

Todas las luces se encendieron al unísono y entonces quedé cegada, no únicamente por los reflectores, sino también por la cantidad de estímulo visual reinante. Nuestro apartamento, usualmente muy blanco y pulcro, rebosaba de color. Globos de todos los colores del arcoíris flotaban contra el techo; de éstos colgaban cintas de papel metalizado que reflejaban la luz. Había guirnaldas por todas partes y en el aire flotó en ese instante una lluvia de confeti.

La música comenzó a sonar. Decenas de rostros aparecieron ante mí. Todos nuestros amigos, nuestras familias, incluso muchos de mis compañeros del hospital. Allí debía de haber al menos unas cincuenta personas; todas ellas cargaban copas de *champagne* o de vino. Todos sonreían y yo estaba paralizada.

Me emocioné. A pesar de que estaba cansada, mejor dicho, agotada, y de que me moría por quitarme los zapatos, los ojos se me llenaron de lágrimas.

—¡Feliz cumpleaños, amor de mi vida!



La voz de Hugo me hizo cosquillas en el oído derecho. Giré la cabeza para ver sus preciosos ojos verdes sin sus gafas de por medio, y un enorme ramo de narcisos; mis flores preferidas.

Hugo me cogió por la cintura. No solía hacer demasiadas demostraciones de cariño en público, ni yo tampoco; sin embargo, me pegó contra sus músculos apretándome con fuerza. Las formas de su cuerpo me recordaron cuando la noche anterior hicimos el amor en la ducha. Con él el sexo era bueno; nos conocíamos y sabíamos a la perfección lo que le gustaba al otro y lo que no. Lo pasábamos bien juntos y, aunque últimamente no estábamos demasiado fogosos, básicamente por mi culpa, ya que solía llegar a casa muy cansada, su cuerpo me hacía disfrutar lo que ningún otro hombre. Teníamos plena confianza el uno en el otro. Y, por qué no admitirlo, tanto sus manos como su boca, y qué decir de su pene, sabían muy bien cómo darme placer.

—Mi cirujana favorita —susurró con voz sexy dentro de mi boca. Besó mi labio superior y luego su boca tapó la mía. Hugo tenía aliento a alcohol, a vino tinto para ser más exactos. Probablemente fuese ésa la razón por la que su lengua tomaba contacto con la mía. Su entusiasmo al besarme me sorprendió, y por eso tardé un par de segundos en reaccionar. De cualquier modo, no me apetecía comerle la boca con todo ese público presente... quizá más tarde, cuanto estuviésemos solos, si es que no caía rendida de sueño, o al día siguiente por la mañana, si es que los dos no amanecíamos con resaca.

Todos se pusieron a gritar, a silbar y a reír.

Procurando ser sutil, aparté a Hugo de mí. Él puso el ramo en mis manos.

—Felicidades.

—Gracias, amor, son preciosos.

—Hay veintinueve. Uno por cada año de vida.

—Lo había imaginado. Gracias. —Estampé un rápido beso sobre sus labios.

—Dame todo eso —me dijo arrebatándome el bolso y la correspondencia en el momento exacto en que mis padres se acercaban para saludarme.

—¡Feliz cumpleaños, mi cielo! —Desde su altura, mi padre me estrechó entre sus brazos. En cuanto lo tuve pegado a mí, inspiré su perfume familiar, que me hizo tener una regresión a veinte años atrás. Me sentí una niña otra vez, una cría algo perdida y cansada—. Tú cada día más guapa y más inteligente. No pasa un día sin que me sienta orgulloso de ti.

Más lágrimas de emoción llegaron a mis ojos.

—Gracias, papá.

—Sé que no te gustan mucho las sorpresas, pero Hugo insistió y no pudimos negarnos —me susurró al oído en voz muy baja—. Lleva semanas organizando esto.

Le di un apretón a mi padre y besé su mejilla.

—Gracias por estar aquí.

—No tienes que agradecer nada, cariño.

Me soltó y entonces llegó el turno de mi madre para abrazarme.

Yo había heredado la altura de mi padre y no la de mi mamá, y por eso pude rodear sus hombros con mis brazos. La apreté con fuerza contra mí.

—¡Feliz cumpleaños, mi vida!

—Gracias, mamá.

—No te enfades con Hugo. No quería dejar pasar la ocasión.

—No lo haré, lo prometo.

—Además, está todo fantástico y riquísimo. Ha trabajado mucho. —Palmeó mi cintura—. Disfruta de tu noche.

—Gracias.

Nos separamos un poco.

—He recibido carta de la abuela, acabo de recogerla del buzón. Todavía no la he abierto.

—Será una postal.

Mi abuela, de setenta y cinco años, llevaba tres semanas viajando por Europa en compañía de dos de sus mejores amigas, quienes, también viudas como ella, y quizá tan locas y chispeantes, no se detenían ante nada y no veían la edad como un impedimento. Mi abuela era una de las personas más activas y positivas que hubiese conocido jamás.

—Después la abro.

Mi madre asintió con la cabeza y se alejó para dejarle paso a uno de los grandes amores de mi vida: el mejor hermano que nadie pudiese tener.

—¡Feliz cumple, Lexi! —exclamó Jerónimo saltando encima de mí sin tener el menor cuidado de no aplastar los narcisos. Mi hermano era una de las mejores cosas de mi vida. El abrazo que nos dimos fue, probablemente, mi regalo de cumpleaños máspreciado.

—Te hacía lejos de aquí —le dije dándole un tirón de pelo.

—¡Auuu! —Quitó mi mano de su cabeza—. Más cuidado, que me he pasado media hora arreglándomelo. Este *look* despeinado no es así por naturaleza, lleva espuma para el pelo, gel, spray y mucho trabajo.

Lo aparté de mí con un empujón juguetón.

—Hace un par de horas, papá fue a buscarme al aeropuerto. Era un secreto.

—Cuando recibí tu mensaje de audio, te hacía todavía en Estados Unidos.

—Nada de eso. Estaba en el coche con papá de camino hacia aquí.

—Gracias por venir.

—No me perdería esto por nada. Te haces vieja, Lexi.

—Repíte eso y te rompo la mano —exclamé sujetándolo por la muñeca para retorcérsela.

—¡Ahhh!, ¡mamá, Lexi me quiere romper la mano! —chilló riendo mientras simulaba estar al borde del llanto.

—No molestes a tu hermana, Jero.

—Ya ves, nadie te cree —solté en tono burlón.

—Abusona.

—Blandengue. Por cierto, estás más delgado. ¿Te alimentas bien?

—Te recuerdo que no eres mi médica. Hace mucho que dejé de ir al pediatra.

—Ni tanto. Eres un crío.

—Y tú, una madurita. A un paso de los treinta. —Fingió estremecerse—. Suena rotundo.

—Ya te llegará, todo llega.

—Faltan diez largos años para eso.

Nos quedamos mirándonos en silencio. Detecté un deje de tristeza en sus ojos y a mí, de mis labios, se me escapó la sonrisa; de pronto mis mejillas ya no habían podido contenerla.

—Necesitas una cerveza, Lexi.

—Y tú, tu biberón —bromeé.

—Cuanto te cuente las cosas que he estado haciendo, no podrás repetir eso.

—¿Dime que no te has estado comportando como un inconsciente?

Arrugó la cara, poniendo una expresión de desentendido.

—He estado divirtiéndome, que es muy distinto; no te preocupes... siempre uso preservativo. —Se me acercó—. Por cierto... ¿qué tal van las cosas entre mi cuñadito y tú? Ese beso que te ha dado... si no fuera porque sé que te ama y también sé que haría cualquier cosa por ti, le hubiese reventado los riñones a puñetazos al verlo besarte así.

—Después de lo que acabas de decirme, no tienes derecho a molestarte por un beso.

—Nada, nada —canturreó—. ¿Se porta bien? Si te ha hecho sufrir, me lo dices y lo borro del mapa.

—Acaba ya con eso.

—Sí, mejor dejamos la charla para más tarde, para cuando estemos borrachos. Ahí vienen tus suegros y hay una fila de gente que quiere saludarte.

Jerónimo me dio un beso en la mejilla.

—Te quiero.

—Y yo a ti, Jero.

Mi hermano me sonrió y se alejó.

Vinieron a abrazarme mis suegros, mis amigos, mis compañeros de trabajo. Fue un desfile de todos los presentes frente a mí que me hizo sentir querida y segura.

\* \* \*

Una copa de *champagne* llegó a mis manos, y alguien me arrebató las flores. Volví a quedar rodeada de personas, recibiendo las felicitaciones pertinentes. También un par de regalos.

—Hugo es un amor, ya quisiera yo tener a mi lado a un hombre así. Es muy dulce. Nos ha contado que lleva gran parte del día cocinando —comentó una de mis primas.

—Y mira este lugar, lo ha dejado todo tan bonito... No podría ser más romántico. Seguro que esta noche tenéis fiesta privada, vosotros dos —soltó la otra, y rio.

Giré la cabeza buscándolo y allí estaba él. Mi mirada y la suya se cruzaron; me sonrió mientras dos de sus amigos y mi hermano conversaban con él. Mis primas tenían razón, con Hugo me había tocado la lotería. Él, aparte de ser un buen hombre, era dulce, atento, alegre... y, además de eso, era tolerante y comprensivo con mis

excesivos y desordenados horarios de trabajo. Jamás se quejaba del descontrol que era mi vida y no pasaba un día sin que, al llegar a casa, encontrase un plato de comida caliente y todo en orden. Hugo ponía, y al mismo tiempo era, el orden en mi vida, el centro, mi parte humana, de lo que yo carecía por los distintos aspectos de mi trabajo. Él sabía devolverme a la realidad después de que yo dejara a un lado mis sentimientos para conseguir sobrevivir a lo más duro de mi profesión, para no sumirme en la más oscura de las depresiones, y también era lo que yo no podía ser por culpa de la cantidad de horas que pasaba fuera de casa y de lo agotada que solía llegar.

Tanto trabajar a veces hacía que se me olvidase lo que significaba ser una mujer. Hugo me lo recordaba, pero dudaba de que eso sucediese esa noche. Yo apenas si podía mantenerme en pie.

—Yo, con tener un hombre, me conformaría —murmuró Elsa—. Ser soltera es muy bueno para algunas cosas y un fastidio para muchas otras. ¿No tendrás por ahí escondido a algún doctor guapetón para presentármelo?

Abracé a Elsa. Su novio, con el que había convivido durante dos años, acababa de dejarla por otra. Por otra con la que iba a tener un hijo y a casarse en dos meses. El muy desgraciado llevaba una vida paralela y así, sin más, le soltó que ya no la quería y que la abandonaba. En una tarde, de la nada, Elsa se encontró sola en el apartamento que había estado compartiendo con él, con todo patas arriba después de que él se mudase. A mi modo de ver, Elsa aún no estaba en condiciones de volver a tener una relación con nadie; sin embargo, eso no le impedía divertirse. ¿Doctores? Mejor no. Mis pocos compañeros de trabajo no eran muy recomendables.

Bueno, algunas de mis compañeras tampoco, y eso lo recordé al pasear la vista por la gente al otro lado del salón para toparme con el rostro de Bárbara. Rodeada de cuatro hombres, reía y gesticulaba con una mano mientras que con la otra sostenía una copa de *champagne*. Sabía que estaba siendo adorada por los cuatro y lo disfrutaba; ella era así, incluso lo hacía en el hospital, hasta con los padres de los niños que operaba. Jamás veías a Bárbara sola; por lo general, tras sus pasos iba al menos un hombre, cuando no una mujer. Tenía con qué destacar, empezando por esa espléndida melena castaña de puntas más rubias, sus ojos de un verde muy felino... Sí, tenía buen cuerpo, pero ése no era su punto fuerte, su principal activo era que ella poseía un porte que resultaba imposible pasar por alto, como si llevase dentro algo que obligara a todo el mundo a mirarla. Caminaba muy erguida, parecía que jamás se despeinase, incluso siquiera tenía un pelo fuera de lugar después de operar, y nunca la había visto con ojeras o cara de cansada.

No es que tuviera nada en su contra. Era simpática con todo el mundo... quizá demasiado, y por eso no acababa de caerme bien. Era una cuestión de piel, supongo. El caso es que ella y yo no congeniábamos.

Elsa siguió la dirección de mi mirada.

—¿Qué hace ésa aquí?

—Hugo ha debido de invitarla. Ya sabes que a él todo el mundo le cae bien.

—Pero si sabe que apenas la toleras.

—Sí, bueno, nada. No me amargaré la fiesta. Me da igual. No tiene importancia, hay mucha gente aquí. Con no prestarle atención, es suficiente. La saludaré, cruzaremos un par de palabras y listo.

—Y ése de allí, ¿quién es? Si me dices que es un médico del hospital, te mato ya mismo por no habérmelo presentado antes.

—Ése, ¿quién?

Elsa apuntó hacia la derecha y las tres giramos las cabezas en la dirección que indicaba su dedo. Lo primero que vi fue una espalda inmensa. Mis ojos descendieron por su suéter negro hasta... tenía un trasero perfecto. Sonreí al percatarme de que me había quedado admirándolo. El hombre en cuestión hablaba con los padres de Hugo.

—Madre mía si está muy bueno —lanzó una de mis primas.

El desconocido se dio media vuelta para hablar con mi suegra.

Llevaba el cabello cortísimo, sobre todo por los lados, y la barba algo crecida. Tenía unos ojos de mirada intrigante semiescondidos debajo de espesas cejas de un rubio oscuro. Me pareció que tenía los ojos azules, pero no estuve segura. No importaba de qué color los tuviese, pues lo más llamativo en él era su aspecto enérgico y juvenil, contra el que nada pudieron hacer las minúsculas arruguitas que se formaron alrededor de sus ojos y boca cuando sonrió.

Me gustaron sus orejas. Otra vez sonreí, en esa ocasión por lo inocente del detalle.

Nada inocente era su boca, ni sus brazos, y aún menos sus manos.

—¿Cuándo vas a presentármelo? Ya estás tardando —me dijo Elsa volviéndose en mi dirección—. Pedazo de adonis. ¿Has visto ese pecho? ¿Se pasa el día en el gimnasio o qué?

—Los pantalones le estallan —comentó una de mis primas y mi mirada de inmediato bajó hasta su entrepierna. Los colores me subieron al rostro. ¿Qué hacía yo mirándolo así? Mejor cortaba con el *champagne* hasta que comiese algo.

—No digas esas cosas, desde cuando le miras...

Mi prima emitió una risotada.

—Lo decía por sus piernas. ¿Dónde miras tú?

Hasta las orejas se me pusieron coloradas de la vergüenza.

Las tres se rieron a carcajadas de mí.

—Mente sucia —me acusó una de mis primas, mientras la otra soltaba que yo no tenía la mente sucia, sino que era inteligente. Según ella, el desconocido estaba muy bien, y lo cierto es que lo estaba. Con novio o sin novio, no tenía por qué negarlo, el tipo era guapo desde el pelo hasta la punta de sus zapatos.

Conversando tranquilamente sin ser consciente de que lo observábamos como tontas, se cruzó de brazos y sus bíceps se ensancharon todavía más. De verdad que sí debía de pasarse el día en el gimnasio para estar así.

—¿Nos dirás quién es sí o no? —insistió Elsa.

—No tengo ni la menor idea.

—Pues parece que tus suegros lo conocen muy bien.

—Nunca lo había visto antes.

—¿Será que Hugo ha invitado hoy a toda la ciudad? ¿Se tratará de un amigo suyo?

—Lo ignoro, Elsa. Conozco a todos sus amigos, así como a sus compañeros de trabajo.

—Bueno, es probable que a éste no te lo presentase a propósito, el hombre está para darle duro.

—Elsa, por favor —solté riendo. Sí, estaba para darle con ganas. «Y mi novio también», me recordé para regresar a la tierra desde la órbita de delirios hacia la cual había ascendido movida vaya a saber Dios por qué. No sé por qué impulsos, me puse a imaginar cosas sobre su vida; entendía que eso era infantil e innecesario, pero de todas formas... No tenía la apariencia de ser alguien que viviese detrás de un escritorio. Ciertamente no era una persona de vida sedentaria, no con esos músculos. También porque tenía las mejillas algo bronceadas y porque su cabello, de un rubio oscuro, tenía las puntas desteñidas, como si pasase mucho tiempo a la intemperie, al sol. Adjudicarle ser un temerario tampoco sonaba demasiado coherente y, sin embargo, lo hice. Audaz, eso parecía. Recio; eso saltaba a la vista.

Busqué una alianza en sus dedos y no la encontré. Ok, no estaba casado; no obstante, eso no implicaba que no tuviese novia o que no viviese en pareja.

Debía verse muy bien en ropa interior, por una simple y sencilla razón: su cuerpo ya tenía la pinta de perfecto incluso con la ropa encima.

Observé sus manos una vez más y a continuación las mías. Las suyas estaban bronceadas, eran fuertes; tenían la apariencia de ser manos que trabajan, manos que no se ocultaban. Eran bonitas.

Miré las mías. Pálidas. Mis dedos no entendían del trabajo duro, sino del detalle, de las luces del quirófano y no la del sol.

Mis días eran eso: horas y horas dentro del quirófano o sosteniendo libros, o analizando estudios de pacientes. Lo mío era lo *indoor*, siempre lo había sido.

Posé mi atención en las suyas de nuevo y mentalmente le pregunté a éstas por dónde habían andado hasta ese día, qué habían hecho. Seguramente mucho más que yo. Bueno, de eso no me cabía duda, cualquier mortal había hecho muchas más cosas que yo y para eso no hacía falta haber hecho demasiado. ¿Crisis en la antesala de los treinta? Pues sí, había mucho de eso. Llevaba dos meses cuestionándome muchas de las decisiones tomadas en el pasado y de las que tenía por delante. No podía parar de preguntarme hasta qué punto había sido una decisión propia estudiar medicina, ser cirujana. Papá cirujano, hija cirujana. Eso era más que común, muchos de mis compañeros estaban en las mismas circunstancias.

No diré que mi trabajo me disgustara, no, para nada, lo que hacía era... pero ¿qué tal si me estaba perdiéndome algo más? No tenía idea de qué podía estar perdiendo por haber elegido lo que elegí; en fin, el caso era que llevaba dos meses en una suerte de limbo de duda del cual no sabía ni remotamente cómo salir.

—Si hasta tu suegra babea por él... —le oí comentar a Elsa, y con eso regresé a la realidad, a mi fiesta de cumpleaños—. ¿Qué te sucede?, ¿por qué tienes esa cara? —curioseó poniéndose seria—. ¿Te encuentras mal?

La verdad era que incluso me faltaba el aire. ¿Estaba sufriendo una crisis de ansiedad?

Noté que sudaba frío. La humedad de mi piel hacía que la camisa se me pegase a la espalda.

Estupendo momento para tener un ataque de pánico o lo que fuese aquello.

¿Por qué tenía tantas ganas de salir corriendo, de pedirle a ese desconocido que me llevase lejos, muy lejos de allí?

«De acuerdo, estás volviéndote loca —me dije a mí misma—. Céntrate. ¿Desde cuándo pierdes el control de esta manera?», me reprendí.

Inspiré hondo un par de veces bajo la preocupada mirada de mi amiga, quien me quitó la copa de las manos.

—Lexi, estás pálida. ¿Te ha bajado la presión? ¿Llamo a tu padre? Deberías sentarte un momento. ¿Has comido hoy? Has mencionado que has tenido un día terrible. ¿Es por eso?

Las manos se me habían helado y al mismo tiempo me sofocaba.

Sacudí la cabeza.

—No es nada. Sólo cansancio —mentí—. No he debido beber, es que... tengo el estómago vacío.

—Te traeré de comer.

Las luces se apagaron y por una milésima de segundo no pude más que desear que, cuando regresara, yo ya no estuviese allí, sino en otro lugar muy lejos de ese apartamento, de toda esa gente, de esa realidad, de mi realidad.

«Puta crisis», chillé dentro de mi cabeza, y eso que yo no era de maldecir.

Hubiese preferido aparecer en medio del río Amazonas con pirañas a mi alrededor. «Con pirañas, pero con él», me encontré pensando otra vez en el desconocido.

Así de incoherente estaba ese día.

Esa pausa en mi existencia que se formó como si un agujero de gusano espacial me hubiese dado la oportunidad de trasladarme a otro espacio-tiempo se rompió, y el gusano volvió a escupirme en mi salón de nuevo, con todo el mundo cantando el *Feliz cumpleaños* y la visión de una tarta con lo que evidentemente, por la llamarada de encima, eran veintinueve velitas, cargada por Hugo.

Otra vez, por un fugaz instante, lo odie. Lo odie por la fiesta sorpresa, porque las fiestas sorpresas jamás me han gustado; bueno, las fiestas en general no me gustan, las detesto desde pequeña; el caso es que mis padres daban una casi cada semana, llenando la casa de gente, de sus amigos y colegas de trabajo, de su círculo social, y para eso me obligaban a vestirme de forma elegante, a comportarme como una dama, y yo lo que quería era salir a jugar al parque y que me comprasen un perro. Quería embarrarme, golpearme, sentir. «En lugar de eso, siempre fui la puta princesa que ellos querían», gruñí dentro de mi cabeza, horrorizándome de mi vocabulario y pensamiento.

Me dieron náuseas, arcadas. No tenía mucho para vomitar y, aun así, bilis trepó por mi garganta.

Me tapé la boca con una mano. Bajo la poca luz que había, lo busqué sin encontrarlo.

En mi vida tuve la necesidad de que me salvase un príncipe azul, jamás necesité huir de lo que me rodeaba... jamás hasta entonces, hasta cinco minutos atrás.

Hugo llegó a mí con el pastel. Los presentes se agolparon a mi alrededor sin dejar de entonar la canción.

Elsa aplaudía y cantaba a mi lado. Sentí el perfume de mi hermano más a mi izquierda, las voces de mis padres.

Hugo se detuvo con la tarta frente a mí. Mostraba una sonrisa radiante, si incluso sonreía por esos preciosos ojos verdosos que tenía, los cuales en ese instante me agobiaban hasta lo indecible con esa mirada dulce y compasiva que no perdía jamás, ni siquiera cuando discutíamos... en esas muy contadas ocasiones, pues sacar a Hugo de sus casillas era una tarea prácticamente imposible; ese hombre debía de tener algo de santo y a veces era eso mismo lo que a mí me sacaba de quicio, porque me hubiese gustado que en alguna ocasión me mandase a la mierda, poder mandarlo a la mierda, gritarle y que me gritase. ¿Cómo podía ser que tanta paz, tanta estabilidad, me fastidiase?

«Me estoy boicoteando a mí misma», me amonesté.

—... te deseamos todos, Alexia, cumpleaños feliz —entonaron todos.

Los músculos en mis piernas se reblandecieron, apenas si podía mantenerme en pie.

—Pide un deseo, mi amor —me dijo Hugo.

Inspiré hondo. Eché un vistazo a todas esas velas. No quería que pasasen otros veintinueve años y que continuase con la duda de si había hecho lo correcto con mi vida o no.

Cerré los ojos. Apreté los párpados.

«Quiero sentirme como él, vivir lo que vive él», entoné mentalmente sin ni siquiera saber quién era el desconocido, o qué tenía, o si simplemente yo había imaginado todo aquello de la vida excitante e intrépida porque estaba muy desesperada y asustada, porque el cansancio del día le había ganado el pulso a la parte racional de mi cerebro.

Todavía con los ojos cerrados, inspiré hondo de nuevo para soplar las velas. No pensaba dejar ni una sola encendida, porque quería que mi deseo se hiciese realidad.

Abrí los ojos y di de frente con esos increíbles ojos azules medio ocultos bajo aquellas tupidas cejas. Lo miré y me miró sin parpadear durante más tiempo del normal y coherente para dos personas que jamás se han visto antes.

Mis rodillas acusaron lo desastroso del resultado de esa mirada, porque ésta se quedó pegada a mí del peor modo posible, porque se metió dentro de mi cabeza, porque me la tragué y se coló en mi sistema, porque en una milésima de segundo mi hígado la envió directamente a mi sangre y, así, quedé contaminada.

Soplé las velas sin ser capaz de alejar mis ojos de los suyos.

Entre la humareda que echaban las velas apagadas —porque sí, las apagué todas, gracias a mis pulmones con buen entrenamiento aeróbico—, lo vi sonreírme. Sonreía con sus labios, con sus ojos, con sus mejillas. ¡Hasta con sus bonitas orejas!

Todos aplaudieron y también él. Bueno, por lo menos creo que todos lo hicieron, pues yo solamente tenía ojos para él. Ojos, piel, manos, cerebro.

¡Las piernas me temblaban!

Sin dejar de sonreír, apretó los labios.

La belleza del cuerpo humano era un lujo que su rostro derrochaba, también su cuello y su pecho.

Alguien, no tengo idea de quién, besó mi mejilla y me deseó feliz cumpleaños.



Alguien más comenzó a darme mis veintinueve tirones de oreja.

Hugo, todavía con el pastel en las manos, se estiró en mi dirección para darme un rápido beso sobre los labios, al que yo no logré reaccionar porque ese cerebro que me había ayudado a licenciarme con tan buenas calificaciones, de repente, había dejado de funcionar.

Cuando Hugo se apartó, mi deseo ya no estaba allí y volví a sentirme perdida.

## 2. El deseo

El solícito de mi novio iba cortando la tarta de cumpleaños en perfectas e iguales porciones mientras yo la repartía entre los presentes.

En la actitud más infantil posible, había estado retrasando lo indecible el momento de tener que ofrecerle una porción a él, pero llegó el punto en el que todos los demás disfrutaban de su tarta menos el desconocido. No podía pasarlo por alto de modo tan grosero, ¿o sí? ¿Lo notaría? Quizá ni siquiera le gustasen las tartas o las cosas dulces en absoluto.

Bossa nova de la vieja, de la de siempre, de la clásica, comenzó a sonar. Era el cedé preferido de Hugo.

Alguien pasó por mi lado y me sonrió alzando su copa en mi dirección.

Hugo me entregó una porción de pastel sin sonreír y después se ocupó de agradecer los elogios de familia y amigos que se aproximaron a por una segunda ración.

«¡Déjate de estupideces!», me reprendí. Allí estaba él, solo, parado frente a la biblioteca de Hugo, examinando los títulos.

Inspiré hondo.

«¡Valor, que no vas a intentar flirtear con él! Se trata sólo de invitarlo a tarta y nada más.»

—Ok, allá vamos —susurré por lo bajo.

La gente a mi alrededor reía. El ambiente era agradable; sin embargo, yo me sentía como si fuese a entrar en el consultorio del dentista. No me gustan los dentistas. A pesar de que sonaba la música brasileña, en mi oído yo oía el torno.

¡Por Dios, por la mañana debería buscar un psiquiatra!

Por suerte, mi padre tenía un buen amigo que se dedicaba a esa especialidad.

Bueno, eso no sonaba a buena idea.

Increíble, ni haciendo *crossfit* sudaba de esa manera.

Antes de llegar a él, sequé el sudor de mi frente con el interior del puño de mi suéter. ¿Por qué todavía lo llevaba puesto, si allí hacía un calor infernal?

Dubitativa, me detuve a dos pasos de él. Olía muy bien, pero no a perfume, sino más bien a ropa limpia exclusivamente.

Me aclaré la garganta para llamar su atención, pero no dio resultado. Quizá la música sonaba demasiado fuerte y además... mi carraspeo apenas salió audible.

Lo intenté una vez más.

Nada.

¿Estaba sordo o se hacía el sordo?

Pensar así, sobre todo porque lo hice malhumorada, me hizo sentir mal. ¿Y si era sordo en realidad? Me sentí fatal.

Incliné la cabeza en busca de algún audífono en su oído. Nada.

Ok, entonces me sentí ridícula.

El desconocido estiró su brazo derecho para alcanzar un libro y todos, absolutamente todos los músculos de su brazo, cuello y espalda se marcaron por debajo de la piel y la ropa.

Me detuve en seco. El libro que éste acababa de sacar de la biblioteca era el único que me pertenecía, todos los demás eran de Hugo.

Él abrió el libro y comenzó a pasar sus páginas. Era una obra sobre Klimt; me lo había traído mi abuela de su último viaje a Nueva York un par de meses atrás. Las páginas estaban llenas de sus preciosos y dorados cuadros.

Abrí la boca; las palabras no salieron. Fui a por mi segundo intento, envalentonándome dando un paso al frente.

—¿Te gusta Klimt?

El desconocido cerró el ejemplar de un golpe y se giró para mirarme.

Sus ojos no eran simplemente azules como había imaginado, sino de un azul muy particular, entre turquesa y celeste, intensos. Hermosos. Magníficos.

Intenté sonreírle. Salió algo más o menos decente, o eso preferí creer.

—¿Te gusta? —Con la cabeza le señalé el libro.

—Sí. Me gusta —me contestó con una voz mansa y deliciosa.

—¿Tarta? —Le tendí el plato, pero él no llegó a recogerlo de mi mano.

—Perdón, disculpa. ¡Feliz cumpleaños!

—Gracias.

Nos quedamos mirando en silencio.

Alcé las cejas esperando que se presentase; sabía que no se había colado en mi fiesta porque lo había visto conversando con mis suegros, pero...

—Ahh... humm... lo lamento. Estoy siendo grosero. —Cambió el libro de mano y me tendió la derecha—. Soy Leo. Leo Van Roden. Soy amigo de Hugo.

Tendí mi mano hacia él y me la estrechó sin soltarla después.

—Es un placer. Alexia, la novia de Hugo.

Leo se sonrió.

—Sí, ya sé. Felicidades una vez más.

Mi mano todavía continuaba dentro de la suya.

—¿Tarta? —Le tendí la porción una vez más, intentando sobornarlo para que liberase mi mano derecha; su tacto me ponía nerviosa y mi mano, al igual que el resto de mi cuerpo, comenzaba a empaparse en sudor.

—Claro. Gracias. La ha preparado Hugo, ¿no es así?

Asentí con la cabeza; acababa de tragarme la voz justo en ese instante, pues hice un enorme esfuerzo por tragar la saliva que se había acumulado en mi boca.

Me soltó la mano y cogió el pastel.

—Cuando lo conocí, ni siquiera hablaba de cocinar.

Sacudí la cabeza, confundida; sin el plato en la mano me sentía completamente perdida.

—Digo que conocí a Hugo cuando éramos muy pequeños. Por los recuerdos que me quedaban de él, jamás creí que lo vería cocinando o haciendo todo esto... —Con el plato y la tarta, señaló en todas direcciones, remarcando el despliegue que mi novio había hecho con la fiesta.

—¿Ah, sí? O sea, que os conocéis desde muy críos.

—Desde que nacimos. Nuestros padres son amigos. Amigos de toda la vida. Mi padre y su padre estudiaron juntos.

—No tenía ni idea. Me extraña que no... —«Que no te mencionara», quise decir, sin embargo me quedé muda ante la mirada de Leo.

—¿A quién de los dos le gusta Klimt? ¿O es a ambos? ¿Es una de esas cosas de pareja?

—El libro es mío. Me gusta Klimt. A Hugo le da igual.

—El resto de los libros de aquí obviamente son suyos. Todos sobre su trabajo.

—Sí, así es. Perdona, pero... ¿cómo es que no nos hemos visto nunca antes? Creía conocer a todos los amigos de Hugo.

—No a mí. —Me dio la espalda para devolver el ejemplar a su sitio.

—Sí, bueno. Eso está claro.

—Llevábamos mucho tiempo sin vernos. Vivo fuera del país.

—Ah, entiendo.

Leo cortó un pedazo de tarta con el tenedor; sin embargo, no se lo llevó a la boca. El trozo quedó suspendido en el aire a pocos centímetros del plato.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Me quedé mirándolo.

—Es una pregunta personal y quizá te suene un tanto ridícula o fuera de lugar.

Mis cejas se alzaron una vez más.

—¿Qué es?

—¿Has pedido un deseo? Me ha dado la impresión de que así ha sido. Parecías muy concentrada.

Mi garganta quedó obstruida por ese momento. Apenas conseguía pasar aire para mantenerme medianamente con vida.

—¿Lo has pedido?

—Esas son cosas de niños —entoné intentando mostrarme bastante más adulta de lo que me sentía en ese instante.

—¡Auuu! —Rio—. Eso ha dolido, acabo de quedar como un tonto. El caso es que yo pido tres deseos cuando soplo las velas en mis cumpleaños.

«Y yo», le contesté dentro de mi cabeza. Aunque en esa ocasión sólo había sido uno.

—¿Realmente no has pedido ningún deseo? Bien, ahora me siento como un verdadero idiota por decirte que yo pido tres cada vez que cumplo años.

Mi pecho se encendió, al igual que mis mejillas. Es que sonrió de un modo tal que todas mis moléculas se separaron de la forma más agradable, haciéndome experimentar una felicidad que nunca antes había sentido.

—He pedido solamente uno —admití sin poder dejar de sonreír.

—¿En serio? ¿No lo dices exclusivamente para no hacerme quedar como un idiota?

Negué con la cabeza.

—Por lo general son tres, pero esta vez sólo he sido capaz de pensar en uno.

—Bueno, ha debido de ser muy importante, porque, ya te digo, parecías muy concentrada y, cuando te has quedado mirándome, me ha dado la impresión de que acababas de tomar una decisión de esas que te cambian la vida.

Mis rodillas se reblandecieron.

—Es... es... es que yo... —Cerré los ojos; prefería no tener que mirarlo a la cara en ese instante.

—Sé que no es de mi incumbencia, pero... ¿puedes contarme lo que has pedido? Sé que dicen que es secreto y que, si lo expresas en voz alta, no se hará realidad; es que estoy escaso de deseos.

—¿Escaso de deseos?

—Es una larga historia. ¿Me contarás qué has pedido? Te juro por lo que más amo en este mundo que no se lo diré a nadie.

«Si lo hicieses, tendría que matarte», le contesté mentalmente mientras pensaba en qué sería aquello que más amaba en el mundo.

—Y bien, ¿me lo contarás? Toda esa concentración al pedirlo debía de valer la pena.

—Es una tontería sin importancia.

—Disculpa, eso no me lo creo.

—Bueno, allá tú. Lo que creas... no nos conocemos y yo no...

Leo sonrió.

—Sí, perdona. No tienes por qué decírmelo. Es que creí que... Disculpa. —Alzó el tenedor y se llevó el bocado de tarta a la boca. Su sonrisa desapareció.

El contacto visual entre nosotros se rompió y él dejó de sonreír. Incluso me dio la impresión de que el pastel no le gustaba.

Como sea, no conseguí moverme de mi sitio, porque la pura verdad era que me moría de ganas de contarle lo que había pedido de deseo de cumpleaños porque no quería que eso entre nosotros terminase siquiera antes de empezar.

«Antes de empezar, ¿qué?», me pregunté.

La desesperación comenzó a apoderarse de mí. Una y mil veces, en una fracción de segundo, me grité que era una cobarde y que por eso mismo había llegado a ese día con una suerte de crisis existencial.

—Me da vergüenza.

Ante mis palabras, Leo volvió a girar la cabeza en mi dirección.

—¿Qué es lo que te da vergüenza?

—Lo que he pedido de deseo. Me da vergüenza expresarlo en voz alta, decírtelo a ti. Es que ni siquiera nos conocemos y lo que he pedido... no tiene demasiado sentido y la verdad es que no sé muy bien por qué lo he hecho o qué es lo que me sucede hoy. Supongo que, al igual que tú, estoy algo escasa de deseos y eso no me gusta, porque siempre he tenido deseos o metas, como quieras llamarlo. Siempre ha habido algo que me ha empujado hacia delante y ahora, si lo hay, no logro identificar qué es.

Con esa mirada medio escondida entre sus bonitas pestañas y aquellas enigmáticas cejas, Leo se quedó observándome.

—Perdona la verborragia.

—¿Estás nerviosa?

Asentí con la cabeza.

—¿Me invitas? —Apunté la tarta con un dedo.

—El azúcar empeorará tu estado.

—A la mierda con eso. —Le arrebaté el tenedor y corté una porción de pastel, que me llevé a la boca sin mayor dilación. Estaba espectacular y se me notó en las facciones lo delicioso del sabor. Además, la tarta estaba esponjosa y... me relamí los labios. No terminaba de quitarme la crema de éstos cuando me topé a Leo con sus ojos fijos en mi boca.

—Está buenísima, deliciosa —dictaminó, y por todos los medios me obligué a pensar que hablaba de la tarta. Sí, no podía estar hablando de otra cosa.

Apreté los labios con fuerza y le devolví el tenedor.

Ese condenado suéter y su presencia me sofocaban.

—¿Mejor? ¿Me contarás ahora qué has pedido?

—Te reirás.

Hizo desaparecer la sonrisa de sus labios.

—No, nunca haría algo así. Además, te repito que juro por lo que más amo en este mundo que tu secreto no saldrá de mis labios.

—Te reirás igualmente. Es ridículo.

—Dudo de que te cueste tanto decirlo porque sea ridículo. Más me suena a que es un asunto muy personal.

Intenté encontrar a Hugo con la mirada para intentar pedirle mentalmente perdón por lo que estaba a punto de hacer; el caso es que, si no hacía lo que quería hacer, me arrepentiría y no me lo perdonaría nunca. Sí, tenía mucho que perder si eso salía mal, pero imaginaba que también me perdería mucho si no lo hacía o, al menos, si no intentaba hacerlo.

No encontré a Hugo, de modo que mis ojos se concentraron otra vez en las manos de Leo. Tenía callos y un par de arañazos y las uñas muy cortas y no en muy buen estado.

—Entonces... ¿lo soltarás o no? Da la impresión de que estás a punto de estallar. ¿De qué tienes tanto miedo? Tú no me conoces, yo no te conozco, no debería preocuparte lo que puedo pensar. Dicen que es más fácil compartir intimidades con los extraños que con alguien que te conoce bien. Ya sabes, la distancia, la falta de sentimientos que te conecten con esa persona... influye menos en ti, en ese miedo a decepcionar o lo que sea. Estoy convencido de que uno es más libre frente a completos extraños que junto a los que se ama o aprecia. No deberías temer por perder a un extraño si haces algo mal; en cambio, con alguien que amas las cosas son distintas, muy distintas.

No tengo idea de dónde salió todo aquello, tan sólo sé que sus palabras fueron lo que me faltaba para que me decidiese a hablar.

—Ok. Mi deseo...

El rostro de Leo se iluminó otra vez.

—Lo que he pedido... —Un escalofrío recorrió toda mi piel. Éste echó raíces en mi carne y se metió hasta mi corazón. Mi corazón se aceleró.

—¿Sí?

—Mi deseo fue ser como tú. —Y con esas seis palabras me sentí morir o, mejor dicho, renacer. No fue necesariamente malo y, aunque ese deseo no llegase a nada, poder soltar esa locura que se había cruzado por mi cabeza ya marcaba todo un hito en mi historia.

Leo se quedó boquiabierto mirándome sin parpadear. Durante unos cuantos segundos, su rostro fue un lienzo en blanco. El no poder adivinar lo que pasaba por su mente en ese instante me angustió.

—¿Por qué has hecho eso? Ni siquiera sabías quién era. No entiendo. Incluso ahora no sabes más que mi nombre. ¿Por eso me mirabas así?

Le contesté moviendo la cabeza de arriba abajo.

—No sé por qué lo he hecho... he tenido un día muy largo, estoy cansada y confundida y... —Me detuve, aquello no era toda la verdad—. Eso no es todo.

—¿No?

—No. La verdad es que yo tampoco sé quién soy y no quiero llegar a los treinta sin tener idea de nada. He estado... no sé, es que quiero probar algo distinto. Algo que no haya hecho nunca. Algo que normalmente no me atrevería a hacer. Necesito descubrir si ésta que soy... si soy yo en realidad.

—¿Y por qué yo?

—Quizá sea como acabas de decirme, eres un extraño.

—Muy extraño.

—Bueno —sonreí con timidez dándome ánimo—, no tanto: eres amigo de Hugo.

—Llevaba más de quince años sin verlo.

—¿Tanto llevas fuera del país?

—No cambiemos de tema. —Dio un paso hacia mí—. ¿Quieres convertir ese deseo en realidad?

Su movimiento y sus palabras me cogieron por sorpresa.

—¿De qué hablas?, ¿cómo que hacerlo realidad?

—Has pedido un deseo y has soplado todas las velas de una sola vez; se supone que, si así lo haces, si lo consigues, tu deseo se cumplirá. Yo puedo ayudarte a hacerlo realidad; además, yo soy yo y tú pediste ser yo. Creo que puedo ayudarte con eso. ¿Quieres?

—¿Hablas en serio? —Se me escapó una carcajada nerviosa—. ¿Cómo?

—Estaré aquí unos días.

—¿Cuántos? —me encontré demandando saber.

—Poco más de una semana, diez días como máximo —contestó de buen grado sin dar señales de que mi pregunta lo sorprendiese o molestase—. ¿Cómo...? Bueno, eso lo veremos; se me ocurren un par de cosas que podemos hacer. ¿Puedo plantearte otra pregunta?

—Sí.

—¿Es tan malo ser tú?

En realidad no lo era.

Negué con la cabeza.

—No es eso, es que no estoy segura de si lo que soy ahora es lo que quería ser o no.

—¿Qué es lo que cambiarías primero en ti, ahora, ya mismo?

—Lo primero que haría sería quitarme esta ropa.

Leo me dedicó una mirada sexy.

—Eso suena bien.

—Para vestir algo más cómodo.

—Ah, sí, claro —acotó haciéndose el tonto. Puso una muy fingida cara de inocente.

—Otra pregunta.

—¿Qué más quieres saber?

—¿Qué tan lejos quieres llegar?

Inspiré hondo.

«Sí, voy a hacerlo. Me meteré de cabeza en esta locura», me animé.

«Y, sin duda, me arrepentiré. Me arrepentiré. Me arrepentiré, lo lamentaré, saldrá mal, muy mal, arruinaré todo lo que tanto me ha costado construir. ¡La cagaré a lo grande! Sí, señores, voy a arruinarlo todo», chillé dentro de mi cabeza.

—Todo lo lejos que me lleve el hecho de llegar a encontrarme —respondí. El suelo debajo de mis pies tembló, el techo por encima de mí desapareció y de repente fue como si el apartamento quedase vacío y allí no estuviésemos más que él y yo.

Sentí como si un hilo de aire fresco acariciase mi rostro.

—Tendrás que confiar en mí. ¿Lo harás?

«Mierda, carajo, joder. Dios santo, ¿qué estoy haciendo?»

Mis manos se echaron a temblar.

—Sí, está bien. De acuerdo, confiaré en ti.

—¿En verdad lo haremos?

—Eso parece —respondí sin tener ni la menor idea de qué era lo que haríamos.

—Perfecto. Bienvenida a mi vida, Alexia.

Eso sonó rotundo, muy rotundo, y potencialmente desastroso y al mismo tiempo... tenía ganas de quitarme los zapatos y ponerme a dar saltos de felicidad porque no tenía ni la más remota idea de lo que estaba por venir y, aun así, mi cuerpo bullía de entusiasmo.

—Gracias. —Me quedé mirándolo—. ¿Por qué haces esto? ¿Por qué accedes? No me conoces, no sabes nada de mí... podría ser una loca, podría resultar insoportable y... ¿Quizá eres tú el que está chiflado?

—No lo sé, tal vez lo esté un poco. Tú no pareces chalada —me sonrió—, ni tienes pinta de ser alguien insoportable. Además —se estiró y depositó el plato con la tarta sobre la mesa de apoyo—, yo tampoco sé quién soy. Quizá lo descubramos juntos.

Su sonrisa se amplió todavía más, así como la mueca de desconcierto tomó cuenta de mi rostro.

—No te asustes. No soy un asesino en serie y no te obligaré a hacer nada que no quieras hacer. Puedes salir de mi vida cuando quieras; de hecho, puedes hacerlo ahora mismo. Simplemente haz como si esta conversación no hubiese existido y listo.

Apreté los puños con fuerza para resistirme al miedo.

—No quiero eso, quiero mi deseo.

Leo chasqueó los dedos de su mano derecha.



—Perfecto, entonces eso mismo es lo que obtendrás. Despreocúpate, será solamente una semana, o menos, de acuerdo a lo que tú quieras. Podrás regresar a tu vida entonces, después de que se cumpla tu deseo. O hacer de tu vida lo que quieras hacer si es que la vida que tienes ahora no es la que quieres. Déjame decirte que tu deseo ha sido un muy buen deseo.

—¿Qué?, ¿porque elegí tu vida y no la de alguien distinto?

—Por elegir lo desconocido. No todo el mundo tiene el coraje necesario para hacer algo semejante. Eres una mujer valiente.

—No lo soy, estoy muerta de miedo.

—Los valientes también tienen miedo, la diferencia reside en que éstos se atreven a plantarle cara a sus miedos y es eso mismo lo que tú haces. —Leo hizo una pausa—. Diez días a lo sumo y después cada cual volverá a su vida.

—Diez días —repetí.

Leo me tendió su mano derecha, la cual estreché y así cerramos el trato.

—Ha sido una buena idea acceder venir.

—Sí.

—Te debo tu regalo de cumpleaños.

—No me debes nada, estás ayudándome a cumplir mi deseo.

—Ya veremos.

Mi mano todavía se encontraba entre las suyas.

—¿Te veo mañana en casa de tus padres? Es decir... —Se rio divertido y soltó mi mano—. Claro que te veo mañana, si es tu cumpleaños y allí estarás tú. Tus padres me han invitado.

—Seguro... qué bien.

Leo dio un paso atrás. Me pareció que iba a retirarse; en cambio, se llevó la mano al bolsillo trasero de los pantalones.

—¿De verdad quieres hacerlo?

—Sí.

De éste extrajo su teléfono móvil.

—¿Me das tu número?

—¿Para qué?

—No planeo acosarte, pero, si serás yo durante los próximos diez días, tendremos que vernos y, si no tengo tu número, no podré localizarte... ¿Cómo nos reuniremos entonces?

¿Reunirnos?

—¿Qué haremos?

—No te asustes, iremos con calma. Lo prometo. ¿Me das tu número o no?

Con todas mis fuerzas, me mordí el labio inferior y acto seguido le pasé mi número de teléfono.

Él lo grabó en el aparato y se lo guardó otra vez en el bolsillo trasero de los pantalones.

—Mira, haremos una cosa: consúltalo esta noche con la almohada y, si cambias de parecer con respecto a nuestro arreglo, me lo dices y listo. Más tarde te enviaré un mensaje para que tengas mi número. Ni siquiera tienes que llamarme, con un texto será suficiente.

—Bien.

—Bien —repitió él detrás de mí como un eco de mis palabras.

—¿Y qué hay de tus deseos? Has mencionado que estás escaso de ellos.

—Sí, lo he hecho. —Recogió su porción de tarta—. Te veo luego. Feliz cumpleaños.

Sin añadir nada más, Leo me dio la espalda y se alejó en dirección a la terraza; una de las puertas estaba abierta y allí fuera había un par de personas bebiendo y fumando.

Yo me quedé clavaba al suelo cual estaba, sin poder moverme, sin comprender el significado real de lo que acababa de suceder.

—¿De qué hablabas tanto con el Señor Espalda Perfecta?

El corazón casi se me escapa por la boca. Elsa me dio un susto memorable.

—¿Quién es? —quiso saber.

—Un amigo de la infancia de Hugo, vive fuera del país.

—¿Se ha mudado de regreso?

—No, se va en diez días.

—¿Qué pena! Bueno, durante esos diez días podría divertirme con él. ¿Me lo presentas?

—Necesito una porción de tarta, me hace falta comer algo dulce —solté para cambiar de tema; el caso es que no quería presentarle a Leo a Elsa ni a nadie más. Así de rotundo.

—¿Te sientes mal otra vez?

—Ven, acompáñame a por un trozo.

Y eso hizo Elsa ante mi petición.

—Hugo cocina como los dioses —jadeó Elsa después de degustar el primer bocado de su segunda porción de pastel.

—Sí. —Para no tener que hablar, me llené la boca, más de lo que probablemente debí hacer.

—¿Estás bien? Te noto rara. ¿Te ha dado una crisis? Cumplir los treinta no es tan malo.

Ella los había cumplido dos meses atrás.

—Igual disfruta tus veintinueve.

Después de masticar, comencé a tragar. Eso no resultó sencillo y me sentí empalagada hasta la médula. El bocado que le había robado a la porción de Leo me había parecido exquisito; sin embargo, en ese momento solamente notaba el dulce, el intenso dulce, sin poder determinar ningún otro matiz dentro del sabor. ¿Crisis? Pues sí, más o menos era eso.

—¿No me dirás qué es lo que te tiene así? ¿Un mal día de trabajo?

Negué con la cabeza.

—¿Es por Hugo?

Terminé de tragar.

—Es cansancio y que llevo unos días un tanto perdida. Nada serio, ya se me pasará.

—¿Por qué no pides unos días libres en el hospital? Te vendrían muy bien. Sin duda Hugo puede organizarse para alejarse unos días también. Planead una escapada romántica.

—No puedo pedir días en el trabajo. En el hospital apenas si hay médicos suficientes.

—Si caes enferma o acabas medio loca, contarán con un médico menos.

—No enfermaré. —Acabar medio loca... bueno, eso quizá sí.

—Y bien, amor de mi vida —Hugo llegó a mí por detrás. Sus brazos rodearon mi cintura, pegando con fuerza mi cuerpo al suyo—, ¿qué te parece tu pastel de cumpleaños?

—¡Exquisito! —exclamó Elsa brindándome un par de segundos para restaurar mi cerebro y así ser capaz de volver a enfrentar a mi novio. Bien, mi cerebro se reorganizó, pero sus funciones continuaban defectuosas; evidentemente sus nuevos patrones de trabajo estaban un tanto erróneos... pues mi cerebro mandó a mis ojos buscarlo a él. Mis ojos lo encontraron; Leo estaba de regreso en el interior del apartamento y en ese momento conversaba con algunos de mis compañeros de trabajo, incluida Bárbara. En ese instante me enojé con Hugo por invitarla.

—Es una delicia, Hugo. No te pediré la receta porque jamás me saldría nada ni remotamente parecido, pero déjame decirte que esto está espectacular. —Elsa tomó un nuevo bocado y se lo llevó a la boca.

Sin soltarme, Hugo se acomodó a mi lado. Sonriéndome, me dio un pequeño empujoncito.

—¿Qué me dices tú? ¿Te ha gustado?

—Una maravilla. Está todo perfecto. Gracias por esto. —Le di un rápido beso sobre los labios—. Una noche memorable. —Meforcé a sonreír.

—Ésa era la intención, que fuese una noche especial.

—Todo sería perfecto de no ser por aquella de allí. —Elsa apuntó con la cabeza en dirección a Bárbara, quien todavía se encontraba con Leo y los demás—. ¿Por qué la has invitado? Podrías haberte limitado a invitar a ese guapo amigo tuyo.

Hugo se sonrió.

—Bárbara es compañera de trabajo de Alexia, y quería que toda su gente estuviese aquí con ella compartiendo su día; después de todo, ellas comparten casi todos sus días.

—¿Qué dices? Si apenas se hablan. Alexia no la soporta.

—Bueno, tampoco es tan así —salí a decir yo para no admitir que su presencia me sentaba tan mal como una patada en el estómago.

—Lo ves, miente —soltó Elsa—. A ella no le cae bien, y a mí, ahora, me cae peor que antes. Mira el modo en que le sonrío a tu amigo.

Hugo se rio con ganas.

—Por lo visto ya habéis visto a Leo. Perdona, amor, se me ha pasado presentártelo, es que hay tanta gente aquí... Es un amigo de la infancia. Llevábamos una eternidad sin vernos, pero prácticamente crecimos juntos. No sé mucho de su vida en la actualidad, excepto que vive en Canadá. Imagino que no es mala persona, parece ser el mismo de siempre. ¿Quieres que te lo presente, Elsa? Si no tengo malentendiendo, está soltero.

—Ya estás tardando —aceptó Elsa, emocionándose.

Hugo me soltó y esa vez fue mi turno de atraparlo.

—No lo habías mencionado nunca antes —dije a toda prisa, interrumpiendo las intenciones de ambos de avanzar hasta Leo.

—Sí, es que nos distanciamos antes de empezar la escuela secundaria. Sus padres y los míos son muy amigos, ellos han seguido viéndose. Mis padres lo vieron ayer cuando fueron a cenar a casa de los padres de él; Leo está pasando allí unos días. Me pareció un buen detalle invitarlo. Ya no tiene amigos aquí, por los viejos tiempos. —Sonrió.

—Ya, claro.

Riendo a carcajadas dramáticas y glamurosas, Bárbara se colgó del hombro de Leo y entonces me pareció que era mucho menos dañino el plan de Hugo de presentárselo a Elsa que el que Bárbara debía de tener en mente. Ella y él, sin duda, eran las dos entidades más sexis de esa fiesta. Juntos suponían un gran riesgo... para mí.

—Mejor deberíamos hacer esa presentación formal. —En vez de atraerlo hasta mí, lo empujé en dirección a Leo—. Andando.

Si Elsa notó mi comportamiento en ese instante, todavía más extraño de lo que venía siendo esa noche, no hizo mención alguna.

A ellos llegamos.

Bárbara cesó sus carcajadas de gallina clueca —cosa que, sin duda, no era— y nos saludó con la mano y una sonrisa sin quitar su otra mano de encima del hombro derecho de Leo.

—Hola. ¿Lo estáis pasando bien?

Todos asintieron con la cabeza y contestaron que sí, elogiaron la comida, la música, el buen ambiente de la fiesta. Bien, en realidad no todos lo hicieron.

Bárbara movió la cabeza en un gesto que ni siquiera llegó a ser una respuesta y Leo no hizo otra cosa que quedarse mirándome todo el rato, ignorando por completo al resto del grupo, incluido a su antiguo amigo de la infancia.

—Alexia y yo os agradecemos mucho que hayáis venido. En verdad significa mucho para nosotros. No sé si Leo ya se ha presentado él solito. —Hugo posó su mano sobre el hombro izquierdo de Leo y éste miró su mano encima de él. Fue una mirada seria la que le dedicó a la mano de mi novio. No una mirada de especial desagrado, mas sí una un tanto sospechosa, cuyo significado quedaba oculto dentro de la cabeza de Leo—. Grupo, es un viejo amigo mío. Nos conocemos desde niños.

—Y llevamos años sin vernos —acotó Leo al instante—. La última vez que nos encontramos fue en una cena de Fin de Año, cuando ya no teníamos ni edad ni ganas de presenciar las cenas formales de nuestros padres.

—Eso fue cuando teníamos catorce, ¿no es así?

Leo asintió.

—¿No os veíais desde entonces? —curioseó Bárbara.

—No, la verdad es que mis padres y los suyos también se distanciaron un poco. Cosas de la vida —aclaró Hugo con una sonrisa—. Pero ahora está tal cual todo era antes.

—Hola, Leo, soy Elsa —ésta le tendió una mano—, amiga de Alexia de toda la vida. Hugo nos ha dicho que vives en Canadá.

Los ojos de Leo se movieron hasta mí. Parpadeó un par de veces sobre mis ojos y después miró a Elsa.

—Es un placer conocerte, Elsa. Sí, vivo en Canadá.

—¿En qué parte?

—En un pequeño pueblo en Ontario.

—¿Ah, sí? Eso debe de ser bonito. ¿Y qué haces allí?

—Vivo —le contestó de un modo un tanto brusco, que resultó muy evidente para todos.

Elsa rio nerviosa.

—¿Hace mucho que vives allí?

La respuesta de Leo fue un todavía más seco «sí».

—¿Has vuelto para pasar unos días de vacaciones?

—Yo no diría que es exactamente eso —respondió con una voz plana mientras que sus ojos se posaban en mí con un tono muy distinto al de su voz.

El entusiasmo de Elsa se desinfló al instante y la vergüenza creció dentro de mí.

Nadie más se animó a preguntarle nada. Resultaba evidente que Leo no se sentía muy atraído por la idea de hablar de su vida.

—Ha sido muy buena tu idea de invitarlo, Hugo. Tu amigo es muy interesante, un hueso duro de roer, pero interesante al fin y al cabo.

En lo que llevábamos juntos, jamás había visto a Hugo poner una cara semejante. Ese comentario de Bárbara le gustó tan poco como a mí.

Leo se aclaró la garganta y dio un paso atrás, desprendiéndose de la mano de Bárbara. Hugo lo había soltado ya.

—Bien, si me disculpáis, debo irme.

—¿Ya? Todavía es temprano. No te vayas, Leo; pensé que tendríamos un rato para charlar, para ponernos al día, hablar de los años que han pasado...

Bárbara puso cara de cachorrito abandonado y me dieron ganas de matarla.

—Es que hoy he tenido un día complicado y, de hecho, ahora tengo otro compromiso.

—Sí, ya me lo habías mencionado; imaginé que... ¡Mañana! ¿Qué tal si nos vemos a la hora de almorzar? Sé que nos veremos después, en la fiesta de la noche, es que entonces habrá mucha gente. ¿Te llamo y quedamos? —Hugo rodeó mis hombros con uno de sus brazos—. Los dos estaríamos muy felices de tenerte aquí a comer.

Mis ojos se desorbitaron; Leo permaneció inmutable.

—No quiero haceros trabajar. Tú ya has tenido que cocinar para hoy y yo...

—No es ninguna molestia. Será algo informal. Vamos, ánimo. Lo pasaremos bien.

Leo me miró una vez más.

—Bien, claro, será un placer.

Los nervios se retorcieron dentro de mi estómago hasta el punto de formar una maraña imposible de desenredar. Aún no terminaba de decidir si quería seguir adelante con esa locura de hacer realidad mi deseo de ser él durante diez días. Me

ponía muy ansiosa la idea de volver a verlo, todavía más de hacerlo en presencia de Hugo. Quería que Leo y esa historia del deseo fuera solamente mía, necesitaba que así fuese.

—Genial. Hecho, nos veremos mañana entonces. A primera hora te llamo para concretar la hora.

—Sí, de acuerdo. —Leo le tendió la mano a Hugo—. Muchas gracias por invitarme, todo ha estado estupendo. Ha sido un placer conoceros a todos. Alexia —sus ojos se centraron en mí—, feliz cumpleaños. Espero que todos tus deseos se hagan realidad.

Todos sonrieron, todos menos yo, porque olvidé cómo hacer para sonreír o respirar, hablar o caminar. No podía hacer lo que planeaba hacer con Leo. No tenía ni idea de lo que implicaba ser como él. Podía ser inofensivo o... muy dañino. A todas luces, Leo no tenía una apariencia inofensiva.

Tenía muy claro que quería a mi novio; sin embargo, no estaba ciega: ese hombre era más que sexy y pretender que no me gustaría pasar una noche con él era ridículo. Bueno, fuera como fuese, resultaba evidente que me gustaba y me intrigaba, y que, a pesar de todo, me entusiasmaba la idea de volver a encontrarme con él al día siguiente al mediodía y por la noche y durante los próximos diez días. También me intrigaba descubrir quién acabaría siendo después de esa experiencia.

—Otra vez, muchas gracias por todo a los dos —nos dijo Leo—. Que terminéis muy bien la noche. Os veo mañana. Buenas noches a todos. Hugo, despídeme de tus padres.

—Sí, no te preocupes.

—Buenas noches —musitó Elsa a mi lado.

Leo se alejó de nosotros en dirección a la puerta. Del bolsillo trasero de sus pantalones volvió a sacar su móvil.

Por un instante temí que fuese a llamarme justo entonces.

Desesperada, intenté recordar dónde había quedado mi teléfono. ¡En mi bolso! Recordé la correspondencia. Hugo me lo había quitado todo de las manos. Probablemente lo había llevado a nuestra habitación.

Lo vi salir del apartamento mientras seguía escribiendo en el aparato. Me imaginé los mensajes sonando en mi móvil y me entraron ganas de correr a buscar mi bolso para contestarle. Esa locura comenzaba a apoderarse de mí.

Me pregunté por qué tenía pensado esperar hasta el día siguiente. Así, sin más, quise ir con Leo a donde fuera que fuese, quería saber cuál era ese compromiso que tenía y compartirlo con él. Incluso me dieron ganas de sentir lo que se sentiría al tener un cuerpo así de fuerte y musculoso, o al ser el dueño de esa mirada, y de esa decisión al hablar. Leo me había dicho que no sabía quién era él y eso me costaba creerlo. Uno puede vivir su vida, a veces, dejándose arrastrar por la corriente, como creo que era mi caso, pero la corriente no suele llevarte tan lejos, no hasta un pueblecito perdido en el estado de Ontario, Canadá. Llegar hasta allí y *vivir*, sea lo que sea a lo que él llamase así, ciertamente conllevaba sus decisiones. Y el detalle de no querer soltar prenda acerca de su vida privada implicaba mucho más que un empujón de la corriente.

Mi organismo comenzó a desprender grandes cantidades de adrenalina. Sonreí feliz viendo desaparecer su espalda tras la puerta. No porque me sintiese feliz de verlo partir, sino porque allí estaba yo, a punto de cumplir un deseo que ni siquiera sabía que quería: poder experimentar la vida de alguien distinto a mí.

Mi parte más racional llegó a una conclusión: cuando eso terminara, era probable que me sintiese más segura de mí misma; a través de él, llegaría a mí.

A mi alrededor se pusieron a conversar otra vez.

—¿Me disculpáis un momento? En seguida regreso.

—Sí, claro, mi amor.

—¿Todo bien? —me preguntó Elsa.

—Sí. Necesito refrescarme un poco. Ahora vuelvo.

—¿Te acompaño?

—No. Estoy bien. —Sonreí para mi amiga—. En unos minutos estaré aquí de regreso.

—Hecho; cuídate.

Sin mirar atrás, fui zigzagueando entre los presentes, recibiendo sonrisas y más felicitaciones, rumbo a mi cuarto, en pos de mi bolso.

Experimenté un gran alivio incluso al entrar en el pasillo cuando las voces y la música de la fiesta todavía se escuchaban. El alivio fue total al llegar al cuarto que compartía con Hugo y cerrar la puerta detrás de mí.

Apoyé la espalda contra la puerta y solté un suspiro.

Nuestro dormitorio estaba iluminado por la luz de la luna. Todas las luces artificiales estaban apagadas. Di unos pasos y vi mi bolso y la correspondencia sobre la cama, y entonces algo glorioso sucedió. El tono que anunciaba la llegada de un mensaje en mi móvil repiqueteó.

Corrí hasta la cama y extraje el aparato de las profundidades entre tantas cosas que cargaba allí dentro. Apenas si me quedaba batería.

Con los dedos temblando de emoción, lo desbloqueé marcando el código.

Aviso de un mensaje pendiente de leer.

Número no registrado en mis contactos.

¿Todavía quieres hacer realidad tu DESEO?

—Sí —solté decidida y en voz alta, a la soledad y el silencio de mi habitación.

Mis dedos teclearon la respuesta para él. Un «sí» en mayúsculas. Así de fuerte, así de claro, así de rotundo.

-Perfecto. Te veré mañana, compañera.

¿Qué era eso de compañera?

Por un segundo me quedé pensando que, al salir, escribió mucho más de lo que a mí me había llegado en forma de mensaje de texto. ¿Con quién más se habría comunicado? La curiosidad encendió su mecha en mí.

Me puse a contestarle.

¿¿¿Qué es eso de compañera???

Su respuesta no se hizo esperar demasiado.

-Nosotros no somos pareja, no somos amigos. Seremos compañeros. Tú y yo a la par. Se supone que quieres ser yo. Para ser yo, debes caminar a mi lado. Yo muevo el pie derecho, tú mueves el pie derecho.

Se me escapó una risita nerviosa.

¿¿¿Hablas en serio???

Sopesé sentarme en la cama, pero, más que sentarme y pese al cansancio, tenía ganas de salir a correr, de liberar toda esa energía que, de no sabía dónde, había llegado a mí.

-Totalmente en serio. No serás mi sombra, tampoco mi guía. Serás mi igual. Como he dicho: mi compañera.

Leí su mensaje tres veces hasta que por fin conseguí contestarle con un simple «ok». El caso es que no se me ocurría qué más poner.



-Ahora tengo que dejarte. Nos veremos mañana. Que termines muy bien tu día de cumpleaños.

Le contesté con un «gracias», a lo que él respondió con un «gracias a ti; estoy seguro de que lo pasaremos muy bien. Es un placer para mí poder hacer tu deseo realidad».

Esperé más palabras de él, pero nada llegó, lo que fue decepcionante. Intenté recordarme que al menos hasta mañana debía seguir siendo yo, y no Leo, y que allí fuera se celebraba mi fiesta de cumpleaños.

La pantalla de mi móvil se oscureció.

No más mensajes.

Puse a cargar el aparato sobre mi mesita de noche y encendí mi lamparita. Entre la correspondencia, busqué la carta de mi abuela Alba. Abrí el sobre y di con una tarjeta de cumpleaños que jamás hubiese pensado que podría elegir mi abuelita: un hombre disfrazado de bombero tapando sus atributos masculinos con su casco. Me sonreí ante su ocurrencia, más aún porque el tipo en cuestión se parecía mucho a Leo... no por su rostro, sino por el modo en que yo imaginaba que debía ser su cuerpo.

Leí las palabras que me dedicó en el interior de la tarjeta y la devolví a su sobre. Al hacerlo recordé que había visto un sobre azul entre las cartas, uno que no tenía nada escrito.

Lo revolví todo, pero sin dar con él.

Seguro que había ido a parar debajo de uno de los sillones o del aparador cuando casi se me cayó todo al entrar. Pensé que lo buscaría por la mañana.

Lo recogí todo, incluido mi bolso, y lo coloqué sobre la mesa de apoyo en la entrada del vestidor.

Los siguientes cinco minutos los pasé sola en el baño intentando procesar la decisión que ya era una decisión tomada.

Un deseo: ser Leo.

Un modo de llegar a ser Leo: Leo.

Leo, un plan para intentar descubrir quién era realmente Alexia.

Antes de salir, me miré en el espejo y, en vez de ver mi reflejo, vi su rostro grabado en mis retinas.

Sonreí.

Por supuesto, todo podía salir mal, muy mal. ¡O muy bien! ¡Muy muy bien!

### 3. Besos en el exterior

Es difícil ignorar la distancia cuando está a un paso de tus pies.

—Qué bien que ya se hayan ido todos —susurró Hugo en mi oído después de abrazarme—. ¿Lo has disfrutado? Sé que no te gustan las fiestas sorpresa. De todas formas, todo ha salido genial, los invitados lo han pasado de fábula.

—Sí —contesté sin especificar en absoluto.

Las manos de Hugo bajaron por mi espalda muy despacio, marcando cada una de mis vértebras como si fuesen escalones. Ese descenso, que solía parecerme una delicia, en este instante me incomodó. Es que allí estaba, entre ambos, una distancia aparecida en el lapso de un par de horas, en exactamente la misma cantidad de horas que duró mi fiesta de mi cumpleaños.

—¿Cansada? —preguntó después de besar el comienzo de mi mandíbula, allí junto al lóbulo de mi oreja.

—La verdad es que sí. —En realidad así era, pero muchas otras veces habíamos hecho el amor cuando a mí ya no me quedaba apenas energía.

—¿Tan cansada?

En su voz noté que sonreía.

Tiró de mi camisa hacia arriba, soltándola de la cintura de la falda.

—Verte ir y venir así vestida, y con esos zapatos, durante toda la noche ha sido una tortura. Tan pronto como has atravesado la puerta, me han entrado ganas de llevarte a la cama.

Las manos de Hugo se colaron por dentro de mi camisa para plantar sus manos, extendidas y firmes, sobre la parte baja de mi espalda. Con una fogosidad poco común en él, me apretó contra su cuerpo.

—La fiesta ha tardado mucho en acabar —entonó suavemente para después besar el hueco de detrás de mi oreja—. Ahora me toca darte tu regalo de cumpleaños. Sé que no estarás cansada para esto.

Sus manos bajaron por encima de mi falda hasta mi trasero.

Apretó mis caderas contra las suyas. Noté que comenzaba a excitarse y mi humor estaba tan disuelto para eso como los restos de la cobertura de chocolate de la tarta sobre la bandeja. Tampoco estaba de humor para fingir un orgasmo; las veces que lo había hecho no había sido particularmente feliz, y hacerlo esa noche, después de todo el esfuerzo que había puesto en la organización de la fiesta y demás, no me parecía la paga más justa. Sin embargo, ni mi cabeza ni mi cuerpo parecían demasiado entusiasmados con la idea de tener sexo siquiera.

Besando el contorno de mi mejilla, llegó hasta mi mentón. Sí, Hugo tenía aliento a alcohol y yo también; los dos estábamos entonados, pero no lo suficientemente borrachos. A mí todavía me faltaban unas cuantas copas para perderme y facilitarle el acabar la noche como seguro que había planeado que acabaría, porque así era nuestra vida, todo planeado y organizado. Si incluso teníamos una agenda común. Uno de esos planificadores semanales de papel que colgaba en nuestra cocina, sobre todo para que yo lo viera, para que lo tuviera presente; Hugo no lo necesitaba, lo recordaba todo como si su cerebro fuese una memoria de un *terabyte*.

Me miró a los ojos rozando sus labios contra los míos.

—Voy a besarte ahora —anunció. Parpadeó y, antes de que sus labios volviesen a hacer contacto con los míos...—, te amo.

—Y yo a ti. —«Pero en este momento siento como si estuviese a miles de kilómetros de aquí.»

Sus labios atraparon con suavidad la parte más carnosa de mi labio inferior.

Ese movimiento suyo me sorprendió. Nuestros besos solían ser eso, meros besos.

«Besos en el exterior», pensé. Y no me agradó adjudicarle esa categoría a los besos de nuestra relación. No podía creer que nuestros besos hubiesen sido algo hueco, pero la verdad era que, en ese instante, con su lengua acariciando mis labios con la intención de hacer contacto con la mía, parecían exactamente eso: un gesto que no logra penetrar la piel, una reacción que se queda en el exterior.

Fuera como fuese, me encontré devolviéndole el beso, asegurándome a mí misma que aquella conclusión a la que había llegado era errónea de principio a fin. El cansancio me hacía pensar eso, esa crisis que cargaba encima desde hacía unos días era la responsable de que lo viese todo negro cuando en realidad entre Hugo y yo las cosas siempre habían sido pura luz.

Dispuesta a seguirle la corriente, a recuperar lo nuestro de siempre o, mejor aún, a ajustar un poco las tuercas entre nosotros, aprovechando que sus manos todavía seguían en mi trasero, empujándome contra él, rodeé su cuello con los brazos y lo atraje hacia mí todavía más.

Dejándome llevar por la familiaridad de su cuerpo contra el mío, me relajé un poco y disfruté de su boca invadiendo la mía. Hugo no era un adepto a comerme la boca, pero, por lo visto, ese día, bajo los efectos del alcohol y quizá un tanto más liberado por saber que todo con la fiesta había resultado de maravilla, a eso se dedicó.

Su lengua y manos comenzaron a hacerme olvidar el cansancio.

«¡Allá vamos!», exclamé dentro de mi cabeza, empujando mi pelvis contra él para hacerle saber que me agradaba sentir su reacción debajo de la tela de sus pantalones. De repente las capas de tela entre su abdomen y el mío me fastidiaron. El hecho de no poder tener contacto con su piel interrumpía el fluir de energía entre nosotros.

Mi mente se ocupó de recordarme lo bien que solía oler su pelo, y entonces mis dedos, como si fuesen capaces de captar aquel perfume, se internaron en lo alto de su cabeza.

Mi respiración se agitó, alcanzando, entonces, el ritmo de la de Hugo.

Sus manos apretaron mi trasero todavía más.

Abrí los ojos y lo encontré mirándome. Me sonrió.

Yo adoraba aquella sonrisa, porque era tanto amena como sexy, dulce... esa sonrisa que siempre esperaba encontrar cuando llegaba a casa agotada y confundida, esa sonrisa que siempre estaba allí para mí, sin importar cuán malo hubiese sido su día.

—Soy un hombre afortunado.

La suertuda allí era yo.

—No estás tan cansada, ¿no?

Negué con la cabeza y le devolví su gesto de antes, atrapando su labio entre mis dientes para después sujetarlo con mis labios.

—Vamos a la habitación.

Negué con la cabeza. «Hagamos algo diferente.»

—Creo que jamás lo hemos hecho aquí.

—¿En mitad del recibidor?

Sin perder la sonrisa, miré hacia abajo.

—Nunca lo hemos hecho sobre esta alfombra.

Hugo rio.

—Pues sobre la alfombra será.

—Estupendo. —Bajé ambas manos por la parte posterior de su cabeza, recorrí con las yemas de mis dedos su cuello hasta encontrar su pecho. Hugo pasaba horas y horas frente a su Mac, pero también unas cuantas en el gimnasio del edificio. Su pecho era duro como una roca. No tenía el aspecto de su amigo; sin embargo, tampoco tenía una musculatura para despreciar.

Mis manos descendieron por su abdomen hasta llegar a la cintura de sus pantalones.

Por un instante, la respiración de Hugo se cortó. Iba a soltar la hebilla de su cinturón cuando sus manos atraparon las mías.

Rechistó poniéndose en plan «chico malo». ¿De dónde había salido todo eso?

Agarrándome de las muñecas, apartó mis manos de la cintura de sus pantalones.

—No, ésta es tu noche. Voy a besarte. —Sus preciosos ojos bajaron más allá de mi cintura. Sus labios me regalaron una sonrisa pícara.

Y con eso mi cerebro se trabó. Cansancio, estrés, confusión y en ese momento, además, excitación. Me agradaba la idea de que me besara, a mi cuerpo también. Es más, toda esa espera empezó a pesarme. No tener nada contra mí incrementó la necesidad e incluso el deseo. Imagino que la lógica ha de ser la misma que cuando ponen delante de ti un postre o un plato que te gusta mucho, tu preferido; la boca se te hace agua. Eso mismo estaba sucediéndole a mi interior. Sentí que me humedecía y maldije la hora en que esa mañana decidí ponerme medias, pero agradecí el haber escogido una falda y no pantalones.

No le dije nada. Mi respuesta fue una enorme sonrisa y un beso tan intenso como el que esperaba que me diese. Hice su boca mía, pegándome otra vez contra su cuerpo.

Hugo fue recogiendo mi falda con sus dedos para alzarla. Sus manos tiraron hacia abajo de la cintura de mis medias para comenzar a descubrir mi trasero y mis muslos.

Contacto directo piel contra piel, eso era lo que necesitaba para acabar de recuperar lo que siempre habíamos tenido.

Acunándome el rostro, apartó su boca de la mía. Otra sonrisa de su parte y entonces todo su cuerpo comenzó su descenso a mis pies, arrastrando lentamente consigo mis medias negras.

El fresco del ambiente contrarrestó con el calor de sus dedos, que fueron acariciando mi piel.

Bajé la vista y me encontré a Hugo con una rodilla hincada en el suelo y la otra flexionada. Como si supiese que lo miraba, alzó la cabeza mientras soltaba mis medias a la altura de mis tobillos. Sin decir nada, se inclinó hacia delante, alzó el dobladillo de mi falda y comenzó a besar el interior de mi muslo derecho.

Sus labios me provocaron cosquillas y me hicieron estremecer. Era un hecho que ya mi ropa interior también estaba húmeda. Con él arrodillado frente a mí, dispuesto a darme placer, me sentí como una diosa griega o algo así (eso probablemente fuese culpa del alcohol, pues en la vida se me hubiese ocurrido pensar en mí de ese modo; sin embargo, él tampoco jamás se había puesto en plan «hoy es tu noche»).

¡A la mierda todo! No pensaba continuar analizando eso más. Iba a disfrutarlo.

Lo disfrutaba.

Mis pensamientos se fueron deshilachando a medida que sus labios llegaban a lo más alto de mis muslos.

Ya no veía su cabeza ni su rostro, porque Hugo había decidido taparse con mi falda, razón por la cual reí. Bueno, la risa no duró mucho, porque su boca encontró el centro de mi placer por encima de mi ropa interior y ya no logré pensar nada más que en eso: el placer. El beso más dulce que, por cierto, ya no lo sentía en el exterior, sino por todos lados, invadiendo mi útero, mi clitoris y, desde allí, desperdigándose como si sobre mí hubiese estallado una bomba de napalm, por todo mi cuerpo.

Mis rodillas me fallaron al sostenerme sobre esos zapatos que llevaba puestos. Hugo notó esa ligera flexión que yo logré contener y posó su mano sobre la parte posterior de mi rodilla.

Así como apretó sus manos contra mis piernas, hizo presión con su boca sobre mi clitoris.

Eso nunca había sido así antes. Jamás habíamos tenido un momento así de sexy. ¿O sí y simplemente yo no había sido capaz de permitirme disfrutarlo de ese modo? Bueno, creo que era un poco de ambas cosas.

Mi respiración comenzó a convertirse en jadeos, pues las ondas de placer que estaba arrancando de mi clitoris se tornaban cada vez más potentes. Empezamos con un sismo de tres grados, íbamos en ese momento por un cinco y las sacudidas ya se percibían de lo mejor. ¡De lo mejor! Por encima de mi falda, cogí su cabeza.

Hugo se apartó de mí. Su rostro apareció otra vez al quitarse la falda de encima.

Liberó mi pie derecho del zapato y la media. Hizo lo mismo con el pie izquierdo. Mis dos pies descansaron entonces sobre la suavidad de los hilos de la alfombra.

—Ven aquí —dijo tomándome de las manos para tirar de mí hacia abajo.

Con gestos, me invitó a sentarme, después a recostarme. No necesité que lo pidiese demasiado; estar completamente tendida en el suelo parecía lo más seguro. Si continuaba en pie y él haciendo lo que había estado haciendo hasta un instante atrás,

habría acabado dándome un terrible porrazo contra el suelo, porque dudaba de ser capaz de resistir eso sobre mis piernas erguidas. Con mi espalda sobre la alfombra era mucho mejor.

Hugo gateó por la parte exterior de mis piernas mientras sus manos iban subiendo mi falda otra vez. Sus dedos encontraron las puntillas que hacían de cintura de mi ropa interior y la hicieron deslizar hacia abajo por mis piernas al tiempo que él retrocedía.

Para facilitarle el procedimiento y porque ansiaba su boca en mí otra vez, flexioné las piernas.

De un tirón me arrancó las bragas, liberándolas de mis pies.

Otra vez plantado sobre sus dos rodillas, separó las mías.

El aire dio en mí y hasta juraría que se metió dentro de mi vagina.

No iba a alcanzarme con su boca.

Hugo se agachó sobre mí cogiéndome por la cadera, por detrás de mis muslos, enlazando así mis piernas para que no pudiese zafarme de él. Con eso todo mi vello se puso de punta. No, definitivamente jamás habíamos hecho algo así. Ni recordaba haber hecho algo así con nadie más. Tampoco era que por mi vida hubiesen pasado muchos hombres: aparte de Hugo, solamente dos. Eso jamás había supuesto un problema, y obviamente no lo sería porque en ese mismo momento estábamos haciendo eso y, además, teníamos todo el futuro por delante para continuar haciendo cosas como ésa, así, en mitad del recibidor de la entrada, sobre una alfombra que había costado un dineral.

La boca de Hugo llegó a mi clítoris.

Su lengua y labios empezaron a jugar conmigo.

Imposible mantener la espalda pegada a la alfombra. Imposible si mi columna se retorció una y otra vez porque mi cuerpo no tenía idea de qué más hacer con todo ese placer.

Antes había sonado música; al final de la fiesta, sonaban mis jadeos, los cuales me prohibí reprimir.

Un gemido todavía más fuerte se liberó de mi garganta cuando un dedo de Hugo entró en mí. Sola, mi pelvis se impulsó hacia arriba.

Otro dedo y entonces mis piernas lo abrazaron y por poco lo estrujan, porque para mi cuerpo ya nada parecía suficiente.

Hugo apartó su boca de mí y entonces fue su pulgar el que se ocupó de continuar impulsando hacia arriba ese orgasmo de clítoris que crecía en mí.

La boca de Hugo llegó a la mía para besarme mientras continuaba tocándome y acariciándome para darme todo el placer posible.

Me colgué de su cuello.

Fue un beso intenso, por parte de ambos. Un beso que al final tuve que liberar porque tan obvio era que estaba a nada de acabar que lo único que continuaba en funcionamiento en mi cuerpo eran mi clítoris y mi vagina. Para el resto de mi cuerpo, mi cerebro ya no funcionaba. Nada más estaba bajo su control; bueno, en realidad ni siquiera eso.

Sus dedos entrando y saliendo de mí, su palma chocando contra mí cada vez más fuerte mientras su pulgar continuaba rozando mi clítoris.

Los gemidos se convirtieron en gritos. Sí, yo, Alexia, disfrutaba de eso a gritos y no me importaba.

Grité, grité su nombre, le grité que no se detuviese. Hugo no lo hizo, siguió dándome placer hasta que estallé y quedé completamente desparramada en el suelo, sintiendo que yo ya no era yo, sino una cosa hecha de puro placer que parecía no querer dejarme. El calor era yo y ese calor no quería desaparecer.

Hugo me besó en el cuello y yo lo besé, pero, incluso entonces, la sensación no desapareció.

Abracé sus piernas con las mías y bendije la hora en que me había dado esa crisis.

—Te amo.

—También te amo —le contesté.

Allí tendidos nos quedamos un buen rato, regalándonos mimos, besos y miradas hasta que el sueño me venció... y con toda la razón del mundo, pues pasaban de las cuatro de la madrugada y yo había tenido una semana de trabajo infernal. Le propuse ir a la cama y él aceptó con una sonrisa.

Acostada, con él abrazándome, me dormí sin pensar en nada más.

\* \* \*

A través de los párpados, me llegó la luz de la mañana.

Los ventanales estaban de mi lado de la cama y no habíamos recordado correr las cortinas, por lo que el sol entraba a raudales; por su intensidad y tono, adiviné que no era demasiado temprano, sino más bien cerca del mediodía. La luz tenía un tinte tirando más a cálido que el pálido de las primeras horas después del amanecer.

Abrí los ojos. Era una mañana realmente estupenda. Le sonreí al día. Sí, mi mente podía ser un caos, y también mi corazón; no obstante, todavía había esperanza. No pensaba que iba a entusiasmarme tanto la idea de poder convertir en realidad, al menos por unos días, mi deseo de la noche anterior al soplar las velas de mi tarta. Valoré que ésa sería la primera vez que mi deseo se cumpliría.

De un modo prácticamente inesperado, reunir valor para seguir adelante con esa locura estaba provocando que también tuviese coraje para otras cosas; por ejemplo, para no haber puesto el despertador esa mañana, pues todos los días, incluidos los fines de semana o los días que tenía libres, lo ponía para evitar levantarme demasiado tarde y que se me escapase el día de tanto dormir.

Evidentemente, en el fin de fiesta de ayer habíamos comenzado con las excepciones.

No habíamos cerrado las cortinas.

Resultado: plena vista de la ciudad y el sol que entraba con toda su fuerza en nuestro cuarto.

No puse el despertador.

Moví los ojos hacia la mesita de noche abrazando la almohada. El reloj marcaba las once y treinta y dos de la mañana. ¡Casi mediodía!

Esa madrugada, antes de acostarme, no me quité el maquillaje ni me duché.

Estiré todo mi cuerpo debajo de las mantas y saqué uno de los pies para que le diese el sol. Acurrucándome más bajo las sábanas, estiré los dedos del pie y lo moví para que los rayos solares lo acariciasen por todos lados. Era una sensación fenomenal.

—Hugo —susurré bajito para despertarlo, girando hacia el otro lado de la cama para abrazarlo—. Hugo.

La otra mitad de la cama estaba vacía.

Alargué un brazo y palpé el colchón.

Frío.

Alcé la cabeza por encima del nivel de las almohadas y almohadones; la puerta de la habitación estaba cerrada. Seguro que se había levantado mucho más temprano y, para no despertarme, había tenido el cuidado de cerrar la puerta. Recordé que ese día tenía trabajo porque debía realizar una entrega.

Sonriendo, estiré todo mi cuerpo, aún tapado, una vez más y me desperecé a gusto. Me apetecía una ducha.

Bajé las mantas hasta los pies de la cama y me extendí, intentando abarcar toda la cama. Siempre había sido un tanto pudorosa, sin embargo en ese momento me sentí genial al encontrarme con toda la piel al aire y al sol de la mañana, con la suavidad de la sábana debajo de mí.

Inspiré hondo. Las sábanas olían a una mezcla entre el perfume de Hugo y el mío, el olor dulce de nuestros cuerpos después de dormir. Apreté los párpados con fuerza; el día se me antojaba una gran aventura. Tenía la sensación de que cualquier cosa podía suceder y no es que yo fuese una persona aventurera, pero... bueno, se suponía que a partir de ese día no era solamente yo, sino también Leo.

Así como me apeteció la ducha, me entraron ganas de escuchar a Kylie Minogue.

De un salto, me levanté. Por poco pierdo la cabeza. Me incorporé demasiado rápido y, además, empecé a percibir los efectos secundarios de haber bebido la noche anterior. No me importó. Nada velaría este día. Una aspirina, jugo de naranja, la ducha... y quedaría como nueva. Si hasta me moría de ganas de mandarle un mensaje a Leo para saber más de su vida, para vivir un poco, para dejar de ser yo por unas horas.

Así, sin más, cubierta sólo por mi piel, llegué al baño. Lo primero que hice fue poner música. Abrí la ducha para que empezara a correr el agua caliente mientras me cepillaba los dientes sin dejar de bailar contemplándome en el espejo. Mi piel tan blanca y sin marcas era la viva imagen de mi existencia y me entristeció no tener cicatrices o señales que enseñar. Ni siquiera un tatuaje que representase algo, algún momento importante, quizá un dolor, cualquier cosa. Nada.

No podía seguir así.

No seguiría así. Me haría con unas marcas costase lo que costase.

Que Leo fuese la primera, no sonaba nada mal.

Solía ser de las que no cantan, ni siquiera en la ducha, por miedo a que alguien me oiga.



«Lo eras», me dije soltando mi voz para acompañar la de Kylie Minogue interpretando *Can't get you out of my head*. Se trataba de un tema viejo que siempre me había encantado.

Con los agudos fallándome horrorosamente, canté al tiempo que me duchaba, bailando mientras me enjabonaba la cabeza.

Sabía que me daría un ataque de vergüenza si Hugo entraba y me encontraba bajo el agua y bailoteando, porque, por desgracia, la mampara de la ducha era completamente transparente y no tendría dónde esconderme.

El tema acabó y comenzó otro, del cual no sabía la letra; eso no impidió que me moviese al compás de la música, sintiendo cómo el agua caliente acariciaba mi piel.

Todavía bailando, y esta vez cantando con Ingrid Michaelson, salí de la ducha y por poco me mato del resbalón que me di, el cual, por suerte, conseguí atajar prendiéndome del lavamanos. Lo que podría haber terminado con un golpe de película, acabó en carcajadas.

Definitivamente, con el correr de los minutos estaba perdiendo grandes trozos de mí. Ante un peligro semejante, en otra ocasión hubiese vuelto en mí muy pronto, aduciendo que podría haberme roto un hueso o, peor, podría haberme desnucado.

Nada, ni un gramo de preocupación en mi interior.

¿Estaría volviéndome una kamikaze?

—Una renegada, eso seré hoy —entoné mirándome al espejo una vez más.

No pensaba vestirme.

Envolviéndome en una toalla, me dispuse a salir en busca de mi novio. Hasta la madrugada anterior había considerado que nuestra relación estaba perdiendo la chispa; pues bien, la pasada noche él volvió a encenderla y yo, ese día, la mantendría con vida. Así estuviese trabajando, le haría el amor sobre su escritorio. Luego podría seguir con lo suyo, si quería.

Me miré al espejo una vez más; mi reflejo me sonrió de oreja a oreja.

Mi cabello todavía chorreaba agua. ¡Sí, el suelo se mojaría, y eso no me importó!

Envalentonada, tiré de la puerta del cuarto de baño y salí a buscarlo.

Salvo las habitaciones, la cocina, los baños y su estudio, nuestro apartamento no tenía más paredes divisorias; al salir del pasillo, no lo vi por ninguna parte. El sol de la mañana iluminaba nuestra casa por completo.

No lo llamé, pretendía darle una sorpresa.

La puerta de su estudio estaba abierta de par en par. Su Mac, encendido y con el protector de pantalla. Obviamente había estado trabajando; su escritorio estaba repleto de hojas, libros y carpetas, pero de Hugo ni rastro.

Quizá estuviese en la cocina.

Apreté el nudo de la toalla, el cual se estaba aflojando. En ese instante se me ocurrió una idea.

Debía de estar en la cocina, seguramente había ido a por una taza de café.

Dando saltitos, me dirigí hasta allí. ¡Lo haríamos sobre la encimera o, mejor, sobre la isla!

En cuanto me acerqué a la cocina, percibí el olor del café y algo más, no supe distinguir qué.

Sacando un poco más de valentía de no sé dónde, salté dentro de la estancia arrancándome la toalla de encima.

—¡Buenos días, mi amor!

Un poco tarde, me di cuenta de que el hombre parado frente a mi cocina no era Hugo, sino Leo.

—Buenos días —contestó dándose la vuelta con la espátula todavía en la mano.

Un grito se me escapó de la garganta.

Leo me enseñó una sonrisa casi tan grande como la que yo le había dado al espejo del baño antes de salir de allí.

Me cubrí. Era demasiado tarde, él ya había tenido tiempo de sobra de ver mi desnudez sin problema.

—¡¿Qué haces aquí?! —chillé escapándome de él de regreso al comedor.

—Te preparaba el desayuno —lo oí responderme—. ¡Alexia!

Apreté el paso. Quería vivir su vida, no que me viese desnuda. Eso era un poco más de lo que esperaba para esa mañana. Sentía la cara ardiendo de vergüenza, porque lo oía avanzar detrás de mí.

—¡Alexia, no corras!

—Qué bochorno. No deberías estar en mi cocina a esta hora —le grité sin aflojar el paso y sin darme la vuelta. Tuve la impresión de que no podría volver a mirarlo a la cara.

¿Dónde mierda estaba Hugo y por qué le había permitido ponerse a cocinar?

Imaginé que a la presencia de Leo se debió el que Hugo cerrase la puerta de nuestro cuarto.

—Por favor, no te pongas así. Si no he visto nada.

—¡Mentira! —Me quería morir allí mismo. De mi valentía no quedaba nada.

Entré en el corredor y divisé mi cuarto. Me quedaban pocos pasos para estar a salvo.

Casi.

Mis pies todavía estaban húmedos y resbalé.

Esa mañana me había salvado una vez de darme un terrible porrazo. Dos no.

Intenté agarrarme del marco del cuadro a mi derecha, pero solamente atrapé el aire con los dedos.

La caída me pareció muy lenta y eso me dio tiempo a tomar conciencia del tremendo golpe que me daría, porque, por intentar mantenerme cubierta, sólo usé un brazo para procurar amortiguar la caída.

El cálculo de daños dentro de mi cabeza no auguraba nada bueno.

Y no lo hubiese sido de no ser por el par de manos que me pescaron en pleno vuelo.

Bueno, no soy experta en rescates de damiselas en apuros, pero creo que lo que sucedió a continuación no fue lo que debía esperarse de ese salvamento. Sí, Leo atajó un poco mi caída, lo suficiente como para darme tiempo de reaccionar, soltar la toalla y contener el golpe con ambas manos; lo malo es que, como no podía ser de otra manera, él también perdió la estabilidad, quizá ni siquiera creyó que llegaría a atraparme. En fin, el caso es que resbaló y me empujó, y los dos nos fuimos al suelo, yo, desnuda y él, vestido por completo, aterrizando en parte sobre mí.

Chillé al impactar contra el suelo. Él chilló al maniobrar para no aplastarme. Evidentemente, además de golpearse contra la superficie, hizo algún mal movimiento para amortiguar su caída y se quejó.

Una de sus piernas quedó entre las mías; su codo derecho, justo al lado de mi sien izquierda; su rostro, frente al mío; su brazo izquierdo, debajo de mi axila, y yo completamente desparramada sobre el frío suelo.

Con una expresión sumamente tranquila, se quedó mirándome a los ojos.

—Hola, buenos días. Me alegra volver a verte. ¿Qué tal te sientan los veintinueve?

Parpadeé un par de veces intentando comprender cómo podía pretender que mantuviésemos una conversación así, conmigo tendida desnuda sobre el suelo y él encima de mí. Además, ¿no debería preguntarme cómo me encontraba?, acababa de darme tremenda leche.

—¿Estás bien?, ¿te has golpeado muy fuerte?

Con la mano del brazo que tenía apoyado sobre su codo al costado de mi cabeza, tocó la mía desde mi frente hasta la coronilla.

—¿Tienes algo roto?

En ese instante todo en mí estaba roto, porque su cuerpo estaba sobre el mío, apenas separado por una capa de tela. Sentía cada uno de sus músculos, de sus huesos, sobre los míos. Lo peor era lo que me perturbaba todo lo intangible. Su mirada, su perfume, el tono de su voz... eso que irradiaba de su presencia física.

Quería tocarlo. Tenía muchas ganas de hacerlo, de palpar cómo se sentía lo que él era. Me contuve, obligándome a recordar que yo tenía un novio que, si bien no tenía ni la menor idea de dónde estaba en ese momento, no podría hallarse muy lejos o tardar demasiado en regresar. Quedé todavía más horrorizada al comprender que lo que me detenía de tocar a Leo, o de besarlo, porque así era, tenía ganas de probar sus labios y boca, era que mi novio, el que en cualquier momento podía convertirse en mi prometido, llegase en cualquier instante.

—Alexia, ¿estás bien?

Tragué en seco. Mi boca era el completo desierto.

Cada parpadeo resultaba doloroso, porque entonces su rostro abandonaba mis retinas. No sé por qué, me apetecía mirarlo a los ojos para siempre.

Hay personas que tienen miradas duras, difíciles, a las que te cuesta sostenerle el contacto. Leo tenía una mirada complicada, dura y difícil, pero, de cualquier manera, posar mis ojos sobre los suyos no era del todo desagradable. Me provocaba cierta incomodidad, pero esa misma incomodidad era la que me atrapaba.

*Compañeros*. Aquella palabra lo decía todo: esa persona con la que compartes un lugar, una actividad, una ideología. Esa persona que quizá es tu igual.

«Bien, de algún modo debe serlo o lo será», pensé.

Ojalá yo fuese un poco como él.

Sentí que el rubor de mis mejillas aplacaba su ardor, que mi respiración regresaba a su cauce normal.

—Si no me das alguna clase de respuesta, pensaré lo peor. ¿Te has golpeado la cabeza y ya no recuerdas cómo hablar? —me preguntó con una bellísima sonrisa en todo su rostro.

—No, estoy bien.

Lo imposible: sonrió todavía más ampliamente.

—Qué alivio. Comenzaba a creer que, por intentar evitar que te rompieses una mano al caer, había hecho que te partieses el cráneo. ¿Mareada?

—No. Estoy bien.

—¿Segura?

—Sí.

Los ojos de Leo bajaron hasta mis labios y, un segundo más tarde, volvieron a mis ojos.

—Hola —susurró.

—Hola —le contesté preguntándome cómo era posible que no me molestara estar desnuda en su presencia y con él pegado por completo a mí.

—Lamento haberte asustado.

Cada una de sus palabras retumbaba en su pecho y, por consiguiente, en el mío, y me sentía estupendamente bien. Sí, así de rotundo.

—Ya está, ya ha pasado. ¿Qué hacías en la cocina?

—Ya te lo he dicho, preparaba tu desayuno.

—Sí, pero por qué. ¿Dónde está Hugo?

—Se fue a la oficina; no sé qué problema tenían con la maquetación de la revista.

—Sí, pero qué hacías aquí tan pronto. Creía que vendrías a almorzar.

—No podía esperar a la hora de comer. Llamé a Hugo temprano, le dije que estaba por el barrio y le propuse juntarnos para desayunar. Cuando lo llamé ya estaba trabajando, pero me dijo que pasara igualmente, que era bienvenido.

—Sí, así es Hugo.

—Me siento culpable; le dije que quería venir para charlar con él, para que nos pusiésemos al día. Mentí.

Entre sus palabras y sus ojos, mi sistema se desestabilizó otra vez. Leo me gustaba mucho. La atracción era innegable y, si no me equivocaba, corría en ambos sentidos.

—Mentiste —balbucí.

Asintió con la cabeza.

—Quería verte a ti, hablar contigo. El caso es que no he sido capaz de parar de pensar en nuestro trato, plan o como quieras llamarlo. En tu deseo.

—¿No? —tartamudeé.

Negó con la cabeza.

—No podía esperar al mediodía, mucho menos a la noche.

Carraspeé.

—Bueno...

—¿Crees que después de almorzar podremos escaparnos un rato?

—¿Escaparnos?

—Sí.

—¿Para qué? ¿Adónde? Tengo que prepararme para la fiesta de la noche, no sé si...

—Serán un par de horas nada más. Quieres ser yo, ¿sí o no?

—Sí, pero es que...

—Pero nada: quieres o no quieres, así de simple. Todos los peros no son más que excusas que elijas poner.

Tragué en seco una vez más. Con todas mis fuerzas, me mordí el labio inferior. Quería escaparme con él y no poner absolutamente ningún pero de por medio.

—Bien. Supongo que podremos esfumarnos unas horas. ¿Para hacer qué?

Leo sonrió pícaro.

—Lo sabrás a su debido tiempo. ¿Y qué me dices de mañana por la noche? Hubiese preferido que fuera ésta, más como no sé a qué hora terminará la fiesta.

—Bueno, yo...

«Vamos, Alexia, vuelve a sentirte como esta mañana. ¡Coraje!»

La verdad es que no tuve que insistirme demasiado, me moría de ganas de ser él, de descubrir lo que era él.

—Sí, imagino que puedo arreglarlo.

—Eso era lo que necesitaba oír. —Hizo una pausa—. Jamás imaginé que experimentaría una situación similar. Nunca he sido el deseo de nadie; es decir, que lo que soy nunca fue el deseo de alguien.

—Yo me lo esperaba todavía menos que tú. No suelo hacer estas cosas, sea lo que sea que... —Me detuve, Leo me miraba sin parpadear.

—Al menos, si acabas odiando mi vida, tú podrás salirte de ella sin más.

Así, en un parpadeo y con esas palabras tuyas, su rostro se ensombreció.

Me dieron ganas de abrazarlo; sin embargo, lo sentí distante y en una actitud muy distinta a la de unos segundos atrás.

—Hallas cosas bonitas hasta en los rincones más horribles —me encontré diciéndole, y no sé ni de dónde saqué aquello ni por qué se lo dije. Leo se quedó mirándome y le costó volver a parpadear.

—¿Quién eres? —me preguntó recuperando la sonrisa.

—¿Quién eres tú?

—Bueno, la desgracia es que, en este trato, corro con desventaja, porque eres tú la que vivirá mi vida y no a la inversa. Quedaré al desnudo frente a ti.

Me mordí el labio inferior al tiempo que sonreía.

—Disculpa que disienta contigo, el caso es que yo ya estoy desnuda frente a ti... mejor dicho, debajo de ti.

Leo se echó a reír.

—Sí, perdona. Lo había olvidado.

¿Había olvidado que debajo tenía a una mujer desnuda? Bueno, quizá, después de todo, la atracción física no fuese de la misma intensidad en ambos casos o al menos él recordaba que yo era la novia de su amigo de la infancia, detalle que por lo visto a mí me costaba retener.

Leo apartó la mirada y se puso de pie. A ciegas, me tendió una mano.

De ésta me ayudé para levantarme. Leo se quedó de espaldas hasta que lo avisé de que estaba cubierta. Giró sobre sus pies y me enfrentó.

—Te esperaré en la cocina, con tu desayuno listo.

Ninguno de los dos nos movimos de nuestro sitio. Él no dejaba de mirarme a los ojos. Su rostro me indicó que hacía un gran esfuerzo por no transmitir nada. En cambio, sentía que yo era una ventana abierta para él, y eso nada tenía que ver con

haber estado desnuda o, en ese momento, simplemente envuelta en una toalla.

Más que la noche anterior, más que cinco minutos atrás, deseaba con todas mis fuerzas meterme en su vida.

—Te veo en la cocina —insistió.

—En cinco minutos estaré allí.

—Ponte algo cómodo; zapatillas deportivas, una camiseta, algo de abrigo. Prendas con las que te sientas a gusto. Colores oscuros, nada femenino. Me gusta el azul.

—¿Qué? —inquirí confundida.

—Ahora eres yo, no tú.

—Bromeas.

Negó con la cabeza.

—Lo único que falta es que me pidas que comience a usar tu ropa interior.

—No es mala idea. Cuando salgamos podemos comprar algunas cosas.

—Tienes que estar de guasa.

—No —soltó tajante.

—No me convertirás en un hombre.

—Hace rato que me ha quedado muy claro que sería muy difícil convertirte a ti en un hombre, además de que resultaría un desperdicio increíble.

Mi cara se puso de rojo rabioso. Creí que moriría de vergüenza.

—Vamos, que somos adultos, no te pongas así. Te he visto desnuda, no te he arrancado a golpes todos tus secretos. Volviendo a lo que interesa: no te convertiré en un hombre, serás una versión femenina de mí. ¿Te parece?

—Si supiera lo que eso significa.

—Yo no sabía de antemano que sería esto que he acabado siendo hoy a mis treinta y un años. Si yo he pasado todos estos años para ver lo que soy en la actualidad, tú puedes esperar diez días para descubrirlo por completo. No es tanto y, además, así será más divertido.

—¿Para quién?

—Espero que, al menos, para alguno de los dos lo sea. —Leo hizo una pausa. Lo vi inhalar profundamente unas cuantas veces—. Escucha, te pido perdón. No tienes que hacer esto si no quieres, me equivoqué. Lo lamento. El caso es que esta idea, ayer, me entusiasmó demasiado y creo que me he pasado de la raya. Te propongo que olvidemos el asunto. Mejor me voy. Disculpa, de verdad. Creo que lo más conveniente será que esta noche no vaya...

—Yo quiero esto —sentenció con firmeza—. Lo quiero —insistí—. No quiero que te vayas, sino que te quedes aquí, que me prepares el desayuno y que me enseñes a ser lo que eres. Quiero esto, mi deseo. No te echas atrás, Leo. Sí, lo admito, esto me pone nerviosa; sin embargo, lo quiero... por eso esta mañana me desperté... desde anoche... Esto ya ha empezado y lo quiero. No pienso volver atrás ahora.

«Anhelo que los besos acaben echando raíces, que en mi piel queden marcas; quiero lastimarme, golpearme, intentarlo, arriesgarme. Quiero saber por qué has dicho que yo al menos tendré la oportunidad de abandonar tu vida; quiero saber por qué estás tan ansioso de mostrarme tu vida, pues no has podido dejar de pensar en esto toda la noche. Quiero descubrirlo todo. Quiero serlo todo, lo bueno, lo malo...»

—Bien, está bien. Me quedaré. De todas formas, recuerda que esto se terminará cuando tú quieras que así sea, aunque necesito advertirte de que no habrá medias tintas: si quieres hacerlo, será a mi manera. ¿De acuerdo? Prometo que iré despacio, pero será a mi modo y no aceptaré ni remilgos ni cuestionamientos, ¿ok?

Apreté los puños contra mi pecho sobre la toalla.

Eso no sonaba muy bien, ni muy sano.

—Ok —le contesté.

El rostro de Leo se iluminó otra vez.

—Mejor vete haciendo a la idea de que probarás unas cuantas cosas nuevas.

—No hay problema, no tengo demasiados traumas con la comida, después de las cosas que he comido durante mis estudios y en las guardias en el hospital.

Leo sonrió con una picardía tal que hizo que me picase toda la piel.

—No hablaba particularmente de comida —soltó riendo—. Esto será divertido.

Leo dio media vuelta y se alejó de mí.

Me quedé plantada en el suelo, sintiéndome como una idiota y también un tanto asustada. ¿Cuándo me tocaría salir corriendo de ese embrollo con el rabo entre las piernas?

«Tienes que aguantar —me dije—. Lo aguantarás. Debes hacerlo.»

No logré moverme de mi sitio hasta que su cuerpo desapareció por la puerta de la cocina.

Tirarme al vacío sin paracaídas hubiese sido más seguro que eso, porque no tenía ni la menor idea de lo que implicaba vivir la vida de Leo.

¿Cómo iba a hacer para mentirle a Hugo, para experimentar eso sin arruinar lo que había entre nosotros? Estaba bastante convencida de que él no comprendería esa locura que estaba a punto de llevar a cabo, pues ni siquiera yo lo entendía.

No planeaba engañarlo con Leo, eso no parecía una historia de ese tipo; sin embargo, iba a engañarlo, porque tenía pensado mentirle para salir con Leo después de almorzar.

Entré en el cuarto y cerré la puerta detrás de mí. Di unos pasos hacia la cama y observé todo lo que me rodeaba. Por más que quisiese volver al día anterior a esa misma hora, me sería imposible, porque yo ya no era esa Alexia y dudaba de que pudiese volver a serlo.

Leo había dicho que podía salirme de su vida cuando quisiera y eso era muy cierto, pero yo no podía salirme de la mía y de lo que ya era yo entonces, en lo que se había convertido mi vida.

## 4. Intensidad y definición

Hice lo que me pidió que hiciera. Busqué unos tejanos cómodos, unos que apenas me ponía muy de vez en cuando porque estaban demasiado gastados, escogí una camiseta azul de mangas largas y una chaqueta de algodón gris oscuro con capucha y bolsillos al frente que usaba más que nada cuando estaba en casa y no estaba de muy buen humor o cuando no me sentía muy bien; era mi chaqueta de resfriados y días nublados. En resumen, ropa muy poco femenina. Terminé el conjunto con el par de zapatillas deportivas que usaba para ir al gimnasio.

En cuanto emergí de mi habitación, una vez más percibí aquello que me sucedía solamente muy de tanto en tanto, sobre todo cuando los momentos acababan siendo muy especiales, de esos recuerdos imborrables que quedan enquistados en tu cerebro sin una razón en particular. El olor de lo que fuese que Leo preparaba para el desayuno, en la cocina, a metros de mí, llenó mis sentidos de un dorado que se mezcló con la suavidad de la luz del sol de la mañana y el dulce de los sonidos de él trajinando allí.

Fue un instante, un instante sublime que me llevó a inspirar hondo y cerrar los ojos para capturar en mí este momento que no quería perder.

Deseé que durase una eternidad, porque una eternidad ahí hubiese sido el paraíso perfecto.

Pocos recuerdos tenían una intensidad y definición semejantes: un domingo en la cama de mamá y papá con Jerónimo todavía de bebé, a upa mío, los cuatro desayunando; una Navidad con toda la familia alrededor del árbol; el instante en que me alejé de la mesa de operaciones después de mi primera intervención; ese momento...

Abrí los ojos y avancé a paso lento, tan despacio y en silencio que Leo no notó mi llegada, lo que agradecí.

Aproveché para estudiarlo en detalle un poco más. Me planteé si su nuca olería igual de dulce que el sonido que hacía con la sartén y la espátula frente a la cocina, preparando lo que imaginé que debían de ser huevos revueltos. El aroma del café me pareció como meter las manos en la tierra húmeda y tibia, casi como supuse que sería rodear su espalda en un abrazo. El calor de su cuerpo debía de ser dorado.

Mis sentidos enloquecieron por completo. El aluvión de sensaciones fue tal que sentí que estaba a punto de perder la cordura.

Mentalmente le pregunté si él alguna vez había percibido las cosas de ese modo. Experimentar las cosas así resultaba embriagador tanto en el buen sentido como en el malo; de todas formas, le agradecí, también mentalmente, el habérmelo regalado, incluso cuando ni siquiera había sido su intención hacerlo.



Poco a poco los sonidos volvieron a ser sonidos; los aromas, simplemente aromas, y los colores algo que veía con los ojos y no con la piel.

Puse un pie dentro de la cocina, asegurándome de que percibiese mi presencia. Leo giró sobre sus pies un cuarto de vuelta.

—Espero que tengas apetito. Deberías tenerlo, anoche apenas probaste bocado.

¿Había estado observándome lo suficiente como para notarlo?

—¿Qué preparas? —inquirí obviando responderle. Era yo en su vida, no él en la mía.

—Lo que podría ser un reemplazo de mi desayuno favorito. Huevos revueltos, café y unas tostadas.

—No suelo desayunar de esa forma.

—No son tus costumbres las que valen —apartó la sartén del fuego y, ayudándose con la espátula de madera, pasó los huevos al plato—, son las mías —completó.

—Entiendo. —Llegué hasta la mesa, había un único puesto para desayunar—. El caso es que no creo que sea necesario llegar hasta el punto de que...

Leo me interrumpió enfrentándome con el plato en alto.

—¿Quieres hacer esto sí o no?

—Sí, pero la ropa... la comida. No lo veo necesario.

—Yo sí. —Plantó el plato sobre la mesa justo en el centro del mantel individual verde—. Es mi vida, son mis reglas; las tomas o las dejas. Esto es a todo o nada. Si empiezas a poner peros con la comida, ¿qué será luego, cuando entres de verdad en mi vida? Si pones objeciones a todo, esto no resultará. Sí, es un juego; sin embargo, si no ponemos ciertas pautas, no lo entenderás.

—No puedo desayunar así todos los días, acabaré rodando.

—No te preocupes por las calorías del desayuno, las quemarás después.

—¿En qué?

—Viviendo mi vida. Desayunarás esto, ¿sí o no?

—¿Cuándo se te han ocurrido todas estas reglas?

Leo me enfrentó con la mirada. Se mantuvo en silencio unos segundos, al cabo de los cuales contestó.

—Anoche, mientras no podía dormir. Escucha, yo no esperaba esto cuando decidí asistir a tu fiesta de cumpleaños, pero, si de verdad quieres ser yo, debes confiar en mí, yo sé cómo ser yo. El día que comprendas lo que significa ser yo, tomarás tus decisiones. De momento, es muy pronto para que quieras cambiarme. —Me sonrió y adoré su sonrisa, porque era muy juvenil—. Espera a conocerme al menos.

—No quiero cambiarte —admití. Solamente quería conocerlo, quería sentir a través de su piel, ver con sus ojos, palpar la vida con sus dedos. Al pensar en éstos, bajé la vista a sus manos alrededor del plato y se me antojó que me tocara. Leo me gustaba, mas la necesidad trascendía lo físico, lo sensual... era más bien como esperar que, al hacer contacto con su piel, se me pegase por osmosis aquello etéreo, intenso y tan definido de su individualidad.

—Sé que quedamos en que podrías salirte de esto cuando quisieras, estás en todo tu derecho e incluso todavía me sorprende que me estés haciendo caso con lo que te he pedido sobre la ropa y si desayunas esto... —Leo se detuvo, lo vi tragar. Su cuello se ensanchó—. El caso es que deseo que quieras seguir adelante con esto como hacía mucho que no deseaba nada. Es una locura, sí, y por lo tanto no pienso buscarle una explicación. Es lo que es y está bien así.

Nos miramos en silencio un instante.

—Se enfrían. ¿Los comerás o me voy?

Encontrar la respuesta a su pregunta no me tomó ni un nanosegundo.

—Tan sólo dime que no tomas el café con azúcar. No lo soporto. —Le sonreí y Leo me sonrió de vuelta.

—Solo y sin azúcar.

—Perfecto —me encontré soltando con un entusiasmo que nos sorprendió a ambos.

—Toma asiento, en un segundo te lo serviré.

—Gracias.

Me acomodé frente a la mesa y me recordé de que no tenía de qué preocuparme, como mucho serían diez días y la experiencia me vendría bien. Además, los huevos olían genial. Sujeté el tenedor y una de las tostadas que acompañaban el plato y tomé un primer bocado.

Con la boca llena, me percaté de lo hambrienta que estaba y de lo deliciosos que sabían los huevos.

Un segundo bocado llenó mis sentidos y entonces apareció Leo con una taza de café, que colocó delante de mi mano derecha. Él se acomodó frente a mí, también con una taza de café.

—Felicitaciones, está buenísimo.

—No son más que unos huevos revueltos. Quizá solamente sea que tienes hambre.

Negué con la cabeza.

—No es eso, a mí siempre me quedan secos, no tan ricos y esponjosos. Cuando pretendo hacer una tortilla, ésta se me rompe y acaba como huevos revueltos, y si quiero hacer huevos revueltos, me sale una cosa densa, un mazacote incomible. ¿Te gusta cocinar? —le pregunté mientras cargaba sobre la tostada una enorme cantidad de huevo, olvidándome por completo de mis modales en la mesa.

—Tuve que aprender a hacerlo.

—Sí, cuando vives solo no te queda más remedio. Es eso o pedir comida a domicilio.

Ante mi comentario, Leo me dedicó una mueca extraña. Bebió un sorbo de su café y bajó la taza. Nos quedamos en silencio, con él observando mientras comía, lo que me incomodó. De cualquier modo, aproveché esos minutos para estudiarlo; si quería ser él, debía aprender a ser él. Sus gestos... Leo sostenía la taza pasando el dedo anular por el asa, abrazando la taza con toda la mano, alzándola articulando la muñeca con el resto del brazo fijo. Vi los músculos de su antebrazo contraerse. Al beber fruncía ligeramente el entrecejo.

Bajó la taza y se relamió los labios. Cuando notó que lo observaba, y que no solamente lo veía, alzó su ceja derecha.

—¿Qué? —inquirió después de que sus labios se pegasen y despegasen un par de veces, como si no se decidiese a hablar.

Noté que sus labios, sobre todo el inferior, tenían la tendencia de inclinarse hacia la derecha cuando articulaba las palabras.

—¿Qué más eres? ¿Qué más puedes contarme de ti? ¿Que no pudieses dormir es algo que te sucede con frecuencia? ¿Tienes insomnio?

—Sí, de vez en cuando.

—Bueno, en eso nos parecemos. —Bebí café intentando imitar sus movimientos de manos. Las muecas no me salieron; además, no quería que notase que intentaba imitarlo por temor a que abandonase esa empresa—. ¿Te levantas temprano?

—Sí, tan pronto como sale el sol, así haya dormido bien o no. Haces ejercicio, ¿no?

Asentí con la cabeza mientras masticaba los huevos.

—Perfecto.

—¿Y tú? —mi pregunta era por demás estúpida, bastaba con mirar sus brazos. Leo me sonrió compasivamente—. Sí, bueno, la respuesta a eso resulta obvia. Creo que he debido preguntar cuánto.

—Mucho. Para decirlo de un modo que se entienda, debería decir que soy un tanto agresivo con eso, me gusta empujar los límites.

Lo dijo de un modo tal que me dio la impresión de que él empujaba todos los límites en su vida.

Mi ansiedad se despertó.

—¿Sabes una cosa?, ni siquiera sé a qué te dedicas. Cómo puedo ser tú si no sé lo que haces.

—Tengo un negocio.

—¿Qué clase de negocio?

Leo apretó los labios en una especie de sonrisa que no era exactamente eso y con sus bonitos ojos tan entornados que apenas si podía distinguirse su color.

—¿Esa es tu respuesta?

—Por ahora no necesitas saber eso.

—Entonces, ¿tú decidirás exactamente cuándo me dices qué?

—Exacto.

—Bien, ok. ¿Hugo tampoco sabe a qué te dedicas?

—No tuvimos demasiado tiempo para ponernos al día; además, me parece que él tiene cierta tendencia a hablar mucho de su persona, de *sus proyectos*.

—¿Disculpa? —Su tono al decir eso último no me agradó.

—¿No lo has notado? Vives con él.

Eso sonó todavía peor. En ese caso parecía estar insultándonos a los dos.

—Hugo no hace eso y la verdad...

—La verdad es que no me gusta Hugo.

Eso me dejó en *shock*. Se me escapó una carcajada nerviosa.

—Seguimos siendo muy distintos. Hemos cambiado mucho de cuando éramos niños a ahora, eso me ha quedado muy claro hace un rato. Pensé que quizá podríamos llevarnos mejor con todo este tiempo que ha transcurrido; lo cierto es que no funcionará.

—Discúlpame, pero, entonces, ¿qué es lo que haces aquí?

—He venido por ti, por el trato que tenemos.

—¿Estás diciéndome que mi futuro prometido no te gusta y esperas que lo soporte así sin más?

—Sí, porque ahora eres yo y yo no acostumbro a ir con rodeos. Soy sincero conmigo mismo, de modo que no lo ocultaré frente a ti. Acepté la invitación de Hugo para la fiesta de anoche porque él se presentó en casa de mis padres y no pude rechazarlo frente a ellos, pero la verdad es que no me gustó la idea porque mis recuerdos de Hugo, mejor dicho, los últimos recuerdos que tenía de él, no eran los mejores e imaginé que sería una reunión de esas del tipo fastidiosas en las que todo el mundo juega a que se cae bien y que todo es maravilloso. Así era hasta que te conocí. Eso supuso una sorpresa, porque pensé que serías exactamente como él, y no lo eres.

Semejante declaración me dejó sin aliento.

—¿Hablas en serio? —jadeé.

—Sí. Anoche vine porque no quería causar fricciones entre mi familia y la de Hugo, me pareció innecesario. En diez días me iré, de modo que no tiene demasiado sentido generar un problema por nada. Si me quedase aquí, sería otra cosa, pero por suerte vivo a muchos kilómetros de esta ciudad.

—No puedo creer lo que estoy oyendo. ¿Quién demonios eres?

—Ya lo descubrirás.

—Ya no estoy muy segura de querer hacerlo.

—¿No hay nada que te moleste de él?

—¿De Hugo? ¡Eso no es asunto tuyo! —chillé alterada. Sí las había e imaginaba que para Hugo algunas cosas de mí también debían de resultarle irritantes, pero no por eso pensaba permitir que Leo hablase de Hugo de esa manera—. ¿Sabes qué?, creo que mejor acabamos con esto. —Solté los cubiertos sobre el plato. En realidad no quería terminar con nuestro trato, es que no pensé que éste incluiría ese nivel de insultos y lo que casi rayaba en desprecio por su parte.

Con la mejor cara de nada, Leo apartó su silla y se puso de pie.

—Tienes toda la razón, tus problemas con Hugo son tuyos, no míos. Sin embargo, no niegues que los tienes... con él entre otras cosas, y es probable que contigo misma también tengas unos asuntos sin resolver, si no jamás hubiésemos comenzado esto.

Eso acabó de sacarme de mis casillas.

—¿Quién mierda te crees que eres para hablar así?! —Salté de mi silla—. ¡¿Acaso eres don perfecto?! Yo creo que eres un idiota y que deberías irte en este instante.

—Ahí precisamente, delante de tu nariz, acaba de quedar uno de tus problemitas.

—¿Disculpa?! —Como si no tuviese suficientes ganas de matarlo ya y venía a intentar psicoanalizarme.

—¿Perfecto, perfección? Mira a tu alrededor: en verdad tu vida es así de correcta y de ordenada, así de perfecta como esta casa, como la fiesta de anoche, como tu relación con Hugo, como Hugo, como tú en el exterior.

No sé si eso último en referencia a mi exterior fue un intento de elogio o qué, pero lo cierto es que no tuvo sabor a eso. No, más bien me pareció un insulto de cabo a rabo.

—La perfección no existe, de modo que intentar conseguirla es una pérdida de tiempo y esfuerzo, una meta tan hueca como este apartamento.

Me dieron ganas de arrojarle la taza de café caliente en toda la jeta.

—No soy perfecto y, si me lo permites, te lo demostraré, y también me gustaría mostrarte lo poco perfecta que eres. Es probable que seamos dos grandes desastres, sólo que tú no quieres verlo. No es lo perfecto, Alexia, es lo único, lo irrepetible e irremplazable.

Quedé boquiabierta, sin ser capaz de terminar de decidir si el hombre que tenía enfrente era un completo imbécil o alguien con una visión privilegiada de la vida.

—¿Me marcho?

Apreté los dientes. Otra vez esa mirada líquida en la que sentí que podía nadar.

—Al menos has adoptado algo de mí, me has llamado *idiota*. ¿Cuándo fue la última vez que le dijiste a la cara a alguien que no te gustaba, lo que pensabas de él?

«Mucho tiempo —pensé—. Corrección, quizá nunca.»

—Realmente eres...

—Simplemente yo, Alexia; ni más ni menos, ni mejor ni peor que tú. Y bien: ¿me quieres fuera de aquí o me quedo?

¿En serio iba a soportar que volviese a insultar mi vida?

Leo no entendía mi vida, pero yo tenía la oportunidad de meterme de lleno en la suya para quizá llegar a entenderla. Lo que él pudiese juzgar de la mía no tendría tanto crédito como lo que yo pudiese opinar de la suya al quedar él al desnudo.

Parte de mi enojo se diluyó con ese pensamiento. Él no tenía ni idea.

—Tengo treinta y un años y accedí a asistir a una fiesta para no molestar a mis padres, ¿qué te dice eso?

Me quedé mirándolo sin comprender por qué me soltaba eso en ese instante, exponiéndose a mí así. ¿Realmente esperaba una respuesta?, ¿de verdad quería que le dijese lo que opinaba?

—O ya los has decepcionado muchas veces y no quieres volver a hacerlo, o siempre has intentado mantenerlos contentos fingiendo ser quien no eres.

Leo me sonrió sin enseñar los dientes. Divertido, meneó la cabeza.

—Tus huevos se enfrían y también mi café. ¿Nos sentamos?

—Antes dime cuál es la respuesta correcta, si es que es alguna de las dos opciones que te acabo de dar.

—¿Seguimos adelante?

Contesté que sí con la cabeza.

—Un poco de ambas. Termina de desayunar, por favor.

Regresé a mi silla y limpié el plato mientras él, con calma, bebía su café.

Oí la puerta y evidentemente Leo también, porque ambos alzamos la cabeza en el mismo momento.

Hugo regresaba a casa.

—Necesito que salgamos un par de horas. ¿Puedes decirle que tienes algo que hacer? Quiero enseñarte una parte de mi vida.

Sin preguntar qué era eso, sin oponer resistencia alguna ante su petición de que le mintiese a Hugo, afirmé con la cabeza; después de todo, no sería tan descabellado argumentar que tenía que salir de compras para la fiesta de esa noche. Leo tenía razón, mi vida era muy organizada y correcta: ya tenía escogido el vestido, los zapatos y hasta la ropa interior que llevaría esa velada, pero podría pretender que necesitaba pasar por la peluquería o incluso que me faltaba algún maquillaje; cualquier nimiedad. Hugo no se sorprendería si le decía que me había olvidado de algo, pese a sus infinitos carteles de recordatorios en la pizarra de la cocina.

—Amor, ya he llegado —anunció mi novio desde el recibidor alzando la voz.

—En la cocina —le contesté alzando también la mía. Cuando volví la vista al frente después de haber hablado en dirección a la puerta, me encontré con el sonriente rostro de Leo—. ¿Qué? —solté de malos modos.

—Par de tórtolos, vosotros dos.

—¿Qué te importa si eso somos?

—No es mi vida, es la tuya. Ya sabrás tú lo que haces.

—¿Lo que hago?

—¡Ah, si estáis aquí!

Hugo sonó alegre. Me di la vuelta y él me sonrió, no del modo en que sonrió Leo, socarrón y como si supiese algo que yo no sabía, sino de una forma más despreocupada y simple.

—Buenos días —lo saludé mientras él avanzaba hasta mí. Hugo selló mis labios con los suyos, dándome los buenos días.

—Veo que ya has desayunado. ¡Qué bien! ¿Qué has comido? —preguntó poniendo cara de extrañeza—. ¿Huele a huevos? ¿Has tomado huevos?

Su mirada de incredulidad me incomodó. Si no sabía cómo explicarle lo del desayuno, cómo haría para mentirle y así conseguir un rato a solas para salir con Leo.

—Le prepararé el desayuno —soltó Leo, adelantándoseme—. Hoy tiene un día muy movido por delante y ayer con la fiesta... imaginé que le haría bien desayunar fuerte. Además, se la ve muy delgada.

Ante semejante comentario por su parte, di un respingo en mi silla. Hugo no tenía ni idea, pero yo sí. No estoy segura de si sus palabras venían a cuento por haberme visto desnuda o no, pero el caso es que yo sabía que ese instante había ocurrido y Leo también; es más, lo ponía en evidencia en ese ligero tirón de la comisura derecha de sus labios hacia arriba. El suyo era un gesto apenas perceptible para cualquier otra persona, pero tan grande e imposible de ignorar para mí como una marquesina sobre un edificio.

—Sí, bueno, es que Alexia se pasa el día corriendo de aquí para allá y no come bien. Trabaja demasiado. Me paso el tiempo recordándole que debe sentarse a comer tranquila, descansar, que una taza de café no es desayuno.

Hugo acarició mi cabeza. Ése no era un gesto nuevo de él hacia mí y, sin embargo, me cayó indigesto. Sentí como si le estuviese acariciando la cabeza a un perro obediente y no a mí, su pareja. ¿Qué era eso?! ¿Era yo la que lo sentía así y nada más o en verdad había en el gesto algo que no iba bien?

Leo siguió el movimiento de la mano de Hugo sobre mi cabeza y, cuando éste se apartó para servirse café en una taza, su mala cara ya no fue recatada como su anterior gesto, sino una gigantesca marquesina repleta de luces y colores chillones, imposible de pasar por alto.

—Por suerte todo ha salido muy bien en el trabajo —comenzó a decir Hugo dándonos la espalda para verter leche en su café.

Leo me perforó con la mirada y yo le puse cara de «mejor paras con esto». Él sacudió la cabeza, fastidiado.

—En realidad, creo que ha quedado magnífico. Ya lo verás. Seguro que te encantará.

Leo se cruzó de brazos y me enfrentó con las cejas en alto. Con la cabeza, apuntó en dirección a Hugo como diciendo «ahí lo tienes».

—Basta con eso —articulé en silencio, únicamente moviendo los labios.

Leo resopló.

Hugo se fue a guardar la leche a la nevera.

—¿Qué sucede contigo? —susurré.

—Te lo dije —contestó en el mismo volumen—. Es él, él y él.

—Ya basta —siseé enfadada.

—Basta, ¿con qué? —curioseó Hugo emergiendo de detrás de la puerta de la nevera.

—No, nada, digo que me basta con lo que he desayunado. He comido demasiado y no estoy acostumbrada. ¿Has comido tú algo?

—Sí, muy temprano. Lo cierto es que no he dormido mucho, un par de horas nada más. Quería terminar el trabajo. Dormiré una siesta luego —comenzó a avanzar hacia nosotros— para estar impecable en la fiesta de esta noche. Quizá también deberías dormir unas horas, no tienes buena cara —comentó acariciando mi mejilla derecha al tiempo que bebía de su taza.

Es un hecho que, cuando estás molesto, todo te molesta, y a mí me dieron ganas de plantarle a Hugo su taza de café sobre la crisma, y para qué hablar de lo chocante que me resultó la mirada que me dedicó. ¿Se compadecía de mí, intentaba relegarme a la dependencia de alguien que me dijese qué hacer, cómo y cuándo?

En ese instante intenté hacer memoria para descubrir si eso siempre había sido así pero yo no lo había visto. De ser así, ¿por qué lo veía entonces?

¿Qué sucedía conmigo desde la noche anterior? ¿Por qué, de repente, todos los que me rodeaban no parecían los mismos de siempre?

Leo se quedó observándonos sin parpadear, esperando, esperando...

Al fin, la reacción llegó.

—No planeaba dormir, planeaba salir. Tengo que hacer unas compras. Si tengo mala cara, me maquillaré más tarde. —Mi tono no sonó muy amable, y por eso Hugo apartó su mano de mí—. No te preocupes, estaré bien. Descansa tranquilo.

A Hugo le costó un par de parpadeos procesar mi contestación.

—Bueno... sí, claro. ¿Te quedarás para almorzar con Leo y conmigo? Me gustaría que os conocieseis. Leo y yo éramos muy buenos amigos de niños; tenemos tantas anécdotas que contar.

—¿Sabes qué?, creo que es mejor que no me quede a almorzar; después de todo, ya es mediodía y, si estás cansado, mejor te dejo. De cualquier modo, nos veremos esta noche. Vosotros tenéis vuestros planes y, de hecho, también tengo unas cosas que hacer.

—Pero ¿qué es esto?, ¿estáis desertando los dos? No me lo creo, habíamos quedado para almorzar juntos.

—Sí, así es; sin embargo, la realidad es que tú quieres dormir y que Alexia tiene que salir. Compartiremos esa comida otro día. No te preocupes. —Leo se puso de pie—. Os veo esta noche.

—¿Ya te vas? Tomemos un café al menos.

—Nos vemos esta noche, Hugo. Descansad, hasta luego.

Leo se movió en dirección a la puerta de la cocina. ¿Adónde iba?, ¿no quería que lo acompañase a no sabía dónde?

—Alexia —pronunció mi nombre y me dedicó un gesto con la cabeza.

Hugo se ofreció a acompañarlo a la puerta.

Los dos salieron de la estancia sin añadir nada más y yo me quedé en mi sitio, boquiabierto, sin saber cómo proceder o qué decir.

¿Qué era lo que hacía, qué sucedía a mi alrededor?

Sacudí la cabeza y me puse en pie. Llevé los platos sucios hasta el lavavajillas y me dispuse a irme directamente al cuarto a cambiarme. A Hugo le llamaría la atención verme así vestida, si es que no lo había notado ya. Cuando pasé por el recibidor, no los vi allí; la puerta estaba entreabierta, seguro que conversaban en el rellano.

Pasé de largo, preferí no ver a ninguno de los dos; la verdad era que lo que necesitaba eran un par de días de soledad absoluta. Mi mente era una locura y ni siquiera tenía idea de lo que me ocurría, mucho menos sentía al alcance de mi mano lograr atisbar lo que pasaba por la cabeza de las personas que me rodeaban.

Entré en el corredor de distribución de las habitaciones y oí sonar mi móvil. Corrí hasta el cuarto, porque allí lo había dejado cargando. El tono indicaba que era un mensaje que acababa de entrar.

El icono indicaba que la batería del aparato ya estaba a tope. Lo desconecté de la corriente y fui de inmediato a por mi mensaje.

Mis ganas y necesidad acertaron, era un mensaje de Leo.

- Te veo en el café que queda aquí a la vuelta en quince minutos. Tengo el automóvil estacionado justo en la puerta, es uno plateado. ¿Te espero o me voy?



Leí el mensaje unas tres veces y oí pasos aproximándose a mí.

—Qué cara de concentración. ¿Todo va bien?

Salí de los mensajes y apreté el aparato entre mis manos.

—Sí, todo perfecto. Pensaba salir a comprar ahora, así podré estar de regreso temprano y quizá dormir un poco.

—Sí, eso suena estupendo. —Hugo se quedó mirándome—. ¿Saldrás así vestida? Allí estaba.

—¿Qué tiene de malo lo que llevo?, es cómodo.

—Sí, supongo; es que no es tu estilo.

Nos quedamos en silencio.

Era cierto, no parecía yo, no me sentía como yo. Tampoco tenía idea de cómo debía ser sentirse o parecer como yo.

—Volveré pronto. Intenta descansar, que llevas unos días agotadores, entre el trabajo y la fiesta de anoche...

Hugo caminó hasta mí para cogerme por la cintura.

—¿Tienes que salir? Podríamos quedarnos los dos en la cama juntos, pasar un rato tranquilos, solos. La verdad es que me ha alegrado que Leo no se quedara; de pronto, cuando te vi al llegar, me apeteció estar nada más que contigo. Te extraño.

—¿Me extrañas? Si estuvimos juntos...

—Sabes de qué hablo. Llevamos días de compromisos y compromisos. Últimamente no nos tomamos mucho tiempo para ser solamente nosotros dos.

—Hoy no, Hugo, quizá mañana. Con la fiesta de esta noche tengo mucho que hacer.

—Sí, lo entiendo. —Besó mi mejilla y acto seguido se le escapó un bostezo.

—Acuéstate, duerme un poco, en un par de horas estaré de regreso. Puedo traer algo rico para la hora de la merienda; tomaremos el té juntos en la cama antes de prepararnos para la fiesta, ¿qué te parece? —Me tocó a mí besar su mejilla—. ¿Necesitas algo de la calle?

—Sí, al amor de mi vida. —Acercó su rostro y besó mis labios—. No tardes.

—Intentaré volver temprano.

—Abrígate, que así cogerás frío.

Me reí, pero de los nervios. ¿Por qué me sentaba tan mal que me dijese que me abrigara?

Mejor salía de allí pronto o enloquecería.

Recogí mi bolso, un abrigo y salí del apartamento sin encontrar un justificante racional que explicase mi comportamiento.

No lo había.

Imagino que la vida a veces es eso: lo irracional, lo instintivo.

Pues bien, algo dentro de mí, algo muy intenso, me pedía a gritos que hiciese eso.

Cuando las puertas del ascensor se cerraron ante mí, experimenté cierto grado de liberación. Nunca me había puesto a pensar quién sería yo si no fuese yo. No sabía quién podría ser, lo que sí sabía era que podría sentirme bien siendo Leo; quizá fuera liberador decir lo que se te cruzase por la mente y, sin duda, resultaba envidiable tener

el coraje de embarcarse en el delirio de una desconocida. Bueno, ese último pensamiento necesitaba una corrección: yo había tenido el coraje de pedirle a un extraño que hiciese realidad ese delirio de deseo mío.

Las puertas volvieron a abrirse para enseñarme el vestíbulo de entrada de mi edificio.

Eduardo, el portero de los fines de semana, me dio los buenos días después de revisar mi aspecto de pies a cabeza. Sí, eso era lo que provocaba mi vestimenta; no tenía por costumbre verme así y por lo visto ese detalle llamó mucho su atención.

—¿Qué tal estuvo su cumpleaños?

—Muy bien, gracias.

—Llevan una mañana muy ajetreada —comentó.

Sí, en efecto: Hugo había salido y regresado, había llegado Leo para marcharse unos minutos atrás y ahora yo me disponía a salir. Además de eso... si él supiera; si yo supiera qué era lo que estaba a punto de hacer...

Le dediqué una sonrisa que podía significar cualquier cosa y él me deseó que tuviese un buen día.

Mirando atrás cada tres pasos, me alejé del edificio. Llegué a la esquina e inspiré hondo. Es increíble lo complicado que puede resultar dar la vuelta a una esquina.

## 5. Ser y durar

Tan pronto como doblé la esquina, divisé el automóvil plateado estacionado justo enfrente de la cafetería a la que solía recurrir cuando salía de casa tarde sin tiempo para desayunar, cuando atacaban los días de lluvia y muy ocasionales, pero deliciosas, tardes de fin de semana al sol.

Así como yo detecté su coche, Leo debió de verme a mí. Salió de su vehículo y me hizo una seña con la mano. Sin esperar mi llegada, se metió dentro otra vez. Obviamente no iba a abrirme la puerta ni a hacer ninguna de esas galanterías, eso no era una cita y, como él bien había dicho, no éramos ni amigos ni amantes, seríamos compañeros.

Bajé el bordillo y rodeé el automóvil por delante lo más rápido que me fue posible, pues no quería que ninguna de las camareras me reconociese subiendo al coche de un extraño.

Tiré de la manija, la puerta estaba sin el seguro puesto.

Me lancé dentro.

—La verdad es que no estaba del todo seguro de que fueses a venir —dijo con la vista clavada en la camioneta negra estacionada justo delante de su automóvil.

—Bueno, aquí estoy, compañero.

Leo giró la cabeza en mi dirección. En silencio, me observó un par de segundos.

—Sí, aquí estás.

—¿Vamos o no? Estoy ansiosa por saber a dónde me llevarás. ¿No puedes adelantarme algo?

—Has llegado hasta aquí. No quiero que huyas.

Sus palabras me provocaron un estremecimiento.

—¿Tan malo puede ser? —Esperaba que no lo fuese demasiado—. Mientras tu plan no incluya serpientes —bromeé—. No me gustan las serpientes.

—No, nada tiene que ver con reptiles, y ojalá te guste. A mí me divierte lo que vamos a hacer —encendió el motor—; quiero verte allí ya —entonó con una sonrisa seductora en los labios.

Mi estómago se removió en mi interior.

—Ya... ok. No sé cómo tomarme lo que acabas de decir, pero, mientras tú estés allí... —No sé por qué solté aquello, ni siquiera comprendo por qué me tranquilizaba el simple hecho de que él me acompañase si ni siquiera lo conocía y no tenía ni la menor idea de dónde iba a meterme con él o lo que implicaba inmiscuirme en su vida.

Leo, que iba a comenzar las maniobras para sacar el vehículo de su sitio junto a la acera, se quedó quieto, mirándome.

—Confío en ti —anuncié rompiendo el silencio que reinaba dentro del habitáculo, pese a que el motor estaba en marcha.

—Estás muy loca, ¿lo sabías? —Rio retomando sus movimientos.

—¿Qué?, ¿por confiar en ti?

Asintió con la cabeza mientras giraba el volante.

—Bueno, eso no suena bien para mí. ¿Debería bajarme de tu coche?

—Es muy tarde para eso.

Sus palabras coincidieron con el momento exacto en el que su automóvil se internó en el tráfico de la calle.

Leo rio de forma tan bonita que me quedó más que claro que, sin importar si se convertía en el peor error de mi vida al final de esa locura, estaría bien porque, al menos, habría tenido algo de él y él algo de mí. Estaba entregada a su persona del modo más libre y sincero posible; era probable que la entrega no fuese recíproca, al menos no al mismo nivel a pesar de que me abría las puertas de su vida, pero ese detalle no le restaría nada a lo especial que nos unía.

En silencio, Leo condujo un par de calles.

—¿Visitas a tus padres a menudo?

—No tanto como ellos quisieran —contestó después de sonreír para mí—. Eso dice mi madre.

—¿Y tu padre no está feliz de tenerte en casa?

—No es que no esté feliz, es que no nos llevamos muy bien. Eso no es ninguna novedad. Llevamos mucho tiempo sin congeniar.

—¿Van a verte a Canadá?

—De vez en cuando. ¿Alguna vez has estado allí?

—No, nunca. ¿Por qué elegiste vivir tan lejos?

—No es que lo eligiera, las cosas se dieron así. Me gusta, ahora es mi hogar y mis cosas están allí, mi vida está allí. Cada vez que regreso aquí, me siento como un turista, un extranjero, un tanto fuera de lugar y perdido.

—Imagino que a mí me sucedería eso en Canadá, todo lo que tengo y lo que soy está aquí.

Leo desvió la vista del camino en mi dirección.

—Todavía me cuesta creer que estés haciendo esto.

—Pues ya somos dos. —Hice una pausa para darme tiempo de seguir procesando que estaba haciéndolo—. ¿Vamos muy lejos?

Negó con la cabeza.

—Si tu vida y tus cosas están fuera, ¿qué significa para ti el lugar al que vamos? No creas que eso se me ha pasado por alto. Soy tú, así que, dime, si vas a enseñármelo y yo soy tú, alguna importancia debe tener. No vamos a casa de tus padres, imagino. ¿Un sitio de tu infancia tal vez?

Su sonrisa se torció de lado.

—Debería tener aquí recuerdos de mi niñez, del pasado; sin embargo, las pocas cosas con las que conecto en este país son del presente.

—Qué críptico. No necesitas el «efecto sorpresa» conmigo.

—Es que prefiero que no tengas demasiado tiempo para pensar en las cosas que haremos. Me parece que tú lo piensas todo demasiado. Ciertas cosas de la vida necesitan ser meditadas con cuidado, no lo niego; para otras, lo mejor es la impulsividad, tal como actuaste cuando esto comenzó. Si hubieses reflexionado un poco sobre ello, probablemente jamás lo hubieses hecho.

Eso era cierto.

—Relájate, recuerda que no te obligaré a hacer nada que no desees. Es sólo que quiero que quieras hacer lo que yo quiero hacer y, ya te lo he dicho, me da la impresión de que, si te doy demasiado tiempo para meditarlo, me dirás que no.

Un semáforo nos detuvo. Leo movió la cabeza en mi dirección.

—No quisiera que me dijeras que no.

Y yo no quería decirle que no, pero empezaba a ponerme nerviosa otra vez.

—No te preocupes, en un momento estaremos allí. Te divertirás, lo prometo; tan sólo date la oportunidad de divertirte, no pongas la palabra *pero* de antemano. Mucho menos el «no puedo». Estoy seguro de que eres más fuerte de lo que crees.

—¿Fuerte físicamente o...?

—En todos los sentidos. ¿Sabes que mucha gente no tiene ni idea de lo fuerte que es, de lo lejos que puede empujarse a sí misma, en todos los aspectos? Si comienzas descubriendo las fortalezas de tu cuerpo, por lo general acabas encontrándote con tu valor, con tu garra. Liberas el cuerpo, liberas la mente.

—Deberías ofrecer servicios de *personal coach*. Eres tremendo —bromeé.

Leo me espió por el rabillo del ojo.

—Veremos cómo resulta contigo.

—No te dedicas a eso, ¿no es así?

—No. —Sonrió negando con la cabeza—. Bien, hemos llegado.

Leo puso el intermitente y buscó un lugar para estacionar.

—¿Dónde es? —Examiné los edificios que nos rodeaban.

—Tranquila, falta muy poco.

Me desabroché el cinturón de seguridad mientras él aparcaba el coche.

—Es allí —anunció apuntando hacia mi derecha.

—«Ser y durar.» —Eso decía el cartel—. ¿Qué es este lugar? Parece un gimnasio. —Me giré hacia él—. Me has traído a un gimnasio. ¿Así de literal era lo de estar fuerte?

Leo quitó la llave del contacto; el sonido del motor ya se había extinguido.

—No es cualquier gimnasio. El dueño es un amigo. Y allí está. —Leo apuntó hacia la acera—. Doménico es instructor de *parkour* y *freerunning*.

—¿Qué? —jadeé con una risa seca. Sabía perfectamente lo que era el *parkour* y por eso tenía muy claro que no podría practicarlo ni aunque quisiera.

—No entres en pánico. Le hablé a Doménico de ti, ya sabe que jamás lo has probado. Él te enseñará lo básico; no te preocupes, le advertí de que fuese amable contigo, ya que es tu primera vez.

—Me gusta la idea de conocer a un amigo tuyo, pero...

—Hazte el favor a ti misma y no te pongas peros. Ya lo hablamos.

Mi corazón latía a toda velocidad dentro de mi pecho.

—A mí también me gusta la idea de que lo conozcas, Doménico es un muy buen amigo, el único que tengo aquí. Uno de mis mejores amigos en todo el mundo. Lamento dejar fuera de esa categoría a tu Hugo.

No contesté con palabras, sino con la mueca que se me escapó en el rostro.

—No te pongas así, es Hugo quien no me gusta, no tú.

—Hugo no es quién crees, es un buen hombre. No entiendo por qué...

No conseguí terminar la frase, pues alguien llamó a mi puerta. Giré la cabeza y me encontré con un par de impresionantes ojos celestes enmarcados por cejas negras y una cabellera descuidada que le caía sobre la cara, del mismo color.

El tal Doménico se apartó del cristal y me sonrió al tiempo que nos saludaba con la mano. Su entusiasmo se me hubiese contagiado de no sentir tanto miedo por las ganas enormes que tenía de decir que no, que Leo diese marcha atrás y que me sacase de allí. He de decir que también tenía miedo de decir que sí. Sí, definitivamente me daba más miedo eso último.

Doménico se cruzó de brazos. Sus bíceps y tríceps eran enormes, casi tanto como los de Leo.

Sus ojos azules no se despegaban de mí. Ese hombre debía de estar acostumbrado a que las mujeres, o quizá la gente en general, se lo quedase mirando, pues sin duda llamaba la atención con esa mirada penetrante, esa boca... Mi cerebro derrapó y de repente me perdí en la falta de afeitado de su rostro y me dio vergüenza.

—¿Dónde os conocisteis?

—Practicando *parkour* cuando Doménico todavía no era dueño de este gimnasio. Somos amigos desde hace años. Baja, te lo presentaré y haremos esto de una buena vez.

Leo salió del vehículo primero.

Me aclaré la garganta y abrí la puerta.

Leo llegó a mi lado después de rodear el automóvil. Se paró junto a mí y solamente entonces Doménico dio un paso al frente.

—Hola, me alegra que hayáis venido —dijo con un fuerte acento italiano.

—Alexia, éste es Doménico. Doménico, ella es Alexia, la persona de la que te hablé.

El amigo de Leo me tendió su mano derecha.

—Es un placer conocerte, Alexia.

Su mano estrechó la mía en el más correcto de los saludos.

Con más complicidad y familiaridad, Doménico estrechó la mano de Leo. El saludo acabó en un abrazo que el de origen italiano le dio a su amigo al tirar de él por la mano de la cual lo tenía aferrado. Doménico le palmeó la espalda y aquello resonó como si golpease la tapa de una pesada mesa de roble.

—Gracias por recibirnos, Doménico.

—De nada. —Éste me espió por el rabillo del ojo—. Lo tengo todo listo para vosotros. Os esperaba con ansias. —Me enfrentó, apartándose de su amigo—. Y bien, qué me dices, Alexia, ¿quieres intentarlo?

—¿Tú cuánto tiempo llevas practicando *parkour*?

—Más de una década —me contestó Leo.

—Espero que tus expectativas sean racionales. He visto vídeos de gente practicándolo. No sé si seré capaz de eso.

—No te preocupes, Alexia, no esperamos más que el que pases un buen rato y te atrevas a probarlo —aclaró Doménico con ese precioso acento suyo que sonaba tan cantarín. Al acabar de pronunciar aquellas palabras, sus labios me regalaron una nueva sonrisa.

—Es eso mismo. Se trata sólo de que te familiarices con lo que es, nada más. No tengas miedo, ya verás de lo que eres capaz, solamente tienes que atreverte.

—Eso, hay que intentar cosas nuevas en la vida.

Doménico y Leo intercambiaron una mirada y luego se quedaron observándome como si esperasen no sé qué de mí.

Hubiese apostado mis dos piernas a que allí había algo más que ninguno de los dos decía.

—¿Entramos? Sé que lo pasarás bien. No te hubiese traído aquí si no confiase en Doménico, Alexia. Estarás en buenas manos, te lo juro; él jamás permitiría que te lastimases, y yo tampoco haría nada que te dañase. Sé que puedes con esto.

—¡Uauu! Qué discurso. No sabía que me quisieras tanto, Leo. —Rio—. Pero es cierto, puedes confiar en mí. No permitiré que nada malo te suceda. Puedes hacerlo, tan sólo tienes que permitírtelo.

—Vosotros dos sí que sois un dúo. ¿Le habláis así a todo el mundo? Podríais dirigir un ejército, sois buenos insuflando valor.

Ambos se rieron.

—El nombre del gimnasio... ¿Ser y durar? ¿A qué hace alusión? —Preferí no decir que sonaba ambiguo o, como mínimo, extraño.

—Es uno de los lemas principales que guían la experiencia del *parkour*. Ser y durar es un principio ligado a una consciencia de cuerpo emancipado y a la necesidad de cuidarlo, conocerlo y hacerlo fuerte para soportar los límites a los que será llevado. Es el esfuerzo de los *traceurs*, sus practicantes, por construirse un cuerpo que traza, a través de ejercicios de autogobierno, la posibilidad del sujeto de construirse a sí mismo como una obra de arte, a partir del cuidado y el cultivo de sí mismo.

—Bueno, vaya filosofía; no tenía ni idea.

—El desarrollo del cuerpo físico está íntimamente ligado al desarrollo de la mente y el carácter.

—Sí, algo así dijo Leo.

—Yo se lo enseñé —entonó orgulloso Doménico sacando pecho mientras se cruzaba de brazos. Éste no tenía la musculatura de Leo, era más alto, más delgado y de aspecto más elástico, pero sin duda debía ser igual de fuerte.

Los dos juntos resultaban una visión la mar de llamativa.

—Es mentira —se carcajeó Leo—. Eres un charlatán. Andando, entremos. Ha llegado el momento de entrar en acción. Ser y durar.

—Pues yo creo que acabaré deshecha. ¿Durar? ¿Cuánto tiempo...?

—No te preocupes —me interrumpió Leo—. Relájate. Tú puedes con esto.

Doménico llegó hasta mí para posar una de sus manos sobre mi hombro derecho. Me dio un apretón.

—Confía en nosotros; amarás esto y te divertirás. ¿Cuándo fue la última vez que te divertiste a lo grande?

¿Por qué todo el mundo ponía en duda lo emocionante o divertida que podía ser mi vida? ¿Tanta cara de aburrida y reprimida tenía yo?

No contesté. Simplemente arrugué los labios mientras intentaba hacer la cuenta de la última vez que recordase haber guardado un momento de diversión a lo grande. ¿Por qué en ese instante no me venía ninguno a la cabeza?

¡Eso, allí estaba!, la última vez que fui a esquiar con Jerónimo, cuatro o cinco años atrás. ¡Por Dios, ¿habían pasado cinco años desde la última vez que me había permitido hacer tonterías y reír a carcajadas hasta que me doliese la cara y el estómago?!

Sí, allí estaba la respuesta para Doménico y Leo, cinco años de represión. ¿O serían casi treinta?

—No lo dudes tanto, Alexia. Piensa que, si te rompes una pierna, al menos sabrás cómo proceder.

La frase de Leo hizo que Doménico se partiera de risa y a mí me arrancó una sonrisa.

—Cierto, eres doctora. Mi amigo lo mencionó. Cirujana, ¿no es así?

—Pediátrica, sí.

—Eso es impresionante. A mí no me gusta la sangre.

—Pues hoy no veremos sangre, porque Alexia lo hará muy bien.

Puse cara de espanto y Leo se rio.

—Perdón, no quise decir eso, mejor entremos.

—Sí, mejor hacemos esto de una vez. Os reiréis de mí, os lo aseguro.

—Eso jamás —me aseguró Doménico.

Leo se pegó a mi lado izquierdo.

—Lo harás fantásticamente, lo sé.

¿Cómo podía, con una mera mirada, convencerme de que había en mí algo que yo jamás había visto o había soñado tener? Imaginé que era probable que, simplemente, él prefiriese ver en mí lo que él tenía. A veces hacemos eso para evitar sentirnos decepcionados cuando la persona que tenemos enfrente no es como desearíamos que fuese. Engañarse es tan fácil... y también muy arriesgado. No hay peor decepción que la que causa engañarse de ese modo. Esperar que alguien sea lo que no puede ser es muy insano.

Me pregunté quién de los dos saldría más decepcionado de eso.

Doménico entró y sostuvo la puerta para mí.

Me topé con el espacio de la recepción, atendida por un chico rubio con rastas, que debían llegarle a la cintura, y una chica con la cabeza completamente rapada y una musculatura digna de un atleta olímpico.

Los dos tenían un aspecto fibroso y fuerte. Ambos nos dieron la bienvenida con amplias sonrisas y palabras amables. Doménico hizo las presentaciones pertinentes.

Al otro lado de la recepción había una especie de lugar para relajarse y conversar, con pufs, almohadones, mesas bajas y máquinas expendedoras de bebidas reconstituyentes y energizantes, además de otra con *snacks* saludables. Allí se reunía



un grupo de lo más variado compuesto por ambos sexos y un rango de edades que estimé iba desde meros adolescentes hasta pasados largos los treinta.

Sonaba música con un ritmo que invitaba a ponerse en movimiento.

Movimiento era lo que se vivía a un par de metros de nosotros, detrás de una pared baja pintada de verde.

Lo que había detrás de ésta no se parecía en nada a un gimnasio normal, aquello era un hangar inmenso en el que estaba montado un circuito con rampas, obstáculos, paredes que imitaban la fachada de un edificio con ventanas, sogas que colgaban de una pasarela de metal muy angosta, sobre la cual iban a paso rápido dos hombres en pantalones holgados y camiseta. Una mujer de unos veintitantos saltaba cual mono de un marco de metal a otro, y vi a un joven lanzarse de una cornisa de madera ejecutando un tirabuzón sobre su lado derecho para caer de forma certera sobre una colchoneta verde. Aquello resultaba un verdadero espectáculo y los que practicaban esa disciplina eran verdaderos atletas. Envidé su elasticidad, el dominio que tenían sobre su cuerpo y, sobre todo, sobre sus mentes; yo ni siquiera me atrevía a poner un pie en la rampa, mucho menos treparla corriendo para dar una voltereta hacia atrás y caer de pie. Mis pies, a diferencia de los del chico de abundante melena rizada, jamás se hubiesen despegado del suelo.

Más que con una pierna, temí acabar con el cuello roto.

—¿Qué te parece? —me preguntó Leo acomodándose a mi lado.

—¿Te gusta mucho hacer esto?

—Sí, es desafiante —contestó después de quedarse mirándome durante un segundo. Sus ojos regresaron a aquellos que se movían por el gimnasio como si fuesen completamente ajenos a las leyes de la gravedad y a los límites del cuerpo humano.

—¿Es éste un rasgo característico en ti?

—Sí, podría decirse que sí. ¿Miedo?

Asentí con la cabeza.

—Bien, es un buen comienzo.

—Tener miedo no es un buen comienzo. Me mataré ahí dentro.

—Verás cómo no.

—¡¿Lista para divertirte?!

El corazón se me subió a la garganta ante la exclamación de Doménico, que me llegó por la espalda. Al darme media vuelta, me sorprendió una vez más lanzándome lo que me pareció que era una prenda de ropa.

—Esos tejanos te quedan estupendamente, pero no te servirán para esta ocasión, necesitas algo más confortable.

Desplegué la prenda que de casualidad logré atajar. Era un pantalón negro sumamente holgado pero de mi talla. En uno de los dobladillos llevaba impreso el logo y el nombre del gimnasio.

—Tus zapatillas son perfectas —añadió—. Los vestuarios están por allí. Si necesitas ayuda, puedo echarle una mano para quitarte los vaqueros.

—¡Doménico!

—Es broma, Leo. —Doménico le tiró un golpe a su amigo, pero éste dio en el aire porque en realidad no era para que impactase en ninguna parte—. Bueno, no si quieres que te ayude... Un caballero jamás falla en su tarea —me susurró en un tono que destilaba todo lo que se puede imaginar de un galán italiano. Tenía que admitir que tanto Leo como Doménico debían ser un deleite para la vista practicando esa actividad... si en estado estático ya eran llamativos, para qué hablar de en movimiento y bajo la presión de rutinas tan exigentes.

—Es por allí —me indicó Leo con la cabeza, y al instante vi el cartel que anunciaba dónde estaban los vestuarios—. Hay taquillas para que guardes tus cosas. Cámbiate, te esperaremos aquí.

—Bien. —Apreté el liviano pantalón contra mi pecho para disimular el temblor de mis manos—. En seguida regreso.

Ellos asintieron.

Me alejé un par de pasos y después me volví a mirarlos. Los dos estaban contra la pared baja, de espaldas a mí, conversando. Definitivamente de espaldas también eran un lujo para la vista.

¡Otra vez yo mirando traseros!

Me entró una risa tonta de puros nervios. Si es que eran dos bombones. Hugo tenía buen cuerpo, pero por alguna razón Leo y Doménico resultaban distintos; era como si esos dos hombres, además de su imagen, desprendiesen a su alrededor una suerte de aura o encanto particular. *Sex appeal* no les faltaba. Mejor dicho, les sobraba.

Ellos eran el ejemplo de que la cáscara que nos recubre no lo es todo. Ambos rieron y me resultó imposible apartar los ojos de ambos. Creo que nunca en la vida había visto a dos personas que me pareciesen tan llenas, tan ellas, tan... si hasta las palabras se me escapaban al observarlos.

Sacudí la cabeza para intentar poner mis ideas en su sitio; no sirvió. En vez de eso quise dar un paso y acabé tropezando con mis propios pies y por poco me caigo encima de un chico de unos veintipocos. Bien, en realidad aterricé con las manos contra su enorme pecho. Debería de haber pesado el doble o el triple de lo que pesaba para poder derribarlo, porque era altísimo y su cuerpo, puro músculo.

Una enorme sonrisa blanca apareció en su rostro del color del chocolate más oscuro.

—¿Estás bien? —me preguntó con un acento norteamericano que se lo hubiese adivinado hasta de estar medio sorda.

—Sí, gracias.

—Ok. ¿Te veo allí? —quiso saber apuntando con un largo dedo, de la que noté era una hermosa mano, en dirección a lo que a mí me parecía una pista de torturas.

—Sí, eso creo —contesté con timidez.

—*Cool*. Soy Tim. —Su puño se quedó esperando el mío en el aire. Mi respuesta llegó con retraso y la verdad es que me sentí un tanto ridícula al chocar mi pálida y delgada mano contra la suya.

Lo hice y entonces me sentí algo menos fuera de lugar, menos vieja de lo que me vi al entrar aquí, si bien esa vejez que percibí en mí evidentemente nada tenía que ver con la edad, pues en el local había gente de todas las edades. Me sentía vieja porque

me daba la impresión de que había desaprovechado mi vida. Me angustió entender que podría haber hecho mucho más de lo que había hecho y que ya no podía recuperar ese tiempo.

Tim me sonrió una vez más y se alejó hacia el centro de actividad.

No continuaría desperdiciando más tiempo.

¡Lo intentaría! El miedo no me ganaría. ¡Aún menos el miedo a pasar vergüenza!

Di un primer y muy decidido paso, y así fueron todos hasta que llegué a los vestuarios. Allí había unas cuantas chicas y mujeres, que me saludaron con amabilidad. Casi sin querer, nos pusimos a conversar. Les conté que era mi primera vez y ellas me aseguraron que me encantaría y que me ayudarían.

¿Es que acaso habían juntado a toda la gente amable y con buen rollo de la ciudad para meterla allí dentro?

Se lo agradecí, me cambié y guardé mis cosas.

He de admitir que mi coraje flaqueó un poco a medida que regresaba otra vez a Leo y Doménico, pero no di ni un paso atrás.

—¿Lista? —me preguntó Leo.

—Eso supongo.

—Genial, entremos a divertirnos —exclamó Doménico.

Nada más poner un pie sobre el suelo del campo de entrenamiento, comenzó a sonar tango electrónico y alguien soltó un grito de emoción, hubo aplausos y dos chicos se pusieron a bailar y a hacer piruetas en el suelo y en el aire. Saltaban como si tuviesen resortes en las piernas.

—¿Esto es siempre así?

Doménico hizo una mueca que me pareció que denotaba entre orgullo y alegría.

—Por lo general, hasta que alguien choca con alguien y tenemos una pelea.

—No sucede demasiado a menudo —acotó Leo.

—No te preocupes por eso. Solamente preocúpate por estar atenta a tu cuerpo. Tú lo conoces mejor que nadie, de modo que ese conocimiento será tu guía. La particularidad del *parkour* radica en su sencillez. El fin es dar con movimientos efectivos y fluidos. Esto no es simplemente saltar y rodar por ahí, o correr a lo tonto y a lo loco. Es hacerlo del mejor modo posible.

—Bien.

—Ahora te enseñaré un par de nociones básicas para evitar, sobre todo, que te lastimes; luego buscaremos la efectividad.

Y eso hizo Doménico bajo la atenta mirada de Leo, quien se mantenía en silencio dándole a su amigo el lugar de maestro y guía. Imaginé que Doménico lo había sido en su momento para Leo, de modo que permití que la experiencia fluyese.

Rodar en el suelo de lado, sobre el hombro.

Separar las piernas a la distancia de los hombros para aterrizar.

Caer sobre las puntas de los pies.

No doblar las piernas a menos de noventa grados.

Aprovechar la energía del salto para darme impulso.

Intentar dominar el equilibrio del cuerpo.

Y la lista de cosas que intenté guardar en mi cabeza siguió y siguió hasta que, por fin, nos pusimos manos a la obra.

Aquello no se veía sencillo pese a lo que aseguró Doménico y ciertamente no lo era. Después de hacerme precalentar los músculos, me pusieron a rodar. Saltar caballetes me hizo recordar la escuela, pero allí me sentí menos ridícula, porque nadie se burlaba de mí, sino que me daban ánimo para repetir los movimientos una y otra vez. De pronto me encontré rodeada de un grupo de personas que me alentaban.

Caí un par de veces y, si creía que mi equilibrio era bueno, descubrí que tal cosa no era así cuando me pusieron a caminar sobre una viga.

Más doloroso fue intentar hacer lo que hizo la chica en los marcos de metal. Mis manos no eran lo suficientemente fuertes y la piel de mis palmas, quizá demasiado delicada. Allí nadie usaba guantes, pero casi todos tenían las manos muy curtidas.

Llegó un punto en el que comencé a dudar de mí y entonces Leo no paró de repetirme que confiase en mí, que pensarlo dos veces no haría otra cosa que provocarme lesiones.

—No lo pienses, sólo salta. Tu cuerpo sabe qué hacer.

Y bajo su atenta mirada, el eco de su voz en mi cabeza y la fuerza de sus músculos metida debajo de mi piel, insuflando mi coraje, salté. Salté una y otra vez, y rodé, y me impulsé sobre rampas de más de tres metros de altura, y corrí y reí y me lancé, como si de una película de acción se tratara, por dentro de las aberturas que simulaban ventanas.

La adrenalina corría por mis venas y la risa, mi risa, llenaba todo mi ser de energía. Y para qué hablar de lo que provocaba en mí la sonrisa de satisfacción en los labios de Leo al verme moverme. Eso, definitivamente, no tenía precio. Sí, bien, supongo que estar a su nivel en esa práctica me quedaba a años luz de distancia, pero de cualquier modo, intentarlo y animarme a llevar mi cuerpo cada vez un poquito más allá con cada nuevo recorrido que Doménico ponía ante mí, nos acercaba un poco más.

Aterricé frente a Leo siendo muy consciente de cada uno de los casi seiscientos cincuenta músculos de mi cuerpo.

Allí estaba él, con su mano en alto, su palma esperando la mía, con su mirada ardiendo y su preciosa boca dibujando una sonrisa que me quitó el poco aliento que me quedaba.

Choqué mi palma contra la suya y él apretó mi mano con sus dedos y sacudió mi brazo.

—Bien hecho, compañera. Lo has hecho estupendamente.

—Lo he hecho, punto. No exageremos —entoné entre jadeos. El *crossfit*, al lado de eso, no parecía nada y no por la falta de exigencia física, sino por lo emocionante —. Gracias por traerme. Esto es genial.

—Felicitaciones, una primera vez increíble —soltó la chica de la recepción pasándome una botella de bebida azul que estaba empañada de tan fría.

Cogí la botella y se lo agradecí.

—¿Te quedarás ahí de pie, quieto, Leo? No puedo creer que te limites a mirar. ¿Desde cuándo? —le preguntó llevándose las manos a las caderas. Así, con ese gesto, sus hombros cobraron definición y para qué hablar de sus brazos. A mí me faltaba materia para verme así, quizá unos cinco kilos de músculos, por lo menos.

La joven le dedicó una sonrisita amistosa. Demasiado amistosa para mi gusto, tal es así que me entraron ganas de decirle que Leo era mi compañero, no el suyo.

Ok, sí, compañero. No amigo, ni amante, ni novio ni... ¿sería ella algo más que eso o lo habría sido en algún momento?

El gesto en el rostro de Leo cambió rotundamente. Los músculos de su cara se alzaron en una mueca potente, mejor dicho, imponente. Ésa era la palabra. Ahí estaba el hombre... un hombre sabedor de su condición, esa condición derivada probablemente de un dominio sobre sí mismo digno de elogios y de un carácter que no se iba con rodeos, mucho menos con mentiras.

Leo parpadeó lentamente y dio un paso al frente, y a mí me dio la impresión de que con ese paso suyo era capaz de rajar el suelo bajo sus pies.

Ese hombre del cual ya había tenido atisbos, uno duro y decidido, afloró a la luz, llevándose por delante el universo mismo, arrasando con todas las miradas.

Me dieron tantas ganas de ser como él... No necesitaba ser así de fuerte, sino simplemente sentir que lo era. ¿Acaso no es ése el primer paso para ser fuerte, sentirse fuerte, capaz, apartar a un lado los temores y las dudas?

Leo palmeó sus manos dos veces y Doménico soltó un grito de emoción.

—¡A ver, gente, despejad el área, que Leo os dará a todos una clase de verdadero *parkour*!

Ante la exclamación de Doménico, resonaron vítores por todos los rincones.

Así, sin más, los presentes comenzaron a abandonar el circuito.

—Esta gente te admira —le dije riendo ante el griterío de festejo que inundó el lugar después del aviso de Doménico.

Leo meneó la cabeza con una tímida sonrisa en los labios.

—Eres su ídolo —acoté.

—Sí que lo es. —Doménico palmeó la espalda de Leo—. Este hombre, en sus buenas épocas, ganó tres campeonatos consecutivos. Eso cuando era joven, ahora está venido a menos.

—¿Te demuestro que no lo estoy?

Doménico abarcó el terreno de juego con sus manos y brazos.

—Todo tuyo, amigo. Lúcete —Doménico me guiñó un ojo—, si es que puedes —soltó riendo en dirección a su amigo.

—Haré que te comas tus palabras, *amigo*. Ya verás, Alexia, te demostraré que este sujeto de aquí no tiene razón. ¿Tú qué opinas? —me preguntó comenzando a estirar los músculos de sus brazos—. ¿Crees que estoy venido a menos?

Con todos esos músculos que se le marcaron con los estiramientos, dudé de que pudiese considerarlo venido a menos. Las ganas de tocarlo me resultaron inevitables. Leo me gustaba, y mucho; dudaba de que fuese capaz de juzgar nada más en él de lo que tenía en ese instante frente a mí. Poco importaba lo que hubiese sido en el pasado, pues en el presente era absolutamente perfecto para mí.

Así, de pronto, me puse a imaginarlo otra vez sobre mí, pero de un modo equitativo, no como por la mañana: yo sin ropa, él sin ropa. Mi pulso se aceleró. ¿Sería bueno besando? Seguro que sí, eso era indiscutible.

El calor trepó por mi cuello hacia mi rostro. Como las palabras no acababan de salir de mi boca, contesté que no con la cabeza.

—Ya lo ves, Doménico, ella, que apenas me conoce, confía en mí.

—Claro que confío en él.

Los dos se dieron la vuelta a mirarme cuando pronuncie aquello. Me llevé una mano a los labios como si quisiese regresar aquellas palabras otra vez al interior de mi boca.

Leo me sonrió.

—Gracias, compañera.

—Espera a verme a mí y entonces sabrás lo que es bueno, Alexia.

—Eres bueno —le guiñó un ojo—, pero jamás serás tan bueno como yo. Asúmelo de una vez, tu vida será más sencilla así.

—Bien, quédate con esta victoria, pero ambos sabemos que en otras áreas soy mucho mejor que tú.

—Continúa haciéndote ilusiones, Doménico. Jamás lo serás.

Doménico lo dejó estar con una sonrisa en los labios mientras Leo se acomodaba sobre la tarima que todos utilizaban para comenzar sus rutinas.

Leo movió la cabeza de un lado al otro y sacudió hombros y brazos.

—¿Lista? —Leo asomó la cabeza por encima de su hombro derecho para mirarme. Sin esperar mi respuesta, alzó su palma.

¡Listísima! Si es que me moría de la emoción por la anticipación de verlo hacer aquello.

En respuesta, choqué mis cinco dedos contra los suyos.

Todos los presentes comenzaron a gritar y a aplaudir de nuevo.

El cuerpo humano siempre me ha fascinado; recuerdo, de pequeña, sentirme intrigada por el modo en que éste funcionaba, por comprender sus capacidades, sus fortalezas y también sus debilidades. La carne puede ser tan fuerte por momentos y tan débil en otras ocasiones...

El corazón, los pulmones, un cerebro que gobierna esa maquinaria estupenda que algunos, como Leo, desarrollan a niveles sorprendentes.

Cuando Leo dio el salto con el que inició el trazado de su camino, casi pude sentir su corazón palpitando más fuerte y sus pulmones llenándose de oxígeno.

Sus piernas parecían tener vida propia; el caso es que sus muslos eran increíblemente fuertes. Sus brazos, tan potentes como grúas. El agarre de sus manos no se quedaba atrás y su espalda resultaba una absoluta obra de arte, una maravilla de la ingeniería. Lo vi saltar y trepar con una destreza que me quitó el aliento. Su agilidad era la de un verdadero atleta.

Al verlo pasar por encima de los obstáculos y lanzarse de una altura desde la que a mí me hubiese dado pánico, ejecutando piruetas que en un circo hubieran requerido de cables de seguridad, me hizo concluir que debía ser imposible pensar en él en un mejor estado físico del que tenía en ese momento.

Leo no necesitaba cables de seguridad; es más, me dio la sensación de que él no estaba atado a absolutamente nada. La libertad de movimientos de su cuerpo era simplemente estupenda y trascendía lo físico, porque él corría libre, saltaba libre, y eso se notaba en la enorme sonrisa en su rostro, en el tono rojizo de sus mejillas, en los gritos desinhibidos que soltaba cada vez que ese campo de juego le ponía enfrente un reto.

Yo me había divertido y reído aprendiendo *parkour* ; sin embargo, me faltaba algo y no podía acabar de determinar qué era, pese a que no quité los ojos de encima de él.

Ojalá Leo me lo enseñase todo sobre él, quizá así descubriría aquello que guardaba dentro, eso que lo hacía ser lo que era y que nada tenía que ver con el *parkour* o con ser crudamente sincero; esas cosas no eran más que una exteriorización de aquello, un tenue eco en la superficie de lo que se escondía en las profundidades.

Vitoreé sus saltos y grité su nombre hasta desgañitarme para darle fuerzas, porque alentar a él era alentarme a mí... si incluso mis piernas se morían de ganas de correr tras él, de imitarlo sin comprender que yo no era capaz de hacer todas esas cosas, al menos por lo pronto —o quizá nunca.

Grité como una loca y lo seguí por el recorrido junto con Doménico, quien, con los puños apretados y la garganta hinchada de tanto gritar, animaba a su amigo a ser más veloz y ágil.

—Espéralo allí. —Doménico me indicó la parte posterior de la pared con las ventanas que quedaba a la altura de un primer piso. Ya había visto a un par de chicos trepar allí como si en las zapatillas y en las yemas de los dedos tuviesen algo que los ayudase a pegarse a la pared para escalar como ningún mortal podría hacerlo jamás.

Doménico se quedó al pie de la escalera.

Subí corriendo sin dejar de mirarlo. No quería perderme ni por un solo segundo su imagen.

Nunca me había sucedido que una persona se convirtiese en mi motor de energía para la vida, esa persona que necesitas tener cerca para retroalimentar la sed de vivir, las esperanzas de un futuro mejor... pero entonces... Leo. Él era más que una batería, que la retroalimentación. Él era el sol y yo, un panel solar que necesitaba su luz. No puedo explicar cómo o por qué, pero cada célula en mí se movía en su dirección. Probablemente por eso pedí aquel deseo, el deseo que en ese momento se hacía realidad.

Ya hacía tiempo que entendía que la ciencia no lo explica todo; eso es lo bello de la misma, lo bello de aquello que queda al margen de ésta, lo que queda fuera del alcance de tus manos, no de tu corazón.

Por desgracia tuve que dejar de observarlo durante un instante para moverme al otro lado de la pared. No tenía idea de por qué ventana aparecería. Mi pulso se aceleró todavía más. Los latidos de mi corazón creaban un ritmo completamente desacompañado que retumbaba contra mis costillas, dándome la impresión de que en mi pecho no había lugar suficiente como para guardar todo lo que sentía. No lo había porque me moría de ganas de verlo otra vez.

En mi sitio en aquella pasarela de metal desplegado, me removí igual que si fuese una temerosa pero también muy ansiosa Julieta, esperando a su Romeo.

Ése no era un momento romántico en el estricto sentido de la palabra, mas sí uno cargado de sentimiento, de mucho sentimiento.

Desesperada, di un paso al frente y entonces vi sus manos y brazos aparecer.

Leo se aferró del borde de la pared. Asomó la cabeza. Su rostro estaba rojo por el esfuerzo y los ojos le centelleaban.

Pasó los codos hacia mi lado de la pared y se dio impulso.

Juraría que, al verme, su sonrisa se amplió; al menos de eso quise convencerme. El caso es que quería que para él eso fuese tan intenso y significativo como lo era para mí.

De un salto, impulsó su cuerpo hasta ese lado del mundo en el que me encontraba solamente yo, y bueno... luego él.

Jadeando, avanzó hasta mí. Su pecho subía y bajaba a un ritmo frenético, igual que el mío, aunque no por las mismas razones; mi esfuerzo era puramente mental y se resumía al trabajo que le costaba a mi cerebro entender el porqué de esa situación.

Leo vino a detenerse frente a mí. Sus pupilas estaban fijas en las mías.

El rostro se le había perlado de sudor. Relamió sus labios y se pasó ambas manos por su corto cabello.

Lo que en un principio sentí como un pinchazo caliente en la parte baja de mi vientre acabó con mi cuerpo cual campo en llamas tras el estallido de una bomba incendiaria. Eso me provocaba él, combustión espontánea, y yo no quería sentir eso porque estaba Hugo y estaba aquello de que Leo me llamase *compañera* y... mis pensamientos se deshicieron en cenizas cuando Leo puso sus pies al lado de los míos, separando sus piernas. Su pecho se ubicó a escasos centímetros del mío, igual que su rostro, sus labios, sus ojos... razón por la cual mi mentón cayó hasta casi tocar mi pecho; para qué hablar de mi mirada, no podía mirarlo a la cara, ninguno de mis músculos era lo suficientemente fuerte como para alzar mis ojos.

El aroma de su piel, mezclado con el de su ropa y su sudor, se metió por mi nariz, aflojándome por completo. Sentí un agradable cosquilleo en la nuca y mi cuello se relajó. Mis brazos se pusieron lívidos.

—Alexia...

Su voz, su aliento sobre mí, me hicieron estremecer.

—... mírame.

Si hacía lo que me pedía, acabaría desparramada sobre el suelo o, peor aún, lo besaría, porque, a pesar de Hugo, a pesar de que me llamase *compañera*, quería besarlo y no solamente porque su boca era increíble, porque quería saber qué sabor tenía, porque quería abrazarlo, sino porque quería ser parte de él, sentir que tenía lo suficiente como para pararme a su lado de manera honesta y no a escondidas, y no sólo durante diez días para cumplir un deseo o un capricho. Quería sentir que era como él, que tenía lo que se necesita para tener a alguien como él al lado. Más que nunca, en ese instante, deseé meterme en su vida, en él.

La mano derecha de Leo subió hasta la altura de mi clavícula.

«¡Bésame, tócame!», le grité una y otra vez dentro de mi cabeza, y el milagro se hizo realidad... las yemas de sus dedos calientes acariciaron mi cuello y toda mi piel se erizó. Mi cuerpo se descompuso y compuso un centenar de veces ante su tacto.

Mis párpados cayeron pesados mientras sus dedos rozaban mi piel camino hacia mi mandíbula.

Tocaba mi piel nada más; sin embargo, me sentía como si estuviese tocando todo mi interior. Hugo nunca me había tocado así, o tal vez yo no me había permitido sentir sus caricias de ese modo.

Sus dedos llegaron a mi mandíbula y pasearon suavemente por el borde hasta mi mentón. Con un tacto más firme, lo alzó.



—Abre los ojos, necesito que me veas.

Si lo hacía, terminaría derrotada, perdida.

Obedecí y me encontré con los suyos y con su sonrisa.

Su boca se aproximó a la mía.

—Éste es solamente el principio.

—El principio, ¿de qué? —jadeé.

Su sonrisa se amplió.

—De lo que tú quieras, Alexia. Puedes conseguir lo que desees.

Y así, sin más, quise comérmelo a besos, porque nadie en mi vida me había dicho nada tan bonito. Me dio la impresión de que Leo apostaba todas sus fichas por mí apenas conociéndome y jamás antes había sentido que alguien creyera que yo pudiese valer para cualquier cosa que se me cruzara por la cabeza.

Si podía conseguir lo que quería, ¿por qué todavía no tenía un beso suyo?

La mano de Leo se posó completamente extendida sobre mi cuello y en su palma hizo eco mi pulso enloquecido.

—¡Magnífico!

Doménico nos arrancó sin anestesia todos los puntos que nos unían y así volvimos a ser una herida abierta, o al menos yo sí lo era.

Leo quitó su mano de mí.

—Tienes razón, amigo, todavía estás en forma. ¡Ha sido estupendo!

En un parpadeo, el lugar se llenó de gente que llegó para felicitar a Leo. Cuando quise darme cuenta, comprobé que me habían apartado a metros de él, pero él, más de una vez, me buscó con la mirada y eso fue suficiente. Me sonrió y le sonreí, y nuestro mundo volvió a unirse al menos unos pasos, acortando la distancia entre Canadá y Argentina, entre su libertad y lo que cada vez me parecía mi más calculada existencia.

¿Qué haría cuando se fuese?

¿Qué haría esa misma tarde al regresar a casa?

¿Qué haría en los siguientes cinco años, en los próximos veinte minutos, en el siguiente parpadeo, si él no estaba allí, si yo no alcanzaba a sacar de mí nada más que eso que me permitía ser en ese instante?

Por suerte, cuando comencé a sentirme otra vez muy perdida, Leo apareció junto a mí, con una sonrisa que no quiso enseñar su bonita dentadura. Alguien le habló; no obstante, no se movió de mi lado; en un segundo su hombro estuvo pegado al mío y su mirada acompañaba la mía... si hasta su pulso parecía estar acompasado con el mío. En el siguiente segundo, su firme mano tocó la parte baja de mi espalda y allí se quedó.

El único gesto de reconocimiento que me dio por lo que hacía fue un guiño, nada más que un guiño. Qué significaba aquello no tenía ni la menor idea. Lo que sí sabía era que, si eso significaba ser su compañera, no estaba tan mal.

Respondí a su gesto con una sonrisa y nos pusimos a charlar con los que nos rodeaban.

## 6. Un festín de mentiras

La tarde prácticamente se nos fue de las manos; de cualquier modo, no tuve que pedirle a Leo que me llevase de regreso a casa, la iniciativa fue suya.

Nos despedimos de Doménico y los demás rápidamente y partimos. Fue desde ese momento cuando Leo pareció haber perdido la capacidad del habla. Para lo único que se dirigió a mí fue para preguntarme si Doménico me había caído bien y qué opinaba de él.

Le contesté que sí, que parecía muy buena persona, que me agradaba y que sin duda era muy divertido.

Eso fue todo, allí murió la conversación hasta que yo interrumpí el mutismo con mi voz para que se detuviese un momento frente a una perfumería; se suponía que había salido de compras y no quería llegar a casa con las manos vacías. Mentir sin algún producto en mis manos me resultaría difícil. Su silencio comenzó a resultarme tan incómodo que le dije que podía irse si quería, que podía volver a casa en un taxi; además, al fin y al cabo no me encontraba tan lejos de mi apartamento. Leo no sólo negó con la cabeza, sino que insistió en bajar conmigo. ¿Qué clase de hombre se ofrece tan voluntariamente a acompañar a una mujer a comprar maquillaje? Porque era eso lo que tenía pensado adquirir, no se me ocurría nada más y en realidad no necesitaba absolutamente nada; lo de las compras era una mentira, la primera de lo que imaginé que sería un festín de ellas que comenzaban ya mismo a acumularse y que sin duda serían muchas más de ahí a diez días.

Entré en el local intensamente perfumado con Leo siguiéndome de cerca, como si temiese perderme de vista. Si su mirada estaba pegada a mí, la de las empleadas, trajeadas de impecable negro, lo seguían a él. Resultaba más que obvio que atrapaba la atención de todas y no era para menos, pero no por ser el único hombre en la tienda, sino porque no era simplemente un hombre, era *el hombre*.

Me entraron celos de que lo miraran así. La mano me ardía de las ganas que sentía de cogerlo de la mano para que ellas comprendiesen que estaba conmigo. ¡Atrás todas, que este hombre es mi compañero, no el vuestro! ¿Serviría el anuncio?, ¿tendría algún valor ese título que Leo me había otorgado?

Para mí, desde hacía horas, tenía un valor incalculable. No era mi novio, no era mi amigo, no era mi amante, era algo todavía más profundo que eso.

Giré la cabeza y lo espí por encima de mi hombro derecho para asegurarme de que todavía seguía conmigo. Allí estaba en cuerpo, en materia, sin embargo su mirada parecía perdida más allá del centenar de productos expuestos a nuestro alrededor, mucho más allá de mí y de las paredes repletas de carteles con rostros perfectos, a nuestro alrededor. No sé nada de almas; sin embargo, sí percibí que su mente no

estaba allí conmigo en ese momento. ¿Por qué parecía tan preocupado?, ¿qué ocupaba su cerebro en aquel instante si hasta hacía no más de media hora se lo había visto tan distendido y divertido?

Una de las dependientas se me acercó y, en silencio, Leo se detuvo detrás de mí después de contestar con un casi inaudible «buenas tardes» al saludo que ella nos dedicó.

No tenía ni idea de qué comprar, así que le pedí que me enseñase unas sombras para los ojos.

Seguí a la empleada en dirección a los probadores y Leo me siguió a mí.

Después de echarle una mirada a Leo, la chica me preguntó qué tonos me gustaría ver. Le contesté que claros, no solía maquillarme demasiado, y entonces la voz de Leo resucitó para proponerme una paleta de cuatro tonos que iban desde el negro carbón hasta el blanco escarchado. En mi vida había usado sombra negra y no me creía capaz de aplicarla sobre mis ojos sin acabar igual que si me hubiesen dado un puñetazo.

—Resaltará el color de tus iris —señaló, y por poco me caigo sobre mi entonces dolorido trasero, a causa del esfuerzo del *parkour*, por la mirada que me dedicó.

Cuando le contesté que no solía aplicarme esos tonos, se quedó mirándome sin parpadear.

En lo que duró ese *impasse* suyo entre parpadeos, mi cerebro se quedó elaborando el hecho de que, más allá de que no supiese maquillarme excesivamente bien, jamás me había atrevido a llevar maquillaje semejante porque temía llamar demasiado la atención haciéndolo.

¡Pues bien, a la mierda con eso! Si no lo hacía ese día, que tenía a Leo al lado para darle ánimo a mi coraje, no lo haría nunca. Además, quedaría bien con el vertido azul que pensaba llevar esa noche. Y fui más lejos que eso: le pedí que me enseñase un esmalte azul y uno negro y, al no poder decidir cuál de los dos adquirir, me llevé ambos.

Leo no dijo ni qué bonito ni qué feo, ni tampoco si le parecía bien o mal mi elección. Eso no importaba, lo importante era que me había atrevido a salirme un poco de mi molde; la dirección que tomase, por el momento, era lo de menos.

Pagué los productos y nos marchamos y, otra vez en silencio, continuamos el camino.

Cuando detuvo su coche a la vuelta de la esquina de mi edificio, sus facciones se aflojaron ligeramente.

—Lo he pasado muy bien contigo. ¿Te has divertido?

—Sí, mucho. Gracias.

—Me alegra que te haya gustado Doménico.

—Espero tener oportunidad de volver a verlo.

—¿De verdad quieres volver a verlo?

—Claro que sí; es muy agradable y divertido, estoy segura de que congeniaremos. —Le tiré un golpe inocente—. Pero no te pongas celoso. —Reí y él me sonrió.

—No soy celoso, Alexia, ni un poco. Todo lo contrario, me complace muchísimo saber que Doménico te cae así de bien. En fin... te veo esta noche.

—Sí, claro. Hasta entonces.

Intercambiamos insulsos besos en las mejillas, lo cual me dejó medio sin gracia, y bajé del vehículo.

Nada más poner los pies en la acera y cerrar la puerta, Leo se alejó pisando el acelerador.

\* \* \*

Quité la llave de la cerradura y acabé de cerrar la puerta. Presté atención, el piso estaba sumido en el más completo silencio.

Suspiré aliviada; mi cabeza era un revoltijo de ideas y lo último que necesitaba era tener a Hugo frente a frente, con lo mucho que me había costado bajar del automóvil de Leo. De ser por mí, le hubiese pedido que diese media vuelta y que me llevase de camino al aeropuerto y, de allí, a Canadá. De cualquier modo, tenía muy claro que ésa no era la solución para mi situación y que, si bien él estaba echándome una mano en esa locura, lo más probable era que no me quisiese en su vida a largo plazo. No tenía ninguna obligación de hacerse cargo de mí y yo, ningún derecho a endilgarle esa responsabilidad. Vamos, que era una mujer adulta y podía resolver eso; tenía las armas, tenía la fuerza, sólo me faltaba...

—¡Hola!

Por poco vomito el corazón ante el saludo de Hugo.

—¿Cómo te ha ido?, ¿qué has comprado? Te ha sentado bien salir, se te ve vigorosa. Tienes hasta color en las mejillas.

Tragué saliva. Momento de omitir, mentir, ocultar. No podía contarle lo que estaba haciendo con Leo porque jamás lo comprendería, si hasta le había costado asimilar verme vestida de ese modo.

—Sí, he comprado algo de maquillaje, quería probar unos colores nuevos. Imagino que me ha sentado bien tomar un poco de aire. ¿Has dormido?

—Como un bebé. —Se aproximó a mí—. Lo necesitaba, estaba agotado. —Sus manos rodearon mi cintura, de la nada comenzó a besar mi cuello.

Estaba preguntándome de dónde salían esos arrebatos suyos, pues sin duda eran algo muy nuevo en él, cuando apartó su rostro de mí.

—Hueles a sudor —dijo mirándome directamente a los ojos.

Así fue cómo mi cerebro se quedó en blanco, también mi rostro. Si es que no conseguía darle forma a ninguna mueca.

—¿Acaso has estado corriendo o algo así? —inquirió riendo y soltándome.

¿Tan mal olor tenía yo?

Olfateé mi camiseta, pero no llegué a percibir nada.

—Había mucha calefacción en el establecimiento. Ha de ser por eso —mentí.

—Bueno, deberías ir a darte una ducha.

No lo dije de mal modo, es más, sonrió al hacerlo; sin embargo, a mí me dieron ganas de mandarlo, como mínimo, de paseo. ¿Acaso él no sudaba? Me quedé mirándolo e intentando comprender por qué me costaba tanto sentirme como antes, cuando todo, siendo exactamente igual que en ese momento, me parecía tan bien, tan perfecto.

Nada había cambiado entre nosotros... bueno, nada salvo yo misma, y ni siquiera tenía muy claro si eso era una fase o un cambio real solamente sustentado por la presencia de Leo. Una aventura, una etapa rebelde.

—Sí, mejor me voy a la ducha, que ya es hora de que comience a prepararme.

—Sí, claro, no queremos llegar tarde. Tu madre está ansiosa por que todo salga perfecto.

Como si fuera preciso que me lo recordara.

—Si me necesitas, estaré en mi estudio. En unos minutos iré para empezar a prepararme yo también. Hay una cosa que debo terminar antes.

Consideré por captadas sus palabras con un movimiento de cabeza, di media vuelta y partí rumbo a nuestro cuarto.

Arrojé mi abrigo sobre la cama y me senté a un lado para quitarme las zapatillas deportivas. Todo mi cuerpo se quejó de dolor al utilizar tantos músculos de una vez.

Se me escapó un suspiro, uno de esos largos que te quitan el aliento. Intentaba recuperarlo cuando mi móvil comenzó a sonar. Era Jerónimo. Contesté antes de que sonara por tercera vez.

—Hola, hermanita —soltó adelantándoseme; el caso es que, de pronto, me había puesto nerviosa. Eso me sucedía cada vez que él me llamaba o cuando llamaba mi madre; la salud de mi hermano era una preocupación constante para mí.

—Hola, ¿cómo estás? ¿Te ha sucedido algo, te encuentras bien? Necesitas que vaya. ¿Tienes que ir al hospital?

—¿Quieres llamar a una ambulancia?

Obviando todos los dolores en mi cuerpo, me puse de pie de un salto.

—¡Ahora mismo la llamo! ¿Estás en casa? ¿Qué tienes? ¿Cuáles son los síntomas? —le pregunté mientras recogía mis cosas otra vez.

—Puedes calmarte, era broma. Lo he dicho por la urgencia con la que me has saludado. No necesito una ambulancia, sólo necesito a mi hermana.

La cama me recibió de nuevo.

—¿Qué tienes? ¿Te sientes mal?

—Quizá sólo sea cansancio por el viaje.

—Jero, mejor te paso a buscar y te llevo al hospital.

—Estoy hasta las pelotas de los hospitales, te llamo para que me hagas una revisión rápida y listo.

—Puedo llevar mi maletín, pero quizá necesites unos análisis de sangre y...

—Si lo consideras preciso, lo haremos el lunes, no hoy. Hoy es tu fiesta de cumpleaños.

—Sabes que eso no me importa lo más mínimo, odio las fiestas.

—Sí, pero yo no. A mí me gustan y son tus últimos veintitantos.

—Jero, por favor.

—No es grave, Lexi, sólo tengo la respiración un poco agitada y estoy cansado. Es probable que no sea nada.

—¿Te alimentas bien? Sabes que tienes que...

—Sí, lo sé. El caso es que vivir entre algodones no mola, me aburre.

—Bueno, tienes que estar vivo para aburrirte, de modo que agradece que puedes aburrirte de comer sano y cuidarte.

—Ahh, por favor, mejor nos ahorramos el melodrama, Lexi, que no me sucede nada. Además, para eso ya está mamá.

—Tu salud no es ningún juego.

—¿Y me lo dices a mí? Te juro que no es nada serio, sino ya habría ido al hospital. Es que me siento como cuando mis pulmones van a empezar a darme problemas, eso es todo, y pensé que quizá pudieses recetarme un antibiótico.

Mi hermano había tenido problemas con su sistema inmunitario desde que nació; propenso a infecciones y a toda serie de enfermedades, pasó gran parte de su infancia de hospital en hospital, de ahí su reticencia a poner un pie en uno. La verdad era que, después de su adolescencia, mejoró considerablemente; se cuidaba mucho, pero de vez en cuando alguna infección se complicaba y acababa pendiendo de hilos otra vez. Por eso, cuando decía que se sentía mal o que tenía una leve molestia, todos nos poníamos en alerta.

—Está bien, veremos de qué se trata cuando vaya. Tienes que prometer que, si te pido que vengas conmigo al hospital para más pruebas, vendrás.

—Sólo si me prometes que me atenderá una doctora bonita.

—¡Déjate de tonterías! —La mera idea de que mi hermano pudiese estar mal me hizo olvidar todas mis locuras; de lo que no me olvidé y a quien por desgracia necesité a mi lado, sin que eso tuviese coherencia alguna, fue a Leo. Me dieron ganas de llamarlo para contarle todo por lo que había tenido que pasar Jerónimo, para que me diese apoyo y fuerza en el caso de que su situación se complicase.

—Ok, ok, ok. Te lo prometo, no te pongas paranoica. ¿Más tranquila?

—No estaré tranquila hasta que te haga una placa de tórax y un reconocimiento completo.

—A mí se me antoja otro tipo de reconocimiento completo. Odio que mamá y papá sean viejos, todos los hijos de sus amigos tienen tu edad y no la mía. O me busco una candidata de tu edad o moriré del aburrimiento esta noche, del aburrimiento y célibe.

—Una semana de descanso no te hará ningún daño. No me quiero ni imaginar la clase de reconocimiento completo que has tenido a diario hasta ayer.

—Tranquilízate, que no es para tanto. Somos adultos. Tú también tienes sexo, aunque la verdad es que no me apetece pensar en eso. Bueno, si es que lo tienes... te vi con cara triste ayer, de que te falta diversión.

—¿De verdad quieres discutir eso conmigo? —Me levanté de la cama después de quitarme la segunda zapatilla y fui de camino al baño. Cerré la puerta detrás de mí.

—Bueno, somos hermanos y sé mantener la boca cerrada, nadie más discreto que yo. Y si necesitas que le parta las piernas a Hugo, lo puedo arreglar.

Desabotoné mis tejanos y abrí el agua de la ducha para disimular el sonido de mi voz en caso de que Hugo se acercase a la puerta. Los pantalones que me había regalado Doménico quedaron en una taquilla reservada para mí en su gimnasio, puesto que la idea era que volviese a visitarlo en compañía de Leo.

—Te contaré una cosa, pero solamente si juras mantener la boca cerrada.

—Mientras no le digas a mamá lo de mis pulmones, seré una tumba.

—Si tenemos que hacerte pruebas, se enterará, no podremos evitarlo.

—Bueno, al menos por ahora. Dime, ¿qué quieres contarme?

—Conociste a Leo, el amigo de Hugo, anoche durante la fiesta.

—Sí, tus suegros me lo presentaron. Un sujeto un tanto parco en palabras y de carácter. ¿Te has enredado con él? ¡Eso sí que no lo puedo creer! ¡Le has metido los cuernos a Hugo!

—¡Baja la voz! —siseé—. Nada de eso. Es que él... bueno, esto es un tanto extraño... Ultimamente siento dudas sobre todo lo que he hecho y dejado de hacer.

—¿Y eso?

—No sé. Lo que sí sé es que, de deseo al soplar las velas de mi tarta de anoche, pedí ser él y él me está ayudando a convertir ese deseo en realidad.

Jerónimo soltó una carcajada que duró como máximo tres segundos y después cayó en un rotundo silencio.

—¿Es en serio? —preguntó.

—Lo es. Conversamos, él parece tener las cosas en la vida más claras que yo o quizá sea que vive de un modo más claro y menos plagado de... —Se me cruzó por la cabeza la palabra *engaños*, pero no la pronuncié—. El caso es que, durante los próximos nueve días, diez contando hoy, experimentaré un poco de su vida. Hoy me ha llevado al gimnasio de un amigo suyo a hacer *parkour*. ¡Me ha encantado! —solté llena de entusiasmo—. Me he divertido muchísimo. La última vez que lo pasé así de bien fue la última vez que tú y yo fuimos a esquiar.

Jerónimo volvió a quedarse en silencio.

—Entonces, ¿sales con él?

—No en el modo en el que tú crees. Leo me llama *compañera*. —Me ahorré decirle que, en más de una ocasión, me entraron ganas de que me besara o tocara.

—Si esperabas que te dijese que dejaras de hacerlo...

—No sé. Se supone que la cuerda siempre he sido yo. —Reí.

—Sí. Eso es cierto. ¿Qué opina Hugo?

—No tiene ni idea, no le he contado nada. Creo que no lo entendería. Por ahora no...

—Está bien, Lexi, no tienes de qué preocuparte. No diré nada. Me parece genial que te diviertas. Sólo te ruego que tengas cuidado: a Hugo es más fácil partirle las piernas, en cambio a Leo... bueno, ese sujeto es de cuidado, tiene una musculatura que no es para despreciar.

Sí, y eso que él no había tenido la oportunidad de ver esa musculatura en movimiento.

—Gracias por compartirlo conmigo. Por primera vez en mi vida me siento verdaderamente como tu hermano, siempre me has tratado más como a un hijo. Me alegra que confíes en mí para esto.

—Eres mi hermano, yo sólo he intentado cuidar de ti.

—Pero también somos adultos y que me cuentes las cosas que te pasan como adulto... es un buen cambio no hablar de mis múltiples males.

—Lo es.

—Sólo te pido que me prometas que te divertirás, porque tú siempre has estado cuidando de mí, estudiando, cumpliendo con tus obligaciones... Ya era hora de que te tomases un tiempo para ti.

—Gracias, Jero, gracias por escucharme. Te quiero.

—También te quiero, bonita. Todo irá bien.

—Sí, todo irá bien.

—Hasta más tarde.

—Hasta luego.

Corté la comunicación y terminé de desvestirme para meterme en la ducha, todo sin conseguir quitarme de encima la sensación de que la ruptura entre mi vida de antes de la velada anterior y la del presente y futuro era imposible de reparar.

\* \* \*

El resultado final no quedó como un maquillaje profesional, pero superó mis expectativas. Por un momento pensé que tendría que quitarme hasta la base y empezar otra vez. No me di por vencida. Es más, se me escapó una sonrisa al comprobar que Leo tenía razón cuando dijo que el maquillaje oscuro resaltaría mis ojos.

Me sentí tonta al compararme, dentro de mi turbada mente, con esas modelos de pasarela cuyas miradas parecen tener el poder de arrasar el mundo. En bata, maquillada y peinada, me sentí más alta, más grande, más fuerte.

Tendría que agradecerle a Leo ese momento también.

—¡Uauuuu! —exclamó Hugo llegando por detrás de mí—. ¿Esos son los maquillajes que has comprado hoy?

—Sí, ¿te gusta?

—Sí... uauuu... pero no pareces tú. —Hizo una mueca rara—. Es distinto. Es... mucho. Supongo que está bien. Es llamativo.

No sé ni por qué mi mano llegó al paquete de toallitas desmaquillantes.

Aparté la mano. A mí me gustaba y tampoco me parecía que fuese tanto. Decidida, me puse en pie.

—A mí me gusta. Me quedará así. ¿Necesitas ayuda con los gemelos? —le pregunté al ver que los llevaba en una de sus palmas.

Hugo balbuceó un «sí» y se los coloqué. Él ya estaba listo, con corbata y todo, solamente le faltaba la chaqueta del traje.

Al acabar con la tarea, noté que miraba mis uñas azules, dudando entre mencionarlas o no, pero no le di tiempo. Fui a vestirme, íbamos retrasados.



Durante el trayecto de ida a casa de mis padres tampoco le di lugar para que comentase nada; primero, porque mi madre me llamó por teléfono; después, porque tuvimos que parar para poner gasolina, y, por último, porque ya habíamos llegado y la casa de mis padres parecía más preparada para una boda que para un cumpleaños.

Nos comentaron que sería una fiesta con apenas unos conocidos y allí debía de haber más de doscientas personas.

Sonaba música en vivo, todo era de colores claros, abundaba el cristal, el *champagne* y las risas suaves.

—¡Bienvenidos! —exclamó mi padre después de que uno de los empleados de la casa abriese la puerta para nosotros. El chico hizo el amago de coger mi abrigo, pero, enredado en éste, mejor dicho, escondido, llevaba mi maletín para examinar a Jero. Fueron unos segundos tensos en los que todos se me quedaron mirando cuando insistí en quedármelo; al final el momento pasó.

Mi madre llegó a saludarnos y luego mis tías, y acabé con una copa de *champagne* en la otra mano. Busqué a las dos personas que deseaba ver mientras perdía de vista a Hugo; ni señales de Jerónimo o de Leo. Éste podía no haber llegado, y era posible que mi hermano estuviese escondido por ahí, escapando de los amigos de mis padres.

En cuanto me encontré libre de familiares y amigos que saludar, también me escapé escaleras arriba; necesitaba dejar el maletín hasta que diese con Jero, no podía cargarlo toda la noche y mi madre ya me había mirado raro un par de veces.

Iba de camino a mi cuarto cuando tuve una corazonada. Llamé a su puerta, pero Jerónimo no contestó.

Giré la manija. La puerta estaba abierta y allí lo encontré, desparramado sobre su sofá, con los auriculares puestos, jugando con su PlayStation.

Arrojé mi abrigo sobre la cama y, cargando el maletín, fui a acomodarme a su lado. No tuve más opción que cruzar su campo de visión, por lo que rezongó. Por mi culpa, lo mataron. Puso en pausa el juego y se quitó los auriculares.

Tosió, y su tos no sonó bien.

—Hola. Bienvenida a mi fiesta privada.

Sobre la mesita a su lado había una botella de *champagne* descorchada, pero ninguna copa. Él siguió la dirección de mi mirada, agarró la botella y me la tendió.

—¿Un trago?

—Ya he bebido una copa. —De cualquier modo, cogí la botella por el cuello y di un trago. Se la devolví y él bebió para después ponerla de nuevo en su sitio—. Anda, déjame que escuche esos pulmones.

Abrí mi maletín y busqué el estetoscopio mientras él se sacaba la chaqueta.

—¿Alguna otra molestia además de tu pecho?

—Cansancio. Bien podría ser por el viaje de vuelta.

—Bueno, eso ya lo veremos.

Como Jerónimo llevaba la camisa por fuera de los pantalones, la levanté para pegar el estetoscopio contra su piel para auscultar sus pulmones. A pesar de que había entibiado el metal, se quejó del frío.

—Respira profundamente.

—¿Necesitas pedírmelo? Como si fuese la primera vez.

—Jero, por favor. Chis...

Moví el estetoscopio por su espalda en busca de algo que no sonara del todo bien, cuando...

—¿Alexia?

La puerta se abrió y apareció Leo, sorprendiéndonos.

Quité la mano de debajo de la camisa de mi hermano y éste enderezó la espalda.

—Disculpad. No pretendía molestaros. Es que te vi entrar y... —Leo se quedó mirándome—. Lo siento, perdonad. Te veré abajo luego. —Si pretendía volver a darnos intimidad, tardó un poco en hacerlo. Sentí sus ojos fijos en mí, requisando mi aspecto. Podría jurar que hasta lo sentí sobre las tiras de mi vestido azul en mis hombros, en mi escote, en mi cuello y en la nuca, sobre la cual me caían unos cabellos del recogido en el que llevaba sujeta mi melena. Lo más agradable de todo fue sentirlo en los labios. Deseé que ésa no fuese la habitación de Jerónimo, sino la mía, y que nos encontrásemos a solas. Cuando acabó su rutina en el gimnasio de Doménico... allí había quedado una situación sin terminar, o por lo menos prefería creer que así era, porque, por momentos (en esas horas, cada vez más a menudo), me daban más y más ganas de más entre él y yo.

Leo por fin hizo el amago irse.

—Espera, ¿dónde crees que vas?, vuelve aquí.

Sin moverse de su sitio, Leo cerró la puerta.

—Planeaba regresar a la fiesta —le contestó a Jerónimo desviado fugazmente la mirada de mis ojos. En cuanto acabó de hablarle, volvió a observarme.

—¿Qué has visto?

Leo rio por lo bajo y después se aclaró la garganta.

—A tu hermana auscultando tus pulmones. ¿Por qué? —soltó sin arredrarse.

—Si abres la boca...

—Deberíais daros prisa con esto, os buscan a ambos.

—¿Has venido siguiéndola? —le espetó Jerónimo refiriéndose a mí.

—Mejor acabad con eso, yo me quedaré aquí trabando la puerta para que nadie entre. —Leo retrocedió de espaldas y apoyó todo el peso de su cuerpo sobre la superficie de madera—. Seguid, no permitiré que nadie interrumpa.

Jerónimo me lanzó una mirada por encima de su hombro.

—Vamos, Jero, permite que termine de revisarte; él no dejará que nadie entre.

Leo se cruzó de brazos y apartó la mirada.

Jerónimo me gruñó un «bien» y me dejó continuar.

—No me gusta cómo suenan. El lunes vendrás al hospital y te haré unas placas. Preferiría hacerlo mañana, pero no trabajo e imagino que no querrás...

—Podemos esperar al lunes.

—¿Fiebre?

Jerónimo negó con la cabeza.

—No lo creo.

Su presión arterial estaba bien y sus niveles de oxígeno en sangre apenas un poco bajos, nada que revistiese urgencia.

—Júrame que me visitarás el lunes.

—Yo puedo llevarlo, si quieres —se ofreció Leo.

—No tengo diez años, tengo coche y permiso de conducir.

—Me refería a ser tu excusa, tu coartada. Ya me he dado cuenta de que ninguno de los dos desea que vuestros padres se enteren de lo que sucede. No me parece correcto; sin embargo, si Alexia considera que podéis esperar hasta el lunes, me imagino que no es nada grave.

Jerónimo nos observó por turnos.

Negué con la cabeza para hacerle entender que no lo era.

—Me parece un ofrecimiento genial, Jero, al menos así me aseguraré de que vendrás a verme. Si Leo pasa a buscarte, no podrás escapar de mí. —Reí y mi hermano gruñó por lo bajo.

—Ok. Si no queda más remedio...

—No, no te queda —afirmó Leo enfrentándolo con la cabeza en alto.

—Lo último que me faltaba —resopló Jerónimo poniéndose la chaqueta mientras yo guardaba los instrumentos dentro del maletín.

Me puse en pie y lo seguí.

—Mejor volvemos a la fiesta.

Leo no se movió de su sitio contra la puerta, pese a las palabras de mi hermano.

—¿Puede irse ya o tienes algo más que decirle? —me preguntó Leo.

Solté una carcajada. Sonaba rotundo y me sentía increíblemente bien teniéndolo de mi lado.

—Sí, ya puedes dejarlo partir.

Leo se apartó. Mi hermano iba a salir con su botella en mano pero Leo se la arrebató.

—Creo que hasta el lunes lo mejor será que te alejes de cosas como ésta.

—¿Pero ¿qué es esto?!

—Lárgate ya.

Jerónimo se quedó mirándolo con el entrecejo fruncido.

—Luego concretaremos con Alexia a qué hora paso a por ti.

Mi hermano nos mandó a la mierda a los dos y se fue dando un portazo. Nos quedamos solos y en silencio en su habitación.

—Hola —me susurró mirándome directamente a los ojos otra vez.

—Hola.

—Estás preciosa.

—Y tú, muy elegante.

—¿Cómo lo lleva tu cuerpo?

—Está dolorido, pero creo que sobrevivirá.

La conversación cayó de nuevo en una que no involucraba palabras, sino solamente miradas.

—¿Crees que podrás escaparte esta noche?

—¿Escaparme?

—Me gustaría que me acompañases a un sitio.

—¿Esta noche? ¿A qué hora?

—Antes de que termine la fiesta, al terminar, después de que regreses a casa... cuando puedas.

—Bueno, no sé qué excusa podría poner para salir...

—¿Nunca te llaman del hospital si hay alguna urgencia?

—No suele suceder, pero...

—Es importante. Muy importante. Necesito que veas lo que tengo para mostrarte, porque es una parte importante de lo que soy como hombre.

Con aquellas palabras tuyas, que llegaron acompañadas de una mirada penetrante que licuó mis neuronas junto con la materia gris de mi cerebro, acabé decidiendo que me inventaría una excusa para salir después de la fiesta.

—Bien, veré qué puedo hacer. No estoy segura de a qué hora podré liberarme.

—Perfecto, con eso me basta. Quieres hacerlo, y conseguirás hacerlo.

A mí no me parecía así de sencillo; ni mucho menos.

Leo abrió la puerta para mí y salimos al pasillo.

—Entonces... tenía razón con tu maquillaje.

—Supongo que está bien.

—No seas tímida. Te queda excelente. Es extremadamente sexy.

Tragué saliva y me aclaré la garganta.

—Te ves más salvaje.

Dijo aquello muy serio, pero a mí, de los nervios, se me escapó una carcajada.

—¿Hay algún problema con lo que he dicho?

Con la mandíbula floja, negué con la cabeza.

—Seguro que Hugo estará esperando para llegar a casa y arrancarte la ropa.

Me quedé petrificada sobre el suelo. ¿Qué? ¿De dónde salía todo eso?

—Yo lo haría; de hecho, no aguantaría hasta llegar a tu apartamento. No sé dónde está él, pero, si yo estuviera en su lugar, ya te hubiese arrastrado hasta uno de estos cuartos para practicar sexo contigo incluso con ese vestido puesto. Y no creo que sea algo malo decirlo, el sexo es bueno... consensuado, claro está. La experiencia puede ser mucho más de lo que imaginas. Mucho, mucho más.

Leo se me acercó y yo hice el amago de retroceder, pero no me lo permitió: con una mano atrapó mi cintura y con la otra, mi muñeca derecha.

—Por el tono rojizo de tu cara deduzco que, para ti, el «mucho, mucho más» quizá no ha quedado muy claro —entonó perforando mi cráneo con su mirada—. ¿Por qué tienes problemas con el placer, con el deseo? Espero que no sea porque tienes problemas con el sexo, ¿o sí?

—¿Quién ha dicho que yo...? —No logré terminar la frase. Leo rio alzando mi muñeca, dos de sus dedos presionaban sobre mi pulso.

—¿Lo acelerado de tu ritmo cardíaco es porque tienes miedo, porque estás excitada?

—No sé de qué...

Leo acercó su boca a la mía; no fue intencionado, pero separé los labios. Me moría por besarlo, por morder su boca, por enloquecer con él. Era terriblemente sexy, me gustó desde el primer momento en que lo vi, y eso nada tenía que ver con el amor, ni porque tuviese una crisis con Hugo o porque estuviese en una crisis existencial generalizada, sino simplemente por atreverme a aceptar que podía sentirme atraída por alguien más.

—¿Qué es lo que más te gusta?

—¿Qué? —balbuceé apretando las piernas. El caso es que sí, estaba excitada y al mismo tiempo tenía miedo.

—¿Qué te gusta hacer con Hugo? ¿Qué, de lo que te hace, te da más placer? ¿O será algo que haces sola? —susurró a escasos milímetros de mi boca. Su aliento se metió en mí, bajó por mi garganta, inundó mi vientre y fue a parar directamente a la zona entre mis piernas. Me avergonzó sentirme así de excitada en medio del pasillo de la casa de mis padres y a causa de las cosas que me decía un amigo de mi novio.

—¿No te gusta el sexo? Porque a mí, sí, y mucho.

—¿Estás pidiéndome que me acueste contigo? Hugo...

—No se trata de Hugo, y no, no te estoy pidiendo que te acuestes conmigo. Yo disfruto mucho del sexo, el placer es una parte importante de mi vida y se supone que en los nueve días que restan tú serás yo, ¿lo recuerdas? Vamos, cambia esa cara de pánico. ¿Qué te da tanto pavor?

—No entender de qué hablas.

—Hablo de tener sexo, de buscar placer, de disfrutar de tu cuerpo, de disfrutar de dar placer a otros. De tener orgasmos, del clímax. ¿Te ha quedado claro ahora?

—Sí, ya había entendido que hablabas de sexo. —Intenté apartarme; no me lo permitió.

—Muy bien. De todas formas, mi concepto es un poco más amplio, ya te lo explicaré. Ahora dime algo: ¿por qué te incomoda tanto la cercanía de mi cuerpo? ¿Tienes miedo de que te arrebate algo o temes lo que puedas hacer tú? ¿Cuánto te contiene cuando tienes sexo y por qué?

—¿Tú qué sabes?! —chillé ofendida, cuando en realidad estaba un tanto enojada quizá más conmigo misma, no con él, a causa de mi realidad en ese campo. Nunca había sido una persona demasiado sexual y eso no me había molestado jamás... bueno, desde hacía un par de minutos, eso comenzaba a hacerlo. No era solamente el sexo, era todo; es que a veces la falta de valor da demasiados síntomas poco agradables.

—¿Dónde te escondes? —Sus ojos se movieron por los míos. Si antes su mirada había sido fiera, ahora estaba cargada de dulzura—. ¿A cuánta profundidad estás? ¿Cuánto te mientes a ti misma?

—¿Cuánto te mientes tú a ti mismo?

—¿Quieres verdades?

Asentí con la cabeza.

—De acuerdo. Soy un desastre en las relaciones de pareja; de hecho, no he tenido novia en unos... —se quedó pensando—... bien, son más de quince años. El amor no es lo mío. Aprendí mi lección con respecto al amor hace mucho. Otra verdad es que suelo ser demasiado directo y la gente ve eso como maldad, pero yo considero que es peor mentir. La mentira lastima más que la verdad. ¿Una verdad más?

Temerosa, asentí con la cabeza.

—Me gustas mucho. Mucho más de lo que debería gustarme la novia de un amigo, y no me resulta fácil no arrastrarte a una de esas habitaciones —apuntó con la cabeza hacia atrás— para follarte. De hecho, la noche pasada, en que te conocí, me masturbé pensando en ti.

Mi respiración se cortó. No tenía ni idea de quién era ese hombre que tenía enfrente y, sin embargo, no conseguía reunir las ganas suficientes como para alejarme de él.

—Más verdades... hay cosas de mí que no pienso contarte, no soy dado a compartir sentimentalismos. No espero volver a verte cuando acaben estos nueve días.

Los engranajes de mi cerebro se trabaron.

—¿Esto es una aventura y nada más? No entiendo, ¿esperas que me acueste contigo?

—No, ya te he dicho que no es eso. No te propongo que tengas un amorío. Eres tú la que querías ser yo y realmente me encantaría verte siéndolo. Y sí, una aventura es, la vida lo es. No siempre resulta una aventura divertida, más diría yo que es puro riesgo y que demasiado a menudo sales herido, pero es lo que es. Comprendo que estés confundida; te juro que esta noche todo quedará claro. No puedo explicártelo, tienes que verlo y sentirlo.

Leo me soltó y me sentí como si acabasen de lanzarme al espacio sin gravedad.

Me quedé mirándolo. Cuando le pedí que fuese mi deseo no tenía ni la más remota idea de que sería eso, fuera lo que fuese. Mi petición, sin duda, tenía más que ver con el deseo de lo que yo hubiese podido imaginar.

—Y bien, ¿deseas descubrir de qué se trata?

—Alexia, ¿estás arriba?

El corazón me trepó a la boca al oír la voz de Hugo llamándome.

Leo me escrutó inquisitivo con las cejas en alto.

—¿No le contestarás?, ¿no me contestarás?

Despegué los labios y nada salió de mi boca, sentí como si tuviese la lengua hundida en el fondo de mi paladar.

Leo acortó la distancia entre nosotros de un solo paso.

—Si supieses lo mucho que puedes sentir a través de esta piel —las yemas de sus dedos acariciaron la zona de mi cuello apenas tocándola, desde debajo de mi mentón hasta la nuca—, no dirías que no. Tengo mucho que mostrarte —susurró—. Por favor, no termines esto ahora. Dame el gusto y permíteme verte siendo yo.

Mi piel se echó a vibrar por culpa de la intensidad con la que latía mi corazón.

—¿Alexia? —volvió a llamarme Hugo desde las escaleras.

—¿Qué me dices?, ¿sigues siendo mi compañera o no?

Tenía que responderle que no, tenía que terminar con eso antes de que lo arruinase todo de la peor manera, antes de que no pudiera volver atrás. ¿Volver atrás?, ¿arruinarlo? ¿Por qué tenía tantas ganas de lanzarme a su cuello con los brazos extendidos?, ¿por qué, pese al pánico que me corría por las venas, iba a decirle que sí, incluso sabiendo que no sería capaz de ser como él?

—Aquí estoy —le contesté a Hugo alzando la voz.

Leo movió la cabeza para mirar en dirección a las escaleras, sus dedos seguían sobre mí.

Los dos volvimos la vista al frente al mismo tiempo para encontrarnos en una mirada.

Tragué saliva.

—Sigo siendo tu compañera.

La sonrisa más enorme y bella se desplegó en los labios de Leo.

—Ok. —Apartó sus dedos de mí—. Me satisface mucho oír eso. ¿Lo ves?, eres más valiente de lo que creías.

—Dudo de que sea tan valiente como tú, no sé si esto es para mí. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo y...

—Calma, tranquila, no voy a comerte ni a obligarte a hacer nada que no quieras. Te lo explicaré esta noche.

—Ahhh, aquí estás —exclamó Hugo llegando a la planta de arriba—. Aquí estáis —acotó reconociendo la presencia de Leo.

—Sí, Hugo. Alexia estaba dándome un *tour* por la casa de sus padres.

—Ahh, sí, claro.

Noté que Hugo no tenía muy buena cara.

—¿Todo en orden?

—Sí, es que llevo un rato buscándote.

—Aquí estábamos. —Al menos eso no era una mentira. Más tarde tendría oportunidad de mentirle otra vez. Se me formó un nudo en el estómago.

—¿Bajamos? Todos preguntan por ti. Eres la homenajeadá y deberías saludar al resto de los amigos de tu padre. Mucha gente quiere hablar contigo. Tu padre ha invitado a ese cirujano amigo suyo que ahora está a cargo de esa clínica nueva de la cual te habló. Deberías hablar con él; si te contratara, seguramente tendrías un sueldo mucho mejor y horarios de trabajo más normales, por no hablar del prestigio que ganarías al trabajar para él. Tendríamos que contarle nuestros planes de contraer matrimonio. Tu padre dice que él valora mucho la familia y los buenos valores morales. Ya sabes... — no entendí por qué, desvió la vista en dirección a Leo. Se hizo silencio.

—Anda, ve; terminaré de ver esta planta yo solo —comentó Leo—, no querrás perderte la oportunidad.

Sin darme tiempo a nada, Hugo me cogió de la mano y tiró de mí hacia las escaleras.

## 7. Délice

La fiesta resultó la sala de espera más insufrible que jamás hubiese experimentado, sobre todo porque no pude disfrutar de nuevo de un momento a solas con Leo, lo cual me volvió loca, y, para empeorarlo todo, Hugo insistió en no separarse de mí... si hasta al lavabo me acompañó para esperarme fuera. Sin duda su conducta no era normal, tampoco la mía; imposible dejar de pensar en las palabras de Leo. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, se infiltraba debajo de mi piel un ardor que no tenía ni idea de cómo canalizar. Sentía ganas de saltar fuera de mi cuerpo, de saltar hacia él, ser parte de él y conocer aquello que en sus propias palabras era esa parte importante de lo que él era como hombre.

Volví a buscarlo entre los presentes. Lo divisé al otro lado de la sala, hablando con unos amigos de mi padre.

Como si supiese que lo estaba mirando, movió sus ojos hasta mí. No hubo sonrisas ni guiños, simplemente sus ojos en los míos y viceversa.

Me pregunté qué, además de lo que me enseñaría más tarde, lo hacía el hombre que era. ¿Por qué alguien a sus treinta y un años desiste del amor? No digo que eso vaya de cuentos de hadas, pero al menos hay que intentarlo... Bueno, hay gente solitaria, aunque él no parecía un ermitaño... si su sonrisa era fácil y amable, y al verlo correr en el gimnasio horas antes me había quedado claro que le gustaba divertirse, que podía soltarse y ser libre.

Nadie es lo que es simplemente porque sí.

—¿Me acompañas a buscar una copa?

La voz de Hugo en mi cabeza sonó sintética; yo estaba en el limbo y no pensando en él.

—¿No crees que deberíamos irnos ya?, estoy agotada.

—No puedes marcharte, eres la homenajeadada y, además, quiero beber un trago más.

Hugo había bebido de sobra esa noche, lo que no era habitual en él. Nada de esa noche era normal, tampoco el tono en el que se dirigió a mí.

—Pues yo estoy exhausta y los invitados que quedan son casi todos amigos de mis padres. Además de eso, me parece que ya has bebido suficiente.

—¿Conduces tú?

—Eso desde luego.

—Entonces, no hay problema.

—Hugo, ¿qué te sucede?

—Nada, quiero otra copa de vino —contestó apartando la cara.



—Hola, chicos, he venido a despedirme, me voy —anunció Elsa, interrumpiéndonos—. ¿Vosotros también os marcháis?

—Sí —contesté yo.

—No —gruñó Hugo.

Elsa nos miró por turnos, confundida.

Hugo, resoplando como si tuviese cinco años, se alejó de nosotras en dirección a la barra.

—¿Qué le pasa? —curioseó Elsa acercándoseme.

—Ha bebido de más, creo. Su excusa para hacerlo se me escapa. Lleva raro toda la noche.

—Se sentirá intimidado por su amigo. —Con el mentón, Elsa apuntó en dirección a Leo.

—¡¿Qué dices?!

—Las miradas que te lanza son elocuentes. Parece que tuviese toda la intención de arrinconarte contra la pared. —Volvió a mirarlo—. Yo se lo permitiría. Tiene que ser una experiencia fenomenal. Seguro que debe estar bien armado, y no me queda la menor duda de que debe ser muy bueno manejando su arma.

Dicho esto, soltó una carcajada y a mí se me cortó la respiración, porque mi cerebro escenificó el momento dentro de mi cabeza, él arrinconándome contra la pared, sus dedos en mi cuello, su cuerpo presionando el mío. Su aliento sobre mi piel.

Esa imagen se fue río abajo cuando entendí que me encontraba a un infinito de distancia de él, no porque él no quisiera una relación y el amor no estuviera en sus planes, sino porque él no parecía ser el tipo de hombre que sale con una mujer como yo, sino del que tiene relaciones con mujeres como... como Bárbara, quizá; alguien como ella, que era puro magnetismo, como él.

No me había creído aquello que me había dicho de que yo le gustaba, y mucho.

Ya era algo mayor como para engañarme con esa clase de cosas; tal vez fuese una cuestión de genética que ciertas personas están destinadas a unirse según sus características: los guapos y sexis, por un lado; aquellos a los que les ruboriza hablar de sexo y los que no saben exactamente qué han hecho con sus vidas, por otro.

Sus genes podían no querer los míos, y de cualquier modo yo lo quería a él a mi lado del modo que fuese, incluso simplemente como su compañera; ésa era suficiente recompensa, considerando que en mis planes de futuro, ni en mis sueños más alocados, nunca hubiese albergado la idea de vivir una situación semejante a la que compartía con él.

—Desvarías —mentí procurando actuar como para un Oscar. Eso era un horror.

—¿Será por eso por lo que Hugo no se ha apartado de ti?

—Elsa, no pasa nada, de verdad.

—Bueno, ya me contarás luego.

—No habrá nada que contar.

—Entonces, propicia un encuentro entre él y yo.

—Elsa, se va en pocos días, no tiene sentido.

—No he dicho que quiera casarme con él. Organiza algo en tu casa, algo íntimo, y que se dé lo que tenga que darse.

—No sé...

—Bueno, piénsalo. Hazlo por tu pobre amiga, que está sola y necesita a un hombre.

Las dos nos giramos a mirarlo.

—Pedazo de hombre —soltó ella, y después besó mi mejilla—. Te dejo. ¿Hablamos mañana?

Quizá al día siguiente tuviese mucho que contar, el quid de la cuestión era si me atrevería a hacerlo.

—Claro, mañana te llamo.

—Gracias por invitarme.

—Gracias por venir. —Me quedé mirando cómo Elsa se alejaba.

Mi mirada siguió perdida en la puerta durante un par de segundos.

—Me voy.

La voz de Leo alteró mi sistema nervioso.

Al darme la vuelta por poco me lo llevo por delante; se había detenido muy cerca de mí.

—Deberías llevarlo a casa; no está borracho, pero casi. —Hablaban de Hugo, eso quedaba claro—. ¿Necesitas que te ayude con eso?

—No, no lo creo. Me encargaré de él.

—En una hora estaré a las puertas de tu edificio; te llamaré y tú me dirás si me acompañas o no, ¿te parece? Tienes una hora más para pensarlo; ojalá no tengas nada que meditar y me acompañes. De verdad que me encantaría que vinieras conmigo. —Leo hizo una pausa—. Despídeme de él.

—Sí, por supuesto.

Leo dio un paso, alejándose; a eso nada más llegó, pues se dio la vuelta y me miró.

—Por favor, ven. Si después de esta noche quieres terminar con esto, lo entenderé, pero no antes de saber de qué hablo.

Moví la cabeza buscando a Hugo; él avanzaba en nuestra dirección con una copa de vino tinto en la mano.

—Hasta más tarde —se despidió Leo al ver que Hugo venía hacia nosotros.

Moví la cabeza en respuesta, mas aquello no significaba nada.

Leo se fue y llegó Hugo.

—Me ha pedido que lo despidiese de ti —le dije después de seguir la dirección de su mirada, esto es, hacia la puerta por la que acababa de salir Leo.

—Ya.

—Quiero irme a casa ahora. Voy a buscar mis cosas y nos vamos. —No le di tiempo a decir que no, ni a quejarse ni a nada. Dando media vuelta, me alejé de él.

Para cuando regresé con mis cosas al salón, Hugo había soltado su copa y se despedía de mis padres y de mi hermano.

Pese a que tenía frío, no me puse el abrigo, pues debía continuar ocultando la presencia de mi maletín.

Me despedí de mis padres y, por último, de Jerónimo.

—Te llamaré mañana.

—De acuerdo, si no queda más remedio...

Le puse mala cara y besé su mejilla. Durante la noche lo había oído toser feo más de una vez. Intenté no amargarme con eso demasiado hasta no tener unas placas en mis manos; de cualquier manera y para mi vergüenza, en ese momento solamente tenía cabeza para una cosa... y era Leo. No veía la hora de dejar a Hugo en casa y salir con él a donde fuese que tenía planeado llevarme.

Nos subimos al coche, yo al volante. Hugo cayó dormido a las tres manzanas y pensé que mejor así, porque lo nuestro esa noche no se parecía en nada a la relación que habíamos mantenido hasta entonces. Si me desconocía a mí misma, también lo desconocía a él.

Un semáforo me detuvo y me quedé mirándolo. ¿Cuánto había descuidado lo nuestro? Me sentí culpable porque ni siquiera le había preguntado si el trabajo había salido bien, si estaba todo resuelto.

¿Dónde habían quedado nuestros buenos momentos, la época en que pensé que nuestra relación, sin duda, era para toda la vida, o lo bien que me sentía en su compañía?

El semáforo se puso en ámbar mientras yo pensaba en otro hombre y en lo que él estaba haciendo de mi deseo, en lo que yo permitiría que hiciese de éste.

Deseé poder volver a sonreír ante sus palabras y gestos.

Detuve el automóvil en el lugar que nos correspondía en el parking y apagué el motor. Quedamos en penumbra, con Hugo todavía durmiendo plácidamente.

Me desabroché el cinturón de seguridad y me estiré hacia él. Su rostro estaba vuelto hacia la ventanilla.

Acerque mi nariz a su rostro. Olía a alcohol y a su perfume de siempre, y su cabello, a champú. Todos, menos el alcohol, eran olores familiares, aromas que solían traerme calma, que me hacían sentir segura en el pasado; en ese instante no me provocaron otra cosa que un nudo en el estómago.

Hundí mi cara en su cuello, intentando regresar a aquello, y no resultó.

Apartándome un poco, acaricié su pelo.

—Hugo, llegamos —le anuncié tocándolo en el hombro. No reaccionó. Lo moví un poco—. Hugo, estamos en casa.

Como anestesiado, entreabrió los ojos y me miró.

—Te ayudaré a salir.

—No, estoy bien —contestó quitándose el cinturón de seguridad.

Me bajé por mi lado y él por el suyo.

En silencio, avanzamos hasta los ascensores. Si notó la presencia de mi maletín, pues ya no lo escondía porque me había entrado frío y había decidido ponerme el abrigo, no dijo nada.

En el ascensor tenía la costumbre de tomarme por la cintura y pegarse a mí; en vez de eso, se recostó de lado contra la pared y apoyó la cabeza sobre el cristal. Yo acabé en la otra punta después de presionar el botón de nuestro piso.

Mi móvil comenzó a sonar.

Todos mis órganos treparon por mi garganta.

Saqué el aparato y miré la pantalla, era Leo.

Hugo me espió por el rabillo del ojo.

—Hola, soy yo. Di que te llaman del hospital. Estoy fuera de tu edificio, esperándote. ¿Vienes?

Con los labios sellados, le devolví la mirada a Hugo. Mi piel se puso a vibrar. Iba a mentir, iba a hacer eso, quería hacerlo, me moría de ganas pese al miedo.

—Hola. Sí, sí, puedo ir.

—Bien. —La voz de Leo sonó demasiado entusiasta.

—No hay problema; si me necesitan, iré.

Hugo se enderezó, despegándose de la pared.

—¿Estás con él?

—Sí, pero no hay problema, puedo salir para allá en cinco minutos.

Entonces Hugo me miró molesto.

—Perfecto, te espero aquí abajo.

—Bien, en seguida estoy ahí. —Sin despedirme, colgué y metí mi móvil otra vez dentro del bolso—. Era del hospital. Me necesitan.

—¿Qué? ¿Ahora? ¿Y eso?

—Una urgencia. En un par de horas estaré de regreso.

—Pero no puedes ir, dijiste que estabas agotada.

—Estaré bien.

Hugo me dedicó la peor cara de perro que me hubiese puesto nunca antes y me sentí fatal. Intentando evitar que la brecha entre nosotros se ampliase todavía más, acorté de un paso la distancia física que nos separaba y lo abracé para darle un rápido beso sobre los labios.

—Perdona. Sabes que esto no suele suceder. No puedo decir que no. Te juro que regresaré a casa antes de que despiertes.

—Quería pasar la noche contigo.

Volví a acariciar su cabello mientras lo miraba a los ojos buscando lo que solía ver en ellos cuando me miraba. No descubrí más que una niebla profunda que preferí adjudicar a su ingesta de vino de esa noche.

—Mañana tendremos todo el día para nosotros, lo prometo.

Hugo me agarró por la cintura.

—Nos quedaremos todo el día en la cama.

Eso sonaba bien; mejor dicho, quería que sonase bien.

El ascensor llegó arriba. Entré en el apartamento con él y dejé el maletín a un lado de la puerta, Hugo no se movió de mi lado.

—Odio que tengas que irte, que me dejes. Te quería conmigo.

—Necesitas dormir. Descansa. —Aparté la mirada, así no me resultaría tan difícil—. Te quiero. Nos vemos en un par de horas.

Con otro rápido beso, me despedí de él.

Las puertas del ascensor contuvieron mi vergüenza, mi miedo, pero poco podían hacer contra el entusiasmo que corría por mis venas.

Eso no tenía buena pinta, probablemente era más malo que bueno, más nocivo que beneficioso, pero de cualquier modo por poco me pongo a dar saltos de emoción cuando, al salir a la calle, detecté el automóvil de Leo estacionado en la esquina.

Así, sin más, se me cayó todo el peso de los hombros y mis pies avanzaron como si no tocasen el suelo.

Mi corazón latía más vivo que en toda mi vida.

Sin explicación alguna, la noche se veía más luminosa, el aire frío olía mejor que nunca y el viento, más que empujarme para impedirme seguir adelante, parecía querer darme ánimo.

Con la espalda recta y en mi mente nada más que mi deseo, caminé hasta él.

Antes de llegar, oí la música que retumbaba con fuerza dentro del vehículo y mi pulso se aceleró todavía más.

Leo abrió la puerta del acompañante desde dentro.

Sin entrar, asomé la cabeza al interior.

—Hola, compañera —saludó con una sonrisa de oreja a oreja. Sus ojos irradiaban energía.

—Hola, compañero. ¿Se me permite preguntar adónde me llevarás?

Con su sonrisa como escudo, Leo negó con la cabeza.

—Es mejor así.

—¿Por qué?, ¿no me gustará?

—No puedo explicarlo con palabras, tienes que verlo y vivirlo.

—Eso suena...

—No, Alexia. Sube, permíteme que te lo muestre.

Solté el aire de mis pulmones.

—Anda, ahora es cuando comienza todo.

Apreté con una mano el marco de la puerta del automóvil y con la otra el techo; sentí que era capaz de destrozarlos de la energía que se generaba en mí por la ansiedad.

Sin decir nada, subí al coche y cerré la puerta.

Aún me estaba colocando el cinturón de seguridad cuando Leo arrancó el motor.

—Esta noche quiero que no pienses en otra cosa que en ti y en mí. Imagino que muchas cosas dan vueltas por tu mente... tienes tus preocupaciones, ya lo he visto, pero, durante unas horas, el resto del mundo no existe, solamente tú y yo. Olvídate de todo. Haz como si no supieses nada de la sociedad, del mundo, como si nadie jamás te hubiese dicho qué es lo que está bien o qué es lo que está mal. Quiero que seas tú quien determine qué es lo que te sienta bien, lo correcto, y lo que no. Actúa como si no conocieses la vergüenza o el pudor. Que no te dé apuro querer más, que no te importe lo que otros pensarían en tu lugar. Olvida que eres cirujana, olvida que eres cualquier otra cosa aparte de tu cuerpo, más allá de las fronteras de éste; eres solamente tú, lo que deseas ser, lo que tu cuerpo pide que seas. Y, sobre todo, que no te dé vergüenza si te gusta.

—¿Que no me dé vergüenza si me gusta? —balbucí—. ¿Adónde me llevas?

—Al lugar en el que sólo soy yo y nada más. Donde soy solamente Leo, para que tú seas solamente Alexia. Seremos nosotros, compañeros.

No pregunté nada más, no dije nada más. Tuve la impresión de que no me gustarían las explicaciones que pudiese darme. Me esforcé por mantenerme en mi sitio y no pedirle que detuviese el automóvil para bajarme y regresar a casa. No quería permitirle al miedo ganarme una vez más.

Leo tampoco añadió nada.

Veinte minutos más tarde de empezar a sentir que tenía pirañas nadando en mi vientre, Leo detuvo el coche.

Luces violetas iluminaban por detrás las letras que conformaban la palabra *Délice*.

Era un local que bien podría ser un bar, un club nocturno o algo semejante.

La fachada era de paredes negras que enmarcaban grandes ventanales tapiados por cortinas de un violeta casi negro.

La puerta de entrada, dorada y de dos hojas, estaba custodiada por dos hombres de negro de aspecto muy elegante.

—¿Qué es este lugar?

—Baja —fue su respuesta, al mismo tiempo que llegaba una persona para abrir mi puerta y otra para la de su lado, los encargados del parking.

Descendí del vehículo.

Leo se colocó a mi lado y me cogió por la cintura.

—Andando, Doménico nos espera dentro.

—¿Qué? ¿Qué hace él aquí?

—Fue él quien me trajo la primera vez, por eso conozco este sitio.

Me frené, deteniendo nuestro avance.

—Todavía no vas a decirme...

—Confía en mí. Además, la idea es que hoy sólo mires.

—¿Que mire? Esto suena cada vez peor.

—Peor, ¿por qué? ¿Tienes miedo de que te guste lo que puedas ver? ¿Sería tan malo que te gustase? ¿Eso te haría tan mala persona? ¿Es así como me ves a mí?, ¿soy tan malo?

—Ni siquiera tengo la certeza de qué es este lugar.

Su mano en mi cintura me empujó.

—Es hora de que lo descubras.

¿Por qué mis pies se echaron a andar?

Los dos hombres de la entrada abrieron la puerta de doble hoja para nosotros y dimos de frente con otra puerta igual, pero ésta de color violeta. Este segundo par de puertas se abrieron cuando las otras se cerraron a nuestras espaldas.

Detecté una barra, mesas altas, sillones, otomanas, mucho negro, mucho dorado y mucha gente, toda elegantemente vestida, en grupos, conversando con copas en las manos.

Leo me empujó hacia dentro del local, que era muy grande. Camareras iban y venían, y sonaba música suave.

De repente vi a dos mujeres besándose sentadas junto a dos hombres que las observaban con mucho interés y mi cerebro hizo cortocircuito. Decir que me dieron ganas de salir corriendo no alcanza para abarcar el pánico que experimenté. Uno de los tipos metió la mano por debajo de la falda del vestido de una de las mujeres.

—*Délice*. Delicia. La gente viene aquí buscando placer. Venimos aquí para ser solamente nosotros, para disfrutar del sexo sin tabúes, sin impedimentos. Por supuesto que hay reglas, pero éstas las pones tú, las pongo yo, son nuestros cuerpos.

Sentí frío y calor al mismo tiempo.

—¿Cuándo...?, ¿lo haces siempre? ¿Por qué vienes aquí? No lo entiendo.

—Llevo unos diez años haciendo esto; aquí vienes a ver y ser visto, a disfrutar del sexo con una o más personas... hombres, mujeres, no hay distinción; lo que importa es el placer, el disfrute, la libertad de expresión de tu cuerpo, de quién eres. Esto no tiene nada de malo siempre que quieras hacerlo; ya te lo he dicho, las reglas se dejan bien claras desde el primer momento. La mayoría de los que estamos aquí conformamos un grupo estable. Por supuesto que yo vengo muy de vez en cuando porque vivo en Canadá, pero allí practico el mismo tipo de sexo. Ya te lo comenté: no tengo novia ni pareja. Así es cómo disfruto, y te aseguro que, si te das la oportunidad, lo gozarás también. Ah, allí está Doménico.

Leo alzó una mano para señalármelo. Éste, con un vaso de whisky en la mano, acompañado de una mujer y un hombre, sonrió al vernos.

—No pido que abras la puerta de tu mente de par en par esta noche; entiendo que esto pueda resultarte incómodo. Sólo déjala entornada e intenta ponerte en mi lugar al menos un poco. En apariencia es exclusivamente sexo; sin embargo, va mucho más allá de eso, es libertad para el cuerpo y la mente, para experimentar, para el placer.

Sí, nada más que eso. Mi cerebro había dejado de funcionar. Eso sí que no lo hubiese imaginado ni loca. Y yo que me había sorprendido con lo del *parkour*.

No necesité que me explicase con más detalle lo que era eso. Por delante de nosotros pasaron dos hombres y una mujer; uno de ellos la sostenía por la cintura, el otro le hablaba al oído. Hipnotizada e intrigada por la escena, los seguí con la mirada; los tres se alejaron hacia el fondo del salón, en dirección a un corredor negro apenas iluminado por luces en el suelo, las cuales también eran de color violeta.

—Hola, qué bien que hayáis aparecido —nos saludó Doménico obligándome a dejar de observar al trío—. Me alegra mucho verte por aquí, Alexia.

—Rafael, Bianca, buenas noches. Os presento a Alexia; es una amiga mía y es la primera vez que viene aquí.

—Eso explica su expresión. —Bianca rio—. Tranquila, bromeaba. Es un placer conocerte. Doménico ya nos ha hablado de ti a mi marido y a mí. Nos ha comentado que Leo te traería esta noche. —Sin perder su buena cara, me saludó con un beso en la mejilla.

—Es un placer conocerte, Alexia. —El marido de Bianca me tendió la mano—. Sí, Doménico nos ha hablado de ti, nos ha dicho que eres muy buena amiga de Leo. Nos ha explicado que esta noche sólo mirarás y por nosotros está bien, no hay problema.

La saliva se me quedó atravesada en la garganta.

—Eso es, esta noche solamente miraremos; quiero mostrarle a Alexia cómo funciona esto. Algunas estancias tienen un pequeño compartimento adjunto, con un cristal que permite ver lo que sucede en la sala —explicó Leo, y a mí se me aflojaron las rodillas.

¿Los veríamos practicar sexo?

—Con el consentimiento del grupo que se encuentra dentro, se puede mirar si se desea. Bianca, Rafael y Doménico nos permitirán hacerlo esta noche.

Allí tenía mi confirmación.

—Mirar también es una forma de obtener placer, sobre todo si miras a las personas correctas, y nosotros tres nos conocemos bien —acotó Doménico.

—Es una pena que Leo no nos acompañe —añadió Bianca.

Ok, ahora mi cara de horror debía de ser evidente. Mi cerebro estaba en completo cortocircuito. Intenté decidir si estaba bien que me sintiese horrorizada o no. No iba a espiarlos a hurtadillas y ellos no tenían problema con que los observase, y era evidente que tampoco tenían ningún problema en hacer tríos o cuartetos o... poco importaba si eran orgías o qué, tanto me daba. En mi vida me había sentido más fuera de lugar y... debo admitirlo, tan llena de curiosidad, así como con ganas de salir corriendo.

Leo sonrió a Bianca. Obviamente habían tenido sexo, pero Leo dijo que no iba a tener sexo conmigo. Un arranque de celos lo cubrió todo.

—En otra ocasión será —le contestó Leo—. ¿Te pido alguna cosa de beber?

—Sí, creo que me iría muy bien algo fuerte.

Leo, con su mano libre, llamó a una de las camareras y le pidió dos vasos de whisky.

—Créeme que te entiendo, Alexia. Rafael y yo estábamos igual la primera vez que vinimos. De hecho, él fue quien primero sugirió que nos largásemos. Imagínate, tenemos tres niños, hermanos, padres... Estábamos horrorizados. Nos invitó una pareja de amigos y llegamos llenos de curiosidad, sin embargo en cuanto pusimos un pie dentro pensamos que esto no era para nosotros. No era más que miedo. Claro que esto no es para todo el mundo, no tiene que gustarle a todos, pero, bueno —Bianca rio de nuevo—, al final acabó gustándonos. Lo pasamos muy bien en este espacio; es uno de los sitios más respetados. Aquí impera la buena educación; jamás hemos tenido ningún problema y los que aquí nos vemos también solemos tener contacto fuera de este lugar. Obviamente no todos somos amigos de todos. Rafael va al gimnasio de Doménico y nosotros somos buenos amigos de otras parejas y de otras personas. Como, por ejemplo, Leo. Confiamos en él plenamente, por eso hemos aceptado esto.

Nuestras bebidas llegaron. Leo me pasó mi vaso.

—Y por eso os lo agradezco —entonó Leo alzando su vaso hacia ellos.

—No tienes nada que agradecer, es un placer —le contestó Rafael—. Doménico nos ha dicho que eres cirujana.

—Sí, así es.

—Rafael se desmaya cuando ve sangre.

—Es cierto. —El aludido rio ante las palabras de su esposa.

Todos hicieron lo mismo. Yo alcé mi vaso y solté su contenido en mi garganta.

—Tu vestido es precioso —me aduló Bianca.

—Gracias.

—Después de tres niños, no puedo lucir nada semejante. De cualquier modo, eso aquí no tiene importancia. Cuando me desnudo, ni los kilitos de más ni las estrías cuentan para mucho. Es liberador quitarse la ropa sin estar preocupándose por ocultar la celulitis.

—Amor, tu cuerpo el bellísimo.

Bianca le tiró un beso a su marido.

—Bueno, si seguís hablando de cuerpos desnudos... —comenzó a decir Doménico —.¿Os parece bien si pasamos a una de las salas?



—¿Qué nos dices, Alexia?, ¿quieres descubrir de qué va esto?

Leo apretó su mano contra mi cintura y me miró.

Pensé que no me saldría la voz.

—Sí —contesté mirándolo a él a los ojos.

Bianca dio unas palmaditas.

—Qué suerte que nos acompañarás al menos desde fuera; aquí, con estos hombres, hay demasiada testosterona para una sola mujer.

Todos rieron otra vez.

Rafael cogió de la mano a su esposa y los dos siguieron a Doménico.

Leo me empujó para que los siguiera, pero antes permitió que se alejasen un par de pasos.

—Dime qué piensas —susurró en mi oído.

—No sé qué pensar, Leo. De verdad que no lo sé. Estoy confundida.

—Esto me ayudó a mí, cambió mi vida. Por eso te he traído.

—Es sexo.

—Ya te he dicho que es mucho más que eso. Es una forma de liberación. Sí, es placer, es sexo, en muchos casos desenfrenado y más allá de los límites que puedas imaginar, es dejar de reprimirse, es sentirse vivo, es permitir que otros te den lo que desees incluso sin saber que lo desees.

—Me has traído para mostrármelo y esperas que acepte venir a tener sexo aquí, ¿es eso?

—Sí.

—Pero dijiste que no tendrías sexo conmigo.

—Soy tu compañero, tú eres yo, soy tu guía. Estaré contigo, pero... —Negó con la cabeza.

—¿Y con quién practicaré sexo? Por Dios, no puedo creer que esté pronunciando estas palabras.

—Básicamente con quien tú quieras. Hombres, mujeres. Es indistinto. No tiene importancia mientras tú lo aceptes, lo disfrutes. Eres libre de desear lo que quieras. Nos aseguraremos de encontrar a alguien que quiera dártelo. Es un intercambio; espero que encuentres a personas con las que te sientas cómoda para disfrutar. Éste no es unantro de pervertidos, Alexia. Entiendo que, para la gente que no está acostumbrada a esto, puede parecerlo, pero aquí impera el respeto. Rafael, Bianca y Doménico son de mi plena confianza, por eso los he escogido. No haría nada que fuese a dañarte. Espero no dañarte con lo que soy, de verdad. No quiero obligarte; si quieres marcharte ahora, lo comprenderé. Eres libre de pedirme que te saque de aquí y lo haré si es tu deseo.

Nos detuvimos en la entrada del pasillo.

—Hoy mirarás, luego será como cerrar los ojos y permitirte sentir. No dejes que lo que veas te engañe. Siente, es la mejor forma de ver, la más sincera. Cuando tienes los ojos cerrados, no hay vergüenza ni muros que te contengan, eres tan libre como quieras permitirle a tu mente serlo.

Mi corazón pateaba como loco contra mis costillas.

—No me alejaré de tu lado ni un solo segundo. Estaré a cada instante contigo, cuidaré de ti; me dirás qué quieres hacer y qué no, y con quién. Te ayudaré con esto. Estaremos juntos en todo momento. —Me sonrió—. Recuerda que somos compañeros.

—Si me dejas sola, lo pagarás caro —bromeé para decirle que estaba dispuesta, al menos, a averiguar de qué modo funcionaba eso.

Leo me dedicó una de las risas más bellas que mis oídos hubiesen tenido oportunidad de captar y todo mi cuerpo tembló de gusto. Por fin, eso de ser compañeros, comenzaba a notarse en el más amplio sentido de la palabra.

—Vamos o empezarán sin nosotros.

—¿Se puede venir exclusivamente a mirar? —pregunté cuando pasamos por delante de las primeras puertas que había a ambos lados del corredor.

—Sí, pero créeme cuando te digo que, después de ver, querrás participar. De cualquier manera, tú elegirás si quieres que alguien mire cuando participes o no. No todas las salas tienen cabinas anexas. Incluso hay salas especiales para invitar a participar a terceros que se quieran unir una vez comenzada la actividad y otras que son privadas.

—Es demasiada información. —Reí nerviosa.

—Es para que entiendas que esto no es un descontrol. Todos somos adultos racionales, Alexia. Aquí, quien se descontrola, es cordialmente invitado a retirarse y a no regresar jamás.

—Entiendo.

—También se toman correctas medidas de higiene y salubridad.

Otra vez reí debido a los nervios.

—Las salas cuentan con baños privados. Hay preservativos y, en caso de emplearse juguetes sexuales, los participantes...

—Ya, alto, creo que por hoy es información suficiente.

—Disculpa, es que solamente quiero dejarte claro que aquí se cuidan todos los aspectos.

—Sí, gracias. Ya me ha quedado claro.

Charlando y riendo distendidos, Bianca, Rafael y Doménico se detuvieron frente a una puerta.

—Os vemos luego, si queréis. Si Alexia quiere, podemos vernos, por nosotros está bien —nos indicó Rafael, y abrió la puerta para permitirle a su esposa entrar.

—¿Vernos?

—Las cabinas están separadas por un cristal espejado; dentro la iluminación es mínima, para que así no pueda verse a través del cristal... pero, si ambos grupos están de acuerdo, se pueden encender las luces y, entonces, tú los ves y ellos te ven mirándolos.

—No sé si querrán ver mi cara —solté intentando sonreír—, o si quiero que ellos me vean observándolos.

El trío desapareció detrás de la puerta principal de la sala; junto a ésta había otra más pequeña, frente a la cual nos detuvimos.

—¿La gente se masturba aquí dentro?

Leo me sonrió.

—Si no supiese lo mucho que te ha costado soltar esa pregunta... Sí, Alexia, puede suceder. ¿Eso te molestaría?

—No lo sé —me estremecí—. Quizá no soy tan liberal.

—Libre. Es consensuado, recuerda. No se trata de que, quien se masturbe mirando cómo practicas sexo, esté ultrajando tu imagen, Alexia, sino que disfruta contigo, de un modo diferente al de aquellos que te acompañan en la sala. ¿Nunca te has masturbado pensando en alguien que no estaba contigo?

Mis mejillas se transformaron en fuego.

Leo rio.

—Tranquila. Entremos. Procura relajarte y no pienses en nada más que en lo que sucede aquí.

Leo giró el picaporte y yo sentí cómo todo el vello que cubría mi piel se ponía de punta. Mis venas se ensancharon a causa del ritmo cardíaco acelerado. Mis pupilas se dilataron. De repente todos mis sentidos captaban todo lo que me rodeaba, de un modo amplificado.

Leo entró primero y dio un paso al costado, descubriendo a mis ojos la imagen de una pequeña sala de paredes acolchadas con capitoné color violeta. Sobre la pared del fondo había una especie de repisa con cosas que preferí no mirar.

El techo era negro, igual que la *chaise longue* a un lado de la sala. Del techo colgaba una lámpara de tela violeta que apenas si iluminaba algo.

La pared a mi izquierda, que daba a la habitación contigua, era un marco negro con un cristal que permitía ver hacia el otro lado.

Por el rabillo del ojo divisé a Doménico, Bianca y Rafael parados a mitad de camino entre nosotros y una enorme cama negra. Allí las paredes eran igual que donde estaba yo; la salvedad era que aquel espacio era enorme y que el mobiliario, por llamar a aquello de alguna manera, era más nutrido.

Así como en esa pequeña sala, allí también había una *chaise longue* negra; además de eso, del techo colgaba un arnés de tiras planas negras, con cuatro extremos que caían como lágrimas, dos más largos y dos más cortos. Regresando al mobiliario, había una silla que parecía una de esas que utilizan los masajistas, al instante capté que nada tenía que ver con eso.

Aproximándome un poco más al cristal, detecté una barra de acero que iba del suelo al techo y que tenía sujeciones a varias alturas. Allí también había una mesa muy angosta, alta y larga, de aspecto pesado, y un almohadón.

Al fondo de la habitación, a un nivel más elevado y rodeado de un zócalo de cerámica negra, dos duchas que se enfrentaban, sin cortinas ni demás aditamentos que pudiesen brindar privacidad alguna. También había un jacuzzi.

No diré que me horrorizó ver todo aquello, y todo el despliegue de productos que había sobre una mesa adjunta al lado de la puerta, es que no estaba acostumbrada a eso, a practicar el sexo así, y aún menos a ser espectadora de lo que fuese a suceder allí con el consentimiento de las personas que se encontraban al otro lado del cristal.

Lo que más me descolocaba de todo lo que sentía en ese momento era que estaba excitada, muy excitada. Sentía como si toda la sangre se me hubiese caído a la parte baja del abdomen y, de allí, a mi vagina.

Eso no solía sucederme, yo no era de encenderme así sin más. En mi vida me había sentido así y me gustó... pese a los cortocircuitos en mi cabeza, me gustó.

Leo cerró la puerta, sobresaltándome.

Con los labios entreabiertos, porque me faltaba el aire, giré la cabeza para mirarlo. Él avanzaba despacio hacia mí. Sin decir una palabra, me quitó de las manos mi bolso y lo arrojó sobre la *chaise longue*. Le costó quitármelo porque mi alteración era tal que estaba clavándole las uñas al terciopelo negro con el cual estaba confeccionado.

Leo regresó a por mi abrigo. Sus manos subieron hasta la altura de mi cuello.

No sé si fue intencionado o no, pero las puntas de sus dedos fueron rozando mi piel a medida que bajaba el abrigo por mis hombros y brazos, marcando un surco de llamaradas.

Me desconocí al desear que, sin más, me sacase las bragas, alzase la falda de mi vestido y me penetrase con esa misma fuerza y precisión con la que practicaba *parkour*. De la vergüenza que me dio pensar aquello, me sonrojé. Y eso que él ya había dicho que no tendría sexo conmigo.

Tragué saliva. Sin nada que sostener, mis manos se pusieron más inquietas que de costumbre; necesitaba tocar algo, aferrarme a lo que fuese, pues la sensación de vacío entre mis dos piernas y la falta de contacto de mi cuerpo contra otro empezó a desesperarme.

Después de depositar mi abrigo junto a mi bolso, Leo regresó a mí. Sus manos dieron con mi cintura cuando se detuvo por detrás de los tacones de mis zapatos.

—¿Qué es lo que pasa por tu cabeza ahora? —susurró en mi oído izquierdo. Su voz y su aliento haciéndole cosquillas a mi piel me provocaron un estremecimiento que fue como si mi cerebro creyese que yo era una serpiente que debía enredarse en la rama de un árbol. El árbol era Leo.

Éste me empujó hacia delante para acercarme al cristal.

Miré hacia la sala. Doménico besaba el cuello de Bianca mientras Rafael se apoderaba de la boca de su esposa sin recato alguno.

Nunca había tenido la oportunidad de presenciar nada semejante, y eso que, obviamente, eso era solamente el principio.

—¿Qué siente tu cuerpo? —insistió Leo.

No tuve coraje para decirle que estaba excitada, que de hecho ya percibía la humedad en mi ropa interior y que me apetecía descubrir qué se sentiría al ser besada por dos hombres a la vez.

—¿Te desagrada?

Sus labios rozaron el lóbulo de mi oreja.

Negué con la cabeza de manera apenas perceptible; el caso es que casi no podía moverme, porque todo mi cuerpo estaba demasiado tenso. Tensión que no iba a liberar, porque yo no estaba en el lugar de Bianca, quien en ese momento había quedado en medio de Doménico y su esposo. Doménico tenía su pelvis pegada al trasero de ella, le había subido la falda del vestido y acariciaba sus muslos. Rafael continuaba besándola; una de sus manos estaba en el cuello de ella y la otra, dentro de sus pantalones, moviéndose lentamente.

Al negar, mi mejilla tocó contra la nariz de Leo. Ese mero contacto de piel con piel me hizo desearlo todo. No tenía ni la menor idea de dónde había salido todo eso. En mi vida creí que fuese ese tipo de mujer; es más, estaba segura de no serlo, pero a cada célula de mi cuerpo le gustaba lo que mis ojos veían, las imágenes que mi cerebro procesaba.

—¿Te molesta que Rafael se masturbe?

Volví a negar con la cabeza.

—¿Te excita que lo haga?

No podía negarlo, tampoco asentir en voz alta.

—¿Te molestaría que ella se masturbase frente a ambos o que incluso Doménico se lo hiciese a Rafael? Es sexo, ellos están disfrutándolo. Son cuerpos que se dan placer entre sí. No a todos nos gusta lo mismo.

—Entiendo que no —articulé con un hilo de voz viendo cómo Bianca en ese instante tenía una mano dentro de los pantalones de Doménico.

Los de Rafael habían caído al suelo, igual que su ropa interior. Su erección, ya libre, estaba pegada al cuerpo de su esposa, cerca de su pierna derecha, mientras terminaba de desvestirse.

Doménico bajó el cierre del vestido de Bianca y lo empujó hacia abajo. Ella apartó el vestido a un lado, quedando completamente desnuda frente a su esposo también desnudo.

En la entrepierna del pantalón de Doménico era más que obvia una erección.

—Dime qué sientes.

Si no lo decía en ese momento, no lo diría nunca, y me pareció tonto no admitirlo, porque no era más que la verdad.

—Estoy excitada.

—¿Te gustaría estar en el lugar de Bianca?

La voz de Leo se metió por los poros de mi piel. Cerré los ojos y me imaginé en el lugar de Bianca, con Leo frente a mí. Mi boca se secó de deseo, de ganas... si es que quería dar un paso atrás y pegar mi espalda a su pecho, todo su cuerpo contra el mío y su respiración en mi nuca.

«Sí, no, no lo sé. Sí, sí. ¡Sí!», exclamé dentro de mi cabeza, y el grito me cogió por sorpresa.

—Sí. —Mi voz se deshizo, igual que todo pensamiento racional de mi cerebro, el cual, hasta ese día, se había regido por reglas muy distintas a las que condicionaban y le daban forma a los actos que tenían lugar allí.

Fue Leo quien dio ese paso, pegando toda su impresionante humanidad contra mí. En otro momento de mi vida me hubiese molestado, como mínimo, que un hombre que no era mi pareja hiciese lo que él hizo. Leo estaba excitado, su pene estaba duro contra mí. Mi cuerpo se estremeció de placer al tiempo que el de Bianca, puesto que su marido alzó su pierna derecha, atrayéndola hacia sí para penetrarla.

Mientras tanto, Doménico se desvestía.

—¿Lo disfrutas?

Jadeé un «sí» sin poder despegar la mirada de la escena. El impresionante cuerpo de Doménico estaba allí expuesto para mí. Tenía todos los músculos marcados. Su pecho subía y bajaba mientras colocaba un preservativo en su miembro erecto. Nunca

fui de comparar tamaños ni nada de eso, pero definitivamente Doménico estaba bien dotado. «Bien dotado», aquella frase me hizo reír mentalmente de los nervios.

Cada vez me costaba más meter aire dentro de mis pulmones.

Doménico avanzó hasta la cama y pilló de allí algo; no vi lo que era hasta que regresó donde estaban Bianca y Rafael. En un parpadeo, me quedó claro qué era aquello: lubricante.

Los dedos de Leo se movieron sobre los huesos de mi cadera y de allí hacia abajo. Su tacto y su erección me destrozaban de ganas. Mis pezones estaban duros y, a pesar de que no había hecho nada más que mirar, sentía mi clítoris hinchado y necesitado del placer que no llegaba.

Así como él me tenía asida a mí por la cintura, Doménico cogió a Bianca, quien ya se mecía ante los embates de su marido al moverse dentro y fuera de ella.

Una de las manos, en aquella cuyo dedo había puesto lubricante, se metió entre sus nalgas. Bianca echó la cabeza hacia atrás, despegó los labios; imaginé que jadeaba de placer.

Doménico movió su mano dentro de ella, supuse que dilatándola.

Se me aflojaron las rodillas.

Leo me empujó hacia delante; mi rostro quedó a escasos quince centímetros del cristal. Una de sus manos me abandonó, la vi ascender por mi lado izquierdo. Había una especie de altavoz junto al marco negro del cristal; allí había dos botones, pulsó uno y, entonces, los jadeos de Bianca nos rodearon.

—Nosotros podemos escucharlos a ellos, pero ellos no a nosotros. Se puede liberar el sonido en ambas direcciones; sin embargo, eso lo dejaremos para otro día.

Apartó su mano del altavoz y la colocó sobre el cristal. Noté que hacía fuerza contra éste con sus dedos.

Su pene estaba cada vez más duro contra mí.

Bianca soltó un quejido de placer cuando Doménico, después de sacar su dedo de su interior, la penetró despacio.

—Se siente bien —susurró Leo a mi oído. No entendí si se refería a lo que hacía el trío al otro lado del cristal o a lo que sucedía de nuestro lado.

La mano que tenía en mi cadera bajó por mi muslo. Tomó el ruedo de mi vestido y lo subió a medida que sus dedos hacían presión sobre mi carne.

Mi mano voló hacia la suya, no para detenerlo, sino para hacer más presión.

Leo movió su rostro hacia mi nuca; su nariz quedó en mi cabello, inhalando y soltando aire al mismo ritmo que los dos hombres empujaban contra el cuerpo de Bianca en busca del éxtasis. En ese momento los tres jadeaban.

Doménico mordió el hombro de Bianca y yo quise que Leo hiciese lo propio con el mío.

La mano de Leo llegó a la tira de mi ropa interior.

Mi mano izquierda aterrizó junto a la suya en el cristal. Los jadeos de los tres ya se mezclaban con los míos. Mis párpados cayeron pesados.

Nuestras manos cambiaron posiciones: Leo se libró de mis dedos y cogió mi mano derecha con la suya para moverla hacia delante. Por un momento opuse resistencia porque entendí perfectamente bien hacia dónde se dirigía y, si bien lo

necesitaba, no me resultaba sencillo hacerlo frente a él, o allí dentro, o con un trío al borde del placer al otro lado del cristal.

Mi mano tembló y al final cedí.

Leo guió mis dedos dentro de mi ropa interior.

—¿Lo quieres? Estoy seguro de que lo necesitas, de que todo tu cuerpo lo pide a gritos. Que no te dé vergüenza, Alexia. Yo también lo necesito, los dos necesitamos esto. —Su mano movía la mía en círculos por encima de mi clítoris. Separé un poco las piernas y ya no supe si apretar con mis muslos hacia atrás para pegarme más a su erección o hacia delante, para empujar su mano contra la mía. Le contesté que sí con la cabeza y después con palabras.

Leo bajó mis dedos hacia la entrada de mi vagina. Yo ya estaba completamente húmeda y sentía que entre mis piernas tenía el epicentro de repetidos sismos que se sucedían cada vez con más frecuencia.

Movió mis dedos sobre aquella humedad inundando la zona de placer, de puro placer.

Hizo que mis dedos húmedos subiesen otra vez hasta mi clítoris y fue todavía mejor. Su mano apretó aún más la mía hasta que sentí en mis dedos los huesos de mi pelvis. Entre su cuerpo y mis dedos, me retorcí de placer y ya no fui capaz de controlar mi mano y apenas si tenía suficiente gobierno de mi cabeza como para sostenerme en pie. Fue quien, con firmeza, movió mi mano hacia arriba y hacia abajo sobre mi clítoris, empujándome cada vez más. No me hizo falta decirle que necesitaba toda su fuerza contra mí.

Perdí el control de mi respiración y de los sonidos que emitía mi boca. Los jadeos se me escapaban, así como el aire de los pulmones. Eso era una locura, la más deliciosa y placentera.

Los sismos pasaron a ser una continua oleada de placer que me subió por el vientre endureciendo mis pechos por completo, poniéndolos tan sensibles que el contacto con el forro del vestido era al mismo tiempo una tortura y un placer.

El mundo estalló y desapareció, y no importó nada más que esa explosión que me hizo estremecer y soltar un grito casi al mismo tiempo que Bianca.

Por un instante el tiempo se detuvo y no fui capaz de experimentar otra cosa que no fuese el palpitante de placer que se adueñó de mi cuerpo.

Con su mano sobre la mía, cubriendo toda mi pelvis, nos quedamos así quietos, yo intentando recordar cómo respirar y él con su respiración agitada sobre mi nuca.

Abrí los ojos para ver a Doménico apartarse de la pareja. Se quitó el preservativo y fue a arrojarlo a la basura, mientras Rafael guiaba a su esposa hasta la cama.

Oí a Rafael decirle que pensaba hacerla suya con su boca y ella separó las piernas y, con la cabeza alzada, miró directamente hacia el cristal, como si quisiese vernos.

Rafael se arrodilló frente a la cama, agarró los muslos de su esposa con las manos y llevó su boca directamente hacia ella.

Vi las piernas de Bianca tensarse de puro gusto, y entonces ya no pudo sostener más la cabeza en alto.

Doménico entró en escena otra vez para trepar a la cama.

Empecé a excitarme de nuevo. Él se sentó junto a ella, empezó a acariciar sus pechos y después bajó su boca hasta uno de sus pezones para comenzar a lamerlo todo alrededor.

Leo me soltó, bajó su mano del cristal y yo hice lo mismo.

Los sonidos que provenían del altavoz resultaban hipnóticos.

Habíamos quedado hombro con hombro.

—¿Es siempre así? —me atreví a preguntar.

—Será como quieras que sea. Tú les dirás lo que quieres, a ellos o a aquellas personas que escojas para compartir ese momento contigo. Para mí tampoco fue sencillo; al principio me incomodaba la presencia de otros hombres. Yo empecé con una sola mujer y aceptando a regañadientes que alguien me viese. No resulta sencillo, lo entiendo.

—¿Mantienes sexo con hombres?

—Nada de penetraciones, eso no es lo mío. Felaciones, sí.

Lo soltó así, tan sin pelos en la lengua, que apreté los dientes para no sonreír de puros nervios.

—Hay hombres que lo disfrutan y por mí no hay problema, ¿quién soy yo para decirle a otra persona cuál es el camino para encontrar el placer? Puedes tener mujeres, hombres, ambos, lo que tú quieras. Empezaremos como tú quieras, es decir... si decides regresar.

Oí a Bianca, que jadeaba otra vez.

—Insisto en que no te dejaré. Estaré contigo, seré tu guía, desde aquí o desde allí. Somos compañeros, ¿recuerdas? Además, quisiera verte disfrutar; eso me daría placer y estoy seguro de que, verme a mí, también te lo dará.

—Pero tú y yo no...

Leo negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

—Eres la novia de Hugo.

—No veo la diferencia entre otros hombres con los que pueda tener sexo y tú.

—Es una pena que no la veas, porque yo sí. Lo nuestro es distinto, no quiero perder la perspectiva.

¿No acabábamos de perderla? Eso no estaba ni un poco claro y, a pesar de todo, ni se me ocurría decir que no. ¡Quería eso! ¡Sí que lo quería!

—¿Regresarás aquí conmigo?

Le contesté que sí con la cabeza y después con palabras.

—Bien. —Leo desvió la vista hacia el trío—. ¿Te gustaría que fuera con ellos? Son de mi entera confianza y como por ahora no conoces a nadie más... Ellos serán gentiles y te guiarán bien. Pueden estar los tres o quien tú quieras, ya lo hablaremos.

—Supongo que eso estaría bien, sí. —Hice una pausa—. La verdad es que no sé hasta dónde soy capaz de... yo nunca... ni siquiera imaginé que... En este momento no tengo muy claro qué estoy dispuesta a hacer y qué no, sólo sé que quiero probar.

—Ellos no te obligarán a nada.

—Si hasta me cuesta imaginarme desnuda ante ellos.

—Lo entiendo.

Me quedé mirándolo.



—¿Tienes otros conocidos aquí?

—Sí. Te presentaré a otros más adelante. Pensaba regresar mañana por la noche, si te parece bien.

No tenía ni idea de cómo haría para salir la noche siguiente también, pero de pronto se me antojó que las veinticuatro horas que faltaban para eso pasasen volando.

—Bien.

—Bien —repitió él.

—Mejor nos vamos. Te llevaré a tu casa.

Apagó el sonido, acallando los jadeos de Bianca.

Leo se alejó de mí para recoger mis cosas. Mientras el trío seguía disfrutando, me ayudó a ponerme mi abrigo.

Abrió la puerta y salimos.

## 8. Rompiendo los esquemas

En lo que ya parecía formar parte de un nuevo esquema que había roto con los antiguos esquemas de mi vida, aquellos que había creído que eran perfectos, que me hacían lo que era, Leo detuvo su automóvil a la vuelta de la entrada de mi edificio.

Todo el camino de regreso hacia allí había pensado en algo que decir, pero tenía tanto dando vueltas dentro de mi cabeza que no conseguí decidirme por nada.

A Leo pareció no molestarle en absoluto el silencio que cayó entre nosotros dos cuando entramos en el vehículo, si es que ni siquiera había puesto música; es más, en momento alguno movió sus ojos en mi dirección.

Era bastante buena en tomar distancia de las personas; mi trabajo y sus días malos me habían vuelto muy capaz de conseguir el nivel máximo de ostracismo dentro de mi propio ser; el caso es que a veces, cuando del dolor de los que te rodean es tanto, tu coraza se engrosa casi sin que te des cuenta, y no es que mi objetivo sea convertirme en una insensible al dolor de los padres que acaban de perder a sus hijos o de aquellos que tienen muy claro que más temprano que tarde los perderán, sino que a veces no consigues soportar más dolor y no te queda otra que replegarte sobre ti misma. Por eso los silencios ajenos no suelen incomodarme, ni tampoco que me ignoren, ¡cuántas veces me he quedado plantada en una sala de espera mirando a parejas y familias llorar o intentar consolarse!, incluso en ocasiones los he visto discutir a gritos sobre las decisiones que debían tomar con respecto a sus hijos enfermos.

A muchos cirujanos nos tildan de fríos, quizá de demasiado racionales o prácticos. Sí, a veces no te queda más remedio que serlo; cuando tienes que tomar decisiones urgentes debes ser frío, esquemático. Quizá lo seamos, quizá yo lo fui, quizá una parte de mí continúe siéndolo; sin embargo, allí, en ese momento junto a Leo, no conseguía aislarme o mantener la cabeza fría y racional.

¿De dónde salió esa loca idea mía de pedirle aquel deseo en mi cumpleaños? ¿Por qué aceptó? ¿Por qué había dicho que sí esa misma noche?

Moví los ojos del automóvil estacionado más adelante en la esquina hasta él.

Sus dedos se deslizaron por el volante hacia abajo.

Como si supiese que lo miraba, giró la cabeza en mi dirección.

—¿Te encuentras bien?

—Sí.

—No me cansaré de repetirte que puedes salirte de esto cuando quieras.

—Gracias; no quiero hacerlo.

—No es que no crea que tienes la capacidad de afrontar esto, sino que, si quieres dejarlo, no pensaré mal de ti ni nada parecido. Es mi vida, no la tuya, y todavía no logro hacer entrar en mi cabeza que me pediste ser tu deseo.

—Estaré bien, Leo. Quiero seguir adelante con esto. No me romperé.

—Sé que no. El caso es que todo lo que vives y experimentas te cambia. Esta noche, seguramente, te ha cambiado. Lo importante es cuánto estés dispuesta a hacerlo, cuánto creas que podrás acoplar de esto a tu vida.

Nada, cero; nada de lo vivido con él, ni él, tenían pinta de poder encajar en mi vida.

—No te preocupes.

—No quiero que me culpes si esto no... —Leo se detuvo—. No quiero reproches, por eso te advierto ahora. Los reclamos no me van... somos adultos, tú tomas tus decisiones; yo, las mías. Solamente quiero que quede claro que esto no es por mí, es por ti. Y que lo que obtendrás de mí será esto y nada más. A veces las mujeres creen que luego podrán... ya sabes, a veces vosotras pensáis que podréis cambiar el mundo y demás. Esto se trata sólo de ti y no de mí, pese a que el plan es que seas yo. ¿Me entiendes? No quiero ser grosero, pero es tu riesgo, no el mío. No me caben las culpas ajenas, no estoy poniéndote un arma en la cabeza para que lo hagas y sí, es cierto, de no ser por esto, nosotros no volveríamos a vernos; es esto o nada.

Si hasta yo tenía claro que eso no iba de romance, ni siquiera de aventura. De cualquier modo, que te lo digan así, tan directo, no deja de incomodar. Creo que lo que más me molestó fue la distancia que puso entre ambos, esa misma distancia que sabía que yo ponía en ocasiones con los familiares de mis pacientes.

Ni siquiera planteó que fuésemos amigos y a mí, como mínimo, me apetecía hacer cosas con él que los amigos hacen; para empezar, que me contase aquello que la vida le enseñó para ser ese Leo que tenía frente a mí.

—Lo tengo claro —afirmé. Así era; sin embargo, eso no implicaba que se borrasen de mi cabeza las preguntas.

—Bien.

—Bien.

Odiaba que cayésemos en esos «bien»; no era la primera vez que sucedía entre nosotros y me daba la impresión de que esa aprobación suya, y esa aprobación mía, eran puntos suspensivos que sabes que ocultan cosas.

—De todos modos, tienes tiempo para pensarlo.

—No necesito pensarlo más. —De hecho, necesitaba dejar de pensar por completo y pasar a la acción; mi cerebro estaba sobrecargado y, por más que le diese vueltas a todo eso, me parecía que era únicamente a través de mi cuerpo cómo lograría aflojar un poco de toda esa energía contenida.

—Eso suena bien. Un cambio para ti. Desde el primer instante en que te vi, imaginé que eras de ese tipo de personas que lo medita todo una eternidad y que difícilmente consigue tomar una decisión.

¿Era eso un insulto?

—No digo que no haya cosas en la vida que no necesiten ser meditadas. Créeme que nadie más que yo en este mundo sabe el peso que tiene tomar ciertas decisiones. No soy un irresponsable, no es eso...

—No necesitas decir nada más, Leo —solté interrumpiéndolo—. Creo que ya he entendido dónde quieres llegar. Haré esto, es mi decisión, no la tuya, y no espero nada más; has dejado tu punto de vista más que claro.

—Magnífico. —Sonrió complacido—. Me alegra. Lo pasaremos muy bien, ya lo verás. —Hizo una pausa—. Buenas noches, entonces.

Se quedó mirándome una vez más. Básicamente daba toda la impresión de que estaba echándome de dentro de su automóvil.

—Sí, buenas noches. —Estrujé el bolso entre mis manos, mas no conseguí moverme de mi sitio.

—¿Necesitas decirme algo más?

Negué con la cabeza y sentí que me subían los colores al rostro. Estaba haciendo el papel de tonta al no salir del coche después de lo que había sido su despedida.

—Bien, te veré en unas horas, entonces.

—Sí, claro.

—Adiós.

Lo único que faltaba era que me empujase fuera del vehículo. Si hasta su cuerpo, y no digamos ya su mirada, me pedían que bajase de una vez.

—¿Necesitas que te acompañe a la puerta? —ofreció.

—No, no es preciso.

Entendí que lo que quería era preguntarle si regresaría al Délice, incluso sabiendo que no tenía ninguna autoridad ni derecho a cuestionarle nada. El caso era que me daba la sensación de que él estaba demasiado desesperado por deshacerse de mí y me entraron celos. Si es que ni siquiera nos habíamos despedido del grupo. No sé por qué, tenía la certeza de que volvería al local. También me amargó esa constante necesidad suya de repetir una y otra vez que podía salirme de eso cuando quisiera, como si no me creyese capaz de seguir adelante. Resultaba más que obvio que no me creía el tipo de mujer que pudiese desenvolverse en una situación semejante.

Sentí una inmensidad entre él y yo, y eso me entristeció. Tenía gusto a desprecio en mi boca, a eso que experimentas cuando te quedas fuera de una conversación sin entender nada y cuando no te dan oportunidad de comprender. No quería quedarme fuera de lo que él hiciese o dijese.

—Me gustaría que, al menos, Doménico esté mañana en el Délice. ¿Puedes arreglarlo?

Por una fracción de segundo, dio muestras de sorprenderse. Sus cejas se dispararon hacia su frente; sin embargo, se dio prisa y en un parpadeo corrigió sus facciones.

—Lo quiero a él allí, si es que eso no supone un problema.

Leo sonrió ligeramente mientras negaba con la cabeza.

—Ningún problema, seguro que le encantará la idea. Le gustas, me lo dijo. Mencionó también que no ve la hora de desvestirte. Te divertirás con él.

Si por un instante creí que había ganado un pequeño pulso, entonces comprendí que Leo acababa de estrellar mi puño contra la mesa al menos cinco veces, para romper la superficie. Quizá tuve intenciones de provocarle celos o demostrarle que podía hacerme cargo de la situación, y él me enseñó lo mucho que me faltaba ver de ese mundo. A él no le suponía absolutamente ningún problema que le dijese que quería tener sexo con su amigo.

—Doménico se alegrará —entonó con demasiado entusiasmo, y yo bajé la vista. Suficiente para mí por una noche.

Como ya me había desabrochado el cinturón de seguridad, posé mi mano sobre la manija de la puerta.

—Bien, te dejo para que sigas con tu noche.

—¿La tuya acaba aquí?

—Son casi las cuatro.

—Es temprano.

—¿Temprano? ¿Qué sugieres que haga?

—No sé. ¿Estás muy cansada?

—La verdad es que sí, pero estoy más allá del sueño.

—¿Cuándo fue la última vez que te viste al espejo desnuda?

—¿Perdón?

—Y no hablo de pasar por delante del espejo y verte sin querer, hablo de verte a ti misma.

—Bueno, la verdad es que ni siquiera suelo mirarme demasiado al espejo cuando estoy vestida.

—No me refiero a una cuestión de vanidad, sino de reconocimiento. Date una ducha y hazlo. Lo disfrutarás. Quizá incluso acabes teniendo otro orgasmo y eso no estaría mal. Cuesta más de lo que te imaginas verse a uno mismo en esa situación, o por lo menos a mí al principio me costaba; con el tiempo fue siendo agradable. También es increíblemente delicioso verte a ti mismo practicar sexo con otras personas. Las salas tienen espejos. Es extraordinariamente excitante, ya lo verás. Bien, lo verás. —Rio—. Anda, baja y diviértete un poco más, la noche todavía es joven —soltó en tono jovial.

—¿Tú también irás a divertirte?

Leo se mordió el labio inferior en una sonrisa.

—De hecho, sí; me esperan.

—¿En el Délice?

—Sí, Alexia, me esperan allí. ¿Supone eso un problema?

Contesté que no en voz alta mientras dentro de mi cabeza gritaba «¡sí, sí, sí!».

Me puse tensa sobre el asiento; no quería bajar, quería ir con él.

—Anda, vete, ya te he dejado deberes para casa... puede ser que no te parezca gran cosa después del Délice, pero créeme que lo disfrutarás. Incluso es posible que, después, te den ganas de despertar a Hugo y practicar sexo con él.

«Sí, yo puedo practicar sexo con mi novio —chillé mentalmente—, y con quien me dé la real gana, igual que tú.»

Bien, ni tanto, pues no era tan sencillo para mí como lo era para él. ¡Mierda, fuera como fuese iba a amoldarme a eso!

«¡Quiero esto tanto como tú!», me entraron ganas de gritarle.

Tomé aire, envalentonándome.

—Me divertiré. Que disfrutes el resto de tu noche. —Sin añadir nada más, sin un beso de despedida, ni siquiera un «adiós», me apeé del vehículo y, haciéndome la dura (muchísimo más de lo que en realidad era), me alejé de él rumbo a mi apartamento.

Mi postura erguida fue desinflándose a medida que me aproximaba a la entrada de mi edificio. Mis pies querían dar media vuelta y regresar a él. Subí el primer escalón del edificio y entonces oí un motor acelerar y gomas chirriar; giré la cabeza justo a tiempo para ver el automóvil de Leo atravesar la bocacalle a toda velocidad. ¡Sí que tenía prisa!

El portero ni siquiera me dio tiempo a sacar mis llaves para abrir la puerta.

—Buenas noches, Alexia.

—Buenas noches. ¿Todo en orden?

—Sí, muy tranquilo.

—Me alegra. Espero que pueda descansar ahora. Usted sí que tiene vocación de servicio, mire que salir un sábado por la noche a hacer una operación. Esos niños tienen suerte de que usted exista.

Y así, con esas pocas palabras, me sentí fatal. No quería mentir, tampoco quería perderme eso. Intenté convencerme de que serían tan sólo nueve días, que podía permitirme nueve días de romper esquemas.

Llegué a los ascensores en silencio.

—Que descanse.

—Gracias.

Sin mirar atrás, me metí en el habitáculo.

Si llegaba arriba pronto y me ponía a hacer los deberes que me había encargado Leo, no tendría demasiado tiempo para pensar. Prefería sentir que pensar, por lo menos hasta que lo que sintiese acabase mezclándose con lo que pensara y cuando eso ocurriese... bueno, ya me tocaría lidiar con eso, por lo pronto... Las puertas del ascensor se cerraron y me vi a mí misma reflejada. Cerré los ojos y volvía a ver a Bianca teniendo sexo con Doménico y con Rafael. Así como había grabado lo que veía, también lo que sentía, y de un modo bastante exacto volví a percibir a Leo por detrás de mí, su erección, su perfume, su aliento, su voz, incluso sus silencios.

Allí mismo me dieron ganas de arrancarme la ropa.

¿Debía contenerme?

Es bueno, por una vez, no contenerte, hacer algo que siempre quisiste hacer y que jamás te atreviste a llevar a cabo.

Me quité el abrigo y luego los zapatos.

No recordaba haber estado nunca, jamás, descalza dentro del ascensor. Puede parecer una tontería, sin embargo eso, así, tan burdo e inocente, resultaba una transgresión a gran parte de lo que era.

Fui a por más; de cualquier modo, dudaba de que a esa hora ninguno de mis vecinos estuviese despierto y, después de todo, los rellanos de los apartamentos eran privados.

Contorsionándome un poco, comencé a bajar el cierre de mi vestido.

Un agradable cosquilleo me bajó por la espalda junto con el cierre.

Faltaban dos pisos para llegar al que compartía con Hugo.

Permití que el vestido cayese por mis brazos, mis caderas, mis piernas, para terminar en el suelo, alrededor de mis pies descalzos.

Lo recogí. Con el vestido y el abrigo en una mano, los zapatos en la otra y vistiendo solamente sujetador y bragas, salí del ascensor.

Entré en mi apartamento a oscuras e hice algo más que no solía hacer; lo arrojé todo, sin mayor concierto, sobre uno de los sillones.

Fui directamente a la habitación. Hugo dormía; quizá no por mucho rato.

Quitándome el sujetador, entré en el baño. Abrí la ducha después de dejar que mis bragas cayesen al suelo. No sé por qué, me vino a la mente un tema de un tipo de música que no suelo escuchar: *Worth it*. El estribillo repetía una y otra vez que valía la pena.

Era un tema de esos pegadizos; había visto el vídeo de pasada; esas chicas bailaban de un modo que mi coordinación, mis inhibiciones —quizá más esto último que lo anterior—, no me hubiesen permitido jamás.

Ok, esa misma noche iba a practicar sexo con desconocidos, así que supuse que era buen momento para comenzar a desprenderme de mis inhibiciones.

Debajo de los chorros de agua caliente de la ducha, me puse a bailar... bueno, a intentarlo, pues eso de coordinar el movimiento de caderas con las piernas y demás no resultaba tan sencillo. La verdad es que el resultado final no tenía demasiada importancia; cuando menos, me di cuenta de que estaba repitiendo la letra de la canción una y otra vez en voz alta mientras bailaba dentro de la ducha.

Me animé cada vez más. Leo tenía razón, no parecía que fuesen las cuatro de la mañana, si hasta tenía ganas de volver a salir, de recorrer todo el apartamento bailando.

Cerré el agua, pero no dejé de bailar.

Dentro de la bata, continué moviéndome hasta llegar a mi vestidor; allí tenía espejos de sobra, puesto que todas las puertas estaban confeccionadas de ese material.

¿Cómo es que nunca antes había prestado la menor atención a mi cuerpo desnudo? ¿Por qué?

Me quité la bata y observé mi reflejo en el espejo. No lo hice buscando defectos en mi cuerpo, el objetivo no era encontrar grasa acumulada en algún sitio o comprobar si tenía más o menos celulitis, mucho menos comparar mi cuerpo con lo que se suponía que debía ser el ideal de cuerpo femenino. ¿Sería que mi trasero y mis pechos tenían el tamaño y la forma correcta? ¿Mis piernas eran lo suficientemente largas? ¿La piel de mi rostro era perfecta?

Por desgracia, encontrar puntos a favor en mi cuerpo solía ser infinitamente más difícil que dar con los malos. Ese momento no tenía nada que ver con eso, ni con lo bueno ni con lo malo, tenía que ver solamente conmigo misma.

Vi mi mano ascender hasta mi cuello.

Dudaba de que para mí fuese tan sencillo como para Bianca pasar por alto la imagen de mi cuerpo frente a otros; saber que estaba siendo vista desnuda, quizá examinada y hasta juzgada. Si incluso a mis propios ojos les costaba sostenerme la mirada en el espejo.

Aparté mi vista de la superficie que me enseñaba mi reflejo. Ver mis pechos, mi pubis...

Alcé la cabeza decidida a que eso no pudiese conmigo. Volví la mirada al frente, imaginando la voz de Leo en mi oído infundiéndome valor.

Me pregunté qué vería él en mí en ese instante, qué vería en mí si me encontrase en el lugar de Bianca. ¿Gozaría con mi cuerpo disfrutando?

Hice que mi mano bajase por mi cuello, por encima de mis costillas superiores; la dirigí hasta mi pecho izquierdo, para cubrirlo. Apreté ligeramente mi carne y me sentí a mí misma, el peso de mi seno, mi contundencia, mi presencia en ese espacio. Ciertamente era mucho más que una imagen; eran sensaciones, era yo. Quería darle eso a Leo, quería que me viese para colarme dentro de él para quedar grabada en él.

Pedía que sintiese como él y entonces así, sin más, al recordar sus palabras, cerré los ojos y comencé a sentir como si mi mano fuese la suya sobre mí. Me permití sentir a través de mi mano, como si fuese la suya, mi carne. Acaricié mi pecho y luego el otro.

Sus manos eran fuertes, las mías lo fueron también, más que nada porque mi cuerpo necesitaba esa fuerza dentro y fuera de mí.

Disfruté de la fuerza y el tacto sobre mis pezones.

Todavía con los ojos cerrados, bajé ambas manos por mi vientre, percibiendo primero mis costillas y después la suavidad de la parte superior de mi abdomen. Mis manos necesitaron más y entonces percibí la dureza de mi pared abdominal.

Con los dedos, rocé mi ombligo.

Por un momento lo sentí extraño. Dudé; sin embargo; la duda no resistió las ganas... las yemas de mis dedos, al final, hicieron contacto con el vello de mi pubis. Con una de mis manos, acaricié mi muslo, con la otra...

Leo se apareció por detrás de mí, ocupando el lugar de Doménico; por delante de mí, en el lugar de Rafael. Leo estaba allí, en todos lados, no solamente en mi mano, la cual en ese instante acariciaba mi clítoris, excitándome. El calor que sentía entre mis piernas, en la entrada de mi vagina, era yo, la humedad... y la necesidad en los dedos de mi mano era él y yo. Era mi mano, su mano, mi cuerpo, su cuerpo; todo, sin ni siquiera estar él allí físicamente, mas eso no hacía la menor diferencia, pues ya estaba en mí, estaba desde la noche anterior, y no tenía muy claro cómo haría para quitármelo de dentro cuando él ya no estuviese, ni siquiera sabía si quería extirparlo de mí.

Abrí los ojos. Creí que la excitación se licuaría en la realidad de verme reflejada en el espejo sola después de haber estado imaginando que mi mano era suya; no fue así. Tampoco me avergonzó el verme masturbándome. ¿Por qué debería avergonzarme, si era yo y así no dañaba a nadie? Eso era mío y nada más. Bueno, mío y un poco suyo, si él quería tomar un poco de mí.

Sí, en ocasiones es más sencillo permitirle a la vergüenza tomar el control de la situación; no siempre es lo mejor.

En resumidas cuentas, lo que Leo quería era que mantuviese mi mente abierta y eso hice: imaginé su cuerpo en mí cuando deslicé un dedo en mi interior.



Se me escapó un jadeo de placer y mi cuerpo tembló de gusto. Nunca había sido demasiado imaginativa o creativa, quizá tampoco demasiado libre, pero acabé descubriendo en ese preciso instante que, una vez que abres la puerta, resulta imposible contener todo lo que hay al otro lado. Ni el peso de mi cuerpo, tampoco el de todo ese edificio, ni siquiera el de los temores, fue suficiente como para frenar esa ola de impresionante fuerza que me llevó por delante cuando dejé que Leo tomase el control de la situación.

Sabía que, si gritaba de placer, despertaría a Hugo.

Saber, comprender...

Creo que mi parte racional llevaba un par de días en fuga. Por eso entoné su nombre una y otra vez entre jadeos mientras salía y entraba de mí. El fuego que tomaba el control de mi cuerpo me humedecía por completo.

Ok, para algunas cosas debería estar prohibido contenerse. No pensar y sentir, solamente sentir.

Sentir... sentir mi piel, mi interior, mis pechos, cada centímetro cuadrado de mi piel, ese cosquilleo en mi cuero cabelludo, el temblor en mis párpados, la tensión en mi espalda, la debilidad en mis rodillas y mis dedos incendiando mi vagina. Los jadeos en mis labios.

El vestidor a mi alrededor, los espejos, la ropa, mis zapatos, carteras; las paredes que me rodeaban; Hugo durmiendo en la cama en la habitación contigua, mis vecinos en los apartamentos de arriba y abajo; la gente en la calle, la ciudad, la noche, el mundo. Todo eso estalló dentro de mí cuando llegué al orgasmo y se me escapó toda la energía contenida. No estoy segura de si jadeé, grité o pronuncié el nombre de Leo o algún otro. No tengo ni idea, en ese momento todo lo que sentía me abrumaba y era demasiado como para identificar detalles particulares, sólo sé que sentí placer hasta en la piel de mis brazos y en la punta de mis dedos.

Los segundos pasaron, quizá fuesen minutos. Creí que al final había despertado a Hugo; es más, si hasta supuse que lo vería llegar. Abrí los ojos y no vi más que la penumbra que me rodeaba, la frialdad de la madrugada... y lo que me supo a la soledad de un apartamento enorme.

Había tenido miedo de que Hugo me encontrase allí, pues no sabía cómo iba a explicárselo si eso sucedía y, sin embargo, aunque eso no había pasado, me sentí peor que si me hubiese visto en la obligación de tener que buscar un modo de explicarme, de hacerle entender lo que me sucedía.

Giré la cabeza y eché un vistazo a la puerta que daba al pasillo que conectaba el baño con mi vestidor, el vestidor de Hugo y nuestra habitación. Nada, silencio absoluto.

Sin comprender muy bien por qué, comencé a enojarme. «¿Hugo no debería estar aquí ya?»

Percibí que mi entrecejo se fruncía.

A los pies, mi bata.

La ignoré, pasándole por encima. No pensaba cubrirme. Salí de mi vestidor; el cuarto al final del corredor continuaba a oscuras. Andando a paso decidido, me dirigí hacia la oscuridad.

Yo, caminando desnuda por mi apartamento.

Nada que añadir, con eso se decía suficiente.

Detuve mi andar frente a la cama. Hugo dormía de costado, de cara a la ventana y tapado hasta las orejas. Probablemente ni siquiera me oyó llegar. Un tanto fastidiada, pensé que lo único que le faltaba era roncar. La situación resultaba más que frustrante y no tenía demasiada razón de ser así, porque, hasta anteayer, algo semejante no me hubiese molestado. En ese momento me hacía hervir la sangre y no de un modo agradable.

Mis rodillas, tan desnudas como el resto de mi cuerpo, dieron contra las mantas que caían por el lateral. Subí una pierna a la cama, el colchón se inclinó ligeramente hacia mi lado. Mi otra pierna trepó a la cama, quedé de rodillas junto a él. Evidentemente Hugo tampoco percibió mi llegada entonces, pues continuó durmiendo plácidamente. Gateé hasta él... y nada.

—Hugo —lo llamé en un susurro. Tampoco quería asustarlo. Bueno, más o menos. Quería que despertase, quería que sintiese todo lo que pasaba por mi cabeza en ese instante y presuponía que, por más que despertase, lo más probable era que no consiguiese hacérselo entender, porque ni yo misma lo hacía.

—Hugo —lo llamé otra vez, puesto que dormía profundamente.

Incliné la cabeza sobre la suya e inspiré hondo cerca de su oreja izquierda; allí estaba su aroma. Igual que hacía algunas horas atrás, ya no era lo mismo de siempre, pero ya no tenía remedio, a partir de entonces debía ser algo nuevo y eso tampoco era tan malo. No podía pretender que fuese eternamente lo mismo; imaginaba que él debía entender que tampoco podía ser así para siempre—. Hugo... —Besé el lóbulo de su oreja.

Sus ojos se movieron por debajo de sus párpados y después sus párpados también.

Con la nariz, toqué su mejilla.

—¿Estás muy dormido? —le susurré tocando su piel con mis labios, los cuales llegaron a la comisura de los suyos.

Hugo abrió los ojos. Me miró.

—¿Acabas de llegar? —preguntó con voz somnolienta.

—No, hace un rato. Me he dado una ducha.

Sacó una de las manos de debajo de las mantas y tocó mi brazo desnudo mientras mis labios sujetaban los suyos de lado.

—Estás helada —entonó con la misma voz de dormido que antes.

—No tengo frío.

Hugo se movió para quedar recostado sobre su espalda. Al instante sus ojos se toparon con mi cuerpo desnudo y así, sin más, me excité otra vez.

—Hola —articuló con una gran sonrisa en los labios, ya no parecía tan adormilado.

—Hola. —Reí—. ¿Estás muy dormido?

Hugo rio y negó con la cabeza.

—Porque a mí me sobran energías —dije plantando una rodilla a cada lado de sus caderas.

—¿De verdad?

—Sí.

Sus manos treparon por la parte externa de mis muslos hasta mis caderas.

—Tienes la piel helada.

—Ya te he dicho que no tengo frío. —Aparté un poco la ropa de cama de encima de él. Hugo me atrajo hacia su cuerpo agarrándome con fuerza por las caderas. Mi boca alcanzó la suya. Tomé sus labios entre los míos y, con la lengua, degusté el sabor de su piel.

—Ya veo que realmente que no tienes nada de frío —entonó Hugo con voz sexy mientras una de sus manos subía por mi espalda—. A mí acaba de quitárseme también.

Le sonreí y metí una mano por debajo de las sábanas y dentro de su ropa interior. Me agradó mucho sentir que él también quería eso tanto como yo. Su reacción a mí me hizo olvidar la frustración de verlo durmiendo mientras dentro de mí ardía ese incendio.

Con la mano, acaricié su pene de arriba abajo. Lo sentí endurecerse entre mis dedos. Solté su miembro un momento para tocarlo; quería reconocerlo todo, descubrir qué reacción tenía él frente a mi tacto. En cuanto puse mi mano sobre sus testículos, se le escapó un jadeo que atrapé con mi boca.

—Deberíamos festejar tu cumpleaños más a menudo —soltó con voz débil; temblaba de gusto ante lo que le hacía sentir con mis manos—. Deduzco que debe de haberte ido bien esta noche. Me alegra que... —Hugo se detuvo, se le cortó el aliento cuando mi mano volvió a su pene, ya erecto, para acariciar la punta—... me alegra que no hayas vuelto angustiada.

Su voz se deshizo en jadeos una vez más.

—No digas nada más. Te quiero dentro de mí ahora.

Jamás le había hablado así.

—Definitivamente, tenemos que celebrar tu cumpleaños más seguido.

Hugo se incorporó para empujarme contra la cama, quitándose de encima las mantas. Agarrándome por los muslos, acomodó mis piernas a los lados de su cadera.

Comenzó a besarme y yo lo besé más fuerte. Necesitaba más.

Cogí su polla con una de mis manos y lo guié hacia mí, al tiempo que mordía su labio inferior.

Hugo se estremeció en mi mano. Todo su cuerpo se tensó.

—Te quiero en mí.

Sus manos se clavaron a mi cuerpo.

—No te contengas. Lo necesito.

Por una fracción de segundo, pareció descolocado, porque mi otra mano empujó su trasero hacia mi interior. Necesitaba que me penetrara cuanto antes o terminaría masturbándome otra vez. No tenía muy claro lo que me sucedía ese día, sin duda, todas mis hormonas habían enloquecido de una sola vez.

Comencé a besarlo y ya no necesité decirle nada más.

Lento, pero con decisión, Hugo entró en mí. Sentirlo deslizarse en mi interior no hizo más que incrementar la necesidad.

Lo empujé contra mí un poco más. Necesitaba que fuese fuerte, necesitaba sentir su cuerpo, sentirlo todo.

Hugo empezó a moverse dentro y fuera de mí, primero despacio y, cuando mis manos, más precisamente mis uñas, se clavaron en su carne, pareció entender el mensaje. Tenía un cuerpo fuerte; no era Leo, pero sus músculos tampoco eran para despreciar. Su cuerpo dio contra el mío una y otra vez y yo solamente me abandoné al placer, al contacto, al gusto de disfrutar del sexo olvidándome por un momento de todo lo demás; me abandoné, me entregué, hice de eso un universo entre nosotros dos, tensando mis músculos alrededor de él para intentar disfrutarlo al máximo.

El placer era tanto que dejé de sentir el colchón que me sostenía, incluso el tacto de las sábanas. Sólo sentía el calor del cuerpo de Hugo, su perfume, su miembro dentro de mí. Mi cuerpo recibéndolo entregado al placer, placer que acabó desparramándose por mi organismo. Una peste, un virus increíblemente potente y contaminante.

Nunca fui demasiado ruidosa a la hora del sexo; sin embargo, en ese instante no encontraba un buen motivo para no soltarme, de modo que nuestro cuarto se llenó con mi grito cuando llegué al orgasmo. Hugo cayó sobre mí, un momento después, evidentemente igual de satisfecho.

Satisfecho.

¿Satisfecha?

A Hugo le costó menos de cinco minutos volver a quedarse dormido a mi lado y yo ni siquiera me di cuenta. Me había quedado mirando el techo, buscando algo que no encontraba a mi alrededor y, cuando giré la cabeza esperando encontrarlo a mi derecha, me percaté de que dormía profundamente ya.

Su cuerpo no tocaba el mío; es más, los centímetros que separaban nuestros hombros impedían que sintiese su calor.

Volví la vista al techo blanco una vez más. Éste me pareció ajeno a mí, igual que mi cama... incluso, un poco, como mi propio cuerpo.

Un cansancio que no era físico se apoderó de mí.

Al instante la imagen de Leo se apareció en mis retinas y ya no pude apartarla de allí. No quería apartarla de mí. Si es que lo había tomado a él como puente hacia un lugar lejos de mi vida, hacia un destino todavía incierto al cual anhelaba llegar porque el sitio en el que me encontraba ya no me parecía mi hogar ni nada mío.

Rogué que la angustia que llenó mi garganta no fuese más que un efecto secundario del cansancio, el estrés y las nuevas experiencias.

Fuera como fuese, dudé de que pudiese volver a ser la que era antes y a decir verdad no estaba segura de que me apeteciese volver a eso; ni siquiera si tuviese en mi mano la posibilidad de borrar de mi cerebro todos los recuerdos de los dos últimos días. No, definitivamente no quería borrarlos, porque entre éstos se hallaban la sonrisa y la mirada de Leo.

Y pensar que yo solía sonreír así. De eso no quedaban más que fotografías del pasado, porque ni tan sólo en las más nuevas salía sonriendo de ese modo.

El pánico me dio una dentellada en el cuello y amenazó con atacar mi pecho.

Con el pulso acelerado, me senté sobre la cama. Iba a tener un ataque de pánico y todavía no podía creerlo. ¡¿Qué sucedía conmigo?!

Me dieron unas ganas locas de llamar a Leo. Necesitaba hablar con alguien y no se me ocurría a quién más recurrir. El sudor frío bañó mi piel. Leo dejó claro que eso, entre él y yo, no era posible.

Prácticamente descontrolada, salí de la habitación. Necesitaba aire.

De camino a la terraza, recogí mi abrigo y me cubrí con éste mientras asomaba mi cuerpo al frío de la madrugada; comenzaba a amanecer.

La claridad del sol ya asomaba. Sus rayos y el aire frío ayudaron a calmarme. Me costó media hora recuperarme y ser capaz de regresar a mi dormitorio. Al final, el agotamiento me venció.

## 9. Directo a mi cabeza

No tengo idea de qué soñaba, sólo sé que desperté sobresaltada. No sé si fue por el sueño o por la música que flotaba en el aire.

Abrí los ojos y la luz del sol hirió mis retinas y llegó a mi cerebro.

Por un instante quedé desubicada, sin comprender qué sucedía a mi alrededor.

Sonaba música electrónica a todo volumen. Ésta no provenía del equipo que teníamos en el baño; de hecho, parecía no haber nadie por allí y el lado de la cama que solía ocupar Hugo estaba ya frío.

Despegándome un poco más del adormilamiento, me di cuenta de que tenía un dolor de cabeza espantoso. Tenía la boca pastosa y mi humor no era el mejor, y eso que no solía ser malhumorada. En resumen, me fastidió el sol que brillaba y la música que sonaba, así como percatarme de que el reloj marcaba las doce treinta del mediodía.

Andando desnuda y en estado todavía un tanto zombi, fui hasta el baño a lavarme la cara y los dientes, esperando que un poco de agua fría sobre el rostro me ayudase a recuperarme.

Más o menos, conseguí recomponerme, pero mi dolor de cabeza continuaba allí, por lo que, antes de ir a vestirme, tragué un calmante con un vaso de agua.

Salí del baño y fui a mi vestidor a buscar algo que ponerme. Allí, en medio del espacio, quedé parada observando las prendas sin que se me antojase nada que vestir; ninguna de las prendas iba conmigo ese día. ¿Faldas, camisas? Menos que menos un suéter de color pastel, ni zapatos elegantes... ni vestidos.

Rosa... beige... blanco... Me entraron ganas de tirarlo todo a la basura o, peor aún, de salir corriendo de allí. Las pilas y filas de ropa resultaban opresivas; los zapatos, amenazantes.

Procurando siquiera ver mi reflejo en los espejos, fui a por ropa interior. Pesqué el tejano que había usado el día anterior, una camiseta, un suéter gris y un par de bailarinas negras. Una vez vestida, recogí mi cabello en una cola, a la cual no le puse demasiado esmero, y salí del vestidor. Necesitaba una enorme taza de café.

Al regresar al cuarto, percibí que la música continuaba sonando.

Salí del pasillo al amplio espacio que ocupaban los sillones y más allá el comedor. Una de las puertas acristaladas que daba a la terraza estaba abierta de par en par, pese al aire frío que el sol intenso del mediodía no alcanzaba a calentar del todo.

Olía a humo de la parrilla.

Hugo debía de estar preparando fuego para hacer asado.

Avancé en paralelo por la sala de estar hasta la altura de la puerta abierta sin atreverme a asomarme fuera. Me sentí como un animal temeroso a salir de la jaula en la que ha vivido en cautiverio durante toda su vida.

Los nervios hicieron sudar mis manos y ponerme la boca amarga otra vez.

No tenía idea de por qué tenía tanto miedo, pero allí estaba todo ese pavor a ver la cara de Hugo de nuevo, a enfrentarme a él y al resto de mi realidad.

Atontada, me quedé mirando el rectángulo de intensa luz que me encandilaba impidiéndome ver más allá de la puerta.

—Alexia... hola.

La voz, su voz, la voz de Leo voló directamente hacia mi cabeza, atravesando mis pensamientos desde mi oído izquierdo hasta el derecho.

De pronto a mis muslos les costó mantener firmes mis rodillas. Mis pantorrillas temblaron como si de repente el suelo sobre el que pisaba hubiese perdido firmeza.

Sentí un cosquilleo debajo del ombligo y el vello de mi nuca se erizó.

Sin querer, mis hombros dieron una sacudida.

Por un fugaz instante, creí que estaba imaginando mi escape de allí, para suavizar el pavor de afrontar mi realidad. Al girar la cabeza, comprobé que no imaginaba lo que necesitaba, sino que mi deseo estaba allí mismo, de pie a unos metros a mi izquierda, cargando tres copas por sus bases y una botella de vino en su otra mano.

Vestía un pantalón tejano oscuro, una camiseta negra y, por encima, una sudadera con cierre y capucha de un gris arratonado.

Su media sonrisa se quedó esperando una respuesta por mi parte.

—¿Te encuentras bien? Estás algo pálida.

—Leo... ¿qué haces aquí?

—Llamé a Hugo esta mañana y me invitó a almorzar. Como no pudimos comer juntos ayer...

—¿Para qué lo llamaste? —pregunté sintiendo miedo otra vez. No podía ser para contarle lo que habíamos hecho la noche anterior, ¿o sí? No, era una locura, él jamás le hablaría de eso.

—Teníamos cosas que conversar.

—¿Cosas?

En respuesta dio un par de pasos hacia mí para detenerse a un metro escaso de mi lado izquierdo. Antes de despegar los labios, espió por el rabillo del ojo en dirección a la puerta.

—¿De verdad crees que sería tan idiota de hablarle de lo nuestro? —soltó en voz baja—. No quiero que esto se acabe antes de que deba acabarse. —Dio dos pasos más en mi dirección y, entonces, comencé a experimentar las reacciones de mi cuerpo a la cercanía del suyo.

Mi piel se tensó. Mi ombligo tiró de mi abdomen hacia mi columna. Entre mis piernas, dentro de mí, sentí un gran vacío. Los labios me ardían y mi cuello se puso hipersensible, si creo que incluso mi cabello se alzó desde la raíz un par de milímetros.

—No quisiera perderme, por nada de este mundo, lo que sucederá esta noche.

Un paso suyo más.

El y yo no habíamos hecho nada y, aun así, eso se ponía cada vez más peligroso... incluso no siendo amor, incluso siendo algo indescriptible que acabó corrompiendo todo lo que yo era, o que quizá simplemente dejó escapar todo lo que había corrompido dentro de mí, puesto que, de igual modo, yo deseaba que llegase esa noche.

—Más que nada... —avanzó hasta que sus zapatillas deportivas tocaron mis bailarinas. El olor de su piel, el de su cabello, el de su hombría, se metió a la fuerza dentro de mis pulmones—... deseo verte disfrutar.

Eso, y nada más que eso, disparó mi pulso a niveles peligrosos.

—Dime, por favor, que no te arrepentiste de seguir adelante.

Despegué los labios e intenté contestarle; mi voz no funcionó.

Negué con la cabeza.

Aquella media sonrisa que imperó en sus labios hasta ese instante demudó en la expresión más palpable que yo hubiese visto jamás de la lujuria y el placer combinados con el morbo y el deseo.

Mi boca se hizo agua, como un barco que, indefectiblemente, pese a todos mis intentos de mantenerlo a flote, se hundiese.

Como si del cuarto hacia aquí hubiese perdido, tras mis pasos, todas y cada una de mis inhibiciones, deseé que me tocara. Quería sus manos en la piel de mi cuerpo, en mis pechos... los cuales, en ese instante, comenzaron a ponerse duros. Mis pezones pidieron sus labios, igual que mi vientre y para qué hablar de mi interior.

Parpadeé y, por una fracción de segundo, lo sentí sobre mí, en mí, sin que ni siquiera me pusiese un dedo encima. Era su mera presencia, su mirada, su aroma, las cosas que decía... lo que me hacían sentir de ese modo, lo que me excitaba y empujaba a salir de mi piel, a que la piel se me desgarrase de placer.

Con él, quedaba en carne viva.

No tengo ni idea de si su intención era que yo sintiese eso por él, o por nadie más, como fuese, estaba otra vez allí estaba él, mi puente.

Las personas son lo que tú les permitas que sean, lo que tú quieras que sean, y allí estaba Leo, canalizando todo eso que quizá siempre estuvo encerrado dentro de mí... o no. No lo sé. Fuera como fuese, todo eso estaba justo frente a mí, destrozándome y reconstituyéndome una y otra vez.

—Esta noche la disfrutaremos como no te imaginas. Ya lo verás.

«La disfrutaremos.» Que Leo se hubiese involucrado en la frase acabó por hacerme perder la cabeza. Me relamí los labios y, ya que él no lo hacía, mordí mi labio inferior porque necesitaba sentir sus dientes allí.

Sin querer, se me escapó un jadeo.

—Te han vuelto los colores al rostro —susurró con picardía—. Me sucede lo mismo a mí también: con sólo imaginarlo, ya no puedo pensar en nada más... ni siquiera en tu novio, allí fuera. Me vuelve loco la idea de verte disfrutar, de verte desnuda gozando, de oírte llegar a un orgasmo... de verte, Alexia —jadeó con sus ojos fijos en los míos—. Doménico está muy entusiasmado por esta noche. Le gustas mucho. Prométeme que no enfrentarás tu placer y lo dejarás correr. Ahora mismo deberías dejar correr el deseo que te invade, porque estás excitada, ¿no es así? También yo.



Tragué con dificultad. ¿Por qué todavía no me había besado?, ¿a qué esperaba para arrancarme la ropa?! Esa parte loca y desatada de mí quería que Leo tuviese sexo conmigo justo sobre ese suelo en el que estábamos de pie. Quería su cuerpo empujando el mío contra el frío mármol una y otra vez, buscando profundidad dentro de mí; quería sentir mi columna apretada contra el suelo y experimentar el tacto de las yemas de mis dedos en su espalda.

—¿Sospecha? ¿No preguntó nada anoche?

Otra vez negué con la cabeza.

—¿Qué sucedió cuando regresaste?

Encontré mi voz.

—Hugo dormía... —Cogí aire—. Me duché.

—Y luego, ¿qué? —Su sonrisa volvió a ser pura lujuria—. Ya se te ha contagiado, ¿no es así? Cuéntame qué hiciste, vamos, no tengas vergüenza. Somos compañeros. Sabes que no me horrorizaré. Soy tu igual. Nada de lo que digas o hagas me resultará ajeno y aún menos lo juzgaré como incorrecto. ¿Te contemplaste al espejo desnuda?

Asentí con la cabeza.

—¿Y qué fue lo que viste? Por favor, no me digas que te fijaste en si tus muslos son más anchos de lo que quisieras o en si tus pechos no están lo suficientemente erguidos o no son grandes como los de tal o cual mujer.

—No... no hice eso.

—¿Qué viste, entonces?

—A mí.

La sonrisa de Leo se tornó enorme.

—¿Y te gustó?

—Eso creo. Es... yo...

—Te has puesto colorada otra vez. —Leo entornó los ojos—. Recuerda: tú eres yo, y a mí no me molestaría en lo más mínimo decir que me masturbé; de hecho, anoche, cuando regresé al Délice, pensé mucho en ti y fue muy agradable. Me excité pensando en ti. Me bastó con recordar tu voz y la forma de tus labios para ponerme duro. Imagínate lo que sucederá cuando los vea poseerte. Cuando te entregues a ellos, cuando te hagas dueña de ellos. Hacía mucho que no me entusiasmaba tanto tener a alguien nuevo en el grupo. Anoche tuve una velada increíble gracias a ti, e imagino que esta noche será todavía mejor. —Hizo una pausa—. Entonces, Alexia, ¿te corriste o no?

Mi vagina se humedeció al instante.

—Sí.

—¿Lo hiciste mirándote al espejo?

Mi respuesta fue la misma, un gran «sí».

Leo soltó una risa mansa y corta.

—Eso es, así me gusta.

Volví a morderme el labio inferior.

—Puedes hacer eso mismo esta noche frente a Doménico; a él le encantaría verte, y a mí también. Mucho.

Todo mi interior se retorció de gusto. Si hasta debía contenerme para no hacerlo en ese momento.

—¿Y Hugo... él ni siquiera... no se percató de nada?

—Yo... bueno... lo desperté.

Leo rio con más ganas, increíblemente satisfecho, retrocediendo un paso.

—¿Así que tuvisteis sexo? ¿Qué tal fue?

—Bien. —«Bien, pero algo faltó», completé dentro de mi cabeza.

—El sexo no debería ser un *bien*, Alexia. El placer no es un *bien*; el placer es lo extremo, es cuando acabas cerca del abismo. Si fue un *bien* es que no...

—Tuve un orgasmo, estuvo bien —solté ofuscada, sintiéndome en la necesidad de defender a Hugo, de defender mi relación con él.

—Ok, viendo que reaccionas a la defensiva, dejaré que los hechos hablen por sí mismos. A ver si, después de pasar por el Délice, puedes seguir diciendo que un orgasmo está solamente *bien* ... quiero ver tu reacción. Si sale como creo que saldrá, te faltarán adjetivos para definirlo. Bueno, eso si no te emperras en dejar esto encerrado dentro de cuatro paredes. Es tu deseo, Alexia; yo no puedo obligarte a disfrutar, simplemente puedo guiarte en el disfrute, pero de nada servirá que te enseñe las lecciones si te niegas a aprender. Yo no puedo darte la libertad que no quieras tener. Tú pones tus límites, no yo. —Retrocedió otro paso—. Bien, creo que es hora de que salgamos. Tu novio está allí fuera. Me envió a por el vino y debe de estar preguntándose dónde demonios me he metido. Es más, él estaba por ir a despertarte, dijo que creía que ya habías dormido demasiado.

Sus cejas se alzaron en una mueca de desagrado que descompuso todo su rostro.

—¿Vienes a beber una copa con nosotros?

—Creo que antes necesito una taza de café.

—O un chupito de vodka y un cigarrillo —bromeó—. No fumo, pero me caería bien un cigarrillo ahora.

No pude ni parpadear.

—Te espero fuera.

Leo giró sobre sus pies y enfiló en dirección a la terraza. A mitad de camino, se detuvo.

—¿Todavía sigue en pie aquello de llevar a tu hermano al hospital mañana?

El cambio rotundo de tema me descolocó.

—Sí, así es. Quiero hacerle unas pruebas.

—De acuerdo, luego me pasas su número de móvil. Te prometo que no permitiré que se escape. Lo llevaré, así sea de las pestañas, mañana al hospital a la hora que tú digas. Yo lo arreglaré con él, despreocúpate.

—Gracias.

—No tienes nada que agradecer. Jerónimo tiene mucha suerte de tenerte. Creo que ese chico no te valora lo suficiente.

—Es joven, Leo, y su vida... —Me corté en seco, la verdad es que no quería hablar de ello.

—Otros, a su edad, lidian con responsabilidades que él ni siquiera imagina.

—Ha tenido que lidiar con otras cosas.

—Sí, pero ahora es un hombre y, si debe cuidar de su salud, que así sea. Descuidarse sería en extremo irresponsable. No tengo idea de qué tiene o qué es lo que ha tenido, pero, si tú lo cuidas y te preocupas por él, lo mínimo que tiene que hacer es dejarse cuidar y no actuar como un crío caprichoso.

No me gustó que llamase a Jerónimo *caprichoso* y le dediqué mi peor cara de perro, una que, así como mi mal humor, no solía aflorar, pero que, en ese instante, no me apeteció contener.

—A ver si para otras cosas reaccionas igual. Tú solamente saltas a la defensiva cuando digo algo que no te gusta sobre otros, sin embargo jamás te defiendes o te alzas en pie por ti. Lo hiciste por Hugo y lo has hecho por tu hermano. —Me dedicó un lento parpadeo—. Te veo fuera.

Sin añadir nada más y dejándome con la boca abierta, permitió que lo tragase el sol de la terraza.

Eso había sido tan arrogante que por un momento creí que continuaba soñando. Entonces me percaté de que la música electrónica seguía sonando. Esa música no era mía, ni de Hugo.

Eché un vistazo otra vez en dirección a la puerta de cristal abierta. ¿La habría traído Leo?

Todavía aturdida, me dirigí a la cocina en busca de esa taza de café que en ese momento necesitaba todavía más que cuando desperté.

Llené una taza y comencé a beberla sentándome a la mesa de la cocina, porque no lograba reunir el valor suficiente para salir a la terraza y encontrarme de cara con Hugo. Después de dar con Leo, después de sus palabras y de lo que yo experimentaba junto a él, parecía una misión imposible reconciliar esa Alexia que era entonces con Hugo y el resto de mi vida allí fuera.

Nerviosa, empecé a sacudir una pierna, dando con mi pie derecho contra el suelo. Solía tener mucha sangre fría, pues estaba acostumbrada a vivir momentos de máxima tensión porque las operaciones que realizaba a veces derivaban en situaciones incontenibles, pero eso no tenía ni punto de comparación con aquello. La universidad y la experiencia en el trabajo me habían endurecido para ese tipo de tesituras; sin embargo, para esa que tenía entre manos en ese momento, mi experiencia era completamente nula.

—Buenos días, amor. Leo me ha avisado de que se ha topado contigo.

Clavé el pie derecho en el suelo. Creo que poco faltó para que le hiciese un agujero al pavimento de nuestra cocina.

Hugo llegó a mí para besar mi mejilla.

—¿Qué haces aquí? Supuse que te reunirías con nosotros fuera. ¿Te encuentras mal? —preguntó después de escrutarme en silencio—. Estás agotada, seguro que sí. Es que anoche... —Se apartó, observándome con una sonrisa en los labios.

Los míos temblaron cuando intenté sonreír.

—Estoy un poco cansada —solté a modo de respuesta por todo lo que había dicho él sin ser ni siquiera capaz de darle los buenos días.

—Vamos, lo tengo casi todo listo para poner el asado en la parrilla, y estoy convencido de que te hará bien tomar un poco de sol. Además, tenemos visita. Ser antisociales hoy no está en el menú. No queremos que Leo piense que somos malos

anfitriones.

¿Se trataba de eso, de dar una buena impresión?

El café ingerido trepó por mi garganta.

—¿Por qué lo has invitado? Ayer me dijiste que querías queuviésemos un día para nosotros solos. Imaginaba que pasaríamos el día solos, porque yo por la noche...

—Por la noche, ¿qué? Sí, sé lo que te dije, es que esto era necesario.

—Tengo que trabajar. Me han cambiado las guardias, voy a tener una semana complicada.

Hugo me miró fijamente. Su mala cara resultaba más que evidente.

—¿Por qué era necesario invitarlo?

—Me lo pidió mi padre —respondió retrocediendo un paso para alejarse de mí.

—¿Y eso?

—Me llamó esta mañana muy temprano. Anoche mis padres y los de Leo cenaron juntos, tal parece que han reanudado su relación. Mi padre solía hacer negocios, muy buenos negocios, con el padre de Leo. En un momento dado surgieron ciertas fricciones entre ellos por un negocio en particular y nuestras familias se distanciaron; anoche la reconciliación fue completa. Mi padre le presentó al suyo un proyecto y tiene pinta de que están a punto de llegar a un acuerdo.

—¿Lo has invitado para convencerlo de que su padre debe hacer negocios con el tuyo? —No entiendo muy bien por qué me horrorizó tanto escuchar aquello.

—Bueno, sí, es más o menos eso. Mi padre me ha pedido el favor y no podía decirle que no. Es una tontería. Serán un par de horas y luego se irá. Puedes hacer eso por mí, ¿no es así? —Caminó hasta mi silla y se arrodilló frente a mí—. Supongo que no te cae bien, pero te prometo que lo despacharé en cuanto pueda. Se trata de hacer un poco de relaciones públicas y nada más. —Me cogió por la cintura y me sacudió de modo juguetón. Su boca se aproximó a la mía—. En cuanto se largue, nos encerraremos en nuestro cuarto. Anoche lo pasé muy bien.

¿Si se había dormido en cuanto acabamos! ¿Eso era pasarlo bien?

En este momento no sabía qué de todo lo que implicaba esa situación me molestaba más. ¿Suponía que Leo no debía caerme bien?, ¿por qué?

¿Relaciones públicas?

Entendía perfectamente bien a qué se refería Hugo con eso; mis padres se comportaban más o menos así; ellos tenían cientos de conocidos a los que invitaban a sus fiestas.

Otra vez el amargo café trepó por mi garganta.

¿En verdad quería que mi vida fuese un calco de lo que era la vida de mis padres e incluso de los de Hugo?

Él y yo nos habíamos conocido en una fiesta que dieron mis padres. El recuerdo de ese momento empezó a incomodarme. ¿Eso también era un negocio?

Es cierto que nadie me empujó a acabar allí con Hugo, pero mi madre y la suya fueron las que nos presentaron en esa fiesta; por ellas nos pusimos a hablar cuando al final nos dejaron solos. Mi madre me había pedido que le mostrase nuestra casa. Pasamos toda la noche juntos, conversando, y desde ese instante no nos separamos jamás. Al día siguiente lo vi en el club al que mi familia iba y también la suya; después

de eso volví a verlo en una comida de beneficencia, en el cumpleaños de su madre, en la inauguración de una muestra de arte a la que mis padres me pidieron que los acompañase...

Me sentí a punto de vomitar todas mis entrañas, puesto que mi padre también tenía algunas inversiones en manos del padre de Hugo.

Hugo aproximó sus labios a los míos.

—Tú sabes cómo manejar estas cosas. Basta con que sonrías un poco y ya está, lo dejarás encantado. Es para que se sienta bien recibido, nada más. Recuerda que en unos días se irá. Después de eso, el trato entre mi padre y el suyo estará cerrado y ya no será asunto nuestro lo que sea de la vida de Leo. —Besó mis labios con rapidez y se alzó sobre sus pies otra vez—. Deberías cambiarte la guardia con otro médico del hospital. Estaba pensando en organizar una cena para presentarle a alguien. ¿Qué te parece Bárbara? Podríamos invitarla, ¿no crees?

—¿A cenar... aquí? —solté atropellándome con mis propias palabras tras aclarar mi garganta. Eso empeoraba a cada segundo.

—Sí, aquí. A cenar, con nosotros, e invitar a Leo. Ella es extrovertida y muy divertida. Congeniarán bien, seguro. No te supone ningún problema llamarla e invitarla a cenar uno de estos días, ¿no? Después de todo, sois compañeras de trabajo y ella ya vino a tu cumpleaños.

Sí, y por poco se me escapa un gruñido al recordar que él la había llamado para invitarla. Eso todavía lo tenía atragantado, si bien Hugo jamás tenía problemas con nadie y se llevaba bien con todo el mundo. Sin duda le salía perfecto eso de hacer relaciones públicas con todos.

—Lo organizaremos más tarde, por lo pronto creo que deberíamos regresar a la terraza. Nuestro invitado nos espera. Puedes llevar tu taza de café.

¿Estaba dándome permiso?

Los músculos de mi rostro cobraron una rigidez inusitada. Me desconocí a mí misma, lo desconocí a él; ésa no parecía una conversación que nosotros dos pudiésemos mantener.

Dejé la taza sobre la mesa. Ya no sería capaz de volver a beber un sorbo más.

Quedaba claro que lo que me molestaba allí no era tener que volver a ver a Leo; todo lo contrario, lo incómodo era lo que Hugo generaba.

—Esta mañana temprano he preparado ensaladas y he ido a buscar pan. Ya está todo fuera. No necesitas hacer nada más que salir y conversar un poco con él. Eso sí, no le hables de tus operaciones. A la gente no le gusta oír hablar de sangre y mucho menos de niños pequeños que mueren en la mesa de un quirófano.

Creo que mis ojos acababan de salirme de sus órbitas.

¡¿Qué?!

—Hablemos de otra cosa, ¿de acuerdo? Después de todo, no creo que Leo comprenda ni una palabra de lo que puedas explicarle. Mantendremos la conversación ligera como siempre. Podemos hacer eso, ¿no es así? —me preguntó con un sonrisa que me cayó más indigesta que el café—. Nosotros sabemos hacer eso. Por eso nuestros conocidos nos adoran. Tú y yo somos lo máximo —soltó acercándoseme otra vez—. Te amo. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Lo sabes, ¿no es cierto?

No pude responder, no supe qué responder.

Creo que continué observándolo con una mueca de incredulidad en la cara.

Hugo besó mi mejilla.

—Eres tan guapa, tan inteligente...

No acababa de tratarme como si yo fuese inteligente.

—Insisto en que deberías seguir probando con el amigo de tu padre, el cirujano.

En la fiesta se mostró muy entusiasmado contigo. Seguro que te hará una oferta en cualquier momento. Tendrías que invitarlo a tomar algo para charlar. De trabajar con él, tu sueldo no sería una miseria y no tendrías que hacer guardias nocturnas, que son de lo peor. Debes cuidarte; además, piensa en cuando comencemos con los preparativos de la boda... Necesitas tener tiempo para ti y, con horarios que cambian cada dos por tres, no puedes organizar nada. Peor aún, piensa en cuando te quedes embarazada. Tu trabajo es prácticamente insalubre, Alexia, y no queremos que nuestros niños lo padezcan.

Entonces sí que acabé por quedar en estado catatónico. Mi cerebro se atrancó, ya no me fue posible procesar sus palabras.

—Nuestro futuro será perfecto, ya lo verás. Todo saldrá de maravilla. Tendremos unos hijos preciosos.

El rostro de Hugo se suavizó, volviendo a parecer aquel que yo creí que era hasta poco tiempo atrás.

—Seremos todavía más felices.

Si era así, ¿porque de pronto a mí me apetecía salir corriendo?

—Vamos. —Hugo me agarró por el brazo—. Te prepararé un rico almuerzo. Disfrutaremos un poco al sol y después tendremos el resto de la tarde para nosotros solos.

Accedí a levantarme de la silla simplemente porque necesitaba salir de la cocina con la esperanza de dejar allí al menos una parte de todo lo que acaba de oír salir de sus labios. Y, por qué no admitirlo, también porque necesitaba ver a Leo; necesitaba mi escape, mi puente hacia alguna parte.

Dejé mi taza de café allí. Tenía el estómago cerrado y, además, me daba la impresión de que, más que café, necesitaba una copa de algo fuerte. El vino, para empezar, estaría bien.

—Aquí estamos de nuevo —anunció Hugo nada más poner un pie en el exterior. Sonreía abiertamente; yo no... lo intenté y no pude. Sentía mi rostro como si fuese de goma. Desesperada, busqué la mirada de Leo. Él, que había tenido una media sonrisa en sus labios, la borró al verme llegar con esa cara de no entender de qué va el universo.

Leo avanzó desde la baranda hasta la mesa, puesta con platos y cubiertos para los tres, y dejó su copa allí.

—¿Qué tal el vino? —le preguntó Hugo.

—Es muy bueno... creo. En realidad, no sé mucho de vinos. Estoy acostumbrado a tomar cerveza y lo más probable es que la cerveza que bebo ni siquiera sea buena.

Por toda respuesta, Hugo alzó las cejas. No hizo comentario alguno. Se limitó a moverse hasta la parrilla, en la que se cocía la carne.

En cuanto nos dio la espalda, en el rostro de Leo se formó una mueca inquisitiva. Sin duda se había percatado de que algo me sucedía y quería saber qué era.

Si él había notado mi incomodidad, ¿cómo era posible que Hugo no?

Meneé la cabeza, desestimando el asunto, ya que no podía decirle que Hugo lo había invitado a almorzar simplemente por quedar bien con su familia, para que su padre ganase puntos y así poder concretar el negocio que pretendía llevar a cabo con el progenitor de Leo.

—Nada mejor que una comida de domingo al sol y con buena carne —entonó Hugo alegremente desde la parrilla—. Mejor aún sabiendo que contamos con excelente compañía.

Hugo no se dio la vuelta a ver qué hacíamos, siguió en lo suyo como si nada, controlando la cocción del asado.

Leo vertió vino en la única copa que quedaba vacía y me la tendió.

—Gracias.

—De nada —contestó en voz baja. Tomó su copa y la movió en dirección a la mía, la cual choqué suavemente contra la suya.

—Gracias por recibirme en tu casa, Alexia —dijo con el rostro más pétreo que le había visto jamás.

—Es un placer tenerte aquí.

—Donde yo vivo asamos hamburguesas y salchichas mientras bebemos cerveza barata.

Ése parecía mejor plan que el que teníamos entre manos.

—De modo que los canadienses no tienen muy buen gusto —comentó Hugo desde la parrilla.

La frente de Leo se crispó.

—No veo la hora de regresar a casa —soltó entre dientes.

Hugo no le prestó atención.

—¿Extrañas tu hogar?

—Sí, mucho —me contestó sin despegar su mirada de la mía.

Agradecí que Hugo estuviese dándonos la espalda.

—Vives en una población pequeña, ¿no es así? Creo que tu padre le comentó algo de eso al mío.

—Sí, así es.

—Pueblo pequeño, infierno grande —acotó Hugo desde la parrilla, y a mí me dieron ganas de arrojarle un plato a la cabeza. Yo solamente quería escuchar a Leo contar todo lo que él quisiese compartir sobre su vida. Es más, quería que me revelase hasta el último de sus secretos y todos sus deseos. ¿Por qué había acabado viviendo en un pueblecito de Canadá, tan lejos de todo, tan alejado de su familia, y por qué estaba tan ansioso por volver allí si en Argentina tenía de todo, incluso amigos de tanta confianza como Doménico?

—Me gusta mi infierno, no me quejo. Allí está mi hogar.

—Yo me sentiría siempre un extranjero en otra parte. Mi hogar está aquí, con mi amor. —Hugo se giró un poco en mi dirección y me miró por encima de su hombro izquierdo—. Nosotros somos muy felices aquí. No se nos ocurriría por nada del mundo abandonar Buenos Aires.

Que hablase solamente por él. Yo habría cogido el teléfono para comprar en ese instante un billete de avión a Canadá. Tal fue así que no pude contenerme de formular la siguiente pregunta.

—¿Cómo se llama el sitio donde vives?

Leo apretó los labios. Me quedé esperando una respuesta que me pareció que no llegaría jamás. ¿Tanto le costaba contar un detalle de su vida?

—Dundas, se llama Dundas.

—¿Es el típico paisaje que uno esperaría de Canadá: bosques, pinos, tranquilidad, personas amables?

Leo sonrió, mordiéndose el labio inferior. ¿Qué significaba eso?

—Sí, es más o menos así, Alexia.

—¿No te aburres? ¿Dudo de que allí puedas hacer carrera en nada? Deberías considerar mudarte a Ontario. Bueno, de cualquier modo no estás muy lejos de la ciudad, ¿no es así? —intervino Hugo.

—Prefiero Dundas —contestó Leo en un tono seco.

—¿Qué haces allí? —Cuando Elsa le formuló esa misma pregunta la otra noche, Leo le contestó que «vivir»; esperaba obtener una mejor respuesta que ésa.

—Tengo un negocio.

—¿Qué clase de negocio? —se interesó Hugo girándose en nuestra dirección otra vez.

—Soy dueño de una ferretería —soltó medio a regañadientes, y acto seguido se llevó su copa a los labios para vaciar todo el contenido dentro de su boca.

¿Y eso? ¿Le suponía un problema admitir que tenía una ferretería o qué? No entendí su reacción.

Hugo perdió el interés y volvió a sus carnes.

—Imagino que debes de conocer a mucha gente en el pueblo.

—Sí, más o menos.

—Me encantaría conocer Dundas —le dije con una sonrisa que Leo desestimó, apartándose de la mesa y alejando sus ojos de mí.

Iba a preguntarle si alguien cuidaba su negocio por él mientras él estaba de viaje, quién regaba las plantas de su casa o, si tenía gato o perro, quién se encargaba de darle de comer y cuidarlo; no me dio tiempo a nada; es más, quedó claro que Leo no estaba dispuesto a compartir ningún detalle más. De cualquier modo, no pude evitar preguntarme si tendría amigos y cuántos, si alguno de ellos sabía lo que hacía en lugares como el Délice, si tenía tras sus pasos a alguna mujer enamorada de él (era probable que así fuese), y también quería preguntarle si no se sentía solo allí, lejos de todo.

Me entristeció saber que, probablemente, yo continuaría en la misma ignorancia que hasta entonces sobre su vida cuando nuestros días juntos acabasen. Él extrañaba su casa y dudaba de que fuese a extrañarme a mí. Lo nuestro no tenía nada que ver con ese tipo de relación, él lo había repetido una y mil veces.

¿Qué haría yo cuando él se marchara?

Me quedé en blanco. Mejor que se me ocurriese pronto cómo seguir adelante cuando él se fuese, porque eso tenía los días contados.



—¡El almuerzo está listo! —anunció Hugo, sobresaltándose—. Comprobarás que esto si vale la pena comerlo, Leo. No son hamburguesas ni salchichas.

Hugo se dio la vuelta para transportar una bandeja con los trozos de carne ya cocidos y por eso no vio la mueca que le dedicó Leo, la cual indicaba que bien podría vomitar sobre su condenada carne asada, pues tanto le daría.

Hugo llegó a la mesa con la carne y unas verduras que había cocido también en el asador.

Yo sin hambre y Leo con cara de asco, nos pusimos a comer.

Hugo hablaba hasta por los codos; se lo notaba muy entusiasmado, en su salsa. Se había adueñado de la conversación, relatando cientos de historias sobre su trabajo, sus viajes, su familia y demás, mientras Leo y yo nos limitábamos a asentir con la cabeza y a soltar monosílabos pasando, con aburrimiento y desgana, la comida de un lado al otro del plato.

En un momento dado Hugo me pasó el testigo y tuve que contar algunas cosas sobre mi familia, la fundación que por entonces dirigía mi padre, sus negocios, los ancestros de mi madre, mis viajes de estudios, lo notable de mis calificaciones en la universidad. Me sentí como un loro parlanchín, puesto que Leo me miraba con tal cara de hastío que terminé sintiéndome todavía más horrible.

Peor fue cuando Hugo se levantó para retirar los platos e ir en busca del postre.

Leo y yo nos quedamos solos y entonces fue solamente silencio. Su rostro, de aburrido, había pasado a molesto.

Me cohibió su mueca y toda la actitud hostil de su cuerpo, y ya no se me ocurrió absolutamente nada que decir para acortar la brecha existente entre él y yo.

Con desesperación, deseé que las horas pasaran para así poder llegar a la noche y a él, a nuestra relación de compañeros; además, no lo niego, quería probar lo que él me había propuesto, pese a que me invadía el miedo y la vergüenza por hacerlo. Iba a practicar sexo con extraños y quería que él me viese hacerlo. De sólo pensar en que él me vería, se me erizó la piel por el gusto y tuve que apretar las piernas para evitar que esa sensación de que se me escapaba el deseo y la necesidad se incrementase aún más.

Hugo regresó con una bandeja cargada con tres copas de helado.

El helado me encanta y podía comer un cuarto de kilo sin ni siquiera pestañear, pero en ese instante me daba lo mismo.

Hugo se puso a hablar otra vez. Leo bajó la vista a su copa; por lo visto el helado sí le gustaba y comenzó a devorarlo como si nada más en este mundo importase; es más, daba la impresión de que deseaba sumergirse en su copa. Su actitud era por demás infantil, como si le importase un cuerno que nosotros estuviésemos presentes.

Iba a comentarle algo sobre el helado para intentar atraer su atención, cuando el móvil de Hugo comenzó a sonar.

Lo sacó del bolsillo de sus pantalones y echó un vistazo a la pantalla.

—¿Me disculpáis? Debo atender esta llamada.

—Sí, claro —contesté mientras Leo lo miraba con cara de nada.

Hugo dejó su servilleta sobre la mesa y se metió en el apartamento.

Leo lo siguió con la mirada. Había terminado su última cucharada de helado. Posó la cuchara sobre el plato.

—¿Es siempre así?

Comprendí que hablaba de Hugo. No contesté.

—Ok, no es mi vida y, de hecho, se supone que tú deberías estar actuando como yo porque quedamos en que tú serías yo.

—¿Qué harías tú en mi lugar?

—¿Aparte de cerrarle la boca de un puñetazo?

Sorprendida, me aparté de la mesa.

—Vamos, no me dirás ahora que has disfrutado de la comida y de sus monólogos. ¿Tú no hablas, no tienes ideas propias?

—Sí, es que... No me juzgues, ésta no es la mejor de las situaciones, ¿de acuerdo? Esto es demasiado extraño. Tú aquí... no resulta fácil para mí.

—Esto no tiene nada que ver conmigo, Alexia. Ese tipo es un idiota. Cada vez me convenzo más de eso.

—¿Y por qué has venido?

—Tienes razón, creo que mejor me voy —lanzó soltando su servilleta sobre la mesa. Se puso de pie—. Si cambias de actitud es probable que podamos divertirnos esta noche. Si planeas actuar como una autómatas y como él, me lo dices y no me molestaré en pasar a por ti. No me interesa que me avergüences esta noche. Quizá me he equivocado contigo, es probable que no sea buena idea llevarte otra vez al Délice.

—¡¿Tú qué sabes?! —estallé—. ¡Quiero ir!

Leo se cruzó de brazos y se quedó observándome con una actitud mucho más mansa.

Descruzó los brazos.

—Ok. Perfecto. Hugo cree que tienes guardia esta noche, ¿no es así?

—Sí, eso le he dicho antes cuando ha venido a buscarme a la cocina. —Casi estuve a punto de decirle que, si él no me llevaba al Délice, iría sola. Bien, el coraje quizá no me diese para tanto, o sí... solamente debía intentarlo, para comprobar si podía o no, y en ese momento me enojaba tanto que no me creyese capaz que, incluso contra mi voluntad, me arrastraría hasta allí y no saldría huyendo con el rabo entre las piernas.

—De acuerdo. Te llamaré en cuanto termine de arreglar a qué hora nos veremos con Doménico.

—Bien.

—Bien.

—¿Segura de que quieres hacer esto?

—¿Intentas convencerme de lo contrario? Quiero a Doménico allí. En todo caso, si él no puede, supongo que podrías presentarme a alguien más —acoté envalentonándome.

—Sí, así es.

—Bien, prefecto. Entonces no tenemos nada más que discutir. Iremos al Délice esta noche.

Leo me miró sin parpadear.

—Sí, iremos; será mejor que me retire ahora. Tú necesitas descansar unas horas. Duerme un poco de siesta si puedes, lo necesitarás. Créeme que sí.

Leo rodeó la mesa y llegó hasta mí. En el ínterin, mi temperatura corporal ascendió en puntos precisos de mi cuerpo.

—En el Délice no necesitarás ser esto. Recuerda que serás yo.

—¿Qué quieres que haga?

—Tener sexo, disfrutarlo sin límites, liberarte al placer. Follar como si no hubiese un mañana. ¿He sido lo suficientemente claro?

Carraspeé. Hasta mi vagina había entendido el mensaje.

Me puse nerviosa y se me escapó una sonrisa que intenté contener apretando los labios. Al final acabé riéndome, riéndome frente a un muy serio Leo.

—Perdón, disculpa. Sí, lo he entendido muy bien. —Volví a reír y entonces sus labios se aflojaron también. Ganas locas de besarlo me atacaron.

—Ok, Alexia, ojalá esta noche conserves ese humor. Te llamo luego. Despídeme de Hugo.

—Claro.

Sin un beso, sin un adiós, sin nada más que decir, Leo abandonó la terraza y a mí.

De cualquier modo, una parte de él se quedaba conmigo y una parte mía se iba con él.

Dormir una siesta...

Esa noche...

Volví a sonreír de entusiasmo y de los nervios. Quería que las horas se esfumasen ya.

Me puse a recoger la mesa. Hugo no regresó hasta unos quince minutos más tarde, cuando ya todo estaba en orden y el lavaplatos hacía su trabajo.

—¿Con quién hablabas? —le pregunté en cuanto entró en la cocina.

—Cosas de trabajo. ¿Leo se ha ido hace mucho?

—Al poco de que te has ido a hablar por teléfono. Ha dejado dicho que te agradecía la comida.

—¿Ha dado las gracias? Un milagro. La verdad es que no demuestra tener demasiados modales. Por suerte se va pronto. Una cena más y quedaremos libres de él.

Hugo pasó por mi lado y me palmeó el trasero, cosa que me desubicó, pues jamás había hecho nada semejante.

—¿Luego concretamos y llamas a Bárbara para que venga a cenar?

—Sí, lo que quieras —contesté a regañadientes.

—Tengo que ocuparme de algunas cosas. ¿Te molesta si me encierro un rato en el estudio?

—No, para nada; de hecho, pensaba acostarme a dormir la siesta.

—Perfecto. Entonces nos vemos más tarde.

Tocó sus labios contra los míos y me dejó sola en la cocina.

Huí directamente a nuestro cuarto; estaba agotada y muerta de sueño, y pasar despierta las horas que faltaban hasta la noche resultaría un suplicio.

No fue muy sencillo conciliar el sueño, puesto que Leo se aparecía a cada rato en mis pensamientos, hasta que quedé completamente inconsciente.

## 10. Todo lo que dijiste que sería

Abrí los ojos. Poco a poco mis retinas se llenaron del atardecer al otro lado del amplio ventanal junto a mi cama. Debía de llevar toda la tarde durmiendo y, de luz de día, poco quedaba.

Estirándome, pesqué mi móvil de encima de la mesita de noche y en ese preciso instante sonó el aviso de que acababa de entrar un mensaje.

Mi corazón se puso a palpar con fuerza.

Su nombre apareció en la pantalla en cuanto lo desbloquéé.

Leo.

¿¿¿Sigues siendo mi compañera??? ¿Paso a por ti a las diez?

Mi «sí» no se hizo esperar.

Su respuesta tampoco.

-Ok. Bien. Te veo a las diez donde siempre.

-Así será.

No obtuve más respuesta por su parte que la doble marca azul que señaló mi mensaje como leído.

Me levanté y fui a por una taza de té.

El apartamento estaba en silencio, por lo que supuse que Hugo debía de continuar trabajando. Preparé una taza también para él y se la llevé a su estudio.

Bebimos nuestras infusiones como si nada, conversando sobre su trabajo. De pronto parecía que lo de ese mediodía ni siquiera había sucedido. Debía de ser que, para él, no había significado absolutamente nada. Desde luego que Leo no era para él

lo que era para mí, y que hacer relaciones públicas solamente para quedar bien no le suponía el menor trastorno.

Después de eso, continué con mi rutina igual que si en realidad fuese a salir a trabajar y él, aprovechando eso, como cada vez que yo me iba al hospital, siguió con lo suyo.

Con la ansiedad a flor de piel, me di una ducha y me preparé para lo que imaginaba que sería esa noche. Se suponía que mi aspecto no importaba, pero mis inseguridades pudieron conmigo y me lancé a la tarea de eliminar cualquier rastro de vello. Hidraté mi piel, me maquillé un poco, y sequé y peiné mi cabello.

Yo solía vestir muy formal para ir a trabajar: pantalones, blusas, zapatos de tacón. Conservando lo que solía ser mi uniforme, me atreví a ir un poco más allá; después de todo no iba al hospital, y la ropa de niña buena no me parecía apropiada para ir al Délice.

Agradecí que Hugo estuviese todavía encerrado en su estudio.

No tenía demasiada ropa interior sexy. Escogí un conjunto negro de encaje. Me puse unos pantalones negros de vestir y fui a por aquella blusa verde jade que había comprado un par de años atrás para ir a trabajar y que al final nunca usé, porque el último botón de ésta me llegaba justo al corpiño; además, la tela con la que estaba confeccionada era demasiado sedosa y liviana, y también transparente.

Me subí a los zapatos que me había regalado Hugo por mi cumpleaños, de puntas y tacones de aspecto mortales, y completé mi atuendo con un par de aros que, si bien eran un tanto largos para ir a trabajar, esperaba que se camuflasen entre mi cabello hasta que llegase a la calle.

Para cubrir mi poco recatado aspecto, me eché el abrigo negro encima, el cual me llegaba hasta los tobillos.

Cogí un bolso, puse mis cosas dentro y me dispuse a salir. Ya estaba lista y faltaban solamente quince minutos para las diez.

Quería largarme de inmediato, pero no podía salir sin despedirme.

Por las dudas, para terminar de cubrirme, enrosqué un pañuelo en mi cuello, con el cual me tapé casi hasta las orejas.

Inspirando hondo antes, me asomé a la puerta de su estudio llamando con los nudillos sobre el marco.

—Hugo, me voy ya. Descansa, nos vemos por la mañana.

Hugo medio me espió por encima de un hombro; estaba dibujando algo, completamente concentrado en ello.

—Sí, claro; espero que no te den una noche muy dura, cielo. Te amo. Cuídate. Si quieres, me llamas más tarde y conversamos un poco.

—No, está bien, vete a dormir. No necesitas permanecer despierto toda la noche por mí.

Me causó un gran alivio saber que al menos algunas cosas continuaban funcionando como antes. Hugo pasaba muchas noches en vela solamente para que yo no me aburriese o no me sintiese sola si pasaba toda la noche de guardia sin tener nada que hacer; a altas horas de la madrugada, nos poníamos a hablar de cualquier cosa, reíamos y nos brindábamos compañía. Al menos esa parte de nosotros

sobrevivía, el problema era que yo acababa de dispararle por la espalda al mentirle diciéndole que mi guardia comenzaba en breve cuando en realidad mi turno comenzaría cuando acabase la noche.

Hugo no tenía ni idea.

Antes de comenzar a sentirme todavía peor, le di las buenas noches y me largué del apartamento.

Salí del edificio sin cruzarme con nadie y eso supuso un alivio.

En la calle hacía frío, por lo que me encogí debajo de mi abrigo y apresuré el paso en dirección a la esquina.

Mi cuerpo sufrió las consecuencias de ver su automóvil detenido junto al bordillo.

La luz interior del coche de Leo se encendió y entonces divisé su rostro. No sonreía ni nada parecido; sin embargo, sí le noté cierto entusiasmo en la mirada.

Nos miramos a los ojos y, un segundo después, apagó la luz.

Continué caminando hacia él.

Por supuesto que no se bajó a abrirme la puerta, lo hizo desde dentro.

Bajé el bordillo, rodeé el vehículo y salté dentro de éste.

Allí se estaba mucho mejor que en la calle.

—Buenas noches.

—Buenas noches. ¿Lista?

—Sí, eso creo.

—¿Lo crees o lo estás?

—Lo estoy —mentí. Me faltaba mucho para sentirme preparada para lo que iba a hacer esa noche, aunque me moría de ganas de hacerlo—. ¿Estará Doménico? —comenté como de pasada, procurando alejar al máximo mis temores.

—Sí, él estará allí contigo. ¿Quieres que os acompañe alguien más? Con dos lo pasarías mucho mejor que con uno. Podemos buscar a una tercera persona. Tengo muchos conocidos que presentarte. Hablé con alguno de ellos ayer noche, cuando regresé después de dejarte aquí. Ellos te vieron y están interesados en ti; muchos te desean y están ansiosos de pasarlo bien contigo. Te los presentaré, si quieres, y tú elegirás.

—¿Muchos?

Leo puso el motor en marcha y asintió con la cabeza.

—Sí, muchos. Les gustaste; dicen que irradian algo especial y quieren probarte y que los pruebes. Un par de ellos son mujeres. La mayoría de ellos dicen que nos parecemos y es que básicamente lo mismo pasó conmigo. Me abrumó que muchos se me acercaran para pedirme pasar una noche con ellos.

—¿Qué hiciste tú cuando te lo pidieron? ¿Cómo reaccionaste?

Leo puso primera y pisó el acelerador. Metió la siguiente marcha.

—¿Tú qué crees?

—Si realmente nos parecemos en algo... yo tengo miedo.

—Ésa es la reacción más humana. No esperaba otra cosa.

—Pero quiero seguir adelante.

—Eso mismo hice yo. Después de esta noche lo verás todo de un modo distinto. Te verás distinta a ti misma y es probable que te cueste asimilarlo, pero intenta disfrutarlo; recuerda que eres yo y yo lo sobreviví y ahora estoy aquí diciéndote que puedes con esto y más que esto: lo disfrutarás. Mucho. Te lo aseguro.

—Bien... entonces, sugiéreme a quien creas conveniente, lo dejo en tus manos.

—Te sugeriré a un par de personas, las que considere más adecuadas, y tú escoges. El sexo tiene que ver con una cuestión de piel, con una conexión; si esa conexión entre tú y la otra persona no está allí, lo pasarás mal, y ésa no es la idea. No quiero que te convenzas la primera noche de que éste es el peor deseo que podrías haber pedido.

—Está bien, lo entiendo. Entonces, tú... ¿estarás allí? La verdad es que ni siquiera sé cómo encarar la situación.

—Bueno, cuando lleguemos buscaremos a Doménico. Con él, beberemos una copa si te parece y conversaremos un poco con las personas que quiero que conozcas. Les diremos que seréis Doménico y tú y, si alguno de ellos quiere participar y a ti eso te agrada, pues formaremos un grupo e iremos a una de las salas.

—¿Entrarás con Doménico y conmigo o... te quedarás en la sala adjunta o...?

Leo frenó ante el semáforo en ámbar que inmediatamente cambió a rojo. Giró su rostro en mi dirección.

—He estado dándole muchas vueltas al asunto. Creo que, por ahora, será mejor que permanezca en la cabina anexa. No te preocupes, será como si estuviese allí contigo. Yo te diré qué hacer, mantendremos la comunicación. Te guiaré en todo momento. Guiaré a los demás por ti. No quiero que tengas que preocuparte por nada, solamente quiero que centres tu cuerpo y tu mente en gozar del momento.

—¿A qué te refieres con eso?

—Seré yo quien les diga lo que te harán y lo que tú harás. Créeme, entiendo algo del lenguaje corporal, sabré interpretar tus deseos.

—Disculpa, pero apenas si me conoces.

—Es cierto; también es cierto que tú ahora eres yo.

—Podría no gustarme lo que tú...

—Si no te gusta, no tienes más que decir que no y asunto arreglado. Lo que digo es que seré yo quien te guíe, porque dudo de que tú, en esta primera vez, puedas tener una idea ni remotamente clara de lo que quieres. Sé cómo funciona esto, Alexia. Confía en mí. Saldrá bien. —Hizo una pausa—. Espero tu consentimiento, Alexia. ¿Te parece bien o no?

—Sí, está bien.

El semáforo se puso en verde.

—Relájate, que ya te he visto desnuda.

Todos los colores se me subieron al rostro.

—Será algo más que eso.

—Saber que estaré allí, detrás del cristal, viéndote, escuchándote... es parte de la diversión. Disfrutaremos juntos. Eso no es algo que deba darte vergüenza, sino todo lo contrario: debería hacerte sentir bien saber que yo lo pasaré muy bien mirándote, que serás tú, en parte, quien me dé placer. No se trata de que quiera robarte tu placer, sino de que tú quieras compartirlo conmigo y viceversa. Seremos uno, sintiendo las

mismas cosas. Eso es algo que ni siquiera tienes con Hugo. Tú y yo somos compañeros; si tú te hundes, yo me hundo. Lo que te afecte, me afectará. Ya entenderás lo que digo cuando yo esté dentro y tú, fuera mirando.

Al oír que haríamos eso, mis neuronas enloquecieron.

—Entonces todo quedará más claro para ti; verás que el placer que puede provocar ver a alguien gozando de ese modo también puede provocarte mucho placer.

—¿Haremos eso esta noche? —Las palabras me salieron atropelladas.

—Veremos —entonó con una sonrisa—. Por lo visto, te entusiasma la idea de verme. ¿Es eso o que mi ego le ha ganado el pulso a mi pensamiento racional?

Pasé de rosado a rojo furioso debido al bochorno.

—Alexia, no es una tragedia admitir que te gustaría verme practicar sexo con otras personas. A mí me excita mucho saber que te veré a ti. Olvídate de tus prejuicios por unas horas. Anda, vamos, dilo en voz alta. Admite que te gustaría verme.

Durante un par de segundos ni siquiera pude parpadear.

—Sí, me gustaría.

—Lo ves, no ha sido tan difícil —exclamó—. Y lo más probable es que lo disfrutes todavía más de lo que disfrutaste al ver a Doménico, Bianca y Rafael, y eso se debe a que tú y yo estamos conectados de otro modo. Es tu primera vez, así que lo mantendremos todo dentro de los cánones más conservadores posibles.

¿Qué podía tener de conservador practicar sexo con más de un extraño a la vez?

—Haré que sean delicados contigo. Aunque te advierto de que, a veces, hasta el tacto más delicado o incluso la palabra más suave y dulce puede llevar a que te corras sin más.

Cada vez que Leo soltaba cosas semejantes, acababa parada en un abismo en mitad del miedo y el placer.

—Ni te digo lo que implica saber que hay alguien al otro lado del cristal. Eso eleva la experiencia en un ciento por ciento.

Leo terminó de decir aquellas palabras y nos quedamos en silencio. Por la ventanilla de mi lado divisé edificios que me resultaron conocidos; nos encontrábamos cerca del Délice.

Entre que llegamos, bajamos del coche y alcanzamos la entrada del local, el tiempo se escapó como un parpadeo.

Ya me había quitado el pañuelo dentro del automóvil para guardarlo en mi bolso porque me moría de calor, y en ese momento, a pesar del frío de la noche, me daba calor hasta el abrigo y la camisa que llevaba puesta.

Leo me cogió por la cintura para empujarme hacia delante cuando nos abrieron la puerta.

Intenté pisar firme, sin mostrarme horrorizada ni muerta de miedo. Las personas que nos rodeaban eran adultos que sabían lo que hacían y yo no quería ofender a nadie por el simple hecho de que todavía no lograba comprenderlo del todo. No quería ni debía juzgarlos, ¿cómo podía decirles lo que estaba bien o mal para sus vidas? De todas formas, me encogí dentro de mi abrigo, sintiéndome como una quinceañera inexperta entre adultos.



Mi cuerpo se aflojó cuando vi a Doménico alzando su vaso de whisky sobre las cabezas de los presentes a modo de saludo. Él era amable, divertido y me caía bien, pero, cuando recordé que tendría sexo con él, fue como si mis pies se clavasen al suelo. No negaré que la idea me entusiasmaba, pero...

Leo me empujó hacia delante sin hacer mención alguna a que me había detenido. Era probable que, si él no me hubiese impulsado, yo habría dado marcha atrás a pesar de lo mucho que deseaba lo que estaba por venir; por eso, una vez más, dentro de mi cabeza le agradecí que hubiese accedido a ser mi deseo.

Llegamos a Doménico después de esquivar a parejas y grupos que conversaban animadamente. Por el rabillo del ojo había visto a una pareja besarse de un modo muy poco recatado para lo que podía ser una situación que no era privada. En fin, después de todo imaginé que, para ellos, eso debía de ser privado; era su ámbito, acudían allí para eso.

—Alexia —me saludó Doménico, estampando un beso en cada una de mis mejillas—. Te ves muy bien esta noche. Tienes cara de estar un poco asustada; no te preocupes, se te quitará en un momento. Luego te verás radiante, te lo aseguro.

Leo desvió la mirada en dirección a Doménico para contemplarlo serio.

—No te preocupes, que mi amigo aquí presente se encargará de mantenernos a todos a raya. Imagino que le costará, porque tú eres una gran tentación; nos comportaremos. Es tu primera vez y, además, Leo ha amenazado con matarme. — Doménico soltó una carcajada y Leo lo miró mal.

—Solamente jugaba, Leo, relájate. Me comportaré bien. Yo también deseo volver a ver a Alexia por aquí, no tengo intención de asustarla. De verdad, no te preocupes, Alexia, pasaremos juntos un buen rato. Al fin y al cabo, ya me viste... no es que sea un perverso ni que vaya a saltarte a la yugular para atacarte.

—Doménico, mejor no digas nada más.

—Sólo bromeaba. Es que a vosotros dos se os ve muy tensos. Relajaos.

¿Leo también parecía tenso?

Lo observé. Sí, era probable que sí, y que antes no lo hubiese notado. ¿Qué le provocaba nervios si la que iba a hacer eso era yo?

¿Leo había amenazado a Doménico?

Por más que fuese en tono de broma, eso hizo que mi pecho se ensanchase. ¡Se preocupaba por mí!

Además, Doménico había dicho «yo también deseo volver a ver a Alexia por aquí». ¿Significaba eso que Leo no quería perder mi compañía? Ojalá fuese así.

—¿Quieres una copa? —me ofreció Leo.

—Sí, por favor.

—¿Qué te traigo?

—Lo que sea, me da igual mientras contenga alcohol.

Doménico rio.

—Tráeme otro, Leo —le pidió entregándole su vaso, que acababa de vaciar.

Leo se alejó en pos de nuestras copas.

Nos quedamos solos. Bueno, es una forma de decir, en realidad no demasiado solos, pues desde hacía unos segundos notaba miradas sobre nosotros.

—¿Te ha comentado Leo que hay un par de personas interesadas en compartir esta noche contigo? Ya saben que es tu primera vez. Es gente sensata, adultos, y a nadie le interesa jugar al artista porno... créeme, no se traga de eso. Se trata de disfrutar y nada más. Al nivel que sea, así sea sexo dentro de lo convencional.

Me entró calor y me aparté el cabello del cuello.

Doménico se movió hasta mí.

—Te ayudaré con tu abrigo —propuso moviéndose hasta mi espalda. Sentí sus ojos fijos en mí y mi estómago dio un vuelco. Doménico tenía una mirada límpida y al mismo tiempo incendiaria. De lo puro del celeste de sus ojos, mis pensamientos se dispararon en una dirección muy distinta, su pene, su erección al penetrar a Bianca. Aquello no resultó un pensamiento desagradable ni nada parecido, todo lo contrario.

Las manos de Doménico llegaron a las solapas de mi abrigo.

Tenerlo así, a mi espalda, tornó más vívido aquel recuerdo de él.

Aflojé mis hombros para permitirle quitarme la prenda.

—¿Te molesta si te digo que hueles muy bien?

Meneé la cabeza, negando. Tenía que dejar de darme vergüenza todo lo que me dijeran, porque eso sería mucho más que palabras.

Las manos de Doménico empujaron el abrigo hasta mis hombros y allí se detuvieron.

—También me gusta tu cuello. No veo la hora de besarlo... de lamer tu piel.

Mi pulso cobró un nuevo ritmo.

—¿Te gustaría que hiciera eso cuando estemos en el cuarto?

Asentí con la cabeza.

—¿Eres consciente de que hay otros hombres siguiendo con la mirada lo que hago ahora... hombres y mujeres?

Volví a asentir y solamente entonces Doménico acabó de bajar el abrigo por mis brazos.

Creo que entonces, sin el abrigo, sentí más calor que cuando lo llevaba puesto, porque se me ocurrió imaginar a aquellas personas siguiendo ese gesto en apariencia tan inocente de quitarle a alguien el abrigo que lleva puesto. Fue como si Doménico me desvistiese para ellos. ¿Les gustaría también mi cuello y mi piel, o mi aroma?

Doménico se paró frente a mí sosteniendo mi abrigo.

Leo regresó con una camarera siguiéndolo. Ella cargaba, en su bandeja, tres copas de *champagne*, que repartió entre nosotros a la orden de Leo.

—Por nosotros —entonó alzando su copa hacia Doménico y hacia mí.

—Por nosotros —repetimos Doménico y yo.

Bebimos un momento en silencio.

—¿Lista? Creo que es hora de que demos una vuelta para que conozcas a algunas personas.

—Tiago ha llegado hace un instante —comentó Doménico ante las palabras de Leo—; Pilar estaba por allí. —Apuntó con la cabeza a algún punto detrás de mi espalda—. Bueno, no sé si quieres a una mujer —dijo mirándome solamente a mí—. Si quieres una, Pilar es todo lo que podrías desear.

Por poco destrozo mi copa.

—La verdad es que no sé.

—¿Qué me dices de Daniel? Estuve hablando un poco con él cuando llegué. Ya sabes que está interesado en participar —le recordó a Leo.

—Bueno, te los presentaremos y tú nos dirás, Alexia. No dudes en decir que no, está bien. Será con quien tú quieras.

—Allí está Daniel —soltó Doménico alzando la mano en un gesto similar al que nos dedicó a nosotros cuando llegamos.

Leo se asomó por detrás de mí y lo llamó entonando su nombre.

Las palmas de mis manos comenzaron a sudar. Disimuladamente, las sequé en mis pantalones.

No sabía qué esperar, simplemente no tenía ni idea... aunque no era nada como aquello con lo que me topé al espiar por encima de mi hombro.

El hombre que caminaba en nuestra dirección debía de rondar los cincuenta. Tenía el cabello entrecano, peinado como si acabase de salir de la peluquería; igual de arreglada llevaba su barba, de un estilo muy moderno. Tenía la piel bronceada y vestía como si fuese a participar en un anuncio de ropa masculina. Llevaba un impecable traje verde oliva con zapatos de un marrón claro, camisa de color beige muy pálido y corbata de un tono metalizado de tan sedosa que era la tela, entre verde y gris amarronada. La corbata era casi del mismo color que sus ojos. El pañuelo en el bolsillo de su chaqueta completaba una imagen muy particular.

Nunca antes me hubiese fijado en un hombre de su edad, pero a él era imposible pasarlo por alto, sobre todo porque, en los hombros y las mangas de su traje, se notaba que, por debajo, había un cuerpo muy bien cuidado y trabajado.

El tal Daniel me sonrió. Nadie en sus treinta podía sonreír de esa manera.

Volví a sentirme otra vez como de quince años y las rodillas se me aflojaron.

Carraspeé lo más disimuladamente que pude para que no me fallase la voz cuando lo tuviese frente a mí.

—Leo, cuánto me alegra verte —dijo Daniel con una voz de señor que hizo temblar mis huesos. Me sonrió, pero fue primero a estrechar con su mano la de Leo—. Doménico. —Ellos también intercambiaron un muy masculino apretón de manos. Los tres se quedaron mirándome—. Leo, ¿me presentas a la dama?

—Claro. Alexia, éste es Daniel, un muy buen amigo. Un hombre de confianza, muy respetado por todos aquí. Es el dueño de este lugar. Daniel, ella es Alexia, mi compañera, de quien te hablé.

—Hola, es un placer —saludé, e interiormente celebré que mi voz saliese, dentro de todo, bastante normal.

—Es un placer para mí también tenerte aquí. Te vi ayer y quedé prendado de ti. Eres una mujer que irradia una energía muy particular.

Tendí mi mano hacia la suya; pensé que la estrecharía en un apretón similar al que acababa de intercambiar con Leo y Doménico; en vez de eso tomó mi mano y besó el dorso. Bueno, apenas sus labios tocaron mi piel, pero un cosquilleo subió por toda la piel de mi brazo hasta mi hombro y, de allí, hasta el hueco detrás de mi oreja, por lo que me estremecí de gusto. Su barba me había hecho cosquillas, unas muy agradables.

Daniel soltó mi mano y a mí me costó bajar el brazo para devolverlo a su sitio junto a mi cuerpo.

—Me complace muchísimo tenerte por aquí otra vez.

—Gracias.

—Leo, ¿ya le has hablado a Alexia de mis intenciones?

Leo movió la cabeza hasta mirarme a mí.

—Alexia, para Daniel sería un honor compartir esta noche contigo y con Doménico.

—Puedes pensarlo tranquila. Sin presiones, pues, si me dices que no, te juro que no será la primera vez que alguien me rechaza. —Daniel rio y todos sonrieron—. A todos nos ha sucedido en más de una ocasión, pero, qué decirte, estas situaciones no se fuerzan, que aquí venimos a disfrutar. Es sólo que la idea de compartirte con Doménico y que Leo nos vea me excita muchísimo. Leo ya me explicó que será él quien guíe el encuentro, al menos en un principio, y por mí no hay problema. Entiendo sus condiciones y comprendo tus resquemores. La primera vez de todos nosotros fue un tanto inquietante... bueno, eso hasta que llegas a tu primer orgasmo, después las cosas cambian de un modo rotundo. ¿No es así?

—Definitivamente —convino Doménico.

Leo se limitó a mirarme fijamente como si estuviese intentando medir mis reacciones. En ese momento lo sentí como si fuera mi defensor, mi caballero con armadura dispuesto a sacar su espada por mí en cualquier instante, y la verdad es que me sentó fenomenal. Cuando le sonreí ignorando por completo a los otros dos hombres que nos acompañaban, los cuales se habían puesto a hablar de no sé qué, él me sonrió como respuesta y entonces me relajé. Él estaría allí para mí, para guiarme en mi placer, para cuidar de mi disfrute, y yo allí para él, para darle placer y asegurarme de que lo disfrutase también. Éramos compañeros y lo seríamos todavía de un modo más contundente cuando entrase en la sala con Doménico y Daniel para tener sexo y él se quedase al otro lado del cristal observándome.

En mi vida había imaginado que tendría una relación semejante con nadie. Eso no era amor, ni siquiera amistad; sin embargo, éramos más que dos meros conocidos. Compañeros o quizá algo que ni siquiera tenía un nombre que lo describiese con exactitud, que le hiciese justicia a lo que en ese instante sentía que me unía a él.

—Alexia —Leo llamó mi atención con su voz por encima de la voz de quienes nos acompañaban—, ¿te parecería bien que Daniel os acompañe a ti y a Doménico? ¿Eso sería de tu agrado?

Los hombres guardaron silencio. Ya ni siquiera me importó su reacción ante la irrupción de la voz de Leo, pues yo no tenía ojos para nadie que no fuese él.

La sangre latía en mis oídos. Los latidos de mi cuerpo retumbaban por todo mi cuerpo. Inspiré un par de veces en busca de recuperar el control de mi organismo.

—Sí, eso me gustaría —le contesté a ese par de preciosos ojos escondidos entre sus cejas y pestañas, así ocultos debajo de un gesto, por lo general, bastante serio.

—Bien —aceptó él.

—Bien —repetí yo.

Leo alzó su copa en mi dirección y yo hice lo mismo en la suya. Bebí hasta acabarla.

—Perfecto. Será un honor para mí poder compartir esta noche contigo, Alexia —me dijo Daniel.

—Gracias. Espero que no...

—No lo dudes, Alexia, la duda es el camino más corto al fracaso. Los cuatro lo pasaremos muy bien, seguro que sí.

—Es cierto. No tienes nada de qué dudar, Alexia. Tan sólo acepta que está bien recibir lo que los otros quieran darte, y que no tienes por qué retener aquello que quieras brindar. Disfrútalo. No te contengas.

Que Leo dijese aquello frente a los demás terminó por soltar un par de hebras que me tenían sujeta a la vida existente fuera del Délice. Esa Alexia de dentro era una Alexia-Leo que quería ser exactamente eso, que quería experimentar lo mismo que él, que quería hacer realidad su deseo.

—Alexia, ¿quieres otra copa o pasamos ya a la sala? —me preguntó Leo.

—Puedo pedir que nos envíen una botella de *champagne* a la sala. Invita la casa —ofreció Daniel.

—¿Eso estaría bien para ti, Alexia, o prefieres que bebamos algo más aquí?

Los tres se quedaron esperando mi respuesta, mirándome fijamente como si estuviese a punto de soltarles una revelación divina. Así, sin más, comprendí de qué modo funcionaba eso: allí no se haría nada a menos que yo lo aprobase. El control estaba en mis manos. Eso me aliviaba y preocupaba en igual medida. En ese momento no me sentía muy propensa a tomar decisiones.

Leo esperaba mi respuesta.

No sé para qué me puse a darle vueltas a qué pensarían de mí si les decía que no necesitaba beber nada más, que quería descubrir y sentir en carne propia lo que se sentía al hacer eso. ¿Acaso podían pensar mejor o peor de mí si demoraba el momento?

Si seguía así, me daría un infarto antes de llegar a la sala.

Aclaré mi garganta.

—Está bien, podemos pasar ahora y quizá luego beber una copa allí.

Doménico me sonrió. Leo me perforó con la mirada y Daniel alzó un brazo para llamar a una de las camareras. La joven se apresuró a llegar a nosotros. Daniel le pidió que llevase una botella del *champagne* a la sala trece.

Bueno, al menos el trece siempre había sido mi número de la suerte.

—Adelantaos, por favor; en un momento nos reuniremos con vosotros.

Daniel pasó junto a Leo y le palmeó la espalda. Doménico le guiñó un ojo antes de alejarse.

En cuanto los demás se distanciaron unos pasos, me tomó por la cintura.

—¿Estás bien?

—Sí.

—No pasa nada si no quieres hacerlo.

—Quiero hacerlo. ¿Es que no quieres que lo haga?

—¿Por qué dices eso? Claro que quiero; me muero por verte, Alexia. Prométeme que no te cerrarás a lo que te pida que hagas sin darte la oportunidad de descubrir que de eso podrías sacar mucho placer.

—¿Ellos harán lo que tú les digas que hagan por mí si yo lo acepto?

—Exactamente eso y nada más. Estaré allí cuidándote y guiándote, gozándolo contigo. Si tú no lo disfrutas, tampoco yo. —Empujándome por la cintura, me encaminó hacia los demás.

—¿Funciona siempre así? Digo... es que me ha dado la impresión de que ellos esperaban mi aprobación para todo.

—Y así es. No podías esperar que fuese de otro modo. Es así si la mujer está sola y, por lo general, si hay una pareja en el grupo, entonces la pareja es la que controla la actividad. En caso de que sean dos parejas, se llega un acuerdo y, si hay más de una mujer sola, son ellas las que deben ponerse de acuerdo.

—Ok.

—Olvídate de que puedes sentir vergüenza. Allí dentro el mundo es distinto. Yo no siento vergüenza cuando estoy allí, simplemente soy libre. Sabes que esto, a mí, me cambió la vida. Desde que lo hago, soy más yo. Aceptar y acceder a este tipo de libertad te da libertad para el resto de las cosas que haces en la vida. No digo que a partir de esta noche vayas por ahí cometiendo locuras y estupideces, simplemente digo que desnudarte frente a extraños y practicar sexo con extraños pulveriza muchos miedos y dudas que nada tienen que ver con el sexo o con la desnudez, ¿lo entiendes? Aprender a soltarse en un ambiente en el que estás tan vulnerable te hace más fuerte, y creo que más maduro también. Bueno, al menos ésa fue mi experiencia, espero que te sirva y, si no, será para ti simplemente follar con extraños hasta caer rendida de placer.

Mi corazón se detuvo un segundo.

—No me mires así, eso es lo que podría sucederte, que sea solamente sexo sin que puedas pescar nada más y, aun así, te aseguro que será una experiencia de puta madre... perdona por la expresión. ¿Lista?

Doménico y Daniel estaban a pocos pasos de nosotros, esperándonos frente a la puerta de la sala trece.

—Sí, lo estoy.

Ví a Daniel sacar una especie de tarjeta magnética del interior de su chaqueta.

—Las salas se abren con una llave de éstas cuando el visor de la cerradura magnética está en verde. Éstas no funcionan si el visor está en rojo. Esto puede deberse a que se está haciendo la limpieza, pues todas las salas tienen un segundo acceso por el que entra el personal después de que sea usada, para dejarla en condiciones para el siguiente grupo. El sistema también funciona para indicar si el grupo de dentro acepta o no compañía... las cerraduras se liberan después de que el grupo entra, pero, si se quiere privacidad, el visor permanece en rojo, sino se pone así...

El visor se puso en verde.

—Y cualquiera que desee participar puede entrar. Este panel de aquí controla también la entrada a la sala contigua.

Leo desvió la vista hacia la pequeña puerta situada a un lado y, después, volvió sus ojos a Daniel, quien empujó la puerta para abrirla.

El violeta del interior me sedujo y abrumó.

Leo posó su mano sobre la manija de la puerta contigua.

—Bien —entoné. Leo entendió con esa palabra que daba por comenzada la noche.

—Escucha mi voz y déjate llevar.

—Lo intentaré.

Daniel abrió la puerta para mí.

—Después de ti, Alexia.

Esa sala no era igual que en la que vi a Doménico y compañía, pues era todavía mucho más elegante y amplia... Paredes forradas en capitoné violeta, y suelos de madera tan distinguidos como los de una sala de baile de los antiguos zares de Rusia.

El techo estaba hecho con recuadros de espejo enmarcados en negro, como si cada uno estuviese destinado a captar un retrato en particular.

La cama no era exactamente eso, sino una especie de tarima redonda negra alzada sobre dos escalones también negros. A un lado de la misma había dos *chaise longues*.

Junto a la entrada, sobre una larga mesa, se exponían complementos y juguetes sexuales. Apenas pasé la vista por encima de ellos, porque allí había cosas más llamativas que vibradores o geles lubricantes.

Sobre una pared había adosada una equis con cuatro anclajes de cuero, y una mesa rectangular y pesada igual que la que había en la sala que ocupó Doménico.

Las cuatro correas colgando del techo y la barra que iba del techo al suelo con los anclajes también estaba presente, así como esa especie de almohadón.

Había un jacuzzi enorme, iluminado por una lámpara de caireles de cristal, además de dos modernas duchas que se enfrentaban, con chorros que debían de salir de todas partes.

En otra parte había una especie de perchero de esos con ruedas; era de metal dorado y de éste colgaban esposas de metal y de cuero, látigos trenzados de cuero, algunas fustas, una de las cuales tenía en el extremo pelo de caballo o algo parecido.

A mi izquierda divisé una pantalla de televisión gigantesca; debajo de ésta, un equipo de sonido y una cámara sobre un trípode.

Toallas, batas.

A un par de metros de la cama había una especie de recuadro hundido un palmo respecto al nivel del suelo, recubierto en venecianas; alcé la vista al techo, justo encima de éste, en el centro, porque algo me llamó la atención: había una diminuta boquilla dorada.

—¿Qué es eso? —pregunté apuntando en dirección al techo en el exacto momento en que Doménico cerraba la puerta.

—Con este botón de aquí... —Daniel caminó hasta el cuadrado hundido y se inclinó hacia su interior. Evidentemente presionó el botón que activaba un sistema.

De la boquilla emergió un hilo de un líquido que resplandecía, de color dorado. La sala se llenó de un tenue perfume a coco.

—Aceite de coco, tibio —explicó Daniel—. Es una experiencia increíble.

—Lo es —acotó Doménico, aproximándose—. Es una experiencia increíble.

Sin duda parecía muy sexy. Estiré la mano; mi índice quedó debajo del hilo de aceite. Su textura era sedosa y sumamente agradable.

—Sienta bien, ¿no es así? Además, según me explicaron, el aceite de coco es estupendo para la piel y el cabello, por eso lo elegimos para esto. Aquí cuidamos hasta el más mínimo detalle, pensando siempre en elevar al máximo la experiencia de

placer, Alexia.

Bajé la mano y disfruté del tacto del aceite entre mis dedos.

—¿Qué os parece si sirvo unas copas? —ofreció Doménico.

—Sí, eso estaría bien —contesté, y giré la cabeza para buscar mi conexión con Leo.

En la pared a mi derecha descubrí el recuadro de cristal a través del cual no podía ver nada, de cualquier modo me bastaba con saber que él se encontraba allí y que lo vería todo. Lo imaginé mirándome en ese instante y mi pulso se aceleró. ¿Cuánto placer sería capaz de darle a través de un cristal?

Sin que nadie me dijese qué hacer, fui a dejar mi abrigo y mi bolso sobre un sillón individual que había muy cerca del cristal espejado que me separaba de Leo.

Doménico descorchaba el *champagne* mientras Daniel me seguía con la mirada.

No pude quitar la vista de la superficie del cristal.

Dejé mis cosas allí, sintiendo sus ojos sobre mi lado derecho. Se me puso la piel de gallina en el brazo derecho, igual que si él estuviese tocándome. El efecto se esparció por el resto de mi piel.

Resultaba desconcertante ver mi reflejo en el cristal esperando verlo a él, y no es que fuese a ponerme filosófica en ese momento, o sí, pero era exactamente eso lo que él quería que fuésemos, uno solo, el reflejo mío en él, el suyo en mí.

Estiré una mano en dirección al cristal, la misma con la que había tocado el aceite. Las yemas de mis dedos quedaron marcadas en la superficie.

Bajé la mano y lo miré fijamente, me miré fijamente a mí misma. Fueron un par de segundos de lo más surrealistas.

Aparté los ojos y regresé con mis acompañantes. Doménico me entregó una copa.

—¿Así que eres el propietario de todo esto? —pregunté a Daniel.

—Exacto, Alexia. Fundé el Délice hace quince años, pero no es el primer local de este tipo que tengo. Antes de eso tuve cuatro sitios así fuera del país. Ahora soy dueño de una docena de establecimientos similares en todo el mundo. Me he hecho un nombre a base de buen gusto y una reputación excelente; todos mis locales funcionan bajo estrictos cánones de higiene y con reglas sociales muy precisas. No somos un grupo que improvisa, esto es muy serio.

—Bueno, el lugar es... —me costó encontrar un modo de definirlo—... impresionante.

—Gracias. —Daniel bebió de su copa.

Doménico también.

Sin respirar, hice bajar todo el contenido de la mía por mi garganta, pues se había formado un silencio que evidenciaba que se había terminado la hora de la charla social para pasar a los hechos. Una parte de mí quería dar saltitos de emoción; la otra, salir corriendo.

—Alexia.

Por poco dejo caer la copa al oír la voz de Leo.

Giré la cabeza en dirección al cristal a pesar de que su voz sonaba por todas partes. Debía de haber más de un altavoz escondido en la sala.

—Deja tu copa sobre la mesa.



Daniel y Doménico se miraron.

«Allá vamos», me dije.

Hice lo que se me ordenó. Caminé hasta la mesa en la que estaba la botella de *champagne* y allí deposité mi copa.

Regresé a mi sitio.

—Quítate la blusa. Hazlo lentamente, soltando botón a botón. Colócate frente a Doménico y a Daniel para que ellos puedan verte. ¿Lo harás?

Quería hacerlo, de modo que asentí con la cabeza.

Nunca me había desvestido para dos hombres y allí estaba mi primera vez.

Tiré de la camisa para soltarla de la cintura de mis pantalones.

Mis manos temblaron ligeramente. No me detuve. Liberé el primer botón del ojal con la vista clavada en el suelo. Podía haber reunido la valentía para desvestirme frente a ellos, pero me costaría algo más hacerlo mirándolos a la cara.

—Alza la vista. Quiero que los veas viéndote.

Por un fugaz instante, al oír a Leo decir aquello, lo odié. ¿Acaso acababa de leerme el pensamiento?

Inspiré hondo y alcé el mentón.

Aquellos dos pares de ojos estaban fijos en los míos, no en mis manos moviéndose a la altura de mi vientre.

Solté el segundo botón y luego el tercero. El último dejó entrever mi sostén negro y parte de mi abdomen.

La mirada de Doménico me recorrió.

Daniel se relamió los labios y, para mi sorpresa, eso me excitó.

—Alexia, la camisa. Enséñales tu piel, muéstrales lo deseable que es.

No estoy segura de cuántos pensamientos puede procesar el cerebro al mismo tiempo; el mío estalló en el recuerdo de Leo sobre mi cuerpo desnudo en el suelo de mi apartamento, Leo por detrás de mí en la cabina la pasada noche, yo mirándome al espejo mientras me masturbaba, Leo repitiendo en mi oído cada una de esas palabras con las que pretendía explicarme de qué iba eso y parte de su vida.

Nunca creí que nadie diría en voz alta, menos que menos a otros dos hombres, que mi piel era deseable.

Mi autoestima subió un escalón y no pude evitar sonreír. No fue una sonrisa amplia, pero una carcajada no hubiese sido jamás tan significativa como lo que se formó en mis labios en ese instante.

Mi cuerpo y, por qué no admitirlo, también mi cerebro deseaban que Leo les ordenase a Daniel y a Doménico acariciar mi piel.

Moviendo los hombros, ayudándome con los brazos, hice deslizar la blusa hacia abajo.

Sentirme sexy no era lo mío y, así y todo, una diva que ni siquiera sabía que tenía en mí asomó la cabeza para ver qué sucedía allí.

—Ahora quítate los pantalones. Déjate puestos los zapatos.

La diva empujó la puerta, mas como ella no terminó de poseerme, sentí que un poco de rubor me subía a las mejillas.

Solté la prenda al suelo y desabroché el pequeño gancho que cerraba la cintura de mis pantalones para bajar el cierre lateral. Los pantalones eran un tanto holgados y sedosos, y por eso cayeron al suelo deslizándose por mis piernas apenas los empujé hacia abajo.

Con un pie, hice los pantalones a un lado.

—Alexia, alza la mirada. No tienes nada de qué avergonzarte —entonó la voz de Leo, inundando la sala.

Levanté la cabeza otra vez. La verdad era que, no poder despegar la mirada del suelo, había sido un reflejo completamente involuntario.

Intenté acomodar mis músculos y huesos sobre la estructura de mi columna. Bianca podía haber dicho que allí no importaba si tenías celulitis ni estrías o si tus pechos no apuntaban al frente; sin embargo, me incomodó el poco tamaño de los mios, mis piernas largas y en extremo delgadas, el color tan pálido de mi piel. No podía encontrar un modo de pararme sobre mis pies en el cual me sintiese cómoda, pues tenía la impresión de que en algún momento, no sabía cuando, me había convertido en una muñeca de trapo.

Fuera como fuese, intenté mantener la postura, pues no me imaginaba a Leo sintiendo vergüenza o inhibición alguna. Él no habría bajado la mirada en ningún momento.

Procuré cuadrar los hombros.

No tenía por qué sentirme como un objeto, no era ése el fin de desnudarse frente a ellos, porque, de un momento a otro, ellos se desnudarían para mí. Sí, podía considerarse que en ese instante me encontraba en inferioridad de condiciones por no llevar más que ropa interior y ellos todavía estar completamente vestidos, pero... ¿era así? Había una chispa, un detalle no menor tanto en la mirada de Daniel como en la de Doménico. Ese algo que cambió en su forma de mirarme cuando me quité la ropa, una gran cuota de indefensión, de entrega, se les escapaba por la mirada. La expectación y ansia en ellos resultaba más que patente. Dependían de lo que yo hiciese o dejase de hacer; su placer estaba en mis manos.

Es muy extraño saber que tienes el control del placer de otros. Mi cerebro no terminaba de decidir si eso me parecía bien o no, lo único que sé es que me excitó saberme dueña de ese poder.

Aparté los ojos de ellos, pero no para que mi mirada cayese al suelo, sino para que saliese volando como una flecha en dirección al cristal detrás del cual se escondía Leo. Ése era nuestro juego, nosotros estaríamos a cargo del mismo y lo gozaríamos juntos.

Entre divertida y cargada de una cantidad inmensa de energía que parecía querer hacerme explotar, me dispuse a hacer una prueba.

Nunca había sido una mujer devora hombres, eso ya estaba más que claro, y de controladora no tenía ni un pelo; sin embargo, allí dentro el mundo era distinto y entendí que no me haría una mala persona disfrutar de ese juego que todos habíamos convenido jugar.

Leo se mantuvo en silencio.

Despacio, alcé mi mano derecha. Los ojos de Doménico y los de Daniel captaron al instante el movimiento y lo siguieron hasta mi abdomen, el cual apenas toqué con las yemas de los dedos, intentando aparentar un gesto despreocupado.

La siguiente reacción de los dos hombres no se hizo esperar. Doménico separó los labios y Daniel soltó el único botón que mantenía cerrada su chaqueta.

Mi simple experimento corroboró mi hipótesis: ellos estaban en desventaja, no yo. Bueno, en realidad, si conseguía seguir adelante con eso, todos ganaríamos. Yo obtendría placer de ellos y ellos, de mí.

Doménico desvió la vista ligeramente hacia el cristal. Debía esperar al siguiente movimiento de Leo.

—Alexia, ¿quieres quitarte el sostén para Doménico y Daniel?

La voz de Leo hizo que mi piel se tensara de gusto. Mis pechos reaccionaron en consecuencia. Mis senos se pusieron duros, porque mi cerebro supo de antemano que eso los excitaría todavía más y yo deseaba eso, deseaba que les gustase verme, quería que entendiesen que mi cuerpo empezaba a prepararse para recibirlos. De hecho, sentía mi sangre latiendo con más fuerza en mi vagina, en mi clítoris, en la parte baja de mi vientre. La mezcla de necesidad y vacío dentro de mí no hizo sino ponerme más a tono, por lo que percibí mi cuerpo de un modo muy distinto.

Así como cayeron mis pantalones, cayó mi vergüenza para recubrir mi piel de una capa de seguridad y erotismo por cuya existencia dentro de mí no hubiese apostado ni un centavo.

—Sí, Leo, quiero quitarme el sostén para Doménico y Daniel. —Pronunciar su nombre me excitó tanto como podría haberlo hecho su mano sobre mi clítoris y sus labios en mi cuello; después de todo, Leo también formaba parte del juego.

Despacio, bajé la tira del lado derecho sin preocuparme por ver lo que hacían mis manos, pues era mucho más agradable ser testigo de la reacción de los dos hombres ante mis movimientos, pensando, también, en los ojos de Leo sobre mí, en las reacciones de su cuerpo. Mi mano derecha quiso averiguar qué tan duro estaba su pene entonces.

Parpadeé lentamente porque la vista me falló. Mi cerebro estaba nublado, las primeras nubes de placer comenzaban a confundirlo todo.

Solté la segunda tira y, moviéndome como debajo del agua, o quizá en una piscina llena de aquel aceite suave que salía de la boquilla situada en el techo, desabroché los broches de mi sostén para quitarlo sin demora de encima de mi piel.

Llené mis pulmones de aire y me sentí elevarme sobre mis pies unos diez centímetros, y no porque de pronto mis tacones hubiesen crecido. Era yo creciendo dentro de mi cuerpo.

Estiré el brazo a un lado y solté el sostén sobre el resto de mi ropa.

Creo que más difícil que quitarme el sostén fue quitarme la camisa.

—Alexia, ¿quieres que Doménico acaricie tus pechos? ¿Quieres invitar a ambos a tocarte?

Un relampagueo de placer me atravesó ante la mera idea de las manos de Doménico sobre mí.

Noté que mis bragas se humedecían.

—Sí, quiero que Doménico me toque.

—¿Lo dejarás lamer tus pechos?

Y así, sin más, la distancia entre los tres hombres y yo se me antojó insufrible. Me sentí descontrolada de necesidad.

—Sí —jadeé.

—Y seguro que querrás que Daniel acaricie tus largos muslos.

Tragué saliva.

—Sí, quiero eso también.

—Bien. Doménico, puedes acercarte a Alexia. Daniel, puedes tocarla.

Mi cuerpo se encendió; mi corazón no daba abasto para bombear la sangre dentro de mis venas.

El cuerpo de Doménico se movió hasta el mío, desplegando a su alrededor una gran cantidad de energía que chisporroteó sobre mi piel como electricidad.

Hasta entonces el amigo italiano de Leo me había dedicado sonrisas divertidas y quizá un poco pícaras, nada semejante a lo que en ese instante me brindaban sus labios: una promesa de complacencia, de deseo, un sello de lacre ya roto dispuesto a entregarme todo aquello que contenía, hasta entonces guardado.

Doménico se acomodó frente a mí. Alcé mi mirada hasta él.

Su mano izquierda tocó mi vientre en el mismo lugar que habían tocado mis dedos unos minutos atrás. La primera reacción de mis abdominales fue contraerse tirando del ombligo hacia la columna, como queriendo alejarse de aquella mano extraña por miedo a resultar lastimados.

Pese al respingo que di, Doménico no se detuvo. Sus nudillos acariciaron de arriba abajo mi abdomen para acto seguido subir por encima de mi esternón y seguir camino hacia mis costillas.

—Siente su piel contra la tuya, Alexia. Disfruta del tacto.

Otra vez los ojos de Doménico espionaron en dirección al cristal con sus dedos apenas tocando mi piel a la altura de mis pechos. Su mirada clara volvió a mí. Ya no tenía una apariencia muy pura como la primera vez que lo vi. Todo lo contrario, sus ojos gritaban sexo.

—Me gustas mucho, Alexia. Me gusta tu piel. Quiero tocarte, quiero sentir en mi boca cómo sabe tu cuerpo.

Mi corazón no podía latir más rápido. A mí también me gustaba sentir su piel contra la mía. Doménico olía muy bien, de un modo suave pero en extremo varonil, y sus manos eran cálidas. Su piel era algo áspera y ese roce, esa fricción, me agradaba.

La mano izquierda de Doménico se movió hasta mi pecho derecho.

Sentí a Daniel detenerse detrás de mí. El calor de su cuerpo marcaba una diferencia contra el aire fresco de la sala.

El pulgar, el índice y el anular de Doménico treparon la curvatura de mi pecho para llegar a su pico, a mi pezón ya duro y erecto que esperaba ser tocado. La yema de su dedo índice pasó por encima de mi pezón y sentí como si me hubiese lamido una lengua de fuego. Su dedo siguió camino y entonces su pulgar se puso a frotar mi pezón. Ardía y lo sentía espectacular. Doménico me tocaba sin despegar sus ojos de mí. Su respiración estaba agitada, al igual que la mía. Con su pulgar e índice, cogió mi pezón y le dio un suave tirón que me robó un jadeo de gusto.

Bajé la vista, no por vergüenza, sino porque estaba disfrutando de eso, estaba muy excitada y quería saber si a él le sucedía lo mismo. Quería saberme capaz de hacer lo que le provocara Bianca. Quería ver su miembro erecto y duro por mí. Quería sentirlo contra mi cuerpo, entre mis piernas.

Allí estaba, debajo de sus pantalones, la señal de que esta novata iba por buen camino.

Doménico se llevó el pulgar derecho a la boca y se lo chupó; en un parpadeo, su dedo húmedo de saliva estaba sobre mi otro pezón.

Ese tacto tan simple resultaba increíblemente arrebatador.

Así, mis dos pechos quedaron entre sus manos calientes que me decían que querían mucho más de mí, en cada uno de sus movimientos.

—Alexia, pon tus manos sobre las de Doménico.

Sus manos, mis manos... nuestras manos sobre las de Doménico y yo mirando directamente al cristal, esperando transmitirle a Leo lo mucho que me gustaba eso.

—Daniel, acércate más a Alexia. Pon tus manos en sus caderas. Seguro que te gusta su cuello, quiero que le demuestres a Alexia lo mucho que te gusta su cuello.

Mi cuerpo no dio señal alguna de rechazar el tacto de Daniel; sus manos llegaron hasta mis caderas. Me agarró con firmeza y avanzó hasta pegarse a mí, hasta pegar su erección a mí. Sus labios llegaron a mi cuello, que acarició apartando mi cabello.

—¿Quieres que bese tu cuello? —preguntó Leo, y asentí con la cabeza.

Los labios de Daniel tocaron mi cuello y mis párpados se cerraron; por eso descubrí que, así, sentía las caricias tanto de Doménico como las de Daniel de un modo mucho más intenso si eliminaba mi visión.

La boca de Doménico llegó a mi hombro izquierdo. Sus labios treparon por mi cuello hasta el lóbulo de mi oreja. Su respiración en mi oído me hizo cosquillas.

Atrapó mi lóbulo entre sus labios.

Mis pulmones se contaminaron con el perfume de su cabello. Doménico era una presencia muy fácil de aceptar y acoger. Nada en él me molestaba o incomodaba. Daniel tampoco tenía nada que me produjese rechazo; de hecho, los dos me gustaban y no solamente como hombres, sino, creo, también como compañeros allí. Con ellos me sentía cómoda; bueno, más que eso, con los dos me excitaba.

La lengua de Doménico tocó mi mandíbula. Lamió y besó mi piel de regreso hasta mi hombro.

Daniel movió su cuerpo contra el mío, haciéndome sentir lo que yo le hacía sentir; su pene estaba duro.

De gusto, me incliné hacia atrás permitiéndole un mayor acceso a mi cuerpo y demostrándole que sus movimientos me gustaban, y mucho.

Entendió el mensaje y se pegó todavía más contra mí.

—Te gusta, ¿no es así? —dijo Leo—. A mí también me gusta... me gusta verte así entre ellos, Alexia, y a ellos les agrada saber que yo los veo. ¿Estás excitada?

El «sí» que salió de mis labios no fue más que un suspiro, pero imagino que debió de tener la contundencia de un grito.

—También lo estoy, Alexia. Me gusta verte así.

Daniel metió los dedos por debajo de las tiras de mis bragas. Sujetándome con firmeza, me empujó contra su cuerpo mientras Doménico se inclinaba frente a mí. Su lengua llegó a mi pecho derecho; tocó mi pezón, encendiendo el botón de la cuenta atrás de esa bomba que llevaba dentro.

Su lengua no solamente humedeció mi pecho.

Doménico y Daniel estaban conmigo, pero mi vagina estaba lista para Leo. Me moría de ganas de tenerlo dentro de mí, de tener la oportunidad de darle placer.

—Alexia... ¿quieres que Daniel te quite las bragas? Pídeselo si eso es lo que quieres.

—Daniel... quiero que me quites las bragas —me apresuré a decir. Estaba que ardía y las bragas me molestaban, estaban de más; deseaba experimentar en cada centímetro de mi piel el tacto de las telas con las que estaban confeccionados sus trajes, las quería rozando mis pezones, sobre la piel hipersensible entre mis piernas y en mi trasero.

El dueño del Délice volvió a meter sus dedos por debajo de las tiras de mis bragas y las tiró un poco hacia abajo. Besó la base de mi cuello y, de ese modo, recorrió toda mi columna mientras deslizaba la prenda por mis muslos.

Las bragas cayeron al suelo, pero las manos de Daniel continuaron su descenso por la parte externa de mis pantorrillas.

—Separa las piernas, Alexia.

Esta vez Leo no esperó mi aprobación; de cualquier modo, la tenía.

Aparté las piernas, desembarazándome de las bragas.

Daniel, que había quedado en cuclillas por detrás de mí, subió sus manos por el interior de mis piernas a medida que recuperaba la verticalidad.

Estremecimientos de gusto me atacaron una y otra vez. Daniel tenía un modo de tocar que encerraba algo que yo desconocía.

Cuando llegó a la mitad de mis muslos, la necesidad de que me penetrasen era tanta que sentí mi humedad escapándoseme por los labios vaginales.

Una mano de Daniel se metió entre mis piernas. Comencé a resoplar. Con dos dedos y desde atrás, acarició la entrada de mi vagina, humedeciéndome todavía más. Sus dedos me tentaron, y más que eso, me hicieron jadear.

—Doménico, dale placer con tu boca.

Mi interior se contrajo. Daniel ya estaba en camino de darme un orgasmo y si Doménico se le unía...

Todo pensamiento que no involucrase el placer que reinaba en mí quedó descartado.

Si con uno de ellos haciéndome eso me sentía así, ni me imaginaba lo que sería con los dos. El placer sería tanto que me dieron ganas de rendirme. Moriría y renacería en pie mientras uno de ellos me daba sexo oral y el otro me masturbaba con sus dedos.

Doménico se agachó frente a mí, permitiendo que viese mi reflejo en el espejo.

—Te correrás para ellos, para mí.

De eso no me cabía duda. Quería hacerlo, quería darles mi placer.

Con sus manos en la parte posterior de mis rodillas, Doménico se hincó de rodillas ante mí. Sin rodeos, su boca llegó a mi clítoris. Su lengua y sus labios iniciaron un jugueteo suave, mientras Daniel frotaba con dos dedos la entrada de mi vagina.

Doménico tenía muy claro lo que debía hacer, dio directo en mi sensibilidad y mi cuerpo se aflojó. Tuve que sujetarme de su cabeza para no caer, y fue entonces cuando su lengua se puso fiera, igual que el resto de su boca.

Daniel metió un dedo en mí para dar círculos en mi interior, dilatándolo.

Otro de sus dedos irrumpió dentro de mí.

Ya no contuve mis jadeos de placer.

—Lo que haces nos seduce. Nos gusta tu cuerpo, Alexia. Nos gusta verte trepar hacia tu orgasmo. Queremos que te corras para nosotros. Que te deshagas de placer frente a nosotros. Para eso estamos aquí.

Daniel comenzó a mover sus dedos dentro y fuera de mí, casi copándome con su palma, y era exactamente eso lo que necesitaba. Quería sentirlo.

Los espasmos de placer me subieron por el vientre y bajaron por los muslos. Eso era increíble.

Sin querer, le clavé los dedos a Doménico en la cabeza; es lo que quería, lo necesitaba todo de su boca.

En medio de esa locura de bocas y manos que besaban y tocaban, el camino siguió directo hacia el orgasmo que estaba por llegar. Estallé en un grito, corriéndome entre los labios de Doménico y la mano de Daniel, procurando no perder de vista mi reflejo en el espejo, casi viéndolo a él al otro lado. Quería imaginar que sus ojos estaban sobre los míos, pues necesitaba que comprendiese que ese orgasmo también era suyo.

Todavía jadeaba cuando la voz de Leo sonó otra vez.

—Daniel y Doménico van a desnudarse ahora. Doménico te penetrará mientras Daniel te sostiene.

Todavía no acababa de procesar un orgasmo y ya sentía que el siguiente venía en camino. ¡Sí, quería el pene de Doménico dentro de mí!

Doménico se puso de pie ante mí.

Se quitó la chaqueta y la corbata.

Por delante y por detrás de mí caían prendan masculinas.

Doménico soltó el cinturón de su pantalón, pero, sorprendentemente, fueron mis manos las que bajaron el cierre. El italiano me dejó hacer.

Empujé sus pantalones hacia abajo. Éstos cayeron. Aparté también del camino la única prenda de ropa que me separaba de su erección.

Su miembro se irguió ante mí.

Giré un poco y vi a Daniel desnudo a mis espaldas. Lo que observé me sorprendió gratamente. Daniel no sólo estaba igual de bien dotado que Doménico, sino que también tenía un cuerpo escultural, menos voluminoso sí, pero igual de fibroso. Estaba bronceado y sus pectorales y abdominales serían la envidia de muchos jóvenes, y para qué hablar de la uve a la altura de su ingle y sus muslos.

Doménico se alejó en dirección a la mesa, sobre la que estaban los condones, los geles y demás.

—Alexia...

Ante la voz de Leo, dirigí mis ojos al cristal.

—¿Sí, Leo?

—Libérate. Confía en mí, hazlo.

Daniel volvió a cogerme por detrás. Su erección era fuego por encima de mi trasero. Con ambas manos, me indicó que separase un poco las piernas.

Doménico volvió a nosotros.

Frente a mí, desgarró el envoltorio del condón con los dientes y se lo colocó, enseñándome con brío toda su masculinidad.

Con su mirada devorándome, se acercó a mí.

Daniel pasó su mano por debajo de mi muslo derecho, muslo que Doménico también tomó con su mano para colocar mi pierna alzada al costado de su cadera.

Su otra mano pasó por encima de mi clítoris para bajar hasta mi vagina.

Yo ya estaba lista otra vez.

Daniel besó y mordisqueó mi hombro, apretándose todavía más contra mí y a mí, contra Doménico.

Con la mano, Doménico guió su erección hasta la entrada de mi vagina y, soltando un gruñido, me penetró de una sola vez, presionándome contra Daniel.

El aire se escapó de mi cuerpo y por poco también pierdo mi alma.

Doménico se movió dentro de mí, buscando amplitud de movimientos. Todavía no me penetraba profundo, pero, aun así, lo sentía estupendo; todo mi cuerpo lo recibía, contrayéndose alrededor de su forma.

Ví que la mano libre de Doménico tomaba el trasero de Daniel. De un tirón, lo empujó contra mí para hundirse en mí hasta el fondo. Los tres comenzamos a movernos y a jadear. Daniel me empujaba contra Doménico, Doménico me empujaba contra Daniel.

Hacia dentro, hacia fuera. La fricción y el choque de nuestros cuerpos me liberó por completo. Entonces fui yo la que agarró con una mano el trasero de Doménico y, con la otra, el de Daniel. Los quería todos para mí. Exigía que fuesen míos.

La erección de Daniel sobre mi trasero era una tentación mortal.

Nos movíamos los tres cuando de pronto Doménico hizo algo que yo no esperaba. Separó sus labios y aproximó su rostro a mí. Creí que me besaría y, no sé por qué, me pareció que eso era algo demasiado íntimo que no sabía si estaba dispuesta a entregar. Eso no sucedió; en vez de besarme a mí, sus labios fueron a dar con los de Daniel.

Nunca había visto a dos hombres besándose...

No me molestó que se besaran, todo lo contrario, contribuía a mi placer, al placer de todos allí.

El silencio de Leo se unió a ese beso, a Doménico empujándome, penetrándome cada vez más hondo.

Por encima del hombro derecho de Doménico miré en dirección al cristal; me retorcí de gusto al vernos a los tres juntos, y todavía más cuando me di la libertad de imaginar a Leo masturbándose para llegar al clímax junto con nosotros tres.

Quizá duró una eternidad, quizá solamente unos minutos, lo único que sé es que tuve el orgasmo más espectacular de mi vida.



Cuando acabamos, nos quedamos los tres hechos un nudo por un momento y luego Leo me indicó que fuese a la ducha.

Eso hice, me duché en uno de los lados, mientras debajo del otro chorro Doménico y Daniel hacían lo mismo.

Me sequé y envolví en una de las batas que había disponibles, creyendo que el juego había concluido; no era así, mis acompañantes no tenían pensado acabar ahí.

Vi que, todavía debajo del agua, Doménico tomaba a Daniel por las caderas. De rodillas frente a él, chupó y acarició su pene para metérselo en la boca.

—¿Eso te excita? —quiso saber Leo.

Ante la voz de Leo, Daniel me miró.

—Sí.

—Alexia.

Dirigí mi rostro hacia el cristal.

Leo encendió la luz y entonces lo vi.

Estaba muy serio; su mirada, dura.

—Quítate la bata.

En menos de un parpadeo estaba desnuda de nuevo, de pie justo frente al cristal, de frente a él.

—Sabes qué hacer.

Claro que lo sabía.

Con Leo mirándome, me acaricié los pechos. No estaba para previas, quería tener sexo con él, ya, sin más dilación.

Una de mis manos bajó directamente a mi clítoris. No necesité mucho para enloquecer otra vez.

Mi palma masajeó mi clítoris mientras mis dedos tentaban la entrada de mi vagina.

Necesitaba un contacto con él, de modo que posé mi otra mano sobre la superficie. Su mano derecha se posó sobre la mía izquierda, separadas solamente por esa fina capa de cristal.

Daniel comenzó a gruñir y a jadear al aproximarse al clímax, igual que yo, con mi vista pegada a los ojos de Leo.

—Esto era todo lo que dijiste que sería —solté entre jadeos y tuve un increíble, enorme y estupendo orgasmo con él. Y fue perfecto y se me antojó repetirlo un centenar de veces.

Estallé, hice implosión y luego todo fue silencio.

Los días que me quedaban junto a él no serían suficientes.

Lo miré, me miró.

La angustia se apoderó de mí.

Treinta minutos más tarde, abandonábamos el Délice.

Daniel y Doménico se habían quedado. Según me explicó Leo, habían abierto la sala para quien quisiese participar y, cuando ellos hacían eso, más de uno se ofrecía a acompañarlos.

## 11. Alguien perdido y libre

Leo espió en dirección a las puertas del hospital. Más adelante estaba la entrada de ambulancias a la sala de Urgencias; allí había dos vehículos detenidos. Uno de los médicos de guardia fumaba mientras conversaba con uno de los conductores.

—Así que es aquí donde trabajas.

—Sí. —La noche comenzaba a ponerse fría. En realidad, mi guardia no comenzaba hasta dentro de un par de horas, pero no podía regresar a casa porque le había dicho a Hugo que me tocaba trabajar por la noche. Si podía y si mi cerebro se desconectaba, dormiría un rato en mi oficina. La verdad era que me costaba creer que pudiese pegar un ojo con todo lo experimentado en el Délice; si es que la piel todavía me ardía, la piel y mi interior, y la mirada de Leo sobre mí, y el hecho de que no hubiese pronunciado ni una sola palabra más al respecto de lo sucedido—. ¿Te apetece entrar a tomar un café? En mi oficina tengo una cafetera. Sé que no es el ambiente más...

Leo me interrumpió negando con la cabeza.

—Sabes tan bien como yo que eso no es conveniente, Alexia —dijo con los labios tirantes hacia un lado, en esa mueca tan suya.

—Ah, sí, bueno. —Me aclaré la garganta—. Es que, como mi guardia no comienza hasta dentro de... no es asunto tuyo, pero...

—¿Te encuentras bien? ¿Te arrepientes? Si es así, no pasa nada; es totalmente comprensible que no te guste, mi vida no es para todos, por eso es mía, no tuya.

—No me arrepiento, solamente pensé que podríamos tomar un café. —El que remarcase aquello de que su vida era suya, y no mía, me hizo querer salirme de mi piel para meterme debajo de la suya. No es sano ni normal querer ser otra persona, mas lo cierto es que yo quería ser él, hasta el más mínimo detalle, durante los días que nos quedasen juntos.

—Si quieres verme, lo haremos mañana. Quedamos en que traería a tu hermano para hacerse unas pruebas, ¿no es así?

—Sí, así es.

—¿Mañana por la noche trabajas también?

—Entro a la misma hora que hoy, de modo que tengo parte de la noche libre.

—¿Vamos al Délice? Esto sólo acaba de empezar.

Esperaba que me lo pidiese.

—Sí, quiero ir.

Leo sonrió.

—Te ha gustado. Dime, ¿te resulta difícil asimilar que quieres repetir la experiencia o todavía intentas procesar todo el placer recibido y dado?

—Leo, en este momento soy alguien muy perdido y libre.

Leo se rio en mi cara.

—¿De qué te ríes? No es gracioso. Tú estás acostumbrado a tu vida, pero yo he caído en esto como si me tirase de cabeza a una piscina vacía. No digo que no me guste, es todo lo contrario. ¿Cómo reaccionarías tú si yo de pronto te lanzase a la mesa de cirugía con el pecho de un niño abierto y...? —Me detuve, porque la mueca en el rostro de Leo me invitó, más que a cerrar la boca, a convertirme en humo. ¿Le daría impresión la sangre?—. Disculpa. Es que olvido que... ¿Te impresiona la sangre? Perdón, el caso es que estoy tan acostumbrada a mi trabajo que no me doy cuenta de lo que digo.

—¿Eso es, cuando tienes a un niño en la mesa de operaciones, solamente tu trabajo?

Inspiré hondo. Si él supiese.

—No, claro que no. Intento mantener distancia con lo que sucede, procuro conservar la cabeza fría para ocupar mi cerebro en lo que debo hacer... eso es lo correcto, que tu cabeza esté al ciento por ciento concentrada en lo que has aprendido, en la experiencia, en lo que sucede en la sala de operaciones; sin embargo, siempre, una parte de mí se siente como si no existiese un mundo más allá de la mesa del quirófano. Cuando un niño está en mis manos... —Tuve que detenerme, porque los ojos se me llenaron de lágrimas. Ojalá pudiese hacerle entender todo lo que pasaba dentro de mí cada vez que una vida caía en mis manos, cada vez que un niño se transformaba en mi responsabilidad. Sí, tenía una crisis existencial y no estaba demasiado segura de haber elegido mi carrera por puro gusto y vocación, o quizá sí lo había hecho, pero yo ya no era esa persona que escogió esa carrera; las personas cambian y no por eso mi pasado y las cosas que había hecho carecían de valor. En ese instante preferí convencerme de que tal vez mi etapa con la cirugía estaba acabando para darle paso a otra etapa en mi vida—. Se supone que no debo sentir así; sin embargo, es imposible reprimir el peso de la responsabilidad. Tener una vida en tus manos, sobre todo cuando se trata de una vida tan joven, es abrumador. —Parpadeé varias veces para evitar que las lágrimas se me escapasen.— Cada vez que entro en la sala de operaciones me siento menos capaz de ser madre. Es que cualquier cosa que haga repercutirá en... —Ya no pude seguir. ¿Por qué estaba diciéndole todo eso? Alcé la vista y me lo encontré mirándome con seriedad, quizá con el rostro un tanto desenchajado. Quise creer que, detrás de la mirada fría que me dedicaba, había mucho más, no sé. ¿Por qué sentía que no me dedicaba ni un gramo de empatía?, ¿por qué sentía que yo no era merecedora de nada suyo?

«No, Leo, no somos amigos —le dije mentalmente—, y mucho menos pareja. No somos nada más que un deseo hecho realidad.»

Volví a disculparme con él y aparté la mirada hacia la acera que tenía a mi lado.

—¿Quieres tener hijos?

Su pregunta me cogió por sorpresa.

—No lo sé. En este momento no me siento en condiciones de tomar una decisión semejante.

—Claro, debí imaginar que esto sería algo que Hugo y tú planificaríais con sumo cuidado. Así es su vida, ¿no es cierto?

El tono de su voz rezumaba acidez.

—¿Sabes qué?, cuando te lo propones, puedes ser un verdadero imbécil. Parece que no has escuchado ni una sola palabra de lo que te he dicho.

—Yo creo que has sido tú la que no ha escuchado ni una sola palabra de lo que ha salido de tus labios. Es más, creo que tu cerebro lleva un par de minutos sin funcionar. ¿Eso mismo te sucede cuando estás con él, con Hugo? Tu cerebro deja de funcionar.

Lo miré con mi mejor cara de odio.

—¿No sé por qué todavía estoy escuchándote?

—Probablemente porque sabes que lo que digo es verdad. ¿Que tú no serías buena madre? ¿En qué universo sería eso? Si decides continuar diciendo estupideces, mejor te bajas de mi coche.

—¡Leo! —chillé ofendida. Ya no entendía nada.

—Me saca de quicio que dudes de ti.

—¿Tú no dudas de ti? ¡No, imagino que no! Seguro que estás convencido de que eres perfecto.

—No me ataques para defenderte. Las cosas se intentan y ya.

—Tener un hijo no es algo que debas intentar y ya. Es una responsabilidad. Tener una vida en tus manos no es una situación que pueda o deba ser tomada a la ligera.

—Ya lo creo. Es que me enloquece que te creas incapaz de algo sin ni siquiera intentarlo. No digo que yo lo haga todo bien, digo que al menos lo intento, que doy lo mejor de mí.

Mentira, había dicho que el amor no era lo suyo, que llevaba como unos quince años sin tener novia. De eso se desprendía la cobardía de ni siquiera querer intentarlo.

No lo mencioné en voz alta porque imaginé que no me daría absolutamente ninguna respuesta, o al menos no la respuesta que yo quería oír, aquella en la que me relatará por qué había desistido de encontrar a alguien a quien querer para librarse solamente al sexo cuando podía tener ambas cosas.

«El sexo es más fácil, Leo —le dije dentro de mi cabeza, mirándolo directamente a los ojos—. Si es por cobardía, ambos lo somos.»

—No deberíamos estar discutiendo esto ni nada que no tenga que ver con nuestro arreglo, con tu deseo. No vale la pena y no quiero discutir contigo en estos términos. Se supone que no debía ser así. Quiero que sea como has dicho, perdida y libre.

Meneé la cabeza, exasperada.

—Qué bien que quieras eso para mí —solté en tono socarrón—. Es una excelente manera de comenzar mis veintinueve.

—Pues sí. Es una excelente manera de terminar una década y comenzar otra. Quien se pierde, busca un camino y, quien es libre, puede escoger el camino que le dé la gana.

Y sí, así acababa de cerrarme la boca. Su frase era demasiado poética y quizá hasta un tanto infantil, no por eso menos real. Era el reflejo exacto de mi vida en ese momento, de lo que necesitaba. Perderme y ser libre para comenzar de cero o, en su

defecto, para volver a encontrar mi camino y sentir que en realidad esa vez era yo quien lo elegía. El problema residía en que no tenía ni idea de si quería volver a elegir mi camino o deseaba buscar uno nuevo.

—Lo he dicho y te lo repito: no busco discutir contigo. Lo que quiero es verte otra vez en el Délice; ésa, allí, esta noche, eras tú, en su más pura esencia. No sé quién eres y dudo de que tampoco tú lo sepas; sin embargo, allí estabas y ha sido magnífico. Lo he disfrutado y sé que tú también. Y lo mejor de todo es que no ha sido más que el comienzo. Apenas si asomas la cabeza a todo lo que tienes por descubrir. Gritarás de placer, perderás la cabeza y el peso de tu cuerpo, y yo quiero estar ahí para verlo, para perder la cabeza contigo, para verte salir de tu cuerpo.

En ese momento, además de perder la cabeza, de sentir que me escapaba de mi cuerpo al recordar lo sucedido, tenía la impresión de que mi alma ardía en llamas de pura anticipación al placer que imaginaba que tendría.

Mi cuerpo tembló por dentro.

—¿Te gustaría verme a mí? Seguro que eso te lo pondría todo mucho más claro.

¡¿Verlo?! Fue como si cientos de miles de alarmas sonasen dentro de mi cráneo. Si es que ni siquiera podía oír mis propios pensamientos. ¡Claro que quería verlo! Quería estar ahí con él, sentir con él. Oír, paladear y ver con él. ¡Lo quería ya!

Quería consumirme de placer al verlo practicar sexo con quien fuese. No importaba lo más mínimo quiénes lo acompañasen, solamente deseaba que él llegase al clímax y que yo pudiese estar allí para hacerme eco de todo lo que le sucediese.

En mi vida creí que sería capaz de pensar en esos términos y mucho menos sin sentir celos.

Allí no había amor, ni siquiera amistad, y no es que no sintiese celos porque no hubiese una relación o sentimientos que nos uniesen, todo lo contrario. No entiendo por qué, me sentía unida a él de un modo en que dudaba de que fuese a sentirme unida a nadie más en este mundo. Quizá fuera mi ridículo cerebro intentando convencerme de una idea tonta para que no me sintiese mal por lo que estaba haciendo, pero es que el hecho de que Leo me llamase su *compañera*, en mi día a día actual significaba más que el ser novia de Hugo, hija de mi padre y, por mucho que me pesase, hermana de Jerónimo.

Amaba a mis padres y la vida sin Jerónimo me parecía imposible.

El mundo perdió coherencia cuando Leo apareció en mi vida, o quizá no era coherente antes.

Leo, mi compañero, era una unión que nadie podría destruir jamás, ni siquiera la distancia o el que no volviésemos a vernos nunca más, y eso era porque yo, en ese momento, era en parte Leo y porque él tenía algo de mí también.

Lo miré a los ojos y me reconocí allí a pesar de no tener ni idea de quién era Leo en realidad o quién era yo en realidad, y, por el modo en que me miró, me convencí de que era probable que a él le sucediese lo mismo.

Sin importar si acabábamos odiándonos o queriéndonos, éramos indivisibles.

Mis ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

Mis padres no me inculcaron ninguna religión y la sala de operaciones terminó por convencerme de que no hay nada sobrenatural. Yo veía tantas personas con el corazón destrozado, tantas injusticias, pero en ese instante me pareció que quizá

algunas cosas en este mundo no tuviesen una explicación racional que la ciencia pudiese constatar con las pruebas más sólidas de la humanidad.

Había escuchado alguna vez que, no sé en qué religión —o quizá fuese la idea romántica de alguien—, se cree que algunas almas se separan y acaban en cuerpos distintos, cuerpos que luego un día se encuentran para volver a formar un todo. Pues ahí estaba yo, ahí estaba él.

Esas dos personas perdidas y libres que se encontraron en mitad de la nada tal vez buscando una razón para no ser tan libres.

—Sí, quiero verte, Leo. Eso me gustaría muchísimo; sé que me daría mucho placer. —En esas palabras resumí todo aquello que había pasado por mi cabeza. Lo dije de esa manera porque ése era nuestro lenguaje, nuestro modo de llegar. Bien, en realidad al menos el de Leo, por el momento; él no hubiese comprendido ni una de las palabras salidas de mis labios si me hubiese explicado de otra forma.

Leo me dedicó una sonrisa asesina de las suyas, con los labios ladeados, sus ojos achinados y esa mirada tan personal que hablaba todos los idiomas del universo sin decir ni una palabra.

—Bien —entonó.

—Bien —contesté, y así volvimos a ser nosotros.

—¿A qué hora te parece que traiga a tu hermano mañana?

—A las tres estaría bien. Si puedes, digo.

—Claro que puedo. Está perfecto si a ti a esa hora te viene bien.

—Sí.

—¿Se me permite usar la fuerza, en caso de que tu hermano no colabore?

Ante mi cara de horror, Leo rio.

—Tranquila, bromeaba. No te preocupes, tengo mis métodos y éstos no siempre involucran la fuerza. Sé cómo lidiar con estas cosas.

—¿Sabes lidiar con estas cosas? ¿A qué te refieres?

—Nada, tú no te preocupes. Tu hermano estará aquí mañana y cooperará en todo lo que le pidas.

—Eso lo quiero ver. —Fue mi turno de reír—. A Jerónimo no le gustan ni los hospitales ni los médicos. Serás testigo de eso mañana.

Leo se quedó en silencio. Me pregunté si no sentía curiosidad por saber por qué. Cuando ese tipo de cosas sucedían con Leo, me daba la impresión de que él liberaba un amplio manto de frialdad solamente para poner distancia.

—Bueno, debo irme y tú deberías ir a dormir un poco. Tienes que descansar para mañana por la noche.

Sí, seguro, como si en ese momento me creyese capaz de poder pegar un ojo. Si estando con él me desconectaba un fugaz instante de sus ojos y me quedaba colgada de los recuerdos impresos en mí, imposible después del tiempo vivido en la sala.

Cedí a lo que Leo quería escuchar porque sus manos sobre el volante me hicieron saber lo mucho que necesitaba distanciarse de mí en ese momento. O quizá no fuese eso, sino simplemente que tenía cosas más divertidas que hacer que conversar conmigo frente a un hospital de aspecto un tanto deprimente a metros de la entrada de Urgencias.

Abrí la puerta.

—Hasta mañana, Leo.

—Hasta mañana, Alexia.

Otra vez, ausencia total de besos. Y no hablo de que me besara como me apetecía, partiéndome la boca de un beso, pero... ¿ni un beso en la mejilla?

¿Un abrazo? ¿Una palmadita en el hombro?

Ni siquiera eso, exclusivamente una mirada constante e imperturbable.

Bajé del vehículo y lo vi partir en silencio.

\* \* \*

—Doctora, ¿le han cambiado el horario? —soltó la enfermera que reinaba detrás del mostrador, al verme entrar en la recepción.

—Buenas noches, Telma. No. He venido antes porque necesito poner unos papeles al día. —Esa vez no era cierto, pero de cualquier modo, si lo fuese, no sería ni la primera ni la última vez.

—Ah, claro. Bueno, le deseo una noche tranquila.

—Sí, espero que la tengamos. —Lo cierto era que no me sentía con cabeza para nada. Sabía que si llegaba una urgencia reaccionaría en consecuencia, pero, un tanto adrede, no quería que mi cerebro se apartase de los recuerdos de esa velada.

Al menos por ahora el sector de ingresos estaba tranquilo. Apenas si había un par de personas esperando y las ambulancias, fuera, no denotaban ninguna prisa.

Saludé al radiólogo y al traumatólogo de guardia, que conversaban en uno de los boxes de atención, y seguí camino hacia mi oficina. Mi intención era procurar dormir un poco en el sofá cama que allí tenía; esperaba, al menos, conseguir descansar.

—¡Alexia!

Y así, sin más, al oír su voz, quise que la tierra me engullese. Ver a Bárbara era lo último que me apetecía, porque todavía tenía muy presente que Hugo me había pedido que, en cuanto lo hiciera, la invitase a casa a cenar para emparejarla, o lo que fuese, con Leo. Hubiese preferido no tener que volver a verla en mi vida, porque, por ridículo que suene, no sabría cómo mentirle a Hugo si me preguntaba si había visto a Bárbara para invitarla a cenar.

Lo que quería hacer y lo que debía hacer se pusieron en guerra dentro de mí.

Al darme la vuelta la vi avanzar en mi dirección; venía casi dando saltitos de alegría con una de esas enormes sonrisas suyas. Estaba maquillada y peinada para mucho más que una guardia en un hospital público, pero, por suerte, yo en esa ocasión también. Ese detalle me dio fuerzas para cuadrar los hombros y enderezar la espalda.

Ella podía tener todo el *sex appeal* del mundo, pero yo hacía una hora había estado con dos hombres.

Al cruzarse ese pensamiento por mi cabeza, me sonrojé.

Sentí como si me desdoblase en dos Alexias. Eso comenzaba a calar hondo en mí.

«Sí, has estado con dos hombres y te ha gustado. Y Leo ha estado allí viéndote y te ha gustado también», me dije a mí misma. Bárbara no tenía ni idea.

—Hola, buenas noches. Has llegado temprano. —Cogiéndome por los hombros, estampó un beso en cada una de mis mejillas.

—Papeleo —escupí.

—Ya. —Bárbara me soltó, retrocedió un paso y me escrutó de arriba abajo—. ¿Vienes de cenar con Hugo?

—¿Qué?

—Vas maquillada y usualmente eres muy elegante... —sonrió pícara y me apuntó con un dedo—... pero eso que llevas, más que elegante, es sexy. Me gusta esa blusa —soltó y rio.

—No. Vengo de casa. —Aparté la mirada—. ¿Necesitabas algo?

—No, solamente quería decirte, mejor dicho, agradecerte la invitación a tu cumpleaños. Lo pasé muy bien. Hugo es un amor. La comida y la bebida, estupendos. Tienes una familia adorable. Tu hermanito es muy divertido.

Eso último hizo saltar todas las alarmas en mi cerebro.

—Si tuviese diez años más...

Creo que acababan de salirme garras por debajo de las uñas, unas como las que a Lobezno, ese personaje de los X-Men que a Hugo tanto le gustaba, le salían de los nudillos.

—No me hagas caso. Es que parece un chico muy dulce y no abundan los hombres así.

Y a mi modo de ver, no creía que ella fuese del tipo de mujer que busca ese tipo de hombre.

—Tienes suerte de tener a Hugo.

«Perfecto, apuñálame en el abdomen cuando quieras —le dije mentalmente—. Justo esto necesitaba oír ahora», gruñí dentro de mi cabeza en tono socarrón.

—Sí, la tengo —repliqué en voz alta, porque se suponía que debía pronunciar una frase semejante. Bien, en realidad tenía suerte de tenerlo, lo que no tenía claro era si lo merecía o si yo necesitaba a alguien como Hugo a mi lado.

—Sí, ya quisiera yo conocer a un hombre así. Bueno, Leo, el amigo de Hugo, parece ser un hombre así. Le cuesta un poco la charla, pero... Quizá fuese porque había mucha gente rodeándonos. —Me sonrió—. Debería pedirle a Hugo que nos reuniera. Sé que es probable que sea mucho pedir; después de todo, tuvo la amabilidad de invitarme a tu fiesta, imagínate si ahora pretendo usarlo de casamentero.

¿Casamentero?

Además, que hubiese involucrado a Leo en ese párrafo en el que también soltó la palabra *casamentero*, aceleró mi pulso. Leo había dejado claro que él no estaba para esas cosas y para todo lo demás... no tenía problema en que él estuviese con otras mujeres; sin embargo, no quería permitir que ella se le acercase. Quizá fuese porque Bárbara, a mí, me intimidaba como mujer y por eso me daba miedo que, del mismo modo que me bloqueaba a mí, bloquease a Leo, confundiéndolo hasta el punto de comenzar a creer que, después de todo, el amor sí podía ser lo suyo. Bien, quizá no fuese confundirlo, sino abrirle los ojos; no dudaba de que Leo pudiese enamorarse,



prefería no creerlo; por su bien, dudaba de que Bárbara fuese ese tipo de mujer y la verdad era que me tenía sin cuidado su porvenir sentimental siempre y cuando se mantuviese alejada de Leo.

Las milésimas de segundo se hicieron un siglo dentro de mi cerebro. Le había prometido a Hugo que la invitaría. Lo había hecho y no podía cumplir con mi palabra.

—¿Te encuentras bien?

«¡No! —chillé mentalmente—. Me fuerzas a hacer algo que no quiero y por eso ahora me gustas todavía un poco menos.»

—¿Alexia?

No conseguí responder.

—Se te ha puesto toda la cara roja. ¿Te habrá subido la presión arterial? Mejor pasamos a uno de los boxes y te...

—No, no hay necesidad. Estoy bien. Me ha entrado calor, eso es todo.

—Menos mal —dijo riendo.

—Hugo ha tenido una idea —comencé a decir mientras mi cuerpo y mi alma se separaban en dos. ¡No quería hacer eso!

—¿Una idea? —Su rostro se iluminó. Avanzó otra vez hasta mí metiendo sus manos en los bolsillos de su bata blanca—. ¿Y qué idea es ésa?

—En unos días Leo regresará a Canadá, donde vive... Hugo ha pensado que quizá querías venir a cenar a casa un día con nosotros y con él. —Y así, al terminar de pronunciar la invitación, una parte de mí se sintió aliviada, mientras que la otra ardía en llamas y chillaba deseando matar a la parte aliviada, deseando matar a Bárbara con mis propias manos.

Me sentí ridícula al comprender que eso eran celos en toda ley.

Ante mí, Bárbara dio un saltito.

Quise ahorcarla con su estetoscopio y eso me supo horrible. Yo no era así, jamás lo había sido. Definitivamente, la antigua Alexia iba en vías de extinción.

—¡Magnífico! Me fascina la idea. Lo pasaremos genial. —Me agarró por los hombros y besó mis mejillas una vez más. No fue mi intención que la cercanía de su cuerpo me resultase tan repulsiva. Sin más, la idea de Hugo de hablar con el amigo de mi padre para que me consiguiese un puesto en su clínica me resultó muy tentadora; allí no tendría que verle la cara a ella... ni sentir su perfume, ni recordar que planeaba presentársela a Leo—. ¿Me llamas para concretar? ¿Llevo vino? ¡Sí, llevaré vino! Aquí entre nosotras, tengo que admitir que Leo me gustó muchísimo en cuanto lo vi. Ese hombre está para todo, ¿a que sí?

La primera respuesta que llegó a mi cabeza fue «¡¡sí!!».

Para perder la cabeza.

Para entregarlo todo.

Para poner tu vida patas arriba.

El móvil de Bárbara comenzó a sonar.

—Bien, te dejo. Si estás muy ocupada, me envías un mensaje y ya. Nos vemos luego.

Bárbara no me dio tiempo a nada. Se alejó a todo prisa, contestando la llamada.

Así, como parada en el limbo, quedé en el pasillo mientras por megafonía llamaban a uno de mis colegas y un enfermero pasaba junto a mí empujando un ecógrafo.

Es probable que parpadeara una o dos veces mientras mi cerebro se mantuvo en blanco, dudo de haber estado pensando en hacer lo que hice a continuación. Busqué mi móvil dentro de mi bolso y lo encendí, lo había apagado antes de llegar al Délice.

En mi vida me había sentido tan perdida y lo único que encontré para no caer en la desesperación fue su número en la pantalla del aparato; sus mensajes. Me moría de ganas de llamarlo, de ver su rostro otra vez, de tener para mí, al menos durante unos minutos más, esa sonrisa suya con la que enseñaba sus dientes poniendo la punta de su lengua contra los de arriba en una mueca tan particular. Más nociva todavía era su mirada, esos ojos semiescondidos debajo de unas cejas de curvas perfectamente imperfectas.

Algunas personas te atraviesan con la mirada. La de Leo, en cambio, se metía en mí para no salir, para enredarse en mi cerebro, en mis labios, en mi pecho, para formar nudos en la parte baja de mi abdomen y entre mis piernas.

No podía llamarlo, sabía que eso quedaba fuera de nuestra relación de compañeros; sin embargo, escuchar su voz hubiese significado lo mismo que para un naufrago en mitad del océano toparse con un enorme carguero.

Ante mis indecisos ojos, la pantalla de mi móvil se puso negra.

Se me escapó un suspiro.

Arrojé el aparato otra vez dentro del bolso y me escapé hacia mi oficina.

Cerrar la puerta detrás de mí fue un alivio.

En silencio y apenas alumbrada por la lámpara de mi escritorio, me quité el abrigo y lo arrojé sobre la silla.

Detrás de la puerta, en una percha, tenía ropa de trabajo limpia. Escogí un conjunto azul oscuro y me quité los zapatos.

Fui a por la camisa. Solté los botones y me la quité. No lo había notado hasta ese instante: la prenda tenía olor a un perfume que no era el mío, sino el de Leo; el de Leo con un deje del perfume del de Doménico y el de Daniel.

Cerré los ojos e inspiré hondo. Mi cabeza se puso a dar vueltas. Mi piel reaccionó poniendo de punta cada vello. El placer volvió a mí con más fidelidad de la que supuse que podría recordar o quizá estaba añadiendo algo de fantasía al recuerdo. Lo real es que no importaba si estaba dando más por el momento de lo que el momento valía. Lo único real era haber tenido a Leo al otro lado del espejo; sin ninguna duda, había sido lo mejor de la noche.

Porque seguir de ese talante hubiese sido demasiado masoquista, aparté la camisa de mi nariz y terminé de cambiarme.

Desplegué la cama del sofá y apagué la luz. Necesitaba dormir. Perdida por Leo o no, debía descansar si quería hacer bien mi trabajo y lo haría bien hasta el día que decidiese abandonarlo.

A oscuras, tendida debajo de la manta y con la alarma del móvil puesta para dentro de dos horas, me quedé mirando el techo teñido del negro de la noche hasta que el cansancio me llevó por delante igual que un tren de carga.

En lo último que pensé antes de dormir fue en su voz, en sus palabras.

Desperté una media hora más tarde, horrorizada puesto que soñaba que veía a Leo practicar sexo con Bárbara.

Otra vez me quedé dormida.

Lo siguiente que supe del mundo real fue cuando mi móvil me despertó y acto seguido la puerta se abrió, llenando mi oficina con la luz sintética de los tubos fluorescentes del pasillo.

Reconocí en la sombra oscura recortada en el espacio de mi puerta a Sergio, otro de los cirujanos de guardia, especialista en cirugía torácica, pero de adultos.

—¡Álex, tenemos en camino un accidente automovilístico!

Siete palabras y mi cerebro acabó de despertarse para ponerse a funcionar a toda máquina.

—Dos adultos y dos niños. Ninguno llevaba cinturón de seguridad. Los críos son dos varones de tres y cinco años. Según me han dicho, parece que la madre tiene muerte cerebral. Nos concentraremos en los demás. Ya están todos listos. No tardará ni cinco minutos en llegar la ambulancia.

Mi estómago quiso vomitar lo que no había comido. Tres y cinco años.

No tengo ni idea de por qué pensé en Leo, quizá por su reacción de un par de horas atrás, cuando le solté aquello de qué haría él de ser lanzado a la sala de operaciones con un niño esperándote para que intentes salvarle la vida.

Procuré encerrar, como siempre, todos los sentimientos dentro de mi corazón para permitirle a mi cerebro tomar el control de todo; para el momento en que Sergio dio media vuelta y yo salté dentro de mis zuecos blancos, las fugas de sentimientos comenzaban a hacer desastres en mí.

Diesen en lo que diesen las cirugías, sobreviviesen o no esos pequeños, ésa no sería una buena jornada.

Si hasta mis brazos y mis piernas se sabían de memoria los pasos a seguir para cumplir con todos los protocolos de la sala de Urgencias.

En un parpadeo, mis guantes se tiñeron de rojo. En pocos más, tenía manchas de sangre en el protector de mis ropas y en los zuecos. Los niños llegaron en estado crítico; la madre, con un paro cardiorrespiratorio del cual no logró salir. Al padre se lo llevaron a cirugía, con un pulmón colapsado y severas hemorragias internas.

Delante de mí, un crío de tres años se desangraba pese a que mis dedos hacían todo lo posible por reparar a toda velocidad los daños internos.

Le grité a mis ojos que no mirasen su rostro. El mensaje nunca llegó. Lo miré y el mundo se vino abajo.

El pitido de la máquina que controlaba su corazón se hizo continuo, agudo y horroroso. Ése era el peor sonido del mundo.

En dos gritos pedí que hiciesen lo que necesitaba. Inyectaron lo que pedí y mis manos le permitieron al desfibrilador hacer su trabajo.

La sangre que metimos por su vena se escapó por su pecho y, veintitrés minutos más tarde de iniciado el procedimiento, abandoné lo que ya parecía imposible y ridículo. Por más que su corazón volviese a latir, la guerra estaba perdida.

Me aparté un paso de la mesa de operaciones y declaré la hora de la muerte al tiempo que me arrancaba la bata.

Giré la cabeza en dirección a la pared de cristal que me separaba del quirófano contiguo. Mi colega, quien trataba al niño de cinco años, negó con la cabeza. Los ojos se me llenaron de lágrimas y, más que nunca, necesité de la voz de Leo, de su presencia. Si hasta su silencio en ese instante hubiese hecho mucho más que todas las palabras de consuelo que Hugo hubiese podido darme.

A oscuras en mi oficina, lloré hasta que mis ojos se convirtieron en un desierto seco que raspaba mis párpados.

Me quedé dormida llorando.

Poco más de una hora más tarde volvieron a despertarme. Apendicitis en un niña de diez años.

Esta vez fue una operación tranquila. Los que me rodeaban trabajaban en paz, incluso algunos reían. Alguien se puso a comentar no sé qué cotilleo sobre una actriz y un cantante. Alguien le pidió a alguien más que fuese a buscar algo para que todos pudiésemos desayunar acabada la operación.

La niña salió perfecta y, para cuando el sol de la mañana ya brillaba, pude ir a comunicar a sus padres que todo había salido bien. Con lágrimas en los ojos, la madre me lo agradeció, y el padre me sonrió aliviado.

Me esperaban en la sala de descanso de los médicos para comer los churros que habían ido a buscar. Ni siquiera pasé por allí, fui directamente a mi oficina otra vez; entonces sí tenía una montaña de papeleo por delante, debido a la reciente operación y al fallecimiento del pequeño.

Tan pronto como terminé con el papeleo, me llamaron de nuevo.

De ese quirófano salté al siguiente. La mañana se puso complicada, pero mi mesa volvió a oler a esperanza de vida otra vez.

Para el mediodía, ya no podía con mi cuerpo.

Tragué un tazón de cereales con un poco de yogur. Comí media manzana y me recosté a descansar; resultó que me dormí profundamente después de llorar a mares otra vez. La llave con la que encerraba mi corazón dentro de sí mismo estaba perdida para siempre, probablemente al igual que mi antiguo yo.

Mi único aliciente para despertar fue que iba a ver a Leo en pocas horas, porque, la verdad, en lo que respectaba a mi vida, ya nada me provocaba volver a abrir los ojos.

## 12. Terreno inestable

En silencio, terminé el último punto de sutura. El niño a mi lado estaba igual de silencioso. Llevaba un buen rato sin llorar. Su madre había salido a hablar por teléfono.

Usualmente yo no hacía simples suturas, pero ese día la sala de Urgencias era una verdadera locura y, a minutos de terminar mi guardia, me pareció mejor mantener la cabeza entretenida que quedarme sola en mi oficina dándole vueltas a todo lo sucedido durante las últimas horas. Además, estaba demasiado nerviosa; se suponía que en cualquier momento Jerónimo y Leo llegarían y, si bien estaba más que entusiasmada y necesitada de ver a Leo otra vez, no conseguía evitar sentirme preocupada por mi hermano.

Espié al crío por el rabillo del ojo después de realizar el último nudo. Él seguía, muy serio, el movimiento de mis manos. Se había hecho un buen corte en el brazo con un cristal, pues jugaba con su hermano mayor no sé a qué y el cristal de la ventana estalló. Por suerte la incisión no era demasiado profunda.

—¿Ya no te duele?

Negó con la cabeza.

Había sido lo más cuidadosa posible al anestesiar toda la zona. Por lo visto mi esmero había dado resultado.

—¿Me quedará una marca?

—Es probable —contesté temiendo que se pusiese a llorar ante mi respuesta.

—¡Genial! Se la enseñaré a mis amigos.

Corté el hilo y bajé la tijera. Había hecho todo lo que estaba en mis manos para que la sutura fuese lo menos notoria posible. Dudaba de que a su madre le gustase la idea de que a su hijo le quedase un costurón horrible en el brazo; de cualquier modo, durante un par de años, conservaría al menos una línea blanca a lo largo del antebrazo.

La enfermera vino a traerme las gasas que le había pedido.

Mi móvil comenzó a sonar.

Me quité los guantes y me aparté del pequeño un momento, advirtiéndolo antes de que no se tocara.

La enfermera lo reprendió por tocarse justo cuando me aparté. Era Jerónimo al teléfono.

—Hola, hermanita. ¿Estás ocupada?

—Hola, Jero. Más o menos. Estaba terminando una sutura.

—El desquiciado de tu amigo acaba de venir a buscarme. Me ha enviado un mensaje, me espera fuera, en la calle; dice que ha venido con su coche. ¿Es seguro que me suba a su vehículo? El sujeto parece un tanto inestable, como si tuviese un desorden de personalidad o problemas con la ira.

—Jero, no digas tonterías. Claro que puedes subir a su automóvil.

—Ok. Supongo que, si de camino no me asesina y arroja mi cuerpo por ahí, en un rato estaremos allí.

—Perfecto. ¿Qué les has dicho a mamá y a papá?

—Nada, no están. Papá está trabajando y mamá se fue a un almuerzo y todavía no ha regresado.

—Bien. Aquí estaré esperándote. Ven directamente a mi oficina, ya he avisado de que vendrías, así que están pendientes para hacerte unas placas y lo que sea necesario.

Jerónimo tosió.

—¿Has empeorado?

—Tranquila, no es nada. Me he atorado con saliva.

—Jerónimo, no me tomes por tonta, ¿quieres?

—Hablaremos cuando esté allí. Acaba con tu sutura.

Giré sobre mis pies y espíe al niño sentado sobre la camilla, embobado examinando los once puntos que le había dado a su brazo. Todavía no entendía cómo no le dolía, por qué no lloraba. Sin duda era muy valiente, un tanto recio quizá; tal era así que me recordó a Leo. Una persona que no necesita de otra para sentirse fuerte, alguien que no precisa que otro reafirme su posición en la vida, alguien que sabe con exactitud cuál es su camino, aunque no tenga ni la menor idea de hacia dónde se dirige.

—Claro —le contesté a Jerónimo—, aquí estaré.

—Te veo en un rato. Te quiero.

—Sí. Y yo a ti.

Guardé mi móvil y volví a observar al pequeño. En ese momento sus ojos seguían de cerca los movimientos de la enfermera, que colocaba todo lo necesario sobre la mesa de apoyo para que hiciese el vendaje de su brazo.

—¿Necesita que le traiga alguna otra cosa, doctora?

—No, gracias, creo que no.

La enfermera se fue y me quedé a solas con el crío. Fui a sentarme a su lado sobre la banqueta para cubrir la sutura y así despacharlo a casa para que su madre pudiese quedarse tranquila. Imaginé que debía de estar que trepaba por las paredes, yo lo estaría si mi hijo tuviese once puntos en el brazo... suponía... eso si algún día tenía hijos.

Limpié la herida una vez más y cogí el rollo de gasa.

—¿Tiene alguna cicatriz? —soltó de pronto.

—Sí, sí que tengo.

—¿Se hirió mucho como yo?, ¿le dolió?, ¿lloró?

Yo apenas recordaba lo que había sucedido; sabía que había trepado a un árbol jugando con unos amigos. Me caí y perdí el conocimiento. Cinco puntos en la cabeza. No había llorado ni nada, al menos eso creo. Después de ese percance, mis padres no volvieron a permitirme subirme a un árbol; después de eso, se empeñaron en

convertirme en una niña que fuese una pequeña damita que no pudiese hacerse arañazos en las rodillas por andar en patines o ni siquiera mancharse la ropa o broncearse la piel por jugar en el jardín; después de eso, llegó Jerónimo y todo en mí se focalizó en él, en su salud, en su bienestar; si incluso me costaba horrores separarme de él para ir al colegio. La salud de mi hermano fue mi gran preocupación desde que nació y me daba pánico alejarme de él y que algo malo le sucediese mientras yo estaba ausente.

Ese miedo atroz de cuando todavía no tenía verdadera edad para cuidar de mí, y de cualquier modo ya cuidaba de él, ese día regresaba a mí. Entendía que Jerónimo no quisiese decirle nada de lo que sucedía a mis padres; la solución de mis progenitores era encontrar a alguien que lo solucionase y no se trataba de eso, se trataba de contar con su apoyo. Jamás los tildé de malos padres; sin embargo, hubiese dado cualquier cosa para que fuesen más afectuosos con nosotros, especialmente con mi hermano.

—Seguro que lloró, yo no lloro —insistió el chico.

—Tú eres muy valiente —le contesté tomando distancia de mis pensamientos.

—¿Dónde se lastimó?

—En la cabeza. Me hice un buen corte al caerme de un árbol. No me dieron tantos puntos como a ti. Eres un héroe.

—Lo sé, mi hermano me ha dicho que no pasaba nada si lloraba un poco, porque seguro que debía dolerme. Pero ya no duele tanto, así que no lloro.

—Sí, no pasa nada si lloras un poco. A veces llorar sienta bien. Ayuda a que no duela tanto.

—Sí, es cierto —afirmó muy convencido—. Es como los pinchazos que me ha dado para que no me doliesen los puntos. Duele, pero después ya no, igual que al llorar. Cuando lloras, duele, pero luego ya no. Con las lágrimas se te va el dolor.

Y así, en ese instante, me entraron ganas de llorar para liberar algo del dolor que llevaba dentro. No eran heridas serias, más bien arañazos, el problema es que los sentía como cientos de magulladuras, como si alguien hubiese arrastrado mi cuerpo por un campo. No eran cortes profundos, pero ardían como mil demonios.

¿Por qué llevaba tanto tiempo aguantando lo que sentía sin llorar, sin soltarlo?

Vendé el brazo del niño y éste se fue con su madre.

Me costó un par de minutos reaccionar y salir del box.

Necesitaba un café, de modo que fui directamente a mi oficina, pasando por delante de la sala de descanso, que en ese momento ocupaban muchos de mis colegas gracias a que el trabajo, por suerte, había mermado. Me hicieron señas de que entrase; los saludé con una sonrisa forzada y pasé de largo; los nervios me tenían a mal traer y no estaba para conversar con nadie. Agradecí que Leo fuese quien acompañara a Jerónimo; sólo esperaba que se quedase mientras lo atendía, realmente lo necesitaba allí conmigo, no quería recurrir a nadie más que a él para no sentirme sola, pese a que, desde que apareció en mi vida, no daba un paso sin sentir que mis pies se posaban sobre terreno inestable. Quizá eso fuese la vida de verdad y no aquella que yo creí que tenía.

No sé por qué, me empecé a intentar recordar lo que sentí al trepar a ese árbol del cual caí. Probablemente debió de ser emocionante, seguro que tenía miedo. La sangre debía de correr a toda velocidad por mis venas. Imagino que tenía que

sentirme como si hubiese subido a la cima del mundo; debí de creer que podría ver más allá del infinito desde allí, igual que si hubiese conquistado el universo.

Nunca debí conformarme con permanecer viéndolo todo a ras del suelo. ¿En qué momento me asusté tanto yo también que no me escapé para observarlo todo desde la altura del sol otra vez? ¿Por qué me limité a obedecer?

Me encerré en mi oficina justo a tiempo para contener el ataque de pánico que se avecinaba. Lo bien que me hubiesen venido sus brazos alrededor de mis hombros, su cuerpo pegado a mí.

Apoyé la espalda contra la pared y cerré los ojos. Inmediatamente su rostro llenó mi recuerdo. Mi piel renació, mi corazón se sintió mucho más vivo. Sin importar que el mundo allí fuera fuese un completo caos, de estar él allí conmigo le hubiese pedido que, con su cuerpo fuerte y musculoso, me apretase contra la puerta para penetrarme, para llevarme al delirio, para volverme a hacer experimentar el miedo y la emoción de subir hasta lo más alto para ver más allá del horizonte.

Por fin estaba viva otra vez. Inspiré hondo como si respirase de nuevo después de pasar mucho tiempo manteniendo los pulmones cerrados sobre sí mismos. Todavía con los ojos cerrados, percibiendo que se me llenaban de lágrimas, me juré a mí misma que no volvería a olvidarme de cómo me sentía con eso; no volvería a engañarme a mí misma por miedo a enfrentar a los demás. Qué desperdicio de tiempo y energías vivir tu vida diciéndoles a los otros que sí y a ti, que no. Debería estar prohibido que una persona cometa semejante locura.

Dentro del bolsillo de mi bata blanca, mi móvil vibró. Era un mensaje de Jerónimo.

¿Seguro que tu amigo no es un asesino? Me mira malhumorado.

Sonreí. Sí, Leo tenía esa mirada adusta cuyo significado no lograba descifrar. Por más que me empeñase, no acababa de comprender quién era él ni por qué estaba conmigo del modo en que lo estaba, y aún menos encajaba, en la imagen que permitía ver de él, que estuviese en camino con mi hermano. Que se hubiese ofrecido a traer a Jerónimo no cuadraba en el formato de hombre que él estaba intentándome hacer creer que era.

-Bueno, estamos de camino.&#32;

Fue el siguiente mensaje de mi hermano.



Le contesté que aquí nos veríamos y fui a prepararme un café e intentar recomponer un poco mi imagen.

\* \* \*

Terminaba de recoger mi pelo en una coleta, después de cepillarlo un poco, cuando la puerta de mi oficina se abrió de par en par.

—¡Lexi! —entonó la voz de Jero, llena de entusiasmo.

—¿Es que nadie te ha enseñado a llamar antes de entrar? —lo reprendió Leo.

El simple hecho de ver su rostro por encima del hombro izquierdo de mi hermano iluminó mi día. Leo parecía muy serio, pero de cualquier modo su imagen era todo lo que necesitaba para sentirme un poco más yo, otra vez.

Bueno, su perfume en mi nariz tampoco era un detalle para despreciar. Con la segunda inhalación, se me puso la piel de gallina.

—Hola. —Les sonreí a ambos. Tenerlos a los dos conmigo era magnífico, lo único lamentable era el lugar de reunión.

—Tu hermano necesita que le den un par de lecciones sobre cómo funcionan las cosas en la vida.

—Tranquilo, compañero, que aquí, si hay una persona que sabe de qué modo funcionan las cosas en la vida, ése soy yo. Créeme, tengo experiencia de sobra.

—No se nota —replicó Leo sin perder la seriedad, pese a que mi hermano sonreía.

Sí, Jerónimo, en su corta vida, tenía experiencia de sobra, la cuestión era que, por eso mismo, pasaba de muchas cosas que al resto de los mortales nos parecían importantes. Lo cierto era que mis padres, siempre lo consintieron demasiado, e imagino que también yo. Es difícil ponerle límites a una persona cuya salud, ya de por sí, le ha impuesto tantos y tan difíciles patrones de vida.

—Podrías aflojar un poco la pose, ¿no te parece? —le soltó a Leo—. No te vendría mal relajarte un pelín. Pareces estar todo el tiempo queriendo corregir las injusticias del mundo o algo así... como si estuvieses siempre en alerta. ¿Acaso te crees Robin Hood?

La verdad era que Leo tenía cierta pose de superhéroe. Sobre todo de esos que alcanzan el nivel de mártires. Lo observé durante un segundo y caí en la cuenta de que quizá hubiese un poco de eso. ¿Habría sufrido mucho por algo, por alguien? ¿Por eso tenía esa mirada que se cerraba a unos centímetros de él como si fuese parte de una coraza?

Me sentí como una tonta. Es probable que sólo pretendiese convencerme a mí misma de eso para justificar el hecho de que él, simplemente, no tenía interés alguno en compartir el resto de su existencia conmigo, no porque un dolor o un golpe bajo de la vida lo hubiesen convertido en una persona emocionalmente retraída. Sí, sólo quería poner de por medio una razón para no asumir que él no estaba interesado en mí y punto.

—¿Robin Hood? —repitió Leo, por cuyos labios se escaparon un par de milímetros de una sonrisa de lo más bonita.

—Sí, te falta el arco. Podríamos conseguirte uno, si quieres.

Se notó que Leo procuraba no sonreír; sus intentos fueron en vano, sobre todo después de verme a mí hacerlo.

—Supongo.

—Ves, hasta mi hermana, que es de lo más estricta, piensa que debes relajarte un poco.

Leo soltó un gruñido que fue música para mis oídos.

Jerónimo podía ser un poco malcriado y tener cientos de defectos como cualquier otro ser humano, pero lo que jamás le faltaba, así estuviese en el peor estado físico y en las condiciones más deplorables, era su buen humor.

—Está bien, Leo, no le hagas caso. Muchas gracias por traerlo.

—No hay problema, lo necesitabas aquí, aquí está. De ningún modo hubiese permitido que se escapara.

—Sí, de eso ya me he percatado.

—¿Qué te debe este sujeto? ¿Cómo lograste ponerlo de tu parte?

—No le estoy haciendo un favor a tu hermana porque le deba algo. Entiendo su preocupación, eso es todo.

—¿Lo entiendes?, ¿acaso te pasó mi historia clínica para que la leyeras?

Leo le puso mala cara otra vez, a la que Jerónimo contestó con una mueca similar.

—Ya basta, Jero. De estar mamá en casa, Leo habría sido tu coartada perfecta para salir sin que sospechara nada, eso si no sospecha ya.

—Mamá no se entera de nada más que del evento de beneficencia del martes de la semana próxima. Tan pronto como terminó con la organización de tu cumpleaños, empezó a dedicarse de lleno a eso.

—¿Seguro que no ha comentado nada sobre tu tos?

—¿Acaso te ha llamado? —soltó mi hermano en respuesta a mi pregunta. Era cierto, mi madre no lo había hecho. De haber oído toser a Jerónimo, me habría llamado sin demora, porque, a diferencia de mi padre, se suponía que a mí me sobraba el tiempo para atender a mi hermano.

El tiempo no me sobraba, pero eso no cambiaba en nada que yo haría lo que fuese por él.

Negué con la cabeza. Sí, evidentemente mi madre estaba muy ocupada con su evento benéfico.

—Bien, ha quedado claro cómo son las cosas. ¿Qué os parece si ahora nos ocupamos de aquello para lo que hemos venido? —intervino Leo, interrumpiéndonos—. Quizá aquí no estén todos los que debieran estar, pero estamos nosotros, y eso es lo único que cuenta.

Con Jerónimo, nos quedamos mirándolo.

—Debéis conocer de sobra a vuestros padres, imagino, de modo que esto no es una sorpresa. ¿Procedemos?

Sí que podía resultar ácido cuando se lo proponía.

—Entonces, ¿tus padres tampoco...?

Leo no le permitió a Jerónimo terminar.

—Tienes a tu hermana aquí y ella se preocupa por ti. Es suficiente motivo como para estar agradecido. Bien. —Hizo una pausa y me miró—. ¿Qué será lo primero que haremos, Alexia?

Jero soltó una risa seca.

Me aclaré la garganta.

—Creo que lo mejor será comenzar con unas placas y un análisis de sangre. No nos vendría mal tener un pantallazo general para ver cómo está todo.

—No resoples, Jerónimo. Si tu hermana quiere tu sangre, le darás tu sangre.

—¿Y qué pasa si me niego, me la quitarás a golpes?

Leo no pudo más que reírse.

—Sí, ésa es una opción que no descartaré hasta que no vea tu sangre en una jeringa.

—¡Genial! —resopló Jero—. ¿Te das cuenta de que este tipo es un lunático?

«Sí», pensé. Intenté contener la enorme sonrisa que se filtraba por mi boca y no lo conseguí del todo, pese a que me mordí el labio inferior.

Ojalá yo pudiese estar tan loca como él.

—Esto no es justo, espero que te des cuenta, Lexi. Sois dos contra uno y él vale por dos. —Apuntó con la cabeza en dirección a Leo.

—Sí, la vida es injusta. Lo lamento mucho. Alexia, ¿nos indicas el camino?

—Yo ya sé dónde debo ir —gruñó mi hermano—. Pasaré a saludar a las enfermeras, que este desquiciado no me lo ha permitido cuando hemos llegado. ¿Te veo en radiología?

—Sí. Nos vemos allí en un momento.

Jerónimo resopló otra vez y al final nos dejó. Salió dejando la puerta abierta detrás de sí.

Sin saber muy bien cómo seguir, avancé hasta Leo.

—Hola —dije, porque no me decidía por dónde comenzar a decirle todo lo que tenía dentro y quería decirle.

—Hola —contestó con los labios tirando hacia su izquierda después de titubear durante una fracción de segundo. Su mirada, en cambio, no había dudado en dirigirse a mí, si es que sus ojos estaban sobre los míos desde que Jerónimo salió.

—Gracias por traerlo. De verdad. No solamente por traerlo, sino por estar aquí. No tienes ninguna obligación y no te haces una idea de lo que... Jerónimo... A veces yo... Sé que mis padres están ahí, es que por momentos me da la sensación de que toda la responsabilidad es mía y la situación me desborda y...

—Tranquila, no pienso dejarte sola con esto.

Me limité a sonreírle, si bien tenía ganas de abrazarme a él y no soltarlo jamás.

—Gracias. Esta situación sobrepasa nuestro acuerdo y tú apenas me conoces.

—Esta situación no tiene nada que ver con nuestro acuerdo y creo que sí te conozco, al menos un poco.

—Ya. Pero es que... como tú dijiste que...

—Tranquila. Estoy aquí y no me iré.

Sí se iría. Al cabo de unos días, se iría.

Se quedó mirándome y yo me quedé muda.

—¿Te encuentras bien?

Considerando que, pese a que mi hermano podía no estar bien de salud y pese a que yo tenía un novio y una carrera y una vida, y que no tenía ni la menor idea de qué haría de mi existencia cuando él se fuese, y que, a pesar de todo, lo único que me apetecía en ese instante era besarlo... pues sí, estaba bien.

Asentí con la cabeza porque, si despegaba los labios, se me desbordaría el interior por la boca.

Leo me sostuvo la mirada.

Pese a que iba completamente vestida y no precisamente con ropa sexy, fue como si me desnudase con los ojos. En cualquier momento empezarían a saltar chispas de mi piel.

—Es probable que no sea la situación más propicia, pero tengo que concretar planes para esta noche y quiero saber si vendrás conmigo al Délice.

—Sí, todavía no me he arrepentido, Leo. Dudo de que vaya a hacerlo. Quiero y necesito volver. ¿Queda claro?

Su media sonrisa me insufló todavía más ganas de regresar allí.

—Sí. Diáfano. Mejor vamos a ocuparnos de tu hermano ahora. Espero que no sea nada, de verdad.

—También yo. Jero ya ha tenido suficientes problemas de salud en su vida.

—¿Se cuida? No sé qué ha tenido, pero...

—Sí, se cuida. Sé que puede parecer un irresponsable; en realidad no lo es... bueno, no al menos todo el rato. Su sistema inmunitario es un desastre, lo es desde que nació. Mi hermano vive cuidando su salud. Es en extremo responsable con eso; sin embargo, hay épocas en las que se cansa y quiere actuar como alguien de su edad y se descuida un poco. Siento que no tengo derecho a enfadarme con él por eso. Su vida jamás ha sido muy normal y eso lo resiente. No es un mal chico. ¿Tú nunca has hecho algo que no debías? De joven, digo. Es lo mismo.

Leo sonrió sin enseñarme los dientes. Me dio la impresión de que iba a decir algo, porque tomó aliento como si estuviese reuniendo energías para soltar a la luz un dato importante o revelador. El caso es que volvió a apretar los labios y guardó silencio.

—Dime por dónde. Aquí tú indicas el camino, que éste es tu territorio.

—Sí. Lamento que no sea un territorio muy agradable. —Mi rostro se contrajo por culpa de los recuerdos de una guardia, que había sido dura y bastante amarga.

—¿Has tenido una mala noche?

—No quisieras saberlo.

—Creo que no resistiría ni una noche aquí. No sé cómo lo haces.

Me encogí de hombros. Lo hacía, eso era todo.

—¿Tienes una idea real de lo que haces?

—¿Lo que hago?

—Jerónimo me ha hablado de tu trabajo. Yo no podría, yo simplemente me desmontaría de desesperación aquí mismo... y ahí estás tú, después de lo que probablemente han sido horas muy duras, dispuesta a ocuparte de tu hermano y decidida a acompañarme al Délice. Alexia, la verdad es que no me queda muy claro por qué has esperado hasta ahora.

¡Uauuuuu!

Me quedé mirándolo con los ojos abiertos de par en par. ¿Eso pensaba de mí?

—Gracias.

—¿Qué es lo que me agradeces?

—Lo que acabas de decir; has insinuado que soy fuerte y, si bien no lo soy, el hecho de que lo digas hace que...

Su mano izquierda tapó mi boca.

El perfume de su piel se metió por mi nariz. El calor de su piel contra mis labios, contra mi mentón y parte de mis mejillas hizo que sintiese que el resto de mi cuerpo se congelaba por la falta de contacto con su cuerpo.

—Si estos días tú eres yo, quizá yo pueda ser un poco tú. Ojalá pudiese. No me vendría nada mal. —Quitó su mano de encima de mí. Otra vez fue a decir algo, pero se detuvo—. Vamos, ocupémonos de Jerónimo.

—Sí. Claro.

\* \* \*

Llegamos a rayos X y al segundo apareció allí Jerónimo.

Leo no se apartó de mi lado en ningún momento. Permaneció allí junto a los técnicos mientras realizábamos las placas. Estuvo allí mientras le extraía sangre; me hizo gracia que apartase la vista, evidentemente ver sangre le impresionaba. Jerónimo se burló de él y Leo le contestó que le impresionaba ver sangre en jeringas, pero que no tenía ningún problema en ver la que pudiese sacarle a alguien con sus puños.

Se quedó a mi lado en silencio mientras medía la oxigenación en la sangre de mi hermano y le tomaba la presión arterial. Siguió de cerca mis movimientos sobre la espalda de Jerónimo mientras éste tosía respondiendo a mi petición.

Y, cuando acabé con todos los procedimientos y no quedó más que esperar los resultados, se ofreció a ir a buscar café y algo de comer para los tres mientras mi hermano y yo aguardábamos en el pasillo a que me trajesen las placas.

Por suerte su oxigenación era normal, sus pulmones no sonaban muy mal y, por lo demás, parecía estar bien. Quizá fuese solamente un resfriado o el comienzo de algo que, si todo salía bien, detendríamos a tiempo.

Leo regresó justo a tiempo con los tres cafés, y galletas, para ver conmigo las placas de los pulmones de mi hermano, las cuales, por fortuna, estaban bien.

—Ya ves, exagerabas.

—No exageraba, quiero que te hagas al menos dos nebulizaciones diarias. No cojas frío y, si empeoras, vuelve a verme.

Mi hermano bebió un sorbo de su café, poniendo los ojos en blanco.

—Todavía estamos pendientes de recibir los análisis de sangre.

Jero bajó su vaso.

—Estoy bien, Lexi. Seguro que fue el cambio de clima. Eso y la cajetilla de cigarrillos que me fumé en estos últimos días.

La cara de espanto de Leo fue peor que la mía.

—¿Es broma? ¿Tienes problemas de salud y fumas? —lo increpó Leo.

—¿Desde cuándo fumas? Jerónimo, no puedes hacerlo y lo sabes.

—No fumo. Ah, por favor, basta los dos, que no sois mis padres. Estaba cruzado, he tenido unos días un tanto complicados. Ni siquiera la acabé y ya la tiré a la basura. Cuando me empezó la tos, me deshice de los cigarrillos.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Sabía que montarías en cólera. Ya está, ¿sí? Ya los he tirado y no pienso comprar más.

El rostro de mi hermano se descompuso y eso me preocupó. Leo también estaba muy serio.

—¿Por qué estabas cruzado?

Jerónimo miró de reojo a Leo.

—¿Tenemos que hacer esto aquí, en público?

—Puedes confiar plenamente en Leo, como si fuera yo misma; él no dirá una palabra, créeme, puedes confiar en él tanto como en mí. —Porque ese día, más que nunca, éramos uno solo. Ese pensamiento me hizo sonreír ligeramente.

—Conocí a una chica en Estados Unidos. Estuvimos saliendo un tiempo. Me dejó.

Su confesión me dejó sin habla. Obviamente ésa no había sido una chica más.

—Por eso volví antes. Bueno, en realidad... no sé, quería regresar con ella y presentártela. Resulta que, para ella, yo estaba yendo demasiado rápido. —Mi hermano manoteó y apartó la mirada—. Pues eso, aquí lo tienes: le dije que la amaba y ella me contestó que iba demasiado rápido. Dije algo que debí decir y sentir tantas otras veces, y voy y se lo digo a la persona equivocada en el momento equivocado.

—Jero... lo siento.

Leo retrocedió un paso, apartándose de nosotros. Noté que tragaba, quizá con dificultad, puesto que su cuello, ya de por sí muy ancho, se ensanchó todavía más.

—Ya, no pasa nada. Tarde o temprano me olvidaré de ella. —Sacudiendo su cuerpo, mi hermano intentó quitarse de encima esa misma sensación de desasosiego que me invadía a mí y cambió la mueca en su rostro. Me sonrió e hizo una burla, aunque no logró convencerme—. Estoy en proceso de olvidarme de ella y, ahora que sé que mis putos pulmones están bien, me quedo más tranquilo. Debí darme cuenta antes, ella no entendía por qué debía cuidarme tanto, por qué tenía que tomar tanta medicación.

—Debiste decírmelo. —Mis ojos se llenaron de lágrimas. Busqué a Leo y, si bien estaba a pocos pasos de nosotros, parecía como si estuviese en otra galaxia.

Hubiese deseado poder extender un brazo y llegar a él. Mi brazo habría podido tocar su carne, pero no a él.

—¿Para qué? No tenía remedio. Nadie se muere de amor.

—Jero...

La pena me llevó por delante. Un corazón roto quizá no sea una condición clínica, pero podía doler como mil demonios y, de igual modo, llevarte a algo todavía peor que la muerte; o al menos se suponía que así debía ser.

Es imposible no reflejarte en lo que a otros les sucede, sobre todo cuando esos otros son tus seres queridos, las personas que aprecias.

Así, con su corazón roto y su endeble salud, envidié a mi hermano, puesto que él tenía algo que yo nunca tuve y que, en un futuro cercano, dudaba de que pudiese tener: un corazón roto de amor. El caso era que mi corazón no se partiría por la mitad si mi relación con Hugo terminase.

Resulta triste reconocer que tu amor no es de esos que pueden destrozar un órgano tan fuerte o importante.

Abracé a mi hermano y él se prendió de mí.

Leo desvió la vista hacia otro lado.

—Lo siento —susurré en su oído.

—Lo sé, gracias. Me daba vergüenza decírtelo.

Vergüenza... entonces fui yo la que apartó la mirada para no ver a Leo.

—A tu vida llegará alguien que sí te merezca, que sí te ame. Alguien que no rompería tu corazón por nada de este mundo. —Ojalá así fuese. Yo daría toda mi felicidad por él... qué no daría yo por mi hermano.

Me topé con Leo observándome, enseñándome una cara de aburrido y enojado, que no supe a qué atribuir.

—Sí, el amor de mi vida —lanzó Jerónimo, intentando sonreír al tiempo que me apartaba de su cuerpo.

—Sí, claro, por qué no.

—¿Tú crees en eso?

—Al menos quiero creer —admití. Cuando ves las cosas crueles que suceden en esta vida, necesitas aferrarte, del modo que sea, al menos a una ínfima idea de que esa noción de amor de los cuentos e historias bonitas puede tener un poco de cierta.

—¿Y tú?

Mi hermano disparó la pregunta en dirección a Leo y éste, para mi tristeza, negó con la cabeza. Había dicho que el amor no era lo suyo, pero pensé que simplemente lo había hecho para poner distancia entre nosotros; no creí que insistiría con ese vacío frente a una persona que hacía unos minutos acababa de declararse con el corazón roto.

—Tienes suerte. Así no te decepcionas.

—No digas eso, Jero. La vida no es así.

—Bueno, es real. Éste suele ser el resultado del amor.

Giré la cabeza con un movimiento tan seco para mirar a Leo que la vista se me nubló.

—Por eso tu hermano hizo algo que sabía que no debía hacer, algo que tiene claro que es perjudicial para él. Ese tipo de cosas son las que uno acaba haciendo en pos del amor.

—No siempre es así —repliqué. Su negación iba más allá de lo que imaginé que iría.

—Sí, suele ser así casi siempre.

—¿Y a ti quién te rompió el corazón? —le preguntó Jerónimo medio en broma, medio en serio—. Sí que debió de ser un amor memorable.

—No digas tonterías, Jerónimo. ¿Memorable? Por favor. Solamente prométele a tu hermana que no harás más estupideces. No puedes fumar porque una chica te haya dejado. Lo que se juega aquí es tu salud y tu hermana se preocupa mucho por ti. Ten un poco de consideración y actúa como el adulto que eres, ¿quieres?

Tanto Jerónimo como yo nos quedamos tiesos mirándolo. Esa mole de músculos que podía ejercer sobre una persona un efecto de seguridad y tranquilidad deseable era en ese instante una mole de hielo distante que le daba al mundo un aspecto todavía más árido, y a la vida, un sabor incluso más amargo.

—Debo irme ya. Jerónimo, ¿quieres que te lleve de regreso a tu casa?

—No, gracias. Creo que me iré con Lexi. Muchas gracias por traerme —contestó mi hermano en el tono más indiferente que le había oído jamás.

—No hay de qué. Me alegra que no haya sido nada serio. —Leo movió sus ojos hasta mí—. ¿Todo bien, entonces?

Asentí con la cabeza.

—Gracias por traerlo.

—De nada.

—Y por quedarte con nosotros.

—No hay problema.

Los tres nos quedamos en silencio.

—Bien. Os dejo ya.

—Gracias —repetí como una autómatas.

Sin pronunciar ninguna otra palabra, Leo dio media vuelta y se alejó por el pasillo.

—Ese sujeto es muy extraño.

—Sí, quizá. Debiste contarme lo de esa chica.

—Fue una tontería, no me hagas caso. Se me pasará. Lamento haberte asustado. He sido un idiota. No creí que me afectara tanto. Supongo que me equivoqué; no debí hacerme tantas ilusiones.

—Hacerse ilusiones no está mal.

—Sí cuando sabes que te haces ilusiones con la persona equivocada. Yo sabía que no era eso lo que ella quería, igual fui de frente, derecho y a toda velocidad a estrellarme contra un muro de cemento.

Mi hermano no pudo ser más directo.

Mis entrañas se retorcieron sobre sí mismas.

—De todo se aprende, ¿no?

Tragué saliva.

—Sí, supongo que sí —respondí.

—Podemos ir a tu apartamento. No quiero ir a casa ahora.

—Claro, no hay problema.

—Gracias.

—De nada.

—El tipo está loco, pero fue un alivio que viniese a por mí. Tenías razón, mamá podría haber estado en casa y...



—Ya está, Jero, no pasa nada. No pienses más en eso. —Necesitaba dejar de pensar en Leo, al menos dentro del contexto de mi vida real. Leo en el Délice, evidentemente, era algo muy distinto.

Jero me miró y sonrió, y así él dejó a Leo atrás. A mí me costaría un poco más que eso.

### 13. Juntos en el lado oscuro

—Hola, amor —exclamó Hugo al verme entrar. Llevaba una sonrisa gigantesca en los labios y yo no supe de dónde sacar una para retribuirle el gesto. No es que me faltasen motivos para estar feliz, para sonreír, es que la persona que en esos días provocaba que me diesen ganas de sonreír (también de llorar, de gritar y de correr hasta que las piernas me fallasen debido al agotamiento) no estaba allí.

Leo se había ido, no tenía ni idea de a dónde; lo más terrible de su huida es que se llevó consigo mi núcleo; mi mundo ya no tenía masa y flotaba perdido como un asteroide en el universo. De cualquier modo, ese resto de un planeta que un día brilló de manera tenue en el firmamento no dejaba de ser potencialmente mortal. Los asteroides pueden chocar sobre la Tierra con la potencia de cientos de bombas atómicas, y eso temía hacerle a Hugo.

Un meteorito mató a los dinosaurios y después llegamos nosotros; sin embargo, temía que en Hugo, después de mí, no quedase vida.

Éste saludó a Jerónimo. Los observé preguntándome si Hugo comprendería lo que yo hacía por esos días y mis razones. Bien, en realidad mis razones no estaban claras; las necesidades no siempre tienen un motivo identificable a simple vista, y muchas veces esos motivos ni siquiera son coherentes.

¿Qué sería de nosotros, qué sería de mí, cuando Leo regresara a Canadá?

—¿Cómo estás, cariño?, ¿qué tal te ha ido? —quiso saber tras darme un rápido beso sobre los labios.

—Ha resultado una guardia complicada. —A Hugo no le gustaba que le dijese que alguno de mis pacientes había muerto en mis manos, por eso callé el amargo recuerdo que no quería abandonarme.

—Tienes que dejar esas malditas guardias de una vez. ¿Cuántas horas has trabajado? Es inhumano. Mira la hora a la que llegas a casa. ¿Trabajas esta noche también?

Era la millonésima vez que teníamos esa discusión y me molestó. Debí de poner mala cara, porque Jerónimo salió a mi rescate.

—Alexia llega tarde por mi culpa; he pasado por su trabajo y nos hemos entretenido mucho. Necesitaba pasar un rato a solas con mi hermana. Teníamos cosas de qué hablar. Supongo que lo entenderás.

Aquello no era la verdad, sino solamente una aproximación a la que se le habían perdido un par de datos por el camino. Por el momento sería toda la verdad que Hugo sabría.

Hugo miró a Jerónimo y después a mí; dudaba.

—¿Tienes guardia esta noche otra vez? —disparó en mi dirección.

—Sí. Regresaré temprano, no te preocupes. —Iría al Délice igual que la noche anterior y después cumpliría con mi guardia. Si seguía a ese ritmo era probable que no tuviese de qué preocuparme, porque, cuando Leo se montase en el avión rumbo a Canadá, nada quedaría de mí. Los efectos secundarios del cansancio se hacían sentir. Empezaba a ver las cosas más negras de lo normal y únicamente me apetecía encerrarme en el cuarto, de ser posible meterme en la cama y esconderme debajo de las mantas hasta la noche, hasta la hora de ser libre de nuevo, de olvidarme del mundo y de Alexia.

A Hugo no le satisfizo mi respuesta.

—¿Has hablado con Bárbara al menos?, por lo de la cena, digo. Me gustaría organizarme para llamar a Leo e invitarlo. Se va en unos días y no quiero perder la oportunidad.

Jero dirigió sus ojos en mi dirección. Para evitar que dijese algo inconveniente, disimuladamente le clavé dos dedos en la cintura.

Lo vi despegar los labios para cerrar la boca casi inmediatamente.

—Sí, hemos quedado en que la llamaría para concretar.

—¿Te ha dicho que sí?

—Sí, ha dicho que sí.

—¡Perfecto! ¿Mañana por la noche tienes guardia?

Hugo sabía que no, que los martes por la noche cambiaba la guardia con una compañera para cubrirla yo el miércoles durante el día.

—No, Hugo, mañana por la noche estoy libre. —Ojalá no lo estuviese; lo que menos me apetecía era poner a Bárbara frente a Leo.

—Estupendo, la invitaré. Tengo su número; no te preocupes, yo la llamaré. Esperemos que no esté ocupada.

—No creo; hasta donde sé, no tiene guardia los martes.

—Genial. Dudo de que Leo tenga algo que hacer, así es que, en cuanto ella me dé el «ok», telefoneo a Leo y lo invito. Tú no tienes de qué preocuparte, lo organizaré todo.

—Claro —contesté en voz baja. Seguro que no tenía nada de qué preocuparme, por eso tenía un gran nudo en mis tripas.

Jerónimo, a mi lado, continuaba en silencio.

—¿Tenéis hambre? Iba a prepararme un café. ¿Merendáis conmigo?

—Sí, yo te acepto un café.

—Genial. Amor, ¿te preparo un café o un té? Esta mañana he ido a buscar cosas ricas a la pastelería. ¿Te apetece?

A veces lo que menos necesitas es que alguien se comporte de manera adorable.

—Sí, claro. —De un recóndito rincón de mi interior, saqué una media sonrisa.

—De acuerdo; poneos cómodos, que en seguida regreso con todo.

Jerónimo ni siquiera le dio tiempo a Hugo a terminar la frase para desparramarse en uno de los sofás.

En cuanto Hugo se alejó unos metros rumbo a la cocina, fui a acomodarme junto a mi hermano. Levanté sus pies y me senté en el almohadón donde los había apoyado. Puse sus pies sobre mis piernas.

—¿Puedo preguntar?

—Preguntar qué, Jero.

—¿No sabe que su amigo Leo ha pasado a por mí para proteger mi secreto de mamá y papá o por otro motivo? No es que esté pensando mal de ti, no pienso mal. No tengo por qué pensar nada, es que...

—En parte por ti y en parte por otras razones. Razones que Hugo no comprendería.

—Yo no soy Hugo, soy tu hermano.

—Sí, lo sé.

Jerónimo se quedó mirándome.

—No es lo que te imaginas. —Dudaba mucho de que a mi hermano pudiese ocurrírsele lo que en realidad sucedía.

—No sabes qué es lo que imagino.

—Además, no me gustaron algunas cosas que Hugo dijo sobre Leo. Bueno, no es que dijese algo malo, fue el modo...

—Que no soy Hugo, Lexi.

—Sí, lo sé.

—No estás bien con Hugo, ¿no es así?

—Creo que no estoy bien conmigo misma, Jero, y por tanto se me hace un poco difícil estar bien con el resto del mundo.

—¿Por qué estás así?

Di la respuesta más infantil que podía dar: me encogí de hombros.

—¿Desde cuándo estás así? ¡Y te preocupas por mis putos pulmones!

—Nada de lo que suceda hará que dejes de ser mi hermano. Eres mi hermano y me preocupo por ti.

—Sí, pero hay otros médicos que pueden verme. Está Bárbara.

—Hazme el favor de no nombrarla, ¿quieres? Sí, hay otros médicos, pero yo soy tu hermana.

—Por eso, porque médicos hay a patadas, pero hermana tengo sólo una. ¿Estás enamorada de Leo?

Ante la pregunta formulada por mi hermano con el rostro muy serio, me carcajeé. No fue mi intención, es que me hizo gracia. No se trataba de amor y por eso era peor... si es que era mucho más fuerte, y potencialmente más nocivo también, y ni siquiera tenía que ver con el sexo. Era todo lo que aglutinaba esas situaciones que compartíamos, era el que me llamase *compañera* y el que yo me pusiese en su lugar.

Negué con la cabeza.

—Sabes que no lo necesitas, ni a él ni a Hugo, ¿no es así? Eres mi hermana, la que siempre ha cuidado de mí, la que cada vez que he tenido una crisis, allí ha estado para coger por los cuernos la situación sin importar cuán horrible fuese. ¿Quién ha mantenido la cabeza clara para decidir o para resolver? Ésa siempre has sido tú. —Hizo una pausa—. Lamento lo de ese niño de hoy. No soy muy creyente, pero... eso jamás está por completo en tus manos. Sé que crees que sí, pero no; eres humana y nada más.

—Jero... —El cansancio, mi situación general y las palabras de mi hermano estaban a punto de hacerme llorar.

—Controlas muchas cosas, decides en infinidad de situaciones de tensión. Sería bueno que te tomaras un momento de calma para decidir sobre tus asuntos.

—¿Cuándo han cambiado los roles entre nosotros? —solté medio en broma, medio en serio.

—Acaban de cambiar, porque creo que lo necesitas. Lo noté el viernes por la noche, aquí. Te quedabas con la mirada perdida. Se lo adjudiqué al cansancio. Ahora sé que no es eso, no al menos en su totalidad.

—No, no lo es.

—Puedes contármelo cuando quieras. Sé que a veces me comporto como un idiota, pero tú y yo —nos señaló por turnos—... tú y yo hasta el final. Sabes que haría cualquier cosa por ti, ¿lo tienes claro, no?

—Sí, lo sé. —Abracé sus tobillos—. Gracias.

—Sé que he dicho que Leo está desquiciado; en realidad no creo que sea un mal tipo... aunque seguro que tiene sus cosas, eso no lo dudo.

—Todos tenemos nuestras cosas.

—Siempre y cuando te haga bien, por mí está bien; sin importar lo que sea, Lexi. Me estiré y tendí mis brazos en su dirección. Mi hermano se movió un poco para completar nuestro abrazo.

—De vez en cuando viene muy bien cometer unas cuantas estupideces —soltó en mi oído, riendo.

—Imagino que así es.

Me estrechó contra su cuerpo.

—Gracias por guardar el secreto.

—A mí solamente me deja tranquila que te encuentres bien de salud. No importa nada más. Más te vale no volver a fumar, sino seré yo quien arruine tu salud. O se lo pediré a Leo —bromeé—, ya has visto el tamaño de su espalda y sus brazos.

Jero rio.

—Sí, difícil pasarlo por alto.

Besé su mejilla y lo aparté de mi lado.

Cambiamos de tema y a los pocos minutos llegó Hugo con la merienda.

Tomé un café y comí suficiente azúcar como para darles energía a cincuenta caballos de carrera; de nada sirvió, creo que Jero y Hugo conversaban sobre un nuevo ordenador que quería comprar mi novio para trabajar cuando caí dormida. Mi cerebro se apagó y ya no supe nada de nada.

\* \* \*

Abrí los ojos. A mi alrededor reinaba la oscuridad. Alguien me había cubierto con una manta y debajo de ésta intenté estirar mi cuerpo, entumecido por dormir en el sofá. No dio demasiado resultado; llevaba bastantes días sin ir al gimnasio y lo notaba.

De haber ido, en ese estado, no hubiese podido hacer demasiado, pero el hecho de salirme de un modo tan alevoso de toda mi rutina me hacía sentir descontrolada e inestable.

Un suspiro largo liberó otro trozo de la antigua Alexia, a la que salirse del camino delimitado le hubiese parecido simplemente imposible.

Aparté la manta de encima de mí y me senté. Noté que el aire olía a cebolla frita. Mi reloj marcaba las ocho y veintidós. Hugo debía de estar preparando la cena.

Me sentí la peor basura; él creía que yo empezaba la guardia temprano y, en vez de eso, me iría al Délice con Leo.

Quizá muchas veces debí sentirme la peor basura por ponerme a mí misma en segundo lugar, como había hecho tantas veces, demasiadas, sobre todo en ocasiones en las que no debí hacerlo, en las que era importante pensar en mí primero por más que eso sonase muy egoísta.

De todas formas, nada justificaba eso; el caso es que no podía parar, no quería parar. Recordé la noche anterior y todo mi cuerpo se llenó de Leo. Me moría de ganas de regresar al Délice.

En alguna parte, comenzó a sonar el tono de mi móvil. Era un mensaje.

Salté del sofá. Mi teléfono debió de quedar dentro de mi bolso, pues cuando llegué apenas si atiné a quitarme el abrigo.

De entre todas las porquerías que llevaba en mi bolso, pesqué el aparato cuando sonaba por segunda vez. Dos mensajes.

Desbloqué la pantalla.

Dos mensajes de Leo.

¿Te veo a las diez en el lugar de siempre?

Eso ponía en el primero. ¿Y todavía insistía en preguntármelo? ¿Tanto le costaba comprender que yo estaba metida en esto hasta el cuello?

-Dime que vienes. Te juro que no te arrepentirás. Preparé una noche increíble para ti. Para los dos.

Mis dedos se movieron solos sobre el teclado.

-A las diez donde siempre. Y deja ya de preguntarme si voy o no. Ya me he pasado al lado oscuro.

Me sentí tentada de ponerle un «ja, ja, ja» o caritas riendo a carcajadas, pero me contuve.

La respuesta de Leo llegó en seguida.

-Juntos en el lado oscuro. Te veo en un rato. Espero que hayas podido descansar un poco, lo necesitarás para esta noche.

En ese momento me dolía todo y estaba tan agotada como cuando llegué del hospital, pero tenía la sensación de que todos mis males se esfumarían en cuanto pusiese un pie en el Délice.

-Acabo de despertarme. He dormido un buen rato.

Le contesté deseando verlo ya mismo, estar ya mismo en el Délice con él.

-Ok, compañera. Nos vemos.

Su «nos vemos» terminó de espabilar mi cerebro y también mi cuerpo.

-Nos vemos.

Después de mi respuesta, mi móvil quedó mudo. Lo puse a cargar y fui en busca de Hugo. Lo encontré en la cocina, preparando la cena.

Charlamos un poco, como siempre, de cosas banales; el caso es que mi cabeza no estaba para más, suficiente tenía con intentar controlar mi cuerpo, deseoso de lo que le habían augurado para esa velada.

Hugo se quedó en la cocina terminando la cena y yo fui a ducharme.

Cenamos juntos y luego él se fue a trabajar y yo, a vestirme. Quería ponerme un vestido que era demasiado sexy para ir a trabajar, así que tenía pensado disimularlo con mi abrigo hasta salir de casa.

Eso hice. Me enfundé el vestido púrpura y los zapatos; me maquillé un poco y dejé mi cabello, recién lavado, suelto.

Metí ropa más cómoda en una bolsa, me cubrí con el abrigo y me despedí de Hugo apenas conteniendo el entusiasmo.

\* \* \*

Igual que si hubiésemos hecho eso un centenar de veces, Leo encendió las luces del interior de su automóvil; éstas le iluminaron el rostro, hicieron resplandecer sus ojos azules y luego se extinguieron regresando a la oscuridad del interior de la cabina del coche.

La puerta del lado del acompañante fue abierta desde dentro.

Un cosquilleo que nació en mi nariz, pasó a las plantas de mis pies e invadió mi abdomen me demostró lo mucho que todo mi ser esperaba ese momento. Una cosa es desear algo; otra, necesitarlo. Y si además lo deseas y lo necesitas...

Abrazando la bolsa en la que tenía la ropa para cambiarme cuando fuese hora de volver a la realidad, me lancé al interior del automóvil.

—Hola, compañera —me saludó entusiasta.

—Hola, compañero.

—¿Lista?

—A lo que sea que tengas preparado para esta noche —contesté enarbolando una valentía que no era así de valiente. Sin embargo, de todas formas no pensaba dar marcha atrás.

—Perfecto, porque hoy te liberarás por completo. Bueno, eso si estás tan dispuesta...

—¿Qué has planeado?

Leo puso el motor en marcha.

—Ha habido un ligero cambio de planes: no me verás esta noche, lo dejaremos para otra ocasión. Esta noche ampliaremos tus horizontes.

—¿Eso qué significa?

—Anoche el centro de atención fuiste tú, hoy será distinto. No por eso lo disfrutarás menos, sino todo lo contrario; el caso es que será como una noche normal. Ayer fue nada más que el precalentamiento, para que perdieras la desconfianza. Hoy habrá otras personas involucradas. Eso si te parece bien.

—Sí, supongo que sí. ¿Las has elegido tú? A esas otras personas, digo.



—Sí, así es. Estarán Doménico y Daniel. A ellos ya los conoces, y me ha parecido importante que también esté allí para ti... —Leo se detuvo durante un par de segundos, para concentrarse en el tráfico.

—¿Quién más? ¿Acaso Bianca y Rafael?

—Bueno, no, ellos no. Volverás a verlos, pero no hoy. Ya te hablaré de ellos.

Volvió a enmudecer. ¿A qué le daba tantas vueltas?

Mi corazón se puso a latir con fuerza. ¿Entraría él conmigo en la sala? Sentí que enloquecería de ganas y de deseo.

—¿Te incomodaría que participase una mujer?

—Nunca he estado con una mujer.

—Tranquila, Alexia, respira. No es que tenga intención de cambiar tu orientación sexual y la verdad es que eso no depende de si pasas una noche con una mujer, ni siquiera de si te gusta. Es solamente sexo, no lo olvides. De cualquier modo, tanto da, aquí ni siquiera cuenta mucho el término bisexual. La gente que va al Délice tan sólo disfruta del sexo; es eso, sexo sin etiquetas. Placer.

—Estoy respirando. —Mentira, había estado conteniendo el aliento—. No sé, es que yo no...

—¿Qué es lo que te da miedo o te molesta?

—Nada más que lo desconocido, eso es todo.

—¿Lo desconocido? —Leo me sonrió—. Presta atención: no sucederá nada que no quieras que suceda. No tienes que hacer nada que no quieras; sin embargo, te sugiero que aceptes lo que ella quiera darte. De entrada, es un buen primer paso. Y luego quizá le pierdas el miedo a lo desconocido. Después de todo, ya lo has dicho antes: también te has pasado al lado oscuro. Y si no quieres más que eso, o después de esta noche no quieres a una mujer presente, ningún problema.

—¿Quién es ella?

—Bueno, son *ellas*, no ella, en realidad.

—Ah, bien. —No supe qué más añadir.

—Red y Velvet son de mi entera confianza.

—¿Red y Velvet? ¿Es broma? Suenan como nombres de...

—No sigas —soltó interrumpiéndome. No sólo su voz me demostró su enfado, también su rostro—. Es obvio que no son sus nombres verdaderos; no obstante, te sugiero que no te atrevas a juzgar antes de tiempo. Tanto Red como Velvet son dos personas de remarcable entereza, dos personas muy inteligentes que, por moverse en el ámbito público, decidieron conservar sus nombres en el anonimato. Muchos de nosotros sabemos quiénes son en realidad y qué hacen; dentro del Délice se las ha aceptado de este modo. Es cierto que no es una forma de proceder habitual, pues no se les permite a los que allí asisten utilizar apodos o pseudónimos, pero ambas son invitadas especiales de Daniel.

—¿Es la primera vez que van al Délice?

—No, no es su primera vez, las conozco a ambas. No son de aquí. No te preocupes, dominan el español a la perfección.

—¿Has estado con ellas? Espero que no te moleste que te lo pregunte.

—Sí, Alexia, por eso les he pedido que estén contigo, porque las conozco y confío en ellas.

—Bien.

—Bien.

Nos quedamos en silencio un instante. Observé las calles que pasaban por mi lado de la ventanilla, ya conocía el camino de memoria.

—Sabes que si no quieres...

—No es que no quiera. Es que... ya sabes.

—Sí, lo sé. No lo pienses tanto. Si al estar allí con ellas no te sientes cómoda, no tienes más que decirlo. Nadie se ofenderá por eso.

—No quiero que piensen que me parece mal lo que hacen.

—Saben que no es así. A mí tampoco me va todo, Alexia. Ya te expliqué que tengo mis límites con los hombres también. Cada cual tiene sus gustos y eso es respetable.

Sonreí. Hablar en estos términos no era muy normal para mí.

—¿Qué?, ¿de qué te ríes? ¿He dicho algo gracioso? —preguntó sonriendo también. ¡Por Dios, qué sonrisa más hermosa tenía!

—No, es que no puedo creer que esté hablando de estas cosas así.

—¿Hablar? Apenas si dices algo. A ver, hagamos una cosa.

—¿Qué quieres hacer?

—Que repitas detrás de mí. Di «voy a follar hasta reventar esta noche». —Se carcajeó y yo también.

—¿Para qué quieres que diga eso? —solté entre risotadas.

—Porque te cuesta hacerlo. Anda. Atrévete. Te ríes, pero no sé si eres capaz de decirlo.

—Es una tontería.

—Y aun así no lo dices. «Voy a follar hasta reventar.» Dilo. Vamos. Si no lo repites aquí conmigo, bajaré la ventanilla y te obligaré a gritarlo a los que pasan por la calle.

Reí todavía más.

—Vamos, cobarde. Gritalo. ¡Voy a follar hasta reventar! —gritó desgañitándose.

Empezaron a dolerme las mejillas de tanto reír.

—Tu turno.

Creo que, por esa sonrisa y esa mirada que me dedicó, me hubiese arrojado de un décimo piso sin pensarlo.

Junté aire.

—¡Voy a follar hasta reventar! —solté a todo pulmón, tan fuerte que hasta tuve que cerrar los ojos del esfuerzo al que sometí a mi garganta. Las ventanillas estaban cerradas, pero estoy segura de que, si había alguien en la calle, me oyó igual.

Su risa curó cualquier vergüenza.

—¡Me gusta que me lo chupen!

—¡¡Leo!! —chillé sin poder parar de reír.

—¿Te gusta o no? ¡Gritalo!

—Esto es infantil. —Lo era, y a pesar de eso tenía esa estúpida sonrisa en mis labios y estaba a punto de ponerme a llorar de la risa.

Me cubrí el rostro con ambas manos y negué con la cabeza.

—Vamos, sé que es una tontería, pero una vez que lo digas te sentirás mejor. ¡Hazlo!

Destapé mi rostro; allí estaba el suyo, tan lleno de energía, tan delicioso de observar.

—¡Me gusta que me lo chupen! —chillé, y acto seguido solté un grito de entre liberación e incredulidad.

Para celebrarlo, Leo hizo repiquetear sus manos sobre la parte superior del volante.

—A ver si así hablar del sexo te cuesta menos.

—¿Y dónde has aprendido tú estas técnicas?, ¿acaso las tienes estudiadas?

—Ni de casualidad. Improviso sobre la marcha. Llevaba mucho tiempo sin improvisar nada y siento bien hacerlo. ¿Y tú?

—Yo, ¿qué?

—¿Cuánto tiempo llevas sin improvisar?

—¿Treinta segundos?

Leo me dedicó una sonrisa ladeada.

—Desde antes de pedir mi deseo... —inspiré hondo—... una eternidad.

—Bueno, en eso coincidimos.

—No te creo.

—Pues comienza a creerlo.

—Sí, pero ya tenías esta vida.

—Sí, ¿y?

—Ok, creo que entiendo tu punto de vista.

—No creas que me paso la vida arrastrando al lado oscuro a mujeres que apenas conozco. Bueno, ahora a ti ya te conozco.

Caímos en el silencio.

Quedaba muy poco para llegar al Délice.

—¿Por qué lo haces? ¿Por qué haces esto por mí?

Meneó la cabeza sin despegar la vista del camino.

—No lo sé. ¿Y tú?

—No podía seguir como estaba. O quizá sí. El caso es que no creo querer seguir como antes.

—Es un buen motivo.

—Leo.

—¿Sí?

Me miró a los ojos.

—Ojalá yo pueda hacer algo por ti. Gracias por esto.

Contestó con una sonrisa y volvió a concentrarse en la conducción del automóvil.

No tardamos ni diez minutos más, desde su silencio, en llegar al Délice.

En el coche de Leo dejé la bolsa con mi ropa.

A la par, descendimos del vehículo. Él no tenía motivos para dudar y yo había perdido todos los míos hacía un rato. Nunca antes como en ese instante me había sentido más junto él, y no solamente porque caminásemos codo a codo. Nada tenía

que ver con un lugar físico y sí, más bien, con algo mental, con eso que no se puede palpar pero que, sin embargo, se siente en la punta de los dedos, en el pecho, en la frente, en eso que te hace andar con la cabeza erguida.

Abrieron la puerta del Délice para mí y al segundo me sentí crecer o quizá como si volviese a ocupar hasta el último rincón de mi cuerpo con todo mi ser, adueñándome del lugar que me correspondía. Qué mejor que conquistarte primero a ti mismo para después intentar conquistar el mundo, y no para reinar, sino simplemente para buscar tu lugar, para declarar «aquí me alzo yo, ésta soy yo». Pues eso mismo sentí que me sucedía cuando quedé rodeada de toda la gente que llenaba el Délice; allí estaba yo y ése era mi sitio.

—¡Alexia, Leo! —Daniel nos llamó desde la barra; allí se encontraba en compañía de Doménico.

Leo acabó de ayudarme con mi abrigo.

Allí dentro hacía calor pero, aunque no lo hubiese hecho, verlos hizo arder mi piel.

Decir que semejante reacción de mi cuerpo me sorprendió es poco. Me declaré oficialmente perdida. Y la verdad es que no me importó demasiado aceptarlo.

Con mi abrigo y mi bolso colgando de un brazo y la mano de Leo sobre mi cintura, avanzamos juntos hasta ellos.

—Es magnífico volver a verte, Alexia —entonó Daniel al saludarme con un beso en la mejilla.

—Gracias, Daniel; a mí también me alegra estar aquí otra vez.

—¿Alegra? —disparó Doménico bajando del taburete para aproximarse a mí—. Estábamos deseosos de este reencuentro. —Estampó un beso en cada una de mis mejillas—. Sé que no hablo sólo por mí cuando digo que todos nos quedamos con ganas de más, más de ti, más de todos juntos. Entre esos que se quedaron con gusto a poco, cuento a Leo.

—No lo negaré. Resolveremos eso esta noche, ¿no es así, Alexia?

—Así parece.

Daniel sonrió complacido.

—¿Le has hablado de Red y Velvet?

—Sí. Alexia...

Asentí a las palabras de Leo con un parpadeo.

—Así es. —Dudé por un fugaz instante—. Nunca he estado con una mujer, pero Leo me lo ha sugerido y confío en él.

—Puedes hacer más que confiar en él —comenzó a decir Doménico—. Yo aquí dentro, a este hombre, le entregaría mi vida. —Golpeó a Leo en el hombro—. Sí que sabe lo que hace.

Los tres hombres rieron.

—¿Nos acompañarás, Leo? —quiso saber Daniel—. Dijiste que lo pensarías.

—No, esta noche no, Daniel. Red y Velvet ya saben que estaré fuera y les he explicado cómo funcionará lo que suceda en la sala. Las dos están de acuerdo. Por cierto... —buscó a su alrededor —... ah, allí están. —Leo le hizo un gesto a alguien

con la mano. El Délice estaba muy concurrido y en un principio no alcancé a ver a las receptoras de su saludo. Ese hecho no tardó nada en subsanarse. Hubiese sido imposible no verla, no verlas a ambas.

Hay personas que llaman la atención por su belleza, personas que sabes que arrastran miradas e inspiran pasiones, personas sobre las que piensas que deben ser modelos o actrices, ese tipo de cosas para las que hoy por hoy se aplica la belleza.

Luego hay ese otro tipo de personas que ni siquiera necesitan tener un color de ojos fuera de lo común, que no importa si tienen una piel perfecta o si su cabello resplandece como recién salido de una publicidad de productos para el pelo. Ese tipo de gente puede ser hermosa o no, eso no es lo esencial; lo esencial es que cierto tipo de seres humanos en este mundo, seres humanos como Leo, son imanes, pero no por su imagen, sino por lo que llevan dentro.

Así eran ellas.

Resultaba más que obvio que Red debía ser esa mujer de cabello rojo furioso que avanzaba en nuestra dirección acompañada de otra de cabello azabache y largo como una cortina, y una piel un tanto olivácea que, así como sus rasgos, insinuaba su procedencia hindú. Ambas iban vestidas con elegancia, aunque por su forma de andar bien hubiesen podido llevar harapos que igual hubiese parecido que vestían de diseñador. Es que la elegancia la tenían en el ángulo de los hombros, en lo erguido de sus espaldas y en el movimiento de sus piernas y brazos.

La mirada de Red se cruzó con la mía. Sus ojos, de tan claros, eran prácticamente transparentes, como el agua del Caribe. Su piel, de haber sido más blanca, habría sido luz.

Me sonrió.

En mi vida había visto a alguien con tanto magnetismo.

Velvet también movió sus ojos negros hasta mí. Una pantera; no se me ocurrió otro modo de describirla.

—Buenas noches —nos saludó Red para comenzar a repartir tres besos en las mejillas a todos los presentes, por último me dejó a mí—. Hola, Alexia, soy Red. Es un placer conocerte. —Tendió una de sus delicadas manos en mi dirección. En el dedo anular llevaba un anillo, con lo que a todas luces era un brillante y no precisamente uno pequeño.

Por su acento pensé que debía de ser rusa o quizá de algún otro país de Europa del Este.

—El placer es mío. —Nos dimos la mano.

Red recorrió mi cuerpo con su mirada y se hizo a un lado.

—Buenas noches, Alexia; soy Velvet. —La mujer de cabello negro me saludó inclinando la cabeza.

—Hola, es un placer.

—No todavía —me contestó ella regalándome una sonrisa que hizo que experimentase cierto cosquilleo entre las piernas.

—Bien, aquí estamos todos. Leo, como siempre, es un placer verte.

—Gracias por acceder a esto, Red; gracias a ti también, Velvet.

—Es difícil negarte algo, Leo.

Ante las palabras de Velvet, Doménico soltó una carcajada.

—Bueno, bueno, que me pondré celoso. No olvidéis quién trajo aquí al *golden boy* —soltó Doménico a modo de broma.

—Cariño, no tengas pelusa —Velvet se colgó del cuello de Doménico con un brazo, y su otra mano se prendió de la entrepierna de éste—, ya sabes que me fascina estar contigo.

—Estos hombres, aquí, son muy requeridos, Alexia —explicó Red—. Es una pena que Leo no nos acompañe. —Giró la cabeza en dirección al aludido—. ¿O quizá tenemos la suerte de que hayas cambiado de parecer?

—No. Esta noche seréis vosotros cinco, tal como acordamos.

—Espero que lo demás también se concrete.

—Sí, Red, yo también lo espero. Lo discutiremos más tarde.

Quedarme fuera de esos planes que suponía que ellos habían arreglado encendió la mecha de los celos dentro de mí. El caso es que Red estaba parada demasiado cerca de Leo.

—Te extrañaremos dentro de la sala, Leo —comenzó a decir Velvet—. De todas formas, nos esforzaremos por darte una buena noche. Me entusiasma tenerte en la salita contigua observando. Creo que eso no lo habíamos hecho nunca.

Leo negó con la cabeza.

—A mí también me encanta mirar —acotó Velvet—, pero esta vez, realmente, prefiero estar dentro de la sala. —Sus ojos se clavaron en mí. Dentro de mi cabeza exclamé un sonoro «¡mierda!». Velvet no tenía ningún propósito de disimular sus intenciones. Su mirada fue más o menos como el «follar hasta reventar» y «me gusta que me lo chupen» que habíamos gritado Leo y yo dentro de su automóvil.

—Bueno, la verdad es que empiezo a sentir que aquí sobro —gimió Doménico poniendo cara de cachorrito apaleado.

—Nada de eso. Alexia seguro que te quiere allí —palmeó la entrepierna de Doménico—. ¿No es así, Alexia? Esto de aquí no es para despreciar. Este hombre sabe muy bien lo que hace. Y con esa boca y esas manos, ni te cuento. Con sólo pensarlo... —Velvet se mordió con fuerza el labio inferior.

Velvet no era la única que, con sólo imaginarlo, se excitaba. Mis recuerdos de la noche anterior estaban demasiado frescos. Mis pezones se pusieron duros y mi sangre se licuó para circular a toda velocidad por mis venas.

—¿Alguna vez has estado con una mujer, Alexia?

La interesada era Red, quien me observaba igual que si me hubiese preguntado si prefería las fresas o el chocolate.

—No.

—Bueno, me ofrezco para enseñarte lo que te pierdes. Nada como una mujer para saber lo que quiere otra mujer.

—Vamos, damas, que si seguís así nos bajaréis la moral a los tres —soltó Daniel muy divertido.

—Son cosas distintas. Vosotros hacéis muy bien lo que hacéis, pero una tiene sus trucos.

—Tramposa —entonó Doménico con una sonrisa.

—Y bien, Alexia, ¿qué dices?, ¿quieres intentarlo? —Velvet me miró, luego mis ojos fueron alcanzados por los de Leo.

Asentí con la cabeza.

—¡Magnífico! Después Doménico puede tenerte. Que este hombre, si no, lo acapara todo siempre. Todo para él, todo para él... —canturreó en un tono sexy.

—Mentira, sí soy muy dado a compartir.

Todos rieron.

—A ver... y yo, ¿qué? ¿Para mí no hay nada? Leo, ¿ves lo que has hecho? Soy el dueño de este local y nada queda para mí.

—¿Velvet?

—Sí, Leo. Lo atenderé. Pobre. ¿Qué os sucede a todos hoy, que estáis tan necesitados?

Velvet y Leo volvieron a reír.

—Para mí que la culpa es de Alexia —bromeó Red—. Es que a todos nos entusiasma tener a alguien nuevo en el grupo —me dijo directamente a mí.

—Sí, eso es cierto —convino Daniel, y los demás asintieron con la cabeza.

—Es un placer poder descubrir a un principiante.

—Un placer impagable. Es como descubrir un mundo nuevo. Es un mundo nuevo —comentó Leo mirándome únicamente a mí.

—No sé vosotros, pero yo ya estoy más que listo para entrar en la sala.

—Y yo, Doménico —convino Daniel—. Red y Velvet llevan aquí un rato y ya han tenido oportunidad de beber una copa y conversar con los presentes. ¿Quieres algo de beber, Alexia, o pasamos a la sala? ¿Leo?

—Lo que Alexia prefiera. Por mí podemos pasar en este instante.

No necesitaba ninguna anestesia ni tampoco algo que me diese valor o energía, porque ya lo tenía todo dentro de mí y quería percibirlo absolutamente todo, de modo que, de anestesia, nada.

—No, estoy perfectamente. Podemos pasar ahora.

## 14. Cuanto más coraje tengas, más verás

Lo que sentí mientras caminaba por el pasillo, codo a codo con Leo, era una mezcla entre lo que puede sentir una de las modelos mejor pagadas del planeta al caminar por la pasarela y lo que debe de sentir un condenado a muerte de camino a la inyección letal. La amalgama era una experiencia única: caminar como si fuese capaz de ver por encima de las cabezas de todo el mundo y palpitando dentro de mis venas el terror a lo desconocido; me daba la impresión de que la humanidad quería hacerse con trozos de mí para exponerme.

Ambas reacciones eran en extremo ridículas, sin embargo nadie te enseña cómo debes sentir en cada momento de tu vida, algunas cosas no te queda más remedio que aprenderlas gracias a la experiencia. A veces se tiene la suerte de tener a alguien que ya cuenta con ella, y eso me sucedía a mí con Leo, pero no me atrevía en ese instante a preguntarle nada, pues a nuestro alrededor había demasiado público.

—¿Respiras?

Giré la cabeza en su dirección y automáticamente una sonrisa afloró en su boca.

—Más o menos —contesté riendo debido a los nervios.

—Te juro que no tienes nada que temer. No al menos de los demás. De ti misma, ya es otro asunto. No es lo que los demás puedan hacer, sino lo que tú puedas hacer, ¿no es así? —Realizó una pausa—. ¿Qué ocurre si también disfrutas al estar con ellas? —Con la cabeza, apuntó en dirección a Red y a Velvet—. ¿Eso sería tan terrible? Es hora de que dejes de dar vueltas a tu alrededor y te metas en tu cuerpo de una vez por todas y, sobre todo, en tu vida. Y si tu vida no te gusta...

Detuve mi andar en seco y él enmudeció.

—¿Qué? —soltó enfrentándome.

No pude contestar.

—¿De qué tienes tanto miedo? ¿Qué sería lo peor que podría sucederte? ¿Descubrir que lo que antes era bueno para ti ya no lo es? ¿Verte a ti misma tal cual eres? ¿Que los demás te vean tal cual eres? Sólo tú puedes verte a ti misma; libérate. Cuanto más coraje tengas, más verás. No digo que, cuando eso ocurra, la vida será perfecta. Somos adultos, sabemos que eso no es así, pero al menos será más real. Arrepentirse de haber sido quien no eres es una mierda, sí, comparado con arrepentirse de ser quien eres... —Meneó la cabeza.

—¿Quién eres tú? —lancé sintiendo como si acabase de darme un golpe que me hubiese derribado de una alta columna sobre la cual hubiese pretendido hacer equilibrio; probablemente sobre la cual hubiera intentado equilibrarme toda mi vida.

—No es sobre mí. Acaba con esa mierda de «la Alexia perfecta», que tú no eres perfecta y esto tampoco es la panacea.



Su tono era tan agresivo que me resultó imposible entender de dónde salía todo eso.

—¿Sabes por qué te traje aquí?

Negué con la cabeza. Mi confusión en ese instante era tal que apenas si recordaba mi nombre. El gesto cerrado y hostil en el rostro de Leo hizo que me entraran ganas de salir pitando. ¿Intentaba asustarme o hacerme reaccionar? ¿O simplemente quería hacerme sentir como una basura?

La verdad es que lo que menos me sentía era perfecta. Mi vida era un absoluto descalabro, ya ni siquiera estaba segura de que quisiera seguir ejerciendo mi profesión y jamás le había sido infiel a ninguna de mis parejas y eso que le estaba haciendo a Hugo me sabía más que mal, pero tampoco podía parar.

—El momento del sexo es uno de los momentos más vulnerables de la persona. Y no me refiero sólo a la desnudez del cuerpo. Sí, se pueden fingir orgasmos, sí, puedes jugar y pretender ser alguien más, pero en ese fingir, en ese pretender, están primero tus miedos y después tus deseos, tus sueños y fantasías; en suma, todo lo que eres. Lo cierto es que pensé que saldrías corriendo la primera noche que te traje aquí. No imaginé que fueses a soportarlo, menos que menos que fuera a gustarte. Lo que más me sorprendió de todo es que entendí que nos parecemos demasiado. —Leo espió en dirección al grupo; habían pasado de largo la sala que ocupamos la última vez.

Los vi doblar por el corredor hacia la derecha.

Al volver la vista al frente, me topé con Leo mirándome.

—Por ser quien eres, puedes perder muchas cosas, incluso a muchas personas, pero deberías preguntarte si esas personas en verdad te quieren a ti o bien a la idea que tienen de ti, a lo que tú les mostraste incluso a sabiendas de que fingías. Las cosas ciertamente no tienen el menor valor. Y las personas, si no te quieren a ti, sino solamente a una idea de ti, quizá tampoco merezcan estar a tu lado. —Hizo una pausa—. Desde ya te digo que no puedo obligarte a nada, ni a ser como yo ni a ser quien eres, ése es asunto tuyo. Sólo intento poner a tu disposición las herramientas que a mí me sirvieron. Si quieres usarlas o no, es decisión tuya. Ojalá quieras hacer algo por ti misma. —Leo suspiró—. Yo sólo... solamente quisiera que pudieses verte como yo te veo.

Si hasta un segundo atrás había tenido muchas ganas de dejarle los cinco dedos de mi mano derecha estampados en su mejilla, en ese instante me dieron ganas de besarlo. Para que Leo me viese a mí, no necesitaba ni estar desnuda ni tener sexo conmigo.

Mis manos temblaban porque me moría de ganas de coger su cuello para apoderarme de su boca. Quería besarlo y que me mirase a los ojos, quería besarlo y que sus manos se hincasen en la carne sobre mis caderas para que me pegase contra su cuerpo y así borrar cualquier frontera entre nosotros.

Ganas de gritarle que me llevase a Canadá con él obstruían mi garganta. Quería escaparme de todo, incluso de mí misma, en su dirección.

No quería a nadie más que a él en la sala conmigo. Necesitaba su cuerpo sobre mí, sus manos en mí... su voz en mi oído, su pene en mi interior para quebrar mi coraza y liberarme.

¿Cómo podía ser que, a sabiendas de que eso no estaba bien, porque lo escondía detrás de demasiadas mentiras, fuese lo más extraordinario que me había sucedido en la vida?

Leo, que se había quedado observándome como si no supiese por dónde seguir, al final reaccionó.

—Bien —emitió ese ruido que hacía con la lengua al hablar, ese ruido que me hacía cosquillas en los oídos y me provocaba un agradable hormigueo en la nuca—, es tu decisión. O al menos debería serlo. Te acompañaré en esto y en todo lo demás hasta que deba regresar a Canadá, pero, si nos sigues, ya será por tu cuenta, no por la mía. Continuaré guiándote, porque sigo siendo tu compañero, pero a partir de ahora debe ser tu deseo, tu decisión. ¿Entiendes la diferencia? No sirve de nada que lo hagas porque yo te haya traído. Si acabas de meterte en mi vida deberá ser porque quieres hacerlo, porque es tu vida. No por mí, mucho menos porque yo quiero. Ya cometí ese error una vez y lo estaba haciendo otra vez a pesar de que juré que jamás lo repetiría.

—¿Qué error es éste?

—Creer que basta con mi decisión. Esto es lo que tengo para ofrecer, ni más ni menos. Si lo quieres, bien. Entenderé que no lo quieras, así como entiendo que no puedo pretender que me des algo que no tienes. Es todo parte de lo mismo, Alexia. —Apretó los labios y me contempló en silencio de nuevo—. Iré con los demás. Si en cinco minutos no estás con nosotros, captaré el mensaje. Se terminará aquí y no volverás a verme. En cambio, si nos sigues, si entras en la sala, será por ti, no por mí. No quiero volver a arrastrar a nadie a mi vida. ¿Queda eso claro? No quiero reproches y mucho menos hacerte daño, si es que no te lo he hecho ya.

Leo dio un paso atrás. Sonrió para mí hasta con los ojos, como siempre. Apretó los labios y me dio la impresión de que iba a añadir algo más; al final volvió a sonreír, giró sobre sus talones y comenzó a alejarse de mí.

No me había sentido así ni cuando decidí matricularme en la facultad de Medicina. No me había sentido así ni cuando solté mi primer «te amo». No me había sentido así ni siquiera cuando acepté mudarme con Hugo.

Todos esos hechos que se suponía que debían haber marcado mi vida, ahora los veía como detalles insignificantes frente a ese instante.

Leo había hecho que me mirase al espejo desnuda para reconocer mi cuerpo, pero entonces pretendía de mí algo que requería bastante más valor que aceptar el cuerpo que ocupaba. Ese hombre quería que viese quién era yo realmente. Verse a uno mismo con todos sus miedos, sus desaciertos o incluso reconociendo los puntos fuertes no es tarea sencilla. Para algunos, aceptar defectos resulta un imposible; para otros, darse la oportunidad de encontrar algo bueno en su persona es igual de complicado. Para mí, que no tenía ni idea de quién era en realidad, suponía lanzarme al vacío para aterrizar en un terreno desconocido. Tenía la impresión de que sería como si me pusiesen frente a una mujer que desconocía y me dijese «pues bien, ésta eres tú, acéptate».

Después de esa noche, iba a necesitar consultar a un psiquiatra.

Sola, de pie en el pasillo, me reí por no llorar. Reí porque me moría de miedo, porque sabía que, con o sin Leo, era probable que mi camino me hubiese llevado al mismo lugar. Si es que yo ya no soportaba mi vida.

Su decisión...

Dejó de ser su decisión después de la primera noche.

Toda mi piel se erizó.

Giré la cabeza y miré hacia atrás.

El pasado.

Entendí que así no podía seguir con Hugo, que tarde o temprano tendría que decirle la verdad... y no me refería al hecho de que había tenido sexo y tendría sexo con otras personas, eso era lo de menos. Lo rotundo e inevitable era que, a pesar del cariño, ya no lo amaba; a pesar del buen equipo que pudiésemos formar, ya no sentía que estuviésemos jugando los dos dentro del mismo campo.

Y definitivamente tenía que intentar descubrir si mi lugar continuaba siendo frente a la mesa de operaciones.

¿Me gustaría acostarme con mujeres?

Se me escapó una carcajada.

Con quien practicase sexo en ese momento era lo de menos, lo único que importaba allí era que quería hacerlo, quería disfrutarlo, quería permitirme ser vulnerable y permeable a lo que me rodeaba.

Inspiré hondo y eché a andar en dirección al final del corredor, porque hacia allí quería ir y de eso estaba muy segura, más que nada en mi vida en ese instante y probablemente al día siguiente también, estuviese allí Leo o no. Sí, con él era mucho más divertido, más profundo, pero no se me quitaría cuando él se fuese, porque ser tú no se te quita con nada.

En cuanto llegué al final del pasillo, me detuve; espié hacia la derecha. A unos cinco metros, el recodo moría en un portón violeta de impresionante labrado que a su izquierda abrazaba una pequeña puerta del mismo color.

Ves... te ven... te dejas ver...

Eso no podía ser más significativo.

Red estaba colgada de uno de los hombros de Doménico. Daniel y Velvet conversaban muy juntos frente a la puerta más grande; él la tenía sujeta por la cadera y acariciaba sus muslos; los dos echaban chispas con la mirada.

Leo, mi Leo, mi compañero, mi Robin Hood como lo había llamado Jerónimo, ese ser del que poco sabía, esperaba con la espalda pegada en la puerta pequeña, con la vista fija en sus pies.

—¡Alexia! —exclamó Doménico con alegría.

—Gracias por esperarme. Pensé que empezaríais sin mí —bromeé.

De inmediato, al oír mi voz, Leo alzó la cabeza.

Su mirada y su sonrisa hicieron que me pusiese a dar saltos de felicidad en mi interior.

«¡Sí, sí, sí!», grité como una loca mentalmente.

Él me quería allí tanto como yo lo quería allí a él.

Mi decisión, su decisión.

—De ninguna manera, Alexia —me dijo Red—. Leo nos pidió que te esperásemos cinco minutos; sin embargo, todos estábamos dispuestos a darte diez.

—Debía de saber que vendrías —comentó Daniel—. Se te nota en la mirada. Estás perdida.

Todos, incluido Leo, rieron.

—Sí, creo que es probable que así sea —convine llegando a ellos.

—Si te quedan dudas, te las quitaré yo esta noche —declaró Velvet.

—¿Sí? —solté en un tono que no reconocí, poniéndome en una posición en la que jamás había soñado que me pondría.

—¿Es un desafío? —Velvet se apartó de Daniel y caminó hacia mí para plantarse frente a las puntas de mis zapatos, para luego cruzarse de brazos.

Coraje. ¿De dónde salió?, no tengo ni la menor idea.

—Bueno, eso parece —contesté alzando el mentón.

De refilón, vi los ojos de Leo fijos en mí.

—¿Apostamos? Si gano, me quedo con tu vestido.

Doménico soltó un silbido y Red, una carcajada.

—Esto se pone interesante.

—No vale hacer trampas y mentir. Si te gusta, me darás tu vestido.

—Creo que estás en problemas —bromeó Doménico.

—Un momento, sobre qué estamos apostando exactamente, no me queda claro.

¿Se supone que tienes algún don especial y que me harás delirar de placer o algo así?

Doménico soltó un silbido todavía más fuerte.

Por el rabillo del ojo vi a Leo desplegar tamaña sonrisa que mi corazón ya no supo si bombeaba sangre o una mezcla de libertad y felicidad.

—Voy a darte tal orgasmo que tus gritos se oirán desde la calle.

Ante las palabras de Velvet, todos reímos.

—Si no te oyen fuera, podrás quedarte con tu vestido. —Tendió una mano en mi dirección—. Verás que, por más que quieras, no podrás contenerte.

Importándome una mierda si me quedaba sin vestido, tendí mi mano en dirección a la suya y la estreché.

—Trato hecho.

—Te irás a casa en ropa interior y yo guardaré tu vestido como trofeo.

—Vosotras, las mujeres, sois terribles —declaró Daniel—. Entremos ya. Si antes me había empezado a poner duro, ni os cuento cómo estoy ahora. Quiero ver eso —nos dijo mirándonos a Velvet y a mí por turnos.

Daniel abrió la puerta, entraron Doménico y Red. Velvet los siguió y, tras ella, Daniel.

Caminé hasta la puerta. Leo había abierto la entrada de la salita anexa, pero se quedó esperándome.

—Será un placer verte, Alexia.

—Y, para mí, lo será que me veas, Leo.

—Disfrútalo.

—Eso haré. También tú.

—Ten por seguro que sí. —Con la cabeza apuntó en dirección a mi puerta—. Entra ya, que están esperándote. Los enloquecerás.

Me mordí el labio inferior de tantas ganas que tenía de besarlo.

No pude añadir más nada.

Entré y cerré la puerta.

Mis cuatro acompañantes se dieron la vuelta para mirarme. Red me sonrió con cariño, casi como si quisiese darme a entender que sabía lo que se sentía al estar en mi lugar y así debía de ser, pues todos tuvieron una primera vez.

Doménico se pasó el dedo pulgar por los labios, como saboreando ya lo que sabía que acabaría en su boca.

Daniel se quitaba la chaqueta mientras Velvet lo observaba con una mirada colmada de deseo.

Todos ellos me acompañaban en la sala, todos ellos se mezclarían conmigo; ellos me tocarían, penetrarían y besarían, pero no serían más que instrumentos de un deseo, de un hombre que ese momento... Caminé hasta el cristal que nos separaba y, frente a éste, frente a mi reflejo, me detuve mirándolo a él, mirando a Leo. Disfrutaría y lo haría disfrutar igual que si compartiésemos un solo cuerpo. Lo entregaría todo de mí; quería dárselo todo y que me lo diese todo.

Durante un par de segundos, me quedé mirando mi reflejo a los ojos.

No fue intencionado, pero en mis labios se formó una sonrisa que bien podría haberle visto dibujar en sus labios a una *femme fatale* de esas que aparecen destrozando el suelo bajo sus pies, absorbiendo todo el oxígeno de la sala y robando todas las miradas, incluidas las de las mujeres.

No tenía demasiados motivos para sentirme así de sexy, tan fuerte, decidida y poderosa; nada había cambiado realmente en mí; lo cierto es que allí dentro me daba la impresión de que podía comerme el mundo, de que tenía el mundo a mis pies para adorarme, para venerar mi piel y todo mi cuerpo, para darme el placer que sentía que me merecía.

Jamás en la vida me había sentido particularmente sexy, atractiva ni nada por el estilo. Eso era antes. ¿Cómo explicarme a mí misma que entonces me sentía como si fuese una diosa griega, perfecta y elevada por encima del resto de los mortales? Quizá Leo lo entendiese, quizá quienes me acompañaban sintiesen algo parecido, pero no creía que Hugo lo aceptase o comprendiese.

¿Qué más podía pedir en la vida que ser esa persona que en ese instante sentía quién era, alguien tan libre y fuerte que no tenía ningún problema en desnudarse frente a esos extraños y aun así centrarse en lo que estaba haciendo, esa persona que aceptaría y daría placer? ¿Había sido siempre así de fuerte y libre? ¿Había estado reprimiendo todo eso?

Se me puso la piel de gallina.

Cerré los ojos y sentí que comenzaba a traspasar mi piel, a trascender la materia.

Daniel se quitó la corbata.

Doménico bajó el cierre del vestido de Velvet.

Red avanzó hasta mí. A unos pasos de distancia, me tendió una mano en un gesto que tuvo mucho de maternal.

Eso en cualquier otro ambiente me hubiese parecido, como mínimo, raro y, por qué no, un tanto retorcido; allí dentro era muy distinto. Las reglas del exterior se pulverizaban en aquella sala.

Con su delicada mano, me guió hasta los demás.

—Alexia, ¿te gustaría que Daniel y Doménico se desvistieran para vosotras?

La voz de Leo me atravesó de pies a cabeza cual rayo.

Su energía circuló por mis venas.

—Sí, eso quiero. Quiero que los dos se desnuden para nosotras.

Velvet, con la espalda semidescubierta porque Doménico había bajado el cierre de su vestido, de modo que lo llevaba flojo, me espió por el rabillo del ojo. Por su sonrisa se escapaba un ansia viva. Toda esa energía que ella invertía en ese momento daría en un efecto determinado; sin embargo, no moriría allí, pues esa energía se trasladaría para resurgir en otro punto, mutando a otra forma sin perder intensidad. Yo quería ser el punto en el que su energía resurgiese, quería hacerme eco de ese maravilloso poder y refractarlo en todas direcciones.

Red posó su mano, la misma con la que había tomado la mía, sobre mi hombro izquierdo.

Daniel cogió la delantera. Sin apartar la vista, moviéndose ligero y con despreocupación, se quitó los zapatos y los calcetines y fue a por su camisa.

Mi pulso cobró un poco más de velocidad, recargando mi cuerpo de ansias de placer.

Fue a por su cinturón.

Era difícil dejar de mirarlo; el problema era que allí había demasiado que admirar. Doménico también iba con el torso desnudo y descalzo; sus pantalones y ropa interior cayeron al suelo de una vez, exponiendo su pene, que comenzaba a dar muestras de excitación.

Mi cerebro, todavía no demasiado acostumbrado a esas situaciones, hizo cortocircuito cuando las palmas de mis manos comenzaron a arder de ganas de tocarlo, de masturbarlo hasta que quedase completamente erecto.

Tragué en seco. Mis pechos y los músculos debajo de éstos se tensaron, igual que el interior de mi vagina.

Tantas ganas tenía de quitarme ese vestido que estrujé la falda. Quería arrancármelo, quería tirarme al suelo desnuda para que me penetrase. Otra vez, caer en semejante fantasía alteró las sinapsis en mi cerebro.

Me dije que tenía que parar de sentir que eso no estaba bien, que de una vez por todas tenía que apartar a un lado todas esas pautas que hasta hacía unos días pensaba que diferenciaban a alguien amoroso de una persona con una moral intachable.

Desear, masturbarse, gozar del placer de ese modo, cuando todos aceptaban las condiciones, no podía estar mal. No estaba mal.

Arrinconé en mi cerebro lo que estaba bien para otros y dejé salir lo que estaba bien para mí.

No era la única deseosa de placer.

Doménico movió sus manos a lo largo de su miembro con Velvet relamiéndose los labios sin quitarle los ojos de encima.

La mano de Red apretó mi hombro.

Mi piel se puso fría y ardió, todo al mismo tiempo.

Su mano me soltó.

El vestido de Velvet cayó al suelo. No llevaba sostén, solamente bragas, y tenía unos pechos que a mí me hubiese gustado poseer. Por mi cabeza se cruzó una certeza: no importaban la forma ni el tamaño, sino lo que esa piel desprendía, y lo que esa piel desprendía era una esencia que no se consigue de forma artificial... ese toque

inigualable en una persona no lo da la materia, lo da esa combinación de lo que uno nace siendo junto con lo que se aprende en la vida; mejor dicho, con lo que uno acepta aprender y poner en práctica. Es esa cierta inteligencia que no está asociada a la facilidad para realizar complicados cálculos matemáticos o descubrir una vacuna que prevenga la peor de las enfermedades, es la que nos hace más humanos, la que nos impele a ponernos en contacto con lo que somos.

Todo eso de Velvet esperaba que se me pegase, que fluyese en mí después de esa noche.

Comprendí entonces que quizá por eso me había dado un poco de miedo cuando la vi. Era probable que no tuviese demasiado que ver con el hecho de que mantendría relaciones con ella o no, sino más bien, simplemente, por tenerla cerca, así, en ese estado de vulnerabilidad como lo llamaba Leo, y comprobar de primera mano todas las diferencias existentes entre nosotras como personas.

Probablemente en su cabeza no hubiese lugar para hacer diferencias entre lo que puede significar tener relaciones con una persona de su mismo sexo o con una del opuesto; para ella debían de ser solamente personas, identidades, seres con los que poder conectarse y ya.

No podía afirmar que hubiese perdido mi miedo a... ¿miedo a que me gustase una mujer? No, el miedo quizá no fuese por completo eso, más bien el hecho de entregarme a otra persona sin que hiciese la menor diferencia en relación con qué persona fuese. Liberarse a esa libertad dudo que se consiga de la noche a la mañana, menos que menos en una escasa media hora, que era lo que suponía que llevábamos en el Délice, si bien parecía una eternidad.

Ese sitio todavía representaba un mundo por descubrir para mí, aunque reconocí el ligerísimo clic que sonó al conectar el altavoz al otro lado del cristal. La voz de Leo no tardó ni una milésima de segundo en emerger del sistema de sonido.

—Alexia, Velvet podría desvestirte ahora. ¿Quieres que lo haga? Estoy seguro de que a Velvet le encanta la idea.

Temblé. De puro gusto y nervios. El caso es que el vestido ya me sofocaba.

La aludida se movió en mi dirección. Quedaba claro que no era del tipo de persona que ocultaba lo que quería, mucho menos que lo reprimía.

—Sí, quiero. —Quería eso y mucho más, lo quería todo. Articulé aquellas palabras con los ojos fijos en los suyos.

Ni mis palabras ni mis gestos precisaban ya más de la interpretación de Leo al otro lado del cristal.

Velvet se paró frente a mí, seguida de cerca por Doménico.

Daniel, desnudo y con el miembro completamente erecto, también se aproximó a nosotros. Viendo a Red, que estaba a mi espalda, entonó unas palabras que supuse debían de ser en ruso, a lo que ella contestó con un contundente *da*, que sin duda era ruso.

No tengo idea de qué fue lo que aceptó Red con ese *da*, solamente sé que Daniel fue a colocarse detrás de ella, apartó el cabello de su cuello y comenzó a besárselo.

La sentí moverse detrás de mí, empezaba a desvestirse ella también.

Al volver la vista al frente, me topé con un par de ojos que me devoraban llenos de ansia.

Doménico se hizo eco de su mirada.

Los dos esperaban tenerme desnuda y eso me excitó más de lo sospechado.

Me encontré deseando sentir el calor de sus cuerpos, de sus bocas y lenguas en mí. Sus manos en mí, y palpar la contundencia de los cuerpos de ambos. Al recordar lo bien que me había sentido al tener el miembro de Doménico dentro de mí, con él moviéndose en mi interior, experimenté la imperiosa necesidad de tocarlo, de posarlo sobre la entrada de mi vagina, invitándolo a entrar para que gozásemos juntos una vez más. Al sumarle a eso la presencia de Velvet, la de Red y la de Daniel, supe que el juego, y sin duda el disfrute del placer, se tornaría todavía mucho más interesante.

De Velvet emanaba un aroma suave que no fallaba en atrapar los sentidos. Su perfume me envolvió.

La vi despegar los labios. Tenía aliento a vino, algo dulce probablemente. Sus labios eran expresivos, aunque no pronunciase palabra, y todavía más sus ojos, con los cuales me recorrió como buscando algo. Encontró su objetivo y sonrió satisfecha.

El cierre de mi vestido en el lado derecho de mi torso.

Sentí como si mi piel se encogiese sobre mi cuerpo, apretándose con fuerza las carnes hacia mi interior.

Sus dos manos se movieron hacia mi costado.

Relamiéndose los labios antes, como una leona que está a punto de cazar una presa con la que planea saciar su hambre, se dedicó a la tarea de bajar la cremallera.

La expectativa era tanta que creo que conté cada uno de los dientes de la cremallera mientras el deslizador los dejaba atrás con esos casi imperceptibles saltos que sonaban como diminutas pisadas.

Velvet estaba pegada a mí, con la cabeza inclinada hacia abajo, así que su cuello y su cabeza quedaron al alcance de mi nariz.

Mis rodillas hicieron acuse de recibo del efecto de su cercanía.

Sin pedir permiso, Velvet coló una de sus manos dentro de mi vestido para acariciar mi costado.

Su tacto era agradable, suave, delicado, pero mi cerebro no me permitía terminar de disfrutar la ligereza de su caricia porque frente a mis ojos la veía a ella y nunca antes había ni siquiera imaginado seriamente estar con una mujer.

Cerré los ojos.

La mano de Velvet trepó por mi espalda y ella, para poder maniobrar por dentro de mi vestido, se pegó todavía más a mí. Su otra mano me cogió por la cadera opuesta.

Con los ojos apretados, se desbloqueó una parte de la tara, lo que sirvió para que se me pusiera la piel de gallina.

Su pecho se pegó al mío, sus labios a mi cuello, el cual, por cuenta propia, se inclinó hacia un lado y hacia atrás para permitirle acceso total a la zona.

Su mano empezó entonces a recorrer el camino inverso, bajando por encima de mis vértebras como si éstas fuesen escalones.

La mano que tenía sobre mi cadera se movió hacia abajo por mi muslo para tirar después de mi vestido hacia arriba. Ambas manos, una por debajo de mi vestido y la otra alzando la falda desde arriba, llegaron al encaje de la cintura de mis bragas, las cual, para ese instante, ya no estaban tan intactas como cuando me las había puesto.



Obligándome a pegarme a ella, Velvet las deslizó hacia abajo por mis muslos, hasta que ya no tuvieron dónde sujetarse y cayeron al suelo.

Sentir mi interior libre, con acceso a cualquiera de los cuerpos que me rodeaban, me excitó. Mi interior se incendió. Sin más estimulación, todo mi cuerpo ardía.

Dejó caer otra vez la falda sobre mis muslos y quitó la mano de dentro de mi vestido.

Se movió delante de mí. Abrí los ojos. Su nariz estaba a escasos centímetros de la mía.

Ok, no pude determinar qué sucedería si me besaba. La verdad era que no quería que lo hiciera, ni ella ni nadie más; sin embargo, no era por desprecio a su boca, la cual ya había estado sobre mi cuello, resultando en extremo dulce y placentera. Preferiría no tener que apartar la boca y decirle que no me besara, pero ella, como adivinando mi pensamiento, bajó sus labios hasta el costado de mi barbilla.

Con su boca pellizcó la piel de camino al lóbulo de mi oreja, mientras sus manos tiraban hacia abajo el vestido que ya quedaba claro que se llevaría como trofeo esa noche, porque ya no me cabía ninguna duda de que yo terminaría gritando de placer por su culpa.

El vestido cayó a mis pies junto con ella, por lo que quedé desnuda de cintura para abajo y con ella de rodillas frente a mis zapatos.

Me eché a temblar, y no por un mal motivo.

Tocándome el interior de las rodillas, Velvet me pidió que apartase las piernas para hacerle sitio.

Me estremecí. ¡Necesitaba que alguien me tocara ya o estallaría!

Doménico se adelantó.

Sentí unas manos sobre mis caderas y no eran las de Velvet, sino las de Red. Su cuerpo empujó el mío. Iba desnuda y tenía las piernas ligeramente separadas, pegadas a las mías por la parte exterior. Espié hacia atrás. Daniel tenía una mano sobre el hombro derecho de ella, la aferraba con fuerza. Red jadeó en mi odio, Daniel en el de ella.

Otro empujón de Red y me quedó claro que Daniel acababa de penetrarla.

Mi vagina ardía.

La boca de Velvet, más precisamente su lengua, dio contra mi placer para comenzar a volverme loca mientras, detrás de mí, Red y Daniel me usaban para contener sus movimientos.

Los dedos de Red se clavaron en mi carne, sus dientes en mi hombro.

Casi sentía como si Daniel estuviese penetrándome a mí también.

Velvet no me permitió concentrarme en lo que sucedía detrás de mí, pues su lengua y su boca se apoderaron de todo lo palpable de mi humanidad, empujándome, devorándome.

Doménico empezó a masturbarse con una mano, y la otra mano fue directa a mi pecho derecho. Apartó mi sostén. Sus dedos se pusieron a jugar con mi pezón hasta ponerlo duro.

Velvet puso un dedo sobre la entrada de mi vagina para friccionar sobre mi carne, tentándome.

Doménico dejó mi pezón para tomar con esa mano mi mano derecha, que atrajo hasta su caliente polla. Lo que quería estaba claro, y se lo di. Quería dárselo.

Todo su miembro para mí, duro, erecto, a punto de estallar. Sus manos cubrieron mis pechos, apretando mi carne, mientras todo su cuerpo disfrutaba de mis caricias.

Dar, recibir. Eso era la locura. Todos nosotros disfrutando los unos de los otros.

Mis jadeos pasaron a convertirse en gritos ahogados cuando Velvet introdujo dos dedos en mí para moverlos hacia fuera y hacia dentro, convirtiéndome en llamas, al rojo vivo.

Los cinco nos movimos a un ritmo único, increíble y perturbador. Nuestros aromas mezclados con el sexo, nuestras respiraciones, el calor de nuestras pieles, el saber que los demás gozaban de igual modo. Allí el placer no era de nadie en particular, sino de todos en general; era como si los estuviese tocando a todos y todos me estuvieran tocando a mí. El placer de uno haciendo eco en los otros cuatro.

Rendida por completo al placer, disfruté del cuerpo de Red pegado a mi trasero y espalda. En ese momento una mano de Daniel estaba sobre mi cadera, apretándome para encerrar el cuerpo de Red entre él y yo. Me movía con ellos, por lo que chocaba contra la cabeza de Velvet y ella, contra los muslos de Doménico.

Mi cuerpo se puso a vibrar con intensidad de camino al orgasmo.

Doménico, gruñendo, se corrió en mis manos, pero no dejé de moverlas; con su humedad, lo llevé un poco más allá mientras yo me corría también en la boca y la mano de Velvet.

Giré la cabeza en dirección al cristal, necesitaba ver la escena con mis propios ojos, para verla desde su punto de vista.

La imagen era simplemente increíble. Erótica, intensa. Los cinco llegando al clímax juntos, o los seis quizá. No aparté la vista del cristal, ni siquiera cuando Velvet me hizo gritar.

Mi grito, jadeos, gruñidos. La sala estalló por nuestra culpa y fue increíble, y así nuestras pieles no pudieron ponernos más límites ni contenernos.

Me deshice, quedé desarmada.

Quise que los jadeos de placer de Leo me rearmaran, pero jamás llegaron; es más, me pregunté si todavía se encontraba al otro lado del cristal.

La respuesta a mi duda llegó al irrumpir mi compañero con su voz en la sala, cuando comenzábamos a recuperarnos.

—Alexia, deja que Daniel te guíe a la ducha.

Daniel arrojó el preservativo a la basura y alzó la cabeza en mi dirección.

La mano del dueño del Délice volvió a mi cadera.

A las duchas no llegamos solos.

El agua caliente comenzó a emerger. También yo comencé a irradiar calor otra vez, puesto que, tomando jabón líquido entre sus palmas, Daniel se dispuso a acariciar mi piel. Ni un parpadeo pasó hasta que se apoderó de mis pechos, de mi vientre, de toda la zona entre mis piernas, mis muslos y mi trasero.

Mi piel enjabonó la suya. Lo acaricié, lo toqué... quería disfrutar de su cuerpo también; otras manos se unieron a las mías, mis manos tocaron otros cuerpos. Comenzó a costarme diferenciar quién era quién.

Si bien los dedos de Velvet habían estado dentro de mí, necesitaba que me penetrasen duro; quería que un hombre me colmase por completo, porque necesitaba imaginar a Leo dentro de mí, quebrándome, haciéndome temer que me partiera en dos, arrancándome el placer a gritos.

Húmedos y deseosos, fuimos los cinco hasta la cama.

Leo no me preguntó si lo quería o no, simplemente se limitó a decirle a Daniel que me penetrase por la vagina, que quería oírme disfrutarlo.

Doménico, Red y Velvet treparon a la cama por el lateral.

Daniel, que se había apartado hasta donde estaban los preservativos, geles y juguetes sexuales, regresó a nosotros y le tendió un condón a Doménico; luego, agarrándome por la cadera, me ubicó de espaldas a los pies de la cama.

Su pene comenzaba a erguirse ante mí.

—Siéntate sobre el borde de la cama.

Obedecí y miré de reojo hacia atrás, Doménico estaba colocándose un preservativo. Velvet, frente a él, empezaba a darse placer.

Daniel, sujetándome por el mentón, me hizo mirarlo.

—Inclínate hacia atrás.

Mi vagina se contrajo de anticipación.

Apoyada sobre mis codos, esperé su siguiente indicación.

—Ponte de costado, sobre tu lado izquierdo.

Así lo hice. Volví a mirar hacia atrás.

Doménico estaba recostado sobre la cama, con las piernas por fuera del colchón. Velvet separó sus piernas y se acomodó sobre él hasta llegar a la altura de sus caderas; Red, de rodillas, instaló las piernas a los lados de la cabeza de Doménico, quien la tomó por los muslos para bajarla hacia su boca. Cogiendo su polla entre las manos, Velvet se encajó en él con un jadeo.

Ver aquello me llenó de lujuria.

Tan distraída estaba observándolos que casi me caí cuando Daniel cogió mi pierna derecha y la alzó para cruzarla sobre su torso, aferrando con fuerza mi muslo para dejar mi pierna por encima de su hombro. Mi otra pierna quedó entre las suyas.

Estaba totalmente expuesta a él y ya me derretía de placer. Eso era la locura. Creí que perdería la cabeza esa noche.

La punta del miembro de Daniel rozó la entrada de mi vagina. Apreté los dientes y los labios.

—¿Quieres que te folle? —me preguntó.

¿Que si quería?

—Sí —le contesté con lo que conseguí juntar de voz.

—¿Quieres que te folle duro?

—Sí. —Mi humedad dejó un rastro sobre mi pierna.

Daniel tiró de mí, la punta de su pene entró en mi sexo. Deseaba mucho más que eso.

—Yo no quiero tu vestido, te quiero a ti —soltó cuando su mirada y la mía se unieron, y entonces se clavó en mi cuerpo contrayendo los pectorales, todos los músculos de sus brazos y sus abdominales.

Solté un grito de placer.

Daniel salió de mí. Y de un empujón volvió entrar. El mero choque de su pelvis contra la mía me hizo delirar. Sus dedos se clavaron en mi carne y entonces los dos perdimos el control. Se adueñó de mí estrujándome entre sus manos, golpeándome con su cuerpo, al chocar contra mí en búsqueda de más y más profundidad. Gruñó por el esfuerzo y yo, por el intenso placer que me hacía sentir.

Giré hacia atrás para ver los pechos de Velvet moverse al ritmo de sus caderas, ensartada por el pene de Doménico. Red chillaba de placer sobre la boca del italiano.

Los embates del cuerpo de Daniel descolocaron mis ideas. Ya no fui capaz de pensar en nada que no fuese mi cuerpo, más precisamente la carne entre mis piernas, y fue a eso a lo que me rendí hasta que solamente fui mi orgasmo y Daniel también llegó al clímax.

Todavía no sabía en qué mundo estaba cuando la voz de Leo llegó a mis oídos.

—Alexia, ¿estás dispuesta a ir un poco más lejos?

El «sí» salió solo de mi garganta.

Daniel me soltó y fue hasta la mesa donde estaba todo lo que el Délice ponía a disposición de sus visitantes.

Lo vi coger dos cosas de allí y temblé.

En dos parpadeos, Daniel estaba otra vez frente a mí. Me enseñó una pequeña caja.

—¿Alguna vez has probado uno?

Sabía lo que era y la respuesta era no. Ni con Hugo lo había hecho por detrás, siempre había creído que la penetración anal... siempre hasta ese momento.

Negué con la cabeza. El «no» era para contestar a su respuesta, no para negarme a probarlo.

—Seré cuidadoso, lo juro. Es pequeño. Me dirás si te duele, iré despacio.

Tragué saliva.

—Te aseguro que querrás intentarlo.

Asentí con la cabeza para darle permiso.

Daniel abrió la caja y me lo enseñó.

—Ponte de pie.

Obedecí y él me hizo girar sobre mis pies para pegar mi espalda a su pecho. Con sus brazos rodeándome, me entregó la pequeña pieza negra. Con sus manos ya libres, abrió un sobre que, según lo que leí, contenía lubricante.

Mi cuerpo se contrajo.

Lo vi hacer completamente perpleja, desfalleciendo de deseo.

Daniel me lo quitó de las manos y me pidió que apoyase los brazos sobre la cama. Con sus piernas separó las mías. Con una mano separó mis nalgas, con la otra deslizó un dedo con lubricante sobre mi ano. Me estremecí. Tenía algo de miedo, pero no pensaba claudicar.

—¿Todo bien?

—Sí.

—¿Sigo?

Asentí con la cabeza.

Lo sentí sobre mí y contuve la respiración.

—Relájate. No te lastimaré.

La otra mano de Daniel se movió hacia delante para llegar a mi clítoris.

—Lo disfrutarás por partida doble, ya lo verás. Respira hondo, intenta relajar los músculos.

Lo cierto es que mis músculos comenzaban a desmenuzarse por culpa de lo que le hacía a mi clítoris. Me relajé e imagino que él se dio cuenta, porque entonces sucedió. Aquella mezcla entre dolor y placer me robó el aliento.

—¿Bien?

—Bien —respondí apenas encontrando las letras para dar con la palabra.

Daniel, haciéndola girar, la empujó un poco más dentro de mí.

Me sentí colmada, ardiendo.

—Listo, está dentro. ¿Cómo te sientes?

No conseguí contestarle, simplemente dejé de ejercer gobierno sobre mi cabeza. Mi cabello cubrió mi rostro.

Daniel quitó la mano de detrás de mí y la usó para tomarme por la cadera y así empujarme contra su pene. Empezaba a ponerse duro otra vez.

La presión sobre mi trasero me hizo delirar. Los movimientos de sus dedos sobre mi clítoris me humedecieron por completo.

Él se movió detrás de mí como si estuviese penetrándome.

Fue arrebatador.

Completamente perdida en el tiempo y el espacio, llegué a otro orgasmo, el cual se multiplicó por dos cuando Daniel quitó el aplice anal de dentro de mí.

Me rendí sobre la cama y Daniel sobre mí.

Hundí el rostro en la tela violeta que cubría el colchón, la cual olía a limpio.

Cerré los ojos y mi cerebro cambió ese olor por el de Leo, su sudor, su aliento, su perfume.

Podría haber tenido otro orgasmo allí mismo con Daniel sobre mí, pero éste se retiró.

—¿Doménico?

Doménico respondió a la llamada de Daniel con una risa mansa, satisfecho.

—¿Velvet? —entonó el italiano.

—Un día de estos harás que pierda la cabeza, Dome. —Velvet hizo una pausa—. ¿Red?

—Apenas si recuerdo cómo se habla el español.

Todos reímos.

—¿Alexia? —me llamó Red—. ¿Todo bien?

Alcé la cabeza. La encontré desparramada en la cama con la cabeza apoyada en la pared; sonreía.

—Muy bien —respondí sin contener mi entusiasmo.

Todos rieron, otra vez; también yo.

—Entonces... ¿podré quedarme con tu vestido? —quiso saber Velvet.

—Claro que sí. Es tuyo.

Reímos de nuevo.

Red alzó el mentón; noté que miraba por encima de mí, probablemente en dirección al cristal detrás del cual estaba Leo.

Inclinándome de costado, espié hacia atrás. El reflejo de nosotros cinco sobre la cama llenaba aquella superficie que, al instante de reflejarnos, pasó a enseñarme el cuerpo erguido de Leo.

No llevaba puesta la chaqueta y el cinturón de sus pantalones estaba suelto.

Leo me miró. Fue una delicia que me viese allí desnuda, con todos los demás, y saber que había visto todo lo que había sucedido en esa sala; sin embargo, me moría de ganas de tenerlo allí conmigo.

—¿Qué te ha parecido?

—Ha sido increíble —le contestó a Red—. Alexia, ¿estás bien?

—Sí, mejor que eso.

—Bien. Puedes darte una ducha si quieres; cuando estés lista, te llevaré al hospital. Iré a buscar tus cosas. ¿Tienes algo en tu bolsa con lo que vestirte?, porque has perdido lo que traías puesto.

Reímos otra vez.

—Sí, sí tengo. Gracias.

—Mejor no te pongas nada, Alexia, que así vas bien —bromeó Velvet.

—No creo que sea buena idea llegar a mi trabajo así.

—No creo que a tus compañeros les moleste —acotó Doménico.

—A mí no me molestaría. —Daniel rio.

—No, claro.

Daniel me dio una palmadita en las nalgas.

—Ha sido un placer —entonó levantándose de la cama.

—El placer ha sido mío.

—El placer ha sido de los cinco —me corrigió Red—. La próxima vez será todavía mejor.

No lo dudaba.

Me duché, y no fui la única. Esa vez, bajo el agua, conversamos de tonterías.

Por la puerta, Leo le pasó mi bolsa a Velvet y, después de secarme, me vestí.

Los cinco estábamos ya a punto cuando Leo llamó a la puerta, listo para partir.

Me despedí de todos y aparecí en el corredor. Allí estaba Leo, apoyado contra la pared, esperándome.

—¿Y bien? ¿Ha valido la pena tener coraje?

Reí.

—¿Necesitas preguntármelo?

Leo entornó los ojos y sonrió.

Mi cuerpo estaba tan alterado por la experiencia que esa sonrisa suya me empujó de camino a un nuevo orgasmo.

Meneó la cabeza, negando.

—Solamente quería asegurarme.

—Pues puedes estar seguro.

—¿Por allí atrás todo bien? Nunca...

—No, nunca. Sobreviviré, no te preocupes —solté interrumpiéndolo.

—Me alegra oír eso. —Apuntó con la cabeza hacia el pasillo que llevaba al local—. Vamos, salgamos de aquí.

Por mí podríamos habernos quedado a vivir allí, pues, si él se quedaba conmigo, yo sería feliz.

«De regreso al mundo real», comprendí con angustia.

Asentí con la cabeza y los dos, a la par, echamos a andar.

Salir de allí hubiese sido más duro de lo que fue de no haber rodeado él mi cintura con su brazo. Leo no se hizo una idea del valor que eso tuvo para mí. Nunca antes lo había sentido tan cercano a mí y, al mismo tiempo, tan lejos.

No quería que se fuera, no quería que regresase a Canadá. No quería volver al mundo real, para el mundo real yo todavía no tenía el coraje suficiente y no lo tenía a él, y eso era lo más trágico.

## 15. Teatral

Eso de verlo partir y sentir que gran parte de mí se iba con él, que me quedaba casi vacía y casi inerte, se tornaba una imagen recurrente en mi cerebro.

Espié por encima de un hombro hacia el interior del hospital.

Pánico.

No quería entrar allí, no quería ir a ninguna parte, ni siquiera moverme del sitio en el que estaba parada. Me daba vértigo no saber por dónde seguir. Más vértigo me había dado su silencio.

Apenas si habíamos cruzado palabra alguna de camino hacia allí y, aunque era cierto que no lo conocía demasiado bien, dudo de que me equivoque al afirmar que no estaba de muy buen humor. Una parte de su rostro, cada vez que miraba en mi dirección, se contraía, se amargaba. Tal fue así que no tuve valor para mencionar lo de la cena de esa noche.

Quería pedirle que no aceptara la invitación de Hugo; en modo alguno me apetecía verlo junto a Bárbara; la mera idea me revolvió las tripas.

La vida tendría que ser como era con él y conmigo, y los demás, dentro del Délice; bien, la verdad era que me bastaba con él, dentro del Délice.

Mi cerebro se quedó momentáneamente en blanco.

Después de la inercia, una certeza: no podía seguir adelante con mi vida tal como estaba.

—Doctora Pradel... ¿se encuentra bien? —quiso saber uno de los guardias de seguridad llegando por mi derecha.

—Hola. Sí, buenas noches.

—Debería ir dentro, hace frío aquí.

—Sí, eso haré.

Eso hice. Fui directamente a mi oficina y me recosté, poniendo antes el despertador para la hora de comienzo de mi guardia.

El sueño me tomó en sus garras casi al instante, lo cual fue una bendición, pues el agotamiento físico y mental eran dueños de mí.

\* \* \*

—Aquí... ¿duele? —le pregunté a la niña presionando con cuidado sobre su fosa iliaca derecha.



La respuesta fue un quejido agudo que me partió el alma. Llevaba llorando en silencio desde que entré en el box.

Todos los síntomas hablaban de apendicitis. Era mi segundo caso esa semana.

—¿Sabes que eres una campeona? Yo en tu lugar estaría llorando mucho. Seguro que te duele.

La niña asintió con la cabeza.

La madre me miró preocupada.

—Apendicitis. De todas formas, haré unas pruebas para estar segura. Tendré que operarla hoy mismo.

Los ojos de la madre se llenaron de lágrimas.

—Todo irá bien, no se preocupe. Ahora mismo pediré las pruebas y comenzaremos a prepararla. —Mi móvil comenzó a sonar—. ¿Me disculpa un segundo? En seguida regreso. —Palmeé la mano de la pequeña—. No te preocupes, me ocuparé de que no te duela más, ¿sí?

La cría asintió con la cabeza.

—En un momento estoy con ustedes.

Llevándome conmigo la carpeta con la historia clínica de la pequeña, salí del box cerrando las cortinas a mi espalda. Saqué el teléfono del bolsillo de mis pantalones.

Hugo.

Inspiré hondo y contesté, desde el día anterior que no hablaba con él. Normalmente solía llamarlo al poco de comenzar la guardia, pero en ese momento casi estaba terminándola y todavía no habíamos charlado.

—Hola, buenos días.

—Hola, ¿te encuentras bien? Estoy preocupado. ¿Tienes una jornada de esas terribles que prefieres olvidar? Espero que no, no justo hoy que tenemos planes.

Con sus palabras, por poco vomito el café y el alfajor que había tomado corriendo a modo de desayuno a media mañana.

—Bueno... regresas, te das una ducha y como nueva —soltó sin darme tiempo a nada.

—¿Has hablado con los dos?, ¿te han confirmado que vendrán? —pregunté sin darle tiempo a mi cerebro a meditar demasiado aquello de que evidentemente a Hugo no le importaba demasiado si yo tenía un día de mierda o no. No es físicamente posible, pero mi sangre comenzó a bullir dentro de mis venas como si mi corazón fuese una gran caldera. ¿En qué momento llegamos a eso?

—Sí, hablé ayer por la noche, ya tarde, con Leo. En un principio creo que no le entusiasmó demasiado la idea. Estaba raro. Más raro de lo normal, aunque quizá solamente estuviese distraído. Le pregunté dónde estaba y no me contestó. No importa. El asunto es que aceptó.

Antes había sentido hervir mi sangre, en ese momento era mi rostro.

En una palabra: *vergüenza*.

Imaginé dónde estaba Leo cuando Hugo lo llamó... dónde estaba yo; lo que hacía mientras Hugo hablaba con Leo por teléfono.

Quise arrepentirme y decirme a mí misma que no volvería a hacerlo; sin embargo, eso no entraba en mis planes.

—¿Y... Bárbara?

—Ella está muy emocionada.

—¿Ah, sí?

—Sí, está contenta de tener la oportunidad de volver a visitarnos en casa. Estaba sumamente agradecida cuando la invité a tu cumpleaños. Dice que te admira.

—¿Qué?

—Eso, lo repite a menudo; afirma que eres una profesional excelente.

¿A menudo? ¿Qué oportunidades tenía él de hablar con ella?

Eso de que me admiraba...

—Bien. Tengo la cena bajo control. Esta mañana he ido de compras. De eso no tienes que preocuparte. Leo traerá el vino, de modo que un problema menos. En cuanto termine de hornear el pan para la cena, comenzaré a preparar el postre. Lo único que tienes que hacer tú es estar. Te pones guapa como siempre y listo. También he puesto el *champagne* en la nevera.

Ponerme guapa...

—¿Puedes pasar a comprar unas flores? —soltó de repente, confundíendome todavía más.

—Sí, claro. No hay problema. ¿Quieres de alguna clase en especial?

—Las que encuentres; un par de ramos de buen gusto, de preferencia algo claro. ¿Blanco?

—Flores blancas. Está bien.

—No traigas margaritas, no me gustan.

—Ok. —Asentí sin creer todavía que estuviésemos manteniendo esa conversación—. ¿Alguna otra cosa?

—No, creo que no. Te dejo seguir trabajando, que se me quema el pan. Te amo. Nos vemos luego.

Hugo no me dio tiempo a despedirme, pues cortó la comunicación dejando que el sonido del tono repiquetease en mi oído.

Aparté el aparato de mi oreja y le lancé una mirada. Todavía no lo podía creer.

Preferí no darme tiempo para pensar y fui directa a la sala de enfermeras a darle entrada a las pruebas que necesitaba para la niña y a solicitar un quirófano.

\* \* \*

Llamaron con los nudillos a mi puerta.

Levanté la vista del papeleo, quería terminar de completar la historia clínica de la cría que había ingresado con apendicitis antes de partir a casa. Poco me importaba si llevaba dos horas de retraso en mi salida después de la finalización de mi guardia.

Hugo me había llamado dos veces; a la tercera le dije que fuese a comprar las flores él.

Se quedó helado ante mi respuesta y lo lamenté; el caso es que todo eso me sobrepasaba, sobre todo mi situación con él.

Había estado desbordada de trabajo y, si bien tenía muy claro que Hugo era una persona muy sociable y que ese tipo de cosas le encantaban, yo lo soportaba en condiciones normales, pero no cuando las condiciones involucraban a Leo y a Bárbara, sobre todo cuando la intención de la cena era ganarse la confianza de Leo para que el padre de Hugo pudiese hacer negocios con el de Leo. Eso me predisponía del peor modo.

Sabía que no era algo terrible; de hecho, mis padres lo hacían; no obstante, con Leo de por medio las cosas no eran así de simples.

—Adelante —anuncié alzando la voz para que me oyese quien llamaba a la puerta.

—Hola, doctora. He venido a traerle las placas y los resultados de su hermano.

—Ah, mil gracias, Mariano.

Éste era uno de los enfermeros del turno de tarde.

Se acercó al escritorio y me los tendió.

—Muchas gracias.

—No hay de qué. —Retrocedió un paso y se detuvo—. ¿Usted no ha terminado su guardia todavía?

—Sí, pero... —Palmeé los formularios frente a mí.

—Ya, bueno; no se entretenga mucho, que tiene cara de cansada y aquí la necesitamos en plena forma. Hace un momento he visto a la cría que ha operado antes. Está fascinada con usted. Ha ido a verla el doctor Dorna y usted ya sabe cómo es... aún así, la pequeña ha preguntado por usted, dice que le ha salvado la vida, que tiene un superpoder y que es su heroína. Le ha preguntado al doctor si podía ir usted.

Ignacio Dorna era un cirujano recién licenciado que tenía más pinta de príncipe de película de Disney que de cirujano. Las niñas, las madres de los pacientes, las enfermeras y las doctoras estaban todas locas por él; además, no lo niego, Ignacio tiene una forma de ser muy particular: es dulce, cariñoso y se gana a todo el mundo con una mirada.

—¿La verá mañana? Porque hoy, en cuanto acabe eso, debe irse a casa.

—Sí, ya he captado que quieres que me largue.

—No la estoy echando, éste no es mi hospital y usted está a cargo de su área. ¿La ayudo a terminar?

—No, gracias. En seguida acabo.

Mariano retrocedió otro paso, pero no se fue.

—Doctora...

—¿Sí?

—No es que quiera entrometerme en su vida, pero... ¿está usted bien? No parece que sea solamente cansancio.

—Más o menos, Mariano; ya lo resolveré.

—¿Es por su hermano?

—Espero que no. —Esa vez palmeé los sobres que acababa de traerme.

—Bajaré a la capilla y encenderé una vela por usted y otra por su hermano, si no le molesta.

—Claro que no me molesta. Gracias.

—Váyase pronto a casa.

—Eso haré.

—La dejo seguir trabajando.

—Gracias por todo.

—No es nada. Como le dije, cuídese mucho, que la necesitamos.

Mariano se fue, cerrando la puerta a sus espaldas.

Le eché una ojeada a las placas de Jero; ya las había visto y el informe del radiólogo no añadía nada nuevo. Fui directamente a los análisis de sangre. Los valores allí detallados no me alegraron el día precisamente.

Lo guardé todo. Debía mantener una charla seria con mi hermano, pero no en ese momento, no por teléfono.

Pillé el móvil de encima de la estantería detrás de mí, donde lo había puesto a cargar, y escogí el número de Leo.

Sonó tres veces antes de que contestara.

—Hola. ¿Suced algo?

—Hola.

—¿Estás ya en tu casa?

—No, todavía estoy en el hospital.

—¿Va todo bien? —preguntó con urgencia.

—Más o menos.

—¿Qué sucede?

—Bueno, muchas cosas. Entre ellas, que vienes a cenar a mi casa esta noche.

—Sí, así es —confirmó como si tal cosa—. ¿Supone eso un problema?

—No lo sé. Sí; no por el hecho de que vengas a casa. Ésa no es la cuestión.

—No te entiendo. ¿Cuál es el problema entonces?

—¿Puedo preguntarte dónde estás? —No sé qué pretendía ganar soltando una pregunta semejante; sin embargo, no me detuve, incluso a sabiendas de que me daría contra una pared.

—Alexia —enunció mi nombre de un modo pausado y serio, igual que si estuviese haciendo acopio de toda su paciencia—. Tu novio me hizo esa misma pregunta anoche y tenía muy claro que no podía decirle dónde estaba, imagino que ya sabes por qué.

—¿Quieres decir que estás allí ahora?

—Alexia, son las cinco de la tarde. Para tu información, el Délice no abre hasta las ocho de la noche.

—Entonces... —No supe qué más decir; quería saber dónde estaba, eso era todo.

—Escucha... ¿lo que sucede es que no quieres que vaya? Si me lo pides, puedo cancelarlo. Eso no supondrá un problema, créeme.

Lo creía, ya tenía claro que Leo toleraba a Hugo tan poco como éste a él. ¿Iría por Bárbara? Eso era todavía peor.

—No, no es que no quiera que vengas.

—Bien, entonces iré. ¿Necesitas algo más?

Me sentí indefensa, Leo estaba intentando cortar la comunicación.

—Alexia... ¿un mal día de trabajo?

—No, no es eso.

—¿Has recibido los resultados de tu hermano?

Cómo podía ser que él tuviese eso en mente y Hugo no.

—Sí. No es nada grave... pero con Jerónimo nunca se sabe. Me preocupa.

—¿Qué se puede hacer?

—Por lo pronto, hablaré seriamente con él.

—¿Por qué no hablas con tus padres? Es tu hermano, no tu hijo. No es tu responsabilidad; lo quieres y lo entiendo, pero necesitas el apoyo de ellos.

Negué con la cabeza como si él pudiese verme.

—¿Te pondrás a llorar? —lanzó ante mi silencio.

Sí, el caso es que tenía los ojos anegados en lágrimas. Culpa del cansancio y todo, todo lo demás.

Repitió mi nombre cuando las lágrimas comenzaban a descender por mis mejillas.

—Puedo acompañarte a hablar con Jerónimo. Me dices cuándo me necesitas y allí estaré. Ahora tranquilízate y no llores.

Sus palabras me hicieron llorar con más fuerza y dejó de ser un llanto silencioso. Avergonzada, aparté el móvil de mi rostro.

Lo oí repetir mi nombre una y otra vez, hasta que comenzó a gritarlo; en ese momento acerqué otra vez el aparato a mi oreja.

—Sí, aquí estoy.

—Escúchame —entonó con firmeza.

Me sorbí la nariz y me limpié las mejillas con la mano.

—Te escucho.

Leo se quedó en silencio un instante.

—¿Sigues llorando?

—Sí —le contesté licuándome a lágrima viva. No podía parar.

—De acuerdo, pero ¿puedes escucharme?

—Sí.

—Perfecto. Si necesitas llorar, llora, pero quiero que entiendas que así no resolverás nada; lo sabes, ¿no es así?

—Sí, lo sé. —Todo mi cuerpo se estremecía por culpa del llanto.

—Comprende que tienes todo lo que necesitas, dentro de ti, para hacerle frente a lo que sea que tienes delante.

—No lo creo.

—Hazme el grandísimo favor de no decir semejante estupidez —rugió en mi oído—. Compadecerse de uno mismo no resuelve nada; si no te gusta dónde estás parada, muévete —gritó—. Recuerda lo que hiciste anoche y repite que no crees tener lo que hace falta. Tener coraje no es carecer de miedo, es mandar a la mierda el miedo. Y, por Dios santo, si necesitas ayuda, pídelo. No tienes que hacerte cargo de todo tú sola si no puedes y, si puedes y solamente necesitas apoyo, pues pídelo.

—No es tan fácil.

—¡Y una mierda, Alexia! Aquí estoy yo.

—Sí, pero te irás y...

—Sí, pero ahora estoy aquí y, si precisas ayuda con tu hermano, te la daré. De todas maneras, creo que deberías reacomodar ciertos puntos en tu vida. Jerónimo es adulto, tus padres debieran ocuparse de él tanto o más que tú y... —Leo se detuvo—.

Todavía no me queda claro a qué le temes, eso lo sabrás tú; no estoy dentro de tu cabeza. Lo que temo es que no sea cierto que no creas poder con todo, lo que opino es que quizá prefieres no creer poder con todo, porque, si sabes que puedes, entonces ya no te quedará más justificativo para mantenerte al margen y evitar enfrentarte a las cosas.

Dejé de llorar. En mi cerebro quedaron haciendo eco sus palabras.

—Es tu vida, Alexia. Asúmelo. Tu vida y la de nadie más.

Me sorbí la nariz.

—¿Has parado de llorar?

—Sí.

Nos quedamos en silencio. Un silencio muy largo, uno que nada tenía que ver con mediciones de tiempo y espacio.

—Eres tú, intentando salir a la superficie. El resto es ficción.

Sus últimas cuatro palabras atravesaron mi corazón desde el pecho hasta la espalda.

—Ok, tengo que dejarte ahora. Te veré esta noche. ¿De acuerdo?

—Bien.

—Bien. Hasta luego, entonces.

—Hasta la noche, Leo.

Colgó y mi mano abrazó el teléfono. La pantalla me pareció igual que el cristal que nos separaba en el Délice. Esa maldita barrera que con desesperación comenzaba a desear ver caer.

Acabé el papeleo y me fui a casa.

No me atreví a llamar a Jerónimo. Intentaría reunirme con él al día siguiente.

Agradecí no tener que ir a comprar flores; no es que me agradase haber discutido con Hugo, pero quería llegar a casa, meterme en la ducha y tirarme sobre la cama al menos un rato.

El taxi me dejó en la puerta del edificio. La tarde comenzaba a transformarse en noche. Darío lo comandaba todo desde su puesto de trabajo. Me saludó con un entusiasmo que no conseguí devolverle. Mi destino era el ascensor, de allí, mi casa y de allí, la ducha.

Empujé la puerta quitando al mismo tiempo la llave de la cerradura.

Dentro del apartamento olía a limpio y a rica comida.

Cerré la puerta percatándome de que la mesa ya estaba puesta, engalanada en blancos y grises. Había flores blancas por todas partes, y sonaba música suave.

Hugo no me dio tiempo de ir a buscarlo, pues llegó desde la cocina, limpiándose las manos con un trapo.

—Hola —le dije. Tenía cara de enojado.

—Hola —contestó, y al instante me sonrió—. No hemos debido discutir por las estúpidas flores. —Llegó hasta mí—. Lo siento, ha sido una tontería. —Sus manos alcanzaron mi cintura, sus labios se aproximaron a los míos, su aliento olía a chocolate—. Perdóname, es que estoy nervioso. Mi padre llamó para recordarme lo mucho que dependía de que esto salga bien. No quiero decepcionarlo, eso es todo.

Mi enfado desapareció. Sentí pena al acabar de comprender que su vida no era muy distinta a la mía.

—Sabes cómo son estas cosas.

Asentí con la cabeza.

Hugo tocó mis labios con los suyos.

—Perdón. Por mí hubiese estado bien pasar la noche solamente contigo, cenando en la cama. Ya sabes, sólo nosotros dos. Suerte que en una semana Leo se marcha a casa y entonces retomaremos nuestra vida. —Sonrió—. Podremos empezar a ocuparnos de la boda. Mi madre ya ha hablado con su joyero, sabe que iremos. Quiero que elijamos juntos tu anillo de compromiso.

El alma se me cayó a los pies.

—Te amo. Tengo mucha suerte de tenerte conmigo.

Mi respuesta fue el silencio.

—¿Quieres que te prepare algo de comer? Estoy terminando con el postre, pero ya me libero e imagino que, si has comido algo durante la guardia, no ha debido de ser demasiado saludable. Tengo pan integral casero y otras cosas sabrosas. ¿Qué me dices?

—Primero iré a darme una ducha y luego te digo, ¿sí?

Asintió con la cabeza y me sonrió. Lo vi mirar los sobres con las placas de Jerónimo, pero ni los mencionó. Eso hizo que se me pasasen las ganas de pedirle ayuda con mi hermano, ni siquiera de pedirle apoyo moral. No necesitaba mucho, sólo una charla... con que me hubiera preguntado por los resultados hubiese sido suficiente.

Acepté la situación retrocediendo de espaldas.

—Voy a ducharme.

—Ok, ponte guapa. Nos vemos luego.

Sus palabras se me atragantaron.

Di media vuelta y me escapé a mi cuarto.

En mi vestidor, dejé el bolso, los análisis de Jerónimo y me despojé de la ropa.

Llené la bañera y permanecí sumergida en el agua hasta que se enfrió, al menos una media hora más tarde.

\* \* \*

Debí de pasar otra media hora parada delante del perchero del cual colgaban las prendas dentro de mi vestidor, sin poder decidir qué ponerme.

Frustrada y presa de un mal humor que me predisponía, cada vez más, para lo peor, dejé de mirar la ropa para ir a maquillarme. Necesitaba recomponer mi imagen después de tantos días de poco dormir y demasiada actividad física y emocional.

—¡Todavía no estás lista!

Por poco se me para el corazón cuando su exclamación estalló en el baño. La máscara de pestañas se me escapó de la mano y, para que no se me cayese el aplicador, lo atajé contra mi nariz, haciéndome un precioso manchurrón negro en el maquillaje ya casi acabado.

—Como cuando me metí en la ducha te oí trastear dentro de tu vestidor, imaginé que estabas vistiéndote. Alexia... ¿todavía en ropa interior?

No era de tener ese tipo de arranques, y de cualquier modo me entraron ganas de tirarle por la cabeza mi maletín de maquillaje, que si bien no era muy pesado, porque no contenía demasiado, me hubiese ayudado a transmitir el mensaje a la perfección.

Lo miré mal, estrujando las dos partes del tubo de máscara de pestañas en mis manos por no estrujar su cuello.

Hugo salió del baño retrocediendo de espaldas; estaba completamente vestido y sin un pelo fuera de lugar, oliendo a su perfume de siempre.

—Ahora tardaré más —le gruñí poniéndome bizca para señalarle lo que acababa de provocar.

—Es que estarán aquí en cualquier momento.

Lo vi retorcerse las manos en un gesto de ansiedad injustificable para una simple cena.

—En seguida me visto, Hugo.

—¿Quieres que te elija qué ponerte?

En ese instante mi mirada fue asesina.

—¡Hugo!

—Es que...

—Vete ya y déjame terminar.

Fue difícil saber quién de los dos se sorprendió más ante mis palabras.

Sin replicar, dio media vuelta y salió del baño.

Con un humor aún más negro, eliminé el manchurrón negro de encima de mi nariz y continué maquillándome; es más, fui más lejos de lo que pensaba ir, más lejos de lo que fui con las sombras y el dramatismo del maquillaje para la celebración de mi cumpleaños en casa de mis padres.

En ropa de encaje negra y maquillaje llamativo, observé mi reflejo en el espejo; esa Alexia transmitía cómo me sentía cuando estaba dentro de una sala del Délice.

Sentí que podía destrozar el suelo de mármol blanco del baño con mi peso. La altura del techo no era suficiente para mí; más aún, mi piel apenas si conseguía contenerme, me desbordaba por todas partes.

Volví a acercarme al espejo y me recogí el pelo con un par de clips. Satisfecha con un peinado, que no era una elaboración demasiado cuidada pero que quedó sexy, y eso mismo quería yo, le tiré un beso al espejo y fui a mi vestidor a escoger algo que ponerme.

Llegué al punto del cual partir para oír la campanilla de la puerta. Nuestras visitas, o al menos una de ellas, debían de haber llegado.

Antes no había encontrado nada que vestir y tampoco lo encontraría en ese momento, pues la ropa allí colgada parecía el guardarropa de alguien distinto a mí, no el mío.

Giré la cabeza hacia mi hombro izquierdo, al fondo del vestidor; debajo de los estantes con camisetas y ropa de deporte, guardaba unas cajas con prendas que llevaba años sin usar. Ni siquiera recordaba qué había metido allí, era ropa que me planteé regalar. No sé que esperaba encontrar. Abrí la primera caja. Tejanos y un par de camisetas y camisas de mi época de estudiante; unas faldas horribles, no sé qué tenía



en la cabeza cuando las usaba y... solté una carcajada al verlo. Era el vestido que usé para mi fiesta de graduación, no aquella formal a la que mis padres invitaron a todos sus conocidos y a nuestros parientes, sino la que organizamos con mis compañeros de curso. Esa noche fue una fuga; de hecho, fue la de mi primera borrachera, la cual justifique con la tensión de años y años de estudio, y lo feliz que me sentía de haber conseguido al fin mi título.

De haber ido de compras yo sola, jamás hubiese elegido ese vestido. Fui con una amiga que era muy fiestera, tanto que yo no entendía cómo había conseguido graduarse con el resto de nosotros. En la actualidad estaba casada y tenía un niño, y otro en camino, así que ya no salía de fiesta, no al menos como antes.

Saqué el vestido negro de la caja. Por suerte era de una tela elástica de esas que no necesitan ser planchadas, por lo que lo desplegué y le di unas sacudidas al ponerme de pie, para estirarlo un poco. El vestido estaba impecable; lo había usado una sola vez, porque era demasiado sexy. Tenía una sola manga larga, cuello americano, me llegaba apenas a la mitad del muslo y uno de los lados era de una tela calada que no tapaba demasiado. Además tenía un cinturón de cuero muy ancho, del cual no pretendía prescindir.

No lo pensé dos veces. Bajé el cierre trasero, solté el botón dorado del cuello y me metí dentro.

Cuando lo compré, mi cuerpo lo llenaba de otra forma, pero en ese momento tampoco me veía nada mal en él. Por aquella época no hacía ejercicio y apenas comía, pues no tenía tiempo para ninguna de las dos cosas. En cambio, en ese momento, con tantas flexiones de brazos a mis espaldas, el hombro y el brazo que quedaban al descubierto eran incluso más atractivos que por aquellos días, o quizá fuese simplemente que, probablemente por lo de la noche anterior, por lo que llevaba días sucediendo, mi ego estuviese un poquito más hinchado.

Antes la falda me bailaba un poco, en el presente se ajustaba a los músculos de mis piernas, y el cinturón, en vez de dejarlo caer sobre mi cadera, lo calcé en mi cintura, sobre mis abdominales.

Más que claro tenía que ése no era el vestuario adecuado para una cena, y tanto me daba.

Fui a por un par de zapatos negros, los de tacón más alto que tenía. Y, sin dar más vueltas, salí del vestidor en el preciso instante en el que la campanilla de la puerta volvía a sonar.

Por el pasillo, continué acomodando mi cuerpo dentro del vestido.

Desde el recodo vi la espalda de Bárbara, enfundada en un vestido color beige que tampoco dejaba demasiado a la imaginación. De haberme puesto una de mis prendas de siempre, a su lado me hubiese visto como una abuelita.

Hugo estrechaba la mano de Leo mientras lo invitaba a pasar.

Leo...

Detuve mi andar. No fue deliberado, sino un fallo de sistema. Mi cerebro, mis piernas... no tenía ni idea de cómo hacer para caminar.

Nunca lo había visto tan elegante. Llevaba un traje azul que disparaba hacia el cielo el azul de sus ojos.

Y entonces no hubo otro lugar al que yo pudiese mirar, porque sus ojos estaban en los míos, pasando por encima de los gestos con los que Hugo se desvivía para darle la bienvenida y la risa boba de Bárbara.

Me sonrió y entonces noté que iba sin afeitarse y que llevaba corbata, una gris, y camisa celeste.

Mi cerebro reconoció mi necesidad de acercarme a él y entonces mis piernas se pusieron en movimiento una vez más.

—Amor —me llamó Hugo al detectar mi presencia y yo apenas si lo oí.

Bárbara se volvió en mi dirección.

—Alexia, ese vestido es... —La frase de Bárbara quedó inconclusa.

—¿De dónde lo has sacado? No lo conocía. ¿Es nuevo? Es... no parece tuyo.

A Hugo lo único que le faltaba era decirme que volviese a mi cuarto a cambiarme; tenía en el rostro la misma mirada que hubiese puesto mi padre de verme llevar cuando lo usé por primera vez; para evitar eso, había ido a vestirme a la casa de mi compañera de facultad que había insistido en que lo comprase.

—Te queda muy bien, Alexia. —Los ojos de Leo bajaron por mis piernas. Me sentí como si me desnudase y se me antojó todavía más que me sacase de allí y me llevase directo al Délice; lo quería sobre mí, lo deseaba dentro de mí, con sus manos aprisionando mi carne hasta que acabase por liberarme de todo, incluso de mí misma. Quería darle todo mi cuerpo y que me entregase su boca. Apreté los labios, porque mi lengua se desesperaba por acariciar la suya. Imaginar su aliento en mi nariz hizo que acabase de perder la compostura.

La única manga del vestido me dio calor, mucho calor.

—Así parece tener veinte años. ¿Es que acaso luego vamos a bailar y no me habéis dicho nada? —soltó Bárbara—. Podríamos ir, o al menos a tomar algo por ahí. ¿Qué dices, Leo?

Éste le lanzó una mirada de soslayo; su respuesta para ella fue una sonrisa muy pobre y fingida, de compromiso.

—No lo sé —se apresuró a responder Hugo—. Quizá podríamos hacer planes para el fin de semana.

Leo le entregó a Hugo la bolsa que llevaba.

—Es el vino, espero que os guste.

—A mí me gusta el vino —acotó Bárbara en un claro intento de llamar la atención de Leo—; el blanco es mi preferido.

—Lo he traído tinto —le dedicó una mueca—, lo lamento.

Me dieron ganas de decirle a Bárbara «ves, no puedes con él, porque él es mi compañero, no el tuyo». Y por poco le saco la lengua.

—¿Qué tal si os sirvo una copa? ¿O queréis que abramos una botella de vino directamente?

—A mí me encantaría probar el vino que ha traído Leo —le dijo Bárbara a Hugo—. Leo, Hugo me ha hablado mucho de ti.

—¿Sí?

—Sí. Me ha contado que vives en Canadá.

—Así es —contestó Leo, y se quedó mirándola como si no tuviese nada más que decirle.

—Bárbara, ¿me ayudas a servir el vino?

—Sí, claro.

Hugo y Bárbara se adelantaron en dirección al comedor. Leo me esperó.

La voz de Bárbara se perdió más allá del salón.

Nos quedamos solos y suspiré aliviada.

—Hola —lo saludé en vez de saltarle al cuello para empezar a besarlo, de arrancarle la corbata, la camisa, la chaqueta y el resto de su ropa. Quería sentir esa sombra de barba que cubría su mandíbula encima de mi piel, en mi vientre, en la parte baja de mi espalda, sobre mis muslos y glúteos. Lo imaginé en el lugar de Daniel la noche anterior y todo mi cuerpo reaccionó en consecuencia.

—Hola. —Acortó la distancia entre nosotros—. Ese vestido es estupendo. ¿Lo has comprado hoy, después de lo de anoche? Si anoche hubiese podido elegir un vestido para que te arrancasen de encima, hubiese sido éste.

Mi boca se secó.

—¿Cómo estás?

Me quedé mirándolo sin comprender.

—Bien. Estoy bien.

Leo me dedicó una de esas medias sonrisas suyas, acompañada de una mirada pícaro que no pudo ser más sexy.

—Debí preguntártelo más temprano... es que... —hizo ese ruidito suyo tan característico con la lengua—... tu trasero, Alexia —entonó en voz baja.

Sonreí y me sonrojé levemente, la verdad era que mi trasero estaba estupendamente y queriendo más y, de ser posible, algo que proviniese de él. Podía tener un coraje recién descubierto para muchas cosas, pero no para decirle que quería, tal como él había dicho la otra noche, follar hasta reventar, y con él.

—Bien. Estoy perfecta. ¿Vamos mañana al Délice?

Leo se rio de mí, y con ganas.

—No, mañana no. Lo siento, los miércoles el Délice permanece cerrado.

Fue como si yo fuese una niña pequeña que acabase de salir de un cumpleaños con su perfecto globo rojo y un malvado lo pinchase con saña justo frente a su rostro.

—¿Te pondrás a llorar?

—No te burles, Leo.

—No me burlo. Estás perdida —bromeó.

—Imaginaba que ya te habrías dado cuenta de eso anoche.

—Sí, la verdad es que sí. Podríamos haber ido al Délice esta noche.

Mi pecho se desinfló igual que el globo rojo. Por esa maldita cena me perdía una noche con Leo en el Délice.

—¿Mañana tienes la noche libre?

—Sí, ¿por?

—¿Y la tarde?

—Sí, estoy libre. ¿Qué planeas?

—¿Te molestaría volver a ver a Red?

—¿Molestarme? ¿De qué hablas?, ¿por qué das tantas vueltas?

—Red te ha invitado a una fiesta privada que dará mañana por la noche. Yo ya estaba invitado. Cuando Red está en el país y el Délice está cerrado, organiza eventos en una de sus propiedades.

—Eventos.

—Sí. Algunos conocidos, de su confianza. Daniel, Doménico y Velvet asistirán, además de otras personas que me gustaría presentarte. Quisiera llevarte como mi compañera, si quieres. Es probable que pasemos toda la noche fuera. ¿Podrías arreglarlo?

—Sí, supongo que sí.

—¿Eso significa que vendrás?

Asentí con la cabeza y él sonrió satisfecho.

—Me alegro.

—Yo más.

Ante la sinceridad que se me escapó, se rio.

—Bien, luego te avisaré de a qué hora pasaré a recogerte y demás.

—¿Y lo de la tarde?

—He pensado que podíamos ir a ver a tu hermano o encontrarnos con él en algún café, o también podría ser en el gimnasio de Doménico. Dome es nutricionista y hace *coaching* personal. Espero que no te moleste, pero ya le he contado lo tu hermano y me ha dicho que él no tiene ningún problema en hablar con Jerónimo. Si necesitas hacer que entienda que debe cuidar su salud, Doménico es la persona indicada.

¿De verdad ya había organizado todo eso por mí? Y eso que decía que nosotros no éramos novios, ni amigos ni nada más que compañeros.

Decir que me dieron ganas de comérmelo a besos, es poco.

—¿Te molesta que le haya hablado a Doménico de tu hermano? Te juro que él es de suma confianza. Lo que sucede dentro del Délice, allí se queda. Doménico es el mejor amigo que he tenido jamás, sé que podrá ayudarlo.

Sentí que mi piel se enfriaba.

—¿Por qué vives a miles de kilómetros de tu mejor amigo y de tu familia?

—Porque mi vida está en Canadá, Alexia... así como tu vida está aquí.

—Sí, pero...

—Escucha, lo siento, pero eso no es un asunto que vayamos a discutir. Quiero ayudarte, eso es todo. Por eso estoy aquí.

—Estás aquí porque Hugo te ha invitado a cenar porque quiere...

—Quiere quedar bien conmigo para convencer a mi padre de que haga negocios con el suyo. No soy idiota; pierde su tiempo. Mi padre jamás escucharía un consejo o una recomendación mía —rió a desgana—, eso sería lo último que haría, pero, que no se preocupe, a mi padre le conviene hacer negocios con el suyo, de modo que está todo resuelto.

—Si es así, ¿por qué...?

—Porque quería conocer a Bárbara.

Toda mi estructura interna se vino abajo. Ennudecí.

—Ella me recuerda a alguien.

Y sus palabras a mí me recordaron que, cuando regresara a Canadá, yo quedaría en medio del limbo.

—Quizá solamente se le parezca por fuera, no lo sé.

—¿Te gusta? —le pregunté llena de terror.

—Es una mujer hermosa.

—Sí, tiene a toda la plantilla masculina del hospital, y a la femenina lesbiana, babeando por ella.

—¿Eso que detecto son celos?

—Bárbara jamás me ha caído bien.

—Aquí llega el vino —canturreó la susodicha llegando desde la cocina.

—Es un vino muy bueno, Leo, una elección excelente. Has heredado el talento de tu padre, él siempre ha sabido tener una bodega con una colección impresionante.

—Sí, eso es cierto, y yo siempre preferiré la cerveza barata de mi bar favorito de Dundas.

—¿Dundas?, ¿es allí donde vives, Leo? ¿Es un sitio pequeño, un pueblo? Jamás lo había oído nombrar.

—Sí, es un lugar pequeño, Bárbara. —Recibió de las manos de ella una copa de vino y bebió un sorbo—. ¿Eres soltera?

—Solterísima —contestó con voz cantarina.

—¿Y cómo es eso?

—La misma pregunta te hago, Leo. ¿Cómo es que un hombre así de guapo está libre? ¿O acaso no lo estás? Me sorprende que puedas ir por la calle sin que las mujeres te salten encima.

Hugo puso cara de horror.

Leo rio.

—Imagino que te sucede lo mismo y, mira, aquí estamos los dos, siendo presentados por amigos comunes. La vida es así de incomprensible.

Leo soltó aquello y Barbará comenzó a reír a carcajadas.

Me dieron ganas de quitarme el cinturón y ahorcarla con éste, igual que a Leo. ¿De qué iba todo ese juego suyo? ¿Quizá le pediría también que lo acompañase la noche siguiente a casa de Red?

—¿Qué os parece si pasamos a la mesa? Bárbara ya me ha ayudado a llevar las bandejas con los aperitivos.

—Sí, claro; será un placer —convino Leo.

Hugo y Bárbara volvieron a adelantarse.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunté en voz baja, si bien quería gritarlo. No resistiría esa noche si él se iba con Bárbara.

—Todo esto es tan teatral...

—¿Ésa es tu respuesta?, ¿que es teatral? ¡Sí, claro que lo es! ¡Es ridículo y no tiene ningún sentido! ¡Es absurdo!

—Somos unos actores maravillosos.

—¿De qué estás hablando? ¿Lo dices porque le miento a Hugo, porque no le cuento lo que hago contigo? ¿Ahora vas a juzgarme? Eres tú el que no lo soporta y, de todos modos, has venido. No te atrevas a decirme que soy perfecta actuando, porque tú eres igual.

—Sí, a veces me sale muy bien. En otras ocasiones, no puedo fingir, igual que tú.  
¿Por qué es tan fácil fingir aquí, fingir en esto?

—¡Mierda, Leo! ¿Y a mí me lo preguntas? ¿Es que pretendes volverme loca?

—¿Hugo es tan buen mentiroso como tú?

—¡Leo! ¿Qué pretendes conseguir?

—¿Confías en mí?

—No me vengas con eso. Mierda, Leo, ni siquiera sé quién soy. Estás destruyéndolo todo, todo lo que creía que era mi vida.

—Disculpa que te contradiga, pero no soy yo. Eres tú. Por mí puedes casarte con él y seguir actuando el resto de tu vida, o hacer lo que te venga en gana. Mi pasaje tiene fecha para el lunes que viene.

—¿Cómo sabes que...?

—El padre de Hugo me lo contó, están todos muy emocionados. ¿También tú?

No conseguí contestar.

—Quizá no seas tan buena actriz. Deberás practicar si quieres convencerlo de que lo amas y quieres casarte también. Por cierto —se me acercó y susurró en mi oído—: tampoco eres tan buena actriz junto a Bárbara; me ha dado la impresión de que querías matarla.

—Y tú te la quieres follar.

—No sabes nada sobre mí.

—Le has preguntado si estaba soltera.

—Les parecerá raro si no los acompañamos al comedor —soltó, y comenzó a alejarse como si nada.

—¡Leo! —lo llamé ahogando un grito.

—Hazme el favor de acompañarme al comedor e intenta no asesinar a Bárbara en lo que queda de noche.

—Te la follarás —lo acusé una vez más, y él se rio—. No te rías de mí.

—Es que resultas graciosa. Vamos, relájate. El vino es un asco y necesito algo con qué bajarlo.

—Leo —jadeé perdida.

—Cuanto antes cenemos, antes se acabará esto.

—Y tú podrás follártela.

En ese momento Leo se rio de lo más divertido.

Retrocedió sobre sus pasos hasta mí.

—¿Eso sería lo más grave?, ¿que yo me la follara? ¿De verdad, Alexia?

—Bueno, no, pero...

—Ayer estuviste en la sala con otras cuatro personas y yo no te lo recrimino.

—Sí, pero ella...

—No voy a enamorarme de ella.

«Tampoco de mí», pensé. Leo no se enamora. Tan idiota me sentí.

—Si lo hago, te lo diré, lo prometo.

—No sé si querría saberlo.

—No sería más que sexo.

—No sigas.

—¿Te molesta que tenga sexo con ella y no contigo?

¿Hacía falta que lo preguntase?

No esperó mi respuesta.

—Mañana será una noche importante y te quiero allí conmigo, como mi compañera y sin teatro, sin actuación. ¿Te parece bien?

—Sí, es que...

—¿Todavía soy tu deseo?

—Sí, claro, más que nunca. —«Y en el más amplio sentido de la palabra», añadí dentro de mi cabeza.

—Intento hacer las cosas bien, lo juro. Ten fe en mí.

—¿Eres un hombre de fe? —solté con sorna.

—No creo en Dios, pero todavía intento aferrarme a lo último que me queda de fe en la humanidad. No resulta fácil, por estos días todavía menos.

Inspiré hondo un par de veces, observándolo fijamente. Él se sonrió y la noche se iluminó, y no eran luces escenográficas para una puesta en escena, era la luz natural de la vida, la que por momentos apenas chisporrotea, la que a veces parece llegar al punto de extinguirse pero que, en ese instante, brillaba con una intensidad única.

¿Cómo no creer en él? No creer en él significaría no creer en mí.

—Bien, está bien, confío en ti.

—Bien.

—Bien.

—Bien —entonó él sonriendo.

—Bien.

—Bien. ¿Quieres ver quién se queda con la última palabra?

—Bien, Leo —lo vacilé.

—Bien, Alexia.

—Bien.

—Bien.

—Ya basta. —Esa tontera me arrancó una sonrisa.

—Bien.

—Bien.

Entoné su nombre riendo; él, el mío.

—Bien, acaba ya, esto es ridículo.

—Muy tonto.

—Bien.

—Bien.

Hugo nos interrumpió llamándonos desde el comedor.

—Ya vamos, Hugo.

—¿Se le baja el suflé?

No sé si fue su cara de chiste o su pregunta lo que me arrancó una carcajada. Imagino que fueron las dos cosas.

—No ha preparado suflé —contesté entre risas.

—¿Tú cocinas? —me preguntó al tiempo que echábamos a andar.

—No, soy pésima. ¿Y tú?

—Sí. De hecho, lo hago muy bien.

—¿Qué más sabes hacer?

—Ahh, tengo múltiples talentos.

Me lo imaginaba. Lo imaginé y me entró el calor.

—Puedo tomar cinco cervezas una detrás de otra sin detenerme a respirar.

Me carcajeé.

—No digas tonterías.

—No son tonterías, estoy muy orgulloso de mi capacidad.

—¿Cómo se llama ese bar que mencionaste, tu favorito en Dundas?

—Rat & Tiger. Allí sirven la mejor cerveza barata que puedas beber.

Su comentario me arrancó una nueva risotada.

—Suenan a bar de hombres recios.

—En Canadá son todos hombres recios, tipo leñadores y esas cosas. —

Obviamente soltó aquello en broma, su cara lo delataba.

Volví a reír.

Él no tenía ni idea de lo mucho que deseaba verlo en aquel bar, en Dundas, donde tenía su vida. Su vida... Quizá fuese mejor no pensar demasiado en eso; después de todo, sus motivos tendría para ser tan reservado y yo ni siquiera me atrevía a pensar en ellos por miedo a amargarme aún más. Todavía repiqueteaba en mi cabeza aquello de que su pasaje tenía fecha para el próximo lunes.

Le sonreí y continué avanzando a su lado porque Hugo volvió a llamarnos, y también Bárbara.



## 16. Dejarlo partir

Creo que, de haber tenido que oír una palabra más, hubiese estallado. Bárbara no paró de hablar en toda la noche, de hablar y de reír, y Hugo con ella, mientras Leo y yo los observábamos en silencio.

Yo me había sentado frente a él y Hugo, a mi izquierda, frente a Bárbara.

Las miradas que Leo me lanzaba decían más que todas las palabras pronunciadas por Bárbara y Hugo.

Leo estaba más taciturno que de costumbre; se expresó con monosílabos, no sonrió en ningún momento y poco o nada comentó sobre sí mismo cuando Bárbara prácticamente lo obligó a ello.

No dijo mucho más de lo que yo ya conocía de sus labios: que llevaba un tiempo viviendo en Canadá, que le gustaba hacerlo, que su vida estaba allí; que era dueño de una ferretería y, cuando Bárbara le preguntó qué hacía para mantener ese maravilloso estado físico, Leo le explicó que practicaba *parkour*.

Eso fue todo.

Todo hasta ese momento, hasta que, pasando de ignorar a Bárbara, Leo aceptó partir con ella cuando anunció que era hora de retirarse. Le propuso que compartiesen un taxi y Leo le contestó que había ido en su coche y que no tenía problema en acercarla a su casa.

En vez de estallar de alegría por no tener que continuar escuchándola, quedé sin ninguna energía.

Ví la puerta del ascensor cerrarse frente a ellos. Hugo me agarró por la cintura y así fui lanzada a una vida que no reconocía como mía.

De mi andar de camino al vestidor a correr, no hubo demasiada diferencia. Allí me escondí con la excusa de desvestirme, aunque en realidad lo que hice fue llamarlo por teléfono. Poco me importaba si le parecía mal que me inmiscuyese en su vida, no quería que se fuera con Bárbara, y aún menos que pasase la noche con ella.

Llamé dispuesta a rogarle, incluso a gritarle, a ponerme en ridículo.

Leo tenía el móvil apagado e imaginé que dejarle un mensaje no valdría de nada, porque lo escucharía cuando todo hubiese sucedido ya.

Invasada por la tristeza, me desvestí y, después de pasar por el baño para quitarme el maquillaje y lavarme los dientes, me fui directa a la cama.

Hugo intentó ponerse cariñoso, me besó el cuello y soltó algo así como «al fin solos». Le contesté que estaba cansada y no insistió.

Me dormí sintiéndome muy sola.

—¿No te gusta?

Alcé la vista del plato y dejé de mover la cuchara dentro del cuenco con cereales y yogur; la mezcla comenzaba a formar una pasta de aspecto muy poco apetitoso.

—Pensaba que te gustaría —añadió antes de que pudiese contestar nada.

—Está muy bien, es que no tengo hambre.

—Anoche apenas comiste.

—Sí, bueno... quizá no esté muy bien del estómago.

Hugo se quedó observándome.

—Eso o que hay algo en lo que yo preparo que hace que te disguste.

—No es eso, Hugo. Tu comida es excelente.

Ofendido, se levantó de la mesa llevándose su cuenco vacío en dirección al lavavajillas.

A mi mal humor por la partida de Leo y Bárbara juntos la noche anterior solamente le faltaba una escena de Hugo.

—No tiene nada que ver con tu comida. Tengo el estómago revuelto, eso es todo.

—Mentira, no tenía el estómago revuelto; tampoco era que su comida me disgustase, sino que no tenía cabeza para preocuparme por comer o por ninguna otra cosa que no fuese Leo. Me levanté para seguirlo.

—Anoche ni siquiera hablaste —soltó enfrentándome antes de llegar a abrir la máquina.

—Bueno, es que estoy cansada. Sé que no fui la perfecta anfitriona. Disculpa. Además, Bárbara no me motiva a serlo, tampoco.

—Al menos se fue con Leo.

Aquello hizo saltar todas las alarmas dentro de mi cabeza.

—¿Qué?

—Nada.

—¿De verdad crees que, porque Leo se fue con Bárbara, convencerá a su padre de hacer negocios con el tuyo? ¿Se la soltaste como carnada?

—Alexia, sabes cómo son las cosas. No me lo compliques. No es la muerte de nadie. No hagas de esto algo que no es.

—¿Qué es lo que no es? ¡No soportas a Leo y, sin embargo, anoche lo invitaste a cenar y por todos los medios intentaste ganarte su beneplácito, incluyendo el mandarlo a casa con una mujer que a todas luces estaba desesperada por acostarse con él!

—Son adultos, ellos sabrán lo que hacen, no es asunto nuestro.

—¡Hugo!

—No me grites. Alexia, exageras.

—Lo de anoche fue patético y no tengo ninguna intención de repetir una escena semejante. Si tu padre quiere hacer negocios, que se los consiga él solo.

—¿Qué sucede contigo? Tus padres hacen lo mismo. Ésta es tu vida, mi vida. No entiendo por qué te pones así.

—Porque no lo soporto, porque no quiero esto.

Hugo me miró sin parpadear.

—¿Qué es lo que no quieres?

El sonido de mi móvil nos interrumpió. Me debatí entre contestarle lo que yo misma no deseaba oír o contestar la llamada. Como todavía tenía demasiadas dudas, me decidí por el teléfono.

Fui hasta la mesa y lo cogí. Era Leo.

Oí a Hugo cerrar de un golpe el lavavajillas.

Sin dar explicaciones, salí de la cocina. Necesitaba hablar con él en privado.

—Hola.

—Hola, ¿estabas ocupada?

—No. ¿Y tú?

Leo se quedó en silencio un momento.

—¿Te sucede algo?

Era obvio que sí.

—¿Te acostaste con ella? —le pregunté escabulléndome hacia la terraza.

—Alexia... Te he llamado para concretar lo de hoy con tu hermano y con Doménico.

—¿Por qué no respondes?

—¿En serio quieres saberlo?

—Te lo estoy preguntando.

—Sí, pero por tu tono imagino que en realidad no quieres saberlo. ¿Sabes qué?, no tengo por qué ocultártelo; nosotros somos compañeros y no me parece que necesitemos escondernos cosas el uno al otro. Sí, me acosté con ella y luego regresé a casa. Acabo de despertar y estaba desayunando. Y, ahora, ¿has hablado ya con Jerónimo? Si quieres puedo llamarlo yo, para que no le quede más remedio que venir. ¿Te parece?

No pude contestar, mi cerebro no reaccionaba. Bueno, en realidad sí reaccionaba, mi cerebro quería matar a Bárbara.

—Alexia, ¿continúas ahí?

—Sí, aquí estoy.

Llegó su turno de guardar silencio durante unos segundos.

—¿Sigue en pie el plan o no?

—¿De qué plan me hablas?

—De todos, supongo; lo nuestro, lo de esta tarde con tu hermano, lo de esta noche.

—Sí. Sí, todo sigue en pie. —Sostenido con hilos.

—Bien. ¿Quieres que me encargue de llamar a Jerónimo? Hoy estás rara.

Era por su culpa, por acostarse con Bárbara. Y lo peor de todo era que sabía que no tenía derecho a hacerle recriminación alguna. Las preguntas se acumulaban en la punta de mi lengua: ¿la había llevado al Délice?, ¿le había presentado a los demás?, ¿le había contado cosas de su vida?, ¿se la había follado y listo?

—No tengo un buen día.

—Bueno, no te preocupes. Llamaré a Jerónimo. Cuando concrete algo con él, te avisaré. Pasaré a buscarlo y nos encontraremos en el gimnasio de Doménico. ¿Te parece bien? Te esperaremos allí. ¿Recuerdas dónde es?

—Sí, lo recuerdo. Está bien, nos vemos allí cuando tú digas.

Nos quedamos en silencio.

—Nada ha cambiado —soltó de pronto, cortando el silencio en la línea.

No estaba tan segura de eso. Todo en mi vida no paraba de cambiar.

—Ey, estamos bien, ¿no?

No pude tragar la saliva que tenía en la boca, yo no estaba nada bien.

—Tranquila, entre los dos nos ocuparemos de tu hermano.

—Sí. —Me aferré a la baranda con los ojos fijos en el horizonte de la ciudad, deseando tener la imagen de un lugar muy distinto a ése, de un paisaje que ni siquiera conocía y que quedaba a kilómetros de allí. Me pregunté cómo olería Dundas, cómo serían sus albas. ¿Cómo sería amanecer en la vida de Leo allí en Canadá?

—¿Todavía confías en mí, confías en ti?

No pude contestarle.

—Todo saldrá bien, ya lo verás.

Lo dudaba.

—Te llamo en seguida.

—Bien.

—Bien.

—No te preocupes. Espera, que en un momento te digo algo.

—Sí, espero.

Leo se despidió y colgó.

Creo que, desde que bajé el móvil hasta que Hugo llegó, no pasaron ni cinco segundos.

—Pelear contigo es lo último que quiero.

Me di la vuelta y lo miré.

—No por culpa de terceros —acotó.

Lo que él no comprendía era que eso nada tenía que ver con terceras personas, el problema de raíz era nuestro. Mío, quizá.

Hugo llegó a mí y me abrazó.

—Podríamos tomarnos el día para nosotros dos solos.

—He quedado con Jerónimo por la tarde y acaba de llamarme una compañera del hospital para preguntarme si podría cubrir su guardia de esta noche y le he dicho que sí —mentí asquerosamente.

—Pero si acabas de decirme que estabas cansada.

—Ya me devolverá ella el favor.

Hugo me soltó.

—Bien. Como quieras. Mejor me pongo a trabajar, tengo demasiadas cosas que hacer.

Hugo se fue, se alejó, y sentí que la separación era mucho más que el hecho de que se dirigiese a su despacho a trabajar. Dentro de mí se abrió una puerta que me había esforzado en mantener cerrada. Me había apoyado con todo el peso de mi cuerpo contra ésta para evitar que se abriese, pero ya no soportaba más ese esfuerzo.

Verlo alejarse a través de los cristales que daban al salón, verlo alejarse de mí, dejarlo partir... Eso ya no parecía bueno ni para él ni para mí, no se sentía bien y dudaba de que pudiese volver a cerrar esa puerta contra la cual me apoyaba y que, al

mismo tiempo, tanto me agotaba mantener cerrada.

Era probable que Hugo no fuese lo único que acabase dejando partir.

Me encontré sin saber de dónde sacaría fuerzas para seguir adelante, para hacerme responsable de mis actos y de mis decisiones.

\* \* \*

Apagué el motor del coche y solté un suspiro. Eché un vistazo en dirección al gimnasio de Doménico. Llegaba con media hora de retraso. Jerónimo y Leo debían de estar esperándome. Leo me había enviado un mensaje quince minutos más tarde tras nuestra primera conversación para avisarme de que había quedado en pasar a buscar a Jerónimo y que me esperarían allí.

A mi lado, en el asiento del acompañante, descansaban los sobres con los informes de los estudios que sabía que no le gustaría ver; estudios por los que Hugo ni siquiera se había interesado, pese a que los había visto en mi mano cuando fui a despedirme de él a su despacho.

Había pasado el tiempo que debía esperar para salir en un estado cuasi depresivo, y tan ensimismada había estado en mis pensamientos que se me había pasado la hora y por eso llegaba tarde.

Me era difícil de aceptar que allí dentro estaban las dos personas que, en ese momento, más cercanas me resultaban en el mundo; no conseguía hacerme a la idea de vivir sin Leo y sin Jerónimo. Sentir eso por mi hermano era esperable, pero no por alguien que sólo conocía desde hacía seis días.

¿Serviría de algo que le pidiese que no se fuera? Probablemente no.

Con ganas de roerme las uñas tal como hacía cuando era pequeña, hasta que mi madre, de tanto reprenderme, acabó quitándome el hábito, caminé hasta el gimnasio.

—¡Hola! —exclamó la chica de cabeza rapada que estaba allí, en la recepción, la primera vez que entré en ese local con Leo y Doménico.

Su efusividad me llevó por delante.

—Bienvenida otra vez, Alexia. Dome me ha avisado de que vendrías. —Salió de detrás del mostrador y llegó a mí para darme un beso en la mejilla—. Leo, tu hermano y Dome están allí, divirtiéndose un poco. Tu hermano es un amor, un galán de primera.

No me extrañó que me dijese eso de Jerónimo, ni que ya se supiese su nombre y quién era, pues para él era muy sencillo llegar a un lugar y hacer que todo el mundo lo conociese; tenía el don de hacer amigos allí donde iba, pues era imposible que Jerónimo no te cayese bien.

—Hola. Gracias.

—Nos alegra tenerte aquí. ¿Vienes a divertirte un poco?

—Bueno, no sé. Ya veré.

—Los muchachos te esperan allí. —Apuntó con la cabeza hacia atrás, indicándome aquel campo de entrenamiento en el que Leo y Doménico se ejercitaban y disfrutaban—. Le están enseñando un par de movimientos a Jerónimo. ¿Quieres pasar a cambiarte?

—No, creo que iré directamente a verlos.

—Sí, claro. Adelante. —Se apartó sonriéndome.

Comencé a avanzar hacia la entrada del terreno preparado con todos los obstáculos y aventuras que una ciudad puede ofrecer y ella se alejó de regreso a la recepción.

Atravesé la puerta de cristal por la que se veía el hangar y, tan pronto como lo hice, oí la risa de mi hermano. Su risa era alegría instantánea para mi corazón.

—¡Mira cómo salta! —gritó Doménico—. Cualquiera diría que éste ha practicado *parkour* toda su vida. ¡Te haces viejo, Leo, no puedes seguirle el ritmo a un veinteañero! ¡Retírate ya!

—¡Vete a la mierda, Dome! —jadeó Leo, y lo vi lanzarse tras mi hermano saltando de tubería en tubería con los brazos en una especie de puente con cuerdas. Jerónimo le llevaba la delantera por mucho; el caso es que saltaba como si su cuerpo no pesase nada, como si sus brazos tuviesen imanes para ir directo de una barra a la otra.

Avancé un par de pasos más para internarme en el amplio espacio y así no perderlos de vista. Esas dos personas, sin las cuales no conseguía imaginar mi vida, reían mientras Doménico les gritaba cosas para alentarlos.

Jerónimo saltó del puente a una plataforma de madera de la cual había que bajar por una sogas con nudos. Leo estaba dejándolo ganar aquella carrera y eso resultó evidente cuando se detuvo en seco sobre la plataforma y se paró allí con las manos en la cintura. Estaba sudado y con la cara roja por el esfuerzo, igual que mi hermano, pero sonreía abiertamente. No tenía ni idea de que yo lo veía, por lo que su rostro era libre de expresar emociones sin temer ser juzgado o examinado. Parecía diez años menor y ni rastro de esa pizca de agobio que me daba la impresión de que, por momentos, cargaba en sus ojos.

Leo se limpió el sudor de la frente con el antebrazo, volvió a llevarse las manos a la cintura y esperó allí a que Jerónimo llegase a la mitad de la sogas; entonces sí la agarró entre sus manos y comenzó a descender.

Durante un par de segundos compartieron la sogas. Mi hermano saltó al suelo y salió disparado hacia la derecha; la sogas se bamboleó un poco debajo de los pies de Leo, quien saltó al suelo cuando todavía le quedaba un tramo de unos dos metros por debajo de sus pies. Todavía amortiguaba el impacto de la caída con sus rodillas cuando me vio. Le sonreí. Con eso se lo decía todo, incluso aquello que no sabía que tenía para decirle.

Él se irguió sin apartar sus ojos de los míos. Parpadeó, giró la cabeza y entonces fue a salir corriendo en dirección a mi hermano. Ésa era la intención; no llegó muy lejos. Lo vi caer despacio, de espaldas, y por poco vomito mi corazón del susto.

Mis piernas salieron disparadas en su dirección incluso mucho antes de que él terminase de caer. En pánico, grité su nombre; aquello no era más que una plataforma angosta y, por debajo de él, otros dos metros hasta el suelo. Maldije el *parkour* y mi

idea de aceptar su ayuda con respecto a mi hermano. Si le sucedía algo a Leo, yo...

Atravesé todo el campo pasando por delante de dos o tres personas que corrían en direcciones diversas hacia rampas y otros obstáculos, venían a toda velocidad. Uno me llevó por delante, pero no me detuvo. Volví a gritar el nombre de Leo y Doménico lo hizo conmigo.

Un sonoro «¡mierda!» de mi hermano reverberó en el techo de fibra semitransparente. No sé cómo ni por dónde, escalé hasta la plataforma sobre la cual en ese instante yacía Leo de espaldas. Al menos no había caído de allí.

Me colgué del borde y llegué a su lado.

La cuerda a mi izquierda se sacudió, Doménico debía de estar bajando por allí.

—¡Leo, Leo!

Éste estaba tendido en el suelo, de espaldas, con los ojos cerrados. Ante mi llamada, frunció el entrecejo y se llevó una mano a la nuca.

—He resbalado con la puta sogá —gruñó—. Soy un idiota. —Abrió los ojos.

Recordé la primera vez que vi esos ojos, esa mirada, en mi fiesta de cumpleaños.

—¿Qué ha pasado? —jadeó Jerónimo llegando a mi lado.

—¡Leo! —gritó Doménico aterrizando a pocos pasos de la cabeza de Leo.

Éste hizo el amago de levantarse. Lo frené con ambas manos sobre su pecho.

—Quieto, quieto, que te has dado un golpe tremendo.

—Tiene la cabeza dura —bromeó Doménico ante mis palabras—. Mariela, llama al servicio de Urgencias —le gritó a la joven rapada que atendía la recepción. Ella ya venía corriendo con el teléfono en la mano.

—Mierda, Doménico, que no es necesario. Estoy bien. —Volvió a intentar alzarse y yo lo empujé hacia abajo. No opuso demasiada resistencia. Lo vi apretar los párpados.

—¿Estás mareado? —Era una experta manteniendo la calma en momentos de crisis así, o mucho peores, pero en ese instante mis manos se echaron a temblar del miedo.

—¿Está bien? —me preguntó Jerónimo.

—Sí, un poco —contestó Leo entreabriendo los párpados sin dejar de fruncir el entrecejo y la frente.

—Hazme el favor de quedarte quieto. —Bajé sus manos a los costados de su cuerpo y, de rodillas, avancé hasta su cabeza—. ¿Qué día de la semana es hoy?

—¿Bromeas? —rezongó mirándome con un solo ojo y de muy malos modos—. No tengo nada más que un golpe. Por favor, no exageréis.

—No te comportes como un crío y contesta —lo riñó Doménico.

—Es miércoles, carajo. Sé en qué día vivo. No tengo nada.

—Nada más que el cráneo abollado. Deberías retirarte, Leo. Un novato acaba de noquearte.

Leo le tiró una patada a Jerónimo. No fue con fuerza. Fue jugando. Jerónimo se rio de él.

—Lo ves. Estás acabado, hermano.

—¿Puedes hacer el favor de quedarte quieto, Leo? ¡Jero, no lo provoques!

—Nada, si es que se ha calentado solito porque lo he dejado atrás.

—La ambulancia viene en camino —nos avisó Mariela justo desde el borde de la plataforma—. Preguntan si ha perdido el conocimiento en algún momento.

—Mierda, que estoy bien —chilló Leo desde el suelo abriendo los ojos desmesuradamente.

—Creo que los de Urgencias ya te han oído. —Mariela rio—. Eres un paciente pésimo, Leo.

—Ni siquiera soy paciente, no tengo anda.

—Cierra la boca y deja que revise tu cuello. —Mis manos se pusieron a sudar todavía más, antes por el miedo, en ese momento por los nervios de tocarlo.

Ansiosa, moví los dedos antes de comenzar a palpar con suavidad su nuca.

Leo abrió los ojos de par en par y se quedó mirándome, poniéndome todavía más nerviosa.

Las yemas de mis dedos entraron en contacto con la firmeza de su carne. Me dio la impresión de que, ante mi tacto, sus músculos se ponían todavía más tensos. No noté nada extraño. Bajé por su columna.

—¿Duele?

—No, estoy bien, Alexia. No es nada.

—Pero te has mareado, cabezón. Cierra ya la boca y deja que la doctora haga su trabajo —le espetó Doménico.

—Alexia es cirujana pediátrica.

—Y tú eres un crío malcriado que no puede estarse quieto ni cinco segundos.

Mi hermano rio ante las palabras de Doménico.

—Estoy bien, no me he roto la columna ni ninguna otra cosa.

—Únicamente tu ego, se ha roto —bromeó Jerónimo.

—Ya basta los dos. ¿Podríais comportaros como adultos? ¿Puedes mover los pies, Leo?

Las puntas de las zapatillas deportivas de Leo se movieron hacia arriba y hacia abajo.

—¿Los brazos?

Leo alzó el antebrazo izquierdo y le dedicó a mi hermano, que reía a carcajadas, un *fuck you* de lo más aparatoso. Por una fracción de segundo, me preocupé, de su mano derecha no tenía reacción.

Di un respingo cuando sentí el calor en el interior de mi rodilla derecha. Su mano se prendió de mi muslo. Mi pierna falló y por poco caigo sobre él.

No me faltaban las ganas de reclinarme sobre aquel pecho y abrazarlo, y que me abrazara.

Leo me sonrió pícaro.

—Tenía planes para esta noche, ¿crees que debo aplazarlos? —me preguntó poniendo cara de inocente.

—Imagino que podrán conseguirte una silla de ruedas.

—Jerónimo.

—A ver qué dicen los de Urgencias.

—Si no puedo ir esta noche, te demandaré, Doménico.

—Mierda, mejor haz que se levante, Alexia. No quiero tener problemas.



Leo hizo el amago de incorporarse otra vez, ya sin cerrar los ojos; los mareos debían de haber pasado ya.

—Deja que te examine el cráneo.

—No te preocupes, que dentro no hay nada.

—Sí, mi padre siempre dice que fui un descerebrado.

—Deberíamos llamar a tus padres.

Leo se carcajeó ante mi sugerencia.

—No tengo diez años.

—¿Tan mal está? —preguntó Mariela.

—No creo que su cerebro funcione peor que antes de caerse —le contestó mi hermano.

Mariela ya no hablaba con los de Urgencias.

—No tengo nada, estoy bien; ha sido solamente un golpe.

Mis manos treparon por su cuello hasta su nuca. Intenté ser delicada, pero, de todas formas, Leo se quejó.

—Donde sea que vayas esta noche, irás con un precioso chichón en la cabeza —se burló Jerónimo, y yo me puse todavía más nerviosa.

—Basta, esto no es para que os lo toméis a risa.

Leo llevó su mano derecha hasta donde todavía estaban las mías, para palpar esa zona. Sus dedos se enredaron en los míos y de pronto dejaron de tocar su cabeza para tocarme a mí. Entonces fui yo la que se sintió como si hubiese tenido un trauma craneal. Sus dedos treparon por el dorso de mi mano apenas rozando mi piel.

Lo hubiese besado allí mismo de no ser por...

—Jerónimo, ¿puedes acompañar a Mariela a la entrada para ver si ya han llegado los de emergencias? —soltó Doménico arrancándome del gran deseo por Leo que en ese momento se apoderaba de mí. Se enderezó estirando las piernas—. No os preocupéis, está bien. No ha sucedido nada. De todas formas, la ambulancia viene en camino —le dijo a la media docena de personas que nos rodeaban desde debajo de la plataforma. En el grupo se encontraba Tim, aquel americano altísimo y muy simpático que conocí mi primer día allí.

Tim me sonrió y luego se alejó conversando con un rubio que tenía toda la apariencia de compartir país de origen con él.

Quise concentrarme en Tim, pero no pude porque la mano de Leo estaba alrededor de mi muñeca derecha.

—Leo.

El nombre brotó de los labios de Doménico y Leo, al instante, me soltó.

Quité mis manos de él porque el tono en el que Doménico pronunció su nombre sonó a reprimenda o algo así. Me sentí incómoda, fuera de lugar y como si hubiese sido atrapada haciendo algo que no debía.

Algo que no debía... ¿Cómo iba a explicarle a Hugo lo que estaba haciendo? ¿Cómo les explicaría a todos que no tenía ni idea de qué hacer con mi vida?

—Estoy bien, no ha sido nada. Me he resbalado con la puta sogá, eso es todo. Me he distraído y no la he visto —comentó mirándome a mí, apartando la vista del rostro de su amigo—. Es culpa tuya —agregó mirando al italiano otra vez—. Querías que lo dejase ganar para que ganara confianza.

—Y ha dado resultado. —Doménico giró la cabeza hacia mí—. ¿Eso que has soltado allí en la entrada son los resultados de los análisis de tu hermano?

Asentí con la cabeza.

—Sé que es probable que no tengas nada, pero ¿me harías el favor de ir al hospital? Me gustaría quedarme aquí hablando con Jerónimo —le dijo a Leo, y después movió sus ojos hasta mí—. Mis padres son, ambos, médicos; puedo echarle un vistazo a los resultados y hablar con él. Tengo bastante experiencia en medicina y en hablar.

—Sí, en hablar sobre todo —murmuró Leo.

—Es que no sé, yo... —No quería dejar a Jerónimo allí, sentía que necesitaba ser yo la que me hiciese responsable de él, de su salud, puesto que casi siempre lo había hecho.

—Tu hermano es adulto, Alexia. Es probable que, si te quedas, se ponga a la defensiva y no se tome esto en serio, y lo que menos necesito es que adopte esa postura. Si quieres que tu hermano entienda de una vez que debe cuidarse, que debe hacerse responsable de su salud, de su cuerpo y de su vida, debes dejarlo solo. Tienes que permitirle tomar sus propias decisiones y no que se sienta forzado a decir lo que tú quieres escuchar o lo que tus padres desearían oír. Para ayudar a tu hermano, necesito conocerlo, y eso no lo haré si te quedas aquí.

—Pero dijiste que... —comenzó a replicar Leo desde el suelo.

—Confía en mí, Leo. Sé lo que hago.

—Sí, sé que sabes lo que haces, pero Jerónimo...

—Es mi hermano, Doménico.

—Pero no es solamente eso y, si te quedas aquí, será lo único que podré ver de él y no quiero eso. Eso no me sirve. Leo, sabes que puedo ayudarlo; recuerda lo que eras cuando llegaste a mí.

Leo apretó los dientes y me miró.

Doménico puso cara de circunstancias, consciente de que se había ido de la lengua.

—Él puede ayudarlo, Alexia. A veces las palabras de un extraño calan más hondo que las de alguien que ha estado allí para ti toda tu vida. Somos así de retorcidos.

—En especial, tú —bromeó Doménico.

Leo le lanzó un puñetazo.

—De verdad puedes confiar en él, Doménico tiene un don.

—Sí, soy un hada con poderes mágicos —soltó el italiano riendo.

—Parece un idiota, pero no lo es.

—Es mi hermano pequeño, el único que tengo, Doménico —refunfuñé con la garganta tan cerrada que apenas si podía hablar.

—Entiendo tu preocupación. Sólo te pido que nos des la oportunidad. Si no puedo con él, te lo diré, seré honesto, y luego lo intentarás a tu modo.

Oí sonar las sirenas de la ambulancia mientras miraba a los ojos a Doménico.

Apreté los dientes.

—Ok, está bien. Lo dejaré aquí contigo. No dejes que se lleve los resultados de los estudios, que siempre los pierde.

—Los guardaré yo, tranquila —contestó. Luego miró a Leo—. Les diré que te lleven al hospital para hacerte una radiografía, para asegurarnos de que no tienes ningún daño interno.

Leo le sonrió. Fue una sonrisa de amigo a amigo. Una sonrisa de gratitud.

—¡Ya han llegado, Dome! —nos avisó Mariela abriendo la puerta de cristal que separaba la recepción del gran espacio del hangar en el que estaba construido el campo de entrenamiento.

Dos hombres entraron cargando la camilla acompañados de una doctora, una mujer de aspecto muy serio y poco amistoso. Sobre la camilla se bamboleaba un collar cervical.

Jerónimo y Mariela se aproximaron con ellos.

La doctora llevó a cabo el procedimiento de rutina: le hizo mover piernas y brazos, le preguntó si sentía algún adormecimiento, le formuló preguntas para comprobar su memoria...

Leo soportó otros diez minutos y, finalmente, bajo la insistencia de Doménico, aduciendo que no quería quedarse con ninguna duda, le pidió a la doctora que nos llevase al hospital para que se cerciorasen de que todo estuviese realmente bien.

Con un par de sonrisas de Doménico de por medio, y también un poco de su charla, para mi sorpresa la doctora acabó cediendo a su petición.

Quizá no debí sorprenderme tanto.

De camino a la salida, vi a Doménico pedirle a Mariela que recogiese los sobres que yo había hecho volar por los aires al ver a Leo caer y que los llevase a su oficina.

Le comenté a Jerónimo que me iba con Leo al hospital y, sin más dilación, Doménico le propuso a mi hermano que él luego lo llevaría a casa en su automóvil. Yo bien sabía que eso no se concretaría en breve, los dos tenían mucho de qué hablar.

Fue así como los camilleros subieron a Leo a la ambulancia y yo subí con él y la doctora, que continuaba preguntándole sobre su estado a medida que llenaba una planilla.

En silencio, la ambulancia partió.

—No te preocupes, todo estará bien.

Leo no lo dijo por él, sino por Jerónimo, y eso quedó claro en la sonrisa que me dedicó. Una sonrisa que hizo que se me derritiera el corazón. Otra vez me dieron ganas de acurrucarme a su lado, de recostar la cabeza sobre su pecho y besarlo.

Leo estiró su brazo izquierdo en mi dirección y tocó mis dedos, enredó las puntas de los suyos con las mías.

La doctora nos miró por turnos. Debía de pensar que exagerábamos el estado de Leo.

En menos de quince minutos estábamos en el hospital.

Allí, en un box de la sala de Urgencias, volvieron a controlar sus signos vitales y luego lo enviaron directamente a practicarle una radiografía. Cuarenta minutos después, en silla de ruedas y con un paquete de hielo que sostenía con sus propias manos contra su nuca, Leo regresó siendo acarreado por un enfermero que bromeaba con él.

—¿Y bien?

—En unos veinte minutos estarán los resultados. El doctor de guardia vendrá a hablar con ustedes en un momento. De cualquier modo, parece que todo está bien. Un chichón nada más —me contestó el enfermero sin perder la sonrisa—. No tiene que preocuparse por su novio, parece que no se ha hecho daño.

—Él no...

—Ella no es...

Nos apuramos a contestar los dos.

El enfermero se limitó a sonreírnos mientras ayudaba a Leo a regresar a la camilla.

—Esperen aquí. Sí todo está bien, en una media hora le darán el alta.

—Claro, gracias.

Leo también se lo agradeció y el enfermero se retiró, llevándose la silla de ruedas.

—¿Estás bien?

—Sí, solamente tengo un chichón del tamaño de una pelota de tenis en la cabeza, pero estoy bien.

Me mordí los labios evitando sonreír, pues la mueca que hizo incrementó mis ganas de besarlo. Tenía ese chichón en la cabeza por mí, por ayudarme con mi hermano, por resbalarse después de que nuestras miradas se cruzaran.

Mi corazón se puso a latir con fuerza y se me llenaron los ojos de lágrimas de una mezcla entre felicidad y tristeza. Ese hombre que todavía no llevaba ni una semana en mi vida hacía cosas por mí que nadie había hecho antes, cosas que no imaginé que alguien pudiese hacer por mí jamás. Sin duda, Leo había sido el mejor regalo de cumpleaños que pudiese desear.

—¿Qué? —preguntó al verme parpadear de forma maniática para intentar barrer las lágrimas que no quería llorar.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por todo. Yo no sé cómo... es que...

—No tienes que agradecerme nada, Alexia. Ya verás como se resolverá todo con tu hermano. Doménico es muy bueno. Un par de charlas con él e indefectiblemente tus ojos se abren. No sé cómo lo hace, pero ese hombre tiene un don.

—Es por todo, Leo. Todavía no entiendo por qué haces todo lo que haces por mí. Podrías estar viviendo tranquilo tu vida y, sin embargo, estás aquí con un chichón de campeonato.

—Sólo dime que vendrás conmigo esta noche y estaremos en paz.

—No creo que sea suficiente para agradecértelo.

—No necesito que me agradezcas nada, necesito que estés allí hoy, te quiero allí hoy. Es tan simple como eso. Quiero a mi compañera a mi lado esta noche.

Si él hubiese sabido lo mucho que deseaba ir... No podía ni imaginarse que, de no haberme invitado y haber mencionado el asunto, yo prácticamente le habría rogado que me permitiese acompañarlo, y eso que no tenía demasiada idea de dónde caería, o lo que realmente sucedería. Donde él estuviese, yo quería estar para no perderme ni

un segundo de los días que nos quedaban juntos. No quería pensar en eso: en cada segundo que nos quedaba por compartir; mi vida después del próximo lunes era algo en lo que no podía ni quería pensar.

—Allí estaré.

Leo sonrió.

—Tu hermano se te parece mucho.

—Él es divertido, yo no.

Se rio de mí.

—¿Qué?

—Que es hora de que dejes de insistir con decir que eres cosas que no eres. Eres tu primer enemigo, ¿lo sabes? Ésa frase es de Doménico. Nosotros mismos somos nuestros peores enemigos. No importa lo que los otros digan de ti, lo peor es lo que tú piensas de ti y, si continuas pensando así, no podrás ser quien realmente eres.

—Doménico mencionó algo de lo que eras cuando llegaste a él... —Me detuve, no quería hacerle una pregunta tan directa, mas necesitaba saber, quería saberlo todo sobre él. Todas esas cosas que sabía que tenía dentro y que no quería compartir conmigo a pesar de que yo quedaba completamente desnuda frente a él y no únicamente de un modo literal. Con él estaba enfrentando mis miedos y era probable que me conociese mejor que nadie en este mundo.

—Era un completo desastre. Es lo único que necesitas saber. Créeme: si pudo ayudarme a mí, también podrá con tu hermano. Jerónimo parece más inteligente que yo y no está tan jodido —sentenció, y sonrió al final para darme ánimo.

Yo no necesitaba que me diese ánimo, necesitaba saber por qué había estado así de mal, por qué había necesitado a Doménico.

—¿No lo extrañas cuando estás en Canadá?

—¿A Doménico?

—Sí.

—Sí, es mi mejor amigo, pero hablamos todos los días y me visita de vez en cuando.

—¿No te replanteas regresar al país? Digo... es que aquí tienes a tu familia y amigos.

—Alexia, no hagas esto que haces. No me quedaré. Mi vida está en Canadá. Con mis padres apenas si tengo relación y Doménico viene a verme a menudo. No tengo razones para quedarme aquí. Mi vida está allí. Por favor, no arruinemos lo que tenemos. ¿Podemos disfrutar de estos días que nos quedan juntos sin problemas?

—Sí, pero es que...

—Si quieres terminar, lo entenderé.

—No. No he dicho eso. —Mi pulso se aceleró.

—Entonces no vayas por ese camino, por favor.

Cerré la boca y aparté la mirada, sus ojos habían perdido toda amabilidad.

Permanecimos un momento en silencio.

—¿Te parece que esta noche te pase a buscar en mi coche?

—Sí, está bien —le contesté con voz ahogada, forzándome a no pensar en el día en el que ya no pasase a por mí, en el día en que ni siquiera tuviese esa mirada dura suya.

—Bien. En cuanto me den el alta, te llevaré hasta el gimnasio de Doménico para que recojas tu automóvil. Si él y tu hermano todavía están reunidos hablando, me quedaré esperándolo para llevarlo luego a casa, no te preocupes.

—Puedo esperarlo yo.

—No, yo lo haré. Vete a casa tranquila.

Asentí con la cabeza.

El médico de guardia llegó mucho antes de los veinte minutos que se suponía que debíamos esperar. La radiografía estaba normal. Le dieron el alta y, tal como prometió, me llevó en un taxi hasta el gimnasio.

Mariela nos informó de que Doménico y mi hermano habían salido.

Leo insistió tanto que al final me fui a casa; el caso es que acabó dándome la impresión de que ya no quería estar conmigo.

Llegué a casa, Hugo trabajaba.

No soporté quedarme allí sin hacer nada, sin saber qué hacer, de modo que huí al gimnasio y, al salir, y para evitar torturarme con pensamientos, fui de compras en busca de algo que ponerme esa noche. Tenía el guardarropa lleno de ropa que detestaba y, aunque salir de compras no era una actividad que me gustase demasiado, cualquier cosa era mejor que quedarme en casa pensando.

Regresé tarde, cargando un montón de bolsas que entusiasmaron a Hugo.

Pasamos un rato juntos, charlando de cualquier cosa. Una conversación que tuvo un sabor hueco y metálico.

Me duché, dispuse una bolsa con ropa para seguir la rutina de cuando iba a trabajar y después me preparé para salir... para enfrentar la noche, para enfrentar a Leo y a mí misma, mientras esperaba a que se hiciese la hora de bajar a la calle, rodear la esquina y encontrarme con su automóvil estacionado donde siempre.

## 17. Lo que quieras

En mí no quedaba una pizca de miedo. Si mis manos sudaban era a causa de los nervios de la anticipación. Quería a Leo, quería estar con él, sentirlo, tocarlo, verlo. Quería no volver a tener que separarme de su lado. Quería hacerme dueña de cada uno de sus pensamientos y sensaciones para disfrutarlas y vivirlas con él.

Enfundada en mi angosto vestido morado que todavía olía a nuevo, caminé en dirección a la esquina esperando ver su automóvil un par de metros más allá. Por encima llevaba un simple *trench* color beige, ya que la noche amenazaba con lluvia.

Antes de llegar al chaflán, me detuve.

Había exagerado con el vestido, quizá era demasiado ajustado, demasiado corto, pero, en cuanto lo vi, dije «eso es lo que quiero» y lo compré. No me había puesto a pensar si se me subiría hasta las caderas cada tres pasos dados o si apenas podría mover las piernas para avanzar por culpa de lo ceñido que me quedaba sobre los muslos.

En la esquina me detuve para hacer algo quizá muy poco femenino: colando mis manos por debajo del *trench*, pesqué el borde de la falda y lo bajé. La verdad es que, si se me subía más allá de las caderas, no había por debajo demasiado que cubriese mi piel. La ropa interior que llevaba, igual de morada que el vestido, no empleaba mucho tejido en su confección. Sobre todo las bragas, que por detrás no eran más que una delgada tira con una mariposa de encaje sobre el sacro.

Tal como estaban las cosas, no tenía ni idea de si Leo vería mi ropa interior nueva o no, pero el mero hecho de imaginar que la oportunidad surgiese, que le gustase, que disfrutase al ver a alguien más quitármelas... mis pensamientos se deshacían de deseo.

Llevaba horas meditando básicamente en dos cosas: Leo y sexo.

Tiré del vestido. Me entraba fresco por todas partes.

Alcé la cabeza para ver pasar por mi lado a un señor mayor que se quedó mirándome extrañado.

El hombre se aclaró la garganta y siguió su camino cruzando hacia la otra esquina.

Enderecé mi cuerpo para acomodarme dentro del *trench* y el vestido volvió a trepar por mis caderas. A Leo no le costaría mucho ver mis bragas.

Inspiré hondo y salí de mi escondite.

Allí estaba su coche.

La luz de interior se encendió. Sus ojos me regalaron una mirada incendiaria.

Iba vestido muy elegante, al menos eso me pareció. Traje oscuro, camisa igual de oscura y una corbata del color que ahora reflejaban sus ojos en esa mezcla de la luz rojiza del alumbrado público y el cielo morado por las nubes de lluvia.

Ese reflejo color peltre...

Le sostuve la mirada e intenté caminar en dirección al automóvil sin evidenciar demasiado las ganas que tenía de que me arrancara el *trench*, el vestido y mis casi inexistentes bragas.

Moví la pierna derecha: Leo.

Pierna izquierda hacia delante, de ese modo extraño en que caminan las modelos sobre la pasarela cuando sus vestidos no les permiten avanzar de un modo normal: sexo.

Pierna derecha: Leo.

Pierna izquierda: sexo.

El condenado vestido quería dejarme desnuda de cintura para abajo en mitad de la calle.

Leo, sexo. Leo, sexo. Repetir eso mientras caminaba con la cabeza erguida, pretendiendo parecer que iba por esta vida como si nada, terminó haciéndome sonreír. En vez de derecha, izquierda, derecha, derecha, izquierda, derecha, como en el Ejército, era Leo, sexo, Leo, Leo, sexo, Leo.

Me pregunté de qué recóndito rincón de mi cerebro salían todas estas estupideces y todos los pensamientos que tenía en ese instante en la cabeza.

Sexo, Leo y, en medio de mis piernas, un incendio. Eso no solía sucederme, pero allí estaba, y Leo mirándome con una ceja en alto y una media sonrisa que...

Leo se movió hacia la puerta del acompañante y la abrió desde dentro para mí.

Las luces del interior se apagaron.

En mis zapatos de charol color piel con suelas rojas, que también eran nuevos y que tenían muchos más centímetros de los recomendables para caminar sobre adoquines húmedos, bajé el bordillo y caminé hasta la puerta abierta.

Asomé la cabeza dentro antes de entrar.

—¿Esperas a alguien? —bromeé. Todavía no entiendo muy bien por qué estaba de tan buen humor.

Leo me sonrió. Hizo ese ruido tan suyo con la lengua.

—A alguien que creo que ya no vendrá. En lugar de esa mujer, ha venido otra. Creo que, de cualquier modo, la invitaré a entrar en mi coche. No me gusta ser descortés y parece que va a llover. ¿Quieres subir? Me gustaría llevarte a un sitio muy especial.

Le lancé una mirada a su aspecto. Sí, iba muy elegante y al mismo tiempo tremendamente sexy. Los pantalones le ajustaban sus fuertes muslos y... bueno, en la entrepierna también, y las sombras de las luces de la calle no hacían más que...

Sacudí la cabeza. Eso se me estaba subiendo a la cabeza, estaba echado raíces en mi cerebro y en todo mi cuerpo.

—Bueno, a esta mujer aquí presente no le molestaría acompañarte a donde sea que vayas, compañero.

Leo palmeó el asiento del acompañante.

—Tu sitio, compañera.



Aparté la puerta un poco más y entré en el vehículo procurando contener la trepada del vestido por mis caderas. Ese vestido no estaba hecho para sentarse.

De todas formas, el *trench* me cubría un poco.

Estaba colocándome el cinturón de seguridad cuando vi a Leo mirarme las piernas. La verdad es que él había visto mucho más que eso, pero su gesto me hizo sentir igual que una diva, una de esas estrellas de Hollywood de largas piernas y andares elegantes.

Fingiéndolo no haber notado su gesto, acomodé el *trench* sobre mis muslos y la bolsa con la ropa para cambiarme junto a mis pies.

Leo carraspeó y arrancó el motor del vehículo.

—Antes que nada, quería darte las gracias. Jerónimo me ha llamado; me ha dicho que ha hablado mucho con Doménico. Estaba un poco enfadado porque dice que le prepararé una emboscada, lo cual no es del todo una mentira. —Ví a Leo sonreírme una vez más—. Me ha comentado que tiene un par de cosas que explicarme y que ha quedado en encontrarse con Doménico otra vez mañana en el gimnasio.

—Confiaba en que funcionaría. Doménico sabe lo que hace.

—Me siento aliviada. Creo que Doménico tenía razón en lo que me dijo hoy.

—Bueno, si quieres agradecérselo, lo verás en un rato.

—¿Quién más estará allí y qué se supone...? ¿Habrá sexo o...?

Leo me sonrió con lascivia.

—¿Tú qué crees? —soltó, y lanzó el automóvil a la calle—. Es una fiesta privada.

—Sí, eso ya lo mencionaste.

—Habrá personas que no conoces; sin embargo, me gustaría que participases.

—¿Tú participarás o te quedarás mirando como siempre?

Leo rio con suavidad. El tono de su risa puso mi vello de punta; con sólo escucharlo hablar de lo que sucedería, me excitaba.

—No, esta noche me toca —bromeó.

Bueno, también le había tocado con Bárbara... lo cual prefería no recordar.

—Entonces estaremos todos juntos.

—Sí, pero no.

—¿Sí, pero no?

—Red tiene algunas reglas.

—¿Y cuáles son esas reglas?

—Bueno, algunos de sus invitados tienen permiso de unirse al grupo y otros no. Le gusta que la observen, de modo que siempre se asegura de tener público.

—Si tú no vas a mirar y no estaremos juntos, eso significa que yo seré parte del público, ¿es eso?

—Sí, pero eso no significa que no puedas tener sexo si quieres: podrás, pero con alguien del público, con todos los que quieras, haciendo lo que tú quieras, igual que siempre. Eso no cambia.

—No me queda claro, ¿es que hay algún tipo de separación entre ella...? Es decir, vo-vosotros y el-el público. —Saber que lo vería con Red y con otras personas me hizo tartamudear. Mi boca se secó.

—Lo verás cuando lleguemos a su apartamento. Por lo demás, todo funciona como en el Délice. Las otras reglas son iguales. Somos todos adultos y no se fuerza a nadie a hacer nada que no desee.

—Bien, queda claro. Te veré.

—Sí, me verás, y si quieres te veré a ti.

Un semáforo nos detuvo.

—Quería que vinieras —declaró así de la nada, cortando con sus palabras el silencio y mis pensamientos, los cuales comenzaban a darle forma a imágenes que no eran más que fantasías pero que pronto se convertirían en realidad—. Quiero devolverte lo que has estado dándome todos estos días.

Apreté las piernas. Quería darle eso y mucho más. Quería darle todo de mí.

—Quizá no debiera ser así, pero me muero de ganas de tener sexo mientras tú tienes sexo con alguien más. Quiero que podamos mirarnos a la cara. Quiero mirarte a la cara cuando tengas un orgasmo. Quiero que me veas a mí llegar al clímax.

Para ver eso en mí no necesitaba llevarme a casa de Red, podía tener eso mismo allí mismo, porque mi carne palpitaba y el apretar las piernas no hacía más que acumular toda la sangre allí, entre éstas.

Quise sus manos en mí, dentro de mis bragas. Quise sus dedos humedecidos de mí, tocándome, recorriendo toda mi piel, haciendo presión sobre mí igual que aquella primera vez en el Délice. Bien, para ser sincera conmigo misma, no me conformaría con eso.

—Es probable que esto no se trate solamente de tu deseo. Me gusta tenerte de compañera. Me gusta mucho. Hacemos buen equipo. Esta noche lo verás porque el círculo quedará completo. Ocuparás el lugar que yo he estado ocupando hasta ahora para ti. Verás lo impresionante que es, el placer que da. Seguro que el sexo que tienes con Hugo es mucho mejor desde que empezamos esto, ¿no? ¿A que te sientes más liberada, más predispuesta a disfrutarlo, a recibir y dar placer?

¿Debía decirle que era todo lo contrario, que entre Hugo y yo se ensanchaba cada vez más un profundo abismo desde que él y yo éramos compañeros?

Apreté los labios. No, a Leo no le gustaría oír aquello. A mí tampoco me gustaría oírlo y no me gustaba pensarlo. Eso no estaba haciéndome más fuerte, estaba desmoronándome pedazo a pedazo para dejarme cada vez más vulnerable y expuesta, para mostrarme aquellas cosas que había enmascaradas detrás de otras que creí importantes.

En respuesta le dediqué una de esas sonrisas que no significan nada en particular.

—¿Asistes a menudo a esas reuniones de Red?

—Siempre que puedo. Si estoy en el país, no me las pierdo. Es que es distinto que en el Délice. Red es una mujer muy particular. Lo que genera a su alrededor hace que esos eventos sean exclusivos. Es la liberación total, o al menos lo es para mí. —Leo hizo una pausa—. Sabes que puedes continuar yendo al Délice cuando yo no esté, ¿no es así? Creo que deberías seguir yendo. Sé que te gusta y, para cuando el momento llegue, tú estarás lista para ir sola. Doménico me dijo que cuidará de ti —agregó guiñándome un ojo—. ¿Seguirás yendo?

—Bueno... la verdad es que me cuesta pensar en todo esto sin tu presencia — solté con cuidado. Era la verdad resumida y extirpada de todos los sentimientos que la formaban.

—Alexia, si me fuese hoy, nada cambiaría. Una vez que das el paso, ya no puedes volver atrás. Sé que no volverás atrás.

—No quiero volver atrás; por eso me metí en esto, por eso te pedí de deseo de cumpleaños.

Leo sonrió.

—Quizá yo no sea más que una excusa.

Definitivamente él no era simplemente una excusa, no, ya no, si es que lo fue en algún momento.

—Sabes que no me necesitas. Fingía que me necesitabas; sin embargo, estoy seguro de que habrías podido seguir sola después de tu primera noche.

—No es cierto.

—No dependes de mí. Esto es porque lo pasamos bien juntos y yo también lo disfruto. Ya te lo he dicho, lo disfruto mucho. —Estiró un brazo en mi dirección y me dio una palmadita sobre el muslo... una palmada que tuvo un sabor que no me gustó, uno indiferente. Quedaba claro que intentaba apartarse de mí y yo lo necesitaba cada vez más a mi lado—. Encontrarás nuevos compañeros. Quizá esta noche. Conocerás a gente muy interesante, ya lo verás. Además, estás con los mejores. Red, Doménico y Daniel no quieren perderte.

Gracias al dolor, me di cuenta de que retorcí mis dedos de forma maníaca.

—¿Tienes planeado regresar? —entoné intentando sonar casual para que no se notase mi desesperación. Pensar que me quedaban solamente cuatro días con él me hacía verlo todo negro.

Deseaba que ese trayecto a casa de Red fuese interminable.

—No. No en un futuro inmediato. No sé cuando volveré —dijo muy serio y, después de una pausa, sonrió—. Te aseguro que no me extrañarás.

Yo no estaría tan segura de eso.

—¿Allí en Canadá...?

Leo canturreó mi nombre, interrumpiéndome.

—Sabes de mí más de lo que necesitas saber.

—No sé nada de ti.

—No se trata de eso.

—Bueno, pero es que...

—No lo arruines, si así estamos bien. No lo arruines. Por cierto, mi padre decidió hacer negocios con el padre de Hugo. Y eso que yo no le dije nada. —Rio.

A mí no me hizo gracia.

—¿Hugo y tú ya tenéis fecha?

—¿Qué? —me atraganté con saliva.

—Fecha para la boda. Mi padre dice que los padres de Hugo están muy entusiasmados.

Yo no y de hecho eso me pesaba cada vez más.

Negué con la cabeza.

—¿Vosotros dos hacéis buena pareja?

—Leo, si no te gusta Hugo, ya lo sé. No entiendo...

—No tiene que gustarme a mí, eres tú la que se casará con él. ¿O no?

—No quiero hablar de eso ahora, es incómodo. La situación...

—No debería serlo. Deberías invitarlo a que te acompañase al Délice.

Lo miré mal.

—No creo que fuese buena idea.

—¿Por qué no?

—Basta, Leo, no quiero discutir eso.

—Es tan parte de tu vida como esto, como todo lo demás. ¿O esto es solamente ficción y, cuando termine, regresarás a tu vida?

—No sé qué es. No tengo ni idea de qué haré. No lo sé.

—Deberías saberlo ya —me reprochó de malos modos.

—¿Qué te sucede?

—Nada, estoy perfectamente bien.

Como no quería seguir peleando, me mordí la lengua por no hablar. No me apetecía arruinar eso antes de tiempo.

Un semáforo nos detuvo otra vez y entonces volvió a mirarme. Ya no me atacaba ni tampoco estaba a la defensiva, era solamente él, quien quiera que fuese, un espejo de mí, quien quiera que yo fuese.

Leo se quedó mirándome como si deseara decirme algo, como si quisiera contármelo todo. No sé qué todo, mas allí estaba esa necesidad, la necesidad más humana de compartir, tanto lo bueno como lo malo, esa necesidad que se pronuncia cuando encuentras a esa persona en la que puedes confiar, a esa persona que sientes como una parte de ti, que te ayuda a ver lo que ya has visto sin darte cuenta, a comprender lo que ya sabes.

Sus dedos comenzaron a repiquetear sobre la parte superior del volante.

El semáforo pasó de ámbar a verde y ya no hablamos hasta llegar a casa de Red, que no era precisamente una casa, sino un complejo de apartamentos de categoría de esos que tienen un equipo de seguridad digno de la Casa Blanca. Tan sólo faltó que nos cacheasen para comprobar si portábamos armas.

Leo sabía perfectamente bien adónde dirigirse.

Frente a las puertas del ascensor, volví a acomodarme el vestido.

—¿Nerviosa?

—No, estoy bien. Es el vestido. No ha sido una buena elección.

—No te preocupes, es probable que no te dure mucho puesto.

El ascensor llegó a la planta baja y no me dio tiempo a reaccionar.

Con su mano sobre la parte baja de mi espalda, Leo me invitó a entrar.

Como no podía ser de otra manera, nuestro destino era el último piso.

Las puertas se cerraron frente a nosotros.

Lo sentí mirándome. Ladeé la cabeza y allí estaban sus ojos, clavados en mí.

—¿Esta noche también me dirás qué hacer?

—¿Necesitas que lo haga?

Negué con la cabeza.

—Por eso digo que creo que ya no me necesitas.

—Que no necesite que me digas qué hacer no es lo mismo que no necesitarte como compañero.

—Definitivamente no es lo mismo.

—Has cambiado mi vida. Lo sabes, ¿no es así?

—Tú has cambiado tu vida, yo sólo te he empujado un poco para que pudieses ver que podías hacerlo.

—Jamás pensé que esto me gustaría tanto. No puedo creer que me guste tanto.

Leo rio manso, regalándome una media sonrisa.

—No es tan malo que te guste.

—No he dicho que sea malo. Es extraño porque es tan natural, no es una situación que fuerce.

—Se nota.

—¿A ti te pasó lo mismo?

Negó con la cabeza.

—No, mis comienzos fueron algo más atropellados. No tenía tu seguridad.

—Bueno, fijo que la tienes ahora.

Leo no contestó; en vez de eso, alzó la cabeza para mirar la pantalla en la que cambiaban los números rojos.

Inspiré hondo.

—Entonces puedo hacer lo que yo quiera.

—Sí, siempre has podido hacer lo que quieres. Pensaba que sabías que, el que yo te diga qué hacer, no implica que debas hacerlo. Repetí hasta el cansancio que en última instancia siempre era decisión tuya.

—Y lo ha sido. Nunca he hecho nada que no quisiese hacer. Me refería a esta noche. ¿Puedo hacer lo que yo quiera?, ¿eso no te molestaría?

Negó con la cabeza de nuevo.

—¿Puedo estar con quien quiera? —En lo más profundo de mi alma sentía la necesidad de arrancarle una confesión de celos. O quizá no fuese exactamente eso, sino una declaración de que él sufría de mi misma necesidad, de las ganas de que compartiésemos el momento y que no fuese una situación de cada uno por su lado. El cristal esa noche no nos separaría y, sin embargo, la barrera continuaría allí.

—Claro que sí —contestó como si fuese lo más obvio del mundo—. Solamente no beses a nadie —acotó pretendiendo que sonase como un comentario hecho de pasada, que por supuesto yo no dejé pasar así sin más.

Me quedé mirándolo hasta que se percató de la insistencia de mis ojos.

—¿Qué?

—¿Y eso...?, ¿lo de los besos, digo?

—¿Qué ocurre con eso?

—¿Por qué no puedo besar a nadie si quiero?

—Yo no beso.

Se me escapó una risita nerviosa.

—Sí, pero tú eres tú y yo soy yo.

—¿A quién quieres besar?

Y sí, allí estaba la reacción que tanto buscaba. El rostro de Leo se alzó ante mí completamente desencajado.

—Bueno, a nadie en particular. Podrían darme ganas, eso es todo.

—Es que nosotros... bueno, se supone que eres yo.

—Sí. ¿Tú no besas?

—No, ya te he dicho que no beso.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque no —soltó cerrándose en banda—. No cambiaremos las reglas esta noche. Eres yo, y yo no beso. Cuando me vaya puedes hacer lo que te dé la gana. Es más, si a partir de mañana deseas ir al Délice por tu cuenta y hacer lo que quieras...

—Leo, no he dicho eso —me apresuré a decir al notar que se ponía nervioso y de mal humor.

—Perfecto, entonces esta noche no besarás a nadie.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron a un rellano privado de suelo de mármol semicubierto por una alfombra persa y dos mesas de estilo francés con jarrones rebosantes de flores a cada lado de la puerta.

—Aquí es.

—Obviamente. —Bajé del ascensor y él me siguió.

Leo llamó a la puerta.

La verdad es que no parecía que hubiese nadie en casa, no se oía música ni conversaciones.

Me puse ansiosa, sobre todo porque Leo no paraba de mirarme fijamente.

Incómoda, volví a tirar de mi vestido hacia abajo.

Justo cuando comenzaba a creer que nadie respondería a la puerta, la cerradura emitió un suave «clic» y la puerta se abrió. Frente a nosotros apareció Red, con su cabello rojo peinado al mejor estilo diva de los años cincuenta, todo hacia un lado, y con unas perfectas ondas que retaban a duelo a la humedad de la ciudad, en particular en esa noche tormentosa.

Iba engalanada con un vestido tan blanco como lo era su piel, vaporoso, simple y elegante. De los lóbulos de sus orejas colgaban pendientes de diamantes que relucían con todos los colores del arcoíris. Por el profundo escote de su vestido colgaba una cadena plateada con un brillante con corte en forma de pera de un tamaño considerable, por no decir impactante.

Con sus labios rojo sangre, Red me sonrió.

—¡Bienvenida! —Tendió su brazo en mi dirección, pescando una de mis manos. Sus dedos, livianos como la seda, hicieron contacto con los míos—. Me alegra mucho que hayas venido —añadió tirando de mí hacia dentro del apartamento.

—Qué bueno que también te alegres de verme, Red —bromeó Leo siguiéndome. Red rio.

—No te pondrás celoso, ¿o sí? Si ya eres un asiduo de esta casa... vamos, que a ti no tengo ni que explicarte dónde está el baño. —Red estiró su otro brazo hasta él—. Querido, si además sabes que esperaba con ansia este momento. Llevamos un tiempo sin pasar una buena noche juntos y casi me apetece acapararte; pocas ganas tengo de compartirte. —Tiró de Leo hacia su lado sin soltarme—. Este hombre es poderoso e intenso, Alexia —explicó—. Y dice que lo ignoro... —Rio—. ¡Ridículo! Si es que no veo el momento de tenerlo desnudo para mí.

Éramos dos las que queríamos eso.

No perdía la esperanza de tener mi oportunidad.

Red atrajo un poco más el brazo de Leo hasta pegarlo a su cuerpo. Tiró de su mano hasta que quedó tocando la mía sobre su pecho.

—Estoy tan entusiasmada por esta noche... —entonó Red. Por delante del rostro de ella, Leo espió en mi dirección—. Nos divertiremos mucho. —Miró hacia mí—. ¿Leo te ha explicado cómo funciona aquí? No es muy distinto al Délice y espero que no te inhibas. No hay razón para que no pases un buen rato. Entiendo que algunas de las personas invitadas son completos desconocidos para ti, pero, al fin y al cabo, todos aquí tenemos mucho en común y son todos de confianza... viejos amigos que saben muy bien lo que hacen. Ver es divertido, pero puedes hacer más que eso sin problemas; te aseguro que lo pasarás en grande. ¿No es así, Leo?

—Sí, le comenté que los presentes son todos personas de confianza.

—¡Claro que sí! —estalló Red con una enorme sonrisa—. Me gustaría que te fueras de mi casa llevándote muy buenos recuerdos, Alexia —añadió sin dejar de tirar de nosotros por una amplia sala engalanada con los mejores lujos. El apartamento parecía enorme—. Cuando te vean con ese vestido, solamente desearán quitártelo. Te presentaré a mis amigos, están todos ansiosos por conocerte. Cada vez que traemos a alguien nuevo, se arma un revuelo. Muchas hormonas descontroladas tenemos entre nosotros.

Las mías, para empezar. La expectativa de ver a Leo me volvía loca.

—El caso es que no sucede a menudo. Entiende que no recibo aquí a cualquiera. Estas fiestas son privadas, muy privadas.

—Claro, lo comprendo.

—Sí, sé que sí, por eso estás aquí. —Red se detuvo a mitad del anchísimo y elegante corredor por el que avanzábamos. Había puertas a ambos lados. Noté un murmullo de voces que me pareció que provenía del fondo del pasillo, allí donde éste acababa en unas puertas dobles de aspecto pesado—. Sólo espero que esto no sea mucho para ti.

—Ella podrá con esto, Red. No te preocupes.

—No os lo toméis a mal. Únicamente quería aclarar las cosas.

—¿Qué es lo que hay que aclarar? —pregunté.

—Que si no te gusta lo que ves o si te sientes incómoda, sal y espera allí, en la sala, a que acabemos. Te pido, por favor, que no nos interrumpas.

—Bueno, no es mi intención arruinar... —Sentí como si acabasen de empujarme fuera del grupo.

—Sé que no es tu intención. —De refilón, Red miró a Leo como si quisiese decirle algo que yo no alcancé a entender o ni siquiera a pescar—. No digo que lo hicieses a propósito —añadió sin dejar de mirar a Leo. ¿Le hablaba a él o a mí?

—Todo saldrá bien —le contestó Leo.

Noté que Red inspiraba hondo. Apretó nuestras manos en sus puños y, al final, sonrió.

—¡Magnífico! —Nos soltó—. Entremos, que nos esperan. Vosotros erais los últimos en llegar.

Red se adelantó hacia las puertas. Yo quedé medio sin gracia. Me sentía bienvenida y al mismo tiempo tenía la sensación de que, si hacía algo mal, no volvería a ser aceptada allí y no tenía ni idea de qué podía ser considerado malo por Red o por Leo. Lo que sí tenía claro era que no quería decepcionarlo, porque de modo alguno tenía intención de perderme los días que me quedaban a su lado.

Leo me sonrió como procurando darme confianza. Con su mano en mi cintura, me empujó hacia delante.

Red llegó a la entrada antes que nosotros y allí nos esperó.

La alcanzamos y, después de echarme una última mirada, abrió la puerta.

Los murmullos se convirtieron en voces y risas.

Reconocí la risa de Doménico y eso supuso un alivio, incluso antes de verlo conversar con un vaso de whisky en la mano, frente a Velvet. Daniel los acompañaba y, con ellos, una mujer con una piel que, de tan negra, ya tenía un tinte casi azulino. Esta reía con la misma alegría y despreocupación que Doménico mientras apartaba parte de su cabello completamente trenzado de un rostro espectacularmente bello.

Los mencionados se voltearon para vernos entrar en el inmenso espacio decorado como si fuese la sala de baile de uno de los castillos de Luis XV.

Las paredes que no eran de espejo o con altas ventanas eran de un color muy claro con un deje de amarillo. Impresionantes lámparas de cristal colgaban del techo.

En el centro del espacio, una cama gigantesca de cuatro postes cubierta con un damasco del color del *champagne* que bebían los otros invitados: un hombre muy rubio cuyas cejas apenas se veían, igual que el celeste casi blanco de los ojos que clavó en mí con descaro; junto a él, un hombre de piel muy bronceada, cabellos castaños y ojos entre verdes y amarillos que me sonrió con alegría. Los dos de impecable vestir, interrumpieron la conversación que evidentemente mantenían con una mujer de unos cincuenta y pocos años de penetrante mirada negra y aspecto imponente. Ella giró sobre sus tacones para verme. Su cuerpo era como una imponente columna de mármol coronada con una melena castaña manchada de canas plateadas que le conferían una apariencia impactante. Por detrás de ellos había una pareja y, a mi izquierda, otros dos hombres, pero ya no tuve tiempo de detenerme a mirar a nadie más, porque Red comenzó a presentarme a todos y me puse nerviosa. Sabía que sus nombres no me quedarían grabados.

El rubio tenía un nombre extraño, quizá sueco o finlandés; el de la piel bronceada, a todas luces por su acento, debía ser brasileño. La mujer que estaba con ellos no tengo ni idea de dónde procedía, pero extranjera era seguro.

Me presentaron a los demás, todas personas que Leo ya conocía. Con ellos se saludó con familiaridad.

Se inició una conversación ligera. Todos me aseguraron que estaban muy contentos de verme. Alguien puso en mis manos una copa de *champagne*.

Entre tanto, sonrisas y miradas penetrantes que decían mucho.

La mujer de cabello entrecano ayudó a Red a encender las velas que había sobre candelabros de pie alrededor de toda la sala.

La pareja, que parecía más reservada, se sentó en una de las cuatro *chaise longues* que había a mitad de camino entre la cama y la puerta.



La intensidad de las luces bajó hasta que las bombillas en las lámparas del techo igualaron la cantidad de luz que irradiaban las velas.

Red regresó a nosotros para poner una mano sobre el hombro derecho de Leo. Ella le susurró al oído. No sé qué. Una sonrisa se dibujó en los labios de Leo, una de esas sonrisas asesinas que hacían que me entrasen unas ganas locas de besarlo hasta quedar con los labios hinchados e hipersensibles. Una de esas sonrisas que provocaba que entre mis piernas se formase un vacío y una necesidad difícil de contener.

Tiré de mi vestido hacia abajo más por ansiedad que porque me molestase que se subiera por mis piernas una y otra vez. Si es que no tenía problemas en quitármelo por Leo; en que él me lo quitase delante de todas esas personas, en su mayoría desconocidas; en que me tendiese sobre una de las *chaise longues* y allí, frente a todos, me penetrase una y otra vez con todo el peso de su cuerpo. Quería tener un orgasmo por él en presencia de todos. Quería darle placer frente a todos.

Mis manos temblaron de ganas de tocarlo del modo en que Red lo tocaba en ese instante... sus manos bajando por el pecho de Leo.

Quería hacer lo mismo sobre él, pero directamente sobre su piel. Quería llegar con mis palmas a sus abdominales, a su ingle, a su pene. Quería sentirlo duro y caliente entre mis manos, en la parte baja de mi vientre, entre mis piernas. Pensar en él corriéndose sobre mí terminó de disparar mi cerebro hacia otra galaxia.

Todavía una porción muy pequeña de mi cerebro se sorprendía por tener ese tipo de fantasías, pero la mayor parte de mí solamente se limitaba a disfrutarlas y a intentar convertirlas en realidad.

Un poco de celos, un poco de envidia, demasiado de querer estar en su lugar.

Red asió a Leo de la mano y se lo llevó con ella, alejándolo de mi lado sin dar explicaciones, sin disculparse por interrumpir la conversación que el grupo mantenía.

Nuestra anfitriona llamó con un dedo a Doménico y a la pareja.

Velvet avanzó tras estos últimos con un paso felino que balanceaba naturalmente sus caderas de un lado para el otro.

Daniel, después de la partida de Leo, se pegó a mí.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó en un susurro.

—Sí.

Daniel me dedicó dos lentos parpadeos.

—Pensaba que irías con... —Apunté con la cabeza en dirección al grupo que avanzaba hasta la cama.

—Sí, pero esta mañana hablé con Leo y nos pareció mejor que me quedase aquí contigo —contestó bajando la voz cada vez más.

De refilón, vi que los dos hombres que estaban juntos y un tanto apartados del resto del grupo comenzaban a besarse.

—No necesito que cuiden de mí. —De reojo, vi que uno de los hombres metía la mano dentro del pantalón del otro.

—Sí —articuló Daniel siguiendo la dirección de mi mirada—. No es exactamente igual que en el Délice.

En un enredo de lenguas, los dos hombres continuaron tocándose.

Dirigí la vista hacia el frente para toparme con Red soltando el nudo de la corbata de Leo en lentos movimientos.

—Ven, vamos a sentarnos. —Daniel me quitó la copa de las manos y la dejó con la suya en una de las mesas de apoyo que había detrás de nosotros, entre la puerta y un amplio ropero con incrustaciones de maderas de distintos colores.

Con su mano en mi codo, rodeamos la primera *chaise longue* para acomodarnos en la que quedaba más adelante y, por lo tanto, más próxima a la cama.

Tirando otra vez de mi vestido, me senté de piernas cruzadas y muy apretadas.

La corbata de Leo estaba en el suelo; Red iba a por su chaqueta mientras Doménico besaba el cuello de ella cogiendo su trasero por encima del vestido.

Velvet, por detrás de Leo, soltaba el cinturón de sus pantalones.

Empezaron a sudarme las manos.

El hombre rubio de nombre extraño se sentó a mi derecha.

Daniel reconoció su presencia avanzando su cabeza un poco por delante de mí.

Sentí movimiento detrás de mí. Giré la cabeza sobre el lado de Daniel porque mirar para el lado del hombre rubio me incomodaba un poco; sabía que él estaba pendiente de mí. Allí, parada a pocos pasos por detrás de la espalda de Daniel, estaba la mujer de cabello entrecano. Los dedos de su mano derecha subían y bajaban lentamente por su cuello.

Volví a mirar hacia delante.

Red había terminado de soltar los botones de la camisa de Leo. Ella empujó la prenda hacia abajo por sus hombros, dejando al descubierto su piel y musculatura. Leo era pura fibra y fuerza. Su cuello me daba ganas de hundir el rostro en su piel; los músculos en sus hombros, ganas de morderlo. Quería sentir aquellos pectorales contra mis pezones, contra mis pechos... apretarme contra él, mi vientre contra sus abdominales.

La camisa cayó hasta sus muñecas y de allí no pasó porque Velvet retuvo las manos de Leo por detrás de la parte baja de su espada.

Vi que las manos de él buscaban entre las piernas de ella mientras ella volvía a meter una de las manos dentro de su pantalón y con la otra alzaba su vestido para mostrarle el camino a Leo.

Sin intención de liberarse de Doménico, Red se acercó un poco más a Leo; comenzó a lamer su cuello y, mordisqueando y chupando, llegó hasta su hombro izquierdo, por lo que dejé de ver su rostro; lo que sí vi fue su mano derecha colarse por debajo de la cintura de los pantalones de él para acompañar los movimientos de la mano de Velvet.

Doménico, sin apartar el contacto de su ingle con el trasero de Red, comenzó a desvestirse.

Así como cerró los ojos, Leo abrió los labios.

A mis oídos llegaron sus suaves jadeos; también los de Velvet, quien se movía contra la mano de Leo buscando su propio placer.

El hombre que componía la otra pareja que participaba en el juego con ellos se agachó frente a los pies de la cama y tocó la madera que cubría la parte baja; de allí se desplegó una suerte de cajón.

Estiré el cuello un poco. Lo vi coger un puñado de preservativos para colocarlos sobre la cama. También extrajo de allí un envase de plástico.

Doménico, ya completamente desnudo, regresó a espaldas de Red; sus manos se internaron bajo el vestido de ella después de alzar su falda para despojarla de sus bragas. Con la falda de ella todavía en alto, metió una mano entre las piernas de ella. Red reaccionó al tacto tirando la cabeza ligeramente hacia atrás y apartando su boca de la piel de Leo, mientras Velvet se apoderaba por completo de la mano de Leo para tener un orgasmo. Sería la primera en llegar al clímax.

Otra vez sentí movimientos detrás de mí.

Los dos hombres que habían estado tocándose y besándose se encontraban en ese momento parados por detrás de la *chaise longue* a nuestra derecha. Uno de ellos ya estaba completamente desnudo y de rodillas frente al otro, con su boca en los testículos de él y una de sus manos acariciando su pene, buscando llevarlo a la erección. Sentía curiosidad y al mismo tiempo me daba algo de vergüenza mirarlos, más que por mí, por ellos, lo cual era ridículo porque era probable que para eso estuviesen allí, para ver y ser vistos.

El hombre que creí que era brasileño repartía su atención entre ellos y lo que sucedía a los pies de la cama, cruzado de brazos como si en cierto modo estuviese ajeno a todo lo que allí sucedía.

Al buscar a Leo otra vez, me topé con Red desvistiéndolo de la cintura para abajo.

La imagen fue grabándose en mis retinas poco a poco... los músculos de la parte baja de su abdomen, la uve sobre sus caderas, la tensión en el nacimiento de los músculos de sus muslos.

Los pantalones de Leo cayeron, pero Red debió tirar de la cintura de su ropa interior para hacerla bajar por su trasero. Por ese trasero redondeado y perfecto que tantos elogios se ganó el día de mi cumpleaños y por todos los que en ese instante volvieron a mi cabeza intentando hacerle justicia a esa unión de carne, hueso y piel que me parecía absolutamente magnífica, como si fuese hecha para mí, solamente para mí.

La mera idea de ponerme en su lugar, de sentir lo que él debía de estar sintiendo en ese instante dentro de ese cuerpo, siendo masturbado por Velvet al tiempo que ella se masturbaba con la mano de él, me hizo experimentar una gran cantidad de placer. Es que ni siquiera hacía falta que alguien me tocara o que yo me tocara.

Red terminó de desvestirlo.

La mano de Velvet subía y bajaba por su imponente miembro.

Velvet jadeaba. Leo jadeaba.

Red se movió un poco, cogiendo la mano de Doménico para quitarla de encima de ella; lo apartó ligeramente, no demasiado, lo suficiente como para poder ponerse de rodillas frente a ambos y de cara a nosotros. Su mano derecha fue al miembro de Leo, la izquierda, al de Doménico, para guiar a ambos hasta su boca, a su lengua, la cual se movió entre ambos, lamiéndolos, acariciándolos con deleite.

Leo se inclinó hacia atrás para disfrutar.

Velvet estalló en un grito al llegar al orgasmo.

El hombre que había buscado los preservativos llegó y se colocó detrás de Velvet mientras que la mujer que lo acompañaba, también ya desnuda, fue a arrodillarse casi frente a Red, más del lado de Doménico; ella cogió su pene y su lengua acompañó la

de Red en sus caricias y, por momentos, se unió a la de ella.

Leo comenzó a jadear cada vez más fuerte.

Todo mi cuerpo se puso tenso como el de él, mi respiración se aceleró, acompañándose a la suya. Mi cuerpo comenzó a ser víctima de su excitación, de su placer.

La mano del hombre rubio llegó hasta encima de mi rodilla derecha, que tenía estrujada contra la izquierda. Sus dedos se quedaron gravitando a pocos centímetros sobre mi piel, sin tocarme, solamente insinuando una idea, invitándome a disfrutar también.

Moví los ojos hasta él. Me miraba fijamente.

Hice aquello que la verdadera Alexia quería hacer: asentí con la cabeza y mandé muy lejos a aquella que yo no era.

El hombre me sonrió y yo no pude hacer más que clavarle los dientes a mi labio inferior. Quería eso.

Sus dedos aterrizaron en mi piel, pero no me detuve a mirarlo hacer. Los jadeos de Leo me llamaron y a él acudí.

Velvet sujetaba con fuerza sus manos por detrás de su espalda mientras el hombre la penetraba por detrás, moviéndose lentamente. Red tenía ahora la polla de Leo para ella sola y la devoraba con gusto.

Como si supiese que lo observaba, Leo giró su cabeza en mi dirección; era la primera vez que me miraba desde que eso comenzó.

Esa única mirada fue suficiente. Leo podía estar allí junto a la cama y yo, en la *chaise longue* en compañía de dos hombres, pero así y todo no podíamos estar más cerca, más unidos, más compenetrados el uno con el otro.

Mordí mi labio con más fuerza al ver su rostro tensarse de placer.

Entre mis manos, cogí la mano del hombre, la cual agarraba la carne de mi muslo, y la hice avanzar hacia abajo por mi pierna, aflojando la tensión de mis rodillas.

La mirada de Leo acompañó mi movimiento.

Bajé la rodilla derecha de encima de la izquierda para hacerle espacio.

Sentí la respiración de Daniel sobre mi oreja derecha.

Lo miré y le sonreí para darle permiso. Él me sonrió de vuelta para hacerme saber que había entendido que podía seguir adelante y que eso lo hacía feliz.

Separé las piernas y, con la mano del hombre, subí el condenado vestido que tantas ganas tenía de trepar por mis caderas.

Daniel atrapó el lóbulo de mi oreja entre sus labios y luego empezó a besar mi cuello mientras que con uno de sus brazos rodeaba mi cintura por detrás después de bajar el cierre del vestido. Su mano izquierda llegó a mi pecho derecho, internándose por dentro de la prenda y del sostén. Entre sus dedos, prendió mi pezón en el exacto momento en que, apartando mis bragas, hice llegar los dedos del hombre a mi clítoris. Éste comenzó a besar el lado derecho de mi cuello.

Perdí la cuenta de quiénes me tocaban o qué hacían, solamente podía sentir placer, mucho placer, con los ojos de Leo todavía sobre mí.

Yo ascendía poco a poco al clímax, disfrutando cada paso, y ante mí, dándome su placer con aquellos bellísimos ojos, Leo llegó a lo más alto del suyo estallando en un gruñido que humedeció los labios de Red y su mentón, y su mano, que me humedeció a mí. Ella continuó lamiéndolo, saboreándolo como yo quería saborearlo.

Red bajó por su pene hasta sus testículos y subió por su piel lamiéndola toda, besándola. Una vez frente a él, se deshizo de su vestido.

Doménico tuvo su momento y Velvet comenzó a dar señales de que se avecinaba su segundo orgasmo.

El mío... el mío estaba a un paso con las manos de Daniel sobre mí. El hombre rubio había tomado el control de la situación sobre mi cuerpo, tocándome, invadiendo mi interior, encendiendo cada porción de mí entre mis piernas, mientras mis manos palpaban su erección, encerrada en sus pantalones, y la de Daniel.

De ellos me sujeté para no caer del asiento. Estaba derritiéndome de gusto, sobre todo porque él seguía allí sobre mí, dentro de mí, todo a mi alrededor. Y así fue como si todas esas manos y bocas fuesen las de Leo. Es que allí dentro no había espacio para nadie más que no fuésemos él y yo.

Así como él me hizo parte de su placer, yo lo hice parte del mío, liberando mis jadeos para que pudiese hacerlos suyos, y mi mirada para darle mi desnudez, todo mi cuerpo.

Para él, me dejé ir con gusto. Leo sonrió al ver que me corría.

Con las manos libres porque Velvet ya no se sostenía de él, Leo se quitó la camisa. Sus manos se sujetaron a las caderas de Red. La guió hasta la cama y allí la sentó; se acomodó a su lado. Apartó sus piernas y empezó a tocarla.

Ya no me interesó fijarme en qué hacían los demás, solamente importaba él.

—Alexia.

Supe que aquella era la voz de Daniel, pero no reaccioné.

—¿Quieres desvestirte para nosotros?

Mi respuesta llegó en una acción. Me puse en pie y, frente a Leo, empujé mi vestido hacia abajo.

Daniel se levantó, pero no para ponerse frente a mí, sino para ir a buscar algo; entre las botellas de *champagne* y demás bebidas y copas, había todo lo necesario para nuestro placer, igual que en el Délice.

El hombre rubio se levantó y empezó a desvestirse.

Giré la cabeza un poco más hacia atrás y vi a los dos hombres, ya desnudos; uno de ellos se sujetaba del respaldo del asiento para soportar los embates del otro, que lo penetraba.

Al verlos me topé con la mirada del hombre de acento brasileño. Él me sonrió; primero fue una sonrisa recatada, sin dientes, y luego una esplendorosa, amplia.

—¿Tienes suficiente compañía o hay lugar para uno más?

Daniel se detuvo a mitad de camino de regreso a mí. Lo vi mirarme expectante. No parecía molesto por la proposición, todo lo contrario.

—Por mí, está bien —me oí decirle.

—También por mí —intervino Daniel haciéndose eco de mí.

—Sabes que yo no tengo ningún problema con eso, Caio —dijo el hombre rubio a mi espalda.

—Genial. —Su sonrisa copó todo su rostro. Sin más dilación, dio comienzo el proceso de desvestirse.

Lo mismo hizo Daniel después de llegar frente al asiento sobre el cual colocó el lubricante, un par de preservativos y dos apliques anales de distintos tamaños sobre los que nada tuve que objetar.

Giré la cabeza y recapturé la mirada de Leo para mí una vez más. Su mano entre las piernas de Red, con dos de sus dedos entrando y saliendo de ella...

Si tanto placer me daba ver lo que le hacía a Red, tuve la impresión de que, si un día tenía la oportunidad de estar con él, moriría; moriría de gusto, de placer, de felicidad. Moriría tan llena de ese algo que solamente se siente cuando se llega al final, cuando se consigue lo que se quiere. Después de ese momento culmen, del momento de revelación, me sería imposible seguir adelante; qué más que tener lo que se desea, lo que se necesita. Otra vez manos y bocas sobre mí, caricias.

Daniel, con sus dedos entre mis nalgas; el hombre rubio frente a mí, acariciándome, anunciando que me penetraría; el brasileño, con sus labios encendiendo mi piel, y la mujer de cabello entrecano observándonos. Leo mirándome.

Llegó un punto en el que me fue imposible identificar dónde sentía más placer o en brazos de quién me encontraba.

El tiempo se estiró y deformó.

Vi a Leo penetrar a Red con fuerza desde los pies de la cama, con las piernas de ella cayendo a los lados de sus caderas. Vi su espalda y brazos contraerse por el esfuerzo, su trasero apretarse por los embates con los cuales irrumpía dentro de ella. Cada uno de sus músculos, cada uno de mis músculos. No podía ver su rostro, pero lo imaginé mirándome. Lo imaginé pensando en mí, deseando, tal como yo deseaba en ese instante que fuese con él con quien compartía el momento.

Leo sudaba, yo sudaba. Yo jadeaba, él jadeaba. Nuestras manos se movían casi al mismo tiempo sobre otros cuerpos. Mi boca dio placer, su boca dio placer, y los límites se transformaron en nuevos que a los pocos segundos fueron derribados y todo en mí se mezcló con él en una nueva mirada y dejó de ser él para que yo dejase de ser yo y fuimos más que compañeros, fuimos uno.

\* \* \*

Todavía no sé cómo fue que acabé tendida sobre una de las *chaise longues* con la cabeza del brasileño entre mis piernas y la de Daniel sobre mi pecho, con mis dedos acariciando su cabello entrecano; solamente sé que giré la cabeza para ver a Leo tendido en la cama, sobre la espalda de Red, con Velvet a su lado, para buscar mis ojos.

Entre parpadeo y parpadeo, la comunicación entre nosotros no se cortó. El brasileño besó mi ombligo y él me sonrió. En sus labios hubo algo que nada tenía que ver con el deseo, algo que desató en mí un arranque de cariño que hizo que me diesen ganas de correr a él y llenar su rostro de pequeños besos.

La habitación estaba casi en completo silencio, únicamente se oían conversaciones entre susurros y risas dulces apagadas por el agotamiento físico, el mismo agotamiento que padecían las velas que tras horas quedaban casi extintas como si estuviesen en perfecta combinación con el punto álgido de la madrugada.

Se me escapó un suspiro y Leo alzó tanto las mejillas que sus ojos quedaron todavía más ocultos de lo normal.

Parpadeé una vez y el cansancio dio un paso dentro de mí. Uno más y mis músculos se deshicieron en la suavidad del asiento, en el aroma del cabello de Daniel y en las caricias delicadas del brasileño sobre mi cuerpo desnudo.

Saciedad, felicidad, plenitud.

Un par de parpadeos más y cerré los ojos, puesto que la sonrisa en mi rostro se estaba llevando la poca energía que me quedaba.

Imaginé a Leo sonriendo a mi lado, su sonrisa en mi mejilla, sus pestañas haciéndome cosquillas en un lado de la cara, su abrazo dándome calor, acunándome para dormir. Dormir... dormir con él, abrazada a él.

Mi felicidad se tragó mis miedos y mis problemas, se tragó el mundo entero y me devoró a mí de un solo bocado sin ni siquiera masticarme. Fui a parar a un lugar cálido y tranquilo.

\* \* \*

;

—Alexia.

Ese lugar cálido y tranquilo fue invadido por su voz.

Alguien tocó mi mejilla y después acarició mi cabello.

Percibí mi propia desnudez sobre el capitoné del asiento y algo que me cubría por encima. Sentí algo de frío en contraposición con aquella cálida mano que me acariciaba.

—Alexia, despierta.

Si Leo lo pedía, yo no podía ni quería negarme.

—Vamos, Alexia. Abre los ojos. ¿Tan agotada estás?

Lo sentí reír y mi corazón se iluminó. Todo mi cuerpo estaba todavía medio dormido; sin embargo, mi corazón, al oír su voz, se puso a dar saltos de alegría dentro de mi pecho, a latir con la fuerza suficiente como para derrumbar hasta la muralla más inquebrantable.

—Sé que estás cansada, pero tienes que abrir los ojos. Alexia... Alexia, mírame.

Me costó un esfuerzo sobrehumano conseguir despegar los párpados; al final lo hice porque él no paraba de pronunciar mi nombre y no quería perderme su rostro mirándome al llamarme.

Allí estaban esos hermosos ojos, observándome a pocos centímetros de distancia.

—Hola.

Su sonrisa me dedicó un saludo todavía más bonito que su voz.

—Hola. —Mi voz salió somnolienta y rasposa—. Perdón, me he quedado dormida.

—No pasa nada.

Su mano seguía en mi cabello, en la cúspide de mi cabeza, ya no se movía.

—¿Qué hora es?

—Pasan de las cuatro y media, creo. No lo sé, casi las cinco quizá.

Miré más allá de él y no vi a nadie, y la habitación estaba en silencio.

—¿Y los demás?

—Daniel fue el último en irse y de eso hará una media hora.

—Uf, debiste despertarme. Qué vergüenza. —Me incorporé sobre mis codos sosteniendo lo que en ese momento me di cuenta que era mi abrigo. No para cubrir mi cuerpo de él, sino porque tenía frío.

—Te digo que no pasa nada. Me pareció que te merecías un descanso. Llevas unos días que... —Rio bajito.

—Sí, estoy molida. —Mis tripas crujieron—. Y me muero de hambre.

—¿Qué te parece si te das una ducha, te pones algo de la ropa que has traído para cambiarte y nos vamos a desayunar por ahí? Puedes tomar lo que quieras, yo invito.

Todo eso ya me daba lo que yo quería: él.

—Sí —le contesté con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Y Red? ¿No ha dicho nada de que me haya quedado dormida?

—No, ha sido ella quien ha insistido en que no te despertase. Con ella y Daniel, nos hemos ido a tomar café a la cocina. Hemos estado charlando un rato para darte tiempo.

A mí me hubiese gustado más haber estado conversando allí con él que aquí durmiendo. Me entró la duda de si en verdad su intención había sido dejarme descansar o bien tener tiempo para hablar a solas con los demás.

—Ven, te enseñaré dónde está el baño, así te metes en la ducha mientras busco tus cosas. ¿Te parece?

Asentí con la cabeza.

Leo se levantó de la *chaise longue* y yo me senté para meterme dentro de mi abrigo y acurrucarme en su interior. Estaba muerta de frío. Recogió mi ropa interior y mi vestido del suelo y me los tendió.

—Lo has disfrutado, ¿no es así?

—¿Y tú?

Sonriendo, asintió con la cabeza.

—¿No cabe la posibilidad de que te arrepientas de haberte metido en esto?

Negué con la cabeza; no entendía muy bien por qué me preguntaba eso.

—Bueno, andando. Necesitas una ducha caliente con urgencia.

Con su brazo en mi cintura, me guió hasta la puerta, que abrió para mí como todo un caballero.

El baño estaba detrás de una de las tantas puertas que daban al corredor.

Leo me enseñó dónde estaba todo y luego partió en búsqueda de mi bolsa.



En el baño de mármol blanco y grifos dorados, me quité de encima los restos de la noche de los cuales podía desprenderme, que eran los menos importantes. Los más valiosos jamás se los llevaría el agua, mucho menos el jabón y tampoco el champú con el que lavé mi cabello.

Mi compañero, el mejor compañero que alguien pueda pedir, reapareció con mis cosas justo a tiempo.

Me puse ropa interior limpia, pantalones y completé mi atuendo con prendas de más abrigo y más confortables que el vestido con el que había llegado.

Guardé el resto de mis cosas en la bolsa y salí del baño.

Oí las voces de Leo y Red a lo lejos.

Los encontré en la sala junto a la entrada. Red iba en una bata de estilo japonés, con el pelo recogido. Sonrió al verme.

—Hola, ¿mejor?

—Sí, la ducha me ha sentado muy bien, gracias.

—Me alegra que hayas disfrutado la noche. Todos han estado muy felices contigo. Los has dejado encantados. Leo tiene buen gusto y muy buen tino. Nos alegra muchísimo tenerte entre nosotros.

—Bueno, muchas gracias por invitarme.

—A ti por venir.

—Será mejor que nos vayamos ya.

—Claro, Leo. Idos a descansar. Ha sido una noche larga. —Red se estiró y besó sus mejillas tres veces—. Alexia, espero tenerte aquí en alguna otra ocasión. —Se estiró hacia mí y me dedicó la misma despedida—. Descansad.

Leo me guió hasta la puerta, esta vez fue Red la encargada de abrirla.

Leo pulsó el botón del ascensor y se quedó mirando la pantalla que indicaba por qué piso iba la cabina. Yo, de lado, noté que Red se quedaba mirándonos, pegada al marco de la puerta y algo seria; no como de mal humor, sino quizá pensativa, preocupada.

Las puertas del ascensor se abrieron.

—Buenas noches, Red —se despidió Leo entrando en el ascensor.

—Buenas noches, Leo. —Red alzó una de sus manos—. Buenas noches, Alexia. Cuidaos.

—Gracias. Buenas noches.

Entré en la cabina y las puertas comenzaron a cerrarse.

Nos quedamos solos y en silencio.

—¿Tendré que cargarte hasta el coche? —soltó a modo de broma.

—No, pero me caería bien un abrazo. Todavía tengo frío.

No solté aquello con verdadera intención de hacer que me abrazara. No esperaba que me abrazara, porque el poco contacto que habíamos tenido hasta ese momento entre nosotros nada había tenido que ver con eso; sin embargo, Leo se movió y alzó su brazo izquierdo para rodear mis hombros.

El contacto de su cuerpo con el mío me abrumó, su calor enloqueció mi cerebro, su perfume alteró mi sistema respiratorio, incluso mi sistema nervioso, mis pensamientos, mi corazón y mi todo. Las piernas me fallaron y él me apretó todavía más contra su cuerpo.

Apoyé la cabeza sobre su hombro porque me dio la sensación de que no estaba mal hacerlo, puesto que su abrazo no era el simple contacto del apoyo de una parte de su cuerpo contra el mío, sino de él contra mí, de todo él contra mí, cuerpo y alma.

Leo no rechazó mi cabeza. Todo lo contrario, movió ligeramente la suya contra la mía.

Los ojos se me llenaron de lágrimas; no los cerré porque necesitaba grabar ese instante para mí, para siempre, y no quería perderme detalle.

Con toda mi alma, deseé que el ascensor no llegase jamás a la planta baja.

Llegó y, dedicándome un apretón en el hombro, Leo me instó a bajar. Caminando a la par, fuimos hasta su vehículo.

Tan pronto como encendió el motor, subió la calefacción.

En el cielo ya se notaba un poco de claridad del nuevo día, del jueves, recordándome que cada vez me quedaban menos días junto a Leo.

El automóvil se puso en marcha y en algún momento que no puedo precisar mi cerebro volvió a apagarse, pero no del todo; soñé con él, lo soñé besándome y penetrándome, me soñé en sus brazos, descansando contra su pecho, lo soñé riendo conmigo y con Jerónimo, lo soñé viviendo conmigo en el apartamento que yo compartía con Hugo. Lo soñé en todos los aspectos de mi vida en los que lo necesitaba y a continuación soñé que lo veía partir lejos, que lo veía irse a Canadá de regreso a su casa, pero no se iba solo, partía con Red y mi corazón quedaba destrozado.

Soñé que un niño se moría en mi mesa de operaciones y que mis manos quedaban manchadas de su sangre.

Soñé que me quedaba sola y sin nadie, sin nada y completamente vacía.

Soñé que, lo único que había deseado, querido y necesitado con tanta desesperación en esta vida, simplemente se iba lejos de mí, regresando a su vida real mientras que de mi vida real no quedaba nada.

## 18. Otro día

Los reflejos dorados bailoteaban al otro lado de mis párpados igual que si estuviesen intentando llamar mi atención. Lo consiguieron.

Dormía, mas no en una posición cómoda, y entendí que no lo hacía en mi cama; los recuerdos de la noche rebasaron al sueño en la carrera para regresarme a la realidad.

El aire a mi alrededor olía a él y estaba en calma, en silencio, quieto, dulce y sin prisas, sin exigencias ni falsas posturas.

Pese a que el dorado penetraba en mis párpados, no sentí urgencia por abrir los ojos. No tenía prisa y estaba donde quería estar.

«Otro día —pensé—. Otro día que sentía casi como otra vida en otro mundo.»

Dentro de mi abrigo, me estiré todo lo que pude contra el asiento y el respaldo, y volví a inspirar hondo.

Ladeé la cabeza y abrí los ojos esperando verlo. Lo único que mis retinas captaron fue el tapizado de cuero beige sobre el cual se movían reflejos del sol.

Me encontraba sola en su automóvil.

Retando al sol que daba sobre mi perfil derecho, dirigí la vista hacia el frente. Los débiles rayos de la mañana dieron de pleno sobre mi rostro y sus reflejos sobre el agua del río a una decena de metros por delante de mí se adueñaron de mi piel para dibujar allí su obra de oro.

El automóvil estaba parado a los pies de la orilla de una playa de arena oscura, en una plaza de estacionamiento que estaba vacía. Ese lugar, los fines de semana, debía de quedar plagado de los coches de aquellos que se acercaban hasta allí huyendo de la ciudad, pero, en un día entre semana como aquel, el vehículo de Leo conmigo dentro era el único en disfrutar de las vistas.

Mi reloj marcaba las siete y trece minutos.

Espié hacia atrás. Cruzando una angosta callecita de aspecto pintoresco, se extendían caserones de esos de los que no se ve nada más que paredones y más metros de paredones inquebrantables.

Debíamos de estar en la parte norte de la ciudad, en la zona elegante de lomas que daban al río cerca de las principales marinas.

De Leo, ni rastro.

Los seguros del automóvil estaban cerrados.

No tenía ni idea de dónde podía estar.

A un lado de mis piernas estaba mi bolso. Busqué en éste mi teléfono, el cual había apagado antes de entrar en casa de Red. Lo encendí. A los pocos instantes entraron un par de mensajes de Hugo que no quise ni me atreví a leer. No quería

recordar que ese mundo existía. Fui directa a mi lista de contactos y le envié un mensaje.

-Estoy sola en tu coche.

Escribí eso después de arrepentirme de plantearme preguntarle dónde se encontraba, puesto que Leo era más bien reacio a dar explicaciones.

El mensaje salió de mi móvil, llegó al suyo y entonces apareció como leído en mi pantalla.

No sé qué fue lo que me llevó a mirar hacia atrás otra vez, quizá una parte de mí supiese que allí estaba él. Vi a Leo detenerse en la esquina y mirar la pantalla de su móvil, mientras que con la otra mano cargaba una bandeja de cartón de esas en las que encajan los vasos altos, que en este caso eran de café. Del brazo le colgaba una bolsa blanca por la que se transparentaba un paquete bastante abultado.

Leo alzó la mirada de la pantalla de su teléfono. Sus ojos llegaron a los míos. Sonrió y me saludó moviendo el aparato en vez de su mano.

Podía haber vivido la noche que acababa de vivir, pero en ese instante sentí como si volviese a tener, no sé, quizá quince años.

El caso es que mi corazón se puso a dar saltos de felicidad dentro de mi pecho y la sonrisa más estúpida se hizo cargo de todos los músculos de mi rostro. Lo saludé con la mano y el volvió a su móvil.

-No por mucho tiempo.

Ésa fue su respuesta y se lanzó a cruzar la calle.

Debía de estar despeinada, sin duda tendría mal aliento, seguro que tenía los ojos hinchados y... nada agitó mi sonrisa, menos la suya.

Con la mano que sostenía el móvil, pescó las llaves del coche del bolsillo de su abrigo y abrió los seguros de las puertas con el control que colgaba del llavero. Estirándome sobre el asiento del conductor, abrí la puerta para él.

—Buenos días —lo saludé empujando la puerta un poco más.

—Buenos días.

Tantas ganas me dieron de besarlo que quedé medio sin gracia, con una rodilla apuntalada sobre el asiento del conductor, una mano sobre el marco de la puerta y la otra sobre el volante, simplemente esperando algo que sabía que no llegaría.

Leo se quedó esperando a que me moviese.

Procurando no ruborizarme todavía más, simulé estar dispuesta a ayudarlo con todo lo que cargaba.

—Trae acá —dije tendiendo una mano hacia él.

Leo me pasó los vasos de café después de que yo me acomodase un poco hacia atrás. Regresé a mi asiento rogando no tirármelo todo por encima y hacer todavía un poco más el ridículo.

Leo se acomodó a mi lado y cerró la puerta.

En cuanto el aire frío del exterior dejó de penetrar, la cabina del automóvil se llenó de olor a café y a vainilla y otros aromas dulces difíciles de definir. En realidad no importaba demasiado qué fuese lo que contenía el paquete, mi estómago lo identificó como comida, como algo que probablemente fuese muy sabroso, y se puso a gruñir reclamando un bocado.

Mis músculos, agotados, deseaban un buen sorbo de café.

—Espero que no te moleste que te haya dejado sola. Han sido solamente unos minutos. He sentido hambre y me ha parecido que era mejor dejarte aquí descansando. Este lugar es tranquilo.

—Sí, no hay un alma. Está bien, no pasa nada.

—¿Has podido descansar?

—Sí, un poco.

—¿Has dormido?

Leo guardó el móvil dentro del bolsillo de su chaqueta otra vez y negó con la cabeza.

—Pero estoy bien. He traído el desayuno. Café bien fuerte y mucho azúcar para reponer energía —añadió apoyando la bolsa sobre el freno de mano—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy perfectamente. ¿Y tú?

—Bien —contestó apartando la vista antes.

Un móvil que no era el mío comenzó a sonar. Leo lo sacó de su bolsillo y lo apagó.

¿Quién lo llamaba tan temprano?

—¿Tu cabeza está bien? —pregunté en vez de curiosear quién lo llamaba. Leo se había detenido a observar la pantalla durante una fracción de segundo antes de silenciar el aparato.

—Sí, estoy bien. Tengo un chichón, pero no es nada.

En silencio, apartó la bolsa y tiro del papel para abrir el paquete. Todo lo que allí había era suficiente como para provocarnos un *shock* diabético.

Todavía sin añadir nada más, me arrebató la bandeja con los dos vasos de café, desencajó uno y me lo tendió, dejando que lo sostuviese por la cintura de cartón para no quemarme. Sacó el otro para él y dejó la bandeja a un lado.

Durante ese largo silencio no hice más que preguntarme si no pensaba comentar nada sobre la noche anterior. Yo tenía demasiadas cosas que decirle y ninguna idea de cómo poner todo eso en palabras.

—¿A qué hora debes regresar a casa? —soltó de repente.

—Después del mediodía o un poco más tarde. En teoría termino las guardias a las dos, pero mis horarios son siempre inciertos. Sé cuándo entro, pero no cuándo salgo. — Hasta para mí mis palabras sonaron desesperadas, exponiendo lo poco que quería separarme de él.

Leo aceptó mi explicación sin dar evidencias de percatarse de mi patética desesperación. Por nada del mundo quería perderme las horas que me quedaban a su lado.

—Bien. ¿Te gustaría acompañarme de compras?

—¿Acompañarte de compras?

—Sí, por aquí cerca hay un par de mercados de antigüedades que siempre visito cuando vengo.

—¿Compras antigüedades?

—No exactamente. Compró cosas que puedan servirme como materia prima.

—Materia prima, ¿para qué?

—Para hacer cosas nuevas. En su mayoría, lámparas.

—¿Diseñas lámparas?

—Sí, bueno, monto cosas nuevas con algunas piezas antiguas mezcladas con elementos modernos.

—¿Las montas aquí?

—No, me llevo todo el material a casa.

—¿A Canadá?

—Sí, allí es donde tengo mi casa.

—Me habías dicho que tenías una ferretería.

—Sí, ése es mi trabajo, mi negocio. Lo de las lámparas no es más que una tontería, un pasatiempo. Es algo sin importancia; lo hago cuando tengo tiempo, lo que no sucede muy a menudo.

—Yo sería incapaz de crear nada nuevo de algo viejo, de piezas de otras cosas o ni siquiera de material nuevo.

—Claro que sí. ¿Alguna vez lo has intentado?

—No, soy un desastre para las cosas manuales. ¿Desde cuándo haces eso?

Leo bebió un sorbo de café antes de contestar.

—Desde hace algunos años; no es gran cosa.

—¿Diseñas algo más?

—Bueno, he hecho un par de muebles y cosas así. Tengo un pequeño taller en casa.

—Eso es genial —solté genuinamente sorprendida tanto por saber de su pasatiempo como por comprobar que se abría, al menos en parte, a mí—. ¿Lo aprendiste en alguna parte o...?

—Estudié diseño industrial.

—¡Uauuu! ¿Por qué no me lo habías contado antes?

—No es importante; además, nosotros...

—Somos compañeros y tú lo sabes todo sobre mí. ¿Por qué no te dedicas a eso? —solté antes de darle tiempo a esquivar la conversación.

—No soy bueno.

—Seguro que sí.

Leo rio.

—No tienes ni idea, jamás has visto nada de lo que he hecho.

—¿No tienes fotos en el móvil?

Leo rio otra vez.

—No, no voy por ahí enseñando lo que hago.

—Pues deberías. Yo quiero ver lo que haces, lo que creas. —No podía contener mi entusiasmo—. Me encantará ir contigo de compras.

—Bueno, por lo general no ves cosas bonitas... es que hay que ir con la mente abierta, buscando cosas que prometan.

—Seguro que encontraremos algo prometedor. Te ayudaré si quieres. No tengo ni idea de nada de eso, pero me gustan los rastros.

—Tu casa está repleta de cosas nuevas y modernas.

Mi casa había sido decorada por Hugo, no por mí. No dije nada de eso, simplemente lo dejé correr.

—Bueno, me enseñarás a escoger cosas que prometan tener futuro; eso haces, ¿no? Después de todo, se supone que estos días yo seré tú. Diseñar lámparas también es parte de lo que eres, tendrás que enseñarme.

—Es probable que te aburras —entonó sonriente, por lo que me dio la impresión de que compartir las próximas horas conmigo le entusiasmaba tanto como a mí.

—Dudo de que pueda aburrirme en tu compañía.

—Esto no es como lo de anoche. —Rio.

—Por suerte, pues mi cuerpo necesita un descanso. De cualquier manera, sé que me divertiré.

—A nadie le divierte lo que hago. Ya te lo he dicho, es una tontería.

—No sé los demás —ni siquiera sabía a qué otras personas se refería—, pero yo lo pasaré muy bien contigo revolviendo entre cosas viejas y, si tú lo haces, no es ninguna tontería.

—Das demasiado crédito a lo que hago.

—Y tú, muy poco. Quizá debas tener una charla tú también con Doménico. Eso de que no tienes fotos de las cosas que creas no me lo creo. Me las enseñarás un día, lo sé.

Leo se quedó mirándome, perdiendo poco a poco la sonrisa para dar paso a una mueca de preocupación en su rostro.

—Lo has visto todo de mí.

—Ése era el trato —articuló cortándome.

—Sí, lo sé. También sé que, si te has animado a contarme que diseñas lámparas y que has hecho muebles pese a que crees que lo que haces es una tontería, también te animarás a enseñármelas. Date tiempo, ya entenderás que eso no te hará daño.

—No a mí.

—¿Moriré del espanto por verlas? —bromeé con un nudo en la garganta. Entendí bien que se refería a mí, a nosotros, a compartir cosas que estaban fuera del menú de nuestro trato. Él no tenía interés alguno en compartir su vida porque de nada serviría, en poco más de setenta y dos horas regresaría a su casa, a su vida, a todo eso sobre lo que yo poco o nada sabía.

—¿Crees que, de lo viejo, lo usado, lo dañado, puede crearse algo nuevo, algo que valga la pena?

No quedaba ni rastro de sonrisa en sus labios.

—No hablamos de lámparas, ¿no es así?

Negó con la cabeza.

—¿De qué hablamos, de mi vida o de la tuya? —Mi garganta terminó de cerrarse; pese a lo tentador del contenido del paquete, me pareció imposible poder tragar bocado.

Su respuesta fue permanecer en silencio.

Hablábamos de mí, por supuesto.

—¿Estoy dañada, vieja y usada? —bromeé, puesto que no quería una conversación seria en esos momentos, menos que menos una que gravitase a mi alrededor, teniendo en cuenta que pocos minutos atrás me había abierto una pequeña ventana a su vida.

—Es que parece que eso es lo que piensas tú de ti misma.

—¿Tan clara tienes mi vida?

—Tengo claro que no llevas la vida de quien eres. Eres una persona cuando estás conmigo y otra cuando él está delante.

Los dos sabíamos muy bien que *él* era Hugo.

—Con quien menos te contienes, ¿es con tu hermano? Con tus padres delante eres igual. ¿Eres esta Alexia o aquella? ¿Quién serás cuando me vaya?

Sentí que estaba a punto de vomitar todo lo que todavía no había bebido ni comido. Mis manos se echaron a temblar. Bajé el vaso hasta apoyarlo contra mis rodillas para evitar provocarme una quemadura de tercer grado por tirarme todo su contenido encima.

—No es justo que me preguntes eso.

—La vida no es justa. Es una hija de puta y da la impresión de que le sigues la corriente. Si quieres hacer eso, allá tú; de todas formas, aunque no cambies nada en tu vida, yo estoy pasándolo bien. Seguro que te divierte también.

Sus palabras me parecieron crueles.

—No es fácil. —Mis lágrimas querían salir.

—No es fácil para nadie, Alexia. Lidias con niños enfermos, muy enfermos, casi todos los días de tu vida. Sabes que no es fácil ni justo, pero tú todavía tienes la oportunidad de crear algo nuevo, algo distinto, algo que pueda tener un futuro de lo que podrías considerar que está viejo, usado, incluso de lo que puedas creer inservible.

—¿Y tú? Me encantaría saber si aplicas ese mismo discurso en tu vida.

—Mi vida es cosa mía, no estamos aquí por mí. Eso debería estar claro ya.

—Es fácil mantenerte sobre ese pedestal en el que estás y opinar sobre mi vida.

—Opino sobre tu vida porque para eso me metiste en ella.

—No, yo no... —Ya no sabía con exactitud para qué lo había metido en mi vida.

—No es un ataque, Alexia. Solamente quiero que abras los ojos para que veas lo que yo veo en ti. Querías que te enseñase a buscar cosas que puedan ser parte de algo nuevo, y eso hago.

—No soy una de tus lámparas.



Leo sonrió.

—Desde luego que no, por eso me emperro más en esto que en buscar piezas para mis lámparas. A eso vine al país y justo hoy me pongo a ello.

—Tampoco soy tu proyecto de ciencias.

—Podrías no ponerte a la defensiva. Sólo quiero que veas lo que yo veo.

Las condenadas lágrimas insistían en saltar de mis ojos a chorros. Inspiré un par de veces intentando contener la angustia.

—Tienes todo lo que precisas para ser quien eres. No necesitas a Hugo para eso, ni a tus padres, ni a tu hermano, y mucho menos a mí. Lo único que necesitas es a ti misma. Date la oportunidad, si es que quieres, porque podrías conseguirlo. Es eso, solamente quería decirte que esto no tiene por qué terminarse cuando yo me vaya, puedes seguir siendo tú sin mí. Yo lo único que he hecho ha sido pasar por aquí.

¿Que lo único que había hecho era pasar por ahí? Tenía que estar bromeando. Toda mi vida estaba de cabeza desde que apareció. En realidad no era su culpa, sino mía: yo dejé que lo hiciera y quise que lo pusiese todo patas arriba; yo necesitaba verlo todo de otro modo, cambiarlo todo, romperlo todo para empezar de cero no sé qué. Leo me había dado la vida que yo nunca escogí, que evidentemente quería, la vida que comenzaba a hacerme sentir viva.

—No me gusta sonar aleccionador y sé que a menudo contigo sueno así; es que no quiero que desperdicies todo lo que tienes. Si me escuchase Doménico...

—¿Qué quieres que te prometa? No sé qué hacer de mi vida, Leo.

—Vivirla. Desde donde yo lo veo, dejas pasar muchas cosas, tanto buenas como malas. No vives tu vida, apenas actúas un par de escenas y eso no es suficiente. Creo que sabes que estás dejando pasar cosas que no deberías.

—No sé a qué te refieres.

—A que deberías involucrarte en tu vida.

Me quedé mirándolo. Esa mirada suya tenía gusto a que contenía palabras detrás de sus labios.

Regresó a su café como si nada.

—Deberías comer.

Mecánicamente, mi mano cogió un donut del paquete; mis dientes le arrancaron un trozo que masticaron. Tragué.

Masticar y tragar sus palabras no resultaría tan sencillo.

\* \* \*

El mal hábito de acostumbrarse a lo malo, de pensar que es simplemente lo que hay, a lo que uno debe resignarse, estaba demasiado arraigado en mi interior y por eso no planté toda la pelea que debí haber plantado, no pedí y exigí lo que quería. Sabía que podría haber perdido la batalla incluso luchando con todas mis energías; en vez de

eso, simplemente la di por perdida y eso me molestaba, me volvía loca, más de lo que nunca antes me hubiese perturbado el abandonarme a lo que creía que era el destino o a lo que se suponía que era la vida.

La vida no es necesitar a alguien y no decírselo. La vida no es contener las ganas de abrazar y besar. La vida jamás debería ser una mentira, y eso era la mía en ese momento y casi podía apostar a que venía siéndolo desde hacía demasiados años.

Esa mala costumbre de dejar pasar las cosas estaba haciendo que en ese instante Leo pasase frente a mí sin más.

Entre las pilas de polvorientos muebles, lámparas de cristal y bronce, recargados marcos sin retratos y bustos de mármol, Leo iba de un lado para el otro buscando lo que, por su cara de entusiasmo, debía de considerar como verdaderos tesoros, mientras yo lo seguía como las mareas siguen a la luna, como la Tierra gira alrededor del Sol. Él fue enseñándome todo aquello que le entusiasmaba, fuesen o no artículos que luego pensaba comprar o emplear para sus lámparas.

Nunca antes había tenido la oportunidad de verlo tan compenetrado con algo, ni siquiera cuando practicaba *parkour* ; eso era completamente distinto, más privado, algo que nacía y que despertaba sus emociones y lo que él era en ese interior que yo tenía vedado.

Leo efectuó un par de compras en el primer mercado que visitamos; en el segundo se comportó de un modo todavía más entusiasta y comenzó a soltarse un poco en todos los sentidos. No le quedó más remedio que aceptar que allí lo conocían muy bien; los empleados le dieron la bienvenida y me dio la impresión de que querían intentar preguntarle por sus cosas, por su vida, para saber cómo estaba, pero, apresuradamente, él me presentó cortándolos y fue directo a lo que le interesaba: piezas de lámparas y otros objetos de los años cincuenta y sesenta que habían reservado especialmente para él. Y para ello nos guiaron hasta el fondo del local.

Para esa instancia, yo sentía que tenía una gruesa capa de polvo cubriendo mi piel. De cualquier modo, la experiencia resultaba interesante por completo.

Cogí lo que en una mejor época debió de ser la pantalla de una lámpara de escritorio; era un semicírculo de metal plateado que no veía un paño húmedo desde hacía veinte años como mínimo.

—¿Te llevarás todo esto? —curioseé.

—Sí, es probable —contestó alzando por una fracción de segundo los ojos del contenido de la caja para dirigirse a mí.

—Cuando hagas una lámpara con esto, podrías enviarme una foto.

Leo volvió a alzar la vista.

—Leo hace unas cosas estupendas —comentó la dueña del local, que había venido especialmente a atenderlo y que en ese momento regresaba de la parte trasera de las instalaciones cargando otra caja con material.

Leo hizo una mueca.

—Todavía no me ha enseñado nada.

—¿Cómo es eso? —Giró la cabeza en dirección a mi compañero—. ¿No tienes fotos ahí? Bueno, eso no importa, yo tengo algo de su trabajo por aquí.

Los ojos de Leo se abrieron de par en par.

—¿Quieres verlo? —me propuso.

—¡Claro! —solté dando un salto.

—El caso es que no tenemos tiempo, deberíamos...

—Son dos segundos, Leo. Tú sigue con lo tuyo, yo le enseñaré a Alexia mis pequeñas joyas.

La dueña del negocio tiró de mí en dirección a la trastienda.

—No puedo creer que te haya traído aquí a revolver entre cosas viejas sin haberte enseñado antes lo que hace.

—Bueno, es que nos conocemos desde hace muy pocos días. No sabía nada de su afición hasta hace un par de horas.

—No me sorprende. Leo es muy reservado.

—¿Lo conoces desde hace mucho? —le pregunté siguiéndola, ya que me había soltado. Pasamos entre puertas antiguas apoyadas contra la pared a un lado y al otro de un largo corredor.

—Unos ocho años. Es la primera vez que trae a una amiga.

—¿Desde cuándo lo conoces tú?

—Mañana hará una semana. Es amigo de la infancia de mi novio —expliqué, porque me sentí en la obligación de ser un tanto más clara después del tono que ella había usado para mencionar la palabra *amiga*. Entre mis manos apreté la pieza de metal que no había atinado a soltar antes de que ella me arrastrase hasta allí.

—Es por aquí. —Empujó la puerta y me cedió el paso.

Salimos a un amplio *loft*.

—Ésta es mi oficina. Además, aquí recibo a nuestros clientes destacados. Aquí guardo las antigüedades más especiales que tengo para la venta.

Sí, había piezas por todas partes: piezas de calidad y objetos que saltaba a la vista que no eran baratijas que acumulaban polvo en un rastro.

—Allí tienes una de las obras de Leo. —La mujer apuntó con la cabeza hacia arriba y yo, esperando encontrar una lámpara, miré despreocupada en esa dirección.

Lo que vi no era una lámpara ni nada que se le pareciese. En el techo, captando los rayos del sol que entraban por los ventanales, descubrí un gigantesco móvil confeccionado con diversas piezas de metal y madera que apenas oscilaba con una delicadeza suprema.

Las partes de metal reflejaban el sol unas sobre otras, soltando destellos de luz en todas direcciones. El móvil debía de tener unos tres metros de largo por dos de ancho y las varillas eran tan delicadas que toda la estructura daba la impresión de flotar en el aire más que colgar del techo.

—Me costó dos años convencerlo para que me lo vendiese. Solamente ha hecho tres de éstos. No entiendo por qué, son simplemente espectaculares.

—Lo son.

—Él mismo me lo trajo y lo montó.

—No tenía ni idea de que hiciese nada semejante, me comentó que creaba lámparas y que había hecho algunos muebles.

—Pues hace más que eso. Es un verdadero artista. Es una pena que no quiera reconocerlo.

—Es fantástico —solté embobada caminando por debajo del móvil para admirar sus formas sin perderme detalle.

—Leo es un gran admirador de Alexander Calder. ¿Lo conoces?

—No, ni siquiera me suena su nombre.

—Era un escultor norteamericano. Murió en 1976, pero su obra continúa igual de actual. Sus móviles son increíbles. Leo se inspiró en su trabajo. Además de obras de arte, son piezas de ingeniería. Conseguir que toda la estructura quede así, como flotando en el aire, no es tarea sencilla.

—Es tan delicado... —dije con un hilo de voz. No podía creer que Leo hubiese elaborado eso. Simplemente no lograba salir de mi asombro. Era tan sutil, tan liviano y tenue—. Es una maravilla.

—Si se animase, seguro que le conseguiría muchos compradores. Se pasaría el tiempo viajando para exponer de aquí para allá con su trabajo. Y sí, me consta que también ha diseñado muebles y lámparas. Leo estudió diseño industrial, pero tiene alma de artista, es un gran creador. Aquí tengo una de sus lámparas. Fue un regalo.

Me guió hasta su escritorio.

De líneas simples y gráciles, una lámpara de metal plateado, vidrio y madera presidía el espacio. La única forma de definirla era como una medusa de mar que, al igual que el móvil, daba la impresión de estar flotando, ajena a la gravedad.

La mujer acortó los pasos que la separaban del escritorio y encendió la luz. Rayos salieron en todas direcciones, pálidos, nacarados igual que la luz del sol que entra en el fondo del océano.

—Es una belleza, ¿no te parece?

Asentí con la cabeza. Acababa de perder la capacidad del habla.

—Deberías verla encendida cuando está a punto de caer la noche. Es como si volviese a amanecer. No me canso de decirle a Leo que lo que hace es mágico. De aquí se lleva cosas que podrías tirar a la basura y él las convierte en algo único y sublime.

Se me puso la piel de gallina. De pronto necesité verlo trabajando, creando aquellas piezas. Quise verlo en su casa, quise verlo por las mañanas desayunando, quedándose dormido en un imaginario sofá de un salón con ventanas hacia esos grandes bosques canadienses.

Arañar esa verdad suya me hizo sentirme distanciada de él.

—¿Te encuentras bien?

Apreté la pieza de metal contra mi pecho.

—Sí, estoy bien. Es que no tenía idea.

La mujer se quedó observándome en silencio.

—Alexia...

Me di la vuelta para ver a Leo avanzar hacia nosotras.

—Leo... —intervino la mujer—, y bien, ¿qué te ha parecido todo?

—Ya he escogido algunas piezas. ¿Podrías embalarlas para mí? Regreso a Canadá el lunes por la mañana, de modo que me gustaría llevármelo todo ahora mismo. No podré volver en otro momento.

—Qué pena. Sí, claro, no te preocupes, ahora mismo lo empaqueto todo para que te lo llesves. ¿Te preparo la cuenta como siempre?

—Sí, por favor.

La mujer nos dedicó un gesto con la cabeza y regresó a la parte delantera del negocio, dejándonos solos.

—Leo, tu trabajo es increíble.

—Es solamente un pasatiempo.

—El *parkour* es un pasatiempo; esto es... tu arte es... me faltan las palabras. Deberías dedicarte seriamente a esto.

—Es difícil dedicarse al arte seriamente, sobre todo cuando vives con responsabilidades.

—Pagaría lo que fuese por tener una de tus obras en mi casa.

—Exageras y, además, dudo de que Hugo quiera una de mis piezas en la casa que compartís.

—Yo la quiero.

—De todas formas, no planeo dedicarme a esto. La vida no es esto. Tengo un trabajo.

—Sí, pero esto...

—Esto no es nada.

—No eres tú el que dice...

—No es tan sencillo.

—No, no lo es. Es bueno que lo entiendas; deberías arriesgarte.

—No estoy en posición de arriesgar nada.

—Leo, no seas miedoso. Tu trabajo...

—No es miedo. Tengo cosas más importantes de las que ocuparme. Esto es algo que hago cuando me sobra tiempo, nada más.

—Deberías buscar a alguien que te eche una mano en la ferretería para así poder ocuparte de elaborar piezas como éstas.

—Alexia, no quiero ser grosero, pero no tienes ni la más remota idea de cómo es mi vida; no intentes meterte en eso, no quieras darme consejos. No volvamos a lo mismo. En poco más de tres días, me iré. No quiero arruinar el tiempo que nos queda.

—¿Qué daño te hará contarme cosas sobre tu vida?

—Eso no sucederá.

—¿Por qué? —insistí.

—Creo que debería llevarte a tu casa. Necesitas descansar y alejarte algunas horas de mí. No me necesitas tanto como crees.

—Será que tú no me necesitas a mí ni un poco y no quieres decirlo en voz alta para no hacerme sentir mal.

—Fui claro desde el primer momento. Sólo estás confundiendo la situación. Vamos, si los dos somos muy parecidos... sabes que no me necesitas, es tan sólo que crees que no podrás sin mí, lo cual es ridículo. No nos metamos en eso, que no vale la pena. Estamos perfectamente bien así. Funcionamos de maravilla así. Anoche lo pasamos espectacular. Entre nosotros hay algo distinto, algo que no es comparable con nada. No lo arruinemos intentando confundirlo con otra cosa. Somos compañeros.

La sonrisa que me dedicó como para intentar convencerme no hizo más que amargarme el corazón. Quizá tuviese razón, era probable que estuviese aferrándome a él por miedo a no poder seguir adelante sola, pero tal vez fuese algo más. Por favor,

que no fuese algo más.

Apreté la semiesfera contra mi plexo solar de nuevo.

—Me llevaré esa pieza también, creo que tiene potencial —comentó señalándola—. Andando, sigamos adelante. Tenemos muchos planes que hacer para los días que nos quedan juntos. ¿Puedo? —Tendió su mano en dirección a las mías.

Yo prácticamente incrustaba la pieza por debajo de mi esternón. Cederla a sus manos era mucho más que entregarle una pieza de metal que estaba sucia y que para ojos inexpertos (no los suyos) podía parecer inservible.

Leo repitió mi nombre.

Mis manos se echaron a temblar.

—Estarás bien.

Que dijese aquello nada tenía que ver con entregarle la semiesfera, no al menos en sentido literal.

—Eso no lo sabes.

—Confío en ti. Entrégamela. —Leo permanecía con la mano tendida en mi dirección—. Tendrás que hacerte cargo de tu vida y sé que lo lograrás. Eres como ese móvil. —Apuntó con la cabeza hacia el techo por detrás de su espalda—. En apariencia es delicado, pero te juro que resiste más de lo que te imaginas. Un par de golpes no alcanzarían para destruirlo; es más, quizá sólo servirían para perfeccionar su alineación y equilibrio.

—Intentas hacer que suene poético. Es bonito; sin embargo, no dará resultado.

Leo me arrebató el semicírculo de metal plateado.

—Esto no es tu salvavidas, yo no soy tu salvavidas. Tan sólo soy quien te empujó al agua, ¿está claro? Ahora reúne valor de una puta vez y aprende a nadar, que el agua está llena de tiburones.

—Leo...

—No puedo ser más claro y menos poético porque te enojarías conmigo y porque no puedo decirte nada que tú no sepas ya. Es tu decisión ver o no ver, no mía. Tarde o temprano todos nos quedamos sin excusas.

—Es cierto, no sé nada de tu vida y tampoco me contarás nada; no obstante, tengo la ligera impresión de que te hace falta aplicar tus propios discursos. Podemos irnos cuando quieras. —Le entregué la pieza de metal y eché a andar pasando por su lado.

Como si nada hubiese sucedido, Leo tramitó el envío de las cosas que acababa de comprar y el pago de las mismas. Luego nos subimos a su automóvil.

—¿Tenemos plan para esta noche, compañero? —le pregunté en el tono más frío que fui capaz de esgrimir, mientras me colocaba el cinturón de seguridad.

—Sí. ¿Crees que podrás con una noche en el Délice?

—Sí, puedo y quiero. —Antes de eso iba a necesitar una buena siesta.

—Si tienes guardia, luego te llevo yo.

—Sí, tengo. Gracias.

—No hay problema.

—Te acompañaré a tu casa ahora. Necesitas descansar.

Y, además de eso, él parecía muy necesitado de desprenderse de mí.

Bajo el régimen de un silencio sepulcral, Leo me llevó hasta mi apartamento, dejándome en el mismo lugar donde me había recogido.

## 19. Todos esos años

No sabía que un mismo *déjà vu* pudiese repetirse tantas veces. Entré en casa y tuve la impresión de que todos esos años la situación había estado repitiéndose una y otra vez. Antes resultaba emocionante, era el preámbulo de lo conocido, de lo que me entusiasmaba. Solía esperar tanto la hora de regresar a casa para estar con él, para sentirme un poco más persona de lo que me sentía mientras trabajaba, para volver a ser yo... Ya no era así y eso estaba más que claro.

Me gustase o no, debía acabar con esa situación pronto, porque ya no me aportaba nada y dudaba de que pudiese aportar nada a la vida de Hugo. Lo que entre nosotros dos existió, era en mí un recuerdo y nada más. El afecto perduraba y por eso mismo se tornaba cada vez más patente que, por respeto, debía terminar con nuestra relación.

—¡Hola! Me ha parecido oír la puerta —soltó Hugo lleno de entusiasmo llegando desde su estudio—. Me alegra que hayas llegado. Te he extrañado. —Rodeándome con sus brazos, me apretó contra su pecho—. Tienes cara de cansada. ¿Has tenido una guardia muy dura?

En un último intento de reencontrarme con lo nuestro, abracé su cintura. Lo único que volvió fue el recuerdo de buenos momentos, de cuando me sentía segura y feliz en sus brazos. Los ojos se me llenaron de lágrimas.

El rostro de Hugo llegó a mi cuello. Lo sentí olfatearme y entré en pánico.

—Hueles raro.

Mi sangre se enfrió. Hugo me enfrentó. Tenía cara de estar intentando decidir a qué olía. Rogué que no fuese al perfume de Leo.

—Hueles a humedad. ¿Es eso posible?

Debía aliviarme.

Sentí alivio.

—¿Qué has estado haciendo? —Sonrió—. Por lo general hueles a desinfectante.

Mi cerebro soltó una mentira demasiado rápido.

—He estado en los archivos. Tenía papeleo pendiente.

—Ése no es tu trabajo, Alexia. No te mataste estudiando para eso. ¿Cuándo te decidirás a dar el paso?

—No sé. No estoy segura de qué quiero hacer.

—A qué te refieres con eso de qué quieres hacer.

—A que últimamente estoy confundida. Tengo dudas sobre lo que hago.

—Lo que tienes es agotamiento. Trabajas demasiado. Como si no tuvieses suficiente con tus guardias, cubres guardias de otros... no paras, tu trabajo es de por sí estresante y, además, en el hospital luchas contra la burocracia, la falta de recursos y



cientos de otras cosas de las que no deberías preocuparte tú. Todo eso provoca estrés. Es lógico que no sepas si quieres seguir así, porque no debes querer seguir así, debes buscar algo mejor para ti.

—No es eso.

—Ya que muy a menudo cubres las guardias de otros, podrías pedirte la noche libre para mañana. Alguien debe deberte más de un favor. Podrás arreglarlo, ¿no es así?

—Para qué quieres que pida la noche libre.

—Bárbara llamó, nos ha invitado a cenar a su casa. Será una cena de parejas.

¿Bárbara había llamado? Sentí pánico otra vez, ella sí trabajaba la noche anterior. ¿Y si Hugo le preguntó por mí? ¿Y si ella le dijo que yo no estaba allí? ¡¿Cómo no había pensado en eso antes?! ¡Una y mil veces estúpida!

Aterrorizada por verme en la obligación de tener que contar la verdad, enrojecí. No estaba lista para eso, no tenía ni idea de cómo explicarle a Hugo lo que había estado haciendo.

Me quedé observándolo, esperando a que me pidiese explicaciones, que demandase la verdad. Nada sucedió. Hugo me miraba, sí, pero no de un modo distinto al de cinco segundos atrás. No había nada acusatorio en sus ojos.

—¿Una cena de parejas? —fue lo único que conseguí articular.

—Sí, Leo y ella y nosotros dos. Bárbara me dijo que estarán encantados de recibirnos. Sí, *encantados* —repitió Hugo con una sonrisa.

Ese era mi castigo por lo que estaba haciéndole a Hugo. Leo se veía con Bárbara a mis espaldas.

—A pesar de todo, no creo que lo pasemos tan mal.

Yo ya estaba pasándolo muy mal.

—¿Crees que ella se irá con él a Canadá?

Hugo se apartó de mí riendo a carcajadas.

—¿Qué dices? ¡Claro que no! Bárbara no irá a ninguna parte. ¿De dónde has sacado eso?

—Si están saliendo...

—Alexia, Leo se va el lunes.

—Sí, lo sé.

—No es nada serio. Además, Leo no parece de ese tipo de personas. La verdad es que mi recomendación para Bárbara sería que se olvidase de él en cuanto Leo ponga un pie en el avión.

—¿Por qué?, ¿qué tiene él de malo?

Hugo se movió hasta el sillón y se sentó en el apoyabrazos.

—Jamás ha sido un buen partido para nadie. Dicen muchas cosas de él.

—¿Qué cosas? —Mis palmas empezaron a sudar.

—Vida que toca, vida que arruina.

—¿Quién dice eso? ¿Qué razones pueden tener para...?

—No es asunto nuestro —me cortó Hugo—. No tiene la menor importancia. No creo que Bárbara espere nada serio de él. No importa, el caso es que, si nos ha invitado, lo mínimo que podemos hacer es ir. Hay demasiadas cosas en juego.

—¿Los negocios de tu padre? —solté de malos modos, y a Hugo no le pasó por alto mi tono.

—¿Cuántas veces he ido a cenas con los amigos de tu padre porque él necesitaba a la familia allí para darle apoyo, para hacer gala de sus retoños? Vamos, Alexia, no le demos más vueltas a lo mismo otra vez. Los dos estamos acostumbrados a esto. Por cierto, tu hermano llamó; me dijo que intentó contactarte en tu móvil pero no le respondiste. Yo también te llamé, ¿has visto mis llamadas?

—Sí. Ha sido una locura de noche.

Hugo se levantó del sillón.

—¿En qué anda tu hermano? Sonaba raro, como si estuviese ocultando algo. ¿No piensa parar nunca de darle disgustos a tu padre? Tendría que entender de una buena vez que no es una criatura. Es adulto y no se comporta como tal. Está demasiado acostumbrado a que allí estés tú para salvarlo siempre.

No pude evitarlo, ante su ataque a Jerónimo saqué las garras.

—Mejor no hables de mi hermano. No tienes ni idea de todo lo que ha pasado.

—Sé bien que todo lo que pasó... pasó y él se aprovecha de eso. Es su perfecta excusa para no hacerse responsable de nada, para exprimir a tus padres y a ti. ¿Puedes creer que tuvo el valor de criticarme?

—¿Qué te dijo?

—Que no te cuido lo suficiente y que acabaré perdiéndote. Él no tiene la menor idea de que nosotros estamos bien, que pronto anunciaremos nuestro compromiso.

Eso no iba a suceder. Sentí que comenzaba a amargarme por dentro.

Me costó mucho creer que Jerónimo le dijese aquello así porque sí.

—¿Qué le dijiste? Jerónimo no tiene esas reacciones.

—¿Ahora es culpa mía que me atacase?

—¿Qué le dijiste? —insistí.

—Que solucionase sus problemas, solo.

—Es mi hermano, no el tuyo.

—Ya que es tu hermano, deberías encargarte de ponerlo en su lugar.

—¿Ponerlo en su lugar?

—Sí. Ese crío tuvo el valor de soltarme que debería ser un poco más como Leo.

La sangre se detuvo dentro de mis venas.

—Dejó entrever que ha estado pasando tiempo con Leo y que le cae muy bien. Es obvio que no lo conoce. La verdad es que no veo la hora de que sea lunes para que él desaparezca de nuestras vidas. Todavía me estoy arrepintiendo de haberlo invitado a tu fiesta de cumpleaños. —Se movió algunos pasos en dirección a la cocina; sin embargo, no llegó muy lejos—. Mi padre tendrá que compensarme este favor.

—¿Qué sabes de Leo?

—Sé que no es un buen aporte para la vida de nadie. Durante la adolescencia, nos distanciamos, eso no evitó que los rumores que nos llegaban sobre él no eran nada buenos. Riñas constantes en la escuela a la que asistía... mejor dicho, en las escuelas a las que asistió, porque según tengo entendido lo expulsaron un par de veces. Tiene suerte de tener un padre con mucho dinero. Yo creo que debió de acostarse con todas las chicas de los colegios en los que estuvo, y no me parece que

eso haya cambiado en la actualidad. Nadie dice nada de su vida en Canadá y eso me da todavía peor mala espina. Tu hermano ya de por sí es un peligro, imagínatelo a su lado.

—¿Lo juzgas por rumores que corren sobre él?

—Alexia, no soy tan estúpido. Fue su propio padre quien se lo sacó de encima enviándolo a Canadá a casa de un primo lejano suyo. Hasta él necesitó alejarlo de su existencia. ¿Qué te dice eso? Tengo entendido que ahora hay un poco de paz entre ambos, pero tampoco diría que se llevan bien. Vamos, que el sujeto no da para mucho; tiene una ferretería —soltó riendo con sorna.

Hugo no había visto lo que la cabeza y las manos de Leo eran capaces de crear y, además, tener una ferretería no era nada que pudiese recriminársele.

—Me fastidia estar hablando de Leo todo el rato. Llevamos horas sin vernos... es más, esta semana apenas hemos estado juntos, y lo único que hacemos es hablar de cosas sin importancia. Hablemos de lo que realmente merece la pena: he estado buscando lugares para nuestra boda. He encontrado un par de museos, una biblioteca y una antigua mansión con un jardín estupendo que me parecen escenarios ideales. Deberíamos darnos prisa en escoger. Todavía tienen fechas disponibles para marzo. Creo que esa época sería perfecta para nosotros, nos deja tiempo para prepararlo todo. He impreso un par de páginas con fotos y otros detalles de esos sitios para que les eches un vistazo, las tengo en el estudio. ¿Has pensado en el vestido? Mi madre se ha ofrecido a acompañarte; de cualquier modo, imagino que querrás a tu madre presente también para elegirlo. Y algo más: quizá sea un poco apresurado, pero de todas formas he empezado a mirar algunas casas; creo que deberíamos mudarnos. Este apartamento está bien para una pareja, no para una familia. También he impreso algunas fotos. Son casas estupendas. Quizá los precios estén un poco por encima de nuestras posibilidades, pero no dudo de que nuestros padres nos ayudarán sin rechistar. Son casas estupendas, que representan una inversión fenomenal. Estarán felices de saber que allí criaremos a sus nietos. —Dicho esto, se quedó mirándome—. ¿No dices nada?

Ni siquiera podía pensar.

—Más tarde me lo enseñas todo.

—Sí, claro. La cena de mañana es a las nueve. Por favor, pídele a alguien que te cubra, que ya he contestado que sí iremos.

Asentí con la cabeza.

—Las fotos las miras luego si quieres, están sobre mi escritorio. ¿Has almorzado o te preparo algo de comer? No tienes buena cara.

—Estoy agotada. —Y destrozada. Esto último lo acoté dentro de mi cabeza. Jamás pensé que lo mío con Hugo fuese a derivar en eso, que mi vida fuese a llevarme a ese día.

—No te preocupes, duerme unas horas y después les echamos un vistazo juntos. Por supuesto, de las casas, ya tengo una preferida. —Sonrió—. Los lugares para la boda son todos estupendos, de modo que lo que prefieras estará bien. Ah, se me ha ocurrido que el *catering* puede hacerlo la empresa que siempre se ocupa de los eventos de tu familia y de la mía. Son muy eficientes y ya los conocemos de sobra, solamente nos restaría ponernos de acuerdo con el menú.

Ni en condiciones normales hubiese podido seguirle el ritmo a Hugo. Nada de eso estaba siendo como creí que sería.

Hugo dio por terminada la conversación llegando hasta mí para besar mi mejilla y desearme que descansase bien.

No tuve fuerzas ni para dibujar ni un esbozo de sonrisa. Di media vuelta y, con mi bolso a cuestas, fui directamente al cuarto que compartíamos.

Después de una ducha, me metí en la cama y caí rendida.

\* \* \*

Oí mi móvil sonar. Las ganas no me alcanzaban para abrir los ojos. El aparato enmudeció y me volví a dormir. Cuando conciliaba el sueño otra vez, su estruendo volvió a meterse dentro de mi cabeza.

Abrí los ojos, a mi alrededor apenas quedaba un poco de sol de la tarde.

Rodé sobre la cama y pillé el aparato que estaba encima de la mesita de noche. Vi el nombre de mi hermano en la pantalla.

—Hola, Jero.

—Hola. ¿Dormías?

—Sí, pero no importa. Tenía que levantarme. ¿Cómo estás? Perdón, Hugo me avisó de que llamaste, es que...

—¿Está muy molesto? Me fui de la lengua. Ahora te enfadarás conmigo. Sé que no debí hacerlo, es que a veces me saca de quicio y, no sé, últimamente no te veo muy... Desde que he vuelto... no sé dónde está mi hermana. No quiero meterme en tu vida, no es que pretenda hacerlo. No me importa lo que hagas, siempre y cuando seas feliz. Ahí has estado siempre para mí y quería que supieras que te apoyaré en lo que hagas, siempre y cuando sea lo que realmente quieres. No debería decirte esto, así como no debí decirle a Hugo que sería mejor que fuese un poco como Leo, pero no puedo contenerme. Te veo triste, no sé, quizá perdida, y no quiero eso para la persona que más amo en este mundo. No te veo feliz al lado de Hugo y sé que tenéis planeado casaros... Lexi, por favor, piénsalo bien. —Hizo una pausa—. No debí mencionar a Leo cuando prácticamente acusé a Hugo de no tratarte como te mereces, pero... no sé qué sucede entre vosotros dos, aunque es obvio que algo pasa. No pretendo que me digas de qué se trata, no es lo que necesito. El caso es que, cuando él está presente, te ves distinta, tu mirada es otra, si hasta tu tono de voz cambia. Sé que no sé una mierda de la vida, soy un desastre, no puedo darle lecciones de pareja a nadie. Sé que te quiero y que quiero verte bien. Nada más. Prométeme que lo pensarás, tan sólo eso. Es ridículo que te pida que no te cases con Hugo, sin embargo creo que también sería ridículo que lo hicieras. Más allá de tu trabajo... Ok, otra vez, por favor, no quieras matarme ni te enfades conmigo: me da la impresión de que has estado viviendo su vida y no la tuya, y antes no era así, antes te divertías, reías con ganas. No pretendo que llegues a mi nivel de rebeldía, nunca has sido así, pero esto que eres ahora nada tiene que ver con madurar, lo digo antes de que me salgas con el cuento de las

responsabilidades y demás. No digo que no seas responsable, digo que no ponderes todo lo demás antes que tu felicidad. Creo que son cosas distintas. Puedes casarte, tener una familia y seguir con tu trabajo y ser feliz.

Jero dejó de hablar y la línea quedó en silencio.

Clavé mi vista en el techo intentando buscar con qué contener todo lo que se me escapaba por los poros.

—¿Lexi?

—¿Sí?

—¿No vas a gritarme?, ¿no me dirás que cierre el pico y que me meta en mis propios asuntos, que mi vida ya es lo suficientemente desastrosa y que tengo bastante de lo que ocuparme?

—No. Te estás ocupando ya de tu vida, ¿no es así?

—Doménico sí sabe cómo hablarle a la gente. En mi vida había conocido a un tipo tan... no sé si decir inteligente o qué, el caso es que tiene muchas cosas claras y que... de pronto... no sé. Todavía no sé qué es lo que quiero hacer, pero sé que quiero hacer algo. Doménico me dio su número de móvil y me dijo que lo llamase cuando lo necesitara, que puedo ir a su gimnasio cuando quiera. Puede que en un principio cayese en esa trampa tuya y de Leo, que no duró mucho... el propio Doménico me lo explicó, él trabaja de eso. Le dije que le pagaría y no aceptó, dice que es muy amigo de Leo y que, si Leo es amigo tuyo, soy como de la familia también. No hace ni una semana que lo conocemos y Leo... él se preocupa más por ti de lo que veo a Hugo preocupándose por sí mismo, y eso que creo que lo único que él hace es preocuparse por sí mismo. Sé que ahora no volverás a dirigirme la palabra nunca más.

—No digas eso, Jero. No es tan fácil, eso es todo.

—¿Qué te parece si nos tomamos unos días para nosotros solos? Llevamos mucho tiempo sin viajar a ninguna parte y seguro que llevas una eternidad sin cogerte unas vacaciones.

—No creo que a Hugo...

—No, Lexi, no es Hugo. Eres tú.

—No sé, no me parece que ahora sea el momento.

—Bien, puedo entender eso, pero, por favor, piensa en lo demás. Así como me llevaste a conocer a Doménico para que de una vez me haga responsable de mi salud y de mi vida, estoy haciendo esto por ti. Sé que no es lo mismo, que es bastante menos y que no tengo demasiadas armas con las que ayudarte; te quiero y por eso no puedo quedarme al margen. ¿Te apetece que nos veamos esta noche? Podemos ir a cenar juntos por ahí, así conversamos. Me regañas un poco y yo te regaño otro tanto, y quizá hasta nos emborrachamos —bromeó.

Para él, reí un poco refregándome los ojos. El cansancio se negaba a abandonarme.

—Esta noche no puedo.

—¿Mañana?

—Tenemos una cena con Hugo.

—El sábado.

Me amargó sentir que lo único que quería en ese momento era aprovechar cada hora para pasarla con Leo.

—Ya veremos, ¿de acuerdo?

—Bueno, pero entérate: no me daré por vencido, continuaré insistiendo.

—Sí, me lo imagino.

—No te preocupes, me disculparé con Hugo. Es probable que me pasase de la raya; es que te quiero y para mí estás primero que él.

—Lo sé.

—Lexi.

—¿Sí?

—Nada, que cuentas conmigo para lo que sea.

—Gracias, Jero.

—Gracias por compincharte con Leo para llevarme con Doménico.

—Gracias por llamarme, Jero. No te preocupes, estoy intentando hacer algo, igual que tú. Me alegra que saliera bien con Doménico.

—Sí, Leo y Doménico son grandes sujetos.

—Sí.

—Ok. Te dejo.

Nos quedamos un segundo en silencio.

—Jero.

—No tienes que contarme nada que no quieras contarme.

—Es que es complicado.

—Solamente quiero que estés bien.

—No lo estoy. Ojalá sea por un buen motivo.

—Si puedo ayudarte, ya lo sabes...

—Sí, ya sé, Jero. Hablamos mañana.

—De acuerdo, hasta mañana.

—Un beso.

Mi hermano esa vez sí cortó la comunicación.

Dejé el móvil sobre la mesita de noche y me quedé mirando el techo.

Allí ya no había nada para mí, junto a Hugo no había nada para mí; sin embargo, no podía terminarlo de inmediato con Leo de por medio. Esperaría a que él se fuese, a tener la mente más despejada para poder hacerlo como correspondía, para no hacerlo con el cuerpo ardiendo de ganas por otro y con una cabeza demasiado aturdida de pensamientos que nada tenían que ver con la realidad.

Me refregué la cara y solté un gruñido sin importar que Hugo pudiera oírme. Salté de la cama necesitada de despegarme de todo eso. Fui directamente a mi vestidor y me puse algunas de las prendas que solía usar para ir al gimnasio y unas zapatillas de deporte.

No busqué a Hugo, dejé una nota pegada en la nevera avisándolo de que salía a correr. Armada con un iPod que llevaba mucho tiempo sin usar, salí a correr con la música sonando a todo volumen en mis oídos.

Corrí, pero no para alejarme de mi vida, sino para volver a ésta. Es que cuando llegué a casa ya era hora de comenzar a prepararme para otra noche en el Délice.

A medida que los minutos pasaban mientras me duchaba, peinaba, maquillaba y vestía, me sentí muy yo otra vez, menos susceptible a padecer de tristeza, a sentirme sofocada por las circunstancias. Me sentí más Red, más Velvet, más Doménico, más

Daniel y, sobre todo, más Leo.

No quería tener que dejar de sentirme así, quería ser fuerte las veinticuatro horas del día.

Quizá exageré en el maquillaje, y para qué hablar de la ropa. De aquella caja de donde rescatara el vestido de la época en que era la Alexia que se divertía un poco más que la Alexia antes de conocer a Leo, salvé unos pantalones de cuero y una blusa de tirantes violeta que ni siquiera recordaba de dónde habían salido, lo que sí sabía era que ésta no dejaba mucho a la imaginación. Los pantalones de cuero, aunque siendo opacos y gruesos, me quedaban tan ajustados que tampoco ocultaban demasiado.

Volví a mis tacones como armas mortales y preparé una bolsa con una muda de ropa para ir a trabajar más tarde.

Me eché perfume y me escondí debajo de mi abrigo.

Me despedí de Hugo otra vez desde la entrada de su despacho; él trabajaba y ni siquiera se dio la vuelta al decirme adiós.

¿Cómo culparlo? Los dos juntos, mano a mano, habíamos llegado a eso, pero si era necesario sería yo la que lo acabase. Nosotros dos no podíamos comprar una casa para formar una familia, porque ya no éramos nada juntos, creo que ni siquiera amigos, y pese a que Leo repetía una y otra vez que nosotros ni siquiera éramos amigos, compartíamos mucho más de lo que yo, en ese momento, compartía con Hugo.

Pisando fuerte, salí del apartamento.

Darío, desde su puesto de trabajo, me dio las buenas noches y se quedó observándome más de como quizá debió hacerlo Hugo: la mujer que salió del edificio vistiendo como alguien que no tiene problema alguno de lucir sexy no era la Alexia que él estaba acostumbrado a ver.

Sentí sus ojos en mí incluso hasta de pisar la calle.

Lista para ver su automóvil allí estacionado, giré la esquina abriendo mi abrigo; sentía que ardía por dentro, que mi piel estaba a punto de incinerar mis ropas.

Leo no falló en nuestra rutina: las luces del interior del coche se encendieron. Tan pronto como nuestras miradas hicieron contacto, las apagó.

Dueña de la calle, de mis pasos, de mi vida, caminé hasta él.

—Buenas noches, compañero —lo saludé llegando a abrir la puerta antes de que lo hiciese él desde dentro como solía suceder—, ¿listo para esta noche?

Leo me miró sin perderse detalle de mí. Sus ojos me requisaron con intensidad. El mundo se hizo humo.

—Ya veo que tú lo estás. —Me sonrió y le sonreí.

—Que no te quepa la menor duda. —Entré y me acomodé a su lado—. ¿Qué planes tenemos para esta noche? —Cerré la puerta y él agarró el volante entre sus manos.

—Considerando que me iré en unos días, creo que lo mejor es que tomes las riendas, así comprenderás que no me necesitas. Yo te veré desde la salita. Será un placer para mí.

—Pensé que podríamos compartir la noche; anoche...

—No, mejor no.—Puso en marcha el motor—. Elegirás con quién quieres estar y lo que deseas hacer. Eres libre de hacer lo que tengas ganas de hacer. No hay nada más que yo... Lo que quieras hacer estará bien. Ya lo tienes, siempre lo tuviste. Esta noche le darás rienda suelta.

El coche rugió. Leo liberó la potencia del motor apartando el automóvil del bordillo de un modo un tanto salvaje; es más, me pareció que ni siquiera miró si venía alguien por la calle o no.

Conducía como queriendo acallar cualquier intento de conversación por mi parte. Con él, por lo general, no tenía derecho a réplica; sin embargo, en ese momento había algo más allí, si hasta me dio la impresión de que estaba enojado conmigo, o por lo menos no estaba de muy buen humor.

Me pregunté si sería por alguna cosa que yo habría dicho o hecho. ¿Le había molestado que sugiriese que estuviésemos juntos? Él dejó claro muchas veces que no tendría sexo conmigo y eso todavía me pesaba; no pensé que también supusiese un problema volver a compartir la noche tal como habíamos hecho la velada anterior, si los dos lo habíamos disfrutado.

No es preciso conocer mucho a una persona para darse cuenta de cuándo se cierra, cuándo no quiere hablarte. Leo evitaba cualquier contacto con mi mirada e incluso con mi cuerpo. Durante el camino, rezongó un par de veces por el tráfico, se quejó del modo de conducir en ese país y hasta le encontró faltas al vehículo que llevaba conduciendo desde que nos conocimos.

En un momento dado bebió un sorbo de agua de una pequeña botella que tenía en la puerta y se quejó de que aquí el agua no tenía buen sabor, que no era como en Canadá, y entre dientes le oí decir que no veía la hora de regresar a su casa.

Cuando le pregunté si estaba bien, y qué le sucedía, se limitó a contestarme que no me preocupase.

¿Cómo no preocuparme al verlo tan deseoso de partir?

Quise contarle que entendía que mi vida con Hugo estaba acabada, que me sentía más tranquila por Jerónimo, que lo necesitaba a él por encima de todo lo demás, que planeaba cambiar mi vida, que no entendía nada de lo que me sucedía, pero que, cuando estaba con él, no tenía miedo y me sobraban las fuerzas. Bueno, en ese instante sí tenía miedo; miedo de perder algo que en realidad nunca había tenido: él.

En el más completo silencio, llegamos al Délice.



## 20. Lanzándome a lo profundo

—¡Alexia!

Yo ni siquiera la había visto; es más, apenas si había puesto un pie dentro del Délice como para reconocer el rostro de nadie. Red llegó y se prendió de mi brazo derecho, tirando de mí para pegarme a su cuerpo.

—Aquí estás —añadió dándome unas palmaditas en el brazo—. Te ves muy bien esta noche. Hola, Leo, querido. ¿Qué tal te encuentras?

—Hola, Red, gracias por reconocer mi presencia. Necesito un trago, ¿os apuntáis?

—Claro, yo siempre tengo sed —replicó Red, divertida—. ¿*Champagne*, Alexia?

—Sí, por supuesto —contesté mientras los tres avanzábamos en dirección a la barra.

—¿Qué tenéis pensado para esta noche? He visto a Daniel hace un rato, pero no me ha adelantado nada. ¿Cuáles son tus planes?

—El plan es que el plan lo proponga Alexia. Yo estaré en la salita.

Red rio.

—Sí, ya lo creo que tu discípula está lista para todo —entonó contenta—. Tu compañera está completamente preparada para volar en solitario. Para volarle la cabeza a unos cuantos... —acotó sonriendo pícara—. Ayer te comportaste como una diosa; si estabas nerviosa, no se te notó en lo más mínimo. ¿A que los nervios se te pasaron pronto? —Se carcajeó—. Esto es así: si no huyes corriendo la primera vez, estás perdido. Cuando te gusta, no puedes hacer nada, está en ti; aquí no hay medias tintas, te gusta o no, y es evidente que te gusta, como a Leo. ¿Sabes qué?, nunca había conocido aquí a alguien que trajese a otra persona sin que ni siquiera fuesen amigos. Leo me contó que apenas os conocéis.

Observé a Leo. Su mirada no me dijo nada. ¿Le habría contado el porqué de mi presencia allí o cosas de mi vida, como que tenía un novio?

—Es evidente que vosotros debéis de tener mucho en común o, al menos, hay una de esas cuestiones de piel que no se pueden explicar. A veces sobran las palabras y esas veces son muy especiales. Tendríamos que hacerte prometer que continuarás viniendo cuando Leo se vaya. Ya eres de la familia. —Su mano apretó la mía—. Quizá no damos esa apariencia, pero aquí dentro somos un grupo muy unido. No nos gustaría tener que perderte. De verdad, Alexia, debes saber que cuentas con nosotros y que no queremos que desaparezcas; además, eres muy buen reemplazo para Leo, ya que tal parece que no volveremos a ver a este señor durante un largo período.

—¿Y eso? —dispararé sin darle tiempo a Red ni siquiera a parpadear.

Red espió a Leo asomando la cabeza por delante de mí. Leo no emitió sonido alguno. Llegamos a la barra.

—Cosas de su vida —me contestó Red al fin—. Nos abandonará por un tiempo. Tú no tienes que abandonarnos también. Nos entusiasma que te quedes. Caio me llamó este mediodía para saber si vendrías. Quiere estar contigo, le gustaste mucho. Ese hombre... —Red se estremeció—. No querrás perdértelo. Todavía tienes tantas cosas por experimentar.

Oí cómo Leo pedía una botella de *champagne*.

—Al principio también creía que esto sería una fase, que llegaría un punto en el que ya no me divertiría; no es así, siempre descubres cosas nuevas, a personas nuevas que te abren la puerta a un mundo distinto, así como sucede contigo. Por eso nos emociona tanto tu presencia. A Leo le encantaría que continuases viniendo, ¿no es así? —Red volvió a asomarse por delante de mí sin soltarme.

—Sí, así es. Ya le he dicho que no me necesita para venir aquí ni para ninguna otra cosa.

—Eso es muy cierto. Sólo mírate. ¿Qué más se puede añadir a lo que desprendes? Deja que Leo vuelva a Canadá, que nosotros lo pasaremos muy bien aquí.

—Sí, desde luego. —Leo nos entregó una copa a cada una.

—Nosotros cuidaremos de ti, tal como nos cuidamos entre todos. Espero que no te moleste, pero le pedí a Leo tu número de móvil para así mantenernos en contacto.

—Está bien, no hay problema.

—Daniel también lo quiere; él es quien suele organizarnos. Muchos de nosotros solemos viajar y él siempre está pendiente de reunirnos cuando estamos todos en el país. Sin embargo, es bueno que vengas y que conozcas a otras personas. A veces agregar a un desconocido le añade condimento a la noche. Esa cuota de suspenso... —Sonrió con un deje de malevolencia, una muy sexy.

Red se apartó un poco de mí para beber de su copa, la cual alzó inclinando la cabeza hacia atrás. En cuanto se movió, vi a una chica de cabello muy corto y de color turquesa, sentada frente a la barra bebiendo un Martini. Sus ojos se movieron hasta los míos. Me sonrió con timidez. Su cuerpo no tenía la misma inocencia y aire infantil que su rostro. La tinta invadía sus brazos. Llevaba sostén negro de cuero debajo de una camiseta blanca de aspecto vaporoso cuyas sisas llegaban por debajo de las costillas, por lo que, cuando levantó su brazo izquierdo para alzar la copa hasta sus labios, quedó completamente al descubierto el tatuaje de una sirena tan turquesa como lo era su cabello.

Bajó la copa y volvió a sonreírme.

—Bueno, Doménico andaba por allí. Dudo de que puedas dejarlo fuera, no te lo permitirá —entonó Red después de tragar—. Y espero no me dejes a mí al margen.

Leo amagó un esbozo de sonrisa que murió muy pronto; Red sí se rio con ganas.

—Caio debe de estar al llegar. Si lo deseas, él estará más que feliz de participar.

—Por mí está bien lo que Alexia quiera —murmuró Leo antes de llevarse la copa a los labios.

Red volvió a beber; la vi asomarse hacia su izquierda, hacia donde estaba la chica de cabello turquesa. La miró a ella y después a mí. Me soltó, retrocedió medio paso y volvió a mirar en su dirección. Otra vez nuestras miradas se encontraron.

—Tal parece que por allí tenemos a una interesada. No la conozco, pero si está aquí es porque eventualmente alguien la trajo, y si alguien la trajo ha de tener la aprobación de Daniel. De otro modo no habría vuelto a entrar aquí.

En ese momento me quedó claro que allí no entraba cualquiera que pasase caminando por la calle.

Busqué la mirada de Leo en pos de ayuda. No me sentía lista para decidir a quién quería conmigo, en especial si se trataba de una mujer. Todavía me costaba aceptar el hecho de que tuviese que decidir si entre otra persona de mi mismo sexo y yo podía haber una cuestión de piel que me hiciese decidir si la quería conmigo en la sala o no.

Entendía que Leo, pese a sus limitaciones a la hora de compartir la sala con otros hombres, debía de tener sus preferencias.

Leo no me prestaba atención, estaba demasiado interesado en servirse una segunda copa de *champagne*.

—¿La invitarás? Creo que eso espera, que le hables al menos. Se la ve muy joven, pero nada perderás si le das una oportunidad. Debe de estar sola. —Red giró la cabeza en dirección a la chica una vez más—. Seguro que es la primera vez que viene sin acompañante —comentó mirándome a mí a los ojos de nuevo—. Qué coraje. Yo a su edad no me hubiese atrevido a visitar sola un lugar así. A algunos la vida nos cuesta más que a otros. No todos somos así de valientes. —Giró la cabeza, apartándose un poco más.

La susodicha me miró casi sin querer.

Me puse nerviosa.

Nos quedamos en silencio.

Recibí otra mirada que se filtraba por una supuesta indiferencia; la de Leo.

—No decidiré por ti, Alexia. —Leo vació media copa en su garganta. Para mí quedó otra vez su nuca de cabello cortísimo.

Lanzándome a lo profundo, supe que él acabaría por hundirme.

Dejé mi copa sobre la barra y me aparté de mis acompañantes sin dar ninguna explicación. Ellos no la necesitaban, ni la querían.

—Hola.

Hugo jamás hubiese reconocido a esa Alexia.

La joven giró sobre su taburete después de posar su copa sobre la barra.

—Hola.

—Soy Alexia.

—Hola. —Me tendió su mano derecha. Tenía un león tatuado sobre la primera falange del dedo anular—. Miranda.

Estrechamos nuestras manos.

—Es un placer.

—Veo que estás muy bien acompañada.

—¿Estás sola?

—Sí.

—¿Te gustaría acompañarnos?

Miranda sonrió.

—¿Tú qué crees?

—Ven, te presentaré a los demás.

Miranda se levantó y recogió su copa.

—Miranda, éstos son Leo y Red.

—Hola.

—Y Doménico —exclamó el italiano llegando por detrás de mí—. Decidme, por favor, que no me dejaréis fuera de lo que sea que tengáis tramado para esta noche. Miranda, qué bueno verte.

Miranda le sonrió con ganas.

—Yo no tengo ningún interés en dejarte fuera, Dome, pero aquí soy una invitada —le dijo Miranda a Doménico. Quedó claro que se conocían, y de sobra.

—Esta noche decide Alexia, Doménico.

—Nos tienes en tus manos, Alexia.

—No creo que eso implique nada desagradable —soltó la chica sonriéndole a Doménico.

—Que no te quepa la menor duda.

—Ahí llega Caio.

Ante las palabras de Red, me asomé en dirección a la entrada.

—¿Él también nos acompañará?

—Sí —le contesté a Miranda alzando la mano para llamar a Caio.

—Bien.

Red rio y a mí me hizo falta que alguien me explicase cómo era posible que ésa fuese yo.

—Buenas noches. ¿Cómo están mis clientes preferidos?

Los cinco nos dimos la vuelta para ver a Daniel después de que Caio nos saludase de vuelta.

—Hola, Daniel. —Red fue la primera en saludarlo.

—Parece que tenemos un buen grupo aquí.

—Responsabilidad de Alexia —explicó Leo.

—¿Miranda, no es así?

—Sí, hola —contestó la aludida—. Alexia me ha invitado a unirme al grupo.

—Qué bien.

—¿Nos acompañarás esta noche? —le pregunté.

—Será un placer. ¿Reservo una sala para nosotros?

—Sí.

—Con anexo —acotó Leo después de mi respuesta—. Yo no entraré.

Daniel me miró.

—Ok. Claro. Iré a conseguirnos una. Pedid lo que queráis de beber, invita la casa.

—Eso suena genial —dijo Caio uniéndonos.

—Entonces seremos nosotros seis, y Leo en la salita anexa.

—Así es.

—Magnífico. —Dio unos golpecitos sobre la barra—. En seguida regreso. No empecéis sin mí.

Todos rieron; todos, menos Leo.

Caio me saludó con dos besos en las mejillas, le presenté a Miranda. Se desarrolló una conversación animada, en la que me costó concentrarme, porque no podía parar de mirar a Leo, quien esa noche parecía en el limbo. Sin duda su cabeza no estaba allí, y mucho menos conmigo.

Lo vi servirse una tercera copa y no pude evitar que se me formase un nudo en el estómago.

Daniel llegó para avisarnos de que en quince minutos tendría una sala para nosotros. Pidió más *champagne* y otras bebidas.

Entre copas y palabras, acabé riendo con los demás. Me resultaba imposible no sentirme relajada y bien entre ellos. Incluso con Leo distante, ése era más mi lugar de lo que era mi apartamento o los quirófanos del hospital.

Caio resultó ser una persona muy divertida y Miranda, alguien con muy pocos o nulos complejos. Ella habló de sus tatuajes, de su vida. Esa chica de veintidós años tenía una madurez envidiable, no por lo seria, sino por el modo en que hablaba de la vida.

Los quince minutos pasaron en un parpadeo.

Con nuestras copas, caminamos por el pasillo.

Dejé que los demás se adelantasen, porque Leo no hizo más que retirarse, casi como si, a propósito, quisiese dejarnos partir, o dejarme partir.

—No estás muy conversador esta noche, ¿no es así?

—No tengo mucho que decir.

—¿Es que no tenemos nada más que decirnos?

—Quizá no tenemos nada más que decirnos esta noche.

—¿Y mañana en casa de Bárbara?

—¿Por qué pensar en mañana, si todavía tienes esta noche?

—Porque tu silencio me sabe raro —solté pese a que podía ser que no le gustase mi sinceridad.

—Mi silencio será lo que tendrás a partir del lunes; además, no necesitas que hable por ti, tienes buena voz y palabras no te faltan.

No, pero me faltarían las de él y eso comenzaba a doler desde ya.

—Solamente disfruta esta noche. Disfruta por mí esta noche y todas tus noches y el resto de tus horas. —Puso su mano sobre mi cintura y me empujó hacia delante—. Eres tan parte de esto como yo; mientras tú estés, seguirá existiendo.

Leo no me dio tiempo a replicar. Daniel abrió la puerta de la sala y él, en un intento de sonar gracioso, aunque en realidad sonó forzado y exagerado, les dijo a los demás que me esperasen, que ésa era mi noche.

Me empujó, en esa ocasión apartándome de su lado porque casi llegábamos a la entrada de la sala anexa.

Leo estiró el brazo, enderezó su muñeca, estiró sus dedos poniendo así toda la distancia posible entre nosotros. Las yemas de sus dedos, poco a poco, se despegaron de mi cintura.

Red me cogió de la mano. Ella sin intención, me apartó de él.

El torbellino humano a mi alrededor me apartó de él.

Leo retrocedió y apoyó su mano derecha sobre la manija de la puerta de la salita.

Las risas a mi alrededor se comieron su voz, pero nada me robaría su mirada, esa última mirada que me lanzó antes de que yo entrase en la sala. El mundo se condensó allí en sus ojos y todo lo vivido entre ambos pasó otra vez por delante de mis retinas desde ese instante hasta el momento en que levanté los ojos de mi tarta de cumpleaños para ver sus ojos mirándome.

Mi piel se erizó.

Fue algo así como una revelación divina, sólo que se me pasó por alto aquello que ese momento tenía la intención de revelarme.

Hay personas que se suicidan tirándose al agua con pesos dentro de la ropa para así hundirse hasta el fondo lo antes posible, para que les resulte más difícil, o casi imposible, poder nadar hacia la superficie otra vez en busca de aire. Lo mío fue lo contrario. Ante aquel vidrio espejado que me separaba de Leo, me suicidé desvistiéndome. Todo porque necesitaba morir para volver a nacer a esa nueva vida que tenía desde que lo conocí. Estaba viva por él, mi corazón latía por él, la sangre en mis venas corría a toda velocidad por él, mi lengua besaría por él, mis manos tocarían por él, mi interior ardería de deseo por él una y otra vez.

Todavía sobre el cadáver tibio, al día siguiente hablaría sin falta con Hugo para explicarle que lo nuestro había terminado, que no había más nada allí y, en cuanto pudiese, me tomaría una excedencia en el trabajo; necesitaba tomar distancia para entender si necesitaba volver al trabajo por el cual creí que sentía pasión o si tendría que buscar mi pasión en alguna otra parte.

Al día siguiente, con veintinueve años y una semana, comenzaría una nueva vida.

Los labios de Miranda besaron la comisura de los míos del lado derecho; los de Doménico, del lado izquierdo.

Mi mano derecha subía y bajaba por el pene duro de Caio; no pensaba parar hasta que se corriese en mis dedos, hasta sentir todo de él.

Noté a Daniel tentándome por detrás... sus dedos con lubricante acariciándome y preparándome.

Rodeada de cinco personas de las cuales recibía placer y a las cuales intentaba brindarme en igual intensidad, en lo único que podía pensar era en quien me veía desde el otro lado del cristal.

Doménico me penetró por delante. Daniel dejó la joya dentro de mí con la cual Red jugueteó mientras Daniel, a sus pies, le daba placer con la boca.

Mi cabeza se perdió en el deseo y una vez más, pero de un modo más intenso y con una entrega total, me perdí por completo entre todas esas manos y bocas.

Sentí a Caio correrse en mi mano, oí a Miranda gemir.

Cerré los ojos y me entregué. Me entregué a todo lo que sentía, porque ya no podía ver, porque lo único que quería ver se escondía detrás del cristal.

No sé cómo llegamos a la cama, tampoco estoy segura de cuánto tiempo había transcurrido desde que comenzamos hasta ese momento, tan sólo sé que alguien tenía dos dedos dentro de mí y su otra mano decidida a hacerme estallar con un orgasmo de clítoris.

Estaba acostada de lado y a mi espada había alguien que me tenía cogida por la mano.

Mi torso estaba sobre la cintura de Doménico, su erección contra mis pechos, con los que lo acariciaba además de con mi mano. Me incliné hacia delante y lo lamí. Otra boca se unió a la mía.

Estallé en gemidos una vez más.

El tiempo volvió a curvarse igual que mi espalda; no estoy segura de quién tenía sus manos sobre mi cintura mientras me empujaba entrando y saliendo de mí.

Tenía la piel sudada y el cuerpo lleno de placer como nunca antes en mi vida. Casi no quedaba rincón de mí sin sentirse colmado y pleno.

Me sostuve del borde de la cama y giré la cabeza en dirección al cristal. Jadeé para él, inspiré por él y me empujé hacia atrás por él para que me colmasen por completo.

Los movimientos se tornaron más necesitados y, por lo tanto, más fuertes. Después de eso, estallaría como una supernova. Mis pechos estaban tensos; mis piernas, agotadas del mejor modo posible; mi espalda se había transformado en una estructura increíblemente resistente y dura, y hasta tenía la impresión de que ni siquiera mi cabello era el mismo que cuando había entrado allí, tampoco mi lengua, y aún menos los dedos de mis manos, los cuales estrujaron la superficie de la cama.

Gruñí; el placer era demasiado y el orgasmo estaba por llegar.

Tuve que esforzarme para no perderme en el placer, para no perder la conciencia.

Más embestidas y, pese a eso, mi mirada siguió fija en aquel punto en el que imaginé que debía de estar su rostro. Cuánto me hubiese gustado que me permitiese verlo verme en ese instante, al llegar al clímax por él.

Me contuve todo lo que pude; no fue mi intención, pero, cuando mi cuerpo ya no lo soportó más, estallé y grité su nombre. Lo grité y lo repetí porque quien estaba sobre mí demandaba más de mi cuerpo y mi cuerpo se lo dio porque Leo era mi motivación, porque mi compañero estaba en mis venas, en mí.

El rostro de Leo continuó oculto y mi cuerpo, exhausto, cayó sobre la cama. Alguien acarició mis muslos. Mis párpados se cerraron, pesados. Alguien acarició mi espalda y mi respiración se tornó más densa. Alguien besó mi frente sudada por el esfuerzo físico y entonces mi cerebro se apagó, porque mi piel y mi interior en llamas habían consumido todas mis energías.

Lo imaginé allí junto a mí, abrazándome, y me dejé ir.

\* \* \*

—Alexia.

La voz que me llamaba no era la suya, de modo que me negué a abrir los ojos.

—Alexia, despierta.

Apreté los párpados y me aferré a su rostro en mis sueños.

—Alexia, necesito que te despiertes. Harás que me meta en un problema muy serio.

No odiaba la voz de Doménico, ni mucho menos a él, pero en ese momento no era bienvenido.

—Alexia, si se te hace tarde para ir a trabajar, los dos estaremos en un lío. Vamos, preciosa, abre los ojos.

Debajo de aquello que me cubría manteniendo el calor de mi cuerpo, me encogí. No tenía ni idea de dónde estaba o qué hora era. ¿Ir a trabajar?

—Tú puedes, abre los ojos. Tengo todas tus cosas aquí; sería bueno que te dices una ducha antes de salir, ha sido una noche muy intensa.

Poco a poco despegué los párpados. Frente a mí, el rostro de Doménico, que ya iba vestido. Su cabello estaba húmedo. A nuestro alrededor, silencio absoluto y una sala apenas iluminada. Sobre mis hombros, lo que me abrigaba era una de las batas del Délice.

El espejo que enfrentaba los pies de la cama, mi conexión con Leo, estaba más opaco e impenetrable que nunca.

—Tienes que levantarte y ducharte. Llevas un buen rato durmiendo. Supongo que te gustaría dormir mucho más; lo lamento, es la hora.

—¿Qué hora es?, ¿dónde están todos? —Mi voz sonó pastosa y agotada, como la de una muñeca que se queda sin baterías.

—Son las tres treinta. Tu guardia empieza a las cinco, ¿no?

—Sí, pero... —Levanté la cabeza y acto seguido me alcé sobre mis antebrazos y codos—. ¿Dónde está Leo?

—Arriba, te abriré la ducha.

Doménico se levantó de la cama enderezando su fuerte cuerpo frente a mí.

—¿Dónde está Leo? ¿Por qué se han ido todos?

—Te has quedado dormida, estabas demasiado cansada. No te preocupes, no hemos hecho nada más sin ti, estábamos todos agotados. —Me sonrió—. Si eres buena y te metes en la ducha ahora mismo, te conseguiré una taza de café bien fuerte. Venga, que no queremos tener problemas.

—Tendrás problemas si no me dices qué es lo que sucede aquí. ¿Dónde está Leo?

Me senté sobre la cama cubriéndome con la bata, no por pudor, sino porque tenía frío; estaba exhausta, mi cuerpo no tenía las fuerzas suficientes ni siquiera para mantener un buen nivel de calor corporal.

Doménico, en lugar de contestarme, me dio la espalda y básicamente huyó de mí en dirección a la parte posterior de la sala, en la cual se encontraban las duchas y el jacuzzi.

Tambaleándome, me puse en pie para ir tras él. Toda la sala dio vueltas dentro de mi cabeza. Mi cuerpo se balanceó cual peonza.

—Doménico. —Mis dedos se cerraron en el aire en vez de sobre su hombro—. Mierda —gruñí antes de caer sentada sobre la cama.

—¿Estás bien? ¡Alexia! —Doménico me agarró por los hombros—. ¿Qué tienes?

Abrí los ojos incluso muriéndome de deseos de no ver la realidad: me había dejado. Estaba soltándome.

—¿Dónde está Leo? Necesito una respuesta. No tiene sentido que le des más vueltas. Dime la verdad.



Doménico me miró un momento en silencio. Soltó mis hombros y se apartó, enderezándose.

—Se fue. Cuando terminamos, me encontré un mensaje en mi móvil en el que me pedía que me ocupara de ti, que te llevase al trabajo.

—¿A qué hora se fue? ¿A qué hora recibiste el mensaje? ¿Ni siquiera esperó a que terminásemos? ¿Y qué hubiese pasado si tú no hubieses podido...? ¿No le importó...? Yo hubiese... si quería hablar... pensé que... me esperaría —completé por fin.

—No sé qué hacíamos cuando recibí el mensaje. Supongo que se fue tan pronto como terminamos; yo no lo vi. Debíó de salir en cuanto acabamos. No lo sé con certeza, no me di cuenta. No sabía que se iría, Alexia. No me dijo nada. Quizá sea mejor así.

—Dudo de que lo digas en serio.

Doménico apartó la mirada.

—Lo verás por la noche. Me comentó que teníais prevista una cena en casa de una compañera tuya de trabajo.

—Sí, claro —mascullé entre dientes.

—Se irá el lunes por la mañana.

—Ya lo sé —solté enojada.

—No se quedará. Su vida no está aquí.

—También te aprendiste el verso muy bien.

—No es un verso, es la realidad. Leo tiene su vida en Canadá desde hace más de quince años y quizá sea mejor así. Él está mejor allí. Y tú estás mejor aquí.

—Yo no estoy mejor en ninguna parte.

—Escucha, Leo me contó... sé lo que sucede en tu vida estos días. Tal como le dije a tu hermano, te lo digo a ti: las decisiones que tomes, tómalas primero que nada por ti, porque, de no ser así, todo lo que hagas por los demás no resultará bien. Es tu vida, no la de él. No cuentes con él allí, porque él no estará, y no esperes que él cuente contigo a su lado.

—¿Por qué no?

—Porque Leo todavía tiene muchos asuntos por resolver y tú no saldrás bien parada de aquello, a pesar de toda la voluntad que puedas poner en ayudarlo.

—¿Qué cosas tiene por resolver?

—No estamos hablando de eso. Se irá, Alexia, y tú te quedarás aquí con tu vida; concéntrate en eso. Encontrarás un lugar para todo en tu vida, incluso para ti misma. El lunes, cuando él se suba al avión, todo será más claro.

—Eso no puedes saberlo.

—Si eso se convierte en tu meta, lo lograrás. No digo que vaya a suceder por arte de magia. Digo que ése es tu trabajo.

—Esto no está bien. —Me agarré la cabeza, aunque lo que pretendía mantener de una pieza era mi corazón. Sentía demasiadas cosas en ese momento, si bien no podía identificarlas.

—Todo saldrá bien. Sabes que saldrás de esto. Has llegado hasta aquí, te animaste a lo que no creíste que podrías. Así como has hecho esto, puedes hacer mucho más. Ten un poco de fe en ti misma.

No pude decirle que necesitaba, además, su fe en mí... que quería seguir compartiendo tanto mis logros como mis derrotas con Leo.

Doménico me cogió de la mano.

—Arriba.

Lo dejé levantarme.

Obediente, me metí en la ducha mientras él iba a por mi café, que bebí mientras me vestía.

No tenía ni idea de cómo haría para ir a trabajar, no tenía ni idea de cómo haría para terminar con Hugo ni para sobrevivir sin Leo después del lunes.

Doménico me dejó frente a las puertas del hospital, insistiendo en que lo llamase si necesitaba algo.

De cerrar la puerta de su automóvil a cerrar la puerta de mi despacho dentro del hospital pareció que no había transcurrido más que un parpadeo. Dormí una hora y media antes de que viniesen a buscarme para una urgencia.

Para cuando me lavaba las manos para entrar en cirugía, mi cerebro ya estaba otra vez en pleno funcionamiento.

La cirugía terminó y volví a caer rendida. Me llamaron una vez más y, después de eso, ya no tuve ni un segundo para parar.

A base de café y comida basura, soporté una guardia en la que me moví completamente ajena a todo lo que sucedía a mi alrededor.

En un momento dado, cuando completaba unas planillas en uno de los boxes después de examinar a un paciente, oí la voz de Bárbara y me entraron unas ganas completamente desquiciadas de ir a enfrentarla y demandarle que me explicase qué era lo que tenía con Leo.

Leo, con quien intenté ponerme en contacto al menos cinco veces entre paciente y paciente, no contestó a mis llamadas. La línea repiqueteaba y, al final, mis llamadas caían siempre en el buzón de voz. Dos veces le dejé dicho que era yo y que necesitaba hablar con él cuanto antes; me dio la sensación de que podría haberle dicho que estaba muriéndome que, de cualquier manera, no hubiese devuelto mis llamadas.

En un acto de valentía, llamé a Jerónimo para preguntarle si él tenía un número fijo de Leo al que pudiese llamarlo; después de todo, ellos habían estado en contacto.

Mi hermano no se guardó sus ganas de saber a cuento de qué venía mi necesidad, la cual expresé un tanto descontrolada.

Jero no tenía ningún otro número en el que pudiese dar con Leo y, al final, terminamos despidiéndonos casi enfadados, lo que no hizo más que amargar otro tanto mi estado.

La guardia fue una tortura; lo único que deseaba era huir de allí y acabar con todo. Me escapé del hospital en cuanto pude, después de enterarme de que Bárbara también se había ido ya.

Llegué a mi edificio en un taxi que para mi gusto se sacudió demasiado durante todo el trayecto. Me dolía la cabeza, tenía el estómago revuelto.

Entré en el apartamento, que olía a limpio. Todo estaba muy ordenado y cuidado, como siempre. El sol de la tarde entraba a raudales por los ventanales hiriendo mis ojos. En realidad todo allí hería mis ojos, mi pecho y mi corazón. Ese lugar no me dejaba respirar, no me permitía ser yo.

—Hugo —llamé alzando la voz. Lo acabaría de inmediato. Hugo no respondió. Lo busqué en su estudio, allí no estaba, tampoco en nuestro cuarto. Llegué a la cocina y allí me topé con una nota suya con la que me avisaba de que había salido a hacer unas compras.

Lo llamé a su móvil, lo necesitaba de regreso a casa en este instante para decirle que ya no podía más, que llevaba demasiado tiempo fingiendo y mintiéndome a mí misma. Hugo tampoco contestó mi llamada.

Fui hasta el baño. Necesitaba calmantes. Con cantidades industriales de agua, bajé una pastilla. Regresé a la habitación y corrí las cortinas, no soportaba la luz del sol.

Llamé a Hugo una vez más, a Leo otras tres, y ninguno de los dos se dignó responder.

Angustiada y desesperada por ponerle fin a esa situación, cubrí mi rostro con una almohada y grité hasta que mi cabeza me advirtió de que, si chillaba una vez más, mi cráneo explotaría; de cualquier modo, mi garganta no daba para más.

Dejé salir parte de mi ansiedad llorando y caí rendida y resignada a tener que esperar a que alguno de los dos estuviese disponible para mí, para poder comenzar a aclarar mi situación.

## 21. No digas que es lo mejor para mí

—Amor, si no te levantas ahora, llegaremos tarde. De hecho, ya vamos con retraso. Voy a la ducha. Levántate, por favor.

Las palabras entraron por mis oídos, mas su significado fue indescifrable para mi cerebro, que no les encontró valor ni razón de ser.

Todavía con los ojos cerrados, me percaté del dolor de cabeza que atenazaba mi cráneo. Las sienes me latían, me pesaba la frente.

Moví la lengua dentro de la boca, la cual sabía mal.

Todo el cuerpo me dolía e intenté comprender por qué me sucedía eso, por qué no quería abrir los ojos, sobre todo por qué no quería oír esa voz, esa voz que no era distinta a la de casi cinco años atrás, a la de seis meses atrás.

—Vamos, mi vida, abre esos bonitos ojos. Sé que he debido despertarte antes, pero se me ha pasado la hora. Perdí unas láminas que necesitaba y he estado buscándolas hasta ahora. Mi estudio es un completo desastre. He vaciado los cajones por completo. Lo ordenaré todo cuando regresemos.

Sentí hundirse el borde de la cama. Hugo se había sentado detrás de mi espalda; su mano llegó al costado del muslo y yo escondí un poco más mi perfil en la almohada. No quería hacer lo que tenía que hacer, si bien necesitaba hacerlo.

Su mano me acarició.

—Te prometo que volveremos temprano. Estás agotada y necesitas descansar. —Se levantó y el colchón recuperó su forma—. Por favor, Alexia, no quiero llegar tarde. Te juro que esto será lo último que te pediré que hagas por mí.

Sentí sus manos, una sobre mi hombro y otra sobre mi cabeza. Hugo besó mi mejilla.

—Te amo. No hay nadie más en el mundo con quien pudiese desear pasar el resto de mi vida. —Me dio unas palmaditas—. Voy a la ducha, que los nervios de no encontrar las láminas me han hecho sudar como un cerdo. —Rio—. Te quiero, mi vida. Salimos en quince minutos —soltó alejándose.

Abrí los ojos. Tenía que terminarlo ya mismo. ¿Podía hacerlo en ese instante? Sin duda no era el mejor momento... con la cena de por medio, con Leo por ahí dando vueltas. No así, no entonces... aunque necesitaba sacarme la mentira de encima. No podía continuar con eso.

El sonido de la ducha de su baño llegó a mis oídos.

—Amor, ¿te has levantado ya? —gritó desde allí.

—Sí —le contesté alzando la voz, todavía desparramada sobre la cama y con la vista fija en el techo. Lo acabaría en cuanto volviésemos de la cena.

En mi vida me había sentido más horrible y despreciable que en ese instante.

Sintiendo que mi cuerpo pesaba toneladas de desperdicios tóxicos, me levanté de la cama y fui a lavarme los dientes. Me eché agua en la cara para intentar lavar el llanto seco y me maquillé para ocultar la vergüenza y la tristeza.

Enfundé mi cuerpo en lo primero que encontré; igualmente, por más que me hubiese esforzado en componer un atuendo decente, de nada hubiese servido... mis ojos solamente podían ver lo que sentía mi corazón, lo que pensaba mi cerebro, y eso de ningún modo podía verse bien.

Las lágrimas amenazaron con arruinar mi maquillaje un par de veces; el caso es que, más allá de saber que planeaba dejar a Hugo, dolía no amarlo más, ver que todo eso que quería con él ya no era más que un recuerdo lejano. Me dolía no haber sido sincera con él, no haber tenido el coraje de hacer mi vida a tiempo para no dañar a otros.

En todo ese revoltijo de cosas que formaba una masa que, si tenía un color, era el de la tristeza, apareció él, sus ojos celestes, su sonrisa, esas muecas raras y divertidas que hacía con la boca, sus manos, sus hombros y cuello, el sonido de su voz, eso que su mirada dejaba al pasar por cualquier sitio, sobre todo al pasar por mí.

Recordar que se iría lejos, que regresaría a su vida, me obligó a aferrarme en un par de ocasiones de lo primero que pude, puesto que mis piernas no tenían forma de encontrar en mí la energía suficiente como para sostenerme en pie.

Mi pecho quería comprimirse sobre sí mismo y mi garganta ya no veía cómo dejar pasar oxígeno a mis pulmones.

Tenía tanto miedo de tener que pronunciar en voz alta mi elección... Miedo de elegir lo que deseaba y errar de modo estrepitoso; pánico de quedarme sin nada, sobre todo pánico de perder ese valor que sentía que tenía desde que él apareció. Estaba casi segura de que se lo llevaría él consigo cuando partiese de vuelta a Canadá.

Vestida, pero en el limbo, regresé a nuestro cuarto. Necesitaba que alguien me dijese por dónde seguir para ser la Alexia que Hugo conocía y necesitaba esa noche. Esa Alexia de pie sobre esos tacones que Hugo me había regalado era la que quería un beso de Leo, la que deseaba volver al Délice con él.

—¡Qué bien que ya estés lista! —exclamó Hugo llegando por detrás de mí para agarrarme por la cintura. Sus labios depositaron un beso en mi cuello—. Andando, que es tarde. Si hay tráfico llegaremos tardísimo. Llevaremos unas botellas de vino y de *champagne*, ¿te parece bien?

Asentí con la cabeza.

—¿Crees que debemos llevar algo más? Barbará repitió que ni se nos ocurriese llevar nada, que Leo y ella lo tenían todo bajo control, pero, no sé, quizá tendríamos que haberles comprado un regalo.

—El vino estará bien.

—Sí, claro. Dejé unas botellas apartadas en la cocina. Iré a buscarlas. Vamos, coge un abrigo y espérame en la puerta.

Con otro beso de por medio, Hugo salió de la habitación.

No fue tarea sencilla moverme de mi sitio. Peor fue dejar el apartamento y subirme al automóvil de Hugo.

Mi necesidad de decirle la verdad se ponía cada vez más pesada.

En ese estado no sería más que una carga para Hugo esa noche y no encontraba un modo de sacar de mí algo de la vieja Alexia. No era mi intención montar un espectáculo en casa de Bárbara.

Cuando Hugo me avisó de que estábamos a punto de llegar, hice acopio de todas mis energías para poner mi mejor cara. Lamentándolo, deseé que verlo a él me diese un poco de fuerzas. La verdad es que también temía enfrentarlo; necesitaba preguntarle por qué la noche anterior me había dejado, por qué ese silencio entre nosotros.

Esa noche no auguraba nada bueno.

\* \* \*

—¡Bienvenidos! —exclamó Bárbara al abrir para nosotros la puerta de entrada de su edificio. Estaba sola y lucía tan bien como siempre, con su espléndida melena libre y ondeada sobre sus hombros. Llevaba en los labios una de esas enormes sonrisas suyas a la que Hugo respondió con una de esas que a él no le costaba nada entregar.

Esperaba ver a Leo aparecer por el pasillo que seguramente conducía a los ascensores, pero ni rastro de él, ¿estaría allí?

—No sabéis lo contenta que estoy de teneros aquí —dijo, y estampó un sonoro beso en la mejilla de Hugo colgándose de sus hombros—. Parece mentira que, después de tantos años de trabajar juntas, nunca hayáis visitado mi casa. —Avanzó en mi dirección decidida a besar mi mejilla.

Si nunca habíamos intercambiado visitas sociales era por un motivo muy preciso. Que yo estuviese allí en ese momento no se debía a que quisiese hacerlo. No tenía ningún interés en forjar una amistad con ella y eso de trabajar juntas... trabajábamos en el mismo hospital y punto. Jamás compartimos ni siquiera el mismo quirófano y lo cierto era que tampoco me apetecía que eso sucediese.

Emocionada, me abrazó. Mi cuerpo se puso rígido ante el contacto con el suyo... porque imaginé esos brazos abrazando a Leo y todo en mí se descontroló. Quería ser yo la que lo abrazara, la que se sujetase de él, la que pudiese darle sostén cuando lo necesitase. Quería que me eligiese, que me diese la oportunidad; que no regresara a Canadá; que entendiese que, le gustase o no, era una parte de mí, una más importante de lo que él pudiese imaginar, y que iba mucho más allá del amor, de la amistad, del compañerismo que nos unía. Era todo amalgamado en un deseo, en un sueño, en la necesidad de ser quien yo era y quien él era.

Una parte de mí deseaba que estuviese allí para así poder verlo; la otra se corroía de desesperación anhelando no ver que él pudiese tener con ella lo que a mí me había negado.

—Adelante, adelante. Pasad. —Se hizo a un lado un poco más para que acabásemos de entrar.

—Hemos traído esto —Hugo le tendió la bolsa con las botellas—: blanco, tinto y *champagne* ; no sabíamos qué serviríais.

—Ah, qué atentos. Muchas gracias. —Bárbara cerró la puerta y cogió la bolsa—. No tendríais que haberos molestado.

—No es molestia. No pensarías que vendríamos con las manos vacías.

—Pues no me hubiese importado, lo que yo quería era teneros aquí. Venid, acompañadme, es por aquí. —Con la cabeza, apuntó en dirección al corredor—. Leo está arriba, cocinando. Ese hombre es único —soltó mirándome a mí—. Soy desastrosa en la cocina, pero él es un verdadero chef, cocina como los dioses cualquier cosa que le pidas. Es increíble, ni te imaginarás las cosas que hacen esas manos.

Yo sabía de otras cosas que hacían bien las manos de Leo, aunque obviamente me guardé aquello para mí. La verdad es que tenía ganas de gritárselo a la cara. Bien, en realidad cabía la posibilidad de que ella supiese de primera mano lo habilidosas que eran las manos de Leo.

—Fue él quien escogió el menú para esta noche. Os confesaré que pensábamos servir cerveza; a Leo le encanta y encaja más con el menú.

Una cosa más que teníamos en común, la cerveza. Yo podía beber excelentes vinos sin encontrar demasiada diferencia con los que no eran tan buenos, pero, en cuanto a la cerveza... allí era distinto, mi paladar captaba la diferencia. El caso es que durante mis años de estudio solía salir con mis compañeros de universidad a algún bar los fines de semana. Por aquel entonces me divertía.

—¿Qué prepara? —curioseó Hugo.

Llegamos a los ascensores, todavía estaba ahí abajo el que debió de utilizar Bárbara.

—Os reiréis... es que pensamos darle un toque informal a la noche.

Hugo alzó las cejas, sonriendo; sin embargo, en sus ojos se leía temor. Debía de esperar lo peor, pero por supuesto jamás demostraría su descontento. Me lo diría a mí cuando terminase la noche y nos encontrásemos en la soledad, la verdad es que, después de todo lo que le había mentido yo, no podía culparlo por su falta de sinceridad en ese momento.

—Está preparando hamburguesas.

Hugo no dijo nada, le vino genial que justo tuviésemos que entrar en el ascensor. Bárbara presionó un botón y las puertas se cerraron.

—Compró la carne y las preparó él con no sé qué condimentos que trajo de fuera; dice que se los trae a sus padres porque a ellos les gustan. Ya veréis la mesa, es un despliegue de cosas que añadir entre dos panes. —Rio—. No tengo ni idea de cómo haremos para comer eso, pero tiene una pinta genial; además, compró media docena de aderezos, beicon y queso cheddar en cantidades industriales, y dos bolsas de patatas para hacer fritas. Ni os cuento cómo enloqueció con el pan... dice que aquí no tenemos buen pan para hamburguesas. Su idea me pareció original. Bueno, el caso es que nosotros no somos tan elegantes. Además, es como si mi casa hubiese sido invadida por una legión canadiense, si hasta tenemos el televisor puesto porque él quería ver un partido de hockey sobre hielo. —Rio otra vez—. Esas cosas que nunca crees que vivirás. ¿No os molesta, verdad?

—No, para nada —contestó Hugo. Su rostro dio una respuesta muy distinta.

—Qué bien, porque Leo está muy entusiasmado. Comentó que quería mostrarnos algo de él. Sé que vosotros dos fuisteis amigos, pero como lleváis tanto tiempo sin veros, hay mucho tiempo perdido por recuperar.

Hugo no tenía intención de recuperar nada.

—Otra vez, muchas gracias por venir. Esto es muy importante para mí.

—No es nada, Bárbara —contestó Hugo medio de malos modos.

Yo me limité a sonreír.

—Pareces muy entusiasmada con él —soltó Hugo de la nada después de que pasásemos un par de segundos en silencio.

Estábamos a dos pisos de llegar al destino.

—¿Es que Leo se quedará más tiempo o...? —Hugo añadió aquello en un tono de desafío tal que yo no supe dónde meterme—. Sabes que se va el lunes, ¿no es así?

—Hugo, por favor —le susurré. Bárbara se había quedado estática mirándolo. Las puertas del ascensor se habían abierto en nuestra planta, pero ni ella ni él se movían—. No es asunto nuestro.

—No, no lo es —gruñó Bárbara—. No te preocupes por mí, Hugo, estaré perfectamente bien. Estoy perfectamente bien. La vida me ha enseñado muchas cosas de los hombres, tengo muy claro lo que debo hacer. No necesitas protegerme, puedo sola con esto. Además, no quiero que nadie me proteja de Leo. —Bárbara movió la cabeza en mi dirección—. Créeme cuando te digo que ninguna mujer en su sano juicio querría que alguien la cuidase de Leo. Es un hombre increíble.

Y así, sin más, me sonrió y se bajó del ascensor. Los dos nos habíamos quedado de piedra y tardamos un poco en reaccionar y bajar. A Hugo le tomó más tiempo que a mí.

Cogí a Hugo de la mano y lo arrastré por el pasillo. No le permitiría arruinar eso. Si habíamos llegado hasta allí, que al menos sirviese de algo.

Bárbara abrió la puerta.

El apartamento no era demasiado grande, pero tenía calor de hogar. Tenía el aspecto que debe tener una casa que es un hogar, un hogar en el que se vive sin miedo a ensuciar los tapizados blancos o a desordenar los almohadones de encima de la cama.

Allí eran todos colores intensos y cálidos.

Sofás todos distintos, alfombras, cortinas vaporosas, almohadones, muchas fotografías y recuerdos de familia. Al ver una de las fotografías, recordé que Bárbara era la menor después de cinco hermanos varones.

Oí la televisión a todo volumen; sonaba la voz en inglés del comentarista del partido y las exclamaciones del público. Allí dentro olía delicioso, a queso derretido y tostado y a beicon. No creí que nada semejante pudiese suceder, pero mis tripas crujieron.

Unos pasos más y ante mí quedó a la vista el sector del comedor. Una mesa de madera rústica, ocho sillas todas distintas rodeándola. Platos con aros de cebolla, rodajas de tomate, lechuga, pepinos en conserva, aguacate, distintas salsas, vasos altos para cerveza, una pila de servilletas de papel rojas y azules, y platos desechables de plástico azul.



Un par de pasos más y el apartamento de Bárbara terminó de abrirse ante mí. Vi a Leo por la ventana tipo pasaplato que había hacia la cocina.

Con una gorra, que evidentemente era la del equipo de hockey sobre hielo cuyo partido seguía por televisión, encasquetada en la cabeza, una botella de cerveza en una mano y una espátula en la otra, con la que movía algo sobre los fogones.

Apartó la vista de la pantalla al otro lado de la sala de estar, soltó la botella y la espátula y cascó un huevo. Ese nuevo aroma se fundió con los del resto de lo que preparaba.

En la pantalla, el comentarista del partido soltó un grito, alguien había anotado un tanto.

Leo tiró la cáscara de huevo a un lado y alzó un puño gritando y celebrándolo.

—*Yeah!* —exclamó, y me dieron ganas de comérmelo a besos.

En honor a su equipo, bebió un largo sorbo de cerveza.

Como la televisión estaba a todo volumen, Bárbara prácticamente tuvo que gritar su nombre para que se percatase de nuestra llegada.

Leo dio un respingo.

—Han llegado los invitados.

Ni falta que hacía que se lo dijese, los ojos de Leo se clavaron en mí. Ya no parecía tan feliz por el cambio en el marcador a favor de su equipo. Tenía el entrecejo fruncido y su mirada se había puesto dura y sombría. Dejó la cerveza sobre la encimera, se limpió la mano en el delantal de tela de denim que llevaba puesto, pilló el mando a distancia que estaba sobre la isla de la cocina y le bajó el volumen al televisor.

—Hola —saludó sin quitarme la vista de encima.

Con toda el alma deseé que Hugo y Bárbara no estuviesen allí en ese momento; tenía tantas cosas que decirle, tantas cosas que necesitaba que me dijese.

—Hola. —No pude evitar sonreírle. Pese a todo, su simple presencia me alegraba el espíritu.

—Creo que se te quema el huevo, Leo —fue lo que soltó Hugo a modo de saludo. Y sí, sobre la plancha de acero, el huevo chisporroteaba entre oleadas de humo.

Leo se dio la vuelta, recogió el huevo y lo apartó hacia un lado. Allí, en esa misma placa, se cocían hamburguesas y tentadoras tiras de beicon.

La freidora, junto a la ventana, estaba a pleno rendimiento.

—Espero que vengáis con buen apetito.

—Sí, claro. Todo huele espectacular —amagué practicando el tono con el que me hubiese gustado decirle palabras muy distintas, algo así como «has cambiado mi vida», «jamás me he sentido tan viva como ahora» o «por favor, no te vayas, quédate conmigo».

Leo recuperó su botella de cerveza.

—¿Queréis una? No es canadiense, pero está bien.

—Hugo y Alexia han traído vino —explicó Bárbara dejando la bolsa sobre la isla de la cocina.

—Ah, ya veo —murmuró mientras ella sacaba las botellas.

Hugo, con mala cara, le tendió una mano a Leo. Si dieron un apretón que me supo extraño... no sonó a saludo, sino a otra cosa completamente distinta.

—¿Te sirvo una copa de tinto, Hugo? —le propuso Bárbara desenvolviendo una de las botellas.

—Sí, por supuesto. Gracias.

—Alexia, ¿quieres una cerveza? Está bien fría —me ofreció Leo.

Sentí a Hugo mirarme de reojo.

Mentalmente le pedí perdón por eso que iba a hacer, por eso y todo lo demás que tendría que hacer esa noche.

—Sí, gracias, me encantaría.

—Bien.

—Bien —entoné yo ante ese acuerdo nuestro que se repetía casi cada vez que hablábamos.

Antes de moverse hasta la nevera, Leo recogió el mando a distancia del televisor y nos preguntó si nos molestaba, apuntando en dirección al aparato, pidiéndonos permiso para subir el volumen de nuevo. Yo le contesté que por mí estaba bien, pero la cara de Hugo se tensó un poco más. Bárbara no dio señales siquiera de haber oído la pregunta de Leo, peleaba con los larguísimos corchos de las botellas de los vinos de la bodega preferida de Hugo. Para poder abrir esos vinos en casa, habíamos tenido que comprar un sacacorchos especial, más largo de lo normal. Ella no parecía experta en el asunto y el sacacorchos que tenía no daba la impresión de haber abierto demasiadas botellas.

Leo subió el volumen en el preciso momento en el que se desató una riña entre dos jugadores que se lanzaban puñetazos a sus cabezas cubiertas con cascos.

—Una cerveza fresca para la dama —entonó abriendo la nevera.

—¿Ya está todo listo para comer, Leo?

—Sí —le contestó a la dueña de la casa entregándome la botella de cerveza después de abrirla de un golpe contra el borde de la encimera. Ella todavía luchaba con el corcho.

—Las patatas ya deben estar, solamente me falta preparar los últimos huevos. Si queréis pasar a la mesa... Alexia puede echarme una mano aquí. Ya podéis llevar el pan. —Leo extendió en dirección a Bárbara y Hugo una bandeja con panes para hamburguesas que olían a pan caliente.

Bárbara, que por fin había abierto la botella, le hizo un gesto a Hugo, a quien no le quedó más remedio que coger la bandeja con el pan.

Entonces sacó dos copas de uno de los armarios, recogió la botella de vino y lo siguió en dirección al comedor.

Tomé un sorbo de alcohol, lo necesitaba.

Los dos desaparecieron de nuestra vista.

—Te llamé —susurré en voz baja.

—Sí, vi tus mensajes. —Rompió un huevo sobre la plancha.

—Esperaba que me devolvieses la llamada —le dije plantándome a su lado.

—No. No consideré que fuese buena idea, no hubiese sido bueno para ti.

—No me digas lo que es mejor para mí o no.

—Creí que ése era el trato.

—Te fuiste.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque no hacía la menor diferencia quedarme. Doménico te llevó al trabajo, ¿no es así?

—Sí, claro.

—No te abandoné.

—Bueno...

—No te abandoné. —Cascó otro huevo.

—Podrías haberme avisado de que te irías. Me sentí... yo no...

—Me voy en dos días, Alexia. Acostúmbrate.

—Sí, lo sé, es que «en dos días» no es ayer por la noche.

—¿Qué harás cuando me vaya?

—No cambies de tema. Quiero saber por qué me dejaste así anoche.

—No cambio de tema, es todo parte de lo mismo. —Se llevó la botella de cerveza a los labios.

—A tu futuro esposo casi le da algo hace un segundo; creo que el desprecio que siente por mí lo consumirá por dentro esta noche.

—No digas eso —jadeé procurando no alzar la voz. Suerte que la televisión estaba muy fuerte.

—Digo lo que me viene en gana. No parece muy feliz de verme.

Me mantuve en silencio. Quedaba claro que ninguno de los dos estaba feliz de ver al otro.

—Se lleva bien con Bárbara —soltó ante mi silencio.

—Eres un cobarde. Responde, ¿por qué te fuiste así anoche?, ¿por qué no contestaste a mis llamadas?

—¿Yo soy el cobarde? Mira un poco en tu dirección. Mira un poco a tu alrededor.

—Estoy mirando a mi alrededor, por eso estamos manteniendo esta conversación y por eso estoy aquí.

—Y me alegra que hayas venido.

—No te entiendo.

—No es tu trabajo entenderme.

—No, seguro que no. Ese trabajo le corresponde a Bárbara, ¿no es así?

—No digas tonterías. Con ella es follar y nada más, ¿desde cuándo te pones celosa?

—Esto no es como en el Délice.

—No, definitivamente no lo es. —Hizo los huevos a un lado y cogió una bandeja de encima de la encimera.

—¿Tienes una relación con ella?

—Lo que yo haga con ella no es tema de discusión esta noche.

—¿Y cuál es el tema de discusión esta noche? Todavía no entiendo por qué mierda estoy aquí.

—Porque rehúsas ver.

—Habla con claridad, ¡mierda!

—No pienso ponerte la solución fácil delante de la nariz. Ya suficiente hice y hago.

—¿Me lo recriminas? No pensé que te disgustase tanto esto. Podrías haberme avisado antes y lo hubiésemos terminado.

—No he dicho que quisiera terminarlo, hablo de lo que he hecho y todavía no ves o no quieres ver.

—Leo...

—Lo lamento.

—¿Qué es lo que lamentas?

—Lo que sucede. Hubiese preferido hacértelo más fácil; en vez de eso creo que lo he complicado.

—No es culpa tuya.

Leo se quedó en silencio, mirándome.

—Hay algo que he estado queriendo decirte. Es algo que vi; no era asunto mío, pero entonces... te vi y no me pareció correcto dejarlo pasar.

—¿Qué?

—Y ahora tengo la seguridad y...

—Escúpelo de una vez.

—La vida es muy hija de puta a veces.

—Leo, qué...

—El día de tu cumpleaños.

—El día de mi cumpleaños, ¿qué?

—¡Leo, ¿y esas hamburguesas?! ¡Por aquí nos morimos de hambre! —canturreó Bárbara desde el comedor.

—Sé que no eres como él —me susurró.

—¿Como Hugo?

Asintió con la cabeza.

—Pero si quieres ser como él, no es asunto mío. Acabas de decirlo, yo no puedo decirte lo que es bueno o es malo para ti. Eso tendrás que decidirlo sola. Solamente quería que tuvieses a mano todas las armas para poder decidir y esta noche es una herramienta más para eso, así como lo fue anoche y el resto del tiempo que hemos pasado juntos. ¿Quién soy yo para decirte quién eres o quién debes ser? Sólo te he mostrado que hay otras opciones.

—No puedes irte.

—Sí puedo, y lo haré —me contestó, y luego, alzando la voz—: ¡ya mismo vamos con la comida! —Hizo una pausa—. No puedes depender de mí, ni puedes esperar que tome decisiones por ti. —Me dedicó una sonrisa triste—. Soy pésimo tomando decisiones, por eso me mudé a la otra punta del continente.

—No me importan las malas decisiones que pudieses haber tomado...

—Mejor así, porque no son asunto tuyo —soltó interrumpiéndome. Se quedó un segundo en silencio y...—: Búscalos.

—Que busque, ¿qué?

—Sabes qué.

—No, no sé de qué me hablas.

—Quizá mañana no quieras verme y lo entenderé. Es tu vida.

—Leo, no entiendo nada.

—Es exactamente lo que parece. Solamente te diré eso. El resto tendrás que resolverlo sola y decidir qué quieres hacer. No estoy en tu cabeza ni en tu corazón, eso te toca a ti.

—Leo, yo no voy a...

—¡Eh, que nos morimos de hambre aquí! —lanzó Bárbara asomando la cabeza por el pasaplato.

—Ya mismo.

El equipo de Leo marcó un tanto y allí murió la conversación, porque nos pusimos a pasar toda la comida a bandejas para llevarla a la mesa.

\* \* \*

—Llegó la hora de engrasarse los dedos —entonó Leo divertido, llegando con una pila de hamburguesas que tenían queso cheddar derretido encima.

Yo acababa de posar la descomunal bandeja con patatas fritas sobre la mesa.

Hugo, de espaldas a él, puso los ojos en blanco. Él estaba acostumbrado a comer con servilletas de tela y vasos de cristal, y allí las servilletas eran de papel y los vasos, de plástico; nadie usaría estos últimos, ya que él y Bárbara bebían vino de unas copas que ella había traído de la cocina, y Leo y yo estábamos bien con nuestras botellas de cerveza.

—De vez en cuando viene bien ensuciarse un poco, Hugo —Bárbara palmeó uno de sus hombros, colocando el plato con los huevos sobre la mesa—, relájate.

Estaba observándolos cuando Hugo alzó la vista y me miró.

—No siempre tiene que ser perfecto —acotó ella, y yo no pude estar más de acuerdo.

—Es cierto, las cosas imperfectas y simples suelen ser más reales y divertidas. Planificarlo todo tanto, agota. —Le tendí una de las botellas de cerveza que Bárbara había traído antes—. Por hoy puedes hacer un cambio, ¿no te parece? No puedes saber si esto es lo único bueno para ti si no pruebas otra cosa —comenté, y los ojos se me llenaron de lágrimas. Todos se quedaron mudos, mirándome, porque estaba claro que el discurso no venía a cuento, simplemente, de un cambio de vino por cerveza o de comida elegante por unas hamburguesas caseras devoradas bajo el griterío del público que seguía un partido de hockey muy lejos de allí.

Hugo volvió a subir sus ojos hasta mí, esos ojos que tenían una mirada dulce que me cautivó en el instante en que la vi. Esa noche, después de tantos años, después de tanto tiempo, sentí como si volviese a mirarme igual que el día en que nos conocimos.

Verlo observarme de aquel modo me trajo paz. No sé, creo que entendió que lo nuestro había acabado y que no valía la pena echarse culpas o tener rencores.

—¿Qué me dices? —le sonreí meciendo la botella de cerveza—, ¿harás un cambio? —Apenas si podía contener mis lágrimas.

Bárbara se había quedado tiesa en su sitio y miraba hacia el otro lado; en cambio, los ojos de Leo permanecían fijos en mí.

La respuesta de Hugo no llegó de modo verbal. Su mano subió hasta la altura de la mía y tomó la pequeña botella de cerveza por el cuello.

—Combina mejor con la comida, ¿no es así?

Nadie contestó.

Yo sonreí un poco, todavía con los ojos cargados de lágrimas. Leo se hizo eco de mi débil sonrisa.

—Si todos bebéis cerveza, pues entonces yo también. —Cogió una botella y la destapó, destapó la de Hugo y alzó su bebida proponiendo un brindis—. Por todas las cosas simples y repletas de defectos. —Bárbara me miró y sonrió, pero su sonrisa no fue de esas de siempre, las que surgían con fines arrebatadores, era una mucho más natural y amena, más real.

—Por eso y por la comida grasosa —brindó Leo.

—Por todo eso y por nosotros cuatro —acoté yo.

—Por nosotros —entonó Hugo.

Chocamos nuestras botellas de cerveza y bebimos, y entonces acabó el momento solemne porque el equipo contrario al que seguía Leo metió un tanto y él dejó escapar un insulto.

Hugo le preguntó algo sobre el hockey sobre hielo y entonces los dos se pusieron a hablar del tema, mientras los cuatro nos poníamos a la tarea de montar torres con las hamburguesas, el pan y la cantidad de aderezos a nuestra disposición.

Acabamos todos con intentos de risas, siguiendo el partido de hockey, chupando el ketchup de las patatas fritas de nuestros dedos.

Nuestros problemas no fueron resueltos ni se resolverían esa noche; sin embargo, llegar a una tregua, tener un poco de paz, encontrar puntos en común en vez de diferencias, fue más razonable que acumular amarguras o cualquier otro sentimiento negativo.

## 22. Tus huellas en mí

Hugo y Bárbara acababan de entrar para preparar café.

Leo y yo nos quedamos en la terraza. El frío apretaba cada vez más por las noches, pero el cielo se veía tan estupendamente bien que me dio pena entrar. Había una luna llena enorme y el azul lucía plagado de chispas brillantes.

Encogiéndome dentro de mi abrigo, me asomé por la baranda. Los árboles allí abajo habían perdido casi todas sus hojas ya, por lo que podía verse la acera y las pocas personas y el escaso tráfico que quedaba a esas horas.

Lo sentí llegar por mi derecha a pasos lentos.

—¿Estás bien?

Asentí con la cabeza.

—Nunca fue mi intención hacerte daño.

—No me haces daño, Leo.

—No fue a propósito.

—Que no me haces daño, Leo.

—Nunca debí acceder a esto.

—Agradezco que lo hicieras, de otro modo no estaría aquí ahora. —Hice una pausa en la que llené de aire frío mis pulmones—. No me molesta estar aquí ahora. Está bien. Pese a todo, está bien. Estoy tranquila; bueno, no sé si ése es exactamente el término. Es que no quiero quejarme, eso es todo. ¿Te molesta estar aquí ahora?

—No, pero sé que no debería.

—Vamos, Leo.

—Es cierto.

—No has arruinado mi vida ni nada por el estilo.

—Tengo mis serias dudas. Creí que te hacía un favor.

Lo toqué con el lado derecho de mi cuerpo; su fuerte brazo y hombro hicieron dura resistencia a mi ligero empujón.

—Solamente me gustaría que te replanteases irte. Sin tan sólo te quedases un par de días más.

—No puedo. Debo regresar a casa. Además, ya me he enredado suficiente en tu vida, ahora lo mejor que puedo hacer por ti es partir.

—Ésa es tu opinión, la cual no comparto.

—Es complicado.

—Toda la vida lo es.

—No me necesitas.

—No es eso, es que te quiero aquí. Así de egoísta.

—Tienes una vida.

—No, ya no tengo nada. Hoy es mi día cero, Leo. ¿Lo entiendes? No tengo nada. No es que vaya a llorar por los rincones por eso. Tuve cosas y me alegra haberlas tenido, pero hoy estoy en cero otra vez, hoy empiezo de nuevo.

—¿Qué harás?

—No tengo ni la menor idea. Es sólo que me gustaría tener a mi compañero conmigo en esta nueva vida.

—Lo siento. —Apartó sus ojos de mí y se inclinó un poco hacia delante para apoyar ambas manos sobre la baranda de metal plateado.

Una de mis manos se posó sobre las suyas.

—No podrás borrar las huellas que imprimiste en mí. Tus huellas en mí permanecerán para siempre; no soy el suelo cubierto de nieve ni tú una tormenta. Esto no es Canadá. Esto es la vida real. No sé de qué huyes, pero...

—Esto no es la vida real. Mi vida real está en Canadá. No puedo quedarme y no estaría bien. Seguro que tienes mejores cosas por delante.

—No necesito algo que parezca mejor o perfecto, ya he tenido eso y no ha resultado bien.

—Tampoco necesitas lo diametralmente opuesto.

—¿Así de poco te quieres?

Leo me dedicó un amago de sonrisa y acto seguido apartó su rostro.

—Tómate un tiempo para ti. Si es tu día cero, significa que tienes todo el futuro por delante.

—No soy una jovencita que acaba de salir de la escuela. Tengo mis añitos y mis cosas vividas.

—Por suerte. Eso te ayudará a no repetir el mismo error dos veces.

—Leo... —jadeé desesperada.

—Parece mentira que nos conociésemos sólo una semana atrás.

—Yo diría que fue una vida atrás, en otra vida.

—Una eternidad, y es mejor que yo no esté aquí cuando comiences tu nueva vida.

—Eres muy terco.

—No más que tú.

—No quiero tener que decirte adiós.

—Bueno, eso se puede arreglar. No nos diremos adiós. —Me sonrió.

—No bromeo.

—Ni yo. Ha sido increíble.

Su mirada me demolió y sus palabras convirtieron en polvo los trozos de mí.

—Por favor.

Ante mi súplica, Leo apretó mi mano entre las suyas.

—Me ha gustado eso que has dicho del suelo nevado y la tormenta. Ha sonado poético.

—Ahora que lo repites, suena estúpido.

—Donde yo vivo nieva mucho. A veces es imposible salir de casa. Las tormentas suelen ser fuertes y borran pronto las huellas. Lo más probable es que te pierdas si intentas buscar el camino de regreso.

—Aquí no nieva, Leo.



Rio.

—¿Te han gustado mis hamburguesas?

—Qué sutil cambio de tema. Sí, me han gustado. Cocinas muy bien. ¿Sueles hacerlo?

Me contestó moviendo la cabeza de arriba abajo.

—¿Eres un buen amo de casa?

—Más de lo que te imaginas.

—Yo soy pésima. Nunca querías que pusiese tu ropa a lavar. Siempre se me escapa algún calcetín o algo oscuro con la ropa blanca y lo mancho todo.

—Soy un experto en llenar lavavajillas y lavadoras, en hacer camas y demás.

—Qué gran revelación.

—Y soy un experto comprando víveres.

—Me pierdo en el supermercado.

Nos quedamos en silencio un momento.

—Estarás bien —repitió dándole otro apretón a mi mano.

—Cafecito rico y calentito —canturreó Bárbara—. ¿No os congeláis todavía?

—Estoy acostumbrado al frío, pero creo que a Alexia le falta poco para eso.

Nuestra visita a casa de Bárbara finalizó una media hora después.

No volví a tener otro momento a solas con Leo para saber si volvería a verlo durante el fin de semana o no. Lo dicho había sonado a despedida, pero no quería perder los dos días y poco más que me quedaban a su lado, quería sacarle el jugo a cada segundo.

Con un Hugo muy silencioso, nos subimos al automóvil y viajamos hasta nuestro piso.

Me planteé decirle que lo nuestro estaba terminado tan pronto como llegásemos a casa; sin embargo, estaba agotada y él no tenía buena cara. Además, no quería que sintiese que tenía que irse del apartamento, porque la que se iría sería yo. Para no hacer eso todavía más traumático de lo que ya era, prepararía una bolsa con algunas prendas y se lo diría por la mañana.

Llegamos a casa y él continuaba en ese estado, lo que terminó de convencerme de que lo mejor era dejarlo para el día siguiente.

Me dejé caer sobre uno de los sillones del salón.

—¿Quieres que te prepare un té o algo antes de dormir?

—No, estoy bien, Hugo, gracias. ¿Quieres que te prepare un té yo a ti?

—No, no es necesario, gracias. Estoy rendido. Esta noche pasaré del té. Me voy a acostar ahora mismo. Ha sido un día demasiado largo. ¿Te quedarás aquí un rato?

—Eso creo.

Ante mi respuesta y en silencio, caminó hasta mí. Tomándome por debajo de las orejas, sus manos se posaron sobre mis mandíbulas. No besó mis labios, sino mi frente.

—No te acuestes tarde. Tú también necesitas descansar. Esta semana ha sido muy... Parece increíble que el viernes pasado estuviésemos aquí celebrando tu cumpleaños.

—Sí.

Se quedó mirándome como si quisiese decir algo más; al final retrocedió sobre sus pasos.

—Buenas noches —se despidió.

—Buenas noches, Hugo.

Lo vi alejarse a paso lento y pensé en el día siguiente, en cuando fuese yo la que me alejase de él para dejarlo ser y para dejarme ser a mí misma.

Contemplé lo que me rodeaba. Había pasado demasiados buenos momentos allí. Tantas cosas vividas, tantos sueños. Quizá los dos estuviésemos a tiempo de concretarlos, sólo que sería por separado.

Me dolía en el alma dejar ese lugar, me dolería dejarlo a él.

Me quité los zapatos y el abrigo y me puse en pie.

Salí un rato a la terraza; necesitaba sentir frío, como si sobre mí nevase copiosamente. Cuando comencé a temblar, entré otra vez en el apartamento. Fui a prepararme un té, que me bebí en la cocina en penumbras, sentada a la mesa en la que había compartido tantas comidas y desayunos con Hugo.

Deambulé alrededor de la mesa del comedor acariciando las superficies que me rodeaban. Me planté delante de la biblioteca mirando sus libros y el único que me pertenecía. Recordé a Leo allí y se me escapó una sonrisa.

Regresé al salón y me detuve un momento para inspirar hondo; ése había sido nuestro aroma, la conjunción de ambos, durante mucho tiempo.

Necesité ir a su estudio; así como Leo había dejado huellas en mí, también estaba marcada por Hugo y eso nada lo cambiaría. Agradecí haber tenido en mi vida a personas que dejasen su marca en mí.

Andando despacio, llegué hasta la puerta de su despacho. La abrí y encendí la lámpara de pie que había a un lado de la puerta. Tal parecía que hubiese estallado una bomba allí. Hugo realmente había vaciado todos los cajones; había montañas de papeles y carpetas por todas partes, rollos con impresiones, maquetas, láminas sueltas por doquier. Algo sobre su escritorio, justo al lado de su Mac, llamó mi atención; era un trozo de algo azul sobresaliendo de entre una pila de papeles... y entonces lo recordé.

El sobre azul que había llegado el día de mi cumpleaños, aquel que no tenía remitente, aquel que perdí de vista cuando llegué.

«Búscalo», había dicho Leo. Dijo que yo sabía de qué me hablaba.

Mis manos se echaron a temblar.

Caminé hasta el escritorio y tiré de esa esquina azul que al instante comprobé que sí era aquel sobre que saqué del buzón el día de mi cumpleaños.

Una vez liberado del peso de las hojas que se acumulaban sobre el escritorio, encendí la luz que estaba a mi derecha.

El sobre ya había sido abierto.

Era pesado.

No tenía remitente ni destinatario, pero sí había aparecido en nuestro correo y en ese instante estaba en el escritorio de Hugo, entremezclado con todo lo que había sacado de sus cajones en busca de no sé qué láminas que necesitaba.

«Es exactamente lo que parece», había dicho Leo.

Cogí el sobre con ambas manos y lo observé fijamente.

Lo que contenía era grueso y denso.

Con las yemas de los dedos, jugueteé con el borde de papel cortado hasta que finalmente reuní valor y colé dos dedos en el interior del sobre para palpar lo que contenía. Parecían fotografías.

Las extraje del sobre.

Sí, eran fotografías.

Fotografías de Hugo y Bárbara en el sofá de su casa, sonrientes, abrazados, besándose; fotos de él en la cama, de ella preparando el desayuno en camiseta y bragas, de los dos de cara al sol en su terraza.

Era exactamente lo que parecía.

Leo sabía de la existencia de ese sobre, de las fotos y de ellos dos. Cómo lo había averiguado, no tenía ni idea.

Miré las fotos una vez más.

Quise enojarme y no pude, al menos no solamente con él. Me enojé con nosotros dos por llegar a eso.

Metí las fotografías en el sobre. Apagué la luz del escritorio. Salí de su estudio apagando la lámpara de pie antes de cerrar la puerta y fui en dirección al cuarto que compartía con Hugo, llevándome el sobre conmigo.

Hugo dormía en nuestra cama, de lado hacia la ventana, tapado hasta las orejas. Había bajado las persianas para que no entrase la luz por la mañana, y había dejado para mí la luz de mi mesilla de noche encendida para que no me encontrase en completa oscuridad en nuestro cuarto al ir a acostarme.

Mis manos no sudaban, todo lo contrario, estaba heladas, y de todas formas el papel del sobre azul se me pegaba a la piel como si pretendiese extraer toda la humedad que me daba vida para dejarme seca, muerta.

No tenía ni idea de cómo haría eso, mas el momento de la verdad había llegado y no podía demorarlo más.

De rodillas, trepé sobre la cama para sentarme en cuclillas tras su espalda.

Por mi cabeza pasaron recuerdos de muy buenos momentos juntos.

Intenté guardarme para mí ese instante, porque, en honor a todo lo demás, sentía que necesitábamos terminar en paz. Darle más importancia a los errores o a los malos momentos sonaba casi como una falta de respeto a lo que sentimos y vivimos.

No estaba en mí desearle mal alguno o guardarle rencor, y de todo corazón esperaba que a él le pasase lo mismo conmigo.

—Hugo —lo llamé en voz baja. No pretendía asustarlo, eran casi las cuatro de la madrugada y se suponía que yo tendría que estar durmiendo también.

Como no dio señales de oírme, repetí su nombre una vez más.

—Hugo —repetí, esta vez tocando su hombro—. Hugo, despierta—. No reaccionó. Lo moví con un poco más de contundencia—. Hugo.

Éste se quejó y se movió debajo de las mantas.

Aparté mis manos de él.

—Hugo, necesitamos hablar.

—¿Qué? ¿Qué hora es? —Moviéndose todavía sin desprenderse del cálido abrigo de la cama, se colocó boca arriba. Se restregó los ojos y, aún con mirada soñolienta, me observó.

Alcé el sobre que había mantenido sobre mis muslos.

Abrió los ojos y fue a decir algo, pero de sus labios al final no salió nada.

—Lo he encontrado en tu estudio. Este sobre llegó el día de mi cumpleaños. Lo recogí del buzón de abajo cuando llegué. Estaba con el resto de la correspondencia, con el sobre que me había enviado mi abuela. Me llamó la atención que no tuviese ni remitente ni destinatario. Pensé que quizá fuese una tarjeta de cumpleaños.

Hugo se incorporó para sentarse contra el cabecero de la cama y las almohadas.

—Alexia...

—Imagino que ella debió de dejarlo allí cuando vino.

Hugo parpadeó lentamente.

—Sí, lo dejó en el buzón antes de subir. Quería que las vieras. La enfrenté cuando me di cuenta de lo que era cuando, en la fiesta, me entregaste la correspondencia. Lo siento.

—También yo. ¿Cuánto tiempo lleváis con esto?

—No, no es eso. —Se pasó una mano por la frente—. No fue eso que tú crees.

—¿Qué es lo que yo creo?

—Nosotros no tenemos una relación. Se terminó tan pronto como empezó. Fue a principio de año, cuanto te fuiste al congreso. Habíamos conversado alguna vez en el hospital; ella me habló de su hermano, que estudia diseño gráfico, y le dije que si necesitaba ayuda... Le pasé mi número de móvil por si él necesitaba que le echase una mano con sus estudios o en algún trabajo práctico. Bárbara me llamó una noche, ella estaba de guardia y tú también. Nos pusimos a charlar. Durante un par de meses no hicimos más que eso: hablar de todo, de cualquier cosa. Luego te fuiste al congreso... me invitó a comer a su casa, hablamos y... fueron tres días. Tres días que me bastaron para comprender que te quiero a ti, que eres la mujer que necesito a mi lado. Bárbara no aceptó aquello y desde entonces no para de insistir con lo nuestro, dice que... —apretó los labios—... dice que me ama, que estamos hechos el uno para el otro.

—¿Por qué la invitaste a mi cumpleaños? Eso no tiene ningún sentido.

—Ella lleva amenazándome con contarte la verdad desde el día en que lo terminé.

Solté el sobre azul sobre la cama.

—Me dijo que, si no la invitaba, te lo contaría todo. —Recogió el sobre—. Para esto quería venir, para dejar el sobre y que lo vieras.

—¿Y lo de esta noche?

—Más de lo mismo. Insistió en que, si no te lo contaba todo, arruinaría nuestras vidas. No necesitaba complacer a Leo. Eso que te dije fue una estupidez. Leo no tiene nada que ver en esto, ella se acuesta con él porque piensa que me da celos. —Soltó una risa seca y triste—. Leo me vio abriendo el sobre y mirando las imágenes el día de tu cumpleaños. Me enfrentó, preguntó por las fotos. Yo ya le había dicho, cuando lo invité a la fiesta, que planeábamos contraer matrimonio. Leo se enfureció al ver las fotos. Le dije que lo mío con Bárbara estaba acabado. No me creyó. De la nada, y no entiendo muy bien por qué, me dijo que me daba hasta la noche del domingo para contarte la verdad y que, en caso contrario, te la contaría él.

—¿Por qué no te deshiciste del sobre?

—Por que planeaba no ocultarte absolutamente ningún detalle, porque quería sincerarme contigo, porque todavía quiero que seas mi esposa. Porque te amo y porque espero que, a pesar de todos mis errores...

—No tiene que ver solamente con tus errores, Hugo, son mis errores también. Hace tiempo que no somos los mismos que planearon contraer matrimonio.

—Sí, lo sé. Todavía estamos a tiempo de recomponer nuestra relación.

Negué con la cabeza.

—No, y no es enteramente culpa tuya. Llevo desde el sábado pasado... desde el sábado pasado...

—¿Qué?

—He estado yendo a un lugar que se llama Délice.

—No me suena. ¿Qué es?

—Es un local de intercambio de parejas.

Los ojos de Hugo se abrieron como platos.

—¿Qué es lo que me estás diciendo?

—Que llevo desde el sábado pasado practicando sexo con otras personas. Eso es lo de menos, lo que importa...

—¿Lo de menos?! ¿Sexo con otras personas? ¡¿De qué hablas?! —chilló horrorizado.

—Hablo de que en mi vida me he sentido tan libre, tan plena, tan llena de esperanza.

—¿Te follas a otras personas y me sueltas eso de que nunca te has sentido tan llena de esperanza?

—Es que, en el fondo, más allá del sexo, del placer y del deseo, es todo lo que esta semana ha cambiado en mí. Bien... en realidad creo que todo estaba ahí antes; fingía, lo ocultaba, nada más.

—Todavía no puedo creer lo que me cuentas. ¿Con cuántas personas te has acostado?

—Hugo, eso no...

—¡«Eso no», una mierda! Me siento como una basura por haber tenido un amorío de tres días y tú llevas una semana follándote a Dios sabe quién y me lo dices así como si nada. ¡¿Cuántas?!

—No sé, Hugo, no las he contado. Entiende que no es eso, es que ya no soy esa Alexia a la que conociste.

—Eso queda muy claro, la Alexia que yo conocí no era un puta.

Mi mano dejó cinco dedos rojos estampados en su rostro antes siquiera de percatarme de lo que había hecho.

—El sexo es lo de menos. Es que yo no soy, y creo que nunca fui, esa mujer perfecta que todos creían que era. No quiero ser esa mujer. No quiero tener una casa impecablemente ordenada que parece salida de una revista de decoración; no quiero una gran boda; no me interesa tener más cenas a las que deba asistir para quedar bien con terceras personas, ya viví suficiente de eso de pequeña. No quiero fingir que operar sigue siendo mi vocación. No quiero ser algo que no soy simplemente para que otros me quieran, porque así no están queriéndome a mí, sino a eso que ellos quieren que sea. — Hice una pausa—. No creí que esto fuese tan lejos. El caso es que me

gusta ir al Délice, que me siento perdida en el hospital incluso cuando estoy rodeada de las cuatro paredes del quirófano y lo más importante es que creo que llevo demasiado tiempo sin amarte y no puedo casarme contigo.

—¡Soy yo el que no puede casarse contigo! ¿Cómo has podido? ¿Por qué?

—He podido del mismo modo en que tú pudiste acostarte con Bárbara y sonreír para esa cámara que os retrataba, y por exactamente los mismos motivos. Esto lleva demasiado tiempo sin funcionar y creo que, en el fondo, los dos sabíamos que no llegaríamos a ninguna parte.

—No, jamás ha sido así para mí. Cometí un error; sin embargo, estaba dispuesto a corregirlo y a seguir adelante. Ahora ni siquiera sé... no sé a quién tengo enfrente.

—Dudo de que alguna vez lo supieras, Hugo, porque yo no lo sé con certeza hoy por hoy. Y si yo no sé quién soy, ¿cómo puedes tú amarme?

—No puedo creer lo que has hecho.

—Lo lamento, está hecho y, aunque pudiese, no volvería atrás. Tarde o temprano lo nuestro hubiese terminado, porque ya estaba dañado, Hugo. Porque lo nuestro no era lo que debe ser cuando tienes una pareja, un compañero que... —solté la palabra *compañero* y mi corazón se detuvo. El rostro de mi compañero llegó a mis retinas. Leo lo llenó todo en mí.

—¿Cuántas personas han sido? ¡Dímelo!

—Es ridículo, Hugo. No tiene la menor importancia.

Hugo se levantó de la cama.

—Planeabas decírmelo o lo haces solamente porque has descubierto las fotos, porque has pensado que así tu responsabilidad sería menor. Carajo, no puedo creer que te hayas acostado con desconocidos. No puedo... me da asco. No puedo creer que tú... Eres mi novia, eres una mujer inteligente y profesional que proviene de una excelente familia.

—Insultarme no empequeñece tu responsabilidad, Hugo. Puedo comprender que estés sorprendido e incluso enfadado, sin embargo no pienso permitir que me faltes al respeto.

—El respeto te lo faltaste a ti misma acostándote con esas personas como si fueses una puta. ¿Qué clase de mujer hace eso?

—Una que entiende que dar y recibir placer en una sala con otras personas no quebranta ni contamina la relación con su compañero, sino que la fortalece, la nutre, porque ella es más libre, porque él es más libre y porque la relación que ambos tienen no se basa en falsedades, porque va mucho, mucho más allá de lo físico, porque ambos saben que quien tienen al lado no les pertenece, porque su unión es un tiempo y un espacio compartido, no un territorio cercado de paredes de cuatro metros y alambres de espino.

—No importa cuánto te esfuerces en disfrazar esto, la realidad es una sola. Te quiero fuera de aquí esta misma noche. No pienso compartir esta cama contigo, porque has sido tú quien la ha ensuciado.

Me levanté.

—Me marchó, pero no porque me echas. Tenía planeado contártelo todo antes incluso de encontrar el sobre, porque lo más importante aquí es que no te amo y que no podía casarme contigo así. Me da pena que no quieras entender que esto no iba

bien desde hacía mucho tiempo. Ojalá lo comprendas un día, para evitar así volver a cometer los mismos errores que cometimos juntos. —Retrocedí un paso de espaldas—. Yo no te odio, Hugo. No me quedan rencores. Iré a prepararme una bolsa con algo de ropa y luego, cuando te parezca bien, vendré a buscar el resto de mis cosas. Si no quieres verme, le diré a mi abogado que se ocupe de todo. Es sólo que, en honor a lo que tuvimos, me gustaría que un día pudiésemos sentarnos a conversar en paz, porque creo que lo necesitamos y nos lo merecemos. —Permanecí un par de segundos en silencio simplemente mirándolo; él no paraba de mirarme con desprecio—. Adiós, Hugo.

Hugo no me contestó. En vez de eso, salió del cuarto rumbo al corredor.

Todavía paralizada por lo sucedido, permanecí en mi sitio. Unos cuantos segundos después, lo oí dar un portazo en su estudio.

Arrastrándome, fui hasta el vestidor. Preparé una bolsa para unos cuantos días, pasé por el baño y recogí algunas cosas.

Del salón, cogí mi móvil, mi bolso, mis llaves y salí del apartamento.

En cuanto entré en el ascensor, empecé a llorar y ya no pude parar, ni siquiera cuando le pasé al taxista la dirección del hotel en el que pretendía pasar los próximos días, hasta que pudiese decidir qué haría de mi vida y, con el mejor de los panoramas, hasta que Hugo y yo pudiésemos decidir cómo proceder con lo que era semejante a una separación, ya que llevábamos mucho tiempo juntos.

Durante los casi treinta minutos que duró el viaje, lloré.

Apenas si pude contenerme cuando llegué a hora tan extraña a la recepción del hotel para pedir una habitación, que pensaba ocupar al menos hasta el próximo lunes por la mañana.

El llanto fue solamente sofocado por el sueño cuando al amanecer el cansancio fue demasiado que contener y caí rendida, sintiéndome horrible y sucia y, por encima de todo, muy perdida y asustada.

Una de las primeras cosas que soñé fue que Hugo les contaba a mis padres y a Jerónimo lo que yo había hecho en el Délice. Desperté de ese sueño llorando tanto que empapé la almohada.

Más tarde soñé que Leo se iba, y así, entre pesadillas y llanto, se fueron las horas, mis pocas seguridades y confianza, y el coraje que Leo decía que yo tenía.

Se fue todo y me sentí indefensa y muy sola. Sobre todo muy sola y necesitando a una persona, a mi compañero, a Leo.

## 23. La luz que me diste

—Voy a extrañarte, lo sé —me dijo Leo despidiéndose de mí a las puertas del Délice.

—No tienes que irte. No te vayas.

—No puedo quedarme, Alexia. Lo sabes. Mi vida no está aquí, mi vida está en Canadá.

—Por favor, no puedes irte. No puedes dejarme aquí. ¿Qué será de mí sin ti? Ni siquiera sé quién soy. Hugo me odia y mis padres, cuando se enteren de que hemos terminado... si él les cuenta lo que he hecho.... Sé que ni siquiera podré volver a mi trabajo, no tengo ni idea de cómo seguir haciendo las cosas que hacía. Si ya creía haber perdido toda motivación antes de conocerte para hacer las cosas que hacía, peor será si te vas; el caso es que te has convertido en mi motivación, en mi fuerza. Quiero ser eso también para ti, quiero estar allí para lo que me necesites, para dártelo todo cuando haga falta. No te vayas, Leo, te lo ruego. Somos compañeros, los mejores. Sabes que, aunque te vayas, esto no acabará y los dos... los dos sufriremos. No necesitas extrañarme, puedo estar ahí para ti y tú puedes estar para mí. Por favor. Te necesito aquí, quédate —hipé convertida en un mar de lágrimas.

La respuesta de Leo fue aproximarse a mí para tocar sus labios con los míos.

Cerré los ojos y me aferré a su cuello.

Él puso sus manos sobre mis muñecas.

Apartó sus labios de mí, pero entonces recostó su frente sobre la mía.

—Otras personas pueden entrar y salir de mi vida, tú no; lo que me has dado... la luz que me has dado... aunque te marches. Esto es quien soy y, por más que te vayas, lo que me has dado aquí permanecerá. Que te largues no servirá como remedio para curarme de lo que soy desde que te conocí. No puedo volver a ser lo que era antes, principalmente porque no quiero eso. Quiero ser todo lo que soy ahora contigo. Fuiste el fin de mi mundo y el comienzo de uno nuevo.

—Adiós, Alexia —entonó todavía con los ojos cerrados.

—Leo, no —jadeé abrazándome a mí misma para no desmoronarme.

Lo vi alejarse de mí. No lo seguí, mis pies parecían clavados al suelo, a la acera a las puertas del Délice. Leo se metió en su automóvil, éste se alejó del bordillo de la acera y yo ya no supe cómo sostenerme en pie.

De algunas pérdidas no te recuperas jamás. Eso me sucedería con él. Mi compañero era una parte de mí y, así fuese en la paz o en la guerra, yo, sin él, solamente sería la mitad de mí. La fuerza sin el deseo, el deseo sin la fuerza. Vivir sin un deseo es un desperdicio; desear y no tener cómo luchar por lo que quieres, una verdadera pena.



Mi corazón se rompió en mil pedazos y en un principio mis costillas lograron contener la ruptura; al final, comenzaron a rajarse también, y todo mi cuerpo se echó a temblar hasta que finalmente la estructura se vino abajo.

\* \* \*

Percibí la superficie debajo de mi cuerpo, el aroma extraño rodeándome, la claridad que llegaba a mí desde un punto muy distinto del cual provenía en mi cama, en el que solía ser mi hogar.

Sentí mi rostro húmedo, mi pecho tenso y un tanto cerrado de llorar. El pelo se me pegaba al rostro. Mi cuerpo sudaba frío.

Aún hipando, abrí los ojos para encontrarme con un espacio desconocido para mí, una habitación de hotel un tanto insípida e impersonal. Un espacio que me hacía sentir todavía más ajena a mi propia existencia, al que creí mi mundo.

Soñar con él, verlo partir de mí, no había hecho más que empeorarlo todo. Si así sufría por soñarlo, prefería no imaginar lo que sería el momento real. ¿Cómo iba a vivir después del lunes?, ¿cómo iba a vivir en adelante?

Giré la cabeza en dirección a la ventana. Por el color del cielo al otro lado de las vaporosas cortinas blancas, era evidente que al día poco le quedaba.

Incorporándome, acomodé las almohadas detrás de mí para darle sustento a mi cuerpo, el cual parecía flotar en una nebulosa incierta en la que la gravedad no afectaba, tampoco el peso.

Me sentía un tanto mareada y me dolía la cabeza; debía de ser por la cantidad de horas que llevaba durmiendo, probablemente más de doce, al menos.

Cogí el móvil de la mesita de noche; lo había apagado para ponerlo a cargar y, además, porque necesitaba alejarme de todo unas horas. No tenía ni idea de cómo enfrentaría lo sucedido la noche anterior y sus consecuencias. Tendría que buscar un nuevo lugar donde vivir, tendría que decirles a mis padres que ya no habría boda. Y lo más importante: tendría que buscarme una vida que deseara, aunque la verdad era que ni siquiera me sentía con las fuerzas suficientes para hacerlo.

En mi móvil figuraban dos llamadas perdidas de Jerónimo y nada más. Mi hermano no había dejado mensaje de voz y tampoco había insistido en ponerse en contacto conmigo por medio de textos. Me pregunté si habría llamado a casa, si habría hablado con Hugo, si él le habría contado algo de nuestra ruptura, si mis padres lo sabrían ya. Imaginé que no, porque, en caso contrario, tendría bastante más que dos llamadas perdidas en mi móvil. Agradecí el silencio de parte de ellos, pero me afectó no tener ni siquiera un texto de Leo. ¿Acaso la noche pasada se había despedido de mí?, ¿no pensaba volver a verme?, ¿eso terminaría así, y listo?

Mi llanto cobró fuerza de nuevo.

Lloré en silencio un buen rato, hasta que se hizo de noche, secando mis lágrimas con unas sábanas que nada entendían de mi tristeza, sábanas que era probable que hubiesen visto mucho de otras vidas sin comprenderlas por completo, al igual que yo

antes de conocer a Leo, porque antes de él las personas pasaban por mi vida sin más y eso, en gran parte, era culpa mía; uno elige cuánto entregar y, por lo general, eso que uno da es lo que uno recibe, en la misma proporción.

Con Leo era tan distinto...

\* \* \*

La noche estaba a un paso y mi estómago, pese a mis pocas ganas de comer, crujió de hambre.

Fui a por el menú que estaba sobre la mesa y regresé a la cama. Desde allí ordené café y algo de comer, más en un intento de recobrar fuerzas como para, al menos, conseguir meterme en la ducha sin caer desmayada. Poco a poco debía recomponerme; quería visitar a mis padres para contarles lo sucedido con Hugo, porque prefería que se enterasen de mis labios que de los suyos.

Diez minutos después, me puse en pie para ir a recibir mi pedido, así despeinada, con los ojos hinchados y rojos de llorar, y vistiendo una vieja camiseta y los pantalones de pijama.

El camarero me lanzó una mirada de entre incompreensión y miedo, la cual cambió por una sonriente cuando le entregué su propina.

Hasta la cama me arrastré de regreso, cargando la bandeja que el chico había dejado sobre la mesa; es que no contaba con la energía suficiente como para sostenerme en una silla. Necesitaba que la cama me contuviese, que las mantas ahuyentasen ese frío que no quería abandonarme.

Viendo llegar la noche, realicé mi mejor intento por limpiar la bandeja de comida. No pude con todo; al menos, mis tripas dejaron de crujir.

En cuanto me pareció que la comida había bajado lo suficiente, fui directa a la ducha; precisaba quitarme el llanto y el sudor frío de encima.

Hicieron falta muchos más litros de los ecológicamente correctos de aquella ducha para que me sintiese un poco más repuesta; al menos, cuando cerré el paso del agua, mi cuerpo tenía algo más de calor y mi cabello ya no se veía como si hubiese pasado por una tormenta de vientos huracanados.

Vestida con la bata, me miré al espejo. Me costó reconocermé en la imagen que me devolvió la superficie empañada, pues todavía no me acostumbraba a verme tal cual era, no tal cual los otros me veían o preferían verme. Qué fácil y trágico había sido dejarme arrastrar por lo que los otros querían ver y encontrar en mí.

—Nunca más —pronuncié en voz alta—. No más esperar, no más resignarme a lo que otros quieren. No más tener miedo.

Limpié de mis mejillas dos lágrimas que se me escaparon, que no eran precisamente de tristeza, sino de felicidad, y regresé a la habitación.

Sentada en la cama, busqué su número y lo llamé. Leo contestó al tercer timbrado.

—Alexia... ¿estás bien? Planeaba llamarte ahora mismo.

—Hola. Más o menos. ¿Para qué ibas a llamarme?

—Para que nos viésemos más tarde en el Délice, ¿te parece bien?

—Sí. Claro.

—¿Qué te sucede?

Debía de notarme la voz rara.

—Encontré el sobre azul, vi lo que contenía. Hugo me contó su verdad y yo le conté la mía. Bueno, en realidad a medias, todo lo que me pareció que podía decirle, lo cual no era mucho. Me fui de casa, estoy en un hotel. No terminamos muy bien. —Hice una pausa—. Al menos acabó la farsa. Está hecho. No podía continuar así. No lo amo y no podía casarme con él ni continuar viviendo a su lado. Se acabó, al igual que muchas otras cosas en mí.

—Si no quieres verme, si quieres que lo terminemos aquí y ahora, por mí está bien, no tienes que darme explicaciones. Lo entiendo. Esto ha sido una etapa...

—No ha sido una etapa —lancé cortándolo—. Quiero verte esta noche. Quiero verte en el Délice. ¿A qué hora estarás allí?

—Bueno, a eso de las diez, ¿te parece bien?

—Sí, claro.

Nos quedamos en silencio.

—Perdón por no contarte nada antes. No sabía si querías saberlo. Creía que debías saberlo, pero no quería meterme en tu vida hasta ese punto. Hugo me dijo que su aventura estaba terminada, en cambio Bárbara... ella afirmaba que ellos dos... Tenía ganas de gritarlo y que todos lo supiesen. No debí guardármelo para mí. Cuando lo supe... yo te vi y no podía creer que estuviese haciéndote eso.

—¿Por eso aceptaste ser mi deseo?

—Lo hubiese aceptado de todas formas, Alexia. Me gustas desde el momento en que te vi y ni falta hizo que cruzásemos una sola palabra; yo sabía que quería esto contigo, que quiero esto contigo durante los días que nos quedan juntos... por eso quiero verte esta noche en el Délice, por eso necesito verte esta noche en el Délice.

—Allí estaré.

—¿No estás enfadada conmigo?

—Leo, no quiero ni imaginar lo que hubiese sido el resto de mi vida si no hubieses aparecido. Me siento perdida, tengo miedo, no sé qué haré en adelante, pero supongo que de cualquier modo está bien. Necesitaba esto para comprender que no debía seguir de aquel modo. —Hice una pausa—. Yo también quiero y necesito verte esta noche en el Délice, más que ninguna otra cosa en este mundo.

—Bien, entonces allí te veré.

—Bien —contesté sonriendo. Esa cosa tonta entre nosotros dos del «bien», «bien», me arrancaba cosquillas en el torso, en el abdomen... cosquillas que me subían por el pecho y me bajaban por las piernas, brindándome una agradable sensación de bienestar que no era comparable con nada.

—Hasta más tarde, entonces.

—Sí, hasta luego.

Otro silencio y fue él quien después cortó la comunicación.

Bajé el móvil y permanecí un par de segundos mirándolo.

No había cogido ningún vestido que fuese apropiado para ir al Délice, de modo que me cambié y bajé al vestíbulo del hotel con la esperanza de encontrar abierta alguna de las tiendas de ropa que allí había.

Esperaba conseguir alguna prenda mejor... en fin, al menos di con un vestido que me entraba, uno verde oscuro con una falda hasta las rodillas que caía como una campana, con escote en forma de corazón y un trabajo de drapeado sobre el busto, y de mangas cortas. Era un tanto más formal de lo que me hubiese gustado lucir, pero, cuando me lo puse después de secarme y peinarme el pelo, y tras maquillarme un poco, no me vi tan mal.

A las nueve y media de la noche volví a salir de mi habitación de camino a encontrarme con Leo.

El portero consiguió un taxi para mí. A éste me subí esperando lo mejor, deseándolo todo. Quería a Leo para mí, lo necesitaba y deseaba. No me daba celos verlo con otras mujeres; sin embargo, esa noche lo quería solamente para mí; no me apetecía estar con nadie más que con él, no quería estar con nadie más que con él.

Lo que tardamos en llegar al Délice se me hizo interminable. De cualquier modo, esa eternidad no borró ni aplacó lo que se mantuvo latente dentro de mi cuerpo, debajo de mi piel, vivo con cada latido de mi corazón, con cada interacción entre neuronas.

Tan pronto como el vehículo se detuvo frente a la entrada del local, todo regresó a su sitio; cada sensación, cada pensamiento, cada movimiento se reencontró con su razón de ser.

Le pagué al taxista la carrera y bajé.

Mis piernas ni siquiera recodaban la debilidad de horas atrás. Pisaron firme el suelo en los metros que me separaban del lugar en el que encontraría a mi compañero.

En la entrada me dieron las buenas noches y abrieron la puerta exterior.

Con mano firme, me encargué de abrir la última, que me separaba del interior.

Alexia renació en cuanto reconocí el espacio y los aromas y sonidos conocidos, los rostros, las voces. La seguridad que imprimía en mí ese lugar.

Divisé a Doménico en la barra, acompañado de una mujer que tenía vista, pero que nadie me había presentado antes.

Di un par de pasos más y vi a Daniel conversando y bebiendo con otros dos hombres. Él me vio también y me saludó con la mano; no hizo ni el amago de venir a mí.

No vi a Red ni a Velvet por ninguna parte, ni al resto de las personas con las que solíamos compartir nuestras noches en las salas del Délice. Tampoco vi a Leo, y eso me preocupó; pasaban cinco minutos de las diez.

Intenté calmarme diciéndome que en realidad todavía no tenía de qué preocuparme, podría habersele hecho un poco más tarde que a mí.

Caminé hasta la barra por dos motivos: necesitaba un trago y, si no me parecía estar interrumpiendo nada, le preguntaría a Doménico por Leo.

Un par de personas me saludaron, mas nadie me preguntó si quería compañía.

La mirada de Doménico se cruzó con la mía antes de que llegase a la barra. Con una de sus manos hizo señas para que fuese hasta él.

—Hola.

—Hola, Alexia —me saludó, bajándose del taburete frente a la barra para darme un beso en cada mejilla—. Mariana, te presento a Alexia; Alexia, ella es Mariana, una amiga.

—Hola, mucho gusto.

—Es un placer —entonó ella estrechando mi mano para, acto seguido, regresar a su copa. Me dio la impresión de que no le hizo muy feliz que interrumpiese su conversación con Doménico.

—¿Has visto a Leo?

Doménico movió sus ojos de mí a su acompañante.

—Mariana, discúlpame un segundo, en seguida vuelvo.

—Sí, claro —aceptó la aludida medio de malos modos.

Agarrándome por el brazo, Doménico me encaminó en dirección al corredor que daba a las salas; allí la zona siempre estaba más despejada, aunque esa noche, me imagino que por ser sábado, la concurrencia en el local era tanto más nutrida que en los días anteriores.

—¿Qué pasa?, ¿por qué tanto secretismo? —solté en cuanto llegamos—. ¿Acaso no vendrá y te ha mandado dar la cara por él? —El miedo acababa de hablar por mí. No quería perderlo. Recordé lo soñado y de pronto me costó respirar e incluso mantenerme en pie.

—Nada de eso. —Doménico hizo una pausa y después me sonrió—. No le permitiría hacer nada semejante. No pienso amparar ese tipo de actitudes.

—Qué bien —solté sarcástica.

—¿Qué te sucede?

—Perdona, no es culpa tuya. Anoche terminé con mi novio y mi vida es un caos. Más allá de eso, estoy bien. —Evité decirle que también me afectaba, y mucho, que me quedase tan sólo un día junto a Leo.

Doménico me sonrió.

—Ya veo.

—¿Qué ves?

—Nada, no me hagas caso.

—¿Sabes qué haremos esta noche? ¿Leo te ha comentado algo? ¿Dónde está?

—Yo sé qué haré esta noche, pero no sé tú. Tengo otra compañía. —Apuntó con la cabeza en dirección a la barra que estaba detrás de él, desde donde me miraba, con mala cara, su acompañante.

—Ah, bien.

—Leo te espera en la sala nueve, la del fondo a la derecha, la grande. Ya está allí.

—¿Está dentro o en la salita anexa?

—No lo sé.

—Lo has visto irse con alguien.

—Alexia, simplemente ve y, si no está allí, espéralo.

—¿Si no está allí? Doménico, que hoy no estoy para juegos.

—No es un juego. Ve.

Sacudí la cabeza, fastidiada.

—Ok.

Doménico me dio unos golpecitos en el hombro y volvió a sonreír. Como no me moví de mi sitio, repitió que me pusiese en movimiento.

Tuve la impresión de que sabía algo que no estaba revelándome.

Lo miré con el ceño fruncido y él se rio de mí.

—Anda, no le des más vueltas, que tengo que regresar con mi acompañante o me quedaré sin planes para esta noche.

Respondí a sus palabras con una mirada y di media vuelta para echar a andar por aquel pasillo que tantas cosas había cambiado en mi vida, por aquel corredor que marcaba la diferencia entre lo que fui y lo que era.

Con cada paso, el ritmo de mis latidos fue cobrando velocidad e intensidad, igual que si mi corazón se hubiese hecho más grande, más fuerte.

Todo mi cuerpo se puso en estado de alerta. Sola, mi espalda se enderezó manteniendo en alto la cabeza. Mi pecho se sintió más amplio, más receptivo al oxígeno que me rodeaba. Mis piernas, ligeras, me guiaban en dirección a lo que deseaba.

Me detuve allí donde el pasillo se bifurcaba a izquierda y a derecha.

Por encima de mi hombro, espíe hacia atrás. Doménico continuaba allí. Su mano me hizo señas de que continuase avanzando, siempre sin perder la sonrisa. Sacudió la cabeza y después se puso a saludar a unas personas que llegaban a la entrada del corredor.

Retomé mi andar doblando hacia la derecha. El pasillo estaba vacío y allí jamás se oía nada. Las salas estaban lo suficientemente bien insonorizadas como para que uno no se enterase si estaban ocupadas o no; solamente lo sabías por las señales luminosas en las puertas.

De cualquier modo, no presté atención; poco me importaba lo que otros estuviesen haciendo. Frente a mí, a un par de metros, se hallaba mi destino.

En unos pasos más, me acerqué lo bastante como para comprobar que la sala estaba abierta y disponible.

Con el corazón palpitando en mis oídos cual tambor, llegué a la entrada.

Mi brazo tembló al alzarse en dirección a la manija.

Empujé la puerta esperando encontrar quizá a Red o a alguno de nuestros acompañantes de la otra noche en su casa, o quizá a Bianca y a Rafael.

Me costó aceptar lo que veía, y por eso di unos pasos más dentro de la sala hasta convencerme de que allí no había nadie. La enorme sala estaba vacía. Vacía y con las luces encendidas y preparada para ser utilizada.

—¿Leo? —llamé por las dudas de que estuviese en el baño. No obtuve respuesta, por lo que repetí su nombre una vez más. Lo único que me devolvió aquel espacio fue silencio absoluto.

Caminé unos pasos más hasta llegar a la altura del cristal, que quedaba a mi derecha, a unos dos metros.

Entre los pies de la cama y el cristal, inspiré hondo. Sentía un cosquilleo sobre el lado derecho. Hubiese podido jurar que era su mirada sobre mí.

Despacio y sin mirar hacia el cristal que me separaba de la salita, giré hasta enfrentarlo y entonces sí alcé la cabeza.

No tenía ni idea de si él estaba al otro lado o no, solamente necesitaba sentir que así era.

Con un par de piernas que querían avanzar veloces hacia él sin importar si se rompían un tobillo por correr con los zapatos de tacón que llevaba puestos, caminé hasta el cristal.

Por mi piel empezó a escapárseme el calor que él provocaba en mí, el placer que me generaba con sólo imaginar su presencia al otro lado de ese cristal que, por estar oscuro al otro lado del mismo, hacía las veces de espejo.

Desearlo al otro lado, imaginarlo mirándome, sintiendo lo mismo que yo, experimentando esa mezcla entre fuego y electricidad que circulaba por mis venas en ese instante...

Llegué a esa ventana que en realidad había sido una puerta a un universo completamente diferente y maravilloso con el que no pude evitar conectarme desde un primer instante, sabiéndome parte de éste, de su vida.

Fijé la vista en mis ojos reflejados en el cristal; allí debían de estar los suyos también, esos ojos poderosos que me miraron fijamente cuando alcé la vista de mi tarta de cumpleaños y mi corazón se llenó de alegría; me sentí completa y en paz. Plena.

Llegué al cristal, deteniéndome a un paso.

No tenía la certeza de que estuviese mirándome, pero, aun así, le sonreí.

Mi mano derecha voló hacia el cristal y por éste bajó hacia la altura de mi pecho.

—Leo —pronuncié aproximándome todavía más a lo único que nos separaba. Acaricié la superficie como si lo acariciase a él, con toda esa pasmosa necesidad que llevaba días y días acumulando—. Leo... Leo...

Parpadeé y las luces al otro lado se encendieron, arrebatándome la fantasía para darme una cosa muchísimo mejor: una realidad.

El rostro de Leo apareció frente al mío, con sus ojos fijos en mí y su mano izquierda sobre mi mano derecha al otro lado del cristal.

—Te deseo de este lado —solté, y mis dedos por poco traspasan el material. Quería su piel caliente sobre la mía, quería sentirlo sobre mí, el tacto de sus dedos en mí, el aroma de su piel pegándose a la mía de tanto tocarme, de tanto hacerme suya, de tanto meterse en mí a pura pasión, pasión que comencé a sentir en ese mismo instante entre mis piernas, en mis pechos, en mis labios, en mi lengua. En todo mi cuerpo.

Subí la otra mano hacia el cristal y empujé.

—Te quiero conmigo ahora. Ven. —Acerqué mi rostro a la superficie—. Te daré todo lo que quieras, puedes tener todo de mí a cambio de un beso, a cambio de que pronuncies mi nombre cuando llegues al clímax. Ven. Leo... —Mi respiración se condensó sobre la fría placa.

Leo aproximó su rostro al mío.

—Te necesito aquí. Por favor. —Mis uñas arañaron el cristal.

—Estoy aquí para pedirte poder pasar al otro lado. Si no me lo hubieses pedido, te lo hubiese rogado yo.

—¿Rogar? Como si no hubieses notado, desde el primer día, que cada cosa que he hecho ha sido deseándote a ti, necesitándote a ti. Quiero que me beses, que me desnudes, que me penetres. Que tomes de mí el mundo que me diste. Que hagas que esta mujer que soy ahora se sienta viva y, si me dejas, intentaré dártelo todo yo a ti también. Ven, te quiero aquí conmigo. Ven.

Leo bajó ambas manos del cristal. Bajó la vista y luego una de sus manos se aproximó a los interruptores de luz. La salita volvió a quedar sumida en la oscuridad y yo, a verme reflejada en la superficie.

Ni mi cerebro ni mi corazón sabían lo que sucedería a continuación.

¿Se habría ido o vendría hacia mí?

Con el corazón pateando contra mis costillas, giré para enfrentar la puerta.

Un primer muy largo segundo pasó, y luego otro, y uno más, y el pánico se clavó como agujas en mi piel.

—Entra. Por favor, entra Leo. Ven. Te necesito. No deseo a nadie más que a ti, no quiero a nadie más que a ti. Entra, entra, ven.

Me pareció oír la puerta crujir.

—Leo —lo llamé, y entonces la puerta se abrió. Y entonces no fui más que una enorme sonrisa de felicidad imposible de contener. Me entraron ganas de empezar a saltar, de correr hasta él para estrellarme en sus labios, de arrancarle toda la ropa, de tener sus brazos alrededor de mi cintura.

Su rostro sonriente apareció. El resto de su cuerpo apareció. Leo dio un paso dentro de la sala y a continuación retrocedió cerrando la puerta. Giró sobre sí mismo para trabarla, para impedir que nadie más entrase, lo cual hizo que mi corazón perdiese por completo la cordura.

Él y yo. Nadie más.

Me dieron mareos de la emoción.

—Esta noche solamente tú y yo. Nadie más. Sin compañía, sin espectadores. Sólo nosotros.

—Sí —alcancé a decir. Estaba rebosante de felicidad y a punto de soltar lagrimones.

—Sí.

—Bien —entoné, y él sonrió todavía más.

—Bien —me contestó.

A paso lento, avanzó hasta mí y yo no pude ayudarlo a acortar la distancia porque tenía la impresión de estar en un tris de desmayarme.

Leo se detuvo frente a mis pies.

—Hola, compañera.

Que me llamase así fue mejor que que me llamase *amor* o cualquier otra cosa, porque lo que nos unía era algo que no tenía una definición en idioma humano alguno.

—Hola, compañero.

Su mano derecha ascendió hasta mi cuello.

—Tengo tantas ganas de besarte.

Por poco me derrito.



—Tengo tantas ganas de que me beses —repliqué como una boba, y su sonrisa fue igual de boba que la mía.

Leo acercó su rostro al mío, su respiración le hizo cosquillas a mi piel y mis pulmones imitaron su ritmo al inhalar y exhalar.

—Quiero esto desde la primera vez que te vi. —Su mano se movió hasta mi nuca, sus dedos internándose en mi cabello.

—Mi piel se estremeció de gusto.

Aferrándose de mi nuca con su mano, se pegó todavía más a mí. Sus labios quedaron a un escaso centímetro de los míos. Entreabrí la boca buscando saborear su aliento para tener un adelanto de lo que serían sus labios, su lengua en mí. Quería morderlo, besarlo, lamer su piel; quería sus jadeos de placer dentro de mi boca, sus gruñidos de esfuerzo retumbando contra mi pecho.

Me prendí del brazo que colgaba de mi cuello y nuca, y posé mi otra mano sobre su pecho. Su corazón latía fuerte. Su mano libre llegó a mi cadera sobre el vestido verde y por debajo de mi abrigo. Leo me atrajo hacia él con sus dos manos.

—¿Qué es esta locura? ¿Qué es todo esto que me has dado? ¿Cómo es que te necesito tanto?

—No sé, lo único que sé es que eres mi luz en el lado oscuro.

En cuanto mencionó lo de la luz, di un respingo, pues recordé el sueño que tuve justo antes de despertar.

Leo me miró fijamente a los ojos.

—¿Qué?

—Bésame —jadeé dentro de su boca, y Leo, regalándome una sonrisa, atrajo mi boca hacia la suya enredando sus dedos en mi cabello.

Pensé que despertaría una vez más, que lo que creí que vivía desde hacía más de una semana no era más que un sueño. Mi cuerpo entró en ebullición; acortar esa casi inexistente distancia entre ambos fue una tortura lenta y dolorosa pero, cuando al fin Leo atrapó mi labio inferior entre los suyos, la sangre que ardía en mis venas se transformó en un océano en calma, plano, apenas rizado por la suave brisa que provocaba el aire que salía de su nariz y por entre sus labios.

Marcó mi boca con pequeños besos, suaves y delicados, que desencadenaron estallidos de placer por todo mi cuerpo. Yo tenía ganas de tirarme de cabeza a su boca y de cualquier modo era estupendo. Había esperado tanto ese momento que me costaba ir despacio y contenerme para obtener todo lo que quería de él, para brindarle todo de mí.

—Mi mano trepó por su pecho. Me colgué de su cuello al tiempo que le rodeaba la cintura. Fue mutuo, nos apretamos el uno contra el otro como si toda cercanía no fuese suficiente.

La punta de la lengua de Leo, caliente y húmeda, acarició mis labios y mi lengua fue en su búsqueda. Me supo a él, a como esperaba que fuese, a como lo deseaba.

Sus labios volvieron a atrapar los míos, ya con menos calma, mientras sobre la parte baja de mi abdomen su cuerpo reaccionaba al mío. Deseosa de todo, empujé mis caderas hacia delante y me moví sobre él. Entonces ya ninguno fue capaz de

contenerse. Su boca comenzó a devorar la mía, y la mía no se quedó atrás. Necesitaba besarlo, besarlo y besarlo hasta convencerme de que eso era real, de que nuestro momento por fin había llegado.

Lo besé, lo mordí, me apoderé de su boca mientras una de sus manos ascendía por mi espalda y la otra, alzando mi vestido nuevo, se instalaba con fuerza sobre mi trasero para pegarme todavía más a él.

Su pene duro sobre mí, su mano por debajo de mis bragas con sus dedos clavados en mi glúteo, mi interior ardiendo de ganas de ser penetrado por él, de ser testigo en carne propia de la fuerza de la que hacía gala cuando practicaba *parkour*.

Apenas si conseguía recordar que debía respirar, solamente quería besarlo y, de ser posible, adueñarme de todos sus besos para que no pudiese partir, para que se quedase conmigo para volver a tenerlos una y un millón de veces más a mi lado.

Leo soltó mi trasero y sus manos salieron de debajo de mi abrigo. No apartó su boca de mí, era otra cosa la que necesitaba lejos de mi piel. Esa cosa era dicha prenda.

No de muy buena gana, solté mis brazos de alrededor de su cuerpo para permitir que me lo quitase.

Sus manos acariciaron mi piel desde mis hombros hasta mis muñecas, enloqueciéndome; el placer de sentirlo allí conmigo era tan intenso que la humedad ya me desbordaba, empapando mis bragas, llenando de saliva mi boca, perlando toda la superficie de mi piel.

Mi abrigo cayó al suelo y entonces fui a por su chaqueta. Justo entonces me percaté de lo elegante que iba, con corbata y todo, tan guapo, tan él, tan mío.

Leo no despegó sus ojos de los míos y sonrió con gusto cuando mis manos, medio a la fuerza, puesto que poco espacio quedaba entre los músculos debajo de su camisa y la chaqueta, se metieron por el cuello de la prenda para llegar a sus trapecios y, de allí, a sus hombros, para así empujarla hacia abajo.

Leo me prestó su ayuda.

Ese hombre era puro músculo y esas prendas que llevaba, por más que tuviesen todo el aspecto de ser caras, finas y confeccionadas con cuidado, poco podían hacer para contener su cuerpo.

Su chaqueta también cayó al suelo y entonces fui a por la corbata.

La tela sedosa cooperó más que la prenda anterior. Tiré de la corbata y la arrojé al suelo.

Mi necesidad era tanta que seguí por los botones de su camisa. Cogí su brazo izquierdo y solté los botones del puño.

Leo acercó su cabeza a la mía y comenzó a respirar sobre mi frente. Movié su cabeza a un lado y tocó mi sien izquierda con sus labios cuando yo fui a por los botones de su puño derecho.

Dejé que bajase su brazo otra vez y alcé la cabeza para pescar su boca con la mía.

Leo me dio otro beso que me quitó el aliento y las ganas de respirar otro aire que no fuese el que salía de su boca.

Relamiéndome los labios para quedarme con un poco más de su sabor y así no extrañarlo tanto mientras proseguía desvestiéndolo, aparté mi cabeza de la suya. Leo soltó una especie de quejido. Sonreí al notar que él quería más de mí. No podía hacerme más feliz que él me necesitase tanto como yo a él.

Me dio tal arranque de felicidad que, lanzándome hacia delante, mordí su boca y al instante me separé de él.

—Alexia —jadeó.

Mi corazón llegó a ese punto en el que parece que no vas a poder contener más alegría.

Con las puntas de los dedos temblorosos de tanto deseo, desabotoné el cuello de su camisa y continué camino hacia abajo.

Iba por sus abdominales cuando no pude contenerme más, necesitaba tocarlo. Las yemas de mis dedos aterrizaron sobre su esternón; separando los dedos, los apoyé sobre su pecho. Después, con las palmas de mis manos extendidas al máximo, desesperadas por captarlo todo, trepé por sus pectorales, los cuales eran pura fibra. Esta vez me tocó a mí cogerlo por el cuello para atraerlo hacia mí. Mis labios lo deseaban. Besé su cuello, sus clavículas, besé su pie, lamí su pecho... atrapé con mis labios su piel mientras él gemía, mientras yo me moría de placer porque me embriagaba su perfume. Sin parar de besarlo, tiré de su camisa para liberarla de la cintura de los pantalones. Solté los tres botones que separaban su pecho del mío.

Subiendo con mi boca otra vez hasta su hombro derecho, empujé la camisa hacia atrás y por los brazos para quitársela.

Libre de la prenda, Leo me agarró por las caderas, pero tuvo que soltarme porque yo no pensaba quedarme allí en pie. Necesitaba tenerlo todo para mí, hacerlo mío. Apoderándome de él con mi boca, volví a bajar por su pecho.

Mis manos llegaron a su cinturón, que solté, y luego al botón de la cintura y a la cremallera. Sin que mediase ni un parpadeo, empujé los pantalones hacia abajo. Me aparté de él y busqué su boca una vez más, metiendo mi mano derecha dentro de su ropa interior.

El jadeo que le arrebaté al hacer contacto con su miembro lo guardé para mí dentro de mi boca. Su calor en mi mano no hizo más que subir mi temperatura.

Mi mano se adueñó de él para devolverle todo lo que él, a través de sus palabras, de su guía, de su imagen, de su presencia, me había dado a mí.

Alejé mis labios de él por un momento.

Mi mano izquierda atrapó el borde del elástico alrededor de sus caderas, allí donde comenzaba esa maravillosa uve, tensa y caliente, y empujó hacia abajo para sacarle la prenda azul oscuro.

Otra vez la prenda le quedaba tan ajustada al cuerpo que tuve que hacer uso de ambas manos para desnudarlo.

Libre ya, su pene se irguió ante mí.

No podía ser más perfecto, su visión no podía provocarme más placer. Sobre mí misma, me retorcí de deseo y creí que no conseguiría contenerme de introducirlo en mí en este preciso instante. Me recordé que tenía toda la noche, que podía darme el lujo de disfrutarlo con cuidado, con calma, para no perderme detalle alguno.

Mi mano volvió a su polla para acariciarla después de agacharme frente a él.

Sus dedos volaron a mi cabeza para perderse dentro de mi pelo cuando mi boca, complementando la caricia que le daba mi palma, llegó a él. Mi lengua estaba deseosa de él, de sentir su cuerpo, su forma, su calor. Lo lamí de arriba abajo un par de veces sin dejar de masajearlo y luego, con la punta de la lengua, acaricié con mimo la punta.

Leo se estremeció entre mis manos. Jadeó y pronunció mi nombre.

Bajé con la lengua por su tronco una vez más, hasta sus testículos. El calor que irradiaba era solamente comparable al mío. Hacerle eso a él estaba proporcionándome mucho placer. Así era nuestra conexión, no podía darme más gusto verlo disfrutar de aquel modo.

Lo sostuve en mis manos y me adueñé de él con mi boca. Lo sentía increíble y para él también lo era; los sonidos que brotaban de su pecho y de su boca eran mi recompensa, lo que me incitaba a seguir. Mis labios y mi lengua rodaron por su piel en llamas una y otra vez, avivando el fuego, absorbiéndolo al mismo tiempo. Con mi boca lo recorrí de nuevo, y por su reacción comprendí que estaba a punto de llegar a su límite, de convertirse en líquido de pie frente a mí.

Le imprimí más vigor a mis manos, más insistencia a mis labios, y entonces Leo se derramó en ellos, entregándose para mí. Mis manos exigieron más de él, mientras sus labios repetían mi nombre una y otra vez entre jadeos.

Mi mano húmeda resbaló sobre su piel sin descanso. Era delicioso, excitante. Sublime. Todavía exigiendo más de él, me puse en pie.

Cogiéndome por el cuello con una sujeción que a las claras decía que no me dejaría escapar, tomó posesión de mi boca, jadeando dentro de mí.

Gruñó en mis labios, sobre mis ojos, en mi oído y finalmente lanzó mi nombre por entre mis labios.

Leo abrió los ojos y me miró. Su lengua lamió mis labios.

Soltó mi cuello. Sus manos fueron hasta mi espalda, a la cremallera de mi vestido, para bajarla un par de centímetros y detenerse.

—Date la vuelta.

Estremeciéndome de placer ante la expectativa de lo que estaba por venir, obedecí.

Leo me asió por las caderas para pegarme contra él. Su pene continuaba erecto. Tenerlo allí, detrás de mí, me volvía loca; quería vivir con él todo lo que había experimentado con los demás.

Sus manos tiraron de mi vestido hacia arriba, y sus palmas llegaron a mi piel. Una de sus manos detuvo mi vestido por encima de mi vientre, la otra bajó por la línea de mi ombligo hacia mi pubis. Con sólo imaginar sus dedos una vez más sobre mí, mi excitación fue en aumento.

Uno de sus dedos descendió un poco más hasta encontrar el punto exacto. Todo mi cuerpo se tensó. Me pegué al él con fuerza tomándolo por las caderas. Leo comenzó a moverse hacia delante y hacia atrás, moviendo su dedo sobre mí, primero muy despacio, enloqueciéndome. Su otra mano, firme por debajo de mis pechos, su lengua y labios sobre el lóbulo de mi oreja derecha.

—Ahora me toca a mí darte placer.

—Siempre has sido tú —alcancé a decir y perdí la voz, porque dos de sus dedos bajaron hasta la entrada de mi vagina, que ya estaba lista para recibirlo; comenzó a dibujar círculos fuera de mí, haciendo que lo deseara todavía más.

El aire comenzó a escapárseme de los pulmones y toda la sangre, a concentrarse allí donde su mano, con presteza, me elevaba al orgasmo.

Las yemas de sus dedos regresaron a mi clitoris y fueron bienvenidas. Ahora los movimientos eran más rápidos, más precisos. Él y yo en sintonía, él y yo moviéndonos hacia delante y hacia atrás en busca de más.

Hubiese deseado que eso durase para siempre; sin embargo, era impensable esperar contener el orgasmo que, como consecuencia, hizo reverberar su nombre en el cristal de la ventana que por tanto tiempo nos había separado.

Leo no me dio tregua. Quitó sus manos de mí y me bajó la cremallera del vestido. Sin piedad, tiró de éste hacia abajo. Creo que algunas costuras sonaron; no me importó lo más mínimo.

Sin perder el tiempo, me quitó el sostén y bajó mis bragas acariciando mis muslos muy despacio. Sentí su respiración entre mis piernas, su nariz entre mis glúteos y un segundo más tarde sus besos en la parte interna de mis muslos.

—Ahora voy a follarte con la boca —anunció, y todo mi interior se estremeció.

Agarrándome de la mano, Leo me llevó hasta la cama. Me pidió que, de rodillas, subiese al borde de la misma, de espaldas a él. Eso hice y él corrigió mi posición empujándome un poco hacia delante.

—Así está bien —dijo cuando le pareció que estaba en la posición correcta.

Una risita mansa suya me hizo cosquillas en el oído izquierdo y acto seguido sus labios besaron mi hombro de ese mismo lado.

—Ahora... —Su mano entró entre mis piernas justo debajo de mi trasero.

Di un respigo.

—Sepáralas un poco y no te muevas.

Temblaba de gusto, pero me esforcé al máximo en no perder la postura. Si él me quería así, así me tendría.

Leo trepó a la cama por mi lado izquierdo y, también de rodillas, se detuvo frente a mí. Con una mano cubrió uno de mis pechos y tiró ligeramente de él hacia arriba. Gemí cuando sus dedos se cerraron sobre mi pezón. Su boca bajó hasta éste mientras sus dedos lo endurecían con el tacto. Leo lo rodeó con su lengua, lo lamió con la punta una y otra vez, endureciéndolo más, por lo que el placer se mezclaba con una pizca de dolor. Sus labios lo atraparon y tiraron de nuevo. Leo abrió la boca un poco más y succionó.

Mis dedos entraron en su cabello. Necesitaba sujetarme de algo; si continuaba haciendo lo que hacía, mi postura se iría al cuerno.

Su boca me soltó y su lengua se esparció por mi piel, bajando por mi cuerpo. Leo finalmente se apartó de mí para tenderse sobre la cama, boca arriba y con las piernas extendidas hacia la cabecera de la cama, y luego retrocedió un poco para colocar su cabeza bajo mis piernas. Creí que me correría allí mismo antes de que volviese a tocarme.

Los nudillos de su mano derecha subieron por el interior de mi muslo. Mi piel se heló y, al instante, volvió a arder.

Agarró mis muñecas y tiró de mí hacia delante, hasta colocar mis palmas sobre su pecho, mi mano izquierda justo sobre su corazón.

Allí donde él las colocó, las dejé.

Entonces me cogió por los muslos y tiró de mí hacia abajo para descenderme hasta su boca. Su lengua me encontró de inmediato, logrando un contacto ideal con esa parte de mí que tanto lo necesitaba. Movi6 su lengua sobre mí, sus labios y su respiraci6n, y yo me aferr6 a su pecho.

Sus manos todavía sobre mis muslos me llamaron al movimiento, dándole intensidad a lo que hacía con la lengua. Moviéndome más adelante, más sobre él, Leo dio con mi vagina y después de un par de segundos siguió un poco más atrás, demostrándome que todavía quedaba mucho más placer por recibir.

Esos labios pesados debajo de mí eran el delirio absoluto y sentí envidia de las veces que otras mujeres los habían disfrutado.

Su lengua hizo que me olvidase de que me rodeaban paredes o qué paredes eran las que no alcanzaban a contenerme. Sin darme tregua, azotó mi clitoris una y otra vez hasta volver a hacerme estallar, en esta ocasi6n sobre su boca, que absorbi6 lo conseguido por su lengua, que se pegó a mí para hacerme dar un paso más en esa noche de disfrute.

Soltó mis muslos y mis piernas temblaron; todavía corría por mí la electricidad de su cuerpo.

Lo vi apartarse después de limpiarse los labios con una mano.

Se incorporó en la cama y me agarró por las caderas para atraerme hasta él, para sentarme sobre las sábanas, para comenzar a besarme con devoci6n una vez más, en un beso en el cual su sabor se mezcló con el mío.

Me besó y acarici6 hasta que mis labios se sintieron hinchados.

—Quédate aquí —me dijo, para, al instante, levantarse y caminar hasta la mesita que había junto a la puerta; lo vi coger un par de cosas y tanto mi clitoris como mi vagina, así como mi ano, se pusieron a palpar de placer.

Leo regresó y dejó sobre la cama un par de preservativos, unos sobres con lubricante y una joya anal.

Me hizo alzarme otra vez sobre mis rodillas. En esa misma posici6n, él se encontraba frente a mí.

No perdí de vista sus manos mientras abrían el envoltorio de aquella deliciosa pieza que introduciría en mí.

La dejó sobre las sábanas y fue a por el lubricante.

—Date la vuelta.

Muriéndome de ganas, hice lo que me pedía.

Leo separó mis piernas una vez más; lo oí rasgar el sobre del lubricante. Un par de segundos después, uno de sus dedos se abría paso dentro de mí, dando vida a una nueva tanda de gemidos. Me dilat6 lo suficiente y luego extrajo su dedo de mi interior. Lo oí preparar la joya; esos sonidos hicieron que mi vagina se humedeciese otra vez.

Apartó una de mis nalgas con una mano y, con la otra, muy despacio, introdujo la joya anal en mí. Una vez dentro, la hizo girar. Era un poco más grande que la que había usado por primera vez en mí Daniel y la sentía perfectamente bien.

—Inclínate hacia delante, los codos sobre la cama.

Al hacerlo, quedé totalmente expuesta a él y eso me volvi6 loca.

Paseó sus dedos con aquel lubricante de tacto sedoso sobre mí, desde mi clitoris hasta la joya, una y otra vez, llevándome al delirio.

—Penétrame —solté entre un rugido y un ruego que, por suerte, no tuve que volver a repetir.

Leo tomó su pene erecto y lo paseó por encima de mi abertura, entre mis labios vaginales, frotando la punta con fuerza, tentándome.

Estrujé las sábanas debajo de mí con todos los dedos. Lo quería dentro de mí en ese preciso instante.

El sonido del envoltorio del preservativo al ser abierto me trajo alivio y desesperación al mismo tiempo. La adrenalina comenzó a correr por mi cuerpo.

Percibí cómo se lo colocaba.

Una de sus manos llegó a mi cadera.

Leo colocó la punta de su miembro en la entrada de mi sexo; debió de entrar un centímetro, no más que eso, y volvió a salir, robándome un gemido.

De nuevo, entró. Un poco más profundo, y se movió en círculos. Salió y me sentí vacía. A la tercer vez, su miembro me invadió un poco más y sentí su puño, con el cual sostenía su pene dentro de mí, chocar contra mi cuerpo. Leo soltó su miembro y sus dedos fueron hasta la joya anal colocada en mi otro orificio, que hizo girar un poco sobre sí misma para después moverla en círculos un poco más.

Se introdujo un poco más dentro de mí sin dejar de procurar amplitud con la joya anal. Soltó la joya y salió de mí.

—¿Estás bien?

—Perfectamente. Más que eso. No te detengas.

Entonces se metió en mí un poco más; lo sentí llenarme más profundo, pero no lo suficiente como para que su cuerpo chocase contra el mío... y eso era lo que yo necesitaba: toda su fuerza contra mí.

Salió de mí llevándose parte de mi humedad y entonces, de un empujón, se clavó en mi interior por completo, de tal modo que el aire se me escapó de los pulmones y por poco acabo de cabeza sobre la cama. Entonces ya ninguno de los dos pudimos parar. Presioné hacia atrás para tenerlo todo de él y él entró y salió de mí azotando su cuerpo contra el mío, impactando con su pelvis contra mí, contra la joya anal, lo cual incrementó el placer de un modo estupendamente agradable.

Leo me sujetó con ambas manos por las caderas y se movió un poco en círculos.

Hice fuerza con los muslos para sostenerme y le rogué a mis hombros y brazos que no flaqueasen ante su fuerza, porque sabía que yo podía dar lo mismo que él.

El ritmo de sus estocadas se aceleró.

Entró y salió de mí dándome la vida, arrebatándomela.

Entoné su nombre un centenar de veces y él, el mío. El olor de ambos practicando sexo... Mi cabeza comenzó a girar como loca y más aún cuando Leo se inclinó sobre mí para atraparme entre sus brazos por la cintura para hacer penetraciones profundas, cortas y rápidas, que nos llevaron a ambos al delirio absoluto.

Su pene, la joya anal y sus dientes arañando mi piel mientras sus dedos se clavaban en mi carne...

Sus empujones buscaban entrar más en mí, pero ya me tenía colmada, plena y ardiendo de placer; de cualquier modo, hice lo posible para brindarle más espacio y, con mi interior, lo atraje todavía más profundamente hacia mí. Una de sus manos bajó

por mi pubis, sus dedos llegaron a mi clítoris de nuevo.

Fue la locura, perdí la cabeza. Mi clítoris, mi vagina y mi ano estallaron de placer en un orgasmo increíble que nunca antes nadie me había podido brindar.

Mi humedad corrió por él, por mí, y él continuó moviéndose, enloqueciéndome un poco más. Hubiese deseado que se corriese dentro de mí sin un preservativo de por medio, lo quería corriendo por mis piernas, por mi clítoris.

Leo soltó un gruñido final y se movió un poco más después de llegar al éxtasis, pero no salió de mí y se lo agradecí. Lo quería en mi interior para siempre.

Me empujó hacia delante, asió mis manos y las deslizó sobre la cama. Acabamos tendidos sobre la misma, él todavía dentro de mí y sobre mí, con sus labios besando y acariciando mi cuello.

—Alexia...

Con una mano cubrí la suya, la que estaba sobre mi cadera derecha.

Salió del mí y repitió mi nombre una vez más.

Con cuidado, retiró la joya y volvió a tumbarse encima de mí.

Esa vez sus labios besaron la comisura de los míos.

—Alexia, yo...

Un sonido lo interrumpió. Fue algo que en un principio me costó identificar. El sonido contaminó el aire de nuevo.

—¿Es tu móvil? —me preguntó, y entonces reconocí el tono.

Sí, era mi teléfono sonando dentro de mi bolso.

El aparato dejó de molestar, permaneció en silencio unos diez segundos y entonces volvió al ataque.

Miré la hora en mi reloj. No entendía quién podía ser a esa hora.

Quise ignorarlo, pero Leo se apartó de encima de mí. El teléfono sonó de nuevo.

—Deberías contestar. Parece que alguien insiste en comunicarse contigo.

—Yo no quiero hablar con nadie aparte de ti.

Leo se levantó de la cama y fue a por mi bolso.

—Leo, ¿qué haces? No es necesario.

Sin dar importancia a mis palabras, abrió el bolso y buscó mi móvil.

—Tus padres —dijo después de echarle un vistazo a la pantalla—; tres llamadas perdidas.

—Seguro que Hugo les ha contado...

En la mano de Leo, mi móvil comenzó a sonar una vez más.

—Tus padres de nuevo. Tu madre, concretamente.

—No quiero hablar con ella ahora, Leo —rezongué al ver que caminaba de regreso hasta la cama con su brazo tendiéndome el móvil, que dejó de sonar a mitad de camino y recuperó su chillido cuando Leo se plantó ante mí.

—Contesta.

Resoplé; él ignoró mis quejas.

Puse los ojos en blanco y cogí el aparato.

Acepté la llamada y me lo llevé a la oreja.

—Buenas noches, mamá. ¿Qué pasa?, ¿por qué me llamas a estas horas?

—Voy con tu padre de camino al hospital —soltó, y las palabras se estrellaron a doscientos kilómetros por hora contra mi cerebro.



—Acaban de llamarnos. Tu hermano estaba con unos amigos en un bar y ha sufrido una crisis. Sus pulmones... todavía no sabemos cuál es su estado.

Quedé muda, no podía creer que estuviese oyendo eso.

—Alexia —me llamó mi madre ante mi silencio—. Vamos de camino al hospital.

—Sí... sí. Sí, ya mismo me visto y voy —solté palpando a mi alrededor en busca de no sabía qué; mi vestido estaba a metros de allí. Mi madre me dio el nombre del centro hospitalario y me pidió que fuese cuanto antes.

Corté la comunicación y me puse de pie.

—¿Qué sucede? —me preguntó Leo con una cara de preocupación que debía de ser fiel reflejo de la mía.

—Jero... Jero está en el hospital, se lo han llevado de urgencias. Estaba en un bar con unos amigos y ha tenido una crisis; mis padres van hacia allí. Tengo que irme.

—Sí, claro. Yo te llevo. Alexia...

—No quiero que le ocurra nada malo.

Leo me abrazó por el cuello y besó mis labios.

—Tranquila. Todo saldrá bien.

Él no tenía ni idea de cómo resultaría todo, pero, de todas formas, que dijese eso me hizo mucho bien.

A toda prisa, nos vestimos y abandonamos el Délice.

Con un grito, Leo pidió su automóvil a los chicos del servicio de aparcacoches.

Salimos de allí a toda velocidad.

## 24. Flores marchitas

—Tranquila, todo saldrá bien. —Leo posó su mano sobre una de mis rodillas, aquietando el movimiento que yo no era capaz de parar.

Tenía miedo.

—Sí algo le sucede... —Me prendí de su mano con las mías. Primero temí que fuese a soltarse de mí; como nada de eso sucedió, entrelacé mis dedos con los suyos.

Leo continuó guiando el volante con una sola mano.

—Gracias por llevarme.

—No creerías que iba a dejarte sola en esto.

—Bueno, es que...

—Está bien, no te preocupes. No hay problema. Me gusta poder hacer esto por ti. Continuamos siendo compañeros. Además, ni se me ocurriría abandonarte así.

Apreté su mano.

—¿Tus padres siguen sin contestar?

Dejé mi mano izquierda en la suya y, con la derecha, cogí el móvil para intentar ponerme en contacto con ellos otra vez. Necesitaba saber si ya estaban en el hospital y si tenían el parte médico de Jero.

Ni mi padre ni mi madre contestaron en sus respectivos teléfonos.

—Todavía nada —balbucí.

—Tranquila, es probable que estén hablando con los médicos y no puedan atenderte, o quizá están con él. No te preocupes, Alexia. En un momento estaremos allí. No falta mucho.

—No puedo creer que hoy me telefoneara y yo no fuera capaz de contestarle la llamada. Estaba tan... por lo de Hugo que no... Tendría que haberlo hecho. Tal vez se sintió mal y me llamó para que lo ayudase y yo, en vez de eso, lo ignoré.

—No pasabas por un buen momento.

—Eso no importa, es mi hermano. Debí estar allí para él. No puedo creer que le haya hecho eso. Esta no soy yo. Yo no soy así, yo... —Una bola de angustia se me atragantó.

—Es culpa mía.

—¿Tuya?

—No debí meterme en tu vida.

—No es tu culpa que Hugo se acostara con Bárbara y que ella le dejara ese sobre con las fotos en casa el día de mi cumpleaños.

—No era asunto mío. No debí insinuarte que buscases el sobre. Nunca debí llevarte al Délice.

—No digas estupideces, Leo.

—Si te hubiese dejado a tiempo, quizá no hubieses terminado con Hugo; podrías haber hecho a un lado lo que sucedió entre él y Bárbara; así, cuando Jerónimo te hubiese llamado, tú hubieses contestado y acudido en su ayuda, y ahora no estarías aquí angustiándote por él, sintiéndote responsable de lo que ha sucedido.

—Eso no es así. Es imposible tener la certeza de... No me arrepiento, Leo. Estoy agradecida de tenerte en mi vida más de lo que puedas imaginar. Sin ti mi vida era... —mi piel se enfrió—... no era nada. No tenía ni idea de quién era la vida que vivía; sí sé que no era la mía. Ésta es mi vida. —Apreté su mano. Leo no reaccionó a mi apretón. Esperé que me diese fuerza devolviéndomelo, pero no llegó. Permaneció en silencio y sin mirarme; es más, me pareció que apenas si prestaba atención al tráfico. Su mirada estaba en otra parte, muy lejos de allí. Igual que su mente.

No sé muy bien cómo lo consiguió, pero Leo se zafó de mi mano y, de algún modo, también de mí, pese a que compartíamos el mismo pequeño espacio de la cabina del automóvil.

Intenté ponerme en contacto con mis padres de nuevo, y nada.

Volví a oír la voz de Leo solamente cuando anunció que habíamos llegado al hospital.

Casi podría decirse que tiró el coche junto al bordillo de la acera y se bajó. Esto último me sorprendió; por su distancia de los últimos minutos creí que no me acompañaría.

Me apeé tras él y en ese preciso momento mi móvil comenzó a sonar. Mi madre.

—Está en la unidad de cuidados intensivos. El médico acaba de hablar con nosotros. Dice que está estable; tenemos que esperar. Nos permitirán verlo. Entraremos ahora. Aquí te esperamos.

—Acabo de llegar, mamá. En un segundo estoy con vosotros.

—¿Está Hugo contigo?

—No, no, mamá. Después hablamos. En seguida os veo.

Tomándome por la cintura, Leo me hizo cruzar la calle. Fue él quien se ocupó de mirar si venía algún coche.

—¿Por qué no te ha acompañado? ¿Está enfermo?

—Luego, mamá.

—Sí, claro. Apresúrate.

—Voy.

Mi madre colgó y guardé el móvil en mi bolso.

—Lo tienen en la UCI. Dice mi madre que está estable. Están a punto de entrar a verlo.

—Bien, es tranquilizador saber que está estable. Vamos, seguro que después de verlo podrás cruzar unas palabras con el médico para ponerte al tanto de su estado.

Solté un escueto «sí» y juntos corrimos hacia la entrada. En la recepción, pregunté por la unidad de cuidados intensivos y, después de preguntarnos a quién veníamos a ver, nos indicaron los ascensores que debíamos tomar para llegar al primer piso.

El ascensor que me indicó la enfermera de la planta baja nos dejó justo enfrente de la recepción de la UCI, un escritorio blanco e insípido decorado con un florero con flores marchitas. Todo de cara a un corredor igual de antiséptico y frío, que en toda su

extensión estaba delineado por sillas en las que esperaban parientes, amigos y conocidos de los pacientes con cara de preocupación y, en muchos casos, lágrimas.

Leo me siguió con su mano todavía sobre mi cintura.

—Hola, buenas noches. Vengo a ver a mi hermano, Jerónimo Padrel.

—Buenas noches. Sí, un segundo.

La enfermera tecleó algo en su ordenador. No tardó ni cinco segundos en volver a alzar la vista hasta mí.

—Sí, en efecto, está aquí; tendrá que esperar un momento, hay gente dentro.

Por encima de los estantes repletos de carpetas, y de la cabeza de otra enfermera que trabajaba con papeles y comprobaba unas planillas de espaldas a su compañera, vi la ventana de cristal que comunicaba el otro lado del área de enfermería con la unidad de cuidados intensivos. Vi máquinas y tubos, mantas blancas... Imaginar a mi hermano allí me destrozó.

Cientos de veces prefería mi quirófano a la UCI; la espera, la indecisión, quedar suspendido en el tiempo esperando por algo que ni siquiera sabes qué es.

—Mis padres están dentro.

—Sí, por eso mismo; la sala está completa, solamente se admiten dos personas por vez. Ustedes dos deberán esperar aquí a que ellos salgan.

—Pero...

Leo me agarró por los hombros.

—Tranquila. Vamos a sentarnos. Puedes enviarle un mensaje a tu madre para avisarla de que ya estás aquí.

Sostenida entre sus brazos, me guió hasta las sillas y me ayudó a sentarme.

Frente a mí había una mujer joven, probablemente de mi edad, que lloraba desconsoladamente, pero en silencio, contra un puñado de pañuelos de papel. Junto a ella no había nadie. Su tristeza y soledad por un lado me entristecieron todavía más y, por otro, me hizo valorar aún más la suerte de haber encontrado a Leo.

Leo también la miró.

—¿Te molesta si me levanto un segundo mientras envías el mensaje a tu madre?

No había acabado de preguntármelo y ya estaba en pie.

—En seguida regreso —añadió.

En aquel pasillo que hacía las veces de sala de espera había unas cuantas personas más y, al fondo, tres máquinas expendedoras: una de bebidas, otra de golosinas y una tercera de té, café y otras bebidas calientes. Hasta esa última lo vi avanzar.

Metió dinero en la máquina y presionó un botón. De la compuerta extrajo un vaso blanco que colocó sobre la máquina para presionar el mismo botón otra vez.

Con los vasos sujetos en las puntas de los dedos para no quemarse, emprendió el regreso.

Creí que vendría a sentarse junto a mí; en vez de eso, se aproximó a la joven mujer que no paraba de llorar.

—Ten —pronunció para llamar su atención. Ella alzó la cabeza de los pañuelos de papel—. Cuidado, que está caliente. Espero que te guste el té. Está dulce, te hará bien.

La chica, asombrada, irguió la espalda y bajó las manos en las que todavía sostenía los pañuelos—. ¿Quieres que te traiga algo de comer?

En ese momento de oscuridad, ese hombre acabó por derretir mi corazón y lo que quedó de él comenzó a circular por mis venas a toda velocidad.

Me entraron ganas de saltar de la silla y correr a abrazarlo, de llenarlo de besos y decirle que me hacía sentir como si no hubiese obstáculo imposible de vencer.

La mujer negó con la cabeza.

Con una sonrisa, Leo volvió a tenderle la bebida.

Ella le regaló un amago de sonrisa y cogió el vaso.

—Muchas gracias.

—No es nada.

Leo le sonrió también. Regresó a mí como un caballero que vuelve victorioso de la contienda... bueno, yo lo veía así. Llegó andando como siempre, con su sencillez de siempre, con todo eso que lo hacía él. Entonces recordé que Jerónimo lo había llamado Robin Hood y sonreí. Eso era él, más que un caballero, un igual que da hasta lo que no tiene a quien lo necesite.

Deteniéndose frente a mis pies, me tendió la taza de té.

—¿Le has enviado el mensaje a tu madre?

—¿Te das cuenta de lo que acabas de hacer?

Leo me miró y después giró la cabeza hacia atrás; la chica bebía su té a sorbitos cortos.

—¿Qué? ¿Te ha molestado que...? Es que ella... está sola y...

—¿Cómo podría molestarme? Eres increíble.

—Y tú, una exagerada. —Sentándose a mi lado, añadió—: Anda, escríbele, así la avisas de que hemos llegado y le dices que esperas para ver a Jerónimo.

Después de quedarme mirándolo unos segundos, embobada, le di un sorbo a mi té y comencé a escribir el texto.

El mensaje salió de mi móvil y llegó al de mi madre. Por un instante observé ansiosa la pantalla, esperando ver el aviso de que lo había leído, pero nada.

La campanilla del ascensor sonó al llegar la cabina a la planta. Las puertas se abrieron y, por pura curiosidad, giré la cabeza. No esperaba a nadie, aún menos a él.

Mi mirada y la de Hugo se cruzaron. Cuando sus ojos encontraron a Leo, su rostro se deformó.

Imaginé una escena nada agradable en esa sala de espera frente a la entrada de la unidad de cuidados intensivos.

Las puertas del ascensor volvieron a cerrarse, debieron de llamarlo.

Colocando mi vaso de té sobre la silla contigua, me puse en pie.

No medió ni un «hola» entre nosotros.

—Tu padre me llamó. Como tu madre intentaba contactar contigo, dejó un mensaje en el buzón de voz de mi móvil avisando de que venían hacia aquí. Imaginé que aquí estarías; sin embargo, no con él. ¿Qué haces tú aquí? —le espetó a Leo.

—La acompaño.

—No tienes nada que hacer aquí.

—Hugo, no es momento ni lugar para esto.

—¿También te acostaste con él?

—Hugo, mi hermano está allí dentro, no pienso discutir contigo aquí.

—Dile que se vaya. Es cierto, conversaremos luego. Nuestra discusión de anoche fue una tontería, volveremos a hablarlo con calma cuando Jerónimo se encuentre mejor. Él ya puede irse, yo ya estoy aquí.

Leo me miró.

—No quiero que se vaya, Hugo. No creo que nosotros dos tengamos nada de qué hablar. Gracias por venir.

—¿Gracias por venir? ¿Eso es lo que recibiré por preocuparme por ti, por todo lo que hubo entre nosotros?

—Si Alexia me quiere aquí, aquí me quedaré.

—¡Cierra la boca!

—Hugo, por favor...

—Sabes muy bien a brazos de quién correrás cuando él se vaya. ¿O es que te ha prometido que se quedará aquí contigo, o que te llevará con él a Canadá? ¿Qué mentiras te ha dicho?

—Será mejor que te vayas.

—No puedo creer que elijas a alguien que va a dejarte. Mi padre me comentó que su padre dijo que él no para de repetir que no ve la hora de regresar a Canadá, que está harto de este país y que no piensa volver. Y lo peor del caso: que se arrepiente de esta última visita suya.

—Vete —le gruñó Leo.

—Vete tú. ¿Acaso no tienes maletas que preparar? ¿O quizá ya las tienes listas? ¿Qué opinas, Alexia? ¿Tendrá sus maletas hechas?

—Lárgate si no quieres acabar en la unidad de cuidados intensivos.

—Leo, por favor.

—Me quedaré con ella cuando tú huyas de regreso a tu escondite. Y para que conste, no te tengo miedo.

—Basta los dos. ¿Qué creéis que es esto? Mi hermano está allí dentro.

—Decide, o él o yo.

Leo se cruzó de brazos.

—No pienso moverme de aquí hasta saber cómo se encuentra Jerónimo.

—¡Alexia!

—Ni aunque no lo quisiese aquí, lo obligaría a irse. Acaba de decirlo, también está aquí por Jero.

Hugo soltó una carcajada burlona.

—Te funciona de maravilla eso para follarte a todas las mujeres, ¿no es así? ¿Lo has intentado también con las enfermeras?

Mi mano no era la de Leo, tampoco mi fuerza; sin embargo, como en ese momento no me iba a contener nada de lo que sentía, di de pleno con mis cinco dedos sobre la mejilla de Hugo. No fue mi intención, pero del golpe hice volar sus gafas.

Al instante le pedí perdón, si bien una parte de mí creía que se lo merecía.

—Es evidente que también tienes tus trucos, Hugo. Ciertamente no soy mejor que tú, pero no pretendas ponerte a dar lecciones de moral. Si realmente te preocupa mi hermano, quédate. Si no es así, mejor vete. No puedo volver a elegirte, ni quiero, y

la verdad es que estamos mucho mejor cada uno por su lado. Yo no te hago bien y tú no me haces bien.

—El lunes volverás llorando a mí, y lo sabes.

Hugo dio media vuelta y se largó, atropellando a las personas que bajaban del ascensor.

—Hugo —lo llamó mi madre saliendo de la UCI—. Alexia... —Miró a Leo—. Hola —lo saludó con cara de no entender nada.

Mi padre salió detrás.

—Hola —nos saludó éste también sin entender demasiado qué sucedía allí.

—¿Por qué se ha ido Hugo?

—Deberíamos dejar esa conversación para más tarde.

—Alexia —exclamó mi papá en aquel tono que no me dejaba escapatoria.

—Hugo y yo terminamos anoche. —Mis padres se miraron—. ¿Cómo está Jero? ¿Puedo pasar a verlo? ¿Hay algún médico dentro?

—Alexia, ¿qué os ha pasado?

—No voy a hablar de eso ahora, papá. ¿Puedo pasar a ver a mi hermano?

—Sí, claro, hija —contestó mi madre—. Es que...

—Ahora lo principal es la salud de Jerónimo.

—Las enfermeras dicen que responde bien a la medicación y que, si sigue así, quizá en doce horas puedan trasladarlo a la unidad de cuidados intermedios y, de allí, a una habitación —explicó mi madre—. El doctor pasará en quince minutos o al menos eso nos han dicho.

—Leo, ¿me acompañas a verlo?

Éste asintió con la cabeza. Eché a andar, otra vez con su mano en mi cintura. Pasamos por delante de mis padres y ellos no dijeron nada más.

La enfermera liberó la puerta para nosotros.

Entramos. Al otro lado nos esperaba otra enfermera, que nos preparó para poder acceder.

El pitido de las máquinas, el olor a desinfectante mezclado con el olor a enfermedad... mi estómago se revolvió. Leo no me permitió flaquear. Otra vez sosteniéndome, me acompañó hasta la cama de mi hermano, cerca del único rectángulo de cristal por el que se veía la luz entre un mar de camas dispuestas para que todas fuesen visibles desde el área de enfermería.

Junto a la cama de mi hermano había dos sillas.

Jerónimo llevaba una mascarilla de oxígeno puesta. Tenía una vía en la mano, un dispositivo de medición de oxígeno en el dedo y todo el cableado necesario para medir sus signos vitales.

Lo noté pálido y con una respiración corta e imprecisa.

Mis manos fueron directas a una de las suyas, intentando no mirar nada más que en su dirección. Había demasiado dolor a nuestro alrededor.

A sus dedos les faltaba calor y por eso los envolví con los míos.

—Jero, soy yo, Alexia. Perdona por no atender tu llamada. Lo siento. —Sin remedio, me arranqué a llorar y las dos manos de Leo llegaron a mis hombros para darles un apretón, para contagiarme un poco de su fuerza.

—Aquí estás ahora, Alexia —susurró en mí oído—. Tú siempre estás con él. — Se colocó a mi lado sin soltar mi hombro izquierdo, y con la otra mano barrió las lágrimas de mi rostro—. Tiene suerte de tenerte.

—Gracias por intentar hacerme sentir mejor.

—Eres mejor de lo que te sientes. Hoy no es un buen día, eso es todo. Verás cómo todo mejora mañana. Solamente dale tiempo y esa hermosa sonrisa tuya estará otra vez allí donde debe estar.

Llorando a mares por culpa de sus palabras, le sonreí.

Un par de minutos después estaba sentada en una de las sillas, con Leo a mi lado.

Veinte minutos más tarde pasó el doctor en su ronda y Leo le cedió el lugar a mi padre para que pudiese escuchar el parte médico. Luego fui yo la que salí para dejarle el lugar a mi madre.

El médico nos aseguró que la crisis había pasado y que por la mañana lo trasladarían a cuidados intermedios y, después, a una habitación común, y cuando ya estuviese repuesto, continuarían con una batería de estudios para examinar más a fondo su estado.

Leo no se separó de mi lado en todas esas horas.

Nos trajo más té a mi madre, a mí y a la chica que lloraba cuando llegamos, quien ya estaba más tranquila porque su novio comenzaba a mejorar.

En esa larga noche, no falló ni por un segundo en ocuparse de todos nosotros, incluso de mi padre, pese a que éste no lo miraba con muy buena cara.

A las seis de la mañana trasladaron a Jerónimo a cuidados intermedios y entonces ya pudimos entrar los cuatro y quedarnos más rato con él.

Junto a la cama de mi hermano caí rendida y con miedo desperté, confundida y angustiada, si bien no había razón. Leo continuaba a mi lado y a Jerónimo ya le habían quitado la mascarilla de oxígeno.

Una vez más, me quedé dormida en mi silla. El dolor de espalda perturbó tanto mi sueño que empecé a captar el murmullo que me rodeaba. Era tenue, pero no sonaba a esas palabras dichas bajo un océano de miedo, cuando te preparas para lo peor, si bien esperas lo mejor.

Eran palabras dichas en un tono alegre, entusiasta. Palabras sin temor. Dos voces sin miedo, mis dos voces preferidas en todo el mundo, voces masculinas que deseaba tener la suerte de poder escuchar siempre.

Me costó despegar los párpados. La recompensa por abrirlos no pudo ser mejor: mi hermano despierto y sonriente, a pesar de su palidez, con Leo a su lado.

—Despertó la bella durmiente —bromeó Jerónimo.

De bella, nada; sentía los ojos hinchados, no me lavaba los dientes desde la noche anterior... De hecho, necesitaba una ducha, lavarme el pelo y cambiarme de ropa; que me doliese cada trocito de mi cuerpo me hacía sentir más o menos como un saco de patatas, mas cuando Leo me miró a los ojos sonriendo, me sentí como la más fuerte y bella heroína de la mejor historia jamás contada.

Una de esas sonrisas estúpidas que no se pueden contener ni aunque seas la persona más lógica y racional del mundo afloró en mis labios para él.

—Jero... ¿estás bien?



—Eso creo. Me drogaron con todo lo que tenían a mano, así es que supongo que mejoraré.

Despegué la espalda de la silla y me estiré lo necesario para asir su mano; él apretó la mía.

—Menos mal que te has despertado, me pasarán a planta ahora. Ya pensaba que tendríamos que dejarte aquí durmiendo.

—Perdona, Jero.

—¿Por qué me pides perdón?

—No contesté a tus llamadas. Lo siento, no tengo excusa.

—No seas tonta. No pasa nada.

—Seguro que me llamaste porque te sentías mal y yo...

—Sí, así fue —soltó interrumpiéndome—. Pero fui un idiota y eso no es responsabilidad tuya. Tenía el pecho con la respiración pesada y te llamé para que me recetases algo; no quería ir al hospital. Fui un irresponsable. No te encontré y me dio pereza ir al hospital. Los chicos me llamaron para salir y les dije que sí y ya no hice caso a lo que me pasaba.

—Jerónimo... pensé que eso ya estaba resuelto. Lo que hablaste con Doménico...

—Sí, lo sé. Doménico acaba de insultarme por teléfono. Lo he llamado para contarle lo que me ha pasado, para dar la cara. Juro no volver a permitir que nada más vuelva a sucederme, porque no quiero que vuelvas a culparte. Ha sido la combinación de un virus y que mis pulmones son una mierda. Ya sabes.

—Doménico vendrá a verlo cuando lo pasen a planta —explicó Leo—. Ha sido valiente por parte de Jerónimo dar la cara así. Ahora tendrá que ser valiente para aguantar lo que se le viene encima. Doménico no le permitirá dejar pasar esto así como así. Ya se lo advertí y Doménico también se lo dejó bien claro. Tu hermano no tiene idea de dónde se ha metido. Aunque no lo parezca, el napolitano tiene mucho carácter.

—Creo que pediré que me dejen aquí ingresado por tiempo indefinido.

—No te hagas ilusiones, eso no detendrá a Doménico.

Reí, Jero no. Bueno, en realidad contuvo su sonrisa.

—¿Y mamá y papá?

—Tus padres se fueron un rato a casa, a cambiarse y a buscar un par de cosas para él. —Apuntó con la cabeza en dirección a mi hermano—. Les dije que fuesen tranquilos, que me quedaría aquí cuidando de ambos.

—Nos sobrarán niñeras, ya verás cuando llegue Doménico. Estos dos sujetos son fatales —bromeó Jerónimo.

—Bueno, a mí no me molesta. —Eso se me escapó. Con cara de idiota, me quedé mirando a Leo.

Se hizo silencio.

—¿Y mi cuñado? Sé que no soy santo de su devoción; sin embargo, creí que al menos estaría aquí por ti.

—Él está bien —solté sin saber qué más decir.

—No he preguntado si Hugo estaba bien. ¿Qué sucede?

—Cuando estés mejor...

—Estoy mejor —lanzó interrumpiéndome—. Cuéntamelo ahora. Venga —insistió en falso tono de amenaza.

—Terminamos anteanoche, Jero. Él y yo ya no estamos juntos y creo que es mejor así.

—Perdón por lo que diré a continuación: la verdad es que no me cabe duda de que estarás mejor sin él y por lo que respecta a Hugo... pues que se cuide solo. Me cabe preocuparme por ti, no por él.

—No digas eso, Jero. Las cosas no son...

—Debería estar aquí de cualquier manera —acotó.

Leo apartó la mirada.

—Ese tipo no te merece ni un poco. ¿O no, Leo?

Ver para creer: Leo dio un respingo y puso cara de susto.

—Bueno, yo...

—Vamos, que se te nota en la cara que mi excuñado no te cae bien.

Leo hizo una mueca muy inocente, de quien no puede contener que se le escape la verdad.

—No importa, Lexi. Mejores cosas están por venir. En fin, que a la gente no puedes obligarla a estar ahí para ti; das y, los que quieran, permanecerán a tu lado, allí estarán, porque es su lugar. Así es siempre. Junto a uno se quedan los que de verdad importan.

Vi la mirada de Leo caer hasta la cama de mi hermano y un nudo se formó en mi garganta. ¿Se puede convencer a alguien de que su lugar es a tu lado?

—¿Listo para largarte de aquí? —canturreó una de las enfermeras llegando acompañada de dos auxiliares y una silla de ruedas.

—¡Más que listo!

—Procura no alborotar demasiado a las enfermeras de la planta. Las chicas no están acostumbradas a ver muchachos tan guapos —bromeó la enfermera, que debía de tener la edad de mi madre, mas por suerte no su carácter.

—No puedo prometer demasiado —le contestó mi hermano siguiéndole la corriente—. Cuando me vean llegar con mi sonda y mi bolsa de meados, con la vía puesta en una mano y esa bolsita cargada de drogas, enloquecerán. Todas sueñan con tener a su lado a un chico con una salud de mierda.

Hasta Leo se rio.

La enfermera y sus ayudantes avanzaron hasta la cabecera de la cama para preparar el traslado.

—Y tú, guapetón, ¿no te sientes mal? En un parpadeo podría encontrar una cama vacía para ti —le soltó la enfermera a Leo.

—No, gracias, prefiero otras camas a éstas. Los hospitales no me gustan mucho; de hecho, no me gustan ni un poco. Lo siento.

—Una pena. —Le guiñó un ojo—. De todas formas, cuando te sientas mal, ya sabes a quién recurrir.

En caso de sentirse mal, Leo recurriría a un hospital muy lejos de allí.

Apenas si podía creer que me quedaban escasas horas junto a él. El día comenzaba a caducar al otro lado de las ventanas, e igual mi deseo.

Me sentí como Cenicienta cuando se aproximan las doce de la noche. Mi hada madrina, en ese caso Leo, me había advertido de que el hechizo se terminaría el lunes y el lunes allí estaba, a pocos pasos de distancia.

El pobre de mi hermano se agotó con el simple traslado a la silla de ruedas; supongo que más que nada le causó estrés verse dependiente de tantos medios externos. Ayudó que la enfermera continuase con su bromas.

Ésta me indicó el número de habitación y ella, con mi hermano y los dos auxiliares, partieron hacia allí.

Saqué mi móvil para avisar a mis padres del traslado de Jerónimo y del número de habitación en la cual nos encontrarían al regresar.

Recogí mis cosas y, junto con Leo, salimos del cubículo de esa unidad intermedia.

—Gracias por quedarte aquí conmigo.

—No me iría a ninguna parte hasta no estar seguro de que tu hermano se encuentra bien.

—Si él no hubiese estado bien, ¿te habrías quedado más tiempo por mí?

—No lo sé.

—¿Te irás mañana?

—Todavía es hoy.

—No me esquives. Leo... —Le cerré el paso. Su mirada chocó contra la mía, no fue más que un segundo; él apartó la vista, dirigiéndola por encima de su hombro—. Mírame. —No lo hizo. Sintiendo que se me desgarraba la carne de tanto necesitarlo conmigo, cogí su cabeza entre mis manos y lo obligué a mirarme—. Seré clara: sé muy bien lo que dijiste, diez días y ya. Ése fue el trato, lo acepté. El trato que cerramos no puede controlar ni contener lo que me pasa contigo. Ni siquiera sé qué es. Sólo sé que no quiero que te vayas. No quiero perderte. Quiero seguir a tu lado, quiero seguir siendo tu compañera, quiero verte, quiero ver tu vida. Quiero ser parte de ella. Te necesito, Leo. Te quiero conmigo. Te deseo en el más amplio sentido de la palabra. No te vayas, por favor. Quédate aquí conmigo. Por favor.

Leo apartó sus ojos de mí otra vez.

—No puedo. —Me miró—. No puedo. Te lo advertí. Jerónimo se pondrá bien y tú también. Yo no puedo hacer esto, no sirvo para esto. No puedo darte más de lo que te he dado. No quiero pasar por esto una vez más. Soy incapaz. Preferiría que no me odiasen por irme, porque te advertí de que no me quedaría, pero, si quieres hacerlo, adelante. Estás en todo tu derecho; no puedo controlar tu vida, ni tú la mía. Han sido diez días increíbles y es hora de regresar a la realidad y, no me malinterpretes, amo mi realidad; esto ha sido extraordinario y te estoy agradecido por permitirme vivir estos días contigo. Está terminando y no hay nada que puedas hacer al respecto. Mañana tendrás que desear otra cosa. Seguro que tendrás en tu vida muchos deseos nuevos por descubrir.

—No me sueltes un discurso que sabes que no deseo oír.

—No tengo otra cosa para decirte.

—No puedo creer que así sea.

Leo tomó mis manos y las apartó de su cuello.

—Para ti soy un hombre del Délice y nada más.

—No, no es así.

—Doménico estará contigo allí. Puedes ir las veces que quieras.

—Leo, no...

—No hagas un drama de esto. En unos días que pases cuidando de tu hermano te olvidarás de mí.

—¿Cómo crees que conseguiré eso?

—Tú puedes hacer eso y mucho más. Vamos, Alexia, tu hermano se preguntará dónde estamos.

—No podré. —Volví a cortarle el camino, ya que intentó escapar de mí.

Leo se movió de lado y yo, como una sombra, como su sombra, me moví con él.

—Te lo advertí, no quiero esto.

—¡A la mierda lo que tú quieras! A la mierda sea cual sea tu motivo para salir corriendo con el rabo entre las piernas de regreso a Canadá. ¡Mírame tú a mí ahora! ¿Ves esto? ¿Ves lo que hay aquí? Pues es mejor que sepas que, por más que ya no me veas, que yo no esté allí, que tú no estés aquí, no desaparecerá. He mandado al carajo mi vida, he tenido el valor que me dijiste que debía tener, la fuerza que tú me insuflaste. ¿Dónde está tu valor y tu fuerza, Leo? ¿Dónde está esa energía por pelear por lo que quieres? ¿Por qué tienes tanto miedo de arriesgarte?

—No estoy en condiciones de arriesgarme. Y no quiero esto. —Meneó la cabeza—. Debí suponer que acabaría mal.

—No tiene por qué acabar mal.

—Siempre acaba mal.

—No es cierto.

—Sí lo es. Ya está mal. Ya te he hecho daño y no puedo repararlo. —Leo se apartó de mí e hizo una pausa—. En cuanto tus padres regresen, me iré. Por favor, no volvamos a tener esta discusión, menos que menos frente a tu hermano. Tienes cosas más importantes de las que ocuparte.

Mi cuerpo se puso lívido.

—Andando y, te lo ruego, cambia la cara. De verdad que no me merezco que te pongas así o que esperes que me quede contigo.

En silencio, caminé hasta los ascensores. A los pocos segundos, para nosotros llegó una cabina vacía. Leo me cedió el paso. No sé si lo hizo a propósito o no, pero fue a colocarse al otro lado del habitáculo y entonces sentí como si ya se hubiese ido.

No quería hacer un drama de eso; sin embargo, no podía evitar que me doliese, porque había apostado todas mis fichas por nosotros dos y, saber que él ni siquiera tenía intención de apostar por nosotros, quebró mi corazón en miles de trozos de escarcha.

A riesgo de ser rechazada, acorté la distancia entre ambos en menos de dos pasos. Me situé frente a él, agarré su cuello y toqué con mis labios los suyos.

La boca de Leo se mantuvo firme, ajena a mis labios, a mi lengua, incluso sus ojos me bloquearon al pegar sus párpados. No me detuve, sabía que esos labios reaccionaban a los míos como no reaccionaban a otros, que todo su cuerpo era distinto conmigo, así como el mío era distinto con él de lo que era con otros hombres.

Hice míos sus labios y entonces mi lengua tocó su aliento.

Leo perdió el control en una fracción de segundo, su boca estalló contra la mía. Su cuerpo me llevó por delante y los dos, juntos, sacudimos la cabina del ascensor cuando me empujó contra una de las paredes.

Sus manos de pronto estuvieron en todas partes, igual que su boca.

Quizá mi corazón, necesitado de todo lo que un corazón necesita, tomó lo que Leo me daba para disfrazarlo de aquello que evitaría el dolor y, como la amenaza de dolor era tanta, mi cerebro dejó que mi corazón lo convenciese de que eso era la correcto. Con mi corazón y mi cerebro entregados al qué remedio le quedaba a mi cuerpo, se dejaron llevar. Quería que me hiciese el amor allí mismo, que simplemente hiciese de mí lo que quisiese, cualquier cosa con tal de no perderlo, de hacer durar ese momento para siempre.

Leo alzó una de mis piernas y la colocó alrededor de su cadera para pegar su pelvis a la mía.

Mis manos fueron hasta la cintura de sus pantalones, pero él las quitó de en medio. Apartó su boca de mí y se quedó mirándome en silencio.

De pronto giró la cabeza en dirección a los controles del ascensor, ¿lo detendría?

Nada de eso. Leo soltó mi pierna y se alejó de mí. Una campanilla sonó y las puertas se abrieron. Habíamos llegado a nuestra planta.

Leo bajó del ascensor sin ni siquiera esperarme. Tardé tanto en reaccionar que, cuando entendí que debía salir, venía entrando gente y me los llevé por delante.

Aparecí en el pasillo sintiéndome desorientada y perdida, sobre todo perdida, porque en un primer instante no di con Leo y me asusté, temí que se hubiese ido así sin más.

Poco faltó para que me quedase allí parada como una niña a la que sus padres acaban de abandonar.

Con los ojos llenos de lágrimas, parpadeé, y entonces lo vi entrando en la habitación de la cual salía uno de los auxiliares que habían acompañado a mi hermano, haciendo avanzar la silla de ruedas vacía.

Apresuré el paso y por poco me llevo por delante al otro auxiliar.

Ví a la enfermera bromista ocuparse de Jerónimo, reubicando la bolsa con suero y las otras cosas en sus respectivos sitios. Leo deambulaba por la habitación; se aproximó a la ventana. Fuera estaba prácticamente oscuro. Espió hacia el exterior. Me dio la impresión de que deseaba estar al otro lado del cristal, lejos de allí.

La enfermera arrojó a mi hermano.

—En un momento vendrán a traerte la cena, cielo.

—Humm... qué ganas, comida desabrida de hospital —soltó él en tono socarrón.

—Agradece que puedas comer.

—Es cierto —coincidió Leo dándose la vuelta.

—Al menos la habitación no está tan mal —murmuró mi hermano.

—No te quejes más, ¿de acuerdo? —Le pasé una mano por la cabeza—. Estás aquí y pronto te irás a casa.

—Eso es cierto, escucha a tu hermana. La chica sabe —le dijo la enfermera—. Compórtate y, sin darte cuenta, estarás ya en casa. Me despido de ti. Recuerda, no enloquezcas a las chicas.

—Buenas noches. Soy Patricia, enfermera de esta planta —se presentó la chica de unos veintipocos años, que poseía una de esas bellezas que no tienen edad. Le sonrió a mi hermano.

La enfermera que nos había acompañado desde el otro piso le pasó a ella la carpeta con la historia clínica.

—Bien, Jerónimo, nosotras cuidaremos de ti. En un momento vendrá el médico de guardia a verte. ¿Necesitas algo?

—Salir de aquí —soltó mi hermano.

—Sí, claro, me imagino. No hasta que estés bien. —La joven chasqueó la lengua y le guiñó un ojo—. Regresaré en un rato.

Las dos enfermeras se retiraron, dejándonos a los tres solos.

Sin saber qué otra cosa hacer, di una vuelta por la habitación requisándolo todo.

—¿Estás bien?

Con Leo, los dos nos dimos la vuelta al mismo tiempo.

Jerónimo me miró a mí.

—Sí —tragué saliva—, todo está bien —mentí. Mi hermano podía ser muchas cosas, no tonto. Moviò los ojos hasta Leo, quien, por lo visto, se esforzaba al máximo para que sus ojos no diesen en mí.

—Bien —dijo mi hermano recordándome a los «bien» entre Leo y yo.

Después de eso, llegó el médico para ponerme al tanto del estado de mi hermano y de cómo procederían a continuación.

El doctor todavía hablaba conmigo cuando llegaron mis padres. La charla se extendió un buen rato más y, al cabo de eso, vinieron a traerle a Jerónimo la cena.

Después de la cena, mis padres se pusieron a hablar como loros, los dos, con mi hermano y Leo, y luego apareció la enfermera para echarnos a todos, porque el horario de visitas había concluido.

Mi madre hizo que mi padre se fuese a casa e insistió en que debía hacer lo mismo yo también; me parecía imposible separarme de mi hermano en ese momento, casi tanto como separarme de Leo.

Apagamos las luces del cuarto dejando una que apenas irradiaba un poco de brillo, a un lado de la cama, allí donde mi madre se acomodó en un sillón que se transformaba en una cama, tapada con una manta.

A Jerónimo le dieron un sedante suave para asegurarse de que descansara toda la noche y cayó rendido en menos de cinco minutos.

La noche estaba avanzada. Yo pasaría la noche fuera, en el pasillo. Leo salió conmigo.

En cuanto pusimos un pie fuera de la habitación y entornamos la puerta, me embargó la sensación de que algo terrible sucedería a continuación.

El condenado corredor en penumbras no ayudaba.

Fui a sentarme en una de las sillas, porque tenía la impresión de que no resistiría eso de pie. Leo se acomodó a mi lado.

—Es tarde —me dijo hablándome directamente por primera vez desde que estuvimos solos en el ascensor.

—Sí, lo sé.

—Tengo que irme. Mi avión sale a las seis. Debo estar en el aeropuerto a las cuatro y todavía tengo que acabar de preparar mi equipaje.

Así, sin más, todas mis lágrimas empezaron a brotar de mis ojos.

—No te vayas.

—Lo siento. —Se puso de pie—. Espero que puedas perdonarme algún un día.

—Leo se inclinó sobre mí y besó mi frente. El contacto se tornó largo y doloroso. Solas, mis manos se prendieron de las suyas para impedirle huir—. Alexia, por favor —pidió después de tirar para zafarse, sin éxito.

—Por favor —jadeé ya llorando a mares; el caso es que sentía que no me quedaba nada más por hacer. La fuerza me abandonó y él se desprendió de mí.

—Prométeme que tendrás la vida que quieras tener.

Me agarré las rodillas para evitar caerme de la silla. Mi única respuesta fueron hipidos y más llanto.

Leo volvió a besar mi frente, retrocedió un paso, luego otro y, al final, me abandonó alejándose en dirección a los ascensores. Así terminaba mi deseo, mi sueño; así se iba mi compañero, mi amigo, mi amante, mi todo.

Eso que tanto deseaba poder evitar, lo que no quería tener que ver, sucedió. Leo se metió dentro del ascensor y ya no volví a verlo. Y lloré desconsolada su partida y nadie vino a preguntarme qué me sucedía, nadie me trajo una taza de té como él había hecho con la mujer que esperaba en la unidad de cuidados intensivos.

De cualquier modo, nadie podía reemplazarlo a él, ni jamás podría.

Lloré hasta que ni fuerzas para eso tuve. Entonces entré en un estado de limbo absoluto, viendo los minutos correr en el reloj del área de enfermería.

A las cuatro de la mañana lo imaginé llegando al aeropuerto, haciendo el papeleo, despachando su equipaje.

A las cinco se me ocurrió que debía de estar ya en la sala de preembarque, quizá tomando un café, pensando en su hogar, en sus cosas, en su vida, en todo aquello de lo que yo muy poco sabía.

A las seis menos cuarto me arranqué a llorar otra vez.

A las seis menos cinco mi corazón apenas palpitaba y cada minuto que pasó desde entonces hasta las seis no hice más que imaginarlo pensando en mí, deseando que no hubiese soportado el partir, el dejarme.

A las seis me entró pánico y, al mismo tiempo, sentí una inyección de esperanza correr por mis venas.

«Seguro que se ha bajado del avión —me dije—. Se ha bajado del avión y me llamará en cualquier momento.»

Seis y cinco, nada. Seis y diez, nada. Y media hora más tarde mi móvil seguía en silencio. Igual que a las siete. Siete y cuarto, la batería comenzó a morir. Siete y media y, por tener constantemente encendida la pantalla, mi móvil empezó a dar sus últimos hurras. Leo no iba a llamar para avisar de que se había quedado en la ciudad y eso hasta el maldito aparato lo sabía.

A las ocho menos cuarto, mi móvil se apagó y yo también.

Quedé marchita, rota, sintiéndome un simple desperdicio de algo que había sido bonito, de algo que un día alegró a alguien. En ese instante ya no era más que una flor marchita. Una flor que Leo había descartado.

## 25. Convaleciente

Doce horas más tarde, entraba de regreso en la habitación en la que me había preparado para mi último encuentro con Leo. Había pasado toda la jornada conteniendo las lágrimas por su partida y, al verme sola y libre para llorar, lo hice abrazada a la almohada hasta quedarme dormida.

Al despertarme a las tres de la mañana, comprobé que lo que había llorado no era suficiente para mitigar el dolor que sentía.

Mi hermano estaba convaleciente y yo sentía que no tenía un modo de curarme de Leo, ni siquiera de recuperarme un poco. Leo sería mi enfermedad crónica.

Volví a quedarme dormida para despertar cuatro horas más tarde. Una compañera había cubierto mi última guardia y por eso debía ir a cubrir la suya y, a partir de la noche, recuperaría mis rotaciones normales, mi trabajo de siempre.

Entre la guardia que debía y la mía, pasaría a ver a Jerónimo y, si me daba tiempo, iría al que había sido mi hogar, a buscar unas mudas más de ropa.

Me duché y vestí y trabajé cual autómatas, realizando mis labores del modo más insensible. No descuidé mi trabajo en el aspecto técnico; sin embargo, acabé actuando como muchos de esos cirujanos fríos a los que yo había jurado no parecerme jamás.

No podía evitarlo, mi espíritu se había ido con él a Canadá.

Lo único que medianamente alegró mi día fue entrar en la habitación de hospital en la que se recuperaba Jero para encontrarlo sentado, riendo, en compañía de Doménico.

—¡Lexi, has vuelto!

Le sonreí a mi hermano. Él nos necesitaba a todos nosotros bien y fuertes para recuperarse.

—Alexia —pronunció el italiano levantándose de su silla.

—Hola. ¿De qué os reís tanto?

—Nada, tonterías —me contestó Doménico saludándome con un beso en la mejilla y un abrazo largo como nunca antes habíamos compartido. Le devolví el abrazo y los cariños, porque en sus brazos me sentí segura y entregada de un modo muy distinto al que había experimentado en el Délice con él.

Doménico tenía el poder de transmitirme seguridad tanto en lo físico como en lo psíquico.

Cuando nos soltamos, fui a abrazar a Jerónimo.

—¿Cómo te sientes?

—Mejor de lo que pareces sentirte tú. ¿Qué tienes?

Le conté parte de lo que tenía.

—Agotamiento. No ha sido un día fácil en el hospital y más tarde debo volver.



—¿Te encuentras bien? —quiso saber Doménico.

—Sí. Es cansancio.

—¿Sabéis algo de Leo?

Le había explicado a mi hermano que Leo había regresado a su casa tal cual lo tenía planeado, y eso fue todo lo que acepté discutir sobre él el día anterior.

Negué con la cabeza esquivando el hecho de que no tenía noticias de él y que tampoco sabría nada de él en el futuro. Solamente me restaba esperar conseguir novedades de Leo a través de Doménico.

—Hoy he recibido un correo electrónico suyo. Llegó bien.

—¿Así que está en su casa?

Doménico asintió con la cabeza.

—¿Tú tienes su correo? —me preguntó mi hermano.

—No. —Articular ese «no» asesinó una parte de mí.

—Pensaba que erais amigos.

—Leo tiene una vida muy lejos de aquí.

Mi hermano me miró extrañado.

—Es Canadá, no Marte. Nosotros solíamos ir a esquiar a Aspen.

—Dundas está lejos de Aspen —acotó Doménico.

Si mi cara era mala, la suya tampoco era mucho mejor. Desde que ya no reía con mi hermano, se le notaba un semblante muy distinto.

—¿Qué os sucede a ambos?

—Nada.

Yo me limité a entregar mi silencio a modo de respuesta.

—¿No ha preguntado por mí? —soltó Jero medio en broma, medio en serio.

Doménico me espió por el rabillo del ojo.

—Sí, le dije que hoy te vería. Quería saber si ya te había puesto en tu lugar.

Doménico sonrió y yo me quedé mirándolo.

—Le enviaré un mensaje luego.

—Quizá sea mejor que esperes a que él se ponga en contacto contigo.

—¿Y eso?

—Leo respeta mucho su privacidad.

—Pero si fue él quien me dio su número. ¿No has hablado con él? —Eso último me lo preguntaba a mí.

No, no le había escrito a Leo, porque no sabía qué ponerle; no tenía ni idea de qué decirle después de que quedase claro que no tenía intención de regresar.

Negué con la cabeza.

—¿Qué pasa con él?

—Nada. Por desgracia, Leo es así, todavía más cabeza dura que tú. Necesita que le den un toque también. —Nos guiñó un ojo—. Será un poco más adelante.

—No tengo ningún problema en viajar a Canadá si hace falta hacerle una intervención en su vida.

Doménico y yo no dijimos nada.

Una enfermera entró para entregarle a mi hermano las pastillas que debía tomar y después de eso la conversación derivó en otras cosas, principalmente en la salud de Jerónimo. Por lo visto Doménico no tenía pensado perderlo de vista. Lo avisó de que

pondría a su disposición un nutricionista y un terapeuta, y que él lo acompañaría con ellos y con los médicos que lo tratasen de ahí en adelante, hasta que aprendiese a hacerse cargo de su existencia de una vez por todas.

Yo sabía que detrás de ese acompañamiento se esconderían palabras y gestos que ayudarían a mi hermano a comprender de una vez que no debía rendirse a sus padecimientos o hacerse más daño por ponerse en plan rebelde. Mi hermano debía entender que, a ciertas cosas de su vida, no podía rebelarse. Ojalá pudiese quitarle esas cosas de sus hombros para tener que soportarlas yo.

Por todos los medios, me esforcé porque no volviese a ser Leo el tema de conversación y, al mismo tiempo, me moría por tener cinco minutos a solas con Doménico para que Leo fuese el único tema de conversación entre nosotros.

Mis padres llegaron y entonces se hizo mi hora de partir y también la de Doménico.

No desperdicié tiempo: en cuanto dimos cuatro pasos en dirección a los ascensores, solté la artillería.

—¿Cómo está? ¿Qué te dijo? ¿Te preguntó por mí?

Doménico lanzó una mirada en dirección a la puerta de la habitación de mi hermano.

—Nadie viene, Doménico. Además, no me importa que los demás nos oigan. Quiero saber de él, necesito saber de él.

Doménico apretó los labios.

—No, no preguntó por ti. Le prometí que te cuidaría. —Tocó el botón de llamada de los ascensores y me sonrió—. Te extrañamos en el Délice. ¿Cuándo tendrás una noche medianamente libre para pasar un buen rato con nosotros? Prometo que yo luego me ocuparé de llevarte al hospital o a casa.

—No tengo casa, Doménico. Estoy viviendo en un hotel. ¿Te lo contó?

—Sí. —Tragó saliva—. Puedo ayudarte con eso. Tengo un conocido que tiene un negocio inmobiliario; si me dices qué tienes en mente...

—¿Lo que tengo en mente? Doménico, toda mi vida se ha ido y eso incluye a Leo. No tengo hogar, no tengo pareja, mi trabajo ya no me reporta nada; Leo se ha marchado... Ni siquiera sé por dónde seguir. —Mi mirada cayó al suelo—. Tengo que ir a buscar ropa al que era mi hogar y ni siquiera sé cómo hacer eso.

—Bueno, siempre hay un modo para todo, tú tienes que encontrar el tuyo.

—Es fácil decirlo, no así hacerlo.

—Sí, lo sé. No digo que vaya a ser fácil, Alexia, pero, si te has atrevido a cambiar tantas cosas en tu vida, tendrás la fuerza y el coraje para construir una vida nueva para ti, una que cuadre con las cosas que quieres, con las que necesitas. No tienes que darte prisa. No debes darte prisa. No busques aferrarte a algo ahora mismo. Date un tiempo para ti.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Aquí estoy para ti tanto dentro como fuera del Délice, y lo sabes. Soy tu amigo y no dejaré de serlo.

—A tu amigo le resultó más sencillo desprenderse de mí.

—Leo me contó cuál fue vuestro trato; no digo que me parezca bien o mal, eso era algo entre vosotros dos; lo que quiero que entiendas es que, así como me parece que él necesita un tiempo para aclarar sus ideas, tú también. Han sido unos días intensos.

—Me hace falta.

—Eso ya me lo había dicho tu rostro. Tu cara no es de cansancio, sino de tristeza.

Un par de lágrimas se me escaparon.

—Lo extraño.

—Alexia, es tiempo de que te pongas a ti en primer lugar.

—¿Qué quieres decir?

—Que no montes una vida nueva alrededor de alguien, móntala alrededor de ti misma, y, una vez que la tengas, que estés firme sobre esa nueva existencia, sólo entonces, invita a participar en ella a quien quieras, pero no antes. No antes porque, si eso no funciona, volverás a sentirte ajena a todo lo que creías que tenías, que era tuyo. A veces ni siquiera así sobrevives si en realidad, eso que creías una unión, falla, pero al menos habrás sido sincera contigo misma. Necesitas buscarte, sincerarte. De cualquier modo, no creo que puedas ver nada de eso ahora. La partida de Leo es demasiado reciente, igual que tu ruptura con Hugo, lo cual implica muchos cambios... y tu hermano todavía está convaleciente. Tómame unos meses.

—¿Estas diciéndome que me tome unos meses antes de ponerme en contacto con Leo?

Asintió con la cabeza.

—Por tu bien y por el suyo.

—No creo que pueda esperar tanto.

—Alexia —Doménico apretó los labios—, entiendo que lo vuestro ha sido más fuerte de lo que pretendía ser, os he visto juntos. Ha sido poco más de una semana, Alexia, y tú en realidad no lo conoces; es decir, te queda mucho de él por conocer. Las relaciones no son sencillas y lo que vosotros habéis tenido ha sido solamente una parte de lo que suele ser una relación. Entiendo lo que él ha significado para ti; sin embargo, la verdad es que su vida es más compleja que el Délice y hacer *parkour*.

—Leo me llevó con él a...

—Sí, lo sé. Te mostró parte de su trabajo. Alexia, ahora tienes que pensar en ti.

—No quiero, lo quiero de regreso —solté hipando, casi sonando como una niña caprichosa. Noté que unas personas me miraban extrañadas; no les presté atención.

Un ascensor vacío llegó para nosotros y Doménico, cogiéndome por los hombros, me metió dentro.

—Leo te guió en algunas cosas; para otras, es él quien necesita una guía. Él no es tu red de contención. No creo que pueda contigo, porque apenas si puede consigo mismo.

—¿Él te ha dicho eso?

—En resumida cuentas.

—¿Tiene novia?

Doménico negó con la cabeza.

—No hagas eso, Alexia. No tiene sentido.

—¿Está casado?

—Alexia...

—¿Es gay?

Doménico soltó una carcajada.

—Perdón. No, no es gay. Comprende que no puedo decirte lo que él no quiso contarte.

—Leo me dijo que era un desastre en las relaciones de pareja, que llevaba más de quince años sin tener novia y que el amor no era lo suyo, que había aprendido una lección con respecto al amor hacía mucho.

—Es cierto, que yo sepa lleva sin tener una novia, o como quieras llamarlo, durante todo ese tiempo. Con respecto a eso de que el amor no es lo suyo, bueno, ésa es una estupidez de proporciones astronómicas y no me canso de decírselo y, aun así, no logro convencerlo. Creo que de eso tiene que convencerse por su cuenta. ¿Cómo creer que el amor no es lo de uno si ni siquiera se da la oportunidad? Leo pasó de no saber ocuparse de sí mismo a responsabilizarse de la vida de otros. No tuvo más remedio, la vida a veces es así de complicada. Tú tienes opción de aprender a ocuparte de ti misma ahora, de identificar qué quieres para ti.

—Lo quiero a él.

—El problema es que él no sabe lo que quiere, o quizá no tiene el valor de asumir lo que quiere. —Doménico me sonrió con ternura—. ¿Qué significa ese «lo quiero»?

—Que lo necesito —balbucí llorando a mares, porque lo quería en ese momento conmigo.

—Necesitar a alguien no es suficiente, Alexia. Si lo que quieres es buscar amor, búscate primero a ti misma.

—Doménico, no puedo escuchar más esas cosas. Sé que intentas levantarme el ánimo, guiarme, pero yo no puedo hacer otra cosa que pensar en él.

—Dicen que buscar el amor es como buscarse a uno mismo; cuando te encuentras a ti mismo, encuentras el amor, porque es lo mismo.

—¿De dónde has sacado eso? —Hice un intento de risa mientras me limpiaba las lágrimas del rostro.

—No lo recuerdo, lo oí por ahí, de un canción quizá. Me parece muy real.

—¿Tu filosofía sale de letras de canciones?

—Sale de la vida y, los que componen canciones, viven. No sé de grandes revelaciones, Alexia, y la verdad es que no creo que la vida sea eso. No puedo ni quiero decirte cómo debes vivir tu vida; quiero ayudarte a encontrar una que te haga feliz, que no te haga daño, una vida que te merezcas.

El ascensor llegó a la planta baja.

—¿Qué sucedería si lo llamase a su móvil?

—No sé, no estoy en su cabeza. Lo que creo es que es probable que a ti eso no te haga ningún bien. Quiero a mi amigo; sin embargo, en este momento él no es lo mejor para ti, porque no quiere estar contigo. Al menos por ahora —añadió seguro al notar que mi rostro se deformaba.

Salimos del ascensor.

—¿Quieres que te lleve a tu hotel?

—Iré a buscar unas cosas al apartamento.

—Escucha, no es preciso que te quedes en un hotel. Sobre el gimnasio tengo un pequeño apartamento que jamás uso. Puedes quedarte allí una temporada; tiene acceso independiente, nadie te molestará. Al menos hasta que decidas qué hacer.

—No quiero molestarte.

—No es molestia.

—Lo pensaré.

—Bien.

—Gracias —le dije sintiendo un aguijonazo de amargura dentro de mí; ese «bien» me llevó irremediablemente a Leo.

—Puedes llamarme cuando sea, ¿de acuerdo?

—Está bien, gracias.

—Lo digo en serio. Estaré esperando tu llamada.

Le sonreí.

—Date tiempo.

Asentí con la cabeza.

—Bien. Si no me llamas tú, te llamaré mañana para ver cómo sigues.

El italiano volvió a arrancarme una sonrisa.

—Y no te preocupes por tu hermano, algo me dice que ahora sí ha entendido el mensaje.

—Gracias por eso también.

—Es un placer.

Doménico se despidió de mí con dos besos.

Antes de salir a la calle, me saludó con la mano.

Darme tiempo...

Recogí cosas del lugar que había sido mi hogar y fue horrible; no solamente por el hecho de tener que recoger mi ropa y otras pertenencias, sino por la sensación de fracaso que se instaló en mí. Lo construido y los sentimientos que lo acompañaban ya no estaban allí. Ni rastros quedaban, entre Hugo y yo, de lo que fuimos un día. Apenas si pudimos mirarnos a los ojos, no encontramos de qué hablar; puro hielo entre ambos, y eso me dolió.

Todo empeoró cuando, pese a las advertencias de Doménico, llamé a Leo. Durante dos días estuve intentando ponerme en contacto con él casi a cada hora; no contestó a mis llamadas y los primeros mensajes de WhatsApp que le envié los leyó, pero jamás contestó. Luego ya ni eso. Imaginé que me había bloqueado y no hay un modo de poner en palabras lo que experimentas cuando alguien que necesitas te hace a un lado sin el menor reparo.

Lo único bueno de aquellos días después de su partida fue ver a mi hermano salir del hospital y comprometerse con su salud y con su vida.

Doménico resultó parte esencial de esos días de mi hermano y míos.

Mi trabajo se volvió una pesadilla cada vez más, así como vivir en un hotel; por eso agradecí que Doménico insistiese en que me mudase a ese apartamento que tenía sobre el gimnasio, incluso me ayudó con el traslado, lo que incluyó pasar toda una tarde conmigo en el apartamento que había compartido con Hugo para embalar mis pertenencias en cajas. Cajas que fueron a parar al apartamento, para abarrotarlo.

Los días se tornaron una sucesión de acciones repetidas sin el menor entusiasmo.

Regresé al Délice en compañía de Doménico y los demás, y eso me ayudaba cuando, al cerrar los ojos, imaginaba que era él quien me tocaba, quien se entregaba o a quien yo me entregaba. Tantas veces lo imaginé al otro lado del cristal hasta acabar llorando por dentro...

Pasaron dos semanas. Tres. Dos meses. Llegó la primavera y mi hermano se mudó solo a un apartamento y comenzó a trabajar por su cuenta, montando de la nada un negocio. Doménico y yo lo ayudamos con la mudanza; la noche de la misma cenamos pizza con cerveza sentados en el suelo de su nuevo hogar.

Cuatro meses y el vacío que Leo dejó no hizo más que profundizarse.

Cinco meses y sonreír se ponía cada vez más difícil, sobre todo porque caía en la cuenta de que seguir así sería desastroso. Leo me había dicho que encontrase una vida para mí y todavía no había conseguido siquiera decidir en qué dirección salir a buscarla.

Tan incierto era todo en mi vida que ni siquiera una vez después de liquidadas las propiedades que compartía con Hugo fui capaz de buscar un lugar al que mudarme.

\* \* \*

Bajé la botella de cerveza al suelo y volví a sumergirme otra vez en el agua jabonosa que llenaba la bañera. Ésta se había enfriado notablemente, pero no importaba, el calor empezaba a apretar por esos días.

Alcé una pierna y subí mi dedo gordo arrugado de tanto remojarse hasta la boca de la salida del grifo, y pensé en él. Cada día me costaba más recordar que se suponía que me había propuesto olvidarlo. Leo no me soltaba o, mejor dicho, yo no lo soltaba a él. Esa misma mañana le había puesto fin a lo que intenté que fuese el inicio de una relación con otra persona; era alguien que había conocido abajo en el gimnasio, practicando *parkour*, lo cual para mí se había convertido en un vicio. Pensé que, si al menos compartía eso con él, tendría algo por lo que empezar; no resultó.

Pasamos un par de noches juntos y hasta ahí estuvo medianamente bien; luego intentamos una cita de esas de cena y cine, y me di cuenta de que allí no había nada. No podía hablar con él, ni siquiera estar en silencio. Todo lo que él hacía o dejaba de hacer lo comparaba con lo que sabía de Leo o lo que imaginaba de él, lo cual no era nada sano.

Doménico había repetido hasta el cansancio que debía seguir adelante.

Resoplé debajo del agua.

—Alexia. —La voz de Doménico me llegó a través de la puerta del baño, que estaba abierta de par en par.

—En el baño.

Doménico tenía otro juego de llaves y, de un tiempo a esa parte, por un acuerdo mutuo y tácito, entraba sin siquiera llamar. Mi confianza en él era absoluta y yo no tenía ninguna privacidad que apartar de sus ojos. Él era para mí lo más cercano a Leo,

aunque con algunas diferencias, claro está; en ese último tiempo habíamos llegado a conocernos demasiado bien.

—He traído algo para cenar. Tienes la noche libre, así que hoy vamos de fiesta.

— Doménico apareció en la puerta del baño y allí se detuvo—. Hola.

—Hola, Dome.

—Comida china. —Alzó las bolsas.

—Huele bien.

Sus ojos bajaron al suelo, hasta mi cerveza.

—¿La primera?

—Sí, todavía no me he emborrachado, y tú evitarás que lo haga. Hay más en la nevera.

Doménico entró en el baño.

—¿Cuánto llevas ahí?

—Una media hora.

—¿Adivina con quién he estado hablando?

Por un instante, me emocioné. Doménico no mencionaba a Leo a menos que yo sacase el tema, e incluso entonces hacía todo lo posible para sofocar la conversación cuanto antes.

La emoción se disolvió cuando el italiano colocó las bolsas con comida sobre la encimera de mármol del lavamanos y cogió el banquito de madera que había debajo de la misma para venir a sentarse junto a mí.

Me robó la botella de cerveza y bebió un trago.

—Luis salía del gimnasio cuando yo entraba.

—Ya entiendo qué haces aquí y el porqué de la comida.

—La comida la compré cuando venía de regreso.

Le arrebaté mi cerveza y bebí un trago.

—¿Qué ha sucedido entre vosotros?

—Nada, por eso lo terminé. Ahí no había nada, Dome, y no me pongas esa cara, que estoy bien.

—¿Bien? No me jodas. No es que me importe mucho si terminas con Luis; de hecho, el tipo no me cae muy bien. Con Jerónimo estamos preocupados por ti.

Me reí, le tendí la botella y me hundí en el agua hasta la nariz.

—No es gracioso. Me preocupa que continúes en esta nebulosa; es como si no acabases de recuperarte de una enfermedad.

Era más o menos así, y mi enfermedad se llamaba Leo.

—¿Cuando tomarás una determinación sobre tu trabajo?

—No lo sé.

—No te estoy echando, lo sabes... pero, Alexia, necesitas buscar un lugar para ti.

Debajo del agua, me encogí de hombros.

—¿Vamos al Délice esta noche? —me propuso.

Emergí del agua y le contesté que sí.

—Red me ha llamado; estará allí hoy.

—Ok —contesté, y volví a hundirme.

—Cuando te pones así, me dan ganas de sacudirte. ¿Tuviste una mala guardia anoche?

—Fue una mierda. Cada día que pasa lo soporto menos.

—No repetiré otra vez que no sé a qué esperas para cambiar las cosas que te molestan de tu vida.

—No, ya sé que no lo repetirás —solté en tono socarrón.

—Cada día que pasa te pones más obtusa y malhumorada.

—Y tú eres un grano en el trasero.

Doménico se levantó llevándose mi cerveza.

—Eres insoportable. Saca ya mismo tu arrugado culo del agua y ven a comer, así luego nos preparamos para salir.

—Eres un mandón.

—Y tú, una necia. Si sigues en ese plan, no pienso follar contigo esta noche. Iré a otra sala —dijo pillando la bolsa de encima del mármol.

—¡Perfecto, así no tendré que ver tu polla una vez más! —le grité enojada por nada y por todo. Si hasta yo misma desconocía mi humor.

Doménico se dio media vuelta debajo del marco de la puerta.

—Como quieras, hay un montón de mujeres locas por ver mi polla —soltó tan serio que me hizo mucha gracia y no pude más que reír. Mi risa se le contagio. Teníamos docenas de peleas tontas como ésa—. Tienes que buscar algo que te siente bien.

—El Délice me sienta bien, bajar al gimnasio me sienta bien.

—Sí, lo sé, pero no creo que con eso sea suficiente.

—No lo es. Estaba pensando en pedir mis vacaciones en el hospital. Tomarme unos días. ¿Renunciar? —solté esto último haciendo una mueca.

—¡¿Renunciarás?!

Negué con la cabeza.

—No, no por ahora, pero es una opción. Más que nada me parece que pediré unos días; necesito distanciarme de allí, saber si lo extraño, si deseo regresar alguna vez.

—¿Qué harás?

Apoyé mis brazos sobre la bañera y, sobre éstos, mi mentón.

—No sé, no he pensado en eso. Es una idea que se me ha cruzado por la cabeza en esta media hora que llevo aquí dentro.

—Ya se te ocurrirá algo. —Doménico descolgó mi bata de la puerta y me la arrojó—. Anda, sal de ahí, que se enfría la comida.

Cenamos juntos y después nos arreglamos para nuestra noche en el Délice. Lo hice con un poco más de entusiasmo del normal; Red llevaba un mes sin aparecer por allí y saber que el grupo volvería a estar casi al completo, si bien siempre faltaba Leo, me hizo sentir más segura, más como en familia. En otras ocasiones, simplemente, era pasar una noche en el Délice.



Nos costaría una media hora poder llegar a la barra después de saludar a todos los conocidos que estaban presentes esa noche. Yo no estaba de mucho ánimo para hacer relaciones sociales, venía a dar y recibir placer, nada más; ese día no me apetecía ser demasiado comunicativa con todos, solamente tenía ganas de charlar un rato con Red para ponerme al día con ella y, después, pasar directamente a una sala para olvidarme de todo por una noche.

Por entre las cabezas de los presentes, vi la melena roja de Red cerca de la barra; pocos pasos nos distanciaban de ella. Bebía *champagne* y conversaba con Daniel, quien, por ser una noche en la que el local estaba repleto, atendía los pedidos de bebidas junto con sus empleados.

Daniel fue el primero en percatarse de nuestra llegada. Nos saludó con la mano y entonces Red nos encontró.

—¡Alexia, Doménico! —Dejó su copa de *champagne* sobre la barra y vino hacia nosotros para abrazarnos—. ¡Estoy tan contenta de veros! —Besó las dos mejillas de Doménico y después las mías.

—Lo mismo digo. Llevabas demasiado tiempo desaparecida.

—Trabajo, Alexia, —Se sentó otra vez sobre el taburete para recuperar su copa y, mientras tanto, saludé a Daniel y le pedí una copa de *champagne*.

Doménico y Daniel intercambiaron un apretón de manos.

—Me gusta mi trabajo; sin embargo, por momentos, uff... necesito tomarme unas vacaciones. ¿Cómo van tus cosas?

Ante la pregunta de Red, me encogí de hombros.

—¿Qué tal todo en el hospital?

Antes de contestarle, cogí la copa que me tendía Daniel.

—Más o menos.

—Si quieres cambiar de trabajo...

—No tengo ni idea de qué hacer, Red.

Después de que Leo se fuera había tenido oportunidad de conocer a Red un poco más en profundidad. Su verdadero nombre era Antonina Repin, era oriunda de Rusia; su familia tenía mezcla de sangre azul por varias ramas, lo que la había llevado a crecer en diversos países europeos. Red era una amante del arte en todas sus expresiones y, si bien continuaba representando con excelencia el lugar heredado por linaje, además dirigía una oenegé de ayuda humanitaria. Su pasión por el arte hacía que ella exprimiese hasta el último segundo de sus días para encontrar y promover a nuevos artistas, así como para fomentar el arte en sectores menos privilegiados.

—Un trabajo es un trabajo; yo amo lo que hago, es mi pasión, sé que eso no le sucede a todo el mundo. Recuerdo que me dijiste que antes tu trabajo era tu vocación, pero que ha dejado de serlo... Corazón, tienes que buscar alguna cosa que alegre tus días.

—Venir aquí alegra mis días.

Doménico me miró serio. Red desvió los ojos hasta él.

—¿Me disculpáis un momento? Daniel, ¿tienes un segundo? Me gustaría discutir algo contigo.

No hacía falta ser muy inteligente para deducir que Red y Doménico se traían algo entre manos. Seguro que habían estado hablando de mí y que ella le pidió tener un momento conmigo o que él le pidió que me hablase para intentar hacerme reaccionar.

Nos dejaron solas con nuestras bebidas.

—Vosotros dos sois muy poco sutiles —dije espiando en dirección a Doménico por el rabillo del ojo.

—Sí, bueno, se acabó el tiempo de las sutilezas.

Bebí un poco más.

—Antes de venir le he comentado a Doménico que pensaba en cogerme mis vacaciones del hospital. Quizá un tiempo lejos de allí me aclare la situación para saber si quiero regresar o no.

—Me parece buena idea. Tomar distancia de las cosas ayuda a ver si las echas de menos o no. Si no las extrañas, es momento de moverse hacia otro lado.

—Sí. —Apreté los labios—. No sé si extrañaré mi trabajo. Sí extraño a Leo.

—Bueno, has acertado nuestra conversación en al menos diez minutos. Has ido directa al meollo del asunto, ¿no es así? ¿Por qué te aferras a él? Entiendo que fue importante, hizo que todo en tu vida cambiase.

—Sí, eso hizo —solté en un suspiro.

—¿Qué más?

Mi corazón comenzó a patear con fuerza.

—Cuando Leo se fue, Dome me dijo una frase que se me quedó grabada y que hasta esta mañana yo no... —Mi garganta se cerró.

—¿Qué frase?

—Que buscar el amor es como buscarse a uno mismo: cuando te encuentras a ti mismo, encuentras el amor, porque es lo mismo. —Inspiré hondo—. Leo fue el puntapié inicial de esa búsqueda por encontrarme. Esta mañana yo... —Los ojos se me llenaron de lágrimas—. Leo se fue, pero todo sigue aquí. —Me llevé un puño al corazón—. Creo que lo amo y me da miedo no saber si me enamoré de alguien real o solamente de alguien que creí conocer. Es que, por buscarme a mí, encontré el amor. Y el amor es parte de mí y necesito saber si él quiere ser parte de mi vida para comprender qué es realmente mi vida. ¿Se entiende? Es enredado, lo sé. El caso es que necesito decirle que lo amo, Red. Necesito decirlo al menos una vez y, si luego dice que no, que no quiere saber nada de mí, pues entonces ya veré. Admito que es un tanto patético que después de tanto tiempo siga pensando en él, sobre todo porque él no parece ni remotamente interesando en mí.

—Eso no es del todo así.

Mi corazón se quedó quieto esperando que lo que mis oídos oyeran fuese declarado una mentira. Sucedió todo lo contrario.

—Lo vi hace una semana; estuve intentando convencerlo para que me dejara adquirir un par de sus piezas y venderlas.

—¿Dónde lo viste?

—Viajé a Canadá por trabajo. Él te mencionó.

—¿Sí? ¿Qué dijo?

—Le pregunté si no tenía pensado regresar a Buenos Aires y me contestó que no.

—Eso no suena bien.

Red puso los ojos en blanco.

—Le pregunté el motivo, y me contestó que por ti.

—Eso suena todavía peor.

—Eso es porque no viste su cara.

—¿Qué tenía su cara?

—No creo que esté pasándolo bien.

—Fue él quien cortó la comunicación entre nosotros.

—Creo que podrías cogerte esos días de vacaciones para conocer Dundas. No conozco la ciudad, con él nos vimos en Toronto. Por lo que cuenta, parece ser bonito lugar —comentó distraídamente recogiendo su copa de la barra.

—Red...

—Acabas de decirlo: necesitas confesarle que lo amas, y en eso estoy contigo. No creo que debas quedarte con la duda. E imagino que tampoco estaría de más que tuvieses la oportunidad de conocer al verdadero Leo. ¿Sabes una cosa?, los hombres se creen muy valientes y por lo general no lo son tanto, nosotras somos más duras. A ellos les cuesta un poco más recuperarse de los golpes. Doménico exige mucho de ti; sin embargo, creo que está siendo condescendiente con Leo.

—Los conoces mejor que yo. No puedo opinar sobre eso, porque ni siquiera sé de qué va todo esto.

—Ojalá Leo quiera contártelo. Sería muy bueno que lo hiciese.

—Entonces, ¿estás recomendándome que vaya y lo enfrente?

Red se quedó mirándome en silencio unos segundos.

—Yo creo que debes hacer lo que te parezca, lo que dicte tu corazón sin esperar la aprobación de terceras personas... y ni se te ocurra contárselo a Doménico. Él te quiere y adora a Leo, son los mejores amigos; sin embargo, ya te digo, lo protege demasiado. Cuando nos vimos, le solté un par de palabritas que me parece que necesitaba escuchar y, si bien se enfadó un poco, me parece que las captó. Es un poco duro para procesar las cosas —dijo sonriendo.

—No puedo decir nada, me ha costado todos estos meses procesar lo que he comprendido esta mañana.

Red me sonrió.

—Quizá estéis hechos el uno para el otro. Todos nosotros os veíamos miraros de aquel modo; todos esos gestos. Desde el primer momento me dio la impresión de que lo que teníais vosotros dos era especial, y sigo creyéndolo. Han pasado meses y ahí sigue, está en tu mirada cuando hablas de él, está en la de él cuando se te menciona a ti. —Hizo una pausa—. Creo que él también encontró una parte que le faltaba de sí, cuando te encontró a ti. Es de afortunados amar y tener a alguien que te ame.

—Yo no sé si él...

—Por eso mismo, tienes que averiguarlo.

—Ni siquiera tengo su dirección.

—No empieces a echarte atrás. No tengo la dirección de su casa, pero sí la de su ferretería. Si no lo encuentras allí por algún motivo, seguro que alguien podrá indicarte dónde vive. No te costará nada dar con ella en cuanto empieces a preguntar.

No es un pueblo muy grande y cuántos Leos puede haber que tengan una ferretería allí. Te pasaré la dirección mañana mismo.

—Gracias.

—¿Tienes dinero para comprar el pasaje?

—Sí, Red, gracias.

—Si necesitas cualquier cosa, no tienes más que pedírmelo.

Me abalancé sobre ella y la abracé.

—Gracias.

—No tienes nada que agradecer. De algún modo, un tanto extraño quizá, nosotros, este pequeño grupo, somos una familia. Leo, Daniel, Doménico, Velvet y tú sois muy importantes para mí.

—Gracias —repetí con los ojos anegados en lágrimas.

—Ya, ya, que me harás llorar. Hemos venido a divertirnos. Sonríe, tienes mucho por delante.

Eso esperaba.

De cualquier modo, recuperar las esperanzas me ayudó a pasar una mejor noche.

No perdí el tiempo y, al comprender que podía haber perdido muchas cosas de mi existencia pero que también había ganado otras, por fin en esta vida me sentía rodeada de personas que de verdad me comprendían y eso lo vi en mi gente, en esa familia que Red había mencionado, cuando después de salir de la sala nos sentamos a conversar, a beber y a reír hasta la madrugada.

## 26. Con vida otra vez

No fue sencillo conseguir que me permitiesen coger mis vacaciones de un día para otro.

Discutía con mi jefe en su oficina casi a gritos, pensando seriamente en presentarle mi renuncia, cuando alguien llamó a la puerta. Bárbara entró sin pedir permiso, por lo que la mala cara de nuestro jefe empeoró todavía más.

—Jefe, disculpe, yo puedo cubrir parte de sus guardias si hace falta, seguro que podremos sustituir a Alexia por unos días entre todos —soltó como si nada, evidenciando que había estado escuchando detrás de la puerta; bueno, quizá no le hubiese hecho demasiada falta pegar la oreja a ésta para oír nuestras voces.

Me quedé de piedra. No esperaba eso. Desde la noche de la cena en su casa, no habíamos vuelto a dirigirnos la palabra, ni siquiera había sentido la necesidad de enfrentarla por aquello de pedirle explicaciones. Jamás tuvimos demasiado contacto allí dentro y en esos últimos meses, menos que menos. Sí, nos habíamos cruzado por los pasillos o incluso en los quirófanos, pero hasta allí llegó todo. No me apetecía guardarme rencores, y aún menos planeaba fomentarlos entonces, cuando tenía toda mi energía puesta en viajar a Canadá.

Con eso quedó claro que Bárbara tenía un toque con los hombres que yo no poseía. Nuestro jefe accedió a permitirme coger diez días de los casi dos meses y medio de vacaciones que tenía acumulados.

Creí que Bárbara tenía algo que hablar con nuestro jefe y que por eso había aparecido por allí; sin embargo, salió conmigo de su despacho.

—Hola —me saludó cuando nos quedamos a solas en el corredor.

—Hola.

—¿Así que vacaciones?

—Ya lo has oído, diez días.

—¿Adónde irás?

—¿Has llegado aquí por casualidad? —solté cortándola. No pretendía tener rencores, pero ese súbito interés suyo en mí era tan poco normal como aquel que surgió por mi cumpleaños allá por el mes de julio.

—Te he seguido. No me mires así.

—¿Cómo quieres que te mire?

—Quería pedirte disculpas. Llevo meses sin encontrar el modo de acercarme a ti para hablar.

—No creo que haya nada que decir.

—Yo sí. Siento mucho todo lo que pasó. De verdad que lo lamento. Hugo habló con tu hermano ayer. Lo llamó para ver cómo seguía de su salud. También quiere llamarte a ti, pero no sabe... supongo que tarde o temprano encontrará el modo.

—No tiene que decirme nada. Está todo dicho. Tengo muy claro que los dos tuvimos parte de culpa en todo lo que sucedió. No sabía que siguieses viéndote con él.

—Estuvimos poco más de tres meses sin vernos. Espero que no te moleste... Bueno, quizá tengas todo el derecho del mundo de molestarte. Hugo y yo estamos intentándolo de verdad.

—¿Estáis juntos?

Asintió con la cabeza.

—Desde hace un mes nada más. Primero volvimos a vernos como amigos. Ya veremos en qué acaba. —Sonrió con timidez—. ¿Cómo estás tú?

—Todavía no lo sé.

—¿Has vuelto a saber de Leo?

Negué con la cabeza.

—¿Estás con alguien más?

Negué otra vez.

—Hoy te veo un poco mejor.

—Me entusiasma poder coger vacaciones.

—Sí, me lo imagino. Leo era un buen tipo.

—¿Por qué me dices eso?

—Espero que disfrutes tus vacaciones —soltó sonriendo—. Y ojalá un día Hugo y tú podáis sentaros a conversar en paz. —Hizo una pausa. Noté que tragaba con fuerza—. Dile que le mando saludos.

—¿Qué? —Ella no podía saber que me iba a Canadá, el único que lo sabía era Jerónimo y dudaba seriamente de que mi hermano le hubiese contado algo de mi viaje a Hugo.

—Supongo que Canadá ha de ser algo frío en esta época del año.

—¿Quién te lo ha dicho?

—No soy tan tonta. El caso es que creí que irías a buscarlo hace meses. De todas formas, mejor tarde que nunca.

—Bárbara...

—Hablabas todo el tiempo de ti y, aunque tú no decías una palabra... ni falta que hacía. Además, Hugo me contó que él estuvo allí contigo cuando tu hermano enfermó. Hugo tendría que haberse quedado también. Espero que un día reúna el valor suficiente para pedirte disculpas por eso, ya que lo lamenta, y mucho. —Otra pausa—. Anda, vete a preparar el equipaje.

—Tengo guardia ahora.

—¿Ya tienes pasaje?

—Planeaba comprarlo ya mismo, si no me llaman para alguna urgencia.

—Entonces no te entretengo más. Nos vemos, Alexia. Buen viaje.

—Gracias.

—No tienes nada que agradecer. A ver cuando Hugo y tú quedáis para tomar un café.

—Sí.

—A tu regreso, si es que vuelves —exclamó sonriendo.

—Gracias.

—No hay de qué.

Así nos despedimos y cada una se alejó en direcciones opuestas del corredor.

Media hora más tarde tenía un billete de avión comprado para Toronto y, de allí, a Dundas.

En cuarenta y ocho horas tendría oportunidad de decirle a Leo las palabras que llevaba guardadas en mi interior desde hacía meses, quizá desde el segundo en que nos vimos por primera vez.

Fueron dos días que se hicieron larguísimos y sumamente complicados, porque no quería que Doménico se diese cuenta de que me iba.

La partida tampoco fue sencilla; la noche anterior escondí mi equipaje en mi coche y, la mañana del vuelo, Jero vino a buscarme incluso antes de que saliese el sol por completo. No me gustó desaparecer así y desde el fondo del alma esperé que Doménico pudiese comprender mis razones. Con un poco de suerte, tardaría horas en darse cuenta de que no estaba trabajando, sino volando rumbo a Canadá.

\* \* \*

Si estaba nerviosa al bajar del avión, empeoré cuando el bus entró en Dundas. Y para qué hablar de la ansiedad que se me pegó al pisar aquella pintoresca callecita.

Tenía reservada una habitación en un *bed and breakfast* que se suponía que no quedaba muy lejos.

La tarde comenzaba a caer y la temperatura era bastante fría.

Si una cosa noté en los canadienses es que eran todos muy amables y eso me recordó ese gesto que tuvo Leo con aquella chica la primera noche que mi hermano pasó ingresado. Esa misma cordialidad la encontré en el taxista que me llevó hasta mi alojamiento y en la gente que allí me recibió.

No desperdicié demasiado tiempo instalándome; me limité a darme una ducha y a pedir indicaciones sobre cómo llegar a la dirección que Red me había pasado como la de la ferretería de Leo.

Fue una carrera contra el tiempo, porque temía hallar su negocio cerrado y no resistiría tener que esperar hasta el día siguiente estando ya tan cerca de él.

Me vestí tan rápido como pude después de secarme el cabello, procurando abrigarme lo mejor posible.

La dueña de la casa me consiguió un taxi que en menos de cinco minutos debía estar allí para mí, pero cada segundo que pasaba representaba una tortura.

Al final el taxi llegó. El hombre que lo conducía, al saber que procedía de tan lejos, fue mencionándome todos los sitios de interés por los que pasamos y me contó cosas sobre la historia de la ciudad, sus costumbres, la vida de los canadienses en general... yo solamente quería saber de uno que en realidad era canadiense de adopción.

El lugar era precioso, de eso no cabía duda; sin embargo, el único edificio bonito que yo quería ver era el de la ferretería de Leo.

—Esta es la calle —anunció el taxista.

Sin querer, clavé las uñas en el asiento del vehículo.

—Creo que es allí delante —indicó apuntando hacia la derecha.

Primero me asomé hacia delante entre los dos asientos delanteros y después, por mi ventanilla.

El cartel de la ferretería de Leo era rojo, blanco y azul. El negocio llevaba su apellido.

El «Van Roden, Hardware Store» me arrancó una sonrisa que se me borró cuando vi que el establecimiento tenía las persianas bajadas.

El taxi se detuvo frente a la entrada del local, que ya tenía las luces de la calle encendidas para afrontar la noche que estaba a un paso.

«Closed — Fermé.»

—¿Es correcta la dirección?, ¿está segura? —curioseó el taxista al ver que la dirección correspondía a un local que estaba cerrado.

—Sí. Es el negocio de un amigo. Deje el taxímetro corriendo. —Abrí la puerta y bajé; al lado de la ferretería de Leo había una lavandería de autoservicio que continuaba abierta—. Espere, por favor. —No llegué a oír si el hombre aceptaba o no, pero no creí que se fuera, todavía no le había pagado la carrera. Salté a la acera y, con muy poca elegancia, entré en la lavandería.

En mi inglés, que en ese momento se resistía a salir, saludé al chico que con cara de aburrido contemplaba la pantalla de su móvil.

Alzó la vista.

—Buenas noches.

—Buenas noches. ¿Qué puedo hacer por usted, señora? —me contestó en ese inglés tan suave y dulce que hablaban allí.

—Hola, mi nombre es Alexia. ¿Conoces a Leo, el dueño de la tienda de al lado?

—Sí, ¿por qué?

—La tienda está cerrada.

—Sí, lo sé. Leo cierra a las seis.

Miré la hora en mi reloj, todavía no la había cambiado a la hora local. Allí era una hora menos.

—¿No sabrías decirme dónde vive? Soy su amiga y he venido desde muy lejos, me hospedo en...

—¿Su amiga? —soltó interrumpiéndome—. ¿Y no sabe dónde vive?

—Sabía que aquí tenía su ferretería, pero no, no tengo la dirección de su casa.

—¿Lo ha llamado a su móvil?

¿Cómo decirle que Leo me tenía bloqueada?

—Lo que sucede es que quiero darle una sorpresa. Él no sabe que estoy aquí.

El chico puso todavía más cara de desconfianza.

—Escucha, llevo cinco meses sin verlo. Por favor, no soy ninguna loca, simplemente quiero darle una sorpresa.

—¿Usted es de Argentina como él?

—Sí.



—Se le nota, tiene un acento raro.

—Sí, bueno. He venido desde Buenos Aires para visitarlo y no quisiera tener que esperar a mañana para verlo.

—Es la primera vez que viene alguien de fuera a visitarlo. Es más, es la primera vez que una amiga suya pregunta por él.

«Menos mal», pensé yo. No me hubiese gustado escuchar que muchas mujeres venían a preguntar por él.

—Si pudieses decirme dónde vive...

—Mejor dígame donde se hospeda usted y yo avisaré a Leo mañana.

—No, escucha...

—O puede pasarle una nota por debajo de la puerta, la verá mañana temprano por la mañana.

—Por favor. —Me aferré del borde del mostrador—. Escucha, es importante que lo vea cuanto antes. Te juro que no soy ninguna acosadora ni nada por el estilo. Me hospedo en el *bed and breakfast* de la señora Pilgrim.

—¿Ah, sí? —Espió la pantalla de su móvil, el cual acababa de emitir el sonido de una campanilla.

—Por favor, te lo ruego. Si no sabes su dirección, ¿crees que alguien podría saberla? Tengo un taxi esperando fuera.

El chico estiró el cuello y miró hacia el exterior.

—Por favor. Llevo casi un día dando vueltas desde que salí de mi casa y lo único que quiero es verlo un momento y decirle hola. —Y que lo amaba, completé dentro de mi cabeza.

—Me deberá una caja de alfajores si lo hago.

La palabra *alfajores* en sus labios, y dicha entre palabras en inglés, sonó graciosa.

—¿Conoces los alfajores?

—Leo me trae a veces. Me trajo la última vez que viajó en julio. ¿Havanna?

—Sí, alfajores Havanna.

—¿Ha traído?

Me reí.

—No, la verdad es que no, lo siento. No pensé en eso.

—Me encantan. Si te paso la dirección, la próxima vez que vengas me deberás una caja de alfajores.

—Ok, no hay problema. —Tendí mi mano derecha en su dirección—. Te deberé una caja de alfajores Havanna.

El joven estrechó mi mano.

—Trato hecho.

Nos dimos un apretón.

—Te la anotaré. Debo advertirte de que está lejos de aquí, Leo vive en las afueras.

—Está bien, no hay problema.

—Si planeas ir a visitarlo a menudo, deberías plantearte alquilar un coche. La carrera te costará cara.

—No importa, necesito verlo.

—La casa está algo apartada.

—Seguro que la encontraré.

El chico terminó de escribir la dirección y me pasó el papel.

—Te he anotado algunas indicaciones para el taxista o se perderá.

—Ok, gracias.

—De nada. Recuerda que me debes una caja de alfajores.

—Sí, claro.

—Te veré por aquí, entonces.

—Sí, me quedará unos días.

—Entonces seguro que nos veremos mañana por la noche.

—Y eso, ¿por qué?

El móvil del chico comenzó a sonar.

Me soltó un «hasta mañana» y contestó su llamada.

Di media vuelta y salí de la lavandería.

Las piernas no me daban para atravesar la acera más rápido de lo que la atravesé.

Con más fuerza de la necesaria, cerré la puerta del taxi y le pasé el papel con la dirección al conductor.

—¿Puede llevarme?

—Sí, pero le advierto de que no está nada cerca.

—No hay problema, le pagaré lo que me pida.

—Bien. Como usted quiera.

El taxista puso primera y arrancó. Ya era noche cerrada y mi estómago crujió de hambre.

Las pintorescas luces de la ciudad le abrieron paso a los árboles vestidos acordes con sus trajes de un otoño avanzado.

Las casas quedaban cada vez más repartidas en el terreno y a lo lejos se divisaban, sobre el cielo azul y estrellado, unas montañas que tornaban el entorno un verdadero paraíso. Todo el lugar era idílico y comprendí lo fácil que era encariñarse de ese lugar. Imaginaba lo que debía de ser despertar con el olor a verde, a frío y a esas montañas, a ese sitio tan tranquilo con casas rodeadas de extensos terrenos. Yo ya no quería largarme de allí jamás y eso no era solamente por Leo.

La ruta se hizo cada vez más oscura.

—¿Falta mucho para llegar?

—Creo que no, no estoy seguro. No se preocupe, no puede estar muy lejos.

—Bien.

—Nunca había venido hacia este lado —comentó, y volvió a echarle una mirada a la dirección en el papel.

Allí las casas estaban salpicadas entre el paisaje, semiescondidas entre los árboles. Una construcción aquí, otra allí; de algunas propiedades no veías más que el tenue reflejo de las ventanas muy a lo lejos, y en otras solamente los caminos de entrada a la misma.

Pasamos de largo uno de esos caminos, con un buzón pintado de azul, y seguimos avanzando.

El taxista frenó de golpe. Puso marcha atrás y, espiando por encima de los dos asientos, retrocedió.

—Me parece que la casa es ésa.

El buzón azul pasó por delante de mí, pero estaba tan nerviosa que no vi el número.

El conductor detuvo el retroceso al quedar el buzón a la altura de su ventanilla.

Alzó el papel y me lo tendió.

—Sí, ésta es la propiedad que busca.

Cogí el papel y él apagó el taxímetro.

Eché un vistazo.

Detrás de árboles y setos, se pescaban retazos perfectos de una casa que parecía de ensueño... de ladrillos rojos y madera con techos a dos aguas emergiendo en todas direcciones; ventanales, un porche, mucho verde, un camino para la entrada de vehículos.

—¿Quiere que la espere?

Me mordí el labio inferior, no podía estar más ansiosa o tener más miedo de lo que pudiese suceder a continuación.

—No, está bien. Gracias. —No tenía intención de partir de allí muy pronto. Le entregué el dinero—. Quédese con el cambio.

—Muchas gracias, señora.

—Gracias a usted. —Abrí la puerta y el frío se metió dentro de la cabina—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Cerré la puerta y comencé a experimentar el vértigo de no saber qué sucedería a continuación.

Tan trabada estaba que me quedé en mi lugar observando cómo el taxi daba la vuelta ejecutando una letra u, para retomar el camino de regreso a la parte más urbanizada de Dundas.

Las luces de posición del vehículo se perdieron detrás de la curva y entonces me quedé sola en la oscuridad de la noche, solamente atenuada por el brillo de un trocito de luna que asomaba por detrás de las nubes que habían comenzado a cubrir el cielo de camino hacia allí.

Giré sobre mis pies y me interné un par de pasos por el camino en el que había dos surcos pelados en el césped, del pasar de un automóvil por encima. Desde allí la casa se veía mejor. Completamente iluminada, reluciente, perfecta, una casita idílica, en un lugar idílico, habitada por el hombre que yo amaba.

Reuní valor, di un paso, otro y uno más, hasta internarme en un espacio al que, el título de «jardín delantero», le quedaría muy pequeño. Aquello era un trozo de bosque y así mismo olía.

La casa era grande, tenía garaje para dos vehículos y desde sus ventanas las vistas debían ser estupendas, porque la construcción estaba más elevada que el camino, por lo que el paisaje debía quedar por encima de las copas de los árboles.

Una corriente impetuosa me llevó por delante sin lograr detenerme.

El corazón comenzó a darme de patadas cuando pocos metros faltaban para llegar a los escalones que subían hasta el porche delantero y, de allí, a la puerta de entrada. Allí pendía un móvil de un diseño similar al que colgaba en la tienda a la que

Leo me llevó a comprar materiales para sus obras. No me quedó ninguna duda de que ese trabajo también era producto de sus manos.

Ascendí los cinco escalones y, al asomarme hacia la izquierda, vi otro móvil, sólo que éste colgaba de un pie y era del alto de una persona; estaba hecho de piezas de cubertería.

En el porche había una hamaca blanca para dos; un par de sillones y, sobre uno de éstos, una manta; una mesa; más allá, una pelota de básquet.

Allí olía a hogar.

Me aproximé a la puerta y sonó un ladrido.

Di un paso más y el perro que estaba dentro comenzó a ladrar con más fuerza.

En mi vida había tenido mascotas y me hizo feliz saber que Leo las tuviese. Incontable cantidad de veces le había pedido a mis padres un perro y ya de mayor, con los estudios y el trabajo... y luego Hugo insistió en que era demasiado trabajo, que ninguno de los dos teníamos tiempo para ocuparnos de un perro, ni siquiera de uno pequeño.

El perro que ladraba no era de esos; tenía un vozarrón potente que reverberaba en la amplitud de la noche.

Si bien intuí que mi llegada era evidente, toqué el timbre.

Por encima del sonido del timbre y del ladrido del perro, me pareció oír música.

Mis nervios eran solamente comparables con mi emoción.

Percibí pisadas al otro lado de la puerta.

La cerradura sonó, la puerta crujió.

Ante mí aparecieron un par de pantuflas con forma de perros bulldog y un par de piernas muy delgadas que lucían unos *shorts* de lo que en el pasado había sido un pantalón tejano. Por encima, un suéter enorme y deforme de color blanco, un rostro muy joven, de mejillas altas y unos enormes ojos claros entre gris y celeste; una melena lacia y corta que no le llegaba ni a la mitad del cuello. Junto a ella, un enorme y peludo golden retriever que volvió a ladrar.

—Chis, *Cooper*. —La chica alzó sus ojos hasta mí, sujetando al animal por su collar azul—. Hola, buenas noches.

Desanimada, comprendí que ésa no era la casa de Leo; el chico de la lavandería debía de haberme dado mal la dirección.

Sonaba música que tapó mi silencio.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó en el mismo inglés suave que todos hablaban aquí.

—Buenas noches. Perdón, lo siento, creo que me he equivocado de casa. Disculpa. —Retrocedí un paso.

La muchacha, que debía de tener unos quince o dieciséis años, se quedó mirándome.

—Claro, no hay problema. ¿A quién busca? Quizá pueda ayudarla a encontrar la casa —propuso con una gran sonrisa.

Dudé, porque no creía que ella, con esa edad, pudiese saber quién era... aunque tal vez sí sus padres.

—Bueno, quizá sí. Estoy buscando la casa de Leo Van Roden; él tiene una ferretería en...

—¡Papá, te buscan! —soltó la chica en un perfecto castellano, interrumpiéndome.

Quedé petrificada. Mi cerebro poco a poco asimiló que ella había hablado en castellano y que había llamado a su padre cuando mencioné el nombre de Leo.

Mis rodillas temblaron, y el estómago se me subió hasta la boca.

Mis ojos se pusieron a buscar rasgos familiares en el rostro de la joven.

—Después de todo, sí habías dado con la casa correcta —me dijo en inglés.

—Yo no sabía que... —dije en castellano, porque apenas recordaba cómo hablar, mucho menos si tenía que hacerlo en inglés.

El tema terminó y empezó uno nuevo; era música alegre que incluía un banjo.

—Ah, que habla castellano. —Sonrió todavía más ampliamente—. Pa, te buscan —gritó todavía más fuerte.

—¿Qué? ¿Quién? Estoy cocinando.

—Perdón, no le he preguntado su nombre —se disculpó la chica.

—Soy...

Vi a Leo aparecer en el acogedor salón de la casa que sin duda tenía su apariencia, pues todo era calidez, sensación de comodidad, mezclado con un toque de fuerza. Predominaban los rojos, los amarillos, el naranja, la madera. Sobraban libros e instrumentos y todo lo que hace a una casa realmente habitada y disfrutada.

Llegó desde una abertura que era una gran viga de madera, limpiándose las manos en un paño de cocina.

Todo mi cuerpo enloqueció cuando nuestras miradas se cruzaron, porque cada célula en mí recordó los momentos pasados juntos, los momentos a través del cristal y todo lo que había anhelado verlo durante esos últimos meses.

Llevaba una camiseta azul de mangas cortas con un palo de hockey sobre hielo atravesado en el pecho junto con el nombre de un equipo, tejanos y zapatillas deportivas.

—Alexia.

Mi nombre en su voz me hizo sentir con vida otra vez; más que eso, me devolvió la vida.

—Hola.

La muchacha nos miró por turnos.

—No sabía que tendríamos visita —exclamó.

—Tampoco yo —le contestó Leo.

Ésa era la vida que él tenía, la vida a la que debía regresar.

¿Por qué no me contó nada?

Si salía su esposa de la cocina, iba a darme algo. ¿Cómo podía ser que nadie me hubiese dicho que estaba casado?

—Perdona por llegar así, yo no... lo siento. No sabía...

Leo llegó hasta nosotras.

—No, no sabías —soltó en un largo suspiro.

La hija de Leo volvió a mirarnos a ambos.

—Alexia, te presento a Guillermina. —Miró a su hija—. Willa, ésta es Alexia.

La chica tendió su mano derecha en mi dirección.

—Es un placer, Willa.

Estreché su delgada mano.

—Lo mismo digo.

—Willa, ¿podrías ir a vigilar la comida?

—Sí, claro.

—Llévate a *Cooper*, por favor.

Su hija lo miró.

—De acuerdo.

Tiró del collar del perro y, después, lo soltó. El animal la siguió.

Leo la vigiló con la mirada hasta que desapareció por la misma abertura por la que él había aparecido.

—Leo, yo...

—¿Qué haces aquí, Alexia? ¿Quién te ha dado mi dirección?

—Yo necesitaba... —Leo todavía no me había echado de su casa; sin embargo, desde su mirada hasta lo que expresaban sus manos y el resto de su cuerpo no me hacía sentir muy bienvenida—. No sabía... no sé qué hacer con mi vida; desde que te fuiste no puedo...

—¿Por qué recurriste a mí?, ¿qué haces aquí?

—No podía ir con nadie más. Nadie puede entenderlo. Lo que soy desde que te conocí... Somos compañeros, Leo. Dejaste mi cabeza hecha un lío.

—Un momento, alto. No te obligué a nada. Tú me lo pediste, era tu deseo, lo que querías.

Y seguía queriéndolo, pero no dije nada porque Leo se comportaba demasiado a la defensiva.

—No sé cómo ser yo. Ya no sé quién soy. Pensé que podrías...

—¿Y crees que yo sé cómo hacer esto? No tengo ni idea. No creí que volvería a verte. No estaba en mis planes volver a verte. Pensaba que, cuando me fui, todo había quedado claro.

—Había; ya no está claro. ¿Por qué no me dijiste que estabas casado, que tenías una familia?

—No estoy casado.

—Bueno, no hace la menor diferencia si firmaste un papel o no. Debiste decírmelo.

—No tenía ninguna obligación de decirte nada, Alexia. En nuestra relación nada tenía que ver mi hija.

—Sí, bueno, tu hija no, pero su madre, sí.

—¿Su madre?

—Sé que yo estaba con Hugo, pero tú lo sabías; yo desconocía que en tu vida había alguien más.

—En mi vida no hay nadie, Alexia.

—Por favor, Leo, ¿qué sentido tiene ocultarlo? Mejor me voy antes de que ella... No puedo creerlo. He venido aquí... me siento como una idiota. ¿Qué dirá tu hija ahora? No quería causarte un problema.

—Bueno, ya está hecho, pero te repito que no hay nadie. No te mentí sobre eso.

—Leo, por favor... —Apunté en dirección a la cocina—. Su madre.

Leo se relamió los labios y luego los apretó con fuerza para finalmente morderlos.

—La madre de mi hija lleva quince años muerta, Alexia.

—¿Qué?

—Y después de ella, no volví a casarme.

—¿Casarte...?, ¿quince años?

—Fui padre antes de cumplir los dieciséis.

Quedé boquiabierto.

—Su madre y yo estuvimos casados menos de un año y luego ya no más. Cuido solo de mi hija desde entonces. Soy lo único que tiene.

—Leo...

—Por eso debía regresar. Por ella. Guillermina es mi vida, es lo más maravilloso que he tenido jamás, lo más perfecto, y me ha costado mucho llegar a esto.

—No tenía ni la menor idea.

—Es una larga historia que imaginé que no debías querer escuchar. No tenías por qué escucharla.

—No supongas por mí, Leo. —Mis ojos se llenaron de lágrimas; le sonreí—. Tienes una hija.

—Sí.

—Debiste decírmelo. Me hubiese encantado que confiases en mí contándomelo. Leo...

—Obviamente ella no sabe... soy su padre.

—Claro, entiendo.

Nos quedamos en silencio, sus ojos se clavaron en los míos.

—¿Cómo demonios has llegado hasta aquí?

—He viajado muchas horas. He venido en un taxi desde tu ferretería; por poco nos perdemos con el taxista.

—Evidentemente estás muy perdida si has llegado hasta aquí.

—Estaba perdida sin ti, ahora estoy mejor.

—Alexia...

—Nunca me dejaste, Leo. No importa cuántos kilómetros de distancia pongas entre nosotros, siempre seguirás conmigo, porque eres mi compañero.

—No digas eso.

—Llevaba meses sin poder respirar, sin sentirme del todo viva.

—Alexia, yo no puedo mantenerte con vida. No puedo hacer eso.

—Sólo tienes que amarme. Nada más. Te amo, Leo. He venido hasta aquí para decírtelo, porque lo tengo atragantado desde el día en que te fuiste, porque debí decírtelo antes de que te fueras. Te amo y ésa es mi única verdad.

—Alexia...

—Papá, ¡la cena! —sonó el grito de Guillermina desde la cocina.

—Voy. —Estrujó el paño de cocina entre sus manos—. Mierda, que se quema la cena —exclamó después de olfatear el aire, que sí olía a chamuscado. Se lanzó en dirección a la cocina y yo acabé de entrar en la casa, cerrando la puerta detrás de mí.

Me tomé unos segundos para examinar lo que me rodeaba. Había muebles de madera suave, mantas rústicas, alfombras. Lámparas muy bonitas y modernas que, si bien contrastaban con el mobiliario, le otorgaban al ambiente un aspecto muy particular.

Di un par de pasos y pisé una bola roja que estaba toda masticada.

Entre dos de los sillones que rodeaban la mesa de café, que más que mesa parecía una magnífica obra de arquitectura, había un colchón azul con mantas y otros juguetes de perro que sin duda pertenecían a *Cooper*.

La mayoría de los marcos que colgaban de las paredes contenían fotografías en blanco y negro; las había también a color, pero eran las menos.

Fotografías de paisajes, montañas, picos asomándose a riscos que ponían la piel de gallina. La sonrisa y los ojos de la niña que ahora era una jovencita con una mirada que, a pesar de tener una forma muy distinta a la de su padre, transmitía la misma intensidad. Docenas de fotografías de Leo con su hija desde muy pequeña hasta otras que debían de ser muy recientes.

De camino a la cocina, vi discos viejos en una estantería, un tocadiscos.

Contra un gran ventanal que daba todo a lo largo del lateral de la casa, contra una pared, palos de hockey, patinetes, cascos, unas pesas de tamaño considerable, un par de zapatillas de deporte. Al otro lado del cristal, debajo del alero, había varios sets de pesas y uno de esos bancos con una pesa gigantesca colocada sobre unos soportes.

Pasé junto a una mesita de apoyo en la que descansaba, cerrado, un Mac y, sobre éste, un iPod rosa con unos aparatosos auriculares del mismo color, y llegué hasta la arcada para asomarme más allá y vi lo mejor de todo... mis rodillas temblaron cuando mis ojos reconocieron la semiesfera de metal que Leo me había quitado de las manos diciéndome que no era mi salvavidas, que él no era mi salvavidas. Era una lámpara preciosa con base y cuerpo de madera clara y suaves curvas.

No conseguí resistir la tentación y hasta ella me moví. Busqué el botón de encendido y lo presioné. El Mac, el iPod y los auriculares quedaron bañados de una suave luz nacarada.

Le sonreí a aquella lámpara con la que tantas veces había soñado y me encantó encontrármela en mitad de su sala, a la vista de todos, frente a sus ojos a cada hora del día.

Sin poder dejar de sonreír, apagué la lámpara y regresé a mi camino.

Anduve junto a una gigantesca mesa de comedor, que era un listón de un tronco de un árbol increíblemente alto, conservada casi al natural, lisa y con una pátina apenas satinada.

Más allá, otra acogedora sala de estar, una isla y la enorme cocina circundada por un ventanal en forma de ele que daba al precioso paisaje vestido de noche.

Frente al horno, Leo con su hija.

Mi cerebro todavía no se acostumbraba a la situación; Leo con una hija adolescente.

—Toma. —Guillermina le pasó las manoplas de cocina a su padre y se apartó para que éste pudiese abrir del todo la puerta del horno—. Ha quedado bien —opinó cuando Leo extrajo la bandeja del infernal interior—. No parece haberse quemado tanto.



—No, creo que se puede salvar.

—Huele bien —intervine dando un par de pasos más dentro del ambiente.

Los dos se volvieron a mirarme.

—Mi papá es un excelente cocinero.

—Cuando la comida no se quema —murmuró Leo posando la bandeja sobre un soporte de corcho encima de la encimera.

—¿Te quedas a cenar? —curioseó Guillermina cerrando la puerta del horno—. Es noche de hockey y papá ha preparado tacos de sobra. Son vegetarianos, pero igual saben bien.

Los ojos de Leo volaron como un flechazo en dirección a los míos.

—No quiero molestar. —Tampoco quería irme.

—No es molestia. Vosotros dos, ¿sois amigos?

—Sí —contesté yo.

—No —soltó Leo, quien, al escuchar mi respuesta, retrocedió sobre sus palabras—. Nos conocimos en mi último viaje a Buenos Aires, Willa. Alexia era...

—Era novia de un amigo de la infancia de tu papá, nos conocimos el día de mi cumpleaños.

—¿Ah, sí? ¿Eras?

—Sí, terminamos.

—¿Tienes novio ahora? Mi papá tiene un serio problema con los novios.

—No tengo un problema con los novios, tengo problema con los especímenes que te rondan.

—Son chicos normales y corrientes —bufó—. ¿Estás aquí de paso? Dundas está muy lejos de Buenos Aires.

—Sí, muy lejos, pero bueno, estoy de vacaciones. Dándome un tiempo con mi trabajo... es decir...

Leo se quedó mirándome un momento y después pasó entre la isla y mi persona, y fue a posar la bandeja con los tacos sobre la mesa baja que había entre los sillones, justo frente a una enorme televisión que tenía el volumen muy bajo.

Los jugadores todavía no ocupaban la pista de hielo blanca detrás de los dos comentaristas. Era la previa del partido.

—Así que estás de vacaciones... ¿De qué trabajas?

—Soy cirujana pediátrica. Especialista en cirugía torácica pediátrica.

Willa puso cara de asco.

—No me gusta la sangre.

—Ni a mí, y aún menos a la hora de la cena —soltó Leo pasando por delante de mí de regreso al sector de la cocina; fue hasta un armario y sacó un plato y un vaso.

Al menos no tenía planeado echarme de su casa. A regañadientes, pero había aceptado que me quedase a cenar, quizá más que nada para no montar un escándalo delante de su hija.

—¿Dónde te hospedas?

—En el Pilgrim, es un *bed and breakfast*.

—Sí, ya sé cuál es.

Leo volvió a la mesa y Willa lo siguió. Fui tras ellos.

—De todos los lugares bonitos que hay para ir de vacaciones y vienes aquí. ¿No te gusta la playa?

—Sí, me encanta la playa, pero no conocía Canadá.

—¿Volaste a Toronto? Debiste quedarte allí, aquí no hay demasiado que ver.

—No digas eso, Willa. Dundas es perfecto.

Willa puso los ojos en blanco y se sentó a la izquierda de su padre en el largo sillón frente al televisor, después de pasar por delante de él. Los tres platos estaban en hilera sobre la mesa, de modo que, sin ser formalmente invitada, me senté a su derecha.

Leo subió el volumen, el partido estaba a punto de empezar.

—¿Cuántos días te quedarás? —me preguntó Willa asomando por delante de su padre.

—Diez.

—Perfecto, entonces podrás ver un par de partidos de papá. Mañana por la noche juega.

—¿A qué juegas? —le pregunté a Leo directamente y él, en respuesta, apuntó en dirección a la pantalla; los jugadores de hockey salían al hielo dentro de sus aparatosos uniformes.

—El equipo de papá se enfrentará mañana al equipo Heritage.

—¿Son buenos?

—*Naaa*, qué va, papá los aplastará. Aunque Gideon es muy bueno. De no ser por él, los Heritage estarían hundidos.

—¿Quién es Gideon?

—El veterinario. Tiene su clínica frente a la ferretería de papá. —Willa le dio dos potentes palmadas a la espada de Leo—. Papá es mejor. No te atrevas a decir lo contrario —soltó, y comenzó a reír.

—No le veo la gracia. Come. —Leo le pasó a su hija un taco con la evidente intención de cerrarle la boca.

—No te preocupes, Van Roden, tus fans te adoran.

—¿No te cae bien el veterinario?

Leo me miró con el entrecejo fruncido y me entregó mi cena.

Más claro que eso...

—No sabía que jugases al hockey —le dije en voz baja alzando el plato y el taco hasta mi boca. El partido acababa de comenzar.

—Papá practica mucho deporte, deberías verlo escalar o hacer *parkour*. ¿Sabes lo que es el *parkour*?

—De hecho, sí —le contesté a Willa—. Tu papá me envió en eso.

—Entonces vosotros dos os conocéis bastante bien. —Willa nos lanzó una mirada suspicaz.

—No demasiado —contestó Leo.

Willa lo ignoró.

—Vendrás mañana al partido, ¿no es así? Puedo pasar a recogerte, me queda de camino. Papá irá más temprano, pero yo iré para la hora del comienzo del encuentro. No me molestaría tener que pasar a buscarte.

—Bueno, gracias.

Leo me miró.

—Genial.

—¿No probarás la cena? —lanzó Leo en mi dirección.

Le di un mordisco al taco. Estaba buenísimo y me hizo recordar lo famélica que estaba.

Leo me entregó una botella de cerveza sin alcohol y abrió otra para él.

—¿Seguís a los de rojo, blanco y azul? —Por lo que entendía del hockey, que no era mucho, me pareció que era a ellos a quienes alentaban.

—Sí, son los Dundas Real McCoys.

—Ah, bien. —Le di otro mordisco a mi taco y, mientras miraba el partido, bajé todo con un trago de cerveza—. ¿Cómo se llama tu equipo, Leo?

—Dundas Dudes —exclamó Willa antes de que Leo tuviese tiempo de despegar los labios para contestar—. Los Viejos de Dundas.

—Tíos o tipos suena mejor. No soy viejo. Ya verás cuando llegues a mi edad.

—Ok, abuelito. ¿Cuántos años tienes, Alexia?

—Veintinueve.

—No eres tan vieja.

—Gracias. —Reí.

—Willa...

—¿Qué le regalaste por su cumpleaños?

—Bueno... nada.

—Qué mal, papá.

Eso no era cierto, Leo me había dado el mejor regalo que había recibido en mi vida.

—¿Te habló de mí? Es la primera vez que una *amiga* de mi papá come aquí.

—Willa, esto no es... —Leo soltó su plato sobre la mesa. Los Dundas Real McCoys anotaron, pero allí, en la casa, nadie lo celebró.

—Relájate, papá. No estaría mal que lo fuera.

—Sí, pero no lo es. Alexia es una amiga, nada más.

—Creí que habías dicho que ella no era tu amiga. —Dejó su plato sobre la mesa también—. Mi papá jamás ha tenido una novia —soltó en mi dirección.

—Willa, no quiero escuchar esto.

—Mi papá se separó de mi mamá cuando yo todavía no tenía un año y ha estado cuidando de mí desde entonces. Es lo único que hace.

—No es lo único que hago. Willa, por favor.

—Nosotros no somos novios, Willa. Es más, tu papá no esperaba verme aquí.

—Pero aquí estás y es la primera vez que una mujer viene a verlo. No voy a partirme por la mitad ni a ponerme suicida si un día invitas a una amiga al cine. O a un partido de hockey.

—Willa. —Leo se puso de pie.

Su hija lo siguió.

—Mamá murió hace mucho. Ya has cumplido con creces el rol de viudo.

—No digas esas cosas.

—No fue culpa tuya.

—Willa, no es momento para esto.

—Jamás lo es y llevas toda mi vida solo. Eso no es normal ni sano. Y ahora llega ella y te pones malhumorado.

—No estoy de mal humor.

Willa se cruzó de brazos y lo enfrentó.

—No lo entiendes.

—Sí que lo entiendo. Tienes que rehacer tu vida.

—¿Otra vez has estado hablando con Doménico?

—Sí, ayer; llamó por FaceTime. Doménico es como mi tío. Es un amigo de papá. Es italiano. Vive en Buenos Aires. ¿Lo conoces?

Asentí con la cabeza.

—Vivo en un apartamento que tiene sobre su gimnasio.

—Claro, si practicas *parkour* también...

—Willa, no te desvíes del tema.

—Eres tú el que se desvía del tema, papá. Ni siquiera tengo recuerdos de mi madre. Sí, me gustaría que estuviese aquí, que no se hubiese suicidado, pero ella no está ni jamás estuvo para nosotros.

—¡Willa, no digas eso!

—Nos abandonó y luego...

—¡A tu cuarto, ahora!

—No me voy, ni hablar. Estás raro desde que has vuelto de Buenos Aires.

—¡Guillermina!

—¡No me grites! —chilló ella abriendo mucho los ojos.

—Soy tu padre y te grito todo lo que quiero. No permitiré que hables de tu madre así. Respétala.

—No tengo a quién respetar, ella se fue y nos dejó.

—¡Arriba, ahora!

Willa lo miró con ganas de soltar algo más, pero al final gruñó y salió corriendo de la cocina por una escalera lateral que había en un corto pasillo paralelo al sector del comedor más allá de la cocina.

La hija de Leo se fue escaleras arriba aporreando el suelo con sus pantuflas de bulldog.

*Cooper* apareció de no sé dónde y subió tras ella a toda prisa.

Leo y yo nos quedamos mudos, lo único que se oía era el partido en la televisión.

Después de un par de segundos de evitar mis ojos, Leo me miró.

—Perdón. No creí que fuese a desatar nada semejante. No tenía ni la menor idea.

—Sucedé a menudo últimamente. Hoy te ha tenido a ti de excusa, pero siempre encuentra una para sacar el tema y que acabemos a gritos.

—No me dijiste que eras viudo.

—No dije muchas cosas.

—Debió de ser muy difícil para vosotros.

—Malena me dejó poco antes de cumplir los cuatro meses Willa. —Leo se dejó caer en el sillón—. Nos casamos demasiado jóvenes. Yo creía que hacía lo correcto. Cuando quedó embarazada, Malena me dijo que no quería tener al bebé, pero entre sus padres, mis padres y yo la convencimos. Cuando supe que sería padre, fue increíble, estaba tan feliz que no cabía en mí. Ella no se sentía igual. Le juré que lo

haría todo por ella, que la protegería, que protegería a nuestra familia, que haría todos los sacrificios que hiciese falta hacer. Malena y yo, por ese entonces, éramos un desastre... un día estábamos juntos y, al siguiente, con otra persona, pero, cuando ella me dijo que esperaba un bebé, todo quedó claro para mí. Pese a su negativa, entre todos le hicimos creer que todo saldría bien. Nuestros padres hicieron que nos casásemos. Obviamente no hubo fiesta, solamente una comida familiar. Me sentía el hombre más feliz del mundo y no tenía más que quince años. Quería ser esposo y padre, quería estudiar y trabajar, y mantener a mi familia. Estaba lleno de sueños y proyectos. —Leo meneó la cabeza—. Malena estuvo así un tiempo, se le contagiaron mis ganas; con el correr de los meses las cosas cambiaron. Para la fecha del parto, no hacía más que decirme que me odiaba por hacerla pasar por eso, por el embarazo y el matrimonio. Ella quería su vida de regreso, la vida que yo le había arrebatado con mi insistencia en ser padre. —Se detuvo un momento para inspirar hondo un par de veces y continuó—. Los últimos meses del embarazo los viví con miedo constante de que le hiciese daño a Guillermina y de que se hiciese daño a sí misma; Malena tenía un historial en ese tema. Cuando yo estaba en la escuela, mi madre o su madre la cuidaban. El día que mi hija nació, mi padre vino a buscarme al colegio para llevarme a la clínica. Asistí al parto. Fue la única vez en mi vida que pude ver sangre sin desmayarme. Ese día acabó todo entre Malena y yo. Desde ese día, me odió con todo su ser. Jamás amamantó a Guillermina, se negaba a tenerla en brazos, no la cambiaba, bañaba o vestía, no le daba de comer. No quería ni verla.

Estrujé el almohadón en el que estaba sentada. Eso era todavía mucho más que simplemente tener una hija.

—A las dos semanas de tener a Guillermina, Malena retomó su vida.

»Vivíamos en la misma casa; mis padres tienen una casa de visitas en el terreno de la suya, y allí nos mudamos. Yo iba al colegio, estudiaba y cuidaba de Guillermina al llegar. Malena comenzó a salir con sus amigas, a escaparse para salir de noche. Yo la quería y de verdad quería que lo nuestro funcionase. Estuvimos así cuatro meses, hasta que un día ella recogió sus cosas y se marchó de regreso a casa de sus padres. Los míos intentaron hacerla volver, hablaron con los padres de Malena, pero entonces ni Malena ni sus padres ya querían tener nada que ver con Guillermina. —Leo suspiró—. Malena comenzó a tener problemas con la bebida. Pasaba todas las noches fuera. Jamás volvió al colegio. Visitó a Willa una vez más y luego desapareció.

Leo enmudeció, bajó la vista y pilló su lata de cerveza.

—Llevaba una semana sin dar señales de vida cuando sus padres recibieron una llamada de una amiga de ella; no era alguien del colegio, nosotros no la conocíamos. Las dos se habían fugado a Australia. Malena se suicidó allí.

—Leo... lo siento. —Hice amago de coger su mano y, como no noté rechazo por su parte, la estreché con las mías.

Me permitió que lo tocara.

—Recién habíamos comenzado el divorcio. Quedé viudo a los dieciséis años.

»No pude evitar que mi hija perdiese a su madre, no pude evitar que tuviese que crecer sin ella, sin su familia. Soy lo único que tiene y ella es lo único que tengo.

—¿Y tus padres?, ¿y los padres de Malena?

Leo negó con la cabeza.

—Mi padre es de la opinión que yo lo he hecho todo mal y no quiere tener nada que ver con mi hija ni conmigo.

—¿Y tu madre?

—Lo mismo. Guillermina no tiene ningún recuerdo de su madre o de mis suegros. Bueno, de ellos tiene una fotografía cargándola el día en que nació y nada más.

—Tiene al tío Doménico.

—Alexia, no puedo hacer esto. —Quitó mis manos de encima de las suyas—. No puedo arriesgarme a que mi hija lo pierda todo otra vez. Soy un desastre tomando decisiones. —Se puso de pie—. Por eso te dije que no me va el amor. No volveré a pasar por eso, no volveré a someter a mi hija a eso. —Leo se quedó en silencio un momento—. En la carta que dejó puso que yo había arruinado su vida.

Mi piel se heló.

—Leo, ella no tenía derecho a decir una cosa así.

—La obligué a tener a Willa, a casarse conmigo. La forcé a todo lo que ella no quería y ya ves cómo acabó todo.

Los ojos de Leo estaban llenos de lágrimas.

—No es culpa tuya.

—Sí lo es. Jamás lo entenderás. Será mejor que te lleve a tu hotel, un taxi tardará una eternidad en llegar hasta aquí.

—¿Te das cuenta de que esto tampoco la hace feliz? Ella sabe que no eres feliz.

—Mi hija es demasiado joven, no tiene ni la más remota idea sobre cómo va la vida y tú no sabes lo que ha sido vivir mi vida. Yo no te amo, Alexia, y en mi vida tampoco amaré a nadie más.

—Eso es ridículo.

—No tiene que gustarte. —Leo me esquivó y se fue en dirección al salón.

Lo seguí.

—Tu hija dice que llevas meses raro.

—No empieces, Alexia. —Leo tiró de una puerta que resultó ser un pequeño vestidor y de allí sacó un abrigo.

—Entonces, explícame, ¿por qué has estado así?

—No tengo que explicarte nada. —Siguió caminando hasta la puerta—. Willa, voy a llevar a Alexia a su hotel —gritó aturdiéndome para avisar a su hija.

Willa no contestó.

—No puedo creer que, después de todo lo que dijiste, después de todo lo que me exigiste... Querías que yo fuera feliz, que me hiciese de una vida, y tú huyes de la tuya, de lo que podría ser la tuya.

Leo descolgó de un tirón un manojo de llaves del mueblecito que había junto a la puerta y la abrió.

—Ya entiendo porque Doménico dijo todo lo que dijo.

—Ése no se salvará. Apuesto lo que sea a que ha sido él quien te ha enviado.

—Doménico no tiene ni la más remota idea, me he escapado de él; imagino que justo ahora estará comenzando a preguntarse dónde me he metido.

—¿Quién te ha dado los datos de mi ferretería?, ¿cómo has averiguado la dirección?

—Red.

—Ésa es otra.

—Ella me dijo que si te amaba...

—¡Tú no me amas! —exclamó saliendo de la casa—. No tienes ni idea de quién soy.

—Ahora sí. Leo, por favor. —Lo seguí, internándome en el frío de la noche.

—Esto no tiene sentido.

—Sí lo tiene; yo te amo y sé que te pasa algo conmigo.

—Lo que me pasaba contigo es que follábamos bien juntos, nada más.

—¡Eso no es cierto! Hay algo más.

—No soy responsable de lo que pudieses imaginar.

—¡No tengo tanta imaginación! —le grité al borde de las lágrimas.

Leo presionó un botón del control que tenía en la mano y una de las puertas del garaje empezó a ascender.

—Eres un cobarde —lo acusé, y al instante me arrepentí.

—No tienes ni idea de lo que significa ser padre.

—No pongas a tu hija como excusa. Ya la has oído.

—Ella no tiene una noción real de las cosas que dice. Yo tampoco a su edad, y por eso todo terminó como terminó.

—Leo, ya no tienes dieciséis años y tienes derecho a darte la oportunidad de ser feliz.

—Por la mañana recapacitarás y comprenderás que esto no tiene sentido. No me amas. Lamento haberte hecho lo que te hice, nunca debí aceptar ser tu deseo. No entiendo qué has venido a buscar aquí.

—A mi compañero.

Leo se detuvo con la mano en la manija de la puerta de la camioneta.

—Sube. Te llevaré a tu hotel y, si mañana cambias el pasaje para regresar a Buenos Aires, buscaré a alguien que te lleve hasta Toronto.

—Ella no debió poner eso en su nota. Es cruel.

—Muchas cosas no debieron suceder.

—No es tu responsabilidad.

—Tampoco la tuya.

—Ella ya te había dejado, ya os había dejado.

—Sí, y no lo resistió.

—Estoy aquí porque quiero, no porque me obligaras. Nada de lo que hice contigo fue por obligación. No soy ella, tú no eres el mismo que dieciséis años atrás.

—Sube.

Subí, pero no pensaba rendirme con tanta facilidad. Algunas cosas no necesitas verlas o escucharlas para saber que allí están y eso me sucedía con lo que sentía como descargas eléctricas en mi corazón cada vez que su mirada tocaba la mía.

Durante el trayecto de camino a mi hotel, lo dejé estar. Leo había contado mucho sobre su vida para una noche, una historia intensa que había marcado toda su existencia, y me pareció que su confesión había sido mucho que asimilar tanto por mi parte como por la suya.

Viajamos en silencio y, cuando llegamos al jardín delantero del precioso caserón en el que me hospedaba...

Rodeé la camioneta y me asomé por su ventanilla sujetándome del marco inferior.

—No pienso irme y mañana iré a verte jugar, te guste o no. —Di media vuelta y comencé a alejarme de él por el camino de piedra iluminado por pintorescos farolillos.

—Alexia...

—Un día me dijiste que abriese los ojos. Pues también deberías abrir los tuyos.

—¡Alexia!

—No soy tu hija, Leo. A mí no me dirás qué hacer. Soy tu compañera, no tu hija.

—Tú no... —soltó exasperado.

—Hasta mañana, Leo. —Alcé una mano y lo saludé sin darme la vuelta.

Entré en la casa; más a allá del recibidor, a mi izquierda, había una pequeña recepción que en ese momento nadie ocupaba. Aprovechando que nadie me veía y que no pasaría vergüenza, corrí hasta una de las ventanitas, aparté los visillos y, a escondidas, lo espí. Se había quedado mirando la puerta por la que acababa de desaparecer con cara de perdido, de bobo. No había enfado en sus ojos. Tampoco lo noté triste. Ése de allí era lo más parecido al Leo que conocí que había visto en él desde mi llegada.

Leo se dio un golpe en la frente y rezongó algo que desde mi posición lamenté no poder oír.

Sacudió las manos y luego las posó sobre el volante.

Leo acababa de aceptar que no había logrado hacerme partir con el rabo entre las piernas.

Sonreí.

Si él me había despertado a mí, yo lo despertaría a él, y así, cuando los dos estuviésemos despiertos a la vida otra vez, quizá pudiésemos intentar vivir un poco.



## 27. The Match

Oí mi móvil sonar; sin embargo, mis ojos se negaban a abrirse y mi cerebro no estaba del todo feliz por tener que despertar.

Lo ignoré y rodé sobre la cama, ocultándome debajo de las mantas. Sabía que fuera debía hacer frío y, por lo que notaba a través de mis párpados, intuía que apenas si amanecía.

El móvil dejó de emitir sonidos y caí otra vez en un sopor que en cuestión de minutos prometía llevarme de nuevo al sueño. Eso no sucedió. El tono alegre de mi móvil comenzó a fastidiarme otra vez.

Abrí los ojos y me senté. Todavía no demasiado familiarizada con la habitación, la recorrí con la mirada. Había puesto a cargar el teléfono en un enchufe que estaba junto a la ventana. Mi móvil descansaba sobre la mesita redonda de tres patas con vistas a la calle.

Entumecida por el sueño y el cansancio de mi última jornada de viaje, me moví hasta allí.

El nombre de Doménico brillaba en la pantalla.

En casa eran las nueve y cuarto de la mañana; allí, una hora menos.

Caí sobre la silla y, apartando la ligera cortina, contesté.

—Hola, Dome.

Fuera estaba muy nublado.

—¿¡Hola, Dome?! —berreó en mi oído—. ¿Te he despertado? ¡Qué bien, me alegro! No tienes idea... ¿Qué crees que pensé cuando no llegabas a casa y tampoco contestabas a tu móvil? Llamé a tu hermano anoche y él tampoco me cogía el teléfono. Estaba muerto de preocupación. Te mataré a ti y luego a Jerónimo. Sois dos idiotas. ¿Cómo es que no me dijisteis nada?

—No quería que intentases disuadirme.

—Anoche llamé a todos nuestros conocidos para ver si estabas en alguna fiesta privada o algo por el estilo. ¡Fui a buscarte al Délice! Ahora todos piensan que somos novios o algo así.

—¿Y eso? —pregunté divertida.

—¡Porque iba como loco, mierda! Estaba preocupado.

—¿Has hablado con Jero?

—Claramente. Estuve intentando ponerme en contacto contigo y no contestabas. Lo desperté a él también; no le quedó más remedio que decirme dónde estabas. Cuando corté con tu hermano, me llamó Leo.

—¿Ah, sí? ¿Qué te dijo?

—¿Ahora sí quieres hablar conmigo?

—Dome, no te enojés. Iba a llamarte en cuanto despertase, es que aquí todavía es temprano y yo estaba tan cansada...

—¿Así que fuiste a su casa?

—Sí, tío Doménico, fui a casa de Leo.

—Conociste a Willa.

—Imagino que Leo ya te lo contó todo.

—Sí, está en pánico. No sabe qué hacer contigo. Le dijiste que lo amas.

—Es la verdad.

—Lo sé, no soy idiota ni ciego. Leo me explicó que te explicó toda la verdad.

—Debió contármela antes. Debiste adelantarme algo. Es ridículo que piense que, por lo que pasó con la madre de Willa, no puede tener una relación que salga bien o medianamente bien.

—Leo ha estado siempre muy solo, Alexia. Malena lo abandonó de todos los modos posibles, sus padres lo abandonaron, sus suegros también. No le quedó más remedio que asumir todas las responsabilidades y tomar todas las decisiones, hacerse cargo de todo. Leo llegó a Toronto con una mano delante y otra detrás, cargando a una niña de dos años y medio, imagina lo que ha sido desde entonces.

—No sabía eso.

—Pues así es. El único que se apiadó de él fue un primo de su padre que le dio trabajo en una de sus empresas; trabajó con él durante seis meses. Al cabo de ese tiempo, renunció; se iba muy temprano por la mañana y, cuando llegaba por la noche, Willa ya dormía después de haber pasado todo el día a cargo de una niñera. Leo no quería criar así a su hija, y entonces fue cuando le pidió dinero a su tío para abrir la ferretería. Se mudó a Dundas. Al menos allí podía tener a Willa con él mientras trabajaba. Desde entonces para lo único que la dejaba era para ir a la universidad.

—No sabía nada de eso.

—Han sido siempre solamente ellos dos. Conocí a Leo unas Navidades; antes venía a pasar las fiestas a Buenos Aires, porque quería que Willa tuviese al menos un poco de contacto con sus abuelos paternos. Leo debía de tener unos veintiuno o veintidós años. Coincidimos los dos haciendo *parkour* en un parque. Eso fue antes de Nochebuena. Yo tenía un amigo que me invitó a una fiesta de Fin de Año en el Délice, él me había dicho que podía llevar a quien quisiese mientras fuese de confianza y Leo me cayó bien desde el primer día. Somos amigos desde entonces, pero ésa fue una de sus últimas Navidades aquí, si no me equivoco. Volvía de visita solamente durante un par de días cada tanto para hacer sus compras y para venir al Délice si tenía con quien dejar a Willa.

—¿Por qué dices que ésa fue de sus últimas Navidades en Argentina?

—Porque no le encontró sentido a seguir viniendo a visitarlos. A veces traía a Willa. Cada vez que puedo, voy. Leo no tiene otros amigos. Ahora soy yo el que viaja a Canadá para pasar las fiestas con ellos. —Hizo una pausa—. Leo es como mi hermano. Fue él quien me prestó el dinero para que pudiese abrir mi gimnasio. Le debo mucho.

—Me dijo que tú también lo has ayudado mucho.

—Para todo lo que he podido, siempre he estado ahí.

—No pretendo hacerle daño, Doménico. Solamente necesitaba decirle a la cara que lo amo. Su pasado no me asusta, que tenga una hija no me asusta. Verlo con ella fue... en mi vida había conocido a un hombre como él. Estaba en su casa, viéndolos, y no podía parar de sonreír, de sentirme impresionada y maravillada, y lo que me cuentas hace que lo admire todavía más. Si es que a su lado mi vida no dice nada.

—No creo que él esté de acuerdo con eso que acabas de decir. Si se entera de que te lo he dicho... Leo está muerto de amor por ti y muerto de miedo por eso. Me contó que te había dicho que te pondría en un avión de regreso a Buenos Aires, pero, si te subes a ese avión y renuncias a él, te torturaré durante el resto de tus días. Si hay alguien que puede hacerlo reaccionar, eres tú. Ni se te ocurra regresar, no lo dejes. Hazle entender que tiene que seguir adelante. Cuando se fue estaba seguro de que le pasaba algo contigo y él insistía en que no, en que sólo erais compañeros. No me quedó más remedio que aceptar lo que me decía, sin embargo estos últimos meses... entre que parecía como un alma en pena, que decía que no quería regresar más aquí y que no hacía más que preguntar por ti cada día... Tuve que arrancárselo y no le quedó más remedio que admitirlo. Es un idiota. Mira que dejar pasar todo este tiempo en vano... — Doménico hizo, esta vez, una pausa más larga. Al otro lado del cristal de la ventana empezó a llover—. Por favor, no permitas que te convenza de lo contrario. Yo sé que te quiere consigo, que eres lo que en el fondo siempre ha deseado.

Los ojos se me llenaron de lágrimas de felicidad porque en mí no quedó rastro de miedo; si Leo me quería, entonces lo nuestro no era tan imposible.

—No se lo permitiré, ahora menos que menos si dices que me ama.

—Mucho. Por eso repite una y otra vez que no quiere hacerte daño.

Solté las primeras lágrimas. Qué sentido tenía contenerlas si eran lágrimas de felicidad.

—Gracias, Dome.

—Gracias a ti por arriesgarte así por él. ¿Cuántas personas hay en este mundo que se atrevan a dejarlo todo para viajar hasta la otra punta del continente para decirle a otra persona, a la cara, que la ama? Mantenme al tanto de todo y, si necesitas ayuda, adelantaré mi viaje.

—Espero que no haga falta que vengas tú también para convencerlo.

—Espero que él no sea tan idiota —bromeó.

Reí.

—Si me necesitas, llámame. Aquí estoy.

—Gracias.

—Adiós.

—Adiós.

Corté la comunicación y me puse de pie. Decidí que no pensaba contener la emoción por saber que me amaba y me puse a dar saltos y a gritar «sí, sí, sí», bajando la voz todo lo que pude.

Me arranqué a llorar de felicidad.

Después de ducharme y desayunar, salí a conocer un poco Dundas y, lo más importante, salí a analizar el campo de juego. De algún modo tenía que convencer a Leo de que lo nuestro estaba bien.

A la dueña de mi alojamiento le pedí un mapa del lugar y me lancé a recorrer sus calles con un destino. La ferretería de Leo.

Por ser sábado por la mañana, el movimiento era un poco menor de lo que supuse que sería los fines de semana y también tenía un ritmo distinto... había personas desayunando en los cafés, gente corriendo y andando en bicicleta, vecinos paseando a sus perros. Muchos de los negocios comenzaban a abrir en ese momento; no me preocupé, iría despacio, paseando, reconociéndolo todo, y lo haría con gusto porque Leo había instalado su vida allí, de modo que ese lugar era parte de él, y cómo no amar Dundas si, además de eso, allí se respiraba un aire completamente distinto al de Buenos Aires; allí la gente se miraba a los ojos, se saludaba por sus nombres.

Como el frío apretaba, al pasar por una cafetería me compré una bebida caliente y seguí mi camino guiándome con el mapa y con una clara idea en mente que esperaba diese resultado.

Doblé en la esquina y salí a la calle en la que estaba ubicada la ferretería de Leo. Tuve una sensación de *déjà vu*, probablemente porque el día anterior, cuando llegué allí en un taxi, experimenté todas esas mismas sensaciones que me embargaban en ese instante.

Unos pasos más y alcancé a divisar la fachada del negocio de Leo; las persianas ya estaban en alto. Un señor salió del local cargando una bolsa de papel marrón.

Ralentiqué el paso y miré hacia la acera de enfrente. No podía tener más suerte. La clínica veterinaria estaba cerrada, pero allí estaba el veterinario, un hombre muy alto de cabello castaño, de porte increíble y unos hombros de tamaño considerable, agachado ante la reja para abrirla. Bueno, al menos supuse que debía de ser él.

Me detuve.

Una señora con bolsas con víveres pasó por su lado y se paró para saludarlo. Él se levantó; al hacerlo, giró un poco y me vio, y yo lo vi. Rogué que ese hombre fuese Gideon, porque era un verdadero adonis: tupida cabellera negra, piel clara, ojos oscuros, una sonrisa impresionante y unos rasgos de formas rectas que eran increíblemente masculinos.

Amagué una sonrisa y él amplió la suya para después saludar de regreso a la señora que pasaba, con la cual intercambió un par de palabras más.

No tenía muy claro cómo haría lo que tenía pensado; tampoco planeaba rendirme antes de intentarlo.

Con mi mejor cara de piedra, miré hacia un lado y hacia el otro, y crucé la calle.

La señora siguió su camino; sin embargo, el veterinario no volvió a agacharse para terminar de abrir la reja, sino que se quedó de pie, mirándome mientras yo continuaba avanzando en su dirección.

—Hola, buenos días —me saludó.

Tenía una voz que me hubiese encantado escuchar en el Délice, y un cuerpo que me hubiese gustado ver allí, y eso no tenía nada que ver con lo que me sucedía con Leo.

—Buenos días —respondí deteniéndome frente a él.

—No eres de por aquí, ¿no es así?

—Correcto, estoy de paso, de vacaciones.

—¿De dónde eres?

—De Argentina. De Buenos Aires, concretamente.

—Eso está muy lejos de aquí.

—Sí.

—Soy Gideon, el veterinario. —Con un dedo y con la cabeza, apuntó hacia el cartel que coronaba la puerta.

—Es un placer. —Le tendí la mano—. Alexia.

—Bonito nombre. —Se detuvo durante una fracción de segundo y me observó con la cabeza ligeramente ladeada—. Dime, ¿cómo has acabado aquí? Dundas no es precisamente un lugar turístico al que lleguen muchas personas desde tan lejos.

Por el rabillo del ojo, me pareció notar movimiento en la acera de enfrente.

No podía girar la cabeza para asegurarme, debía seguir como si nada o él se daría cuenta.

Alcé la cabeza y le sonreí a Gideon.

—Tengo un amigo que vive aquí. Hizo que me entrase curiosidad por conocer Dundas.

—¿Un amigo? ¿A quién conoces en este pueblo? Un momento... —Sin permitir que se le borrara la sonrisa del rostro, frunció el entrecejo y achinó los ojos—. ¿De Buenos Aires, has dicho? Creo saber a quién conoces. —Giró la cabeza hacia la acera contraria, y yo con él.

Leo se encontraba de pie en la puerta de su establecimiento, mirándonos con cara de incredulidad.

Alcé una mano y lo saludé.

La mueca en el rostro de Leo se deformó todavía más.

Gideon alzó una mano y le dio los buenos días a Leo de acera a acera.

—No tenía ni idea de que fuese a recibir visitas —dijo volviendo la cabeza al frente.

Lo imité y nos miramos a los ojos.

—Sí, bueno, es que él no tenía ni idea de que vendría.

—¿Te quedarás muchos días?

—Diez.

—Eso significa que nos veremos por ahí.

—Así es y, si no lo entendí mal, nos veremos esta noche. El partido de hockey. Willa me comentó que eres muy bueno.

—Tal parece que estás muy bien informada.

—Espero poder comprobar esa información esta noche.

—¿Te gusta el hockey sobre hielo?

—Será mi primer partido.

Sin parar de sonreír, Gideon apretó sus labios.

—¿Te hospedas en su casa?

Reí. Una gran parte de mí se sintió horrible por estar haciendo eso, solamente me restaba esperar que diese resultado. No sabía si sería tarea fácil poner celoso a Leo en lo tocante a estar con alguien fuera del Délice.

Corría el riesgo de que la situación se me fuese de las manos y él acabase odiándome.

—No. En el Pilgrim.

—Ah, muy bien. —Giró la cabeza otra vez en dirección a Leo, quien continuaba parado en el mismo lugar, duro como una estaca—. Me alegra que vayamos a vernos otra vez esta noche. Si no tienes planes para después del partido, me encantaría invitarte a beber una copa para celebrar la victoria de mi equipo.

Tuve que contener la risa que me produjeron los nervios y el entusiasmo de saber que mi plan quedaba, así, perfectamente encaminado.

Gideon era un tanto soberbio o quizá simplemente estuviese usando todas sus armas para flirtear conmigo.

No analicé demasiado la situación, no tenía sentido.

—Tienes el partido amañado o...

El veterinario sonrió con galantería.

—Nada de eso, es que casi siempre les ganamos. Confío en que esta noche la victoria será nuestra.

—Bueno, buena suerte.

—Gracias. Deséasela a él también, la necesitará. —Con la cabeza, apuntó en dirección a la acera contraria—. Lamento que vayas a alentar a su equipo y no al mío.

—Nada de eso. Iré en plan neutral. Además, Leo no es celoso. Sabe compartir.

Gideon me miró con una ceja en alto.

—¿Sí?

Contesté que sí mientras movía la cabeza de arriba abajo.

—Lo conozco bien, no te preocupes.

—Si tú lo dices.

—Sí, compartimos muchas cosas.

Gideon volvió a quedarse mirándome.

—Me alegra oír eso.

—Hasta más tarde.

—Hasta más tarde, Alexia.

A modo de despedida, le sonreí y volví a cruzar de calzada.

Mi sonrisa dio de frente con la cara de estar oliendo algo muy desagradable que tenía Leo.

—Buenos días —lo saludé como si nada.

—Buenos días —respondió, y se asomó por encima de mi hombro. Me giré un poco y vi a Gideon abriendo su clínica veterinaria. Hice como si nada sucediese—. ¿Cómo está Willa? Espero que no discutierais más anoche.

—Bueno, ese deseo tuyo no se cumplió.

—¿Volviste a pelear con ella?

Leo giró sobre sus talones y entró en la ferretería.

—Lamento que así sea.

—No debiste venir —soltó todavía dándome la espalda.

—¿Te da lo mismo que te diga que te amo?

—Vete a casa, Alexia. —Rodeó el mostrador y se colocó frente a su puesto de trabajo.

—No pienso ir a ninguna parte.

—¿No entiendes que no puedo con esto?

—No, la verdad es que no lo entiendo. No es que no comprenda lo que significa lo que os sucedió a Willa y a ti o que intente minimizar lo que sentiste y todo aquello por lo que debiste pasar. Lo que no me cabe en la cabeza es que tú, con todas las cosas que me dijiste, con toda la fuerza que me hiciste sentir, con el valor que me insuflaste, seas incapaz de salir de esta situación.

—Bueno, ya lo ves, así soy yo. —Se agachó y subió del suelo una caja.

—Ése no eres tú, así como yo no era Alexia antes de conocerte.

Leo cogió un cúter y abrió la caja, ignorándome.

—Sí, a veces las personas salen heridas —añadí.

—Malena no está herida, Alexia; ella se suicidó y por eso mi hija no tiene madre.

—Leo, es probable que tampoco estuviese viva en estos momentos, independientemente de todo lo que sucedió. Sólo tenías buenas intenciones, querías seguir adelante con tu familia. Que Malena no pudiese con eso no es culpa tuya, Leo. —Apoyé ambas manos sobre el mostrador—. Ni siquiera entiendo cómo pudo dejarte, cómo pudo alejarse de ti. De ambos. No pretendo juzgarla, pero es que... —Los ojos se me llenaron de lágrimas otra vez, pese a que un momento atrás mi ánimo era rebelde y juguetón—... no podría dejarte ahora ni aunque quisiese. Eres tan humano, tan... tan todo para mí. Eres el hombre más completo que haya tenido oportunidad de conocer y todas las cosas por las que sé que has pasado no hacen más que aumentar mi admiración por ti. Tuve mucha suerte al conocerte. Tanta que no concibo tener que rendirme contigo.

—Alexia.

—Solamente piénsalo, Leo. Piensa en lo que podríamos ser juntos. No puedo asegurarte que sea perfecto; sí puedo comprometerme a intentar hacerte olvidar que un día no nos conocíamos, que un día tú no estabas conmigo ni yo contigo. Y si nos tocase vivir tristezas en un futuro, al menos estaríamos juntos. No soy perfecta, pero estoy dispuesta a darte todo lo que soy, porque ahora puedo ser esto gracias a ti.

Leo se quedó quieto, mirándome.

—He odiado cada segundo de estos meses sin ti.

La campanilla de la puerta sonó y los dos giramos nuestras cabezas para ver entrar a un cliente.

Leo le dio los buenos días y yo tras él. El señor se movió hasta el fondo del local.

—Bien —suspiré—, no puedo añadir nada más que un «te amo».

Me contempló serio.

Retrocedí distanciándome del mostrador.

—Te dejaré seguir con tu trabajo. Supongo que nos veremos esta noche en el partido. —Hice una pausa para permitirle decir lo que quisiese; sin embargo, no emitió sonido alguno—. Sabes dónde encontrarme.

Leo sabía dónde encontrarme, pero no apareció.

Las horas comenzaron a pasar y empezó a entrarme mucho miedo. Sabía que lo vería en el partido, así viniese Willa a buscarme o no; no pensaba dejar las cosas libradas al azar, de modo que, después de dar un par de vueltas por Dundas, regresé a mi alojamiento y me puse las pilas para conseguir entrada para el partido de esa noche. Después de algunas llamadas telefónicas y muchos ruegos, logré que alguien me vendiese una que luego tuve que ir a recoger al otro extremo de Dundas.

Las horas continuaban pasando y, de Leo o Willa, ni rastro.

Justo cuando pensaba en llamarlo, en la pantalla de mi móvil apareció el nombre de Doménico.

—¿Cómo estás? Porque alguien que yo conozco está desmoronándose.

—¿Qué dices?

—Leo me ha llamado hace un rato. Envidio lo que vosotros dos tenéis. No sé qué le habrás dicho; sea lo que sea ha hecho tambalear toda su estructura. Es que además Willa no para de preguntar por ti. Mi niña es inteligente, no como su padre; ella sabe que algo sucede. Me llamó antes que su padre, pero no le dije nada de eso a Leo porque iba a darle un ataque. Quería saber de ti.

—¿Qué le contaste?

—No demasiado, no podía. Solamente que nosotros somos amigos y que, cuando Leo estuvo por aquí de visita, os hicisteis muy amigos. —Hizo una pausa—. Leo me ha explicado que te vio hablando que el «imbécil del veterinario», esas fueron sus palabras textuales.

—Sí, es así, intentaba darle celos. Anoche lo mencionó; bueno, en realidad fue Willa quien lo hizo y Leo reaccionó.

Doménico se carcajeó en mi oído.

—Sí, a Leo no le cae muy bien Gideon.

—¿Sabes por qué?

—Por nada en particular; se enfrentan a menudo en partidos de hockey y en el The Mach, que es la versión canadiense del Délice.

—No puedes estar hablando en serio.

—Sí. Leo y él no comparten sala.

—Estuve flirteando con el tipo para darle celos a Leo.

—Ah, por eso lo de *imbécil*.

—Y yo que voy y le suelto a Gideon que Leo no es celoso y que sabe compartir. Le dije que nos conocíamos bien y que compartíamos muchas cosas. Si Leo se entera, le da algo.

Doménico se carcajeó una vez más.

—Tengo la ligera impresión de que ya le está dando.

—Esta noche iré al partido, he conseguido una entrada. Prefiero ir por mi cuenta, para que Willa y Leo no peleen otra vez.



—No te preocupes, hoy no se hablan. Así están esos dos. Willa ha heredado el carácter de Leo. Ten cuidado, ¿sí?, que mi amigo parece duro, pero en el fondo es blandito.

—Lo tendré.

—Ok. Disfruta el partido.

—Gracias.

—Me llamas si hay novedades.

—Claro. Gracias.

Terminamos de despedirnos y fui a cambiarme para ir al partido.

\* \* \*

Caer entre un montón de canadienses sin saber dónde tienes que ir o qué hacer no es el mejor campo de juego para intentar conseguir que el amor de tu vida reaccione dándole celos o, al menos, hacer que se plantee que podría perderte de veras.

En el vestíbulo de entrada, me quedé gravitando. Todavía era temprano y la gente conversaba en grupos. Muchos se quedaron mirándome; los que pasaban por mi lado también me lanzaban miradas indiscretas.

Pensé en ir a comprarme algo de comer para, al menos, tener las manos ocupadas, cuando alguien mencionó mi nombre.

Giré la cabeza para ver a Willa aparecer con un grupo de amigos.

—Willa.

—He pasado a buscarte por tu hotel. Debiste esperarme.

—Está bien, no quería que tuvieses problemas por mi culpa. Compré una entrada y he venido por mi cuenta.

—¿Todo eso por mi padre?

—Es que...

—Me han dicho que te vieron hablando con Gideon —soltó la chica sin el menor reparo—. ¿Sabes qué?, que se aguante. Es ridículo que siga viviendo de este modo. Que no soy ciega y lo conozco. Mi padre no tiene amigas.

Los amigos de Willa, que se habían desviado en dirección a uno de los puestos donde vendían comida y bebida, nos espieron.

—Bien, yo...

—Yo no tengo recuerdos de mi madre. Es feo decirlo, pero no puedes extrañar algo que nunca has tenido; en cambio, él... Papá piensa que lo hizo todo mal con nosotras, que no fue lo suficientemente bueno para mi madre y que no resistiré otra pérdida. Se lo he repetido esta tarde antes de venir hacia aquí: qué más quisiera yo que verlo con alguien y feliz. Al menos, ya sabes, por el tiempo que dure. Mi padre es un buen tío y yo creo que sería más feliz si tuviese a alguien con quien compartir todo lo que es.

—Tu padre es una excelente persona. Me ha dado sobradas muestras de ello.

—Estás muy enamorada de él, ¿no es así?

Sonreí y asentí con la cabeza.

—Te vio con Gideon y está como loco.

—Sí, me vio.

—Está con un humor de mierda.

—Quizá no debí hablar con él.

—Para que aprenda. ¿Qué asiento tienes?

Le enseñé mi entrada.

—Es del lateral contrario al mío. Bien, igual nos veremos durante el partido. Haré que mi padre sepa que estás aquí. Haz tú que Gideon se entere de que has venido.

—Ok.

—¿Quieres algo de comer? ¿Por qué no vienes con nosotros?, te presentaré a mis amigos.

Y eso hizo. Compartimos unas patatas fritas con mucha mayonesa y ketchup mientras sus amigos me contaban las cosas que hacían allí en Dundas, dónde planeaban estudiar y dónde daban las mejores fiestas. Después se pusieron a hablar de hockey, demostrando que eran verdaderos fanáticos. Me explicaron las reglas del juego y después la conversación entró por completo en su terreno, hablando de cuáles eran los mejores jugadores, los mejores equipos y lo que esperaban para el partido de esa noche.

Los chicos tenían a Leo como ídolo, e insistían en que él era el mejor jugador de esa liga *amateur*, si bien sabían que el equipo de Gideon contaba con muchos jugadores buenos también.

Los minutos pasaron de un modo muy agradable y me deshice de esa sensación de ser un pulpo en un garaje.

Cuando por fin llegó la hora de entrar, Willa y sus amigos me acompañaron hasta mi sitio, justo enfrente del plexiglás que separaba la pista de hielo del público.

Seguí a Willa y los suyos, y no los perdí de vista porque llevaban las camisetas azules y blancas del equipo de Leo. A mi lado, dos muchachos de unos veintipocos años lucían camisetas del equipo contrario, negras con blanco y amarillo.

Los espectadores comenzaron a poblar la sala. Sonó música y se palpaba la expectativa.

Los equipos salieron al terreno de juego y mis ojos se pusieron a buscar a Leo. Todos iban con casco y bajo aquellos aparatosos uniformes era casi imposible reconocer a alguien.

A Gideon lo reconocí por su altura.

Los jugadores se lanzaron a dar una vuelta por todo el perímetro de la pista y entonces supe que tendría mi oportunidad de reconocer a Leo; esperaba leer su apellido en la parte de atrás de su camiseta y así ver su número para no perderlo de vista.

Cuando el equipo de Leo, que empezó a dar la vuelta por la mitad de campo del lado contrario, se aproximó a mi lado, me dieron palpitaciones.

Uno, dos y tres compañeros suyos pasaron por delante de mí y entonces... él.

Fue una fracción de segundo, que le bastó para verme y a mí para verlo.

Leo siguió de largo, mas lo importante era que sabía que yo estaba allí.

El equipo de Leo terminó de pasar y entonces pasaron los del equipo de Gideon, quien iba en último lugar, saludando al público.

Supuse que en gran parte eso tendría que ver con que era el veterinario del pueblo y que, evidentemente, era muy respetado y querido por todos.

Me dio la sensación de necesitar que el asiento me engullera; no estaba muy segura de estar haciendo bien con esa idea mía de darle celos a Leo.

Gideon tomó la curva muy rezagado y alzó la cabeza. Se dio impulso sobre sus patines y alzó la mano para saludar a alguien.

Con una impresionante sonrisa en el rostro, fue patinando y permitiendo que la gente lo viese.

Giré la cabeza y detecté a Leo en la esquina opuesta, reunido con su equipo y con quien debía de ser su entrenador. Podría jurar que seguía a Gideon con la mirada en vez de prestar atención a lo que les decía éste.

Hacia abajo me deslicé por mi butaca y de nada sirvió. El veterinario me vio y cogió velocidad para frenarse justo delante de mí y golpear con sus nudillos el plexiglás, llamando mi atención.

—Qué bien que hayas venido —me pareció que entonó desde el otro lado de la mampara. Se llevó una mano a la parte trasera de los pantalones y sacó un objeto que me enseñó sonriente.

Una gorra de su equipo.

Eso a Leo no iba a gustarle. Eso no era el Délice.

Gideon la señaló y luego me señaló a mí.

La gorra era para mí, eso quedó meridianamente claro.

La lanzó por encima del plexiglás y yo la atajé, de pie, poniéndome morada, más o menos del mismo color del rostro de Leo en ese instante, por lo que pude ver cuando, con miedo, espí en su dirección.

Gideon, ajeno a todo, hizo como si se colocase una gorra imaginaria sobre la cabeza, con una mano en la visera y la otra sobre su nuca.

Quería que me pusiese la gorra que acababa de regalarme.

Temí que Leo viniese a darle a Gideon con su palo de hockey en la cabeza.

Me coloqué la gorra, no podía hacerle ese desaire a Gideon.

Internamente le pedí disculpas a Leo y le sonreí a Gideon, quien alzó sus dos pulgares. Estaba feliz y yo comenzaba a desear largarme de regreso a Buenos Aires por lo que intuía que había desatado con mis intenciones de provocarle celos.

Por suerte, nada más detuvo al veterinario frente a mí y siguió su camino saludando al resto del público.

Me senté y los chicos a mi lado festejaron que me hubiese ganado una gorra de uno de los mejores jugadores en el campo.

En realidad, a mí la gorra de Gideon no me importaba demasiado, yo lo que quería era un «te amo» de uno de los jugadores del equipo contrario, así perdiese o ganase.

El partido comenzó y, si bien había tenido oportunidad de ver alguna vez instantes de un encuentro de hockey, verlo en vivo era distinto. Temí que me dejaran sin Leo antes de que él pudiese aceptarme en su vida. Empujones, codazos, puñetazos, golpes con los palos, jugadores aplastados contra el plexiglás...

Sufría tanto que empecé a dudar y me puse nerviosa, más de lo que ya estaba; quedaba claro que Leo y Gideon no pensaban ser delicados el uno con el otro. Para colmo de males, el partido iba muy parejo y los dos equipos estaban desesperados por sacar ventaja.

La contienda se puso cada vez más sucia y Leo iba cada vez más a menudo al choque con Gideon, quien no ponía reparo alguno en cubrirse sacando los codos para clavarlos en Leo.

Pese a que Willa gritaba y vitoreaba a su padre totalmente compenetrada con el juego, a mí me costó seguirlo. No sabía si eso era normal o había empeorado por la gorra que lucía en la cabeza y que no tenía el valor de quitarme.

Los primeros veinte minutos de juego expiraron y entonces sí me saqué la gorra; es que sentía que me sofocaba por culpa de los nervios y de Gideon, quien no paraba de saludarme desde la distancia.

Justo antes de que comenzase el segundo tiempo, Willa vino a verme. Había ido a hablar con su padre. A Leo no le había pasado por alto la gorra en mi cabeza ni los saludos del veterinario, y estaba que trinaba.

El segundo tiempo se puso un tanto más físico todavía. Dos jugadores se agarraron a golpes y Leo se quitó de encima a Gideon propinándole un empujón cuando todos se separaban para volver al juego, por lo que se ganó que uno de los árbitros le llamase la atención. Los chicos a mi lado se quejaron de que no lo sancionasen.

Gideon se apartó de Leo y, en mi dirección, alzó un pulgar.

—¿Eres su novia? —soltó el muchacho a mi derecha cuando el juego se reinició. Obviamente hablaba de Gideon, no de Leo.

Contesté que no y seguí de cerca los movimientos de Leo, que parecía desesperado por llegar a la portería del equipo contrario así fuese llevándose a todos por delante, en especial a Gideon.

El encuentro siguió poniéndose cada vez más sucio. Apartaron jugadores del campo, Leo tenía cada vez más encontronazos con Gideon y, para el final del segundo tiempo, el equipo del veterinario aventajaba al de Leo.

Ví a Leo quitarse el casco y darme algo muy cercano a un latigazo con su mirada desde la distancia.

Willa me llamó desde el otro lado del campo y fui a su encuentro.

—¿Es esto normal? Leo está...

—Parece que papá hoy no está dispuesto a permitir que Gideon gane.

—Se lastimará.

—¿Quién, papá o Gideon?

—Los dos, pero Leo...

—Tranquila, estarán bien.

—No me lo parece.

—Quizá deba ir a hablar con él.

—No, déjalo. Estará bien.

Me abaniqué con la gorra.

—Tranquila, Alexia; allí estarás tú para curarlo si papá se hace daño. —Willa rio divertida; a mí no me hizo ninguna gracia.

Permanecí con ella hasta poco antes de que comenzase el último tiempo, porque no soportaba la idea de quedarme sola en el mío comiéndome la cabeza con lo que pudiese llegar a suceder en el último período.

Gideon fue uno de los primeros en regresar al hielo y lo primero que hizo fue deslizarse hasta donde me encontraba para saludarme. Leo apareció tras él, pero no llegó hasta mí, sino que se detuvo a mitad de la pista y nos observó.

Lo que sucedió a partir de que se reanudase el juego fue más o menos una lucha cuerpo a cuerpo. Leo y Gideon no se despegaban el uno del otro, se pasaban todo el tiempo tocándose y empujándose, incluso sin estar en posesión del disco.

El primer mal momento de verdad llegó cuando Gideon se lanzó para anotar y Leo se atravesó en su camino. Gideon lo empujó, Leo le devolvió el favor; el disco se perdió en el fondo del campo de juego y Leo, usando ambas manos, apartó a Gideon de la portería empujándolo por el pecho todavía un poco más.

La segunda vez fue cuando Gideon, en posesión del disco, se aproximó a mi lado del plexiglás. Leo se le vino encima y lo aplastó contra la pared; el veterinario le propinó un codazo y hubo un forcejeo al que se unieron sus compañeros de equipo, que el árbitro tuvo que separar.

El tercer y último encontronazo se dio casi al final del partido; ambos equipos iban empatados. Leo estaba intentando anotar y Gideon se le pegó como si fuese su sombra, marcándolo tan de cerca que ni dejarlo respirar debía.

Leo tiró en dirección a la portería, pero Gideon atravesó su palo; no frenó el disco, sí a Leo; chocaron el uno contra el otro y allí se perdió toda intención de juego limpio, pues llegaron a las manos y comenzaron a darse de puñetazos sobre las rejas protectoras de los cascos y los cascos mismos.

El casco de Gideon voló por el aire y Leo lo aprovechó. No tuvo mucha oportunidad de descargar contra el veterinario, pues a la pelea se unieron todos y fue un descontrol... volaron cascos, palos, puñetazos, insultos, hubo tirones de camisetas, arañazos, alguien escupió un protector bucal y sangre. Todos se pusieron en pie, los entrenadores, la gente de la organización y el árbitro, todos intentaron detener la locura.

Pegada al plexiglás, los vi a los dos golpearse y me quise morir allí mismo.

Detuvieron el partido

A empujones, sacaron a todos los jugadores de la pista de hielo.

Por entre la gente que se iba y los organizadores que retiraban a todos del hielo, vi a Willa llamarme con las manos.

—Ven, vayamos a ver a papá.

No perdimos tiempo. Ella me cogió de la mano y me guio hasta los vestuarios y la enfermería.

El pasillo que conducía a estos dos sectores era un infierno; todo el mundo gritaba, los integrantes de los equipos se insultaban, volaron por el aire un par de camisetas rotas. Cuatro policías intentaban poner orden entre los vecinos.

—Willa, no —dijo uno de éstos que la conocía antes de que pudiésemos internarnos todavía más en el pasillo poblado de jugadores de hockey sudorosos y enojados.

—Papá se dio de golpes con Gideon, quiero comprobar que está bien.

—Soy cirujana —solté en un intento de convencerlo.

—¿Usted quién es?

—Una amiga de papá, Terry.

—¿Amiga de tu padre? ¿Desde cuándo Leo tiene amigas?

—Por favor.

—El servicio de Urgencias viene en camino.

—¿Urgencias? —El corazón me trepó a la boca. No lo pensé dos veces, me solté de Willa y esquivé al policía.

—¡Ey, alto! —me gritó el agente.

No me detuve. Sentí las pisadas de Willa y del policía detrás de mí, y seguí corriendo en dirección a la enfermería, pasando por entre los jugadores y demás personas de Dundas que todavía discutían.

La puerta estaba abierta de par en par.

La enfermería estaba llena de gente que iba y venía. Vi a alguien con un corte sobre la ceja; otro que se sujetaba la mano derecha contra el pecho, con cara de dolor; un tercero con hielo sobre la mejilla izquierda. Eran jugadores de los dos equipos y personal de apoyo de ambos. Por entre el gentío, vi a Leo sentado sobre la camilla, sosteniendo unas compresas sobre su labio; las compresas estaban manchadas de sangre. Compresa de por medio y todo, continuaba discutiendo a gritos con Gideon, quien en la camilla de enfrente, con la cabeza echada hacia atrás y unas compresas sobre su nariz, era atendido por un médico.

—¡Leo!

—¡Oiga, alto, ¿quién es usted?! —me ladró un policía interponiéndose en mi camino a mitad de la enfermería.

—Su novia —contesté sin pensármelo dos veces, apuntando con la cabeza en dirección a Leo.

—¡Van Roden, esta mujer dice que es tu novia!

—¡Papá! —exclamó Willa chocando contra mi espalda.

Leo me miró.

—Por favor, déjeme pasar. Soy cirujana.

—Ninguno de estos señores está tan gravemente herido.

—Quiero ver a mi padre —exigió Willa.

—Leo... —rogué yo.

—Bien, un momento, pero no tarden en retirarse; no quiero que compliquen la tarea del doctor.

—Claro —jadeé con mi corazón enloquecido de necesidad de asegurarme de que la única herida de Leo era el corte en su labio.

El agente bajó ambos brazos y así, con el paso libre, nos abalanzamos en dirección a la camilla.

Willa fue directa a abrazar a su padre.

—Estoy bien. No tengo nada, es un labio partido nada más.

—Leo...

—¿Mi novia? Yo creía que acabarías yéndote con él a donde seguro ya te invitó a ir. Me gritó que te llevaría.

—Cuando pare de sangrarme la nariz, voy a molerte a palos —gruñó Gideon desde la otra camilla mientras el médico le pedía que se calmase.

Leo me arrebató la gorra del equipo de Gideon de las manos.

—¿Es tu compañero ahora?

—No digas tonterías, Leo.

—Papá, que Alexia está preocupada por ti.

—Pues no lo parece. Ha estado todo el partido flirteando con ese idiota.

—El único idiota aquí eres tú —le grité—. A dónde más podría ir sino allí donde tú estés. No quiero ir con él a ninguna parte, Leo, yo te amo. Métete eso en la mollera.

Willa giró la cabeza para observarme con los ojos como platos.

—Perdón, quería ponerte celoso para ver si así reaccionabas. Te amo, Leo, te quiero a ti, no necesito a nadie más en mi vida. Estoy aquí por ti, por nadie más. Solamente estoy esperando que me digas que me amas.

De repente en la enfermería todos enmudecieron y se hizo un silencio tal que mis últimas palabras se oyeron con demasiada claridad.

—Espero que puedas entenderlo y aceptarlo. Te estoy rogando que no me dejes partir, Leo. Estoy pidiéndote que te des la oportunidad de intentar hacerte feliz. Sé que tienes a Willa y el que la tengas no podría hacerme más feliz, si es que amo absolutamente todo en ti; yo sólo quería intentar vivir durante el resto de los días al menos un poco de eso que supiste darme, de eso que me enseñaste a dar. Por favor, no digas que no puedes, no tengas miedo de poder. Eres el indicado, nunca encontraré a alguien como tú y sé que hallaremos el modo. Nosotros somos capaces de eso y de mucho más. Somos compañeros.

La enfermería continuaba en silencio y Leo me miraba sin pronunciar palabra.

—Si puedes decirme mirándome a los ojos que no me amas, entonces me iré, pero no sabiendo que sientes por mí lo mismo que siento por ti.

—¿Papá?

Leo miró a Willa y después a mí.

Dentro de mi cabeza, en mi corazón, rogué que mis intentos de guiar a Leo a encontrar un modo de salir a la vida, así como me ayudó a mí a encontrarlo, diesen resultado.

Leo se puso de pie frente a mí, resbalando al suelo por el borde de la camilla.

Todos nos observaban.

—Le he partido la nariz —me dijo señalando con la cabeza al veterinario.

Se me escapó una mueca de dolor.

—Lo siento, Gideon.

El aludido hizo un gesto como mandándome al mismísimo infierno e inclinó un poco más hacia atrás la cabeza.

—Fue un acto desesperado, Leo. Es que tenía y tengo miedo de que no quieras intentarlo conmigo. No puedo asegurarte que saldrá bien. Sólo quiero intentarlo contigo, porque te amo. Cambiaste mi vida, Leo. Con un deseo cambiaste mi vida.

Leo apartó la compresa de su labio, que apareció ante mis ojos hinchado y morado.

—No soy el final feliz, soy toda la historia. Simplemente eso. No puedo prometerte que todo acabará bien porque ni siquiera quiero pensar en un final. Quiero ser tu viaje, no tu destino, y es probable que pasemos malos momentos, que discutamos y todo lo demás, pero sólo sé que quiero todo eso contigo, que quiero intentarlo. Mi deseo es que esta historia que tengo contigo continúe.

Sus palabras y el pedazo de sonrisa que me regaló al final de entonarlas hicieron que me diesen ganas de saltar de alegría.

—Genial, entonces parece que los dos tenemos lo mismo en mente.

—Creo que sí.

Nos quedamos mirándonos como dos idiotas, yo sonriendo y con los ojos tan inundados de lágrimas que apenas si podía contener que se desbordasen.

Mi corazón palpitaba con fuerza, la sangre corría a toda velocidad por mis venas y mi cerebro no daba abasto para procesar todo lo que implicaba su aceptación.

—¿Planeáis besaros o nos haréis esperar mucho más? —soltó Willa cruzándose de brazos.

Leo arrojó la compresa sobre la camilla y me cogió por el cuello.

—Creo que todavía no te he dicho lo mucho que te amo.

—No, todavía no me lo has dicho —contesté riendo y llorando, todo al mismo tiempo.

—Pues eso, te amo más de lo que puedas imaginar.

Willa soltó un grito de alegría.

Sonriente, Leo acercó su boca a la mía, para tocarla primero con sus labios, con sumo cuidado.

—Te amo —susurró dentro de mi boca—. Perdona por haber tardado tanto en comprender lo que a ti te costó diez días.

Me reí.

—Creo que fueron menos de diez días; no importa, no es una competición.

Leo sonrió en mi boca y luego comenzó a besarme con fuerza, a hacerme olvidar que había tenido miedo y dudas, que un día me sentí perdida y vacía, que creí que mi vida no tenía un valor real.

Sonaron silbidos, vítores, chiflidos y gritos. Creo que todos, incluido Gideon, se unieron a nuestra felicidad.



## Epílogo

El «pop» de la botella de vino al ser descorchada llamó mi atención. Terminé de posar la bandeja con el pan sobre la mesa y me acerqué a él para besar sus labios. Nada mejor en este mundo que desearlo cada mañana al abrir los ojos, desear sus sonrisas, sus palabras, sus pequeños grandes gestos de cariño, sus abrazos, su boca sobre todo mi cuerpo, su respiración a mi lado, hacer *parkour* juntos, caerme al hielo con él repetidamente cada vez que pierdo la seguridad sobre las cuchillas de mis patines, desear darle placer y recibirlo de él en esos intensos momentos en que, incluso acompañados de tres o cuatro personas, seguimos siendo solamente nosotros dos.

De regalo de mi último cumpleaños de veintitantos, recibí lo que muchos tardan toda una vida en encontrar, lo que muchos incluso jamás consiguen: tengo a mi mejor amigo, un compañero, un amante, un novio, un esposo, un hombre que es un padre excelente y un ser humano excepcional. Recibí un hombre que sabe ser mi hogar para acogerme cuando necesito compañía y palabras de aliento o silencios cuando el mal me supera.

Cuando pedí mi deseo, lo que menos creí es que se haría realidad y que tendría incluso más de lo que podría desear.

Es difícil asumirlo, pero a menudo no nos atrevemos a desear siquiera, bien sea porque consideramos que no nos merecemos lo que deseamos, porque no somos capaces de correr y luchar por lo deseado, o porque tenemos miedo de arruinar aquello que deseamos una vez que esté en nuestras manos. Todavía más difícil es sobrellevar cualquiera de esas situaciones si no sabes quién eres.

Tuve la suerte de dar con alguien que puso frente a mí no solamente un espejo en el que pudiese verme para reconocer a quien pretendía ser yo por aquel entonces, sino que también colocó a mi alcance una ventana hacia la persona que podía ser.

Bien podría haberme quedado mirando ese reflejo para siempre, pero, como él estaba al otro lado de la ventana, esa fuerza que despierta el amor, aunque ni siquiera sepas que estás enamorado, me ayudó a reunir valor desde cada rincón de mi cuerpo para hacerme frente a mí misma.

Con mi recompensa delante de mí y a mi alrededor, quedaba claro que haberme atrevido a desear bien valió todos los riesgos y penurias.

Tener al alcance de mi mano una nueva vida repleta de nuevos deseos bien merecía la pena.

—Te amo —me dijo Leo después de que separase mis labios de los suyos.

—Te amo. —Volví a tocar su boca con la mía.

—¿Otra vez acaramelados? ¿Es que vosotros dos no os despegáis nunca?  
Conteneos, que hay menores delante.

—No fastidies, Jero. Déjalos, que se ven estupendos juntos.

—Te recuerdo que ése es tu padre y ésa de allí es mi hermana —soltó Jerónimo cargando la gigantesca bandeja con el puré de patatas.

—No seas amargado. —Willa dejó el cuenco con salsa y la bandeja de la ensalada sobre la mesa—. A mí lo que me parece es que necesitas divertirte más.

Jerónimo colocó la bandeja del puré hacia la derecha y después le hizo frente a Guillermina.

—Inocente criatura, la persona que tienes delante es el amo de la diversión. Jerónimo es sinónimo de diversión.

—Será en Buenos Aires, porque por lo que es en Dundas...

—Dejad de fastidiar o os iréis los dos a la cama sin cenar y mañana no tendréis regalos —soltó Doménico entrando en el comedor cargando el humeante y brillante pavo.

Leo me abrazó por la cintura para pegarme a su cuerpo.

Apoyé mi frente contra su sien izquierda e inhale su olor. Podría reconocerlo y diferenciar el suyo de todos los demás así hubiese cien personas en una sala del Délice o del The Mach, así como podría reconocer el tacto de su piel, el de sus labios, su modo de penetrarme... el modo en que reclinaba su cabeza sobre mí, igual que lo hacía yo sobre él en ese instante, cuando estaba totalmente entregado a mí.

Leo sonrió y besó mi mejilla.

—Bien dicho, Dome. Dejad ya de discutir, que lleváis todo el día espoleándoos el uno al otro. Tengamos una Nochebuena en paz.

—Es tu hija, cuñado, que se te parece demasiado.

—Bueno, a ver si os sentáis de una vez, que no todos los días cocino algo así y quiero que lo probéis, que los italianos somos algo más que pizza y pasta.

—Vamos todos a decirle a tío Dome que su pavo es el mejor de Canadá —bromeó Willa rodeando la mesa—. Mañana anotaremos «cocina pavo» en tu currículum para buscarte novia.

—Nada de eso, Willa, que yo estoy muy bien así como estoy. Que aquí los románticos son otros. —Nos apuntó con la cabeza—. Una boda en un año es suficiente para mí.

La mención de la boda me arrancó una sonrisa. Leo me lo había pedido de rodillas el día anterior y yo apenas si había conseguido no arrancarme a llorar de felicidad cada cinco minutos.

Leo estiró su mano hacia la mía, sus dedos rodearon mi dedo corazón, más concretamente el anillo con el zafiro color lavanda rodeado de diamantes que me había dado después de pedirme que me convirtiese en su esposa allí, en el espacio que habíamos adquirido para abrir su tienda de muebles, lámparas y demás objetos de diseño, con el adelanto que Red le había dado, a cuenta de las piezas hechas por Leo que ella se había llevado para vender en Europa.

Red... al pensar en ella se me escapó otra sonrisa. Tanto le debíamos, yo en particular; ella me ayudó con Leo y me ayudó casi sin querer a encontrar una nueva vocación. Lo que sí me dio completamente adrede fue un espacio en el cual desarrollarla. Gracias a ella, en ese momento dirigía una oenegé destinada a ayudar a madres y padres solteros. Sobre todo a aquellos demasiado jóvenes que apenas si

terminaban de aprender a cuidarse a sí mismos, a ayudarles a salir adelante, a echarles una mano para que pudiesen desarrollarse como padres y como seres humanos. No solamente brindábamos apoyo psicológico y teníamos un portal de empleos, sino que además ayudábamos económicamente a aquellos que lo necesitasen, les facilitábamos atención médica y los proveíamos de guarderías en las que pudiesen dejar a sus niños para ir a trabajar y estudiar. Gracias a Red, había cambiado las mesas de operaciones por operaciones que tenían como fin ayudar a quienes lo necesitasen, y eso me hacía enormemente feliz.

—Otro que tiene miedo de enamorarse —resopló Willa tomando asiento y trayéndome a mí de regreso otra vez hasta ese comedor.

Doménico situó la bandeja con el pavo en mitad de la mesa.

—Willa, te quedarás sin postre —le dijo muy serio, y ésta se carcajeó.

—Te pillaron, italiano —soltó mi hermano.

—Mira quién habla.

—A ver si dejáis de discutir, que os iréis todos a dormir sin cenar —bromeó Leo soltándome para acercarse a la mesa.

—Huele de maravilla, Dome —lo felicité colgándome de su hombro. Doménico, para todos los allí presentes, era un verdadero sostén.

—Es cierto. Bien, ha merecido la pena oírte despotricar contra todo en nuestra cocina durante tres horas.

Jerónimo se rio; ese día había sido estupendo para todos, un día en familia, un día absolutamente fantástico desde lo más bueno hasta lo más malo; cada momento había sido increíble.

Doménico le pasó los cubiertos de trinchar a Leo.

—Es tu casa.

Leo le sonrió y le palmeó un hombro.

—Es nuestra casa, adelante —lo empujó hacia la cabecera de la mesa y se sentó frente a Willa.

Pasando por detrás de él, fui a sentarme delante de mi hermano.

Leo se puso a servir el vino.

Ví que Doménico se había quedado con los cubiertos en alto.

—¿Qué pasa, Dome?, ¿está todo bien?

—¿Será que puedo pedir un deseo antes de cortar el pavo como cuando uno va a soplar las velas de su tarta de cumpleaños?

Leo giró la cabeza al tiempo que su mano volvía a atrapar la mía con el anillo de compromiso.

—Por qué no.

—También quiero pedir un deseo —intervino Jerónimo dando un respingo.

—Si él pide, yo pido —lanzó Willa riendo.

—Bueno, tened cuidado con lo que deseáis; puede convertirse en realidad —les advirtió Leo y me sonrió.

—¿Listos? Quiero cortar este pavo de una buena vez.

—Sí —dijo mi hermano.

—Ok —convino Willa.

—¿Vosotros? —nos preguntó Doménico.

—Listo, yo ya tengo mi deseo —dijo Leo.

Asentí con la cabeza, ya tenía mi deseo preparado.

—A la una... —avisó Doménico.

—A las dos... —gritamos los cinco al mismo tiempo—. ¡A las tres! —estallamos como locos, y Doménico clavó el cuchillo en el pavo.

¿Mi deseo?

Continuar deseando.

## Referencias de las canciones

*Can't get you out of my head* , Copyright: 2017 Warner Music Group - X5 Music Group, interpretada por Kylie Minogue. (N. de la e.)

*Worth it* , Copyright: © 2014, 2015 Simco Ltd. under exclusive license to Epic Records, a division of Sony Music Entertainment, interpretada por Fifth Harmony y Kid Ink. (N. de la e.)

## Biografía



Nací en 1977 en la ciudad de Buenos Aires y allí resido en la actualidad. Me licencié en Administración y Organización Hotelera.

Disfruto con las buenas historias, la música y la cocina. Y cuando la inspiración llama, también con la pintura y el dibujo.

Pero mi verdadera pasión es escribir. Cuando lo hago me pierdo, desconecto de todo. Básicamente escribo para mí, porque es mi motor, mi energía y también un modo de intentar entender o asimilar muchas de las cosas que me suceden. No por ello deja de ser increíblemente gratificante poder compartir mis novelas y saber que esas palabras provocan una reacción en quienes las leen. Que amen, rían, lloren y odien con los personajes que he creado me hace increíblemente feliz y acorta a cero la distancia con personas que se encuentran a miles de kilómetros de distancia pero que, en realidad, no son tan distintas a quien puso aquellas palabras allí.

Soy autora de la saga «Todos mis demonios», de la bilogía *Insensible* y *Sensible* , y de las novela *Elígeme* , *Ultra Negro* y *Siroco* .

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:

<http://verofleitassolich.blogspot.com.es/>

<https://www.facebook.com/vafleitassolich?fref=ts>

Deseo

Verónica A. Fleitas Solich

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Volodymir Tverdoklhib / Shutterstock

© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Verónica A. Fleitas Solich, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia...

Primera edición: noviembre de 2017

ISBN: 978-84-08-17758-6

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.



